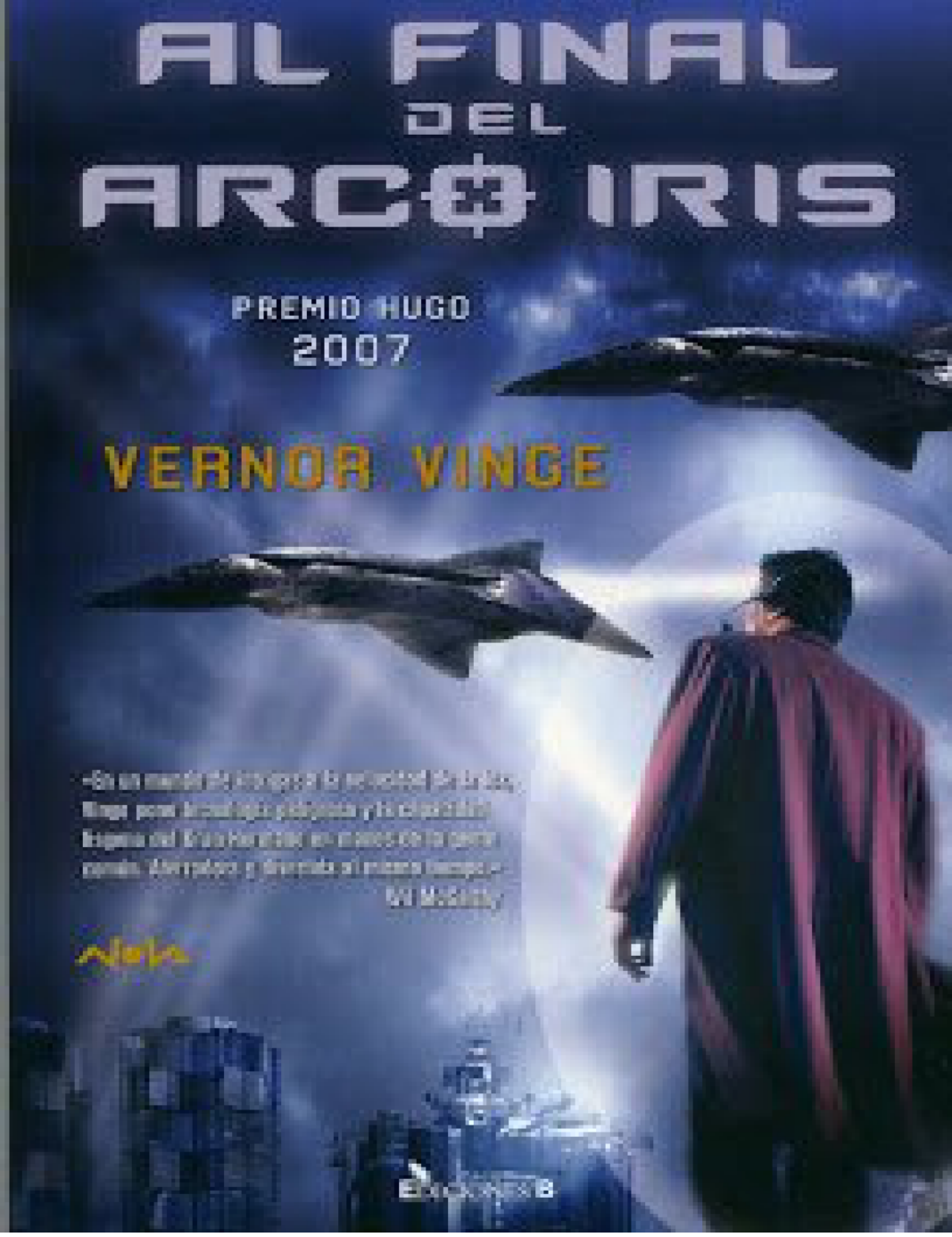
AL FINAL DEL ARCOIRIS

PREMIO HUGO
2007

VERNOR VINGE



SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Robert Gu es un famoso poeta afectado de Alzheimer durante años y al que la medicina del futuro cercano logra recuperar y rejuvenecer. Así, debe enfrentarse a un mundo parecido pero insidiosamente distinto del que recordaba.

- Vernor Vinge
  - Prólogo
  - 01
  - 02
  - 03
  - 04
  - 05
  - 06
  - 07
  - 08
  - 09
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 14
  - 15
  - 16
  - 17
  - 18
  - 19
  - 20
  - 21
  - 22
  - 23
  - 24
  - 25
  - 26
  - 27
  - 28
  - 29
  - 30
  - 31
  - 32
  - 33
  - 34

- 35
- Epílogo

- notes
  - 1

Vernor Vinge
Al final del arco iris

Prólogo
Suerte estúpida y pensamiento inteligente

La primera pizca de suerte estúpida llegó en forma de vergüenza para el Centro Europeo para la Prevención y el Control de las Enfermedades. El 23 de julio, unos escolares de Argel afirmaron que una epidemia respiratoria se estaba extendiendo por el Mediterráneo. La afirmación se fundamentaba en un análisis muy ingenioso de los datos de anticuerpos de los sistemas de transporte de Argel y Nápoles.

El ECDC no hizo ningún comentario, pero menos de tres horas después, aficionados a la salud pública comunicaron resultados similares en otras ciudades, mapas de contagio incluidos. La epidemia duraba ya al menos una semana y probablemente se había originado en África Central, más allá de la región que los aficionados podían controlar.

Para cuando la maquinaria de relaciones públicas del ECDC reaccionó, la enfermedad ya se había detectado en India y Norteamérica. Peor todavía, un periodista de Seattle había aislado e identificado el agente infeccioso, que resultó ser un pseudomimivirus. Era la situación más vergonzosa que los relaciones públicas podían concebir: en la última década, el ECDC había justificado su enorme presupuesto realizando una brillante campaña contra la secta Nuevo Amanecer. La Plaga Amanecer había sido el segundo peor euroterror de la década. Sólo el ECDC había impedido que el desastre se extendiese por todo el planeta.

La Plaga Amanecer había sido de pseudomimivirus.

Todavía había buena gente en el ECDC, los mismos especialistas que habían salvado al mundo en 2017. Resolvieron también con rapidez la situación del 23 de julio. La oficina de relaciones públicas podía emitir unas declaraciones más o menos acertadas: sí, el pseudomimi había evitado los protocolos de aviso. El fallo no había sido más que un simple error de software en la web «Actualidad» del centro. Y sí, aquel pseudomimivirus podía ser una mutación de la Plaga Amanecer. En todo el mundo seguían apareciendo variedades desnaturalizadas del virus original, que había sido optimizado para matar: un añadido permanente al ruido de fondo de la biosfera. Ese año ya habían encontrado tres, la última sólo cinco días antes, el 18 de julio. Más aún (en este punto los de relaciones públicas recuperaron su brío habitual), ninguna de ellas producía síntomas perceptibles. Los pseudomimivirus poseían un genoma enorme (es

decir, enorme para un virus, pequeño en comparación con casi todo lo demás). La secta Nuevo Amanecer había transformado ese genoma en una navaja suiza de la muerte, una herramienta capaz de contrarrestar casi cualquier defensa. Pero sin esa optimización, los pseudomimis no eran más que bolsas de ADN basura. Por tanto, el ECDC se disculpaba por no haber divulgado una situación rutinaria.

Pasó una semana. Dos semanas. No se produjeron más capturas del organismo. Los estudios de anticuerpos demostraron que la epidemia no se había extendido mucho más allá de la cuenca del Mediterráneo. Las afirmaciones del ECDC sobre la infección eran totalmente correctas. Aquella «epidemia respiratoria asintomática» poco tenía de epidemia: si ni siquiera una persona contagiada de mil se resfriaba, el virus casi dependía de la caridad para recorrer el mundo.

Las explicaciones del ECDC fueron aceptadas. Los aficionados a la salud pública habían magnificado un suceso habitual.

De hecho, en la historia del ECDC sólo había un detalle falso y que coló: el hecho de no difundir la noticia sobre el virus no había sido por un problema con la página web pública, había sido por un fallo en el sistema interno de alerta, recién revisado, del centro. Por tanto, los especialistas responsables habían estado tan ciegos ante el suceso como el público en general; los aficionados habían alertado a ambos.

En los círculos internos de la inteligencia de la UE había personas que no perdonaban fácilmente fallos de ese calibre. Eran personas que diariamente se enfrentaban al terror. Personas cuyos mayores éxitos jamás se daban a conocer… y cuyos fracasos podían ser más catastróficos que la Plaga Amanecer.

Muy comprensiblemente, esas personas eran obsesivas y paranoicas. La Comisión de Inteligencia de la UE encomendó a uno de sus mejores agentes, un joven alemán llamado Günberk Braun, que se encargase de una reorganización discreta del ECDC. En las zonas de espionaje donde Braun era conocido, era famoso: el más obsesivo de los obsesivos. Fuera como fuese, él y su equipo reformaron rápidamente la estructura interna de comunicación del ECDC, para luego dedicarse a un análisis de todo el Centro con una serie aleatoria de «simulacros de amenaza» basados en las conjeturas más improbables que pudiese imaginar ningún epidemiólogo. El análisis iba a durar seis meses.

En el ECDC, esos seis meses prometían ser un tormento para los incompetentes y una revelación para los brillantes. Pero el régimen de «simulacros de amenaza» de Braun duró menos de dos meses y acabó a causa de un anuncio durante un partido de fútbol.

El primer encuentro de la Serie Grecia-Pakistán se celebró en

Lahore el 20 de septiembre. La Serie Grecia-Pakistán era ya una tradición, aunque sus seguidores eran probablemente chapados a la antigua. En cualquier caso, la publicidad se hacía al estilo del siglo XX. Todos veían el mismo anuncio. Se vendía espacio publicitario en las vallas del estadio, pero ni siquiera esos espacios estaban dirigidos a espectadores concretos.

Durante el encuentro sucedió algo asombroso (dos cosas asombrosas, teniendo en cuenta que Grecia ganó). Durante el descanso apareció un anuncio de treinta segundos de guirlache. Al cabo de una hora, varios analistas independientes de mercadotecnia informaron acerca de un aumento de las ventas de guirlache, que se había iniciado tres minutos después del anuncio. Ese único anuncio había amortizado lo que había costado cien veces. Era como un sueño… al menos para los que estaban completamente obsesionados por la mercadotecnia. Durante toda la tarde, por millones comentaron aquel suceso asombroso. Analizaron el anuncio hasta el último detalle. Era un anuncio burdo, como cabía esperar, porque la agencia que lo había creado era de tercera. Lo más curioso era que no contenía ningún elemento subliminal (aunque encontrarlo era la principal esperanza de los que lo analizaban). El retraso en iniciarse y la brusquedad del incremento no eran en absoluto la respuesta normal a un anuncio. A las pocas horas, todos los participantes razonables llegaron a la conclusión de que el Milagro del Guirlache era el clásico espejismo producido por las posibilidades modernas de captura de datos: si se observa un trillón de fenómenos, lo raro es no toparse con una incidencia de uno entre un millón. Al final del día, el asunto se había dado por zanjado y no era más que otra onda en la miríada de conversaciones de la vida pública.

Ciertos observadores no perdieron el interés por aquello. Günberk Braun, como la mayoría de los miembros de los círculos internos de la CIEU, sentía un gran (para ser francos un *receloso*) respeto por el poder del análisis público de inteligencia. Uno de sus equipos dio con el Milagro del Guirlache. Se siguió el debate. Cierto, probablemente no fuese más que un espejismo. Y, sin embargo, podían plantearse otras preguntas y algunas eran de esas que los gobiernos tienen cierta habilidad para responder.

Lo que nos lleva a la siguiente pizca de suerte estúpida. Siguiendo un impulso, Braun pidió un simulacro de emergencia: los recursos analíticos del ECDC se centrarían en la importancia para la *salud pública* del Milagro del Guirlache. Independientemente del meollo del misterio, serviría para que el centro se ejercitase en la realización de una investigación secreta de emergencia en tiempo real. Además, no era más absurdo que simulacros anteriores. A esas alturas, los especialistas más brillantes del ECDC sabían enfrentarse a tales

eventualidades. Rápidamente plantearon miles de conjeturas e imaginaron medio millón de pruebas posibles. Serían las semillas de los árboles de búsqueda de la investigación.

Durante dos días, los analistas del ECDC analizaron esos árboles, extendiéndolos y podándolos… siempre imponiendo ciertas limitaciones estadísticas; un trabajo así podía generar más espejismos de los que podían soñar los aficionados a la mercadotecnia. Sólo la lista de temas hubiese ocupado una de las antiguas guías de teléfonos entera. Ahí estaba lo bueno, expuesto de forma dramática: no había relación entre el pico de compras y el anuncio de guirlache. La conclusión no se basaba en ningún análisis teórico: el ECDC pasó el anuncio a pequeños grupos de control. Igualmente se comprobó toda la publicidad del descanso. Una de las pantallas del estadio, un anuncio para un servicio de citas que sólo había aparecido brevemente, provocaba un interés ocasional por el guirlache. (El anuncio para el servicio de contactos pecaba de cierto exceso artístico, con su fondo de líneas que formaban un patrón de muaré). Siguiendo por el árbol de pruebas, el anuncio del servicio de contactos se mostró a algunas audiencias especializadas. Por ejemplo, no provocaba ningún efecto en personas con anticuerpos del pseudomimivirus del 23 de julio.

«El anuncio del servicio de contactos provocaba deseo de comer guirlache cuando se mostraba a personas infectadas por el pseudomimi anterior, el del 18 de julio, acerca del que el ECDC había informado adecuadamente.»

De niño, Günberk Braun había fantaseado con la idea de que, en el pasado, podría haber impedido el bombardeo de Dresde, detenido a los nazis y evitado sus campos de exterminio o que Stalin matase de hambre a Ucrania. En los días malos, cuando no podía mover naciones, el pequeño Günberk imaginaba lo que podría haber hecho en un puesto de radar de Hawai, el 17 de diciembre de 1941, o como agente del FBI el verano de 2001.

Quizá todos los niños pasan por esa fase, ignorando en buena parte el contexto histórico, queriendo simplemente convertirse en héroes salvadores.

Pero cuando Braun leyó ese último informe supo que se encontraba ante algo de la misma magnitud que sus fantasías de infancia. El virus pseudomimi del 18 de julio y el anuncio en el encuentro de fútbol… juntos formaban una prueba extremadamente bien camuflada de una nueva idea para un arma. Completamente desarrollada, esa arma haría que la Plaga Amanecer pareciese un juguete maligno. Como mínimo, la guerra biológica se volvería tan precisa como las balas y las bombas: infectas arteramente a una población con la lenta y aleatoria propagación de una enfermedad

indetectable y luego, *bam*, ciegas, lisias o matas… a alguien en concreto con un correo electrónico, o a miles de millones con una emisión, demasiado repentinamente para que lo impida cualquier «defensa contra la enfermedad».

Si Braun hubiese sido del ECDC, tal descubrimiento habría disparado de inmediato las alarmas en todas las organizaciones de defensa contra las enfermedades de la Alianza Indoeuropea, así como en el Centro de Control de Enfermedades norteamericano y en el CDCP de China.

Pero Günberk Braun no era epidemiólogo. Era un espía, e incluso para ser espía era un paranoico. El simulacro de emergencia estaba bajo su control personal; no tuvo problemas para suprimir la información en ese punto. Mientras tanto, empleó sus recursos en la CIEU y en la Alianza Indeuropea. A las pocas horas estaba inmerso en un buen número de proyectos.

Se trajo a la mejor experta en el sector de la inteligencia indoeuropea y la dejó suelta con las pruebas. Contactó con los activos militares de la Alianza, en África Central y en los estados fracasados del fin del mundo moderno. Había pruebas sólidas del origen del pseudomimivirus de1 18 de julio. Aunque esa investigación no era biocientífica, los analistas de Braun eran muy similares a los mejores del ECDC… sólo que más listos, más numerosos y con muchos más recursos. Incluso así, tuvieron mucha suerte: durante los siguientes tres días sumaron dos y dos (y dos y dos y dos…). Al final, tenía una idea bastante razonable de quién estaba detrás de la prueba del arma.

Y por primera vez en su vida, Günberk Braun sintió verdadero terror.

01
El señor conejo visita Barcelona

En los servicios de inteligencia de la Alianza Indoeuropea había un puñado de superburócratas, gente como Günberk Braun, de la CIEU. Por fortuna, el público en general desconocía sus identidades o no eran para él más que un amasijo de contradicciones. Los superburócratas tenían a sus propios héroes. En particular, cuando alguien como Günberk Braun se enfrentaba a problemas desesperados, tenía un lugar al que acudir en busca de ayuda. Había un departamento en la Agencia de Inteligencia Exterior de la India que no aparecía en los organigramas de la AIE y cuyo propósito permanecía felizmente indefinido. Básicamente, se dedicaba a lo que su jefe creyese que debía dedicarse. El jefe era un ciudadano indio conocido por los pocos que lo conocían mínimamente como Alfred Vaz.

Braun comunicó a Vaz su aterrador descubrimiento. Al principio, el viejo quedó tan conmocionado como el propio Braun. Pero Vaz era un experto solucionador.

—Si se dispone de los recursos humanos adecuados, puede resolverse casi cualquier problema —dijo—. Dame unos días. Veamos qué puedo averiguar.

En el centro de Barcelona, tres días después.

El conejo saltó a la silla de mimbre y de ahí al centro de la mesa, entre tazas de té y condimentos. Se llevó la mano al sombrero de copa en un saludo, primero a Alfred Vaz y luego a Günberk Braun y Keiko Mitsurí.

—¡Tengo una proposición que hacerles! —dijo. Desnudo, era un ejemplar de conejo común.

Alfred alargó la mano y la pasó a través de la imagen, simplemente para remarcar su propia solidez.

—Somos nosotros los que tenemos una propuesta.

—*Ajá.* —El conejo plantó el trasero en la mesa y sacó un diminuto servicio de té de detrás de la sal y la pimienta. Se sirvió una gota o dos, lo suficiente para llenar la taza, y tomó un sorbo—. Soy todo oídos. —Meneó las grandes orejas para dar énfasis a sus palabras.

Desde el otro lado de la mesa, Günberk Braun miraba con detenimiento la criatura. Braun era tan efímero como el conejo, pero proyectaba una seriedad que cuadraba bastante con su personalidad real. A Alfred le pareció detectar una mezcla de decepción y sorpresa en la expresión del hombre más joven. Al cabo de un momento, Günberk le envió un mensaje silencioso.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› ¿*Esto* es lo mejor que has podido reclutar, Alfred?‹/ms›

Alfred no respondió directamente. Se volvió hacia la criatura sentada en la mesa.

—Bienvenido a Barcelona, señor Conejo —dijo. Señaló las torres de la Sagrada Familia, que se alzaban al otro lado de la calle. La catedral tenía mejor aspecto sin tratamientos virtuales; al fin y al cabo, la arquitectura de Gaudí era más caprichosa que la imaginación de los revisionistas modernos—. ¿Sabe por qué escogí este lugar para nuestro encuentro?

Conejo tomó un sorbo de té. Su mirada se desplazó de una forma muy inapropiada para un conejo. Miró a la multitud ruidosa que pasaba junto a las mesas, examinando los trajes y las formas corporales de turistas y vecinos.

—Ah, ¿se debe a que Barcelona es lugar para lo hermoso y lo estrafalario, una de las pocas grandes ciudades del siglo XX cuyo encanto sobrevive en el mundo moderno? ¿Podría ser que, además, ustedes y sus familias den paseos sensotáctiles por el Parc Güell a costa de sus dietas? —Miró a Braun y a Keiko Mitsuri. Mitsuri iba lisa y llanamente enmascarada. Tenía un poco el aspecto de un desnudo de Marcel Duchamp construido a partir de un conjunto móvil de planos cristalinos.

Conejo se encogió de hombros—. Pero, claro está, es posible que se encuentren a dos mil kilómetros de distancia.

Keiko rio.

—Oh, no sea tan indeciso —dijo, hablando con una sintaxis y un acento completamente sintéticos— o Estoy muy contenta de estar en el Parc Güell, sintiendo la realidad con mis manos reales.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› De hecho, estoy en mi despacho, admirando la luz de la luna sobre la bahía de Tokio.‹/ms›

Conejo siguió hablando, sin enterarse del intercambio de mensajes silenciosos:

—Da igual. En cualquier caso, la verdadera razón para que nos hayamos reunido aquí es que Barcelona posee las conexiones más directas con sus puntos de origen y la seguridad más moderna para ocultar lo que digamos. Mejor todavía, tiene leyes que prohíben que la policía o la gente fisgonee… A menos, claro está, que *pertenezcan* ustedes a la Comisión de Inteligencia de la UE.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Bien, una suposición correcta en un tercio. ‹/ms›

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› El mismo señor Conejo está llamando desde bastante lejos.‹/ms›

En el aire, sobre la cabeza de la criaturita, apareció una estimación en tiempo real de la UE: había un setenta y cinco por

ciento de probabilidades de que la identidad que se escondía detrás de la imagen de Conejo estuviese en Norteamérica.

Alfred se inclinó hacia el animalito y sonrió. Como agente presente físicamente, Vaz tenía sus limitaciones… pero también algunas ventajas.

—No, no somos de la policía secreta. Y sí, queríamos una comunicación segura un poco más personal que los mensajes de texto. —Se tocó el pecho—. En particular, puede ver que estoy físicamente aquí. Eso da más confianza.

Y debería darte toda clase de pistas sin ningún valor, pensó. Luego llamó al camarero, pidió una copa de Rioja y volvió a prestar atención a la criatura sentada sobre el mantel.

—En los últimos meses, se ha jactado usted de muchas cosas, señor Conejo. Hoy en día, otros se jactan de lo mismo, pero usted tiene certificados difíciles de obtener. Muchas personas de intachable reputación dan fe de sus habilidades.

Conejo se acicaló. Era un conejo muy amanerado, poco convincente. El realismo físico no era una de sus mayores prioridades.

—Claro que me recomiendan. Tenga el problema que tenga, sea político, militar, científico, artístico o amoroso… acepte mis condiciones y le ofreceré resultados.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Adelante, Alfred.‹/ms›

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Sí, la versión mínima, claro está. Nada más hasta que no veamos resultados que no podemos lograr por nuestra cuenta.‹/ms›

Alfred fingió asentir para sí mismo.

—Nuestro problema no tiene ninguna relación con la política o la guerra, señor Conejo. Sólo es una cuestión científica.

Conejo movió las orejas.

—¿Y? No tienen más que enviar lo que necesiten a los foros de respuestas. Pueden obtener resultados casi tan buenos como los míos, casi igual de rápido. Y seguro que mil veces más barato.

Llegó el vino. Vaz hizo como que olisqueaba el bouquet. Miró al otro lado de la calle. La puja por las visitas turísticas físicas del día a la Sagrada Familia se había cerrado, pero cerca de la puerta de la catedral había una cola de gente esperando que alguien fallase. Era una prueba más de que las cosas más importantes eran las que se podían tocar. Volvió a mirar al conejo gris.

—Tenemos necesidades fundamentales que no se pueden satisfacer preguntando a algunos miles de analistas. Nuestras preguntas requieren, eh, experimentación. Algunos de los experimentos ya se han realizado. Quedan muchos pendientes. En conjunto, nuestro proyecto es tan extenso como sería un programa gubernamental intensivo de investigación.

Conejo sonrió, mostrando sus incisivos de marfil.

—*Je.* ¿Un gubernamental intensivo de investigación? Eso son tonterías del siglo XX. Las necesidades del mercado siempre son mucho más efectivas. Basta con engañar al mercado para que coopere.

—Quizá. Pero lo que queremos es… —Y una mierda, incluso la historia falsa era increíble—. Lo que queremos es, eh, autoridad administrativa sobre un gran laboratorio de física.

Conejo quedó congelado y, por un instante, pareció un herbívoro real, uno que de pronto se hubiese quedado paralizado frente a los faros de un coche.

—¿Oh? ¿Qué tipo de laboratorio de física?

—De ciencias de la vida globalmente integradas.

—Bien, bien, bien. —Conejo se sentó, en comunión consigo mismo… con suerte. Inteligencia de la UE calculaba que había un sesenta y cinco por ciento de probabilidades de que Conejo no estuviese compartiendo la imagen global con nadie más, y el noventa y cinco por ciento de que no trabajase para China o EE.UU. La propia organización de Alfred en India era todavía más confiada en sus cálculos.

Conejo dejó la taza de té.

—Estoy intrigado. Así que no estamos hablando de un trabajo de obtención de información. Realmente quieren subvertir una instalación importante.

—Sólo durante un breve periodo de tiempo —dijo Günberk.

—Lo que sea. Hablan con el tipo adecuado. —Agitó la naricita—. Estoy seguro de que ya conocen las posibilidades. En Europa hay unas cuantas grandes instituciones, pero ninguna totalmente integrada… y por ahora siguen por detrás de sitios de China o EE.UU.

Vaz no asintió, pero Conejo tenía razón. Había brillantes investigadores en todo el mundo, pero sólo unos cuantos laboratorios con grandes cantidades de datos. En el siglo XX, la superioridad tecnológica de los grandes laboratorios podía durar treinta años. Hoy en día las cosas cambiaban con más rapidez, pero Europa andaba un poco rezagada. El complejo Bhopal en la India estaba más integrado, pero iba por detrás en micro automatización. Podían pasar varios años antes de que China y EE.UU. perdiesen la ventaja que llevaban.

Conejo reía para sí.

—Je, je. Por tanto, tienen que ser los laboratorios de Wuhan o los del sur de California. Claro está, podría hacer el milagro con cualquiera de los dos. —Lo que era mentira o, en caso contrario, la gente de Alfred se había equivocado por completo en su valoración de aquel buen amigo peludo.

Keiko dijo:

—Preferimos el complejo biotecnológico de San Diego, California.

Alfred tenía a punto una explicación perfecta:

—Llevamos varios meses estudiando los laboratorios de San Diego. Sabemos que disponen de los recursos adecuados. —Es más, las terribles sospechas de Günberk Braun se centraban en San Diego.

—¿Qué planean hacer?

Günberk le sonrió sin ganas.

—Vayamos por pasos, señor Conejo. El primer paso: treinta días de plazo. Nos gustaría que nos aportara un análisis acerca de la seguridad de los laboratorios de San Diego. Lo que es más importante, precisamos pruebas fidedignas de que puede disponer de un equipo de personas de la zona capaz de realizar actos físicos en las inmediaciones de esos laboratorios y dentro de ellos.

—Bien, saltaré al asunto de inmediato. —Conejo hizo un gesto de exasperación—. Es evidente que buscan a un peón del que puedan deshacerse, alguien que aísle la operación de los americanos. Vale. Yo puedo serlo. Pero una advertencia: salgo muy caro y estaré aquí para cobrar.

Keiko rio.

—No hace falta que se ponga melodramático, señor Conejo. Conocemos sus famosas habilidades.

—¡Cierto! Pero todavía no creen en ellas. Ahora me iré, husmearé por los alrededores de San Diego y volveremos a hablar dentro de un par de semanas. Para entonces tendré algo que enseñarles y, lo más importante, haré que mi tremenda imaginación especifique un primer pago para ese plan por etapas que el señor No-Soy-Tan-Alemán-Como-Parezco ha propuesto. —Hizo una reverencia a Günberk.

Mitsuri y Braun estaban perplejos, sin decir nada, así que fue Alfred quien prosiguió con la conversación.

—Hablaremos entonces. Por favor, recuerde que por ahora sólo queremos un informe: saber a quiénes podríamos reclutar y cómo usarlos.

Conejo se tocó la nariz.

—Seré una tumba. Siempre sé mucho más de lo que dejo entrever. Pero, en serio, ustedes tres deberían mejorar su interpretación. El señor Tan-Alemán no es más que un estereotipo pasado de moda. Y usted, señora, la obra de arte impresionista no reveía nada y lo revela todo. ¿Quién podría tener un especial interés por los laboratorios biológicos de San Diego? ¿Quién? Y en cuanto a usted… —Conejo miró a Vaz—. Oculta usted un buen acento colombiano.

La criatura rio y saltó de la mesa.

—Hablaremos pronto.

Alfred se recostó y observó cómo la criatura gris esquivaba las piernas de los transeúntes. Debía de tener un permiso de carnaval,

porque era evidente que los demás la veían. No se desvaneció en un puf. Conejo siguió siendo visible hasta veinte metros más allá por la calle Sardenya, donde dobló por un callejón y desapareció naturalmente.

Los tres agentes continuaron sentados, aparentemente compartiendo un silencio de compañerismo, Günberk inclinado sobre su vino virtual, Vaz bebiendo su Rioja de verdad y admirando los gigantes que preparaban para el desfile de la tarde. Los tres se camuflaban bien entre el caos turístico habitual de la zona de la Sagrada Familia… sólo que la mayoría de los turistas que pagaban por sentarse en un café de la calle Sardenya tenían más de un tercio de presencia física.

—Se ha ido de veras —dijo Günberk, innecesariamente; todos veían el análisis de señal de la UE. Pasaron unos segundos más. Las agencias de Inteligencia de Japón y la India también informaron: la identidad de Conejo seguía siendo desconocida.

—Bien, eso ya es algo —dijo Keiko—. Se ha ido limpiamente. Quizá sirve de disyuntor.

Günberk se encogió de hombros, cansado.

—Quizá. Vaya un tonto desagradable. Los aires de novedoso que se da tienen un siglo de antigüedad y se renuevan con cada cambio tecnológico. Apuesto a que tiene catorce años y ansia desesperadamente impresionar a alguien. —Miró a Vaz—. ¿Es lo mejor que has podido encontrar, Vaz?

—Su reputación es auténtica, Günberk. Ha llevado proyectos casi tan complejos como el que estamos considerando.

—Fueron proyectos de investigación. Quizá sea un buen… ¿cómo se dice? Un «tejedor de genios». Nosotros queremos algo más operativo.

—Bueno, ha pillado las pistas que le habíamos dejado. —El acento de Alfred y las pruebas de red que habían plantado sobre el origen de Keiko.

—*Ach ja* —dijo Günberk. Una sonrisa le iluminó el rostro—. ¡Es un poco humillante que me acusen de sobreactuar cuando me limito a ser yo mismo! Sí, ahora el señor Conejo cree que somos traficantes de drogas de Suramérica.

La neblina de cristales cambiantes que era la imagen de Keiko pareció sonreír.

—En cierto modo, eso resulta más verosímil que lo que somos en realidad. —Los herederos de las guerras de la droga del pasado llevaban una década en declive; el «éxtasis y mejora» estaba tan extendido que la competencia había logrado lo que la ley no consiguió. Pero los señores de la droga seguían siendo más ricos de lo que algunos pequeños países podían soñar ser. Los que se refugiaban

en estados fracasados tal vez estuviesen tan locos como para intentar llevar a cabo la operación que ellos tres habían dado a entender que tenían intención de acometer.

Günberk dijo:

—Conejo es manejable, cierto. ¿Competente en lo que necesitamos? Eso es mucho menos probable.

—¿Te nos estás echando atrás, Günberk? —Era la verdadera voz de Keiko. El tono era desenfadado, pero Alfred sabía que recelaba bastante.

—Tengo mis reservas —dijo Günberk. Se rebulló un momento—. Mirad, el terror de la sorpresa técnica es la mayor amenaza a la supervivencia de la especie humana. Las Grandes Potencias, nosotros, China y EE.UU., llevamos muchos años en paz más que nada porque tenemos en cuenta ese peligro y mantenemos a raya al resto del mundo. Y ahora descubrimos que los americanos…

Keiko le interrumpió:

—No sabemos si son los americanos, Günberk. Los laboratorios de San Diego investigan para todo el mundo.

—Así es. Y hace una semana tenía tus mismas dudas. Pero ahora… piensa: la prueba del arma fue una obra maestra del ocultamiento. Fuimos increíblemente afortunados al detectarla. Fue fruto de la paciencia, algo muy profesional, sólo al alcance de una Gran Potencia. Las Grandes Potencias poseen su propia inercia y su cautela burocrática. Las pruebas de campo deben realizarse necesariamente en el exterior, pero desarrollan sus armas en laboratorios controlados.

Keiko emitió un sonido de campanillas lejanas.

—Pero, ¿por qué una Gran Potencia iba a planear dispersar una epidemia? ¿Qué beneficio sacaría de ello?

Günberk asintió.

—Sí, semejante desastre tendría sentido para una secta, pero no para una superpotencia. Al principio, me parecía una pesadilla sin lógica. Pero mis analistas lo han repasado una y otra vez. Han llegado a la conclusión de que el «síndrome del guirlache» no fue un simple sustitutivo de otra enfermedad letal. Al contrario, era una característica esencial de la prueba. El enemigo apunta a algo mucho más importante que un ataque biológico repentino. El enemigo está cerca de tener una tecnología TQC efectiva.

Keiko guardó un silencio absoluto; incluso los cristales se aquietaron. TQC. En la jerga de la ciencia ficción del cambio de siglo: Tienes —Que-Creerme. Es decir, control mental. Formas débiles de TQC social habían impulsado toda la historia humana. La posibilidad de hallar una forma de persuasión *irresistible* era tema de estudio desde hacía más de un siglo y, desde hacía treinta años, una

posibilidad tecnológica verosímil. Desde hacía diez, algunas versiones se habían demostrado eficaces en condiciones de laboratorio bien controladas.

Los cristales se movieron; Alfred sabía que Keiko le miraba.

—¿Puede ser cierto, Alfred?

—Sí, me temo que sí. Mi gente ha repasado el informe. La suerte de Günberk fue extraordinaria, ya que se trataba de una prueba simultánea de dos innovaciones radicales. La compulsión por el guirlache fue mucho más precisa de lo necesario para probar la activación remota de una enfermedad. Los causantes sabían bien lo que pretendían… tened en cuenta la tapadera del anuncio de guirlaches. Mis analistas creen que en apenas un año el enemigo será capaz de ejercer un control semántico de alto nivel.

Keiko suspiró.

—Maldita sea. Llevo toda la vida luchando contra sectas. Creía que las grandes naciones estaban más allá de las peores maldades… pero esto… esto demostraría que estoy equivocada.

Günberk asintió.

—Si tenemos razón sobre esos laboratorios y no logramos… lidiar adecuadamente con ellos, esto podría ser el fin de la historia. Podría ser el final de la lucha del bien contra el mal. —Se rebulló y volvió a centrarse en las cuestiones prácticas—. Sin embargo, nos vemos obligados a trabajar con esa maldita persona-conejo.

Alfred habló con tranquilidad.

—He examinado los logros de Conejo, Günberk. Creo que puede hacer lo que necesitamos. De una forma u otra. Nos conseguirá la información interna o creará el caos suficiente, que no podrán atribuirnos, de forma que cualquier mala intención quedará al descubierto. Si lo peor es cierto, tendremos pruebas. China e incluso los grupos inocentes de Estados Unidos podrán usarlas para acabar con el proyecto.

—Los ataques de supresión en el territorio de una Gran Potencia eran poco habituales, pero había precedentes.

Los tres guardaron silencio un momento y los sonidos del festival de la tarde envolvieron a Vaz. Habían pasado tantos años desde su última visita a Barcelona… Finalmente, Günberk asintió a regañadientes.

—Recomendaré a mis superiores que sigamos adelante.

Al otro lado de la mesa, la imagen prismática de Keiko rieló y repicó. Mitsuri era socióloga. Sus equipos de análisis se dedicaban fundamentalmente a la psicología y las instituciones, mientras que los que trabajaban para Alfred o Günberk se dedicaban a muchas más cosas. Pero quizás a ella se le ocurriese una alternativa que se les hubiese escapado a ambos. Habló al fin:

—Hay muchas personas decentes en la inteligencia estadounidense. No me gusta actuar a sus espaldas. Y, sin embargo, estamos en una situación atípica. Tengo permiso para seguir con el Plan Conejo… —Una pausa—. Con una condición. Günberk teme que hayamos errado contratando a un incompetente. Alfred conoce mejor a Conejo y cree que tiene el talento justo. Pero, ¿y si los dos os equivocáis?

Günberk dio un respingo.

—¡Demonios! —dijo.

Alfred supuso que estaban intercambiando breves mensajes silenciosos.

Los prismas parecieron asentir.

—Sí. ¿Y si Conejo resulta ser mucho más competente de lo que creemos? En ese caso improbable, Conejo podría apoderarse de la operación o incluso aliarse con nuestro enemigo hipotético. Si seguimos con esto, debemos desarrollar planes de aborto y destrucción para ir un paso por delante de Conejo. Si se convierte en una amenaza mayor, tenemos que estar preparados para hablar con los americanos. ¿De acuerdo?

—*Ja.*

—Por supuesto.

Keiko y Günberk se quedaron unos minutos más, pero una mesa de una cafetería real en la calle Sardenya en medio de un festival no era el lugar adecuado para turistas virtuales. El camarero preguntaba a cada momento si Alfred quería algo más. Pagaban el alquiler de tres, pero había multitud de personas de carne y hueso esperando para ocupar la primera mesa disponible.

Así que la japonesa y el europeo acabaron por marcharse. Günberk tenía que atar muchos cabos sueltos. Era preciso cerrar la investigación del ECDC sin llamar la atención. Había que sembrar varías capas de desinformación, ocultarlo todo a los enemigos y a los aficionados a la seguridad. Mientras, en Tokio, Keiko pasaría despierta el resto de la noche elucubrando sobre las trampas de Conejo.

Vaz se quedó para terminarse la copa. Fue asombroso lo rápido que se llenó su mesa. Una familia de turistas del norte de África la ocupó de inmediato. Alfred estaba acostumbrado a que los artefactos virtuales cambiasen en el espacio de un parpadeo, pero, si había dinero de por medio, un restaurador ingenioso era capaz de ejecutar un truco igualmente efectivo con la realidad física.

De toda Europa, Barcelona era la ciudad que Alfred más adoraba. Conejo tenía razón sobre ella. Pero ¿tenía tiempo para hacer turismo? Sí. Consideraría aquéllas sus vacaciones anuales. Alfred se puso en pie, saludó a los comensales, dejó el importe de la cuenta y una propina. En la calle, la multitud era cada vez más densa y los acróbatas con

zancos bailaban entre los turistas. No veía la entrada a la Sagrada Familia, pero según la información turística la siguiente visita guiada no empezaría hasta al cabo de noventa minutos.

¿Dónde pasar el rato? ¡Ah! En Montjuic. Dobló la esquina de un paseo, al otro extremo del cual había mucha menos gente… y un auto turístico acababa de llegar. Alfred se acomodó en la cabina para un único pasajero y dejó que su mente divagase. La fortaleza de Montjuic no era la más impresionante de Europa, pero hacía tiempo que no la visitaba. Como otras de la misma época, era el recuerdo de un pasado en el que todavía faltaban décadas para la revolución en tecnología de la destrucción y no era posible cometer asesinatos en masa simplemente pulsando un botón.

El auto se alejó de las manzanas octogonales de Barcelona y subió rápidamente la colina aferrado al asa del funicular que remontaba la ladera. No existían las tediosas carreteras secundarías para ese medio de transporte. Tras él, la ciudad se extendía a lo largo de kilómetros. Y delante, cuando llegó a la cima de la colina, vio el Mediterráneo azul, neblinoso y pacífico.

Alfred se apeó y el diminuto auto dio la vuelta a la rotonda camino de la terminal del funicular, desde donde llevaría a su próximo cliente en un vuelo sobre el puerto.

Estaba justo en el punto que había solicitado en el menú turístico, allí donde los cañones del siglo XX se asomaban desde las almenas. A pesar de que aquellos cañones no se habían usado nunca, eran de verdad. Pagando, podías tocarlos y caminar a su alrededor. Después de la puesta de sol, se representaría una batalla.

Vaz se acercó al muro de piedra para mirar. Si bloqueaba todas las fantasías turísticas, veía el puerto mercante, casi doscientos metros más abajo y a un kilómetro de distancia. Miles de contenedores de carga eran movidos de acá para allá incesantemente. Si hacía uso de sus poderes gubernamentales, veía el flujo de carga, incluso los certificados de seguridad —validados mediante una combinación de seguridad física y criptográfica—, que probaban que ninguna de las cajas de diez metros contenía una bomba nuclear, una epidemia o una bomba de radiación común. El sistema era muy bueno, el mismo que se usaba para cargas pesadas en cualquier lugar del mundo civilizado. Era el resultado de décadas de miedo, de cambios de actitud acerca de la intimidad y la libertad, de avances tecnológicos. La seguridad moderna era efectiva prácticamente siempre. Hacía más de cinco años que no se perdía una ciudad. El mundo civilizado crecía y el reino de la anarquía y la pobreza se reducía. Muchos creían que el mundo se estaba convirtiendo en un lugar más seguro.

Keiko y Günberk —y Alfred, claro— sabían que ese optimismo era completamente infundado.

Alfred miró más allá del puerto, hacia las torres. No estaban allí la última vez que había visitado Barcelona. El mundo civilizado era más rico de lo que hubiese soñado en su juventud. En las décadas de los ochenta y los noventa del siglo XX, los gobernantes de los Estados modernos habían comprendido que el éxito no dependía de tener el ejército más grande o los mejores precios o los recursos naturales… ni siquiera la industria más avanzada. En el mundo moderno, el éxito dependía de tener la mayor cantidad de población educada y conseguir además que esos cientos de millones de personas creativas tuvieran la sensación de libertad.

Pero esa utopía no era más que la carrera de una Reina Roja enfrentada a la extinción.

En el siglo XX, sólo un par de naciones tenían el poder de destruir el mundo. La especie humana había sobrevivido por pura suerte. A principios del siglo XXI decenas de países podían destruir la civilización. Pero para entonces, las Grandes Potencias ya tenían más sentido común. Ninguna nación estaba tan loca como para volar el mundo… y las pocas excepciones bárbaras fueron combatidas, empleando métodos que hacían que de noche pareciera de día cuando hizo falta. En la segunda década del siglo, la tecnología para la aniquilación masiva estaba al alcance de grupos nacionalistas y racistas. Por una serie de milagros afortunados —algunos orquestados por Alfred en persona— las quejas legítimas de los oponentes fueron debidamente resueltas.

En el presente, la tecnología de Gran Terror era tan barata que las sectas y las pequeñas bandas de delincuentes podían adquirirla. Keiko Mitsuri era la gran experta en esa cuestión. A pesar de que su trabajo quedaba oculto por tapaderas y mentiras, Keiko había salvado a millones de personas.

La carrera de la Reina Roja continuaba. En su inocencia, la maravillosa creatividad de la humanidad seguía generando consecuencias inesperadas. Había docenas de líneas de investigación que podían llegar a poner armas de destrucción masiva en manos de cualquiera que se hubiese levantado con mal pie.

Alfred pagó con un gesto de la mano y se acercó al cañón más próximo. Se apoyó en el metal cálido, mirando la neblina azul del Mediterráneo e imaginando una época menos complicada.

Pobre Günberk. Lo había entendido todo completamente al revés. Una TQC eficaz no sería el fin. En las manos adecuadas, la tecnología TQC resolvería la paradoja moderna: se aprovecharía la creatividad humana sin destruir el mundo para hacerlo. Más aún, era la única esperanza de que la humanidad sobreviviera al siglo XXI. *Y en San Diego estoy tan cerca del éxito.* Tres años antes había insinuado el proyecto a los laboratorios biológicos. El gran avance se había

producido hacía menos de uno. Su prueba durante el partido de fútbol había demostrado la eficacia del sistema de dispersión. Al cabo de un año más o menos habría desarrollado controles semánticos de alto nivel. Con eso podría controlar por completo a los más cercanos a él y, lo más importante, sería capaz de contagiar la nueva infección a poblaciones enteras y de organizar unas cuantas videotransmisiones de alcance universal. Luego tendría el control. Por primera vez habría un adulto supervisando el mundo.

Ése era el plan, pero un golpe de increíble mala suerte lo hacía peligrar. *Debería ver el lado positivo del asunto; ¡Günberk ha recurrido a mí par a resolver el problema!* Alfred había invertido mucho esfuerzo en encontrar al «señor Conejo». Estaba claro que el tipo no tenía experiencia y que era el idiota pagado de sí mismo que creía Günberk. Los éxitos de Conejo eran apenas lo suficientemente destacados para considerarlo aceptable. Podían controlar a Conejo. *Yo puedo controlar a Conejo.* Desde dentro de los laboratorios, Alfred daría a Conejo la información falsa adecuada. Al final, ni Conejo ni los colegas de Alfred en la Alianza Indoeuropea se darían cuenta de que les habían engañado. Y luego, Alfred podría seguir adelante con lo que consideraba la mejor oportunidad, y la última, de salvar al mundo.

Subió a la torreta y admiró los acabados. La Comisión de Turismo de Barcelona había invertido un buen dinero en ja reconstrucción de aquellos artefactos. Si la representación de la batalla de esa noche encajaba con la realidad física, resultaría impresionante. Echó un vistazo a su programa de Mumbai… y decidió quedarse unas horas más en Barcelona.

02
El regreso

Robert Gu tendría que haber estado muerto. Lo sabía, lo sabía muy bien. Llevaba agonizante mucho tiempo. No tenía muy claro cuánto. En aquel presente eterno sólo apreciaba borrones. Pero no importaba, porque Lena había bajado tanto la luz que no había nada que ver. Y los sonidos: durante un tiempo había llevado cosas de ésas en las orejas, pero eran endemoniadamente complicadas y siempre se le perdían o se le rompían. Librarse de ellas había sido una bendición. Los sonidos que conseguía captar eran murmullos vagos, en ocasiones Lena quejándose de él, chinchándole e incordiándole. Siguiéndole hasta el baño, por amor de Dios. Lo único que él quería era volver a casa. Lena no le permitía algo tan simple. Si realmente se trataba de Lena. Fuese quien fuese, no era una persona muy simpática. *Sólo quiero volver a casa…*

Y, sin embargo, no llegó a morir. Las luces solían ser mucho más brillantes, aunque tan difusas como siempre. Había gente a su alrededor y voces agudas que recordaba de casa. Le hablaban como si esperasen que los comprendiese.

Era mejor el borrón confuso de antes. Le dolía todo. Hacía largos trayectos para ver al médico y luego el dolor era aún peor. Un tipo que afirmaba ser su hijo le aseguraba que ya estaba en casa. A veces lo sacaban en silla de ruedas para que le diese el sol en la cara y oyese los pajaritos. ¿En casa? ¡Un pimiento! Robert Gu recordaba su hogar. Había nieve en las montañas que se veían desde el patio de sus padres. Bishop, California, EE.UU. Ése era su hogar, no otro.

Pero a pesar de que no era su hogar, su hermanita estaba con él. Cara Gu ya había estado allí antes, cuando todo era oscuridad y murmullos, pero no la había podido ver. Ahora era diferente. Al principio sólo se había percatado de su voz aguda y cantarina, como las campanillas que su madre tenía en el porche de casa.

La oyó un día que estaba en el patio. La luz del sol no había sido tan brillante y caliente desde hacía mucho tiempo, incluso los borrones eran definidos y estaban llenos de color. Oyó la vocecita aguda de Cara preguntándole Robert esto y Robert aquello y…

—Robert, ¿te gustaría que te mostrase el vecindario?

—¿Qué? —Robert se notaba la lengua un poco pegajosa, la voz un poco ronca. De pronto se le ocurrió que todo eso de la oscuridad y los murmullos tenía que significar que llevaba sin hablar bastante tiempo. Y había otra cosa mucho más extraña—. ¿Quién eres?

Un momento de silencio, como si se tratase de una pregunta

estúpida o la hubiese planteado ya en muchas ocasiones.

—Robert, soy Miri. Soy tu nieta…

El alzó la mano hasta donde pudo.

—Acércate. No te veo.

La mancha se situó frente a él, a la luz del sol. No se trataba de una presencia insinuándose a su espalda o en sus recuerdos. La mancha se convirtió en un rostro a pocos centímetros de su cara: distinguió el pelo lacio y negro, el pequeño rostro redondeado sonriéndole como si fuese el tipo más genial del mundo. Realmente era su hermanita.

Robert alargó la mano y ella se la agarró.

—Oh, Cara. Es tan agradable verte… —No estaba en casa, pero quizás estuviese cerca. Guardó silencio un momento.

—Yo… yo también me alegro de verte, Robert. ¿Te gustaría dar un paseo por el vecindario?

—Sí, estaría muy bien.

A continuación los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Cara hizo algo y la silla se puso a girar. Todo volvía a ser oscuro y tenebroso. Estaban dentro de la casa y ella, atareada como siempre, en esta ocasión le ponía un sombrero. Pero seguía chinchándole, como cuando le preguntaba si le hacía falta ir al baño. Robert presentía que el matón que afirmaba ser su hijo acechaba a un lado, contemplándolo todo.

Y luego salieron… ¿por dónde, por la puerta principal? Salieron a la calle. Cara permaneció junto a la silla de ruedas mientras paseaban y rodaban por aquella calle desierta flanqueada de árboles altos y delgados… Palmeras, eso eran. No estaba en Bishop. Pero aquélla era Cara Gu… aunque se portaba mejor que nunca. La pequeña Cara era una buena chica, pero sólo se portaba bien durante un tiempo limitado, pasado el cual encontraba alguna forma diabólica de chincharlo y lograba que él la persiguiese por toda la casa, o viceversa. Robert sonrió para sí y se preguntó cuánto tiempo duraría la fase angelical. Quizá Cara le creía enfermo. Intentó sin éxito volverse en la silla. Bien, quizás estuviese enfermo.

—Mira, vivimos en Honor Court. Ahí está la casa de los Smithson. Vinieron de Guam el año pasado. Bob opina que están criando cinco… oh, se supone que no debo hablar de eso. Y el novio de la comandante de la base vive en esa casa de la esquina. Apuesto a que se casarán antes de que acabe el año. Ahí hay unos chicos de la escuela con los que ahora no quiero hablar. —La silla de ruedas de Robert dio un giro brusco por una bocacalle.

—¡Eh! —Robert intentó dar la vuelta. ¡A lo mejor esos chicos eran amigos *suyos* y Cara le tomaba el pelo! Se dejó caer en la silla. Otra vez aquel olor a miel. Los arbustos colgaban bajos sobre sus cabezas.

Las casas eran manchas borrosas de color gris y verde—. ¡Vaya un paseo! —se quejó—. No veo a dos palmos.

La silla de ruedas frenó abruptamente.

—¿En serio? —La pillina se reía en su cara—. ¡No te preocupes, Robert! Hay ingenios que corrigen la vista.

Bah.

—Con unas gafas bastaría, Cara. —A lo mejor se las estaba escondiendo.

La luminosidad y el viento seco que recorría esas calles le llamaban la atención por algún motivo… fuese el que fuese. Hacía que se preguntara qué hacía confinado en una silla de ruedas. Recorrieron un par de calles más. Cara se le echaba continuamente encima.

—¿Tienes demasiado calor, Robert? Quizá no te haga falta la manta. El sol te va a quemar la cara, Robert. Deja que te baje un poco la gorra.

En cierto momento desaparecieron las casas. Parecía que estaban al pie de una larga cuesta, Cara afirmaba que frente a las montañas… pero Robert sólo veía una línea borrosa de un ocre desvaído que en nada se parecía a las montañas que desafiaban el cielo en Bishop, California, EE.UU.

Luego estaban otra vez dentro de la casa de la que habían salido, tan tenebrosa y oscura como siempre, porque la oscuridad se tragaba la luz de la habitación. La voz alegre de Cara desapareció. Dijo que se iba a estudiar para sus clases. No había clases para Robert. El matón le dio de comer. Seguía afirmando ser su hijo. Pero era demasiado grandote. Después de otra ignominiosa parada en el retrete, más bien un interrogatorio policial que una ida al baño, le dejaron misericordiosamente a solas, en la oscuridad. Aquella gente ni siquiera tenía televisión. Sólo había silencio y las lejanas y mortecinas lámparas eléctricas.

Debería tener sueño. Conservaba un vago recuerdo de, noche tras noche, año tras año, el sopor después de la cena. Y luego de despertarse y andar por habitaciones extrañas intentando encontrar su hogar. Discutiendo con Lena. Aquella noche era… diferente. Seguía despierto. Aquella noche pensaba en cosas que acababan de suceder. Quizá fuese porque estaba a medio camino de casa. *Cara.* No había encontrado el hogar de sus padres en la calle Crombie ni el viejo dormitorio desde el que veía el viejo pino con su cabaña entre las ramas. Pero Cara formaba parte de ese mundo y estaba allí. Se quedó sentado mucho tiempo, pensando lentamente. Al otro lado de la habitación, una bombilla solitaria era como un remolino en la oscuridad. Apenas visible, el matón estaba sentado junto a la pared. Hablaba con alguien, pero Robert no veía con quién.

Robert pasó de él y se concentró en pensar. Al cabo de un rato

recordó algo aterrador. Cara Gu había muerto en 2006 y por entonces ya llevaban varios años sin hablarse.

Y en el momento de su muerte Cara tenía cincuenta y un años.

West Fallbrook había sido un lugar accesible a principios de siglo. También muy bullicioso. Situado justo al lado del campamento Pendleton, era la comunidad civil más grande de la base. Allí había crecido una generación de marines… que había participado en una nueva oleada de guerras. Robert Gu Jr. había vivido el final de aquel frenesí, cuando a los oficiales chinoamericanos se los volvía a colocar en puestos de confianza. Habían sido días importantes y agridulces.

En la actualidad la ciudad era más grande, pero los marines ya estaban lejos de ser una parte tan importante de ella. La vida militar se había vuelto mucho más complicada. Entre breves periodos de guerra, al teniente coronel Gu le había parecido que West Fallbrook era un buen lugar para criar a una hija.

—Sigo pensando que es un error que Miri le llame Robert.

Alice Gu alzó la vista del trabajo que estaba realizando.

—Ya lo hemos hablado, cariño. Así la hemos criado. Somos Bob y Alice, no mamá y papá o la tontería que esté ahora de moda. Y por tanto, Robert es Robert y no el abuelo. —La coronel Alice Gong Gu era bajita y de rostro redondo y, cuando no estaba completamente estresada, maternal. Había sido la número uno de su promoción en Annapolis, en la época en que ser bajita y de rostro redondo y maternal eran clarísimos puntos en contra. A aquellas alturas hubiese podido ser general, sólo que sus superiores habían encontrado un trabajo más productivo y peligroso que asignarle. Lo que explicaba algunas de sus alocadas ideas pero no aquélla en concreto; siempre había insistido en que Miri se dirigiese a sus padres como si fuesen amigos.

—Eh, Alice, nunca me ha importado que Miri nos llame por nuestro nombre de pila. Llegará un momento en que, aparte de amarnos, la pequeña generala también será nuestra colega, incluso nuestra jefa. Pero esta situación confunde al viejo… —Bob señaló con el pulgar el lugar donde estaba sentado Robert padre, medio caído y mirando fijamente—. Recuerda cómo se ha comportado papá esta tarde. Mira cómo se ha alegrado. Cree que Miri es mi tía Cara, ¡cuando eran niños!

Alice no respondió de inmediato. Allí donde estaba era media mañana. La luz del sol chispeaba en el puerto que tenía a la espalda. Servía de apoyo a la delegación americana en Yakarta. Indonesia se unía a la Alianza Indoeuropea. Japón ya era miembro de ese club de nombre tan estrambótico. El chiste de moda era que pronto los «indoeuropeos» tendrían el mundo rodeado. Hubo una época en que China y Estados Unidos no se lo hubiesen tomado a broma. Pero el

mundo había cambiado. Tanto en China como en Estados Unidos esa perspectiva era un alivio. Tendrían más tiempo para preocuparse de los verdaderos problemas.

Alice parpadeó mientras asentía a una presentación o se reía de un comentario ingenioso. Recorrió una corta distancia acompañando a un par de tipos pagados de sí mismos, charlando todo el tiempo en bailas a, mandarín e inglés pasable, idiomas de los cuales Bob sólo entendía el inglés. Luego volvió a quedarse sola. Se inclinó un poco hacia él y le dedicó una gran sonrisa.

—¡Bien, suena estupendamente! —dijo—. ¿Cuántos años hace que tu padre no respondía a ningún discurso racional? Y ahora, de pronto, está lo suficientemente consciente como para pasárselo bien. Deberías alegrarte. A partir de ahora sólo puede mejorar. ¡Recuperarás a tu padre!

—Sí…

El día anterior había despedido al último de sus cuidadores domésticos. A partir de ese momento su padre mejoraría muy rápido. La única razón para que siguiese en silla de ruedas era que los médicos querían asegurarse de que la regeneración ósea era completa antes de soltarlo por el vecindario.

Ella captó su expresión e inclinó la cabeza a un lado.

—¿Te acobardas?

Bob miró a su padre. No faltaban más que unas cuantas semanas para la operación de Paraguay. Una operación secreta en el fin del mundo. La idea empezaba a parecerle atractiva.

—Quizás.

—Entonces deja que la pequeña generala siga con lo suyo y no te preocupes. —Se volvió y saludó a alguien a quien Bob no veía—. ¡Oh! —La imagen parpadeó y sólo quedó la mensajería silenciosa.

Alice —› Bob: ‹ms› Tengo que irme. Debo cubrir el puesto del secretario Martínez y las costumbres locales *no* ven con buenos ojos el tiempo compartido.‹/ms›

Bob se quedó sentado un momento en el salón, en silencio. Miri estaba arriba, estudiando. Fuera, la tarde se iba convirtiendo en noche. Una hora tranquila. De niño, a esa hora su padre sacaba los libros de poesía y papá, mamá y el pequeño Bobby leían juntos. Bob sentía una alegre nostalgia por esas tardes. Miró a su padre.

—¿Papá? —No hubo respuesta. Bob se inclinó y gritó, muy poco seguro de sí mismo—. ¿Papá? ¿Hay luz suficiente? Puedo aumentar la intensidad.

El anciano agitó ausente la cabeza. Quizás había comprendido la pregunta, pero no dio ninguna otra señal de haberlo hecho. Se limitó a quedarse allí sentado, inclinado de lado. Con la mano derecha se frotaba una y otra vez la muñeca izquierda. Y era una gran mejora.

Robert: Gu padre había llegado a pesar treinta y seis kilos. Era apenas un vegetal cuando la Facultad de Medicina de la UCSF había probado con él un tratamiento nuevo. Resultó que la cura para el Alzheimer de la UCSF había surtido efecto cuando años de tratamiento convencional habían sido inútiles.

Bob hizo algunos recados en la base, repasó el plan de operaciones de Paraguay… y luego volvió a sentarse unos minutos para mirar a su padre.

No siempre te he odiado.

De niño no odiaba al viejo. Quizás eso rio fuese sorprendente. Un niño tiene muy poco con lo que comparar. Robert era estricto y exigente, eso lo había tenido muy claro el pequeño Bobby. A pesar de que a menudo Robert padre se reprochaba ser un progenitor muy poco exigente, en ocasiones eso contradecía lo que Bob veía en casa de sus amigos. Pero Bob nunca había considerado aquello maltrato.

Ni siquiera cuando su madre dejó a su padre Bob se volvió contra el viejo. Lena Gu había soportado años de sutil abuso y no aguantaba más, pero el pequeño Bobby no se había enterado de nada. Hasta más tarde, hablando con la tía Cara, no comprendió que Robert trataba mucho peor a los demás de lo que había tratado a Bob.

Para el teniente coronel Robert Gu Jr. aquél tendría que haber sido un momento de júbilo. Su padre, uno de los poetas preferidos de América, regresaba de una larga acampada en el valle de las sombras de la muerte. Bob miró detenidamente los rasgos inmóviles y relajados de su padre. No, en caso de haber sido una película, habría sido una del Oeste titulada *El regreso del hijo de puta.*

03
Un campo de minas celestial

—Mis globos oculares están… ¡burbujeando!

—No deberían dolerte. ¿Te duele?

—No… —Pero la luz le resultaba tan brillante que incluso en la oscuridad Robert veía colores feroces—. Todo sigue siendo una mancha, pero no veo tan bien desde… —No sabía cuánto tiempo había pasado; el tiempo en sí había sido oscuridad—. Desde hace años.

Una mujer le habló por detrás del hombro.

—Llevas una semana tomando la medicina retinal, Robert. Hoy nos ha parecido que ya tenías una población de células adecuada, por lo que hemos decidido activarla.

—Y la visión borrosa la podemos curar incluso con más facilidad. ¿Reed? —adujo otra voz de mujer.

—Sí, doctora. —La voz procedía de una mancha en forma de hombre que tenía justo delante. La figura se inclinó—. Deja que te ponga esto sobre los ojos, Robert. Sentirás un poco de parálisis. —Unas enormes manos delicadas colocaron las gafas sobre la cara de Robert. Al fin algo que reconocía; una graduación nueva. Pero el rostro se le paralizó y no podía cerrar los ojos.

—Relájate y mira hacia delante. —Relajarse era una cosa, pero no había otra opción que mirar al frente. Y luego… *Dios,* era como ver un ordenador lento formando una imagen. Los borrones iban adquiriendo nitidez poco a poco. Robert habría dado un salto atrás, pero la inmovilidad se había extendido a su cuello y hombros.

—El mapa celular de la retina derecha tiene buen aspecto. Veamos la izquierda. —Pasaron algunos segundos más y se produjo un segundo milagro.

El hombre sentado delante retiró las «gafas» de la cara de Robert. Había una sonrisa en su rostro de mediana edad. Vestía camisa blanca de algodón con el bolsillo bordado en letras azules: «Auxiliar clínico Reed Weber.» *¡Puedo ver hasta la última fibra!* Miró por encima del hombro del tipo. Las paredes de la clínica estaban ligeramente desenfocadas. Quizá para salir tuviese que ponerse gafas. La idea le hizo reír. Y luego reconoció las imágenes de las paredes. No estaba en una clínica. Lo que colgaba de las paredes eran las caligrafías que Lena había comprado para la casa de Palo Alto. *¿Dónde estoy?*

Había una chimenea; había puertas correderas de vidrio que daban a un jardín. Ni un libro a la vista; él no había vivido nunca allí. La rigidez de los hombros casi había desaparecido. Robert miró la

habitación. Las dos voces de mujer… no estaban conectadas a nada visible. Pero Reed Weber no era la única persona presente. A su izquierda había un tipo fornido, con los brazos en jarras y una sonrisa de oreja a oreja. Robert se miró en sus ojos y la sonrisa vaciló. El hombre le dedicó un gesto y dijo:

—Papá.

—Bob… —Sus recuerdos no regresaron de pronto, sino que, más bien, fue consciente de repente de lo que siempre había sido una realidad. Bobby había crecido.

—Hablaremos más tarde, papá. De momento te dejaré para que termines con la doctora Aquino y su personal. —Asintió al aire en dirección al hombro derecho de Robert… y salió.

El aire dijo:

—En realidad, Robert, esto es todo lo que pretendíamos hacer por hoy. Tendrás muchas cosas de las que ocuparte en las próximas semanas, pero será menos caótico si vamos pasito a pasito. Estaremos atentos por si surge algún problema.

Robert fingió ver algo en el aire.

—Vale. Ya nos veremos.

Oyó una risa amistosa.

—¡Muy bien! Reed te puede ayudar.

Reed Weber asintió y Robert tuvo la sensación de que Weber y él estaban ahora realmente solos. El auxiliar médico guardó las gafas y otras piezas de equipo, simples cajas de plástico, de usar y tirar, sin nada destacable a no ser por los milagros que habían obrado. Weber se dio cuenta de que las miraba.

—Son sólo las herramientas del oficio, las aburridas. Lo realmente interesante son las medicinas y las máquinas que flotan en tu interior. —Guardó la última caja y alzó la vista—. Eres un tipo con suerte, ¿lo sabías?

Ahora veo la luz del sol donde antes la noche era eterna. ¿Dónde estará Lena? Luego pensó en la pregunta de Reed.

—¿A qué te refieres?

—¡Escogiste la enfermedad adecuada! —Rio—. La medicina moderna es como un campo de minas celestial. Podemos curar muchas cosas: el Alzheimer, por ejemplo, a pesar de que casi pierdes el barco. Tú y yo tuvimos Alzheimer. Yo padecía el de tipo común, que detuvieron a los primeros síntomas. Muchas otras enfermedades son tan mortales o limitan tanto como antes. Todavía no se puede hacer mucho para mitigar una apoplejía. Algunos cánceres son incurables. Hay tipos de osteoporosis tan terribles como en el pasado. Pero para todas tus dolencias tenemos solución segura. Ahora tienes unos huesos tan sanos como los de un hombre de cincuenta años. Hoy te hemos reparado los ojos. Más o menos dentro de una semana reforzaremos tu

sistema nervioso periférico. —Reed rio de nuevo—. ¿Sabes?, incluso tienes una bioquímica dermatológica y adiposa que responde a los tratamientos Venn-Kurasawa. Ni una persona entre mil atraviesa ese campo de minas. Vas a tener un aspecto *mucho* más juvenil.

—Lo próximo será hacerme jugar a videojuegos.

—¡Ah! —Weber metió la mano en la bolsa de equipo y sacó un papel—. No se nos puede olvidar.

Robert aceptó el papel y lo desdobló. Era muy grande, casi del tamaño de un pliego. Parecía de papel de carta. En la parte superior había un logotipo en letra elegante: «Clínica Crick, división geriátrica.» El resto era un esquema. Los nódulos principales: «Familia Microsoft», «Gran Muralla Linux» y «Epifanía Lite».

—Al final preferirás usar Epifanía Lite, pero por ahora es mejor el tipo de ordenador con el que estás más familiarizado.

Los elementos situados bajo «Familia Microsoft» eran nombres de programas de Microsoft, los primeros de la década de los ochenta del siglo XX. Robert la miró inseguro.

—¿Robert? Sabes… sabes algo de ordenadores, ¿no?

—Sí. —Pensándolo bien, lo recordaba. Sonrió—. Pero siempre iba rezagado. Tuve mi primer PC en el año 2000. —Y eso sólo porque el Departamento de Literatura Inglesa en bloque le hacía la vida imposible porque no leía el correo electrónico.

—Menos mal. Vale, con eso puedes imitar cualquiera de esos sistemas antiguos. Simplemente déjalo desdoblado sobre el brazo de la silla. Tu hijo ha hecho que esta habitación reproduzca el sonido, pero en casi todas partes tendrás que tocar la página con los dedos si quieres oírlo. —Robert se inclinó para mirar mejor el papel. No resplandecía; ni siquiera tenía la apariencia vidriosa de una pantalla de ordenador. Era un papel normal de buena calidad. Reed señaló los nódulos—. Ahora pulsa tu sistema operativo favorito.

Robert se encogió de hombros. A lo largo de los años, en el departamento habían usado muchos sistemas operativos, pero… Puso el dedo sobre la línea que decía «WinME». No hubo pausa de arranque, eso que recordaba tan bien. Pero de pronto el aire se llenó de aquella musiquilla tan familiar y molesta. Sonaba a su alrededor, no surgía del papel. La página se había llenado de colores e iconos. Robert sintió un ramalazo de nostalgia al recordar las muchas horas frustrantes que había pasado frente a relucientes pantallas de ordenador.

Reed sonrió.

—Buena elección. WinME hace tiempo que tiene un alquiler muy simple. De haber escogido Epifanía, tendríamos que atravesar su selva de licencias… Vale, a partir de ahora el resto será casi exactamente igual a lo que recuerdas. La clínica Crick incluso tiene algunos de los

sistemas modernos filtrados de forma que parecen navegadores. No es tan bueno como el que usamos tu hijo y yo, pero no tendrás más problemas con voces de personas «invisibles»; si quieres, verás a Rachel y a la doctora Aquino en la página. Diviértete, Robert.

Robert escuchó el discurso de Weber, que probablemente era una mezcla de jerga técnica y pasada de moda, con una jovialidad y una estructura sintáctica que podían ser sarcasmo. En su época, con eso le habría bastado para calar al tipo. Pero aquel día, recién salido de las tinieblas de la senilidad, no estaba seguro. Así que lo sondeó un poco.

—¿Vuelvo a ser joven?

Reed se sentó, riéndose tranquilamente.

—Me gustaría decirte tal cosa, Robert. Tú tienes setenta y cinco años y el cuerpo muchas más formas de fallar de las que han previsto los médicos. Llevo seis meses ocupándome de tu caso. Has vuelto de la muerte, tío. Casi has derrotado el Alzheimer por completo. Tiene sentido que probemos otros tratamientos contigo. Vas a llevarte muchas sorpresas, casi todas buenas. Tómatelo con calma, reacciona sobre la marcha. Por ejemplo, me he dado cuenta de que acabas de reconocer a tu hijo.

—S… sí.

—Estuvo aquí hace una semana. No le reconocías.

Se le hacía extraño sondear en la oscuridad, pero…

—Sí. Sabía que no podía tener un hijo. No era lo suficientemente viejo. Sólo quería volver a casa. Me refiero a la casa de mis padres en Bishop. E incluso ahora me ha sorprendido que Bob sea tan mayor. —Las consecuencias empezaban a amontonarse—. Claro, mis padres han muerto…

Reed asintió.

—Eso me temo, Robert. Tienes toda una vida que recordar.

—¿A trozos? ¿O primero recuperaré los recuerdos más antiguos? A lo mejor me quedo atascado en cierta época…

—Los médicos son los más adecuados para responderte. —Reed vaciló—. Mira, Robert. Antes eras profesor, ¿verdad?

¡Era poeta! Pero no creía que Reed comprendiese cuál era la categoría más importante.

—Sí. Profesor… Bueno, profesor emérito de literatura inglesa. En Stanford.

—Bien. Eres un tipo listo. Tienes mucho que aprender, pero apuesto a que recuperarás esa cabeza. No te asustes si no consigues recordar algo. Tampoco te esfuerces demasiado. Prácticamente a diario los médicos te restaurarán alguna capacidad adicional. En teoría, de ese modo te resultará menos inquietante. Sea o no cierto, lo importante es que mantengas la calma. Recuerda que aquí tienes una familia que te quiere.

Lena. Robert bajó la cabeza durante momento. No era un retorno a la niñez, sino una especie de segunda oportunidad. Si podía recuperarse por completo del Alzheimer, si… En ese caso podían quedarle otros veinte años, tiempo para compensar lo perdido. Así que tenía dos metas: su poesía y…

—Lena.

Reed se inclinó hacia él.

—¿Qué has dicho?

Robert alzó la vista.

—Mi esposa. Me refiero a mi ex esposa. —Intentó recordar más—. Apuesto a que jamás recordaré lo sucedido después de que perdiese la cabeza.

—Como te he dicho, no te preocupes.

—Recuerdo haber estado casado con Lena y criado a Bobby. Nos separamos hace años. Pero… también recuerdo que ella estaba conmigo cuando el Alzheimer empezó a afectarme de veras. Y ahora se ha vuelto a ir. ¿Dónde está, Reed?

Reed frunció el ceño, se inclinó y cerró la caja del equipo.

—Lo siento, Robert. Falleció hace dos años. —Se puso en pie y con delicadeza tocó el hombro de Robert—. ¿Sabes?, creo que hoy hemos avanzado mucho. Ahora tengo que irme.

En su vida anterior, Robert Gu había prestado todavía menos atención a la tecnología que a las noticias de actualidad. La naturaleza humana no cambia y, como poeta, su labor consistía en destilar y mostrar esa esencia inmutable. Ahora… bueno. *¡He regresado de la muerte!* Eso *era* algo nuevo bajo el sol, un avance tecnológico demasiado tremendo como para ignorarlo. Era una nueva oportunidad de vivir, una oportunidad de continuar con su carrera. Y era evidente por dónde debía continuar: con *Secretos de las edades*. Había invertido cinco años en los cantos de esa obra, poemas como «Secretos del niño», «Secretos de los jóvenes amantes», «Secretos del anciano». Pero su «Secretos del moribundo» había sido una completa falsedad, porque lo había escrito antes de empezar a morir… Daba igual que la gente creyese que era el canto más profundo de la obra. Pero… sí, tenía algo nuevo que añadir: «Secretos del regresado». Las ideas empezaban a formarse y seguro que los versos vendrían a continuación.

Cada día experimentaría nuevos cambios, de pronto desaparecerían viejas barreras. Le convenía seguir el consejo de Reed Weber y aceptar sus limitaciones con paciencia. ¡Tantas cosas cambiaban y todas para mejor!

Llegó el día en que volvió a caminar, aunque con paso inseguro. Le fallaba el equilibrio: el primer día se cayó tres veces y, en cada ocasión, se limitó a volver a ponerse en pie.

—A menos que te caigas de cabeza, profesor, no tendrás

problemas —le dijo Reed.

Pero paulatinamente aprendió a caminar mejor. Y puesto que podía ver, y ver bien, era capaz de hacer cosas con las manos. Ya no tenía que palpar en la oscuridad. Nunca se había dado cuenta de lo importante que era la vista para la coordinación. En tres dimensiones había incontables formas de disponer las cosas; sin visión estabas condenado a la resignación y al fracaso. *Pero yo no. Ahora no.*

Y dos días después…

… jugaba al ping-pong con su nieta. Recordaba la mesa. Era la misma que le había comprado al pequeño Bobby hacía treinta años. Incluso recordaba a Bob quitándosela de las manos cuando finalmente renunció a su hogar de Palo Alto.

En aquel momento era Miri la que le daba caña, con devoluciones altas y lentas. Robert se movía de una punta a la otra. Lo difícil no era ver la bola, pero debía tener mucho cuidado de no devolverla demasiado alta, Con cuidado, con cuidado avanzó la partida… hasta que Miri le tenía quince a once. Y luego él ganó cinco puntos seguidos, cada uno de ellos con un movimiento espástico que por alguna razón hacía que el plástico blanco fuera a dar contra la línea más alejada de la mesa.

—¡Robert! ¡Me estabas engañando! —La pobre y regordeta Miri corría de esquina a esquina intentando mantenerse a su altura. Los golpes de Robert no iban con efecto, pero no era una jugadora experta. Diecisiete a quince, dieciocho, diecinueve. Luego su potente devolución se desactivó y volvió a ser el torpe pasmado de siempre. Pero su nieta no tuvo piedad. Consiguió seis puntos seguidos… y ganó.

Y luego fue al otro lado de la mesa para abrazarle.

—¡Eres genial! Pero ¡no volverás a engañarme! —No tenía sentido repetirle las palabras de Aquino. En la reconstrucción de su sistema nervioso habría picos aleatorios de rendimiento. Podía acabar teniendo los reflejos de un atleta; lo más probable era que al final tuviese una coordinación normal.

Era curioso cómo se fijaba en qué día de la semana era, un detalle que había dejado de importarle incluso antes de perder la sesera. Pero ahora los fines de semana su nieta estaba siempre con él.

—¿Cómo era la tía abuela Cara? —le preguntó un sábado por la mañana.

—Se te parecía mucho, Miri.

La chica sonrió radiante, llena de orgullo. Robert había supuesto que eso era lo que quería oír. *Pero es cierto, aunque Cara nunca se pasó de peso.* Miri era igual que Cara en la preadolescencia, cuando otras preocupaciones reemplazaron la adoración que le tenía a su hermano. En todo caso, Miri era como Cara llevada al extremo. Era muy

inteligente, probablemente más lista que su tía abuela, tremendamente independiente y con tendencia a juzgar moralmente a los demás. *Recuerdo esa tremenda arrogancia*, pensó Robert. Era para él muy irritante; se había distanciado de Cara por su empeño en lograr que cambiase.

A veces Miri traía a sus amiguitos. A esa edad y en aquella época los chicos y las chicas se mezclaban. Durante unos cuantos años tenían prácticamente la misma masa muscular. A Miri le encantaba jugar al ping-pong por parejas.

Robert no podía sino sonreír por la forma que tenía de controlar a sus amigos. Había organizado un campeonato. Y aunque era escrupulosamente honrada, jugaba para *ganar*. Cuando su equipo perdía, adoptaba una expresión de furiosa determinación y sus ojos se volvían de acero. Después, se daba prisa en reconocer sus propios errores y la misma prisa en criticar a sus compañeros.

Cuando sus amigos se iban a menudo seguían allí, presencias invisibles como los médicos de Robert. Miri caminaba por el patio trasero hablando y discutiendo con el aire: una parodia de la descortesía del móvil que Robert recordaba de sus últimos años en Stanford.

Los prolongados silencios de Miri tampoco se correspondían con ningún aspecto de sus recuerdos de Cara. Miri se daba impulso lentamente en el columpio que colgaba del único árbol adecuado del jardín. Lo hacía durante *horas,* hablando sólo de vez en cuando… y al aire, con la mirada completamente perdida, a kilómetros de distancia. Y cuando él le preguntaba qué hacía, se sobresaltaba, reía y decía que estaba «estudiando». A Robert Gu le parecía más bien alguna forma perniciosa de hipnosis.

Los días laborables Miri iba a la escuela; una limusina aparecía todas las mañanas justo cuando la chica estaba lista. Bob se había ido, «volveré dentro de una semana más o menos». Alice se quedaba en casa parte del día, pero estaba de un humor que saltaba a la mínima. A veces la veía a la hora del almuerzo; lo más normal era que su nuera estuviese en el campamento Pendleton hasta la tarde. Cuando volvía de la base estaba especialmente irritable.

Exceptuando las sesiones de terapia con Reed Weber, Robert tenía todo el tiempo para sí. Vagó por la casa y encontró algunos de sus viejos libros en cajas de cartón guardadas en el sótano. Eran los únicos libros de la casa. A todos los efectos, su familia era iletrada. Cierto, Miri se jactaba de que muchos libros eran visibles en cuanto uno quería consultarlos, pero sólo era una verdad a medias. El papel navegador que Reed le había dado podía usarse para encontrar libros en la red, pero leerlos en una única hoja de papel era un tedioso sacrilegio.

El asombroso pliego, sin embargo, permitía la teleconferencia; la doctora Aquino y los otros doctores remotos ya no eran sólo voces invisibles. Y el navegador se parecía mucho al que recordaba, aunque muchos sitios no se veían del todo bien. Google todavía funcionaba. Buscó Lena Llewelyn Gu. Por supuesto, había información de sobra. Lena había sido una doctora bastante conocida. Y sí, había muerto dos años antes. Los detalles eran contradictorios, algunos coincidentes con lo que Bob le había contado y otros no. Aquellos malditos Amigos de la Intimidad… Costaba imaginar a semejantes villanos, haciendo lo posible por socavar lo que podías encontrar en la red. Se definían como una «beneficencia vandálica».

Lo que le acabó llevando a las Noticias del Día. El mundo seguía en un estado tan desastroso como siempre. Ese mes se trataba de una acción policial en Paraguay. Los detalles no tenían sentido. ¿Qué eran las «fábricas de luz de luna» y por qué iba Estados Unidos a querer ayudar a la policía a cerrarlas? La imagen global le resultaba más familiar. Las fuerzas invasoras buscaban armas de destrucción masiva. Aquel mismo día habían encontrado armas nucleares ocultas bajo un orfanato. En las fotos salían chabolas y gente pobre; niños harapientos jugando a juegos desconocidos que contradecían la miseria que los rodeaba; algún soldado, casi solitario.

Apuesto a que Bob está ahí, pensó. No por primera vez, o por milésima, se preguntó cómo era posible que su hijo hubiese escogido una carrera tan desagradable y sin futuro.

Por las noches tenían algo similar a una cena en familia: Alice, Robert y Miri. Alice parecía encantada de cocinar, aunque esta noche tenía cara de no haber dormido desde hacía varios días.

Robert se quedó en la cocina viendo cómo madre e hija sacaban bandejas del refrigerador.

—Cenas de televisor. Así llamábamos a estas cosas —dijo. De hecho, lo que sacaban tenía la apariencia y la textura de una comida deliciosa. A él todo le sabía a cartón, pero Reed decía que eso se debía a que el noventa y cinco por ciento de sus papilas gustativas estaban muertas.

Miri vaciló, como le pasaba a menudo cuando Robert exponía una idea que ella nunca había oído. Pero, como era habitual, respondió con el mayor aplomo.

—Oh, esta comida es mucho mejor que la basura de comida televisiva habitual. Podemos mezclar las cosas. —Señaló los envases sin etiquetar que chisporroteaban dentro de… bien, parecía un microondas—. ¿Ves?, tengo helado de postre y Alice… arándanos hilados. ¡Anda, Alice!

Alice le dedicó una sonrisita.

—Los compartiré. Vale, vamos a llevarlo al comedor.

Hicieron falta los tres para llevarlo todo en un solo viaje. Dispusieron la comida sobre la larga mesa del comedor. El mantel, de damasco, cada noche parecía diferente. La mesa en sí le resultaba familiar, otro mueble heredado. La presencia de Lena todavía se sentía.

Robert se sentó junto a Miri.

—¿Sabes? —dijo, más por ver su reacción que por otra cosa—. A mí todo esto me resulta un poco primitivo. ¿Dónde están los sirvientes robóticos… o al menos las manos automáticas para meter y sacar la comida del microondas?

Su nuera se encogió de hombros irritada.

—Hay robots, allí donde tiene sentido que los haya.

Robert recordaba a Alice Gong cuando se había casado con Bob. En aquella época, Alice era una diplomática impenetrable… tan habilidosa que mucha gente no llegaba a darse cuenta de sus capacidades. En aquella época, Robert conservaba su talento para la poesía y para la gente; una personalidad como ésa era un desafío para él. Pero ni siquiera su antiguo yo había logrado jamás encontrar una grieta en la armadura. La nueva Alice simplemente *imitaba* la compostura de la antigua, y no siempre con éxito. Ésta no era una de sus mejores noches.

Robert recordó las noticias de Paraguay y dio un palo de ciego.

—¿Preocupada por Bob?

Le respondió con una sonrisa extraña.

—No. Bob está bien.

La niña miró a su madre y luego intervino.

—En realidad, si quieres mecas, deberías ver mi colección de muñecas.

¿Mecas? ¿Muñecas? Costaba dominar a la gente si uno no sabía de qué hablaba. Retrocedió:

—Me refería a que hay un montón de cosas que los fanáticos del futuro predijeron y que no han llegado a materializarse. Como los coches aéreos.

Miri alzó la vista de la comida humeante. En una esquina de la bandeja había realmente un cuenco de helado.

—Tenemos taxis aéreos. ¿Te valen?

—No del todo. —Luego se sorprendió a sí mismo—. ¿Cuándo podré ver uno? —El Robert de antaño hubiese considerado el interés por cualquier ingenio mecánico algo infantil.

—¡Cuando quieras! ¿Qué tal después de la cena? —La última pregunta iba dirigida tanto a Alice como a Robert.

Lo que hizo que Alice sonriese con más naturalidad.

—Quizás este fin de semana.

Comieron en silencio. Me gustaría saborearlo.

Luego Alice pasó a un tema que evidentemente se había estado reservando.

—¿Sabes?, Robert, he dado una ojeada a los informes de tus médicos. Casi estás recuperado del todo. ¿Has pensado en retomar tu carrera?

—Vaya, pues sí. Lo pienso continuamente. Tengo nuevas ideas para escribir… —Hizo un gesto expansivo y se sorprendió del súbito temor que sentía—. Eh, no te preocupes, Alice. Tengo mi obra literaria. Recibo ofertas de trabajo de facultades de todo el país. Me iré de aquí en cuanto pueda plantar los pies firmemente en el suelo.

Miri dijo:

—¡Oh, no, Robert! Puedes quedarte con nosotros. Nos *gusta* tenerte aquí.

—Pero, en este momento, ¿no crees que deberías estar abriéndote más activamente al mundo exterior? —dijo Alice

Robert la miró con tranquilidad.

—¿A qué te refieres?

—Bien, ya sabes que tu última sesión con Reed Weber es el próximo martes. Estoy segura de que hay muchas habilidades que te gustaría dominar. ¿Has considerado matricularte en algunas clases? Fairmont tiene varios cursos especiales…

La coronel Alice desarrollaba bastante bien la operación, pero no había contado con la chica de trece años sentada junto a Robert. Miri intervino con:

—Ya. Son los cursos formativos. Algunos viejos y un montón de adolescentes tontos. Es aburrido, aburrido, aburrido.

—Miri, hay habilidades básicas…

—Reed Weber ya se ha ocupado de muchas de ellas. Y *yo* puedo enseñar a Robert cómo vestir. —Le tocó el brazo—. No te preocupes, Robert. Una vez que aprendas a vestir, podrás aprender lo que quieras. Ahora mismo estás atrapado; es como ver el mundo por un agujerito, lo que puedan ver tus ojos desnudos… y lo que puedas obtener de lo que ves. —Señaló el pliego que llevaba en el bolsillo de la camisa—. Con algo de práctica deberías poder ver y oír tan bien como cualquiera.

Alice negó con la cabeza.

—Miri, hay mucha gente que no usa lentillas ni vestibles.

—Sí, pero no son mi abuelo. —Y alzó retadora la barbilla—. Robert, deberías vestir. Pareces un tonto caminando por ahí con esa página en la mano.

Alice parecía dispuesta a poner más objeciones, pero al final se apoyó en el respaldo observando a Miri con una mirada que Robert fue incapaz de interpretar.

La niña no pareció notarlo. Inclinó la cabeza y se tocó un ojo.

—Ya sabes lo que son las lentillas, ¿no? ¿Quieres ver una? —Apartó la mano del ojo. En la yema del dedo medio tenía un diminuto disco del tamaño y la forma de las lentes de contacto que él conocía. No esperaba nada más, pero… se inclinó y miró más de cerca un momento. No era completamente transparente. En su superficie se agitaban chispas de colores.

—La uso con seguridad máxima. No verías los destellos, si no. —La diminuta lente se nubló y luego se puso blanca—. Vaya. Se ha apagado. Pero ¿pillas la idea? —Se la volvió a meter en el ojo y le sonrió. Parecía que tuviera una enorme catarata.

—Deberías ponerte una nueva, cariño —dijo Alice.

—Oh, no —dijo Miri—. En cuanto se caliente me durará el resto del día. —De hecho, la «catarata» iba desapareciendo y volvía a verse el iris marrón oscuro de Miri—. ¿Qué te parece, Robert?

Es un sustituto bastante desagradable para lo que puedo hacer simplemente leyendo la página.

—¿Eso es todo?

—Hum, no. Es decir, ahora mismo podemos darte una camisa de Bob y una caja de lentillas. Lo complicado es aprender a usarlas.

La coronel Alice dijo:

—Sin cierto control es como la televisión de antaño pero mucho más molesto. No te gustaría que te quitasen el control, Robert. ¿Qué te parece esto? Te conseguiré prendas de entrenamiento y esa caja de lentillas que te decía Miri. Mientras tanto, considera la idea de asistir a Fairmont, ¿vale?

Miri se inclinó y le sonrió a su madre.

—Estoy segura de que dentro de una semana estará vistiendo. No le harán falta esas clases para perdedores.

La verdad era que había tenido ofertas de trabajo. Su regreso se había difundido por la red y le habían escrito de doce facultades. Cinco querían simplemente que fuese a dar una charla, tres le ofrecían trabajo como artista residente durante un semestre, y el resto no eran de primera categoría. No era precisamente la acogida que Robert había esperado para uno de los «gigantes literarios del siglo» (citando a un crítico).

Temen que siga siendo un vegetal.

Así que Robert congeló las ofertas y siguió trabajando en su obra. Demostraría a los incrédulos que seguía teniendo la cabeza de siempre… y de paso les pasaría la mano por la cara, hasta lograr el reconocimiento que merecía.

Pero el progreso era lento en el frente de la poesía. El progreso era lento en muchos frentes. Ya tenía una cara de aspecto juvenil. Reed decía que un éxito tan completo era una rareza, que Robert era perfecto para el proceso Venn-Kurasawa. Maravilloso. Pero seguía

teniendo una coordinación espástica y continuamente le dolían las articulaciones. Lo más ignominioso era que todavía tenía que ir a mear varias veces por la noche. *Seguro* que eran las Parcas recordándole que seguía siendo un viejo.

El día anterior había sido su última visita a Weber. El tipo tenía una mente servil, que se ajustaba perfectamente a la ayuda servil que ofrecía. *Supongo que le echaré de menos.* Sobre todo porque ahora tenía otra hora diaria sin nada que hacer.

Y el progreso era sobre todo muy lento en el frente de la poesía.

Para Robert, los sueños nunca habían sido una gran fuente de inspiración (aunque en varias entrevistas muy difundidas había afirmado lo contrario). Pero los intentos de crear estando totalmente despierto eran el último recurso de las mentes pedestres. Para Robert Gu, la verdadera creatividad a menudo llegaba tras una buena noche de sueño, justo al despertar. Ese momento era una fuente tan segura de inspiración que, cuando le costaba escribir, a menudo seguía el camino pedestre por la tarde y luego, a la mañana siguiente, todavía adormilado, repasaba lo hecho. En ese momento, con la frescura inestable de la conciencia recuperada, las respuestas eran obvias. En sus años en Stanford había preguntado por ese fenómeno a filósofos, religiosos y científicos. Le habían dado un centenar de explicaciones, que iban desde la psicología freudiana hasta la mecánica cuántica. La explicación no importaba; a él le iba bien «dormir el problema».

Después de años de demencia, todavía poseía ese don matutino. Pero su control del proceso era tan errático como siempre. Algunas mañanas estaba lleno de ideas para «Secretos del regresado» y su revisión de «Secretos del moribundo». Pero ninguna de sus tormentas de ideas era poética. Tenía las ideas. Incluso las estrofas, conceptualmente. Pero no encontraba las palabras y las frases para convertir las ideas en belleza. Quizás estuviese bien así. De momento. Después de todo, hacer que las palabras cantasen constituía el máximo y más puro talento. ¿No tenía lógica que ésa fuese la última habilidad que recuperara?

Mientras tanto, malgastaba muchas mañanas perdido en disquisiciones. Su subconsciente se había vuelto un traidor fascinado por el funcionamiento de las cosas, por la tecnología y las matemáticas. A lo largo del día, cuando navegaba por el papel visor, se desviaba continuamente a temas que no tenían relación con su preocupación artística. Había pasado toda una tarde con una «introducción para niños» a la geometría finita, por amor de Dios… y la gran idea con la que había despertado a la mañana siguiente había sido una de las demostraciones más difíciles.

El día de Robert era de un aburrimiento casi insoportable, una búsqueda interminable de la palabra perfecta mientras intentaba

ignorar el atractivo del papel visor. Las tardes las pasaba evitando los ataques de Miri y sus intentos de meterle cuerpos extraños en los ojos.

Finalmente, la idea matutina acudió al rescate. Mientras iba despertando, pensando desapasionadamente en su fracaso, vio los enebros verdes al otro lado de la ventana, el patio pintado de colores pastel. Había un mundo exterior. Había un millón de puntos de vista diferentes. ¿Qué había hecho en el pasado enfrentado a un obstáculo? Te tomas un descanso. Hacer algo diferente; lo que fuese. Volver al «instituto» le sacaría de aquella situación, mantendría a raya a Miri. Ciertamente le expondría a puntos de vista diferentes, aunque más limitados.

Alice estaría encantada.

04
Una excelente afiliación

A Juan Orozco le encantaba ir por la escuela con los gemelos Radner. Fred y Jerry eran una Mala Influencia, pero eran los mejores jugadores que Juan conocía.

—Hoy tenemos un timo especial, Juan —dijo Fred.

—Sí —dijo Jerry, sonriendo como hacía cuando planeaban algo divertido o vergonzoso.

Los tres siguieron el sendero habitual, por el canal de control de flujo. El paso de cemento, seco y de un blanco óseo, serpenteaba por el cañón tras las viviendas de Mesitas. Las colinas estaban cubiertas de escarchada y gayuba; más adelante había un encinar. ¿Qué se podía esperar de North County, San Diego, a principios de octubre?

Al menos en el mundo real.

El cañón no era zona muerta. En absoluto. La agencia de control de agua del condado lo mantenía, y la capa pública era tan buena como en las calles de la ciudad. Mientras caminaban, Juan se encogió de hombros y se estremeció. Era señal suficiente para su prenda Epifanía. La imagen superpuesta cambió a mundo *Conocimiento peligroso* de Hacek: la gayuba se transformó en tentáculos escamosos. Las casas en el borde del cañón eran grandes, con muchas vigas y estandartes al viento. Delante había un castillo, el hogar del gran duque Hwa Feen… en realidad, el chico de la localidad que más contribuía a mantener aquel círculo. Juan vistió a los gemelos con las armaduras de cuero de los Caballeros Guardianes.

—Eh, Jer, mira —emitió Juan, y esperó a que los gemelos entrasen en su visión consensuada. Llevaba una semana practicando para colocar esas visuales justo en su sitio.

Fred alzó la vista, aceptando la imagen conjurada por Juan.

—Eso ya está pasado, Juanito. —Miró el castillo de la colina—. Además, Howie Fein es un imbécil.

—Ah. —Juan liberó su visión en una cascada desordenada. El mundo real regresó, primero el paisaje, luego el cielo» luego las criaturas y la ropa—. Pero la semana pasada te gustaba. —Juan recordaba que Fred y Jerry habían estado haciendo lo posible por echar al gran duque.

Los gemelos se miraron. Juan sabía que se pasaban mensajes en silencio.

—Te hemos dicho que hoy sería diferente. Tenemos algo especial.

Ya casi estaban a medio camino del encinar. Al otro lado verían la neblina oceánica; en los días despejados, usando Visión Despejada, se

veía hasta el mismísimo océano. Al sur había más viviendas y la zona verde del instituto Fairmont. Al norte se encontraba el lugar más interesante del vecindario de Juan Orozco: el parque de atracciones Pyramid Hill dominaba el pequeño valle que lo rodeaba. La parte superior era más una colina puntiaguda que una pirámide, pero a los responsables del parque les parecía que «pirámide» tenía más encanto. Mucho tiempo antes había sido un huerto de aguacates. Los árboles verde oscuro cubrían las laderas. Se veía así si se usaba la vista del logotipo del parque. A simple vista seguía habiendo muchos árboles, pero también había prados y mansiones y una torre de lanzamiento. Entre otras muchas cosas. Pyramid Hill afirmaba tener el viaje en caída libre más largo de toda California.

Los gemelos le sonreían. Jerry hizo un gesto hacia la colina.

—¿Qué te parecería jugar a *Regreso al Cretácico* con sensaciones reales?

Los directores de Pyramid Hill sabían muy bien lo que cobrar por los distintos niveles de experiencias sensoriales. El nivel más bajo era muy barato; las «sensaciones reales» estaban en lo más alto.

—Ah, eso es demasiado caro.

—Claro que lo es. Si pagas.

—Pero ¿no teníais que preparar un proyecto? —Los gemelos tenían taller a primera hora de la mañana.

—Sigue en Vancouver —dijo Jerry.

—Pero no te preocupes por nosotros. —Fred alzó la vista, como si rezase y se mostrase engreído al mismo tiempo—. UP/Express proveerá, justo a tiempo.

—Bien, vale. Mientras no nos metamos en líos. —Meterse en líos era el principal problema de relacionarse con los Radner. Un par de semanas antes, los gemelos le habían demostrado cómo evitar una retirada de producto por razones de seguridad con su bicicleta wikiBay nueva. Había acabado con un arma de artes marciales… y una bicicleta casi imposible de desplegar. A su madre no le había hecho ninguna gracia.

—Eh, no te preocupes, Juan. —Los tres habían abandonado el borde del canal y seguían un camino estrecho que llevaba hasta el límite oriental de Pyramid Hill, lejos de cualquier entrada. El tío de los gemelos, sin embargo, trabajaba para el control de aguas del condado y tenían acceso a las imágenes de mantenimiento… que enseguida compartieron con Juan. La tierra bajo sus pies se volvió ligeramente traslúcida. Dos metros más abajo, Juan veía gráficos que representaban un desvío de veinticinco centímetros de ancho. Aquí y allá había punteros a registros locales de mantenimiento. Jerry y Fred habían empleado antes esa omnisciencia y no los habían pillado. Aquel día la combinaban con un mapa de la red local de nodos. La

vista superior era de un violeta pálido contra el día soleado, con puntos ciegos de comunicación y enlaces activos de alta transferencia.

Los gemelos se detuvieron al borde de un claro. Fred miró a Jerry.

—Qué mal. A control de aguas le debería dar vergüenza. No hay un nodo de localización a menos de diez metros.

—Sí, Jer. Aquí podría suceder cualquier cosa. —Sin una *red* completa de localizadores, los nodos no podían determinar con precisión dónde estaban, ni ellos ni sus vecinos. Era imposible establecer el *input* láser de alta tasa, y el sensor *output* de baja tasa estaba repartido por todo el paisaje. De aquella zona, el mundo exterior sólo tenía una impresión vaga y neblinosa.

Entraron en el claro. Estaban en un punto ciego de la red, pero desde allí disfrutaban a simple vista del panorama, colina arriba hasta terrenos de Pyramid Hill. Si seguían avanzando, empezarían a cobrarles.

Pero los gemelos no miraban hacia allí. Jerry se acercó a un arbolito y entornó los ojos.

—De hecho, éste es un punto muy interesante. Intentaron hacer un parche en la cobertura con una bola aérea. —Señaló hacia las ramas y verificó la conexión de hardware con un ping[1]. La vista de mantenimiento sólo mostró una vaga imagen de retorno, un mensaje de error—. A estas alturas no es más que guano de red.

Juan se encogió de hombros.

—Esta noche ya habrán tapado el hueco. —Lo harían durante el crepúsculo, cuando los aerobots volasen sobre los cañones cambiando nodos aquí y allá.

—Bien, ¿por qué no ayudar al condado tapándolo ahora mismo? —Jerry levantó un objeto verdoso del tamaño de un pulgar. Se lo pasó a Juan.

De la parte superior sobresalían tres antenas. Era un típico nodo ad hoc. Los nodos muertos daban más problemas que el guano.

—¿Lo has adulterado? —El nodo llevaba «Breakins-R-Us» escrito, pero adulterar las redes era más difícil en la vida real que en los juegos—. ¿De dónde has sacado los códigos de acceso?

—El tío Don es muy descuidado. —Jerry señaló el dispositivo—. Tiene todos los permisos cargados. Por desgracia, el nodo cuello de botella sigue vivo. —Apuntó hacia arriba, hacia las ramas del arbolito —. Eres lo suficientemente pequeño para subir por aquí, Juan. Sube y derriba el nodo.

—Mmm.

—Eh, no te preocupes. Seguridad Patria no se dará cuenta.

De hecho, el Departamento de Seguridad Patria seguro que se daría cuenta, al menos después de parchear la red de localizadores. Pero era casi igual de seguro que no le importaría. La lógica del DSP

estaba profundamente integrada en el hardware. «Verlo todo, saberlo todo» era su lema, y lo que sabían y veían estaba destinado a sus propios fines. Eran famosos por no compartirlo con la policía. Juan salió del punto ciego y echó un vistazo al Departamento del Sheriff. Alrededor de Pyramid Hill había arrestos, la mayoría por drogas mejoradoras… pero allí hacía varias semanas que no pasaba nada.

—Vale. —Juan trepó unos tres metros por el árbol, hasta las ramas. El viejo nodo colgaba de velero podrido. Lo soltó y los gemelos se aseguraron de que sufriese un accidente con una piedra. Juan bajó del árbol. Contemplaron un momento el resultado. La neblina violeta se convertía en puntos brillantes a medida que los nodos determinaban su propia posición y la del nódulo adulterado y se coordinaban para cubrir en su totalidad las funciones. Ya estaba disponible la asignación de ruta láser punto a punto; veían las etiquetas de propiedad por todo el perímetro de Pyramid Hill.

—Ja —dijo Fred. Los gemelos fueron subiendo hacia el límite de la propiedad—. Vamos, Juan. Estamos etiquetados como empleados del condado. No tendremos problemas si no nos quedamos demasiado.

Pyramid Hill disponía de los dispositivos sensoriales más novedosos. No eran simplemente fantasmas proyectados por las lentes de contacto en el fondo de los globos oculares. En Pyramid Hill había juegos en los que se podía cabalgar un Scoochi salsipued o robar los huevos de un Velociraptor… o jugar con cálidas criaturas peludas que bailaban juguetonas, rogándote que las tomaras en brazos y las acunases. Si desactivabas todas las vistas de juego, entonces veías a los otros jugadores vagando entre los árboles, cada uno inmerso en su propio mundo. De alguna forma Pyramid Hill evitaba que chocasen entre sí.

En *Regreso al Cretácico*, para disimular el sonido del lanzador de caída libre había un trueno. Los árboles eran ginkgos enormes. Últimamente Juan jugaba mucho al *RegCret* puramente visual, en persona, con los gemelos, pero también con otros por todo el mundo. No era una experiencia muy agradable. Ya se lo habían «cargado y comido» en tres ocasiones aquella semana. Era un juego difícil: si no estabas matando y comiendo, entonces te mataban y te comían, continuamente. Así que Juan se había unido al Gremio de Fantasistas… Bueno, estaba a prueba. Quizá tuviese alguna idea. Ya había diseñado una especie para *RegCret*. Sus saurios, rápidos y pequeños, no habían atraído a los críticos más feroces. A los gemelos no los habían impresionado, pero no tenían alternativa propia.

Mientras recorría el bosque de ginkgos se mantuvo atento a los posibles bichos con mandíbulas que podían acechar en las ramas bajas. El lunes le habían pillado. El martes había sido víctima de alguna enfermedad primitiva.

De momento todo iba bien, pero no había ni rastro de su contribución. Eran fáciles de criar, así que, ¿dónde estaban los monstruitos?

Qué pena. En alguna ocasión tenía que comprobar algún otro punto de juego. Quizá fuesen muy numerosos en Kazajstán. Aquel día, allí… nada.

Juan atravesó el recinto un poco desanimado, pero todavía no se lo habían comido. Los gemelos habían adoptado la forma de Velociraptor estándar del juego. Se lo estaban pasando de fábula. Sus presas del tamaño de pollos eran los robots de juego de Pyramid Hill.

El Jerry-raptor miró por encima del hombro de Juan.

—¿Dónde está tu bicho?

Juan no había adoptado forma animal.

—Soy un viajero del tiempo —dijo. Era un personaje que ya salía en la primera edición del juego.

Fred le mostró una cara repleta de dientes.

—Me refiero a dónde están los bichos que inventaste la semana pasada.

—No lo sé.

—Lo más probable es que los críticos se los comiesen —dijo Jerry. Los hermanos soltaron a dúo una risotada de reptil—. Deja de intentar conseguir puntos como creador, Juan. Relájate y disfruta de lo bueno. —Ilustró sus palabras con una patada a algo que se les había cruzado por delante. Aquello le valió algunos puntos y algunos momentos emocionantes de carnicería de la buena. Fred se unió a él y todo se tino de rojo.

Aquella presa le resultaba familiar. Era joven y tenía aspecto de inteligente… ¡Un recién nacido del diseño de Juan! Por tanto, su mamá andaría cerca. Juan dijo:

—Sabéis, me parece que…

—El Problema Es Que Ninguno De Vosotros Piensa Lo Suficiente. —La voz era como meter la cabeza en un altavoz del pasado. Demasiado tarde vieron que a los árboles que tenían detrás les crecían garras de un metro de largo. Mamaíta. De lo alto les cayó una gota de baba de veinticinco centímetros.

Era el diseño de Juan a máxima escala.

—Mier… —dijo Fred, en su último comentario como Velociraptor. La cabeza y los dientes del baboso descendieron desde la copa de los ginkgos y se tragaron a Fred hasta los talones. El monstruo masticó y el claro se llenó con el sonido de los huesos que se rompían.

—¡Ah! —El monstruo abrió la boca y vomitó el horror. Era muy bueno… Juan pasó a ver parcialmente la realidad: Fred estaba de pie en medio de los restos humeantes de su Velociraptor, con la camisa por mera de los pantalones y cubierto de baba… baba de verdad y

apestosa. De la que costaba dinero.

El monstruo era uno de los grandes dispositivos mecánicos de Pyramid Hill disfrazado de miembro de la nueva especie de Juan.

Los tres miraron sus mandíbulas.

—¿Ha sido lo suficientemente sensorial para vosotros? —preguntó la criatura, con un aliento que era una brisa caliente de carne en descomposición. Vaya si lo había sido. Fred retrocedió un paso atrás y casi resbaló con la baba.

—El difunto Fred Radner acaba de perder un montón de puntos y sigo hambriento. —El monstruo agitó el morro del tamaño de un camión—. Os sugiero que salgáis de aquí a toda prisa.

Retrocedieron, mirando fijamente los dientes del monstruo. Los gemelos se dieron la vuelta y corrieron. Como era habitual, Juan se retrasó un instante. Algo similar a una mano enorme le atrapó.

—Tú, tengo asuntos pendientes contigo. —Las palabras surgieron como un rugido gutural entre colmillos apretados—. Siéntate. Vamos a hablar.

¡Caray! Tengo una suerte pésima. Luego recordó que había sido Juan Orozco el que había subido a un árbol para desbaratar la lógica de entrada a Pyramid Hill. Al estúpido Juan Orozco no le hacía falta la mala suerte, era el tonto perfecto. Y los gemelos habían desaparecido.

Pero cuando las «mandíbulas» lo soltaron y se volvió, el monstruo seguía allí… no era un poli de alquiler de Pyramid Hill. ¡Quizá realmente fuese un jugador de *RegCret* Se desplazó de lado, intentando salir de debajo de la mirada pendular. Aquello no era más que un juego. Podía alejarse del saurio de cuatro pisos. Claro estaba, se cargaría su crédito de *Regreso al Cretácico*, incluso era posible que acabase cubierto de baba apestosa. Y si el Gran Lagarto se tomaba el juego en serio, podía causarle problemas en otros juegos. *Vale.* Se sentó apoyando la espalda en el ginkgo más cercano. Así que llegaría tarde un día más; no iba a empeorar mucho más su situación escolar.

El saurio se echó atrás y apartó el cuerpo de Velociraptor de Fred Radner. Acercó la cabeza al suelo para mirar directamente a Juan. Los ojos, la cabeza y el color eran exactamente los del diseño original de Juan, y aquel jugador sabía moverlo para que el efecto fuese realmente impresionante. Por las cicatrices de batalla veía que había peleado en varios puntos difíciles de *Regreso al Cretácico.*

Juan se obligó a sonreír animoso.

—Bien, ¿te gusta mi diseño? —le preguntó al bicho.

El monstruo enseñó los largos colmillos.

—Los he visto peores. —Cambió los parámetros del juego, mostrando detalles de la capa crítica. Se trataba de un jugador serio, ¡quizás incluso de un *crack* del juego! En el suelo, entre ellos, había un ejemplar muerto y desmembrado de la creación de Juan. El Gran

Lagarto lo tocó con una garra—. Pero la textura de la piel es de la biblioteca de ejemplos del Gremio de Fantasistas. La combinación de colores está muy vista. El tejido sería mono si no apareciese en todos los anuncios de Epifanía Ya.

Juan se acercó las rodillas a la barbilla. Era la misma mierda que tenía que soportar en el colegio.

—Tomo prestado de los mejores.

La risa del saurio fue un rugido que hizo vibrar el cráneo de Juan.

—Puede que esa excusa convenza a tus profesores. Ellos se tienen que tragar la mierda que les dais… al menos hasta que os graduéis y os suelten en la calle. Este diseño es normalito. Algunos lo han adoptado, principalmente porque la mecánica es buena. Pero si estamos hablando de calidad de verdad, simplemente no está a la altura. —La criatura hinchó sus cicatrices de batalla personalizadas.

—Hago otras cosas.

—Sí, y nunca logras nada, con las otras también fracasas.

Era una idea que solía preocupar a Juan Orozco. Cada vez tenía más la impresión de que iba a acabar como su padre… ¿Incluso era posible que Juan nunca consiguiese un trabajo del que pudieran despedirlo! «Dalo todo» era el lema del instituto Fairmont. Pero darlo todo no era más que el comienzo. Incluso si lo dabas todo te podías quedar atrás.

No tenía intención de confesarle esas ideas a otro jugador. Miró furioso los ojos amarillos y de pronto se le ocurrió que, al contrario que los profesores, a aquel tipo no le pagaban para ser agradable. Y estaba malgastando demasiado tiempo simplemente para humillarlo. *¡Quiere algo de mí!* Juanlo atravesó con la mirada.

—¿Y tienes alguna proposición, oh, Poderoso Lagarto Virtual?

—Podría… podría ser. Además de *RegCret* tengo otros proyectos en marcha. ¿Qué te parecería participar en calidad de afiliado en un proyectito?

Excepto a los juegos locales, nadie jamás le había pedido a Juan que se afiliase a nada. Retorció la boca con falso desdén.

—¿Afiliado? ¿Un porcentaje de un porcentaje de… cuánto? ¿Cuán abajo estás en la escala de valor?

El saurio se encogió de hombros y se oyó el sonido de ginkgos estremeciéndose contra sus hombros.

—Supongo que estoy bastante abajo. Así pasa con la mayoría de las afiliaciones. Pero puedo pagar una buena suma por las respuestas que mande hacia arriba. —La criatura le dio una cifra; era más que suficiente para probar la caída libre a diario durante un año. En el aire, entre ambos, flotó un compromiso de pago con la cantidad ofrecida y una tarifa de bonificación.

Juan había jugado a algunos juegos financieros.

—El doble o no hay trato. —Vio entonces que en la sección de derechos ulteriores las cifras eran ilegibles. Podía deberse a que cualquiera de los que reclutaba cobraba mucho más.

—¡Hecho! —dijo el Lagarto, antes de que Juan pudiese subir el precio.

¡Y Juan estuvo seguro de que sonreía!

—Vale, ¿qué quieres? —*¿Y qué te hace pensar que un tonto como yo puede dártelo?*

—Vas al instituto Fairmont, ¿no?

—Eso ya lo sabes.

—Es un lugar curioso, ¿no? —Como Juan no respondía, el bicho añadió—: Créeme, es curioso. En la mayoría de los institutos, incluidos los experimentales, no mezclan a los de Educación de Adultos con los niños.

—Ya, en el ciclo formativo. A los viejos no les gusta. A nosotros no nos gusta.

—Bien, la tarea de mi afiliado superior es fisgonear por ahí, principalmente entre los viejos. Trabar amistad con ellos.

Menuda gracia. Pero Juan volvió a mirar el compromiso de pago. Parecía auténtico. La adjudicación de primas era un lío que no quería leerse, pero tenía el respaldo del Banco de América.

—¿Con alguien en particular?

—Ah, ése es el problema. Quien sea que está en lo alto de mi cadena de afiliación es tímido. Sólo recogemos información. Algunos de esos viejos eran antes personas importantes.

—Si tan importantes eran, ¿cómo es que ahora están en nuestra clase? —Era la pregunta que los chicos se hacían en la escuela.

—Hay un buen montón de razones para ello, Juan. Algunos se sienten solos. Algunos están endeudados hasta las cejas y tienen que encontrar la forma de ganarse la vida en la economía actual. Otros no son más que un cuerpo saludable y un montón de viejos recuerdos. Se amargan.

—Vale, ¿cómo te haces amigo de alguien así?

—Si quieres el dinero, ya descubrirás la forma. En cualquier caso, aquí tienes los criterios de búsqueda. —El Gran Lagarto le pasó un documento. Echó un vistazo a la capa superior.

—Es un conjunto muy amplio. —Políticos retirados de San Diego, biocientíficos, padres de personas que actualmente ocupan estos puestos…

—En los enlaces hay características para su descarte. Tu trabajo consiste en conseguir que la gente adecuada se interese por mi afiliación.

—A mí… a mí no se me da bien hablar con la gente. —Especialmente con la gente así.

—Entonces, seguirás pobre. Gallina.

Juan guardó un rato de silencio. Su padre jamás hubiese aceptado un trabajo como aquél. Al fin dijo:

—Vale, me afiliaré contigo.

—No me gustaría que hicieses nada que te parezca…

—¡He dicho que lo haré!

—¡Vale! Bien, lo que te he pasado debería servirte para empezar. En el documento hay información de contacto. —La criatura se puso en pie con esfuerzo y su voz le llegó desde muy arriba—. Será mejor que no nos volvamos a ver en Pyramid Hill.

—Por mí vale. —Juan se levantó. Cuando bajaba la colina le dio una palmada a la cola de la criatura.

Los gemelos le llevaban mucha ventaja y estaban de pie en el campo de fútbol, al otro lado del colegio. Juan agarró un punto de vista en las gradas y verificó la conexión. Fred le saludó, pero seguía con la camisa demasiado babeada para comunicarse. Jerry miraba hacia arriba con las manos extendidas para recoger el envío de UP/Ex que caía. Justo a tiempo, por supuesto. Los gemelos abrían el paquete mientras entraban en la carpa taller.

Por desgracia, la primera clase de Juan se daba al final del pasillo más alejado. Cruzó corriendo el césped con la visión fijada en la realidad sin mejorar: los edificios eran casi todos de tres plantas. Las paredes grises parecían naipes en equilibrio inestable.

Elegir lo que se veía dentro no era elección suya. Por las mañanas, la administración de la escuela exigía que el *Fairmont News* estuviera en todas las paredes. Tres chicos del instituto Hoover habían ganado una beca de IBM. Aplausos, aplausos, incluso a pesar de que Hoover era el injustamente aventajado rival de Fairmont, un centro público experimental dirigido, por el Departamento de Matemáticas de la UCSD. Los tres jóvenes genios recibirían educación universitaria gratuita, incluso de postgrado, aunque jamás llegaran a trabajar en IBM. Vaya cosa, pensó Juan, intentando consolarse. Algún día esos chicos serían ricos, pero un porcentaje de su fortuna volvería siempre a IBM.

Sin apenas prestar atención, siguió las flechitas verdes de navegación… y de pronto se dio cuenta de que había subido dos tramos de escalera. La administración del instituto lo había reordenado todo desde el día anterior. Claro que también habían actualizado las flechas de navegación. Menos mal que iba despistado.

Entro en el aula y se sentó.

La señora Chumlig ya había empezado.

El tema de Chumlig era búsqueda y análisis. Antes, en el Hoover, daba un curso abreviado de la misma asignatura, pero según un rumor

muy bien fundado no había logrado estar a la altura. Así que el Departamento de Educación la había trasladado a la clase del Fairmont. En realidad, a Juan le caía un poco bien. Ella también era un fracaso.

—Hay muchas aptitudes diferentes —decía—. En ocasiones lo mejor es juntar a muchas personas y organizarías para encontrar una respuesta. —Los estudiantes asintieron. Lo mejor era ser coordinador. Allí estaba el dinero. Pero también sabían adonde quería ir a parar Chumlig con esa idea. La profesora miró a los alumnos de un modo que dejaba claro que sabía que ellos lo sabían—. Por desgracia, todos pretendéis ser importantes agentes, ¿verdad?

—Es lo que seremos algunos. —Era uno de los de Educación de Adultos. Winston Blount era tan viejo que habría podido ser el bisabuelo de Juan. Cuando Blount tenía un mal día le gustaba hostigar a la señora Chumlig.

La profesora de búsqueda y análisis le sonrió.

—Eso es tan poco probable como convertirse en estrella de la liga de béisbol profesional. Los «agentes de coordinación» puros son ejemplares rarísimos, decano Blount.

—Algunos de nosotros debemos ser administradores.

—Oh. —Chumlig parecía triste, como si intentase decidir cómo dar una mala noticia—. La administración ha cambiado mucho, decano Blount.

Winston Blount se apoyó en el respaldo.

—Vale. Así que tenemos que aprender algunos trucos nuevos.

—Sí. —La señora Chumlig miró al grupo—. Es una idea fundamental. Esta clase es de búsqueda y análisis, el corazón de la economía. Evidentemente, como consumidores necesitamos búsqueda y análisis. En casi todos los trabajos actuales nos ganamos la vida con la búsqueda y el análisis. Pero, al final, debemos saber algo sobre algo.

—Se refiere a esos cursos en los que sacamos malas notas, ¿no? —Era una voz probablemente de alguien que físicamente hacía novillos.

Chumlig suspiró.

—Sí. No dejéis que esas aptitudes desaparezcan. Las habéis visto en acción. Usadlas. Mejoradlas. Lo podéis hacer con una especie de análisis previo que llamo «estudiar».

Una de las estudiantes alzó la mano. Era tan vieja como para hacerlo.

—¿Sí, doctora Xiang?

—Sé que tiene usted razón. Pero… —La mujer miró a sus compañeros. Parecía de la edad de Chumlig, no tan vieja ni de lejos como Winston Blount. Pero tenía una mirada de temor—. Sin embargo, algunas personas son mejores que otras. Ya no soy tan lista como antes. O quizá simplemente los demás lo son más que yo… ¿Qué

pasa si hacemos todo lo posible y no resulta suficiente?

Chumlig vaciló. *¿Qué irá a responder?*, pensó Juan. Era una pregunta difícil.

—Es un problema que nos afecta a todos, doctora Xiang. La providencia nos repartió a cada uno una mano. En su caso, ha recibido usted una nueva mano y un nuevo comienzo. —Miró al resto de la clase—. Algunos de vosotros pensáis que vuestra mano vital es de dos es y tres es. —Delante de la clase había algunos estudiantes realmente comprometidos, no mucho mayores que Juan. Vestían, pero no tenían gusto para la ropa y jamás habían aprendido codificación colectiva. Mientras Chumlig hablaba, tecleaban con los dedos, buscando «doses» y «treses».

»Pero tengo una teoría sobre la vida sacada directamente del juego —dijo Chumlig—. *Siempre hay un camino.* Vosotros, cada uno de vosotros, dispone de algunos comodines. Usadlos. Descubrid qué os hace mejores y diferentes. Porque está ahí y sólo tenéis que descubrirlo. Y cuando lo hagáis, podréis ofrecer respuestas a los demás, y los demás estarán dispuestos a daros respuestas a vosotros. En resumen, la serendipidad sintética no viene dada. Caramba, debes crearla tú mismo.

Vaciló mirando las invisibles notas de clase y renunció a la oratoria.

—Dejemos la imagen global. Hoy vamos a hablar sobre la transformación de soluciones de foros de respuesta. Como siempre, aspiramos a plantear la pregunta correcta.

A Juan le gustaba sentarse junto a la pared que daba al exterior, sobre todo cuando la clase se impartía en el tercer piso. Notaba la pared agitándose delicadamente mientras el edificio intentaba mantener el equilibrio. Ese tipo de cosas provocaban ataques de nervios a su madre.

«¡Un fallo del sistema de un segundo y se desmoronará!», se había quejado en una reunión de la asociación de padres. Por otra parte, las construcciones castillo-de-naipes eran baratas… y soportaban un gran terremoto con la misma eficacia con la que soportaban la brisa matutina.

Se apoyó en la pared y prestó atención a Chumlig. Era por eso que la escuela obligaba a asistir en persona a la mayoría de las clases; había que prestar un poco más de atención atrapado en un aula real con un profesor real. Los gráficos de Chumlig flotaban en el aire. Había logrado que la clase le prestase atención; casi no había pintadas insolentes en los bordes de las imágenes.

Y durante un rato Juan también prestó atención. Verdadera atención. Los foros de respuesta podían generar resultados sólidos,

normalmente sin coste alguno. Pero no había afiliación, sólo mentes afines intentando resolver los problemas. ¿Qué pasaba si no eras una mente afín? Si pertenecías a un foro de genética, digamos, y creías que la trascripción era una forma de traducción, entonces tardabas meses en llegar a alguna parte.

Así que Juan dejó de prestar atención y recorrió el aula pasando de un punto de vista a otro. Algunos estudiantes habían dejado sus puntos de vista públicos. La mayoría eran simplemente cámaras aleatorias. Mientras se detenía entre saltos hojeó el documento de tareas del Gran Lagarto. De hecho, el Lagarto estaba interesado en algo más que en los viejos. En la lista también aparecían unos cuantos alumnos normales. Aquella afiliación debía de ser tan amplia como la lotería de California.

Se puso a hacer algunas comprobaciones. Como la mayoría de los chicos, tenía mucho material almacenado en su atuendo. Podía ejecutar una búsqueda como ésa directamente en su chaleco. No pasaba al mundo exterior excepto cuando podía ir a un sito del que Chumlig estuviese hablando. A la profesora se le daba realmente bien pillar a los que hacían novillos mentalmente. Pero a Juan se le daba muy bien la codificación colectiva y dirigía su atuendo con pequeños gestos e indicaciones de los ojos. Cuando Chumlig le miró, asintió sonriente y le repitió los últimos segundos de la clase.

En cuanto a los estudiantes viejos… los recauchutados competentes jamás acababan allí; eran ricos y famosos, la gente que poseía gran parte del mundo real. Los que estaban en Educación de Adultos eran los venidos a menos. Esa gente iba goteando en Fairmont durante todo el semestre. Los hospitales geriátricos se negaban a soltarlos a principio de curso. Afirmaban que los ciudadanos mayores eran «socialmente maduros», por tanto capaces de lidiar con el jaleo de un comienzo a mitad de semestre.

Juan pasó de una cara a otra, buscando los registros públicos: Winston Blount. El tipo era un desastre. La medicina para recauchutados era una verdadera lotería. Había cosas que podía curar, otras no. Y lo que surtía efecto difería de una persona a otra. Winston Blount no había sido un completo ganador.

En aquel momento el tipo entornaba los ojos con concentración, intentando seguir el ejemplo de un foro de respuesta que comentaba Chumlig. Había pasado por varias de las clases de Juan, que no podía acceder a sus registros médicos, pero suponía que tenía la mente razonablemente intacta; era tan listo como algunos chicos de la clase. Y en su época había sido un tipo importante en la UCSD. Hacía mucho tiempo.

A la lista de «interesantes».

Y luego estaba Xiu Xiang. Doctora en física, doctora en ingeniería

eléctrica; ganadora en 2010 de la medalla presidencial a la computación segura. En general, su índice de logros era casi digno del Nobel. La doctora Xiang permanecía sentada, inclinada hacia delante, mirando la mesa. ¡Intentaba seguir el ritmo de la clase con una página visor! Pobre mujer. Pero seguro que tenía contactos.

Chumlig seguía hablando sobre cómo transformar resultados para obtener nuevas preguntas, sin percatarse de que Juan hacía novillos.

¿Ahora quién? Robert Gu. Por un momento, Juan creyó haberse equivocado de punto de vista. Miró de reojo a la derecha, hacia donde se sentaban los miembros de Educación de Adultos. Robert Gu, doctor en literatura. Un poeta. Estaba sentado con los vejestorios, pero ¡aparentaba unos diecisiete años! Juan llevó su atención aparente de vuelta a la señora Chumlig y examinó de cerca al nuevo. Gu era esbelto, casi esquelético, y alto. Tenía una piel suave y sin mácula. Pero daba la impresión de estar sudando. Juan se arriesgó a echar un vistazo a referencias médicas externas. *¡Aja!* Síntomas del tratamiento Venn-Kurasawa. El doctor Robert Gu era un hombre con suerte, ese uno entre mil que respondía por completo a ese aspecto de la magia del recauchutado. Por otra parte, a Juan le daba la impresión de que al tipo se le había acabado la suerte. No respondía en absoluto al ping. Sobre la mesa tenía una página visor arrugada, pero no la estaba usando. Años antes, el tipo había sido incluso más famoso que Xiu Xiang, pero se había convertido en un fracasado todavía peor… De todas formas, ¿qué era el «revisionismo deconstructivo»? Oh. Definitivamente no aparecería en la lista para el Gran Lagarto. Juan echó el nombre a la papelera. Pero… un momento, no había comprobado las relaciones familiares de Gu. Hizo la consulta… y de pronto colgó un mensaje silencioso en letras llameantes ante sus ojos:

Chumlig —› Orozco: ‹ms›¡Tienes todo el día para tus juegos, Juan! Si no vas a prestar atención en clase, quizá sería mejor que la dejases.‹/ms›

Orozco —› Chumlig: ‹ms›¡Lo siento, lo siento!‹/ms›

Suspendió la consulta y abandonó la sesión externa. AI mismo tiempo, repitió los últimos minutos de la clase, intentando desesperadamente resumirla. En la mayoría de las ocasiones, Chumlig se limitaba a plantear una pregunta para ponerlos en evidencia; aquélla era la primera ocasión en que le había amenazado.

Y lo más asombroso: lo había hecho durante una breve pausa, cuando todos los demás la creían consultando sus notas. Juan la miró con renovado respeto.

—Has sido un poco dura con el chico, ¿no te parece? —Ese día Conejo estaba probando una imagen nueva, en esa ocasión basada en las ilustraciones clásicas de *Alicia en el país de las maravillas* líneas de

grabado incluidas. El efecto era completamente absurdo en un cuerpo tridimensional.

El Gran Lagarto no parecía impresionado.

—Tú no deberías estar aquí abajo. Juan es mi afiliado directo, no el tuyo.

—Hoy estamos un poco quisquillosos, ¿no? Simplemente estaba comprobando os límites de mi afiliación.

—Bien, quédate al margen. Juan necesita esta clase.

—Por supuesto que comparto tus motivos caritativos. —Conejo le dedicó al Lagarto una mirada insolente—. Pero le has interrumpido cuando investigaba a alguien que me resulta especialmente interesante. Te he ofrecido afiliaciones excelentes. Si quieres seguir disfrutando de mi apoyo, debes cooperar.

—Mira, quiero que el chico busque por su cuenta, pero no que le hagan daño. —La voz del Lagarto se cortó y Conejo se preguntó si Chumlig se lo estaría pensando mejor. No era que importase. Conejo se lo estaba pasando en grande extendiéndose por toda la escena social del sur de California. Tarde o temprano descubriría de qué iba aquel trabajo.

05
El EHS de la doctora Xiang

Taller. Con diferencia la asignatura preferida de Juan Orozco. Taller era como un juego de gama superior; había artilugios reales que tocar y conectar. Para hacerlo había que pagar en Pyramid Hill. Y el señor Williams no era Louise Chumlig. Te dejaba seguir tus inclinaciones, pero nunca volvía para quejarse de que no hubieses logrado nada. Era casi imposible no sacar sobresaliente en las clases de Ron Williams; era un hombre maravillosamente chapado a la antigua.

Taller era la mejor oportunidad de Juan para avanzar en el proyecto del Gran Lagarto, al menos en lo que se refería a los viejos y a los fanáticos de la intimidad. Vagó por la enorme carpa de cacharros como un completo idiota. A Juan jamás se le habían dado bien los juegos de diplomacia. Y ahora se dedicaba a adular a viejos. Bien, por lo menos eso pretendía.

Xiu Xiang era una dama agradable, pero se limitaba a sentarse en el banco de equipo y a leer la página visor. Tenía la lista de piezas fórmate ad a como si fuese una especie de catálogo físico.

—Hubo una época en que conocía estas cosas —dijo—. Mira eso. —Señaló una sección de las páginas de museo: «Entorno de Hardware Seguro Xiang»—. Yo lo diseñé.

A Juan se le ocurrió decir:

—Es usted una de las grandes, doctora Xiang.

—Pero… ni siquiera comprendo los principios de los nuevos componentes. Parecen más basura que semiconductores ópticos de verdad.

—Leyó la descripción de un producto, deteniéndose en la tercera línea—. ¿Qué es «entrelazado redundante»?

—Ah. —Juan alzó la vista y vio punteros en la jungla de conceptos de fondo—. No hace falta que sepa nada sobre «entrelazado redundante», señora. No en esta clase. —Indicó las descripciones de producto de la página visor de Xiang. La imagen se quedó allí, como tallada en piedra, sin responder al gesto—. Avance unas páginas y encontrará el material que tenemos disponible en clase. Busque por… —*Vaya, qué complicado esto de tener que deletrear los términos de navegación*—. Busque «composiciones funcionales conectadas» y siga a partir de ahí. —Le mostró cómo usar su página visor para identificar piezas disponibles—. No hace falta comprenderlo todo.

—Oh. —A los pocos segundos ya estaba jugando con las posibilidades y había descargado media docena de componentes—. Es

como volver a ser una niña. Haciendo sin comprender. —Pero a continuación se puso a combinar piezas Buildlt bastante bien después de que Juan le mostrase cómo dar con las especificaciones de interfaz. Se rio de algunas de las descripciones—. «Clasificadores» y «desfasadores». «Robots de estado sólido». Apuesto a que podría montarme un cortador con todo esto.

—No lo veo por aquí —*¿Cortador?*—. No se preocupe, no puede estropear nada. —Lo que no era estrictamente cierto, pero casi. Se sentó a observar y le hizo algunas sugerencias, aunque no estaba seguro de qué intentaba montar la mujer. Ya era suficiente con establecer compenetración; marcó esa casilla en la lista de diplomacia y pasó a la siguiente fase—. Doctora Xiang, ¿se mantiene en contacto con sus amigos de Intel?

—De eso hace mucho tiempo. Me jubilé en 2010. Y durante la guerra ni siquiera conseguía trabajos de asesoría. Notaba cómo me iba oxidando.

—¿Alzheimer? —Sabía que la doctora era mucho mayor de lo que aparentaba, incluso mayor que Winston Blount.

Xiang vaciló, y por un momento Juan temió haberla puesto furiosa. Pero se limitó a soltar una risita triste.

—No fue Alzheimer, ni demencia. Vosotros… la gente de hoy en día no sabe lo que es hacerse viejo.

—¡Sí que lo sé! Mis abuelos siguen con vida. Y en Puebla tengo un bisabuelo. Juega mucho al golf. La bisabuela tiene demencia… ya sabe, una variedad que todavía no saben curar. —De hecho, la bisabuela había tenido un aspecto tan juvenil como la doctora Xiang. Todos la consideraban una mujer con suerte, aunque al final sólo le había servido para vivir lo suficiente como para padecer una enfermedad incurable.

La doctora Xiang negó con la cabeza.

—Incluso en mi época no todos acababan seniles, no como tú lo entiendes. Yo simplemente perdí facultades. Mi amiga murió. Al cabo de cierto tiempo, ya nada me importaba. Ya no tenía fuerzas para que me importase. —Miró el aparato que construía—. Ahora al menos tengo las energías de cuando tenía sesenta años. Incluso es posible que posea la misma inteligencia natural. —Golpeó la mesa—. ¡Y sólo valgo para jugar con unos bloques de Lego electrificados!

Dio la impresión de que se iba a echar a llorar en pleno taller. Juan miró a su alrededor; nadie miraba, por lo que parecía. Acercó la mano para tocar la de Xiang. No tenía la respuesta que quería. La señora Chumlig habría dicho que no tenía la pregunta adecuada.

Todavía le quedaban algunos por comprobar: Winston Blount, por ejemplo. No era un premio gordo, pero tal vez tuviese algún valor para el Lagarto. En taller Blount se limitaba a sentarse a la sombra de

la carpa, mirando al espacio vacío. El tío vestía, pero no respondía a los mensajes. Juan esperó a que Williams hiciese una de sus pausas para el café. Luego se escabulló y fue a sentarse junto a Blount. Vaya, el tipo tenía aspecto de realmente viejo. Juan no sabía exactamente por dónde navegaba, pero no tenía nada que ver con el taller. El chico se había dado cuenta de que, cuando a Blount no le interesaba una clase, se limitaba a pasar de ella. Después de unos minutos de silencio, Juan se dio cuenta de que tampoco estaba interesado en establecer contacto social.

¡Entonces habla con él! ¡No es más que otra forma de matar monstruos! Juan superpuso una imagen de bufón sobre el tipo y enseguida le fue más fácil iniciar el encuentro.

—Decano Blount, ¿qué opina del taller?

Unos ojos antiguos se giraron para mirarle.

—No podría importarme menos, señor Orozco.

¡Vaaale! Aja. Había muchas cosas sobre Winston Blount en los registros públicos, incluso antigua correspondencia de grupos de noticias. Eso siempre era suficiente para llamar la atención de un adulto.

Por suerte, Bloullt siguió hablando por voluntad propia.

—No soy como algunos de los de aquí. Nunca he estado senil. Por derecho no debería estar aquí.

—¿Por derecho? —Quizá pudiese ganar algunos puntos imitando un programa psiquiátrico de antaño.

—SÍ. Fui decano de artes y letras hasta 2012. Iba camino de convertirme en rector de la UCSD. En vez de eso, me empujaron a la jubilación académica.

Juan lo sabía todo sobre aquel asunto.

—Pero usted… usted nunca aprendió a vestir.

Blount entornó los ojos.

—Fue una decisión deliberada no vestir jamás. Pensaba que vestir era una moda absurda. —Se encogió de hombros—. Me equivoqué. Por esa decisión pagué un precio enorme. Pero las cosas han cambiado. —Sus ojos se iluminaron—. He cursado cuatro semestres de Educación de Adultos. Ahora mi currículum anda por el éter.

—Debe conocer a mucha gente importante.

—Efectivamente. El éxito no es más que cuestión de tiempo.

—¿Sabe?, decano, yo podría ayudarle. No… no me refiero personalmente. Tengo una afiliación que podría interesarle.

—¿Ah, sí?

Parecía saber qué era una afiliación. Juan le explicó su acuerdo con el Gran Lagarto.

—ASÍ que podría ganar una buena suma. —Le mostró su documento de pago y se preguntó qué cantidad vería su recluta.

Blount entornó los ojos, sin duda intentando analizar el certificado de una forma que el Banco de América pudiese validar. Al cabo de un momento asintió, sin dar a Juan ninguna iluminación numérica.

—El dinero no lo es todo, sobre todo en mi situación.

—Bien, ajá, apuesto a que la persona que ha emitido este pagaré tiene muchas opciones que ofrecer. Quizá podría conseguir usted una conversión a ayuda mutua. Es decir, a algo que usted necesite.

—Cierto. —Hablaron unos minutos hasta que el taller se volvió ruidoso. Algunos de los proyectos daban finalmente resultado. Al menos dos equipos habían montado nodos móviles, dispositivos de enjambre. Diminutas alas de papel aleteaban por todas partes. El otro enjambre se arrastraba por la hierba y subía por las patas de muebles y sillas. Se mantenía lejos de la ropa, pero estaba muy cerca de ser molesto. Juan se cargó a algunos nodos, pero otros se le acercaban.

Orozco —› Blount: ‹ms› ¿Me lee?‹/ms›

—Claro que te leo —respondió el viejo.

Por tanto, a pesar de lo que Blount afirmaba sobre su capacidad mental, no podía mandar mensajes en silencio, ni siquiera usando los dedos como hacían la mayoría de los adultos.

En cualquier caso, la clase casi había terminado. Juan miró la tela de la carpa agitada por el viento. Estaba un poco desanimado. Había examinado a casi todos los de la lista y Winston Blount era lo mejor que había encontrado: alguien que ni siquiera era capaz de enviar mensajes en silencio.

—Vale. Tenga en cuenta mi oferta, decano Blount. y recuerde, el número de personas que estoy autorizado a aceptar es limitado. —Blount recompensó su discurso de venta con una sonrisita—. Mientras tanto, tengo otras posibilidades. —Juan hizo un gesto en dirección a aquel tipo nuevo tan extraño, Robert Gu.

Winston Blount no siguió la mirada de Juan, pero éste se dio cuenta de que estaba mirando con el rabillo del ojo. Por un momento, pareció que la piel de la cara se le tensaba. A continuación, otra vez esa sonrisa.

—Que Dios tenga piedad de su alma, señor Orozco.

Juan no tuvo ninguna oportunidad con Roben Gu hasta el viernes, justo después de la siguiente clase de la señora Chum1ig. Composición creativa era casi siempre el punto más bajo de la semana escolar de Juan. Chumlig era flexible en cuanto al uso de elementos multimedia, pero los estudiantes tenían que ponerse en pie y presentar sus propios trabajos. Resultaba penoso tener que ver cómo otro chico la jodía, pero era totalmente insoportable cuando era uno mismo quien presentaba. Chumlig decidía el orden de presentación a su antojo. Normalmente la preocupación por ese orden mantenía ocupada casi

toda la atención de Juan. Aquel día tenía otras preocupaciones que, por suerte, ahogaban su terror habitual.

Juan se escondió al fondo del aula y se dejó caer en la silla, observando a los demás en silencio. Winston Blount había asistido a clase, lo que resultaba sorprendente. Pasaba de aquella asignatura casi tan a menudo como pasaba de taller. Pero había tenido en cuenta la oferta. La cuenta del Lagarto demostraba que el viejo había dado el primer paso hacia la aceptación.

Al otro extremo del aula Robert Gu navegaba con su página visor. Incluso eso parecía que le costaba. Pero resultaba que Gu era de una familia de marines en particular… y cuando Juan repasó todas las instrucciones de la afiliación, descubrió que eso era un punto a su favor enorme. Si conseguía que Roben Gu se interesase en afiliarse obtendría la bonificación más alta.

La voz de Chumlig cortó sus pensamientos.

—¿No hay ningún voluntario para ser el primero? Bueno… — Miró al aire y luego se giró hacia Juan.

¡Caray!

06
Tanta tecnología, tan poco talento

Daba toda la impresión de que la asignatura de composición creativa de Chumlig iba a ser el punto más bajo de la primera semana de Robert Gu en Fairmont. Robert recordaba muy bien sus años de instituto. En 1965 le había resultado fácil, exceptuando matemáticas y ciencias, que de todas formas no le interesaban. Básicamente, jamás hacía los deberes de ninguna asignatura. Pero los poemas que escribía, casi sin esfuerzo consciente, ya pertenecían a un mundo muy diferente al que habitualmente habitaban sus profesores. Se consideraban afortunados de estar en su presencia… y así debía ser.

Pero en ese mundo feliz del futuro sólo veía una fracción de las «composiciones» supuestamente creadas por los estudiantes, y no tenía ninguna duda de que apreciarían en muy poco su obra.

Roben se sentó en un extremo del aula, garabateando en la página visor. Como siempre, los niños estaban a la izquierda del aula y los estudiantes de Educación de Adultos a la derecha. Fracasados. Se había aprendido algunos nombres, incluso había hablado con Xiang. La mujer le había contado que tendría que dejar la asignatura de composición de Chumlig. No tenía valor para representar delante de los otros. Sólo tenía talento para una ingeniería obsoleta, pero al menos era lo suficientemente inteligente para saber que era una fracasada. No como Winston Blount, el peor fracasado de todos. De vez en cuando veía a Winnie mirándole y Robert sonreía interiormente.

La señora Chumlig obligaba a salir al primero de aquel día.

—Sé que has estado practicando, Juan. Muéstranos lo que puedes hacer.

Juan se puso en pie y fue a la parte delantera. Era el chico que había estado hablando con los de Educación de Adultos durante el taller. Robert recordaba su pose de vendedor. Suponía que el chico estaba por debajo de la media, como esos a quienes en los institutos de la época de Robert graduaban pro forma. Pero en el siglo XXI la incompetencia no era excusa: Chumlig parecía que esperaba un buen rendimiento. El muchacho vaciló y luego agitó los brazos. No produjo ningún efecto visible.

—No sé, señora Chumlig, no está totalmente acabada.

La señora Chumlig se limitó a: asentir con paciencia y le hizo un gesto para que continuase.

—Vale. —El chico entornó los ojos y los movimientos de los brazos se volvieron todavía más caóticos. No era baile y el chico no

hablaba. Pero Chumlig se apoyó en la mesa y asintió. Gran parte de la clase contempló la representación aleatoria con una atención similar, y Roben se dio cuenta de que movían la cabeza como al ritmo de la música.

Mierda. Más tonterías invisibles. Robert miró su pliego mágico y jugó con la selección de navegación local. Internet Explorer tenía el aspecto que recordaba, pero había un menú desplegable que le permitía «Seleccionar vista». Sí, las superposiciones de fantasía. Tocó en «Representación de Juan Orozco». La primera superposición parecía pintadas, comentarios burdos sobre la representación de Juan. Era una de esas cosas que suele haber en una nota que los chicos se pasan furtivamente. Tocó en la segunda selección de vista. Ah. El chico se encontraba en el escenario de un concierto. Las ventanas del aula, que tenía detrás, se abrían a una vasta ciudad vista desde una torre muy alta. Robert apoyó la mano en el borde de la página y hubo sonido. Era metálico y tenue comparado con el audio de la casa, pero… sí, era música. Parecido a Wagner. Luego se transformó en lo que podría haber sido una marcha. En la ventana de la página visor de Robert se formaron arco iris alrededor de la imagen del chico. Masas blancas aparecían en cuanto agitaba las manos: hurones. Todos los chicos se reían. Juan también reía, pero los movimientos de las manos se volvieron desesperados. Los hurones cubrían el suelo en apretada formación y la música era frenética. Las criaturas se combinaron formando nieve que se elevó en tornados en miniatura. El chico disminuyó el ritmo y el sonido se convirtió en algo similar a una canción de cuna. La nieve brilló, sublimándose en la invisibilidad a medida que la música se apagaba. La ventana de navegación de Robert mostraba al mismo chico corriente que en realidad estaba de pie frente a la clase.

Los compañeros de Juan le aplaudieron con amabilidad. Un par bostezó.

—¡Muy bien, Juan! —dijo la señora Chumlig.

Era tan impresionante como cualquier vídeo publicitario que Robert hubiese visto en el siglo XX. Al mismo tiempo, resultaba esencialmente incoherente, un estercolero de efectos especiales. Tanta tecnología, tan poco talento.

Chumlig habló a la clase de los componentes de la obra de Orozco, preguntándole cortésmente al chico cómo pensaba continuar, proponiendo que colaborase (¡colaborase!) con otros estudiantes para añadir palabras a la composición.

Roben miró con disimulo al resto de la clase. Las ventanas estaban abiertas y se veían las marrones y tranquilas colinas del otoño de North County. Fuera el sol lo iluminaba todo y una brisa suave traía el olor de la madreselva. Oía a los chicos jugando al otro lado del

patio. El aula era una construcción barata de plástico, carente por completo de sensibilidad artística. Sí, la escuela era fácil, pero también podía ser tremendamente aburrida; tendría que releer sus propios poemas sobre ese tema. El confinamiento forzado. Los días interminables de sentarse inmóvil escuchando palabras sin gracia, mientras allá fuera esperaba el mundo entero. La mayoría de los estudiantes miraban a Chumlig. ¿Se trataba de un engaño perfecto? Pero cuando la mujer le hizo una pregunta repentinamente a un chico, obtuvo una respuesta pertinente aunque entrecortada.

Y luego, mucho antes de lo que había esperado:

—… hoy terminaremos un poco antes, por lo que sólo tenemos tiempo para una presentación más —dijo la señora Chumlig. ¿Qué había estado diciendo la profesora? Maldición. Chumlig le miraba directamente—. Por favor, muéstrenos su composición, profesor Gu.

Juan se arrellanó en el asiento, sin apenas prestar atención al análisis de Chumlig. Siempre era amable con sus críticas públicas, pero las malas noticias eran más que evidentes a su alrededor. Sólo los gemelos Radner habían puesto algo amable. Alguien con aspecto de conejo le sonreía desde el gallinero. ¿Quién era? Se volvió y se hundió en la silla.

—… por lo que sólo tenemos tiempo para una presentación más —dijo la señora Chumlig—. Por favor, muéstrenos su composición, profesor Gu.

Juan miró a Gu. ¿Qué tipo de presentación podría hacer?

Robert Gu parecía estar preguntándose eso mismo.

—En realidad no tengo nada que la clase pudiese… apreciar. No uso audiovisuales.

Chumlig sonrió con alegría. Cuando le sonreía así a Juan, éste sabía que las excusas no le valdrían de nada.

—Tonterías, profesor Gu. Era usted… es usted poeta.

—Efectivamente.

—Y le asigné una tarea.

Gu parecía joven, pero, cuando inclinó la cabeza y miró a la señora Chumlig, había energía en su mirada. *Vaya, si yo pudiese mirar así cuando Chumlig me está apretando las tuercas…* El joven-viejo permaneció en silencio un segundo y luego dijo con calma:

—He escrito una pieza breve, pero como he dicho no tiene ninguna de… —Su mirada barrió la clase para fijarse en Juan un instante—. De las imágenes y sonidos que por lo visto esperan.

La señora Chumlig le hizo un gesto para que se acercara. —Hoy sus palabras surtirán un efecto espléndido. Adelante.

Al cabo de un segundo, Gu se puso en pie y bajó los escalones. Se movía con rapidez, con una especie de vaivén espástico. Las notas volaron de un lado a otro. Por un momento, la atención de la clase

estaba centrada como la señora Chumlig quería.

Chumlig se apartó y Robert Gu se volvió para mirar al grupo. Claro estaba, era incapaz de conjurar una visualización de palabras. Pero tampoco miró su página visor. Se limitó a mirar a su público y decir:

—Un poema. Trescientas palabras. Habla de la tierra de North County como es en realidad, aquí y más allá. —Agitó el brazo hacia las ventanas abiertas.

Luego, simplemente… habló. Nada de efectos especiales, nada de palabras moviéndose por el aire. y tampoco era un poema, porque su voz no adoptó un tono cantarín. Robert Gu se limitó a hablar del patio que rodeaba la escuela, de las diminutas segadoras que daban interminables vueltas. *Del olor de la hierba* y de cómo atrapaba el rocío por la mañana. De cómo la inclinación de las colinas llevaba los pies que corrían hasta el riachuelo que bordeaba la propiedad. Era lo que uno veía todos los días… al menos cuando no usaba superposiciones para ver algún otro lugar.

Y de pronto Juan ya no era consciente de las palabras. Veía; estaba allí. Su mente flotaba sobre el pequeño valle, sobrevoló el lecho del riachuelo. Casi había llegado al pie de Pyramid Hill cuando, de pronto, Robert Gu dejó de hablar y Juan volvió de golpe a la realidad de su sitio al fondo de la clase de composición de la señora Chumlig. Se quedó sentado unos segundos, mareado. Palabras. Sólo palabras. Pero lo que lograban superaba lo visual. Era más que tecnología del tacto. Incluso había percibido el olor de las cañas secas en el lecho del arroyo.

Por un momento nadie dijo nada. La señora Chumlig tenía los ojos vidriosos. O estaba profundamente impresionada o estaba navegando.

Pero luego, un Pajarraco Pomposo clásico voló desde el lado de los chicos. Cruzó el aula y dejó caer un buen montón de mierda sobre Robert Gu. Fred y Jer se echaron a reír y, un instante después, toda la clase reía.

Evidentemente, Robert Gu no había podido ver los efectos especiales. Se quedó confundido un momento y luego miró a los Radner con furia.

—¡Clase! —La señora Chumlig parecía realmente enfadada. Las risas pararon y todos aplaudieron con amabilidad. Chumlig los guió un momento hasta que ella misma dejó de aplaudir. Juan veía que los examinaba de cerca. Normalmente pasaba de las pintadas. En aquella ocasión buscaba crucificar a alguien. Su mirada acabó en la sección de los viejos y pareció un poco sorprendida.

—Muy bien. Gracias, Robert. Hoy no tenemos tiempo para más. Clase, la siguiente tarea es colaborar y mejorar lo que ya habéis

hecho. Es tarea vuestra encontrar un compañero para ese paso. Enviadme los acuerdos y el plan de trabajo antes de que nos volvamos a ver. —Los Detalles Ignominiosos estarían en el correo cuando llegasen a casa.

Luego sonó la campana… la había activado Chumlig. Cuando Juan se levantó de la silla, estaba a la cola de la carrera alocada por la puerta. No importaba. Estaba un poco mareado por la extraña forma de realidad virtual que Roben Gu había creado.

A su espalda Gu se había dado cuenta por fin de que la clase había terminado. En unos segundos estaría fuera con los demás. *Mi oportunidad de alistarle para el Lagarto*. Y quizá de algo más. Pensó en las palabras mágicas del viejo. Quizá, quizá pudiesen colaborar. Todos se habían reído de Robert Gu. Pero antes de que le mandaran el Pajarraco Pomposo, antes de que se riesen, Juan Orozco había palpado el silencio sobrecogido. *Y lo ha logrado sólo con palabras…*

Cuando Roben salió a exponer su trabajo estaba más irritado que nervioso. Había encandilado a estudiantes durante treinta años. Podía encandilarlos con los versitos que había compuesto para aquel día. Se dio la vuelta y miró al grupo.

—Un poema —dijo—. Trescientas palabras. Habla de la tierra de North County como es en realidad, aquí y más allá. —Era una oda pastoral tópica que había compuesto la noche anterior basándose en sus recuerdos de San Diego y lo que veía de camino a Fairmont. Momentáneamente, sus palabras los hipnotizaron, como antaño.

Cuando acabó hubo un momento de absoluto silencio. Qué niños más impresionables. Miró a la gente de Educación de Adultos, vio la sonrisa desigual y hostil de Winston Blount. *¿Envidioso como siempre, Winnie?*

Luego unos patanes en la primera fila se echaron a reír. Lo que precipitó risas dispersas.

—¡Clase! —Chumlig intervino y todos aplaudieron, incluso Blount.

Chumlig dijo algunas cosas más. Luego sonó la campana y los estudiantes salieron corriendo. Él también se disponía a hacerlo.

—Ah, Robert —dijo la señora Chumlig—. Por favor, quédate un momento. La campana «no doblaba por ti». —Sonrió, sin duda encantada de su dominio de las citas literarias—. Tu poema es muy hermoso. Quiero disculparme en nombre de la clase. No tenían derecho a… —Hizo un gesto al aire sobre su cabeza.

—¿A qué?

—No importa. Me temo que en este grupo no hay verdadero talento. —Le miró con curiosidad—. Es difícil creer que tengas setenta y cinco años; la medicina moderna hace verdaderos milagros. He tenido varios estudiantes mayores. Comprendo tus problemas.

—Ah, los comprende.

—Cualquier cosa que hagas en esta clase será un favor para los demás. Espero que te quedes, que los ayudes. Reelabora el poema con alumnos elementos visuales de los alumnos. Pueden aprender de ti… y tú podrás aprender habilidades que harán que el mundo te resulte un lugar más cómodo.

Robert le dedicó una sonrisa. Siempre habría cretinos como Louise Chumlig. Por suerte, la mujer encontró algo más en lo que concentrarse.

—¡Oh! Ya es tarde. Tengo que dar una clase de estudios remotos. Por favor, discúlpame. —Chumlig se dio la vuelta y se situó en el centro del aula. Señaló con una mano la primera fila de asientos—. Bienvenida, clase. ¡Sandi, deja de jugar con el unicornio!

Robert miró al aula vacía y a la mujer que hablaba sola. Tanta tecnología…

Fuera, los estudiantes se habían dispersado. Robert se quedó a meditar su reencuentro con el mundo «académico». Podría haber sido peor. El poemita había sido más que bueno para esa gente. Incluso Winnie Blount había aplaudido. Impresionar a alguien que te odia… eso siempre es un triunfo.

—¿Señor Gu? —La voz era indecisa. Robert dio un respingo. Era aquel chico, Orozco, acechando junto a la puerta del aula.

—Hola —le dijo con una sonrisa generosa.

Quizás excesivamente generosa. Orozco caminó junto a él.

—Yo… creo que su poema es maravilloso.

—Eres muy amable.

El chico hizo un gesto hacia el prado iluminado por el sol.

—Me ha hecho sentir como si realmente estuviese ahí fuera, corriendo bajo el sol. Y todo sin táctiles, lentillas ni vestibles. —Miró el rostro de Roben y luego apartó rápidamente los ojos. Era una mirada le asombro que podría haber tenido algún valor si su interlocutor hubiese sido alguien de cierta importancia—. Apuesto a que es usted tan bueno como cualquiera de los grandes anunciantes de juegos.

—Seguro.

El muchacho titubeó un momento, sin articular palabra.

—Me he dado cuenta de que no viste. Yo podría ayudarle. Quizá, quizá pudiéramos ser compañeros. Ya sabe, podría ayudarme con las palabras. —Otro vistazo de reojo a Robert y el resto de su discurso surgió en cascada— Podríamos ayudarnos mutuamente y tengo otra proposición mejor. Podría haber mucho dinero de por medio. Su amigo el señor Blount ya ha aceptado.

En silencio recorrieron una docena de pasos.

—Bien, profesor Gu, ¿qué le parece?

Robert sonrió con amabilidad a Juan y, justo cuando el chico empezaba a alegrarse, le dijo:

—Bien, joven. Creo que el infierno se helará el día en que me asocie con un viejo idiota como Winston Blount… o un joven idiota como tú.

Bingo. El chico retrocedió como si Roben le hubiese dado un puñetazo en la cara. Robert siguió caminando, sonriendo. Era muy poca cosa, pero, al igual que el poema, era un punto de partida.

07
El incidente Ezra Pound

La inspiración matutina de Robert tenía su lado tenebroso. En ocasiones no se levantaba con una grandiosa solución, sino con la certeza de que algún problema desagradable era real, inmediato y aparentemente insoluble. La suya no era la obsesión de alguien que se preocupaba en exceso, era una forma de creatividad defensiva. En ocasiones la amenaza era una completa sorpresa; muy a menudo era una molestia conocida que de pronto se revelaba como extremadamente seria. Los ataques de pánico normalmente desembocaban en soluciones concretas, como cuando había retirado sus poemas largos de una pequeña editorial para ocultar su superficialidad ingenua de los ojos del público.

Y, muy de vez en cuando, el nuevo problema resultaba realmente insoluble y sólo podía debatirse y despotricar contra el desastre inminente.

La noche anterior, cuando volvía de su presentación en Fairmont, se sentía bastante bien. La plebe se había quedado impresionada, y también tipos como Winston Blount… una variedad más sofisticada de tonto. *Las cosas mejoran. Estoy de vuelta*. Robert se había pasado la cena sin prestar atención a Miri, que insistía en las cosas con las que podía ayudarle. Bah no había regresado. Roben, sin mucho entusiasmo, había bombardeado a Alice con preguntas sobre los últimos días de Lena. ¿Lena le había llamado en el último momento? ¿Quién había asistido a su funeral? Alice se mostró más paciente de lo habitual, pero seguía sin ser una gran fuente de información.

Con esas preguntas se había ido a dormir.

Despertó con un plan para encontrar las respuestas. Cuando Bob volviese, hablarían sinceramente sobre Lena. Bob sabría algunas de las respuestas. Y en cuanto al resto… en búsqueda y análisis Chumlig había hablado sobre los Amigos de la Intimidad. Había métodos para no dejarse engañar por sus mentiras. A Robert se le daba cada vez mejor la búsqueda y el análisis por lo que, de una forma u otra, recuperaría el tiempo perdido con Lena.

Ésa era la buena noticia. La mala surgió flotando mientras él permanecía tendido, repasando su plan para convertir la tecnología en una luz de búsqueda sobre Lena… La mala noticia fue la certeza absoluta y visceral que reemplazó la vaga inquietud de días anteriores. *Ayer, mi poesía impresionó al vulgo. N o era razón para alegrarse.* Había sido un tonto consolándose con la idea aunque fuese momentáneamente. Cualquier placer debería haberse esfumado

cuando el pequeño Juan Nadie había anunciado que Robert era tan genial como un publicista. ¡Dios!

Pero Winston Blount había aplaudido el poemita de Robert. Winston Blount era perfectamente capaz de juzgar aquel poema. Y en este punto la iluminación matutina de Robert vino acompañada del recuerdo de Winnie aplaudiendo, del ritmo mensurado de las manos de Blount, de su sonrisa. *No* tenía la expresión de un enemigo superado y conmocionado. En su antigua vida Roben jamás se habría confundido tanto. No, Winnie se había estado *burlando* de él. Winston Blount le decía lo que debería haber sabido siempre: su oda pastoral era una mierda que sólo valía para un público acostumbrado a comer mierda. Robert se quedó inmóvil un buen rato, con un gemido atrapado en la garganta, recordando las palabras banales de los versos.

Ésa fue la genial inspiración de aquella mañana tenebrosa, la conclusión que había esquivado desde que le habían traído de vuelta de la muerte. *He perdido la música de las palabras.*

Cada día le inundaban ideas para nuevos poemas, pero ni la más pequeña de un verso concreto. Se había repetido que recuperaría su genio como las demás facultades, lentamente. Era un espejismo. Sabía bien que lo era. Había muerto por dentro. Su don se había convertido en una nada vaporosa y una curiosidad mecánica aleatoria.

¡No puedes estar seguro! Rodó por la cama y fue al baño. El aire estaba frío e inmóvil. Por la ventana miró los jardines y las coníferas y la calle vacía. Bob y Alice le habían asignado una habitación del piso de arriba. Le había divertido volver a subir y bajar escaleras corriendo.

En realidad, en lo que se refería a su problema, nada había cambiado. No tenía ninguna prueba de que estuviese permanentemente incapacitado para escribir. Simplemente, de pronto, con la completa certeza de una inspiración matutina, estaba seguro. *Mierda. ¡Por una vez podría ser un pánico infundado!* Quizá la obsesión por la muerte de Lena estuviese haciéndole ver la muerte por todas partes.

Sí. No había problema. No había ningún problema.

Pasó la mañana furioso por culpa del miedo, intentando demostrarse que todavía podía escribir. Pero el único papel que tenía era el pliego, cuando escribía en él sus garabatos se transformaban en líneas perfectas y letras perfectas. Antes encontraba aquello irritante, pero no tanto como para verse obligado a buscar papel de verdad. Pero ahora… veía claramente que las palabras perdían el alma antes de que él pudiese hacerlas cantar! Era la victoria final de la automatización sobre el pensamiento creativo. Todo quedaba más allá del tacto directo de su mano. ¡Eso era lo que le impedía conectar con

su talento! Ye n toda la casa no había verdaderos libros de tinta y papel.

Ajá. Corrió al sótano y sacó una de las cajas mohosas de cartón que Bob había traído desde Palo Alto. Estaba llena de libros de verdad. Cuando era niño, prácticamente acampaba todo el verano en el sofá del salón. No tenían televisión, pero cada día traía a casa todo un montón de libros de la biblioteca. Durante esos veranos haciendo vida en el sofá, había leído basura frívola y sabiduría profunda… y había aprendido más sobre la verdad que durante todo un año escolar. Quizás entones hubiese aprendido a hacer cantar las palabras.

En su mayoría, aquellos libros eran una porquería. Había guías escolares de antes de que Stanford pasase a ser completamente digital. Había material que sus ayudantes habían fotocopiado para los alumnos.

Pero sí, había algunos libros de poesía. Demasiado pocos y que en los últimos diez años sólo habían leído los pececillos de plata. Robert se puso en pie y miró las cajas almacenadas en la oscuridad del sótano. Seguro que había en ellas más libros, aunque los hubiese seleccionado al puro azar entre lo que quedase después de que Bob subastara la casa de Palo Alto. Miró el libro que tenía en la mano. Kipling. Música patriótica de ascensor. *Pero algo es algo*. Al contrario que las bibliotecas que flotaban en el ciberespacio, podía sostener el libro en la mano. Se sentó sobre las cajas y se puso a leer, esforzándose por adelantarse a las palabras, intentando recordar, intentando crear el resto del poema.

Pasó una hora. Pasaron dos. Fue vagamente consciente de que Alice bajaba a anunciar el almuerzo. Le hizo un gesto de impaciencia. Aquello era mucho más importante. Abrió más cajas. Algunas contenían trastos de Bob y Alice, incluso más inútiles que lo que habían recuperado de Palo Alto. Pero encontró otra docena de libros de poesía. Algunos eran… buenos.

Pasó la tarde. Todavía podía disfrutar de la poesía, pero el disfrute también era dolor. *No puedo escribir ni una coma de buena poesía, excepto cuando la recuerdo.* Y se aterró más todavía. Al final se puso en pie y arrojó a Ezra Pound contra la pared del sótano. El lomo del viejo libro se rompió y cayó al suelo convenido en una mariposa rota de papel. Robert la miró fijamente un momento. Nunca había roto un libro, ni siquiera el más horrible del mundo. Cruzó la habitación y se arrodilló junto al desastre.

Miri escogió justo ese momento para bajar a saltos la escalera.

—¡Robert! ¡Alice dice que puedo llamar un taxi aéreo! ¿Adónde te gustaría ir?

Las palabras no eran más que ruido arañando su desesperación. Recogió el libro y cabeceó.

—No voy. —*Vete.*

—No lo entiendo. ¿Por qué rebuscas aquí abajo? Hay formas más cómodas de conseguir lo que quieres.

Robert se puso en pie, intentando recomponer con los dedos el libro de Ezra Pound. Sus ojos dieron con Miri. La niña tenía toda su atención. Miri le sonreía, completamente segura de sí misma, con el ajuste de marimandona al máximo. Y bien, ella no comprendía la luz en los ojos de Robert.

—¿Y cómo es eso, Miri?

—El problema es que no puedes acceder a lo que nos rodea. Es por eso que estás aquí abajo leyendo esos viejos libros, ¿cierto? En cierta forma, eres como un niño pequeño… pero eso está bien, *¡eso está bien!* Los adultos como Alice y Bob tienen muy malos hábitos que los entorpecen. Pero tú empiezas casi desde el principio. Para ti será más fácil aprender lo nuevo. Pero no lo harás asistiendo a unas clases idiotas de ciclos formativos. ¿Comprendes? Deja que te enseñe a vestir. —Era la misma tabarra agotadora de siempre, pero ella creía haber encontrado una forma novedosa e inteligente de expresarla.

Esta vez no estaba dispuesto a pasarlo por alto. Roben avanzó un paso hacia ella.

—Entonces, ¿me has estado espiando aquí abajo?

—Bien… sólo de forma general. Yo…

Robert dio otro paso y le plantó el libro mutilado delante de la cara.

—¿Has oído hablar de este poeta?

Miri miró el lomo roto entornando los ojos.

—E… z… oh, ¿Ezra Pound? Bien… sí, tengo todo lo suyo. ¡Deja que te lo muestre, Robert! —Vaciló, vio el pliego sobre una caja, lo recogió y le hizo cobrar vida. Los títulos fueron pasando por la página: los cantos, los ensayos… incluso, Dios nos ayude, críticas recientes dirigidas de las profundidades subnormales del siglo XXI—. Aunque verlo en esta página es como mirar por el ojo de una cerradura, Roben. Yo puedo enseñarte a ver todo lo que haya nuestro alrededor, con…

—¡Ya basta! —dijo Robert. Se dominó para poder hablar con tranquilidad, de un modo totalmente razonable pero cortante—. Imbécil. No sabes nada y, sin embargo, tienes la presunción de querer dirigir mi vida como diriges la de tus amiguitos.

Miri había retrocedido un paso. Su rostro delataba conmoción, Pero aparentemente ese sentimiento todavía no había llegado a su boca.

—Sí, eso dice Alice, que soy demasiado mandona…

Roben dio otro paso y Miri quedó contra las escaleras.

—Te has pasado toda la vida jugando a videojuegos,

convenciéndote y convenciendo a tus amigos de que valéis algo, de que sois algo hermoso. Apuesto incluso a que tus padres son tan tontos que te dicen lo inteligente que eres. Pero no tiene nada de bonito ser una mandona cuando eres una mocosa gorda y sin cerebro.

—Yo… —Miri se llevó la mano a la boca y abrió aún más los ojos. Dio un torpe paso atrás, subiendo un escalón. Las palabras de Roben empezaban a causar efecto. La capa superficial de confianza y alegría iba desmoronándose.

Y Robert siguió:

—«Yo», «yo»… sí, probablemente en eso es en lo que más piensa tu cabecita egocéntrica. En caso contrario, te sería difícil soportar tu ineptitud. Pero piénsalo cuando sientas ganas de ponerte a dirigir *mi* vida.

Las lágrimas anegaron los ojos de la niña. Se dio la vuelta y corrió escaleras arriba. Sus pasos no resonaron con fuerza infantil… eran ligeros, casi como si no quisiese que nadie notara su presencia.

Robert se quedó inmóvil un momento, mirando la escalera vacía. Era como encontrarse de pie en el fondo de un pozo, con un poco de luz solar arriba.

Recordó la época en que él tenía quince años y su hermana Cara unos diez… Cara se había vuelto independiente, molesta. En aquellos tiempos Robert tenía sus propios problemas… completamente triviales desde la perspectiva de los setenta y cinco años, pero que entonces le parecían muy importantes. Penetrar el ego reciente de su hermana, hacerle comprender la poca importancia que ella tenía en el esquema general de las cosas, le había provocado un tremendo placer.

Roben miró el trocito de luz solar y esperó la oleada de satisfacción.

Bob Gu salió de las entrevistas posteriores a la misión el sábado, muy tarde. No se había molestado en estar al día de lo que sucedía en casa; la operación de Paraguay le había absorbido por completo. Bueno, ésa era la excusa. Pero también era cierto. Había lanzadores nucleares bajo el orfanato. Allí, en Asunción, había visto el abismo.

Así que tuvo que esperar a llegar a casa para enterarse de las malas noticias *locales*…

Su hija era demasiado grande y mayor para sentarse en su regazo, pero se le sentó al lado y dejó que él le sostuviese la mano. Alice se sentó al otro lado; parecía completamente tranquila, pero Bob sabía que estaba absolutamente desquiciada. Los nervios del entrenamiento sumados a los problemas en casa eran casi demasiado para ella.

Era hora de enfrentarse a las responsabilidades familiares. —No fue por nada que tú hicieses, Miri.

Miri agitó la cabeza. Tenía ojeras; Alice le había dicho que llevaba sólo una hora sin llorar.

—Yo intentaba ayudarle y… —La frase quedó en el aire. En su voz no había ni pizca de la confianza que había ido desarrollando en los últimos dos o tres años. *Maldición*. Con el rabillo del ojo Bob veía que su padre seguía en la habitación de arriba, desafiándolos en silencio. Visitarlo era el siguiente punto de la agenda. Iba a darle una sorpresa al viejo.

Pero de momento tenía algo mucho más importante que arreglar.

—Sé que era así, Miri. Y creo que has ayudado mucho al abuelo desde que vino a vivir con nosotros. —*De no ser por ella, el viejo todavía seguiría intentando encontrar los zapatos*—. ¿Recuerdas que lo hablamos cuando vino el abuelo? No es un tipo agradable. —*Excepto cuando quiere un favor o está preparándote para derribarte; en ese caso puede engatusar casi a cualquiera.*

—Sí. Lo recuerdo.

—Lo que dice cuando intenta hacerte daño no tiene nada que ver con que hayas sido buena o mala, inteligente o estúpida.

—Pero, quizás he sido demasiado insistente. No le has visto esta mañana, Bob. Estaba tan triste… Cree que no me doy cuenta, pero lo veo. El pulso se le dispara. Tiene tanto miedo que ya no puede escribir. Y echa de menos a la abuela, digo, a Lena. i *Yo* echo de menos a Lena! Pero yo…

—No es responsabilidad tuya resolver este problema, Miri. —Por encima de la cabeza de la niña miró a Alice—. Es mía, y hasta ahora lo he hecho muy mal. Tu trabajo, bien, es Fairmont Junior.

—En realidad, la llamamos Fairmont.

—Vale. Mira. Antes de que viniese el abuelo sólo pensabas en la escuela. En la escuela, tus amigos y tus proyectos. ¿No me dijiste que lo ibais a transformar para Halloween?

Una sombra del antiguo entusiasmo iluminó el rostro de Miri.

—Sí. Tenemos la ambientación de todo el material Spielberg-Rowling. Annette va a…

—Por tanto, debes concentrarte en eso y en tus clases habituales. Ésa es tu misión, cariño.

—Pero ¿qué hay de Robert?

Robert puede irse a la…

—Yo hablaré con él. Creo que tienes razón cuando dices que tiene un problema. Pero, en ocasiones, bien… hay algo que debes aprender mientras creces. Algunas personas se causan sus propios problemas. Y nunca dejan de hacerse daño e incordiar a la gente que las rodea. Cuando se da esa situación, uno no debe seguir haciéndose daño a sí mismo por su culpa.

Miri agachó la cabeza. Parecía muy triste. Y luego volvió a mirarlo. Adelantó la barbilla con aquella expresión tan testaruda suya.

—Quizás eso sea cierto de otras personas… pero hablamos de *mi*

abuelo.

08
El usuario no debe manipular el interior

Después de aquel sábado antológico, Roben Gu pasaba considerablemente menos tiempo en casa de su hijo. Dormía allí, todavía en la habitación de arriba. En ocasiones incluso comía en el comedor. Miri siempre estaba en otra parte. Alice se mostraba tan impasible como la piedra. Cuando Bob andaba por ahí, la hospitalidad era todavía menor. Robert vivía un tiempo prestado yeso no tenía nada que ver con su estado de salud.

Se demoraba en aulas vacías de la escuela, leyendo sus viejos libros. Navegaba por la web más que nunca. Chumlig le mostró algunas utilidades modernas ocultas en su página visor, cosas que ni siquiera podían fingir ser programas de WindowsME.

Y también conducía mucho por la ciudad. Era tanto por jugar con los coches automáticos como para ver en qué se había transformado San Diego. Lo cierto era que los suburbios eran tan monótonos como en el pasado. Pero Robert descubrió que a su nueva personalidad lisiada le gustaban los artefactos. Había máquinas incomprensibles por todas partes. Acechando en paredes, ocultas en los árboles, incluso tiradas por el césped. Trabajaban en silencio, casi invisibles, veinticuatro horas al día. Empezaba a preguntarse dónde estaba el límite.

Un día, a la salida del instituto, Roben condujo hasta East County dejando atrás los suburbios interminables. Había casas hasta bien arriba en las montañas. Pero treinta kilómetros después de El Cajón llegó a un claro y lo que parecía una batalla. A varios centenares de metros de la autopista surgían de los edificios penachos de polvo. Cuando bajo la ventanilla oyó lo que podía ser fuego de artillería. Una vía de servicio corría paralela a una verja alta. Un cartel oxidado decía UP/Express» o algo parecido.

El extraño campo de tiro quedó atrás.

La autopista se limitaba a subir en línea recta más de mil doscientos metros. Las salidas eran cada vez más esporádicas. El auto aceleraba lentamente. Según el incómodo visor del salpicadero que encontró en su carpeta de juegos de WinME, superaba los 190 kilómetros por hora. Las piedras y la maleza del arcén eran un borrón y la ventanilla 'e cerró sola. Adelantó a los vehículos en manual que iban por los carriles de la derecha como si estuviesen totalmente inmóviles. *Algún día tengo que volver a aprender a conducir.*

Había superado el punto más alto. El auto redujo la velocidad para tomar las curvas a sólo ochenta kilómetros por hora. Recordaba haber conducido así en compañía de Lena, en una Autopista 8 mucho más pequeña, quizás en 1970. Lena Llewelyn acababa de llegar a California, acababa de llegar a EE.UU. Se había quedado boquiabierta viendo lo extenso que era el país en comparación con su Gran Bretaña natal. Se había mostrado tan abierta, tan confiada. Eso había sido incluso antes de que Lena decidiese especializarse en psiquiatría.

Las colinas se deshicieron de su verde gastado y se alzaron como montones de roca redondeada. El desierto se extendía interminable, por debajo y más allá. Descendió de las montañas, desactivó Autopista 8, y condujo más despacio siguiendo viejas carreteras del desierto hacia el parque estatal de Anza Borrego. Los últimos suburbios se encontraban en la cresta. Allá abajo, las cosas eran como cuando iba a la Universidad… incluso como eran siglos antes.

En esas carreteras secundarias había muchas señales de tráfico. Algunas estaban oxidadas e inclinadas, pero eran de verdad. Giró la cabeza para ver alejarse una señal de stop atravesada por una bala. Era hermosa. Un poco más adelante llegó a un camino polvoriento que atravesaba un desierto eterno. El automóvil se negó a seguir por él.

—Lo siento, señor, por ese camino no hay guía y me he dado cuenta de que no tiene permiso de conducir.

—En ese caso, voy a dar un paseíto. —Sorprendentemente, no le puso objeciones. Abrió la puerta y salió a la brisa de la tarde. Notó cómo su espíritu se liberaba. Podía ver hasta la eternidad. Robert caminó siguiendo el camino de tierra apisonada. Había llegado al fin al mundo natural.

Golpeó algo metálico con el pie. ¿Un proyectil usado? No. A la masa gris le sobresalían tres antenas de la parte superior. La lanzó a los arbustos. Ni siquiera allí había logrado alejarse de la red. Sacó el pliego mágico y navegó por la zona. La imagen le mostraba el terreno que le rodeaba captado por alguna cámara encajada en el papel; sobre cada hierba flotaban unos cartelitos: *Ambrosia dumosa* esto y *Encelia farinosa* aquello. Por la cabecera de la página pasaban los anuncios de la tienda de regalos del parque.

Roben pulsó el 411. El contador de gasto de la esquina de la página corría, casi cinco dólares el minuto. Tanto dinero significaba que al otro lado había un humano de verdad. Robert le habló al papel:

—Bien, a qué distancia me encuentro de… —*La naturaleza*— ¿A qué distancia me encuentro de tierra sin mejorar?

Una etiqueta cambió de color; su petición había sido subcontratada. Respondió una voz de mujer:

—Ya casi ha llegado; está a… tres kilómetros en la dirección hacia la que va. Si puedo sugerírselo, señor, realmente no necesita el

411 para responder a este tipo de preguntas. Simplemente…

Pero Robert ya se había guardado el papel en el bolsillo. Se puso a caminar hacia el este con su sombra por delante. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había caminado dos kilómetros. Incluso antes de tener Alzheimer, caminar tres kilómetros habría sido algo que sólo hubiese hecho en caso de emergencia. Pero ni siquiera le faltaba el aliento y el dolor de las articulaciones era cosa del pasado. *Lo más importante de mí está inutilizado, mientras que el resto funciona bien.* Reed Weber tenía razón, era un campo de minas celestial. *Tengo mucha suerte.*

A pesar del viento, oyó el sonido de motores eléctricos acelerando.

Su coche se iba para ocuparse de sus negocios en otra parte. Robert no miró atrás.

Su sombra se alargó, el aire se enfrió. Y finalmente llegó hasta el comienzo de la naturaleza. Una vocecita en el oído le dijo que abandonaba la zona etiquetada del parque. Más allá de ese punto sólo se garantizaba «conexión inalámbrica de emergencia y baja capacidad». Robert siguió andando por el terreno sin etiquetar. *Así que hoy en día esto es lo más que se puede estar solo.* Le resultaba agradable. Poseía una pureza fría y limpia.

Le asaltó de repente el recuerdo de la confrontación del sábado con Bob, más real que la tarde del desierto. Hubo épocas, hacía muchos años, en las que se dirigía con furia a su hijo, intentando hacerle sentir vergüenza por malgastar su talento con los militares. Pero el pasado sábado la furia había fluido en sentido contrario.

—*¡Siéntate!* —le había dicho el niño adulto a su padre, en un tono que Robert no le había oído usar nunca.

Y Robert se había dejado caer en el sofá. Por un momento su hijo lo había dominado con su estatura. Luego se había sentado enfrente y se había inclinado hacia él.

—Miri no quiere contar los detalles, pero está claro lo que has hecho esta tarde, caballero.

—Bob, yo simplemente…

—Cállate. Mi niñita ya tiene bastantes problemas, iy tú no *serás* uno más! —Su mirada era penetrante y firme.

—No pretendía hacerle daño, Bob. He tenido un mal día. —Una parte lejana de su ser se dio cuenta de que estaba *gimoteando,* y de que no podía dejar de hacerlo—. ¿Dónde está Lena, Bob?

Bob entornó los ojos.

—Ya me lo has preguntado antes. Me preguntaba si fingías. —Se encogió de hombros—. Ahora ya no me importa. A partir de hoy, sólo quiero que te vayas de aquí, pero… ¿Has echado un vistazo a tu situación financiera, papá?

Todo se reducía a eso.

—Sí… Hay un paquete financiero en mi WinME. Mis ahorros. Era multimillonario en 2000.

—Eso fue hace tres pueblos, papá. Pero en este punto estás casi acreditado para mantenerte por tu cuenta. Lo tendrás difícil para amedrentar a los funcionaros públicos. Los contribuyentes no son muy amables con los viejos; los viejos ya dirigen demasiados aspectos del país. —Vaciló—. Y a partir de hoy no cuentes con mi generosidad. Mamá murió hace dos años… y te abandonó décadas antes. Pero quizá deberían preocuparte otras cosas. Por ejemplo, ¿dónde están tus viejos amigos de Stanford?

—Yo… —En la mente de Robert aparecieron caras. Había pasado treinta años en el Departamento de Inglés de Stanford. Muchos rostros. Algunos pertenecían a personas más jóvenes que él. ¿Dónde estaban?

Bob asintió en silencio.

—Exacto. Nadie ha venido a visitarte. Nadie ha intentando ponerse en contacto contigo. Yo debería saberlo bien. Incluso antes de lo de hoy ya suponía que en cuanto recuperases las fuerzas harías daño a quien tuvieses más cerca… y que sería Miri. Así que he estado intentando encajarte con alguno de tus viejos colegas. ¿Y sabes qué, papá? Ninguno de ellos quiere saber nada de ti. Oh, sales en las noticias. No tendrás que esforzarte mucho para encontrar tantos seguidores como antes… pero entre ellos no habrá ni un solo amigo. —Hizo una pausa—. Ahora no tienes opciones. Termina el semestre; aprende lo que puedas. *Y luego sal de mi casa.*

—Pero Lena… ¿Qué hay de Lena? Bob agitó la cabeza.

—Mamá está muerta. Para ti no contaba a no ser que necesitaras una sirvienta o una pelota para dar patadas. Ya es demasiado tarde. Está muerta.

—Pero… —Tenía recuerdos, pero contradictorios. La última década en Stanford. El premio Bollingen y el Pulitzer. Lena *no* había estado con él para compartirlos. Se habían divorciado más o menos cuando Bob se había unido a los marines. Y, sin embargo…—. Recuérdalo. Lena me metió en aquella residencia de ancianos, Al Final del Arco Iris. Y estaba *allí*, cuando las cosas se pusieron realmente feas. Estuvo allí con Cara. —Su hermanita de todavía diez años muerta desde 2006. Se quedó sin habla.

Algo brilló en los ojos de su hijo.

—Sí. Mamá estuvo, igual que Cara. Y un ataque de vergüenza no va a servirte de nada conmigo, papá. Te quiero fuera de aquí. El final del semestre es la fecha límite.

Y ésa había sido la conversación más larga que Robert había mantenido con alguien desde el sábado.

Hacía frío. Se adentró mucho en el desierto. La noche ya ocupaba la mitad del cielo. Las estrellas colgaban sobre un terreno llano que se extendía interminable por delante de él. Quizás ése era el secreto del regresado… que sólo quería volver a irse, caminando eternamente en la oscuridad azulada. Continuó un trecho, luego se detuvo, paró junto a una enorme roca… y contempló la noche,

Al cabo de unos minutos, se dio la vuelta y se puso a caminar hacia el brillante crepúsculo.

Juan se distrajo de la búsqueda que le pedía el Gran Lagarto. La escuela empezaba a ponérselo difícil. Chumlig quería que terminasen los proyectos y quería resultados de verdad. Lo peor de todo: la junta escolar había decidido que los alumnos debían mostrar sus trabajos creativos en la noche de los padres… en lugar de hacer examen final. Con las malas notas y la decepción de Chumlig le bastaba; Juan ya sabía que era un fracasado. Pero semejante humillación pública era algo que deseaba evitar como fuese.

Dedicó un rato a una búsqueda diferente: encontrar a un compañero para la clase de composición. El problema era que a Juan no se le daba bien escribir. No era más que normalito con las matemáticas y los foros de respuesta. La señora Chumlig decía que el secreto del éxito era «aprender a plantear las preguntas adecuadas». Pero también decía que para hacerlo además debía «saber algo sobre algo». Eso y «todo el mundo posee un talento especial» eran los pilares de su filosofía. Pero no le servían de nada. Quizá lo mejor fuese montar un equipo tan grande que los perdedores se protegiesen unos a otros.

Aquel día estaba sentado al fondo de la carpa del taller en compañía de Fred y Jerry. Los gemelos habían faltado a taller por la mañana, Por eso pasaban el resto del día allí en lugar de ir a la sala de estudio. Era divertido. Los dos fingían trabajar en un modelo planetario magnético… un plagio tan evidente que sus planos todavía tenían las URLs de la fuente. Casi la mitad de la clase ya tenía algo terminado. Los aviones de papel de Doris Schley volaban, pero esa misma tarde su equipo había descubierto terribles problemas de estabilidad. No sabían nada del proyecto secreto de Fred y Jerry: los gemelos habían tomado el control del aire acondicionado de la carpa. Mientras se recostaban y trasteaban con el modelo planetario, empleaban los ventiladores para derribar los aviones de Schley.

Xiu Xiang estaba inclinada sobre la bandeja de transporte en la que trabajaba. Ya no parecía tan asustada y desesperada, aunque había retorcido tanto la superficie de transporte que no servía para nada. Xiang prácticamente tenía la nariz metida en el equipo. De vez en cuando se echaba atrás y examinaba la página visor para luego volver al desastre inmóvil que había creado.

Winston Blount no había aparecido desde que Juan lo había reclutado para la misión del Lagarto. El chico lo consideraba una buena señal; quizás el señor Blount estuviese trabajando en la afiliación.

Se colocó frente al aire frío de los ventiladores. Al fondo se estaba bien. Hacía calor y había mucho ruido en la entrada, pero ahí se sentaba Robert Gu. Antes, el tipo había estado observando a la doctora Xiang. Daba la impresión de que ella le miraba a él de vez en cuando, pero con mucha más discreción. En aquel momento el señor Gu prestaba atención a la rotonda de fuera, donde los coches paraban ocasionalmente para recoger o dejar a un pasajero y se iban. En la mesa, delante del falso adolescente, había piezas de BuildIt y varias torres de aspecto inestable. Juan amplió un par de ellas desde el punto de vista cenital de la carpa, sobre la cabeza de Gu. Ja. Los cacharros no tenían motores, ni siquiera lógica de control.

Así que Gu iba a fracasar en esa clase con tanta seguridad como Juan lo haría en composición. De pronto se le ocurrió que quizá debía retomar el juego del Lagarto y hacer un último intento de encontrar un compañero para el proyecto de Chumlig. Pero ya lo probé con él la semana pasada. Robert Gu era el mejor escritor que Juan hubiese conocido. Era tan bueno que podía matarte sólo con palabras. Juan se tragó el orgullo e intentó olvidar lo de la semana anterior.

Y luego pensó: El tipo no está vistiendo, así que está mirando al vacío. Debe de estar muerto de aburrimiento. Juan titubeó otros diez minutos, pero quedaba media hora más de taller y los Radner estaban demasiado concentrados en sus armas antiaéreas.

Jerry —› Juan: ‹ms› Eh, ¿adónde vas?‹/ms›

Juan —› Radner: ‹ms› Voy a probar una vez más con Gu. Deseadme suerte.‹/ms›

Fred —› Juan: ‹ms› No es bueno para la salud desear tanto una buena nota.‹/ms›

Juan vagó por el pabellón, recorriendo los bancos de trabajo como si estuviese examinando los otros proyectos. Acabó detrás del extraño anciano. Gu se giró para mirarle y la fachada de despreocupación de Juan se evaporó. La cara sudorosa de Gu parecía casi tan joven como la de Fred Radner. Pero los ojos miraron directamente a Juan, fríos y crueles. La semana anterior, el tipo le había parecido amistoso… hasta el momento en que abrió a Juan en canal. Juan se había quedado sin frases ingeniosas; incluso sin frases tontas. Finalmente logró señalar las torres demenciales en las que había estado trabajando Roben Gu.

—¿Qué es el proyecto?

El joven-viejo siguió mirando a Juan.

—Un reloj. —Luego metió la mano en la caja de piezas y dejó

caer tres bolas plateadas por la parte superior de la torre más alta.

—¡Oh!: —Las bolas fueron descendiendo por rampas conectadas.

La primera torre estaba justo delante de Juan. Yendo hacia la derecha, —cada torre era un poco más baja y más compleja que la anterior. El señor Gu había usado la mayor parte de las «piezas clásicas» que Ron Wiliams mantenía en *stock*. ¿Eso era un reloj? Juan intentó encajarlo en patrones de relojes antiguos. No encajaba del todo, aunque tenía palancas que daban una y otra vez contra un cómodicegoogle… una rueda de transmisión. Quizá las bolas que caían por las rampas fuesen como las manecillas de un reloj.

Gu siguió mirándole y dijo:

—Pero va demasiado rápido.

Juan se inclinó e intentó ignorar su mirada. Capturó como unos tres segundos del movimiento de la máquina, lo suficiente para identificar puntos estacionarios y dimensiones. Había un programa de viejos mecanismos que siempre venía bien para juegos con artilugios medievales; le pasó la descripción. Los resultados se interpretaban con facilidad.

—Esa palanca tiene que ser seis milímetros más larga. —Usó el dedo para señalar una diminuta.

—Lo sé.

Juan le miró.

—Pero no está vistiendo. ¿Cómo lo ha sabido?

Gu se encogió de hombros.

—Es un don médico.

—Está muy bien —dijo el chico, inseguro.

—¿Para qué? ¿Para hacer lo que puede hacer cualquier niño?

Juan no sabía qué responder. —Pero también es poeta.

—Y ahora se me dan bien los artilugios. —La mano de Gu salió disparada, destrozando palancas y engranajes. Las piezas salieron en todas direcciones, algunas incluso se rompieron por la fuerza del golpe.

Eso llamó la atención de todos. La clase guardó un silencio súbito… y se encendió la mensajería silenciosa.

Era mejor que dejara al viejo. Pero Juan necesitaba ayuda con la composición creativa, vaya si la necesitaba. Así que dijo:

—Todavía lo sabe todo sobre las palabras, ¿no?

—Sí, todavía lo sé todo sobre las palabras. Todavía sé gramática. Puedo interpretar frases. Incluso sé deletrear… aleluya, sin ayuda mecánica. ¿Cómo te llamas?

—Juan Orozco.

—Sí, ya me acuerdo. ¿Qué sabe hacer usted, señor Orozco?

Juan bajó la barbilla.

—Estoy aprendiendo a plantear la pregunta adecuada.

—Entonces, hazlo.

—Vaya. —Juan miró las otras piezas que Gu había elegido pero no había usado en el reloj: motores rotativos, sincronizadores inalámbricos, juegos de engranajes programables, incluso una bandeja de transporte como la que la doctora Xiang había destrozado—. Bien, ¿por qué no usa ninguno de esos aparatos? ¿Sería mucho más fácil?

Esperaba que Gu le soltase alguna chumillada sobre resolver los problemas dentro de unos parámetros. En lugar de eso, el otro agitó con furia una pieza.

—Porque no puedo ver su interior. Mira. —Movió el motor rotativo sobre la mesa— «El usuario no debe manipular el interior.» Lo dice en el plástico. Todo es una caja negra. Todo es magia inescrutable. —Podrías consultar el manual —dijo Juan—. Muestra los mecanismos Internos.

Gu vaciló. Tenía los puños cerrados. Juan retrocedió unos centímetros.

—¿Puedes ver el mecanismo interno? ¿Puedes modificarlo? Juan se miró los puños. *Está loco de atar.*

—Se ve con facilidad. Casi todo lleva su manual. Si no lo tiene, no hay más que googlear el número de pieza. —La expresión del rostro de Gu hizo que Juan pasase a modo rápido—. Y, en cuanto a modificar la parte interna… Suelen ser programables. Por lo demás, el único cambio que se puede realizar es en la fase de diseño y fabricación personalizada. Es decir, son sólo *componentes.* ¿Para qué ibas a querer cambiarlos una vez fabricados? No hay más que tirarlos si no funcionan como quieres.

—¿Sólo componentes? —Gu miró hacia el exterior de la carpa taller. Un automóvil recorría la avenida Pala hacia la rotonda de la escuela—. ¿Qué hay de los malditos coches?

Toda la clase los miraba. Casi toda la clase: el señor Williams se había tomado un descanso y no estaba en contacto.

El señor Gu se agitó brevemente. De pronto estaba de pie. Agarró a Juan por el cuello.

—Por Dios que vaya echar un vistazo.

Juan dio un salto apartándose de las manos frenéticas de Robert Gu. —¿Abrir un coche? ¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Ésa no es la pregunta adecuada, niño. —Al menos se *alejaban* de la rotonda. Aunque fuera detrás de un automóvil, ¿qué daño podía hacer? La carrocería de los coches estaba fabricada con un compuesto de lo más normal, fácil de reciclar pero tan resistente como para soportar un choque a noventa kilómetros por hora. A la mente le vinieron visiones de láseres de batalla y almádanas monstruosas. Pero estaban en el mundo real.

Jerry —› Juan: ‹ms› ¿Qué trama el chiflado?‹/ms›

Juan —› Radner: ‹ms› ¡Ni idea!‹/ms›

Robert Gu le llevó hasta el otro lado de la carpa, hasta el puesto de Xiu Xiang. Cuando llegaron, el único rastro de locura era el casi imperceptible estremecimiento en su cara.

—¿Doctora Xiang?

El loco parecía relajado y amigable, pero Xiang vaciló bastante.

—Sí —dijo.

—He estado admirando su proyecto. ¿Un sistema de desplazamiento de masa?

Xiang inclinó hacia él la superficie deformada.

—Sí. No es más que un juguete, pero pensaba que podría obtener algo de efecto de palanca si doblaba la superficie. —Hablar sobre el dispositivo parecía distraerla del comportamiento peculiar de Gu.

—¡Muy bien! —En la voz de Gu sólo había encanto—. ¿Puedo? —Tomó el panel y examinó el borde desigual.

—Tuve que hacer surcos para que las microestrías no se entrelazasen —dijo Xiang, poniéndose en pie para señalar su trabajo.

Las bandejas de transporte eran para tirar basura o mover pequeños contenedores. Solían ser mejores que las manos robóticas, a pesar de que no tenían un aspecto tan impresionante. La madre de Juan había reformado su cocina empleando transportes de mármol de imitación; desde entonces todo lo que quería estaba donde debía, ya fuese en el refrigerador, en el horno o sobre la tabla de cortar, justo cuando lo precisaba. Habitualmente las microestrías no se deslizaban a más de unos centímetros por segundo.

Lo que Xiang decía dio que pensar a Juan. Quizás el plano deformado no estuviese roto. Introdujo las dimensiones en un programa de mecánica…

Pero por lo que parecía Robert Gu ya sabía lo que hacer.

—Podría triplicar la fuerza de salida si lo ajusta aquí. —Retorció la bandeja. Emitió el crujido habitual en la cerámica cuando *casi* la doblas hasta el punto de ruptura.

—Espere… —La mujer fue a agarrar el proyecto.

—No se ha roto. Así es mucho mejor. Venga y se lo demostraré. —Lo dijo de un modo franco y amistoso, pero ya se alejaba.

Xiang fue tras él, pero no actuó como los chicos cuando alguien les quita lo suyo. Caminó junto a Gu inclinando la cabeza para dar un vistazo a la bandeja de transporte destrozada.

—Pero no hay forma de aprovechar esa ventaja mecánica empleando sólo las baterías que está permitido usar… —El resto de lo que dijo fue jerga matemática; Juan se limitó a guardarlo para luego.

Cuando Gu pasaba junto a los gemelos Radner agarró con el brazo derecho un frasco de cuentas de metal que Fred y Jerry usaban para el modelo planetario.

—¡Eh! —Los Radner se pusieron en pie y le siguieron, casi sin hablar en voz alta. Los estudiantes de Educación de Adultos eran intocables. Tú no te metías con ellos y ellos no se metían contigo.

Jerry —› Juan: ‹ms› ¿Qué nos hemos perdido, Juan?‹/ms›

Fred —› Juan: ‹ms› Sí. ¿Qué le has dicho?‹/ms›

Juan se echó atrás, alzando las manos para dejar claro que no era más que un espectador inocente.

U n espectador casi inocente. Cuando Gu pasaba junto a su banco de trabajo señaló con la barbilla la entrada de la carpa.

—Haz algo útil, Orozco. Consígueme algo de corriente eléctrica.

Juan se puso delante. En la escuela había fuentes de 110VAC, aunque en el interior. Buscó instalaciones de mantenimiento y vio una enorme flecha que señalaba hacia el césped. El conector que empleaban para alimentar la reconfiguración de edificio cuando precisaban un auditorio extra. Tenía una extensión total de diez metros. Corrió hasta ese punto y sacó la línea de entre la hierba recién cortada.

A esas alturas, todos los chicos, menos el equipo de Schley, que estaba encantado con la mejora del rendimiento de sus aviones, los habían seguido al exterior.

El coche que salía del tráfico se deslizaba para detenerse en el bordillo. Era la señora Chumlig, que volvía de almorzar.

Robert Gu llegó hasta ella con Xiang justo detrás y con aspecto de disgusto. Gu ya no hacía ruiditos agradables. Agarró el cable de corriente de manos de Juan y lo enchufó en el conector universal de la bandeja, saltándose la diminuta batería empleada por la doctora Xiang. Puso la bandeja de lado y vertió las cuentas de metal del proyecto de los Radner por la abertura superior.

Chumlig había salido del coche.

—¿Que esta…?

El loco le sonrió.

—Es mi proyecto de taller, Louise. Ya me he hartado de eso de que «el usuario no debe manipular el interior». Vamos a echar un vistazo. —Se inclinó sobre el capó del coche y pasó los dedos por las palabras impresas que prohibían la interferencia del cliente.

Los chicos formaban un grupo sobrecogido. Juan nunca había oído de nadie que se hubiese vuelto loco en Fairmont. Robert Gu estaba haciendo historia. El viejo colocó la bandeja de transporte contra el automóvil. *¿Dónde está su láser de batalla, señor Astronauta?* Gu siguió con el dedo el borde de la bandeja, luego miró a su derecha, a los hermanos Radner.

—En serio, no querréis estar ahí.

Xiu Xíang se puso frenética, gritándoles a los gemelos.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Juan recibía respuestas increíbles del programa de mecánica. Se alejó de la bandeja de transporte. Robert Gu no necesitaba ningún láser de batalla. En esa ocasión, tenía algo mejor.

Gu dio energía a la bandeja. El sonido fue como de ropa al rasgarse pero *fortísimo*, como si se avecinara el fin del mundo. Salieron chispas del punto donde la bandeja de transporte tocaba el capó del coche. A seis metros por delante del vehículo, donde los Radner habían estado, había un seto de adelfas. Algunas de las ramas eran tan gruesas como el brazo de Juan. Las flores blancas bailaban como si hubiese brisa; una de las más grandes se rompió y cayó al suelo.

Gu desplazó la bandeja por la panza del automóvil, lanzando docenas de cuentas de metal por segundos contra el capó que cortaron una brecha de veinte centímetros de ancho. Giró la bandeja, *el cortador,* y cortó en ángulo. El césped cercano estaba destrozado por los rebotes invisibles.

En menos de diez segundos, Gu había vuelto al punto de inicio y la sección cortada cayó en la oscuridad del hueco del motor del coche.

Gu arrojó a la hierba el proyecto de Xiu Xiang. Metió la mano en el motor y sacó el trozo suelto. Vítores desdeñosos de los chicos.

—¡Eh, imbécil! Tiene que haber un cierre. ¿Por qué no engañar al cierre?

Como si no los hubiera oído Gu se inclinó para mirar al interior. Juan se le acercó. El compartimiento estaba a la sombra pero se veía muy bien. Sin contar los daños, tenía el aspecto que indicaba el manual: algunos nodos de procesador y fibra llevaban a docenas de nodos adicionales, sensores y efectores. Había servos de dirección. Al fondo, que el corte de Gu no había afectado, estaba el bus De que iba a la rueda izquierda delantera. El resto era espacio vacío. Los condensadores y las células de energía estaban en la parte posterior.

Gu miró fijamente aquello. No había fuego, ninguna explosión. Incluso de haber cortado por la parte posterior, los sistemas de seguridad habrían evitado cualquier resultado espectacular. Pero Juan veía cada vez más indicadores de error. Pronto acudiría un camión de chatarra.

Gu hundió los hombros y Juan se acercó para mirar mejor las cajas de componentes. Todos llevaban una inscripción física: el usuario no debe manipular el interior.

El viejo se envaró y dio un paso alejándose del coche. Detrás de ellos, Chumlig y Williams, que ya había vuelto, llevaban a los estudiantes a la carpa. Casi todos los chicos estaban enloquecidos. Ninguno, ni siquiera los hermanos Radner, había tenido el valor de perder por completo la cabeza. Cuando cometían una travesura grande, normalmente era con software, como el chico que había gritado entre la multitud.

Xiu Xiang recogió su extraño proyecto, mejorado por Gu. Cabeceaba y murmuraba para sí. Desconectó el dispositivo y dio un paso hacia Robert Gu.

—¡No me ha gustado nada que se apropiase de mi juguete! —dijo.

Su expresión era extraña—. Aunque es cierto que lo ha mejorado doblándolo por ahí. —Gu no respondió. La mujer vaciló—. ¡Y yo *jamás* lo habría alimentado con un cable de corriente!

Gu señaló las entrañas del coche muerto.

—Una sucesión de muñecas rusas hasta el fondo del todo, ¿no es así, Orozco?

Juan no se molestó en buscar «muñecas rusas».

—Es simple material desecna6le, profesor Gu. ¿Por qué iba a querer alguien trastear con él?

Xiu Xiang se inclinó, miró el compartimento casi vacío y las cajas con sus etiquetas grabadas. Miró a Gu.

—Tú lo llevas peor que yo, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Gu agitó la mano, y por un momento Juan creyó que iba a golpear a la mujer.

—Zorra inútil. Tú nunca fuiste más que una ingeniera y ahora tienen que reeducarte incluso para volver a serlo. —Se giró y se alejó siguiendo la rotonda, bajando la colina hacia la avenida Pala.

Xiang dio uno o dos pasos hacia Gu. Desde el interior de la escuela Chumlig exigía que todos volviesen a entrar; Juan tocó el brazo de Xiang.

—Debemos volver dentro, doctora Xiang.

No se lo discutió, sino que se dio la vuelta y volvió a la carpa, agarrando con fuerza su bandeja transportadora. Juan la siguió, mirando continuamente al loco que se iba en dirección contraria.

Incluso con Robert Gu lejos de la escuela, el resto de la tarde fue bastante emocionante. La junta escolar invocó silencio. Bien, intentó invocar silencio. Pero tenía que permitir a los estudiantes mantenerse en contacto con sus hogares, y la mayoría de los chicos consideraron que era una buena ocasión para pillar una afiliación periodística. Juan había estado lo suficientemente cerca como para ofrecer las mejores imágenes del «gran destrozo de automóvil»; a su madre no le hizo mucha gracia. Le hizo mucha menos cuando se enteró de que «el loco» iba a tres de las clases de Juan.

En cualquier caso, la escuela se hizo famosa en San Diego y más allá, compitiendo con miles de millones de otros hechos extraños del día, por todo el planeta. Alumnos de otras clases hicieron novillos y se pasaron por allí. Juan vio a una niña algo regordeta hablando en persona con la señora Chumlig: Miri Gu.

A las tres de la tarde la emoción se había esfumado. A esa hora la mayor parte de los alumnos habían terminado las clases. Algunos tipos

de Los Ángeles habían comprado el servicio de apuestas de los Radner sobre el castigo para Gu. Por suerte para los gemelos. El problema de la fama instantánea es que siempre llega otra noticia para distraer a todo el mundo.

En general, había sido un gran día, pero algo triste.

Juan casi había llegado a casa cuando recibió una llamada telefónica. ¿Una llamada telefónica? Bueno, Epifanía lo llamaba Mensajería Instantánea Clásica Lite. Tal vez fuese su abuelo.

—¿Sí? —respondió sin pensar.

La llamada llegó en forma de ventana con la imagen de una cámara sintética. Miraba hacia arriba, a un pequeño dormitorio de extraña decoración: libros de verdad guardados en cajas de cartón. Un rostro deformado llenaba gran parte de la pantalla. Luego el comunicante se echó atrás. Era Roben Gu, llamando desde la página visor.

—Hola, chico.

—Hola, profesor. —En persona, Roben Gu daba mucho miedo. En una mala imagen plana, simplemente parecía pequeño y reducido.

—Mira, chico… —La imagen se retorció y se agitó. Gu jugueteaba con la página. Cuando terminó, su cara llenaba la pantalla—. Sobre aquello de 10 que hablamos la semana pasada, creo que podría ayudarte.

«¡Sí!»

—Sería una tragedia, profesor Gu.

Gu le miró inexpresivo.

—Quiero decir que sería genial. Y estaría encantado de enseñarle a vestir. —Ya estaba pensando en cómo iba a explicárselo a su madre.

—Vale. —Gu apartó la cara y se encogió de hombros—. Supongo que eso estaría bien. Si me dejan volver al instituto nos veremos allí.

09
Hojas de zanahoria

Que nadie se llame a error, eso de dedicarse a salvar el mundo no era un camino de rosas.

Alfred miró con furia el último informe de Günberk Braun: «Búsqueda secreta del Gran Terror en San Diego.» Las cosas ya estaban lo bastante difíciles antes de que Günberk diese con el proyecto TQC de Alfred, pero, desde la reunión de Barcelona, la duplicidad de Alfred se había vuelto, poco a poco, más difícil de mantener. No había esperado que Braun fuese capaz de seguir tan de cerca los laboratorios de San Diego. Alfred había tenido que paralizar casi todas sus actividades allí, incluso cancelar sus envíos regulares de muestras; ese asunto le había retrasado varios meses.

Lo único positivo era que Günberk y Keiko iban a seguir con el Plan Conejo. Más todavía, Conejo había reaparecido una semana antes con su valoración inicial y exigiendo el pago. La exigencia era ridícula, básicamente una lista completa de drogas mejoradoras, justo lo que se suponía que un señor de la droga de Suramérica podía suministrar a un joven y astuto emprendedor. En cuanto a la valoración: Conejo había presentado una lista de contactos en San Diego y un plan complicado para introducir equipos de vigilancia directamente en los laboratorios. Günberk y Keiko se habían sentido el uno irritado y la otra divertida por el plan, pero los tres estaban de acuerdo en que podían llevarlo a cabo. Los americanos sabrían que los habían sondeado, pero, a menos que las cosas saliesen muy mal, ellos podrían negar estar al tanto de la operación.

Claro que lo que Günberk y Keiko veían era lo fácil. Lo difícil era lo que Alfred ocultaba bajo el Plan Conejo. Cuando acabara esa intrusión/inspección no habría ni rastro de su programa de investigación. Actuando como líder de confianza de la operación, Alfred estaba seguro de lograrlo. El *triunfo* consistía en dejar pruebas fidedignas que dirigiesen al perro de presa de Günberk al otro lado del mundo… dejando las operaciones de Alfred intactas en San Diego. Si eso no era posible, Alfred tendría que llevar su organización de investigación —y sus medidas de seguridad— a lugares de segunda categoría. Perdería un año o dos de tiempo de desarrollo.

¿Qué importaba realmente ese retraso? Ya había hecho lo más difícil. La prueba del guirlache demostraba que tenía un modo de dispersión. De hecho, su virus pseudomimi era más robusto de lo que Günberk creía. Si el Gran Terror hubiese sido la meta de Alfred, ya habría estado en la casilla ganadora; podía disparar psicosis

devastadoras, incluso ajustadas a blancos concretos. Estaba clara la forma de desarrollar controles mentales superiores. Pero, mientras tanto, la especie humana seguía cayendo cuesta abajo sin nadie al volante. Las nucleares pequeñas, los sistemas de envío baratos, las epidemias… siempre había un precipicio delante, el Siguiente Gran Desastre. ¿Y si el Siguiente Gran Desastre fuese el Desastre Absoluto y Definitivo? ¿Y si sucedía antes de que pudiese tomar el control?

Por tanto, sí, valía la pena hacer cualquier cosa que le ahorrase unos meses. Dejó a un lado el informe de Günberk y siguió planeando lo que haría durante las breves horas en las que aquella operación los situase a él, a Günberk y a Keiko al control de los laboratorios de San Diego.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que casi no oyó el sonido a su espalda: un estallido débil y una corriente de aire, el típico efecto de un juego. Un sonido que no tendría que haberse oído allí. Alfred hizo una mueca y se volvió.

Conejo había crecido.

—¡Hola, hola! —dijo—. Se me ha ocurrido pasarme a darte un informe especial, incluso a pedirte ayuda con algunos detalles. — Conejo le dedicó a Alfred una sonrisa dentuda y se sentó a disfrutar de una zanahoria en el sillón de cuero para las visitas que había al otro lado de la mesa de Alfred. En el despacho de Alfred. Su espacio, el que estaba en las catacumbas a prueba de bombas, bajo Mumbai, en el corazón de la Agencia de Inteligencia Exterior de la India.

Alfred llevaba casi setenta años dirigiendo operaciones secretas.

Hacía décadas que no se sentía tan contrariado. Era como volver a ser joven… no era una sensación agradable. Miró a Conejo un momento, asimilando las terribles implicaciones de la presencia de la criatura. *Quizá sea mejor que no lo piense ahora.* Y dio por respuesta un palo de ciego.

—¿Informe de progreso? Hemos visto tus progresos. Personalmente estoy un poco decepcionado. Has logrado muy poco…

—Que puedas ver.

—… aparte de crear una neblina de estupidez, habitualmente contraproducente. Los «agentes locales» que has reclutado son incompetentes. Por ejemplo… —Alfred abrió el informe con exagerado énfasis. Mientras, los analistas de la AIE examinaban la intrusión de Conejo. Abrieron una ventana gráfica sobre la cabeza de la criatura. *Conejo llegaba a través de tres enrutadores de tres continentes.*

»Por ejemplo —dijo Alfred escogiendo un nombre al azar—, tenemos a este «Winston Blount». Hace años fue un importante administrador de la UCSD. Pero nunca mantuvo contactos personales con los fundadores de los laboratorios biológicos y hoy en día… —Hizo un gesto de rechazo con la mano—. Esa persona tiene tan poca relación

con los laboratorios de San Diego que bien puedo preguntar qué estamos obteniendo a cambio de nuestro dinero.

Conejo se apoyó sobre la mesa de caoba de Alfred. Su reflejo en el barniz se movió en perfecta sincronía.

—Podrías preguntarlo. Y cuánta ignorancia demostraría esa pregunta. *Sabes* lo que debes buscar y aun así eso es todo lo que has descubierto. Piensa en lo invisible que debe de resultar para los americanos. Yo soy un fantasma que se manifiesta como movimiento browniano hasta que, *voila!,* las mandíbulas de mi operación se cierran. —Una sonrisa cruzó el rostro de Conejo. Agitó las orejas e hizo un gesto hacia el refugio de Alfred—. En cierta forma, en realidad es una simple demostración de principios… esas mandíbulas se cierran hoy sobre ti. Tú, la japonesa y el europeo creíais que me habíais engañado. ¿Qué queda ahora de vuestro anonimato, eh? ¿Eh?

Alfred miró furioso al animal. No hacía falta disfrazar su disgusto. *Pero rezo porque eso sea todo lo que ha descubierto.*

Conejo apoyó las patas delanteras en la mesa de Alfred y siguió charlando.

—No te preocupes, no estoy siendo tan comunicativo con tus amigos de las agencias japonesa y europea. Les daría un ataque de pánico… y éste es un proyecto con el que estoy disfrutando. Conozco gente nueva, aprendo cosas nuevas. Ya sabes. —Inclinó la cabeza, como si esperase alguna confidencia a cambio.

Alfred fingió pensárselo y finalmente le dedicó a Conejo un asentimiento juicioso.

—Sí. Si supiesen que la tapadera ha fallado, aunque sea ante alguien de dentro, probablemente abortarían la misión. Has hecho lo correcto.

Los números sobre la cabeza de Conejo iban cambiando. La información de enrutamiento era en su mayoría falsa, pero la latencia de la red —el retraso— hacía que los analistas tuviesen un ochenta por ciento de seguridad de que Conejo procedía de Norteamérica. Sin la ayuda de la gente de señales de la inteligencia europea, no iban a lograr una estimación mejor. Pero contarle a Günberk lo de aquella visita era algo que Alfred no quería hacer.

Así que tengo que tratar a este hijo de puta como si fuese un respetable colega. Alfred se recostó y adoptó una pose amable.

—Entonces, entre nosotros, ¿cuáles han sido tus progresos? Conejo lanzó lo que le quedaba de la zanahoria a la mesa de Vaz y cruzó las patas detrás de la cabeza.

—Eh. Casi he terminado de reunir el equipo de la operación. Ese archivo probablemente incluye algunos de sus miembros, incluido el estimado decano Blount. Puedo pagar a la mayoría de esa gente usando mis propios recursos. Uno de ellos podría participar guiándose

sólo por su espíritu bondadoso de aventura. Los otros precisan incentivos que la riqueza de las naciones puede satisfacer. Y si hay algo que posee la Alianza Indoeuropea es la riqueza de las naciones.

—Siempre que no se pueda rastrear su origen y no parezca la riqueza de las naciones.

—Confía en mí. Si esos chalados se lo piensan, llegarán a la conclusión de que somos realmente señores de la droga de Suramérica. En cualquier caso, te tendré preparada su lista de los deseos dentro de una semana más o menos. Si todo sale según lo planeado, tendréis completo acceso a los biolaboratorios de San Diego durante casi cuatro horas, en algún momento a finales de diciembre.

—Excelente.

—Y luego quizá me digas qué buscáis en esos laboratorios.

—Creemos que los americanos traman algo.

Conejo alzó las cejas.

—¿Una Gran Potencia traicionando a los suyos?

—Ya ha sucedido antes. —Aunque no desde la primera mitad de siglo, en la confusión Sinoamericana.

—Ajá. —Durante un breve momento Conejo pareció incluso pensativo—. Confío en que me comunicarás lo que descubráis.

Alfred asintió.

—Si podemos mantenerlo entre los dos. —De hecho, que Conejo descubriese lo del proyecto TQC de Alfred le daría un nuevo significado a la expresión «peor resultado posible».

Por suerte, Conejo no siguió por ese camino.

—Hay una cosa —dijo la criatura—. Un último contacto, un tipo interesante… En cierta forma lo encuentro más interesante que todo vuestro espionaje de secretitos.

—Muy bien. —Alfred decidió aceptar todas las tonterías que soltase su interlocutor.

En el aire flotó la imagen de un chino de aspecto juvenil. La mirada de Vaz recorrió la biografía adjunta. No, el tipo no era joven.

—¿Ése es el padre de Bob Gu? Vas a juguetear… —Guardó silencio, recordando lo recientemente sucedido en Paraguay. Por un momento olvidó la necesidad de tomárselo con calma; algunas tonterías eran difíciles de tragar— Vamos a ver, la operación tiene que ser discreta. ¿Cómo vas a…?

—No te preocupes. Junior no me interesa en absoluto. Simplemente se trata de una de esas caprichosas coincidencias. Verás, el padre de Bob Gu es el suegro de Alíce Gu.

¿Cómo? Alfred intentó entenderlo. Luego se dio cuenta de que Conejo hablaba de Alice Gong. *Oh*. Conejo había abandonado la tierra de la estupidez y caminaba por las profundidades de la locura. Alfred se quedó mudo.

—Ah, ¿sabes quién es Alice? ¿Sabes que se está entrenando para realizar una auditoría completa de la seguridad de los laboratorios biológicos de San Diego? ¡Piénsalo! Muy pronto, los americanos le pedirán a Alice que refuerce la seguridad. Tenerla controlada *es muy importante,* viejo.

—Sí… —La Unión Europea y Japón lo dejarían de inmediato si se enteraban de que Alice Gong Gu se ocupaba del caso. *Y es seguro que Alice detectará lo que estoy haciendo en esos laboratorios*— ¿Qué propones?

—Quiero asegurarme de que Alice no esté protegiendo los laboratorios cuando entremos. Tengo a papá Gu en el sedal desde hace días. Pero la cosa va lenta. —Otra mirada dentuda de desafío—. Además… me muero por hablar directamente con él. Necesitamos un contacto zombi. —Apareció otra combinación de imagen y biografía.

—¿Un ciudadano indio?

—Soy de n sutil, ¿verdad? Sí, aunque los dos últimos años el señor Sharif ha vivido en Estados Unidos. No tiene ninguna relación con los servicios de inteligencia indoeuropeos. Me pondré en contacto con él como la ligera nube de coincidencias que soy. Si los americanos le identifican, será el señuelo perfecto. Tus amigos europeos y japoneses son demasiado cobardes para aceptar un plan así. Creo que*tú* tienes más arrojo. Así que he venido a avisarte. Cúbreme en esta situación. Mantén a tu gente alejada de Sharif. En ocasiones realmente seré yo.

Vaz guardó silencio un buen rato. No sabía que Alice Gong Gu se preparaba para una auditoría de los laboratorios de San Diego. Era una mala noticia. Una noticia muy mala. No era suficiente mantener a Gong alejada una noche. Entones tuvo una idea brillante. El genio de Alice era producto de un sacrificio horrible. Había dado con su secreto unos años antes; a su modo, ella arriesgaba más que Alfred. *Y mi arma, incompleta como está, podría pararla en seco.* Miró a Conejo.

—Efectivamente, tienes mi apoyo. Aunque sólo debemos saberlo nosotros dos.

Conejo se acicaló.

—Pero, sí puedo hacer una sugerencia —añadió Alfred, de un colega a otro—, es mejor que lo programemos todo para que Alice Gu *esté* de guardia la noche que entremos. Con la preparación adecuada sería posible sacar ventaja de su presencia.

—¿En serio? —A Conejo literalmente se le salían los ojos de las órbitas—. ¿Cómo es eso?

—Tendré los detalles dentro de unos días. —De hecho, ya sabía muchos detalles, pero no estaban destinados a los oídos de Conejo. Alfred ya estaba enviando los requisitos de la misión a su equipo interno. ¿Cuánto tiempo llevaría fabricar un pseudomimivirus

apropiado para la debilidad concreta de Alice? ¿Cuál era el método de envío más seguro? Probablemente en aquel caso la infección indirecta no fuese lo más práctico. ¿Y cuál sería el mejor cuento para contar a ese maldito Conejo?

Conejo seguía mirándole expectante.

—Claro está —dijo Vaz—, hay aspectos de la cuestión que es mejor no revelar.

—Je. Claro. ¿Planes para conmocionar al mundo y todo eso? No importa, me contento con seguir siendo tu Gran Cortacircuitos Caído del Cielo. Mantendré el contacto. Mientras tanto… —De pronto vestía un uniforme gris con charreteras tachonado de medallas. Levantó el brazo en un saludo hitleriano—. ¡Larga vida a la Alianza Indoeuropea! —Con lo que la imagen de Conejo desapareció como el truco barato que era.

Alfred permaneció sentado, inmóvil, casi dos minutos, sin responder a los gritos de alarma que recorrían la red de la oficina, sin responder a los distintos análisis del personal que se iban generando. Alfred estaba reordenando sus prioridades. No se había enterado antes de lo de Alice Gong Gu, pero ya lo sabía y disponía de tiempo suficiente para sacar ventaja de su presencia. Era muy triste tener que hacer daño a una mujer que en realidad luchaba de su lado, que había hecho más que casi cualquier otra persona por mantener la seguridad del mundo.

Volvió a concentrarse. Además de lidiar con Alice, tenía otra prioridad nueva: saber más sobre Conejo, descubrir cómo destruirle.

Alfred Vaz no tenía una posición oficial en la Agencia de Inteligencia Exterior, pero sí un poder inmenso. Incluso haciendo uso de las técnicas modernas de compartimentalización, jamás habría podido ocultar sus programas de investigación de no haber tenido tanto poder. Ahora bien… se podía argumentar que la visita de Conejo al cuartel general de la AIE era el fallo de seguridad más espectacular de la década, ¡sólo si alguien de fuera se enteraba! Alfred empleó todo su poder en la agencia y todos los resortes políticos secretos que había acumulado en más de setenta años para lograr que sólo sus equipos lo supiesen. Si el inspector general de la AIE se lo olía, los planes de A1fred se vendrían abajo. Era un hecho triste que probablemente su propio gobierno le considerara un traidor si descubría sus planes para salvar el mundo.

Lo que convertía en una maniobra delicada investigar la broma de Conejo. De alguna forma, su enemigo había superado el cortafuegos de aislamiento más seguro conocido por el hombre. Conejo incluso había controlado el soporte de localización de alta resolución (no cabía duda puesto que su imagen había estado perfectamente emplazada). La explicación evidente era que Conejo había logrado

manipular el Entorno de Hardware Seguro. Si era así, entonces la base de toda la seguridad moderna quedaba en entredicho… y la visita de Conejo era el primer trueno de la destrucción.

¿Era posible que un conejo tonto anunciase el Apocalipsis? Se sucedieron ochenta horas de incertidumbre mientras los equipos internos de Alfred intentaban descifrar el misterio. Finalmente, sus analistas de la AIE descubrieron la verdadera explicación, simultáneamente tranquilizadora y muy vergonzosa. Conejo, demostrando una inteligencia extraordinaria, había que admitirlo, había explotado una combinación de software fallido y entradas erróneas de registro, uno de esos problemas que tienen tan a menudo los usuarios descuidados. En resumen: Conejo era mucho más peligroso de lo que Alfred había pensado en un principio, pero no era el Siguiente Gran Desastre.

Vaz sufrió mientras duró el suspense. Pero, al final, lo más frustrante del incidente fueron las hojas de zanahoria que Conejo le había dejado sobre la mesa. Usando todos los recursos y conocimientos del moderno Estado indio, a la AIE le llevó casi tres días eliminar la lógica que inyectaba esa imagen en la red de la oficina.

10
Un excelente tema para una tesis

En casa, Miri mantenía un perfil bajo. Eso molestaba a Alice, lo que en sí mismo era contradictorio, porque Bob no quería de ningún modo que hablase con Robert. En cualquier caso, ambos creían que, si tenía ocasión, Robert volvería a hacerle daño.

Dejaba que Robert se quedase el cuarto de estar siempre que le daba la gana. Se aseguraba de no estar en casa si él estaba. Pero también le vigilaba en cuanto resultaba honrado hacerlo.

Halloween estaba a la vuelta de la esquina. Tendría que haber estado en los sitios de sus amigos, inmersa en la planificación. Ella, Annette y Paula habían hecho muchos preparativos con Spielberg-Rowling. Ya todo parecía una tontería.

Así que Miri pasaba el tiempo con amigos más lejanos. Los padres de Jin eran psiquiatras del Grupo Provincial de Asistencia Médica de Hainan. Jin no hablaba un inglés muy bueno, pero el mandarín de Miri era todavía peor. En realidad, el idioma no era un problema. Se reunían en la playa de él o de ella, dependiendo de en qué lado del mundo fuese de día o el tiempo fuese mejor, y charlaban en un inglés pasable, con el aire que los rodeaba llenándose de posibilidades de traducción e imágenes sustitutas. Esa pequeña camarilla había contribuido mucho a los foros de respuesta; de las aficiones de Miri, era la más «socialmente responsable».

Jin tenía muchas teorías sobre Robert.

—Tu abuelo estaba casi muerto antes de que los médicos le trajesen de vuelta. No tiene nada de sorprendente que ahora se sienta mal. —Hizo flotar un par de artículos académicos apoyando su tesis.

Aquel día Jin era anfitrión de otros chicos que convivían con personas seniles o con otros problemas. La mayoría se limitaban a escuchar en forma de cangrejos de arena o meros iconos de presencia. Unos cuantos tenían forma humana, incluso posiblemente su aspecto en el mundo real. Una chica que aparentaba unos diez años habló.

—Mi tía abuela es así. En el año 2000 era ejecutora de cuentas. —Ejecutora de cuentas no significaba lo que parecía—. Pero luego quedó lisiada. He visto las imágenes. Se volvió voluble y estaba deprimida. Mi abuela dice que perdió el talento y luego su trabajo.

Uno de los cangrejos de arena alzó la cabeza, un mirón que había decidido mostrarse.

—¿Y qué tiene eso de raro? Mi hermano está en el paro y deprimido y sólo tiene veinte años. Es difícil mantenerse al día.

La chica ignoró la interrupción.

—La tía abuela simplemente estaba chapada a la antigua. La abuela le consiguió trabajo como paisajista. —La pequeña pasó a mostrar sólo imágenes de viejos anuncios de escenas de fondo de alquiler para cuando la gente te llamaba y tú estabas en el baño—. A la tía abuela se le daba bien, pero no llegó a ganar tanto dinero como antes. Y luego los paisajes de vídeo dejaron de tener interés. En cualquier caso, vivió con mi abuela doce años. Se parece mucho a lo que comentas tú, Miri.

¡Doce años! Me volvería loca al cabo de un solo año así. Miró a la niña.

—¿Qué pasó entonces?

—Oh, al final todo salió bien. Mi madre encontró un sitio de tratamiento especializado en actualizaciones de especialidades. Cuarenta y ocho horas en su clínica y la tía abuela tenía las habilidades de un ejecutivo publicitario, que era más o menos el equivalente moderno de un «ejecutor de cuentas».

Silencio. Incluso algunos de los cangrejos parecían conmocionados.

Al cabo de un momento, Jin dijo:

—A mí me suena a ESR.

—¿Entrenamiento para la Situación Requerida? ¿Y qué si lo es?

—El ESR es ilegal —dijo Miri. *No es algo de lo que quiera hablar.*

—No era ilegal entonces. Y aquel ESR no estuvo tan mal. La tía abuela vive bastante bien siempre que siga tomando las actualizaciones. Parece feliz, aparte de que llora mucho.

—A mí me suena a control mental —dijo Jin.

La niña rio.

—No lo es. ¡Tú deberías saberlo, Jin Li! Tú, chino, con padres psiquiatras. —Sus ojos se movieron, buscando cosas que los demás no podían ver—. Tú padres pertenecían al Ejército, ¿no? Deben de saberlo todo sobre el control metal. ¡Es lo que tu Han intentó en Myanmar!

Jin se puso en pie y pateó arena a través de la imagen de la niña. —¡No! Es decir, eso pasó hace años y años. Ya nadie hace nada así. ¡*Nosotros* no lo hacemos!

Miri decidió que no le caía bien la niña. Lo que decía era más o menos cierto, pero… Bob le había hablado en una ocasión sobre la Restauración Myanmar cuando preparaba un trabajo de historia en quinto curso. Le había citado como «fuente anónima de alto nivel del Ejército norteamericano»; de hecho, le había dicho lo mismo que la mayor parte de los sitios web. Durante años la tecnología Tienes-Que-Creerme había sido una Gran Pesadilla. Myanmar era el único lugar donde habían probado la TQC a gran escala.

—Todo se reduce a un problema de envío —le había dicho Bob—.

El Ejército chino tenía unas drogas nuevas que resultaban persuasivas en laboratorio. Pero ¿en la realidad? Los chinos malgastaron la mitad de su presupuesto en TQC y no obtuvieron mejores resultados que con una buena campaña de propaganda. Los humanos llevaban millones de años de evolución aprendiendo a resistirse al poder de la sugestión; ¡no había ninguna forma de quebrar esa resistencia!

Miri también se puso en pie.

—¡Eh! —dijo en el tono que Alice empleaba ocasionalmente—. ¡No he venido aquí a hablar de política! He venido en busca de ayuda para mi abuelo.

La niña la miró un momento con el rostro torcido en una curiosa sonrisa. La atmósfera estaba cargada de apoyo a Miri, unánime. Al cabo de un momento, la niña se encogió de hombros.

—Sólo intentaba ayudar. Seré buena. Soy todo oídos. —y lo demostró con una exageración gráfica, haciendo que le creciesen orejas de conejo.

Todos volvieron a sentarse y se produjo un momento de silencio. Miri contempló la playa. Sabía que era la panorámica real, a pesar de que jamás había ido en persona a Hainan. Era hermosa, muy parecida a la cala de La Jolla, pero mucho mayor, con lo cual había en ella mucha más gente real. Cerca del horizonte se apreciaban tres picos blancos, icebergs de camino a las ciudades costeras situadas más al norte. Igual que California.

—Entonces vale —dijo Jin—. ¿Cómo ayudamos a Miri Gu? Pero nada de ESR. Es un callejón sin salida. ¿Hoy en día tu abuelo vale para algo?

—Bien, siempre se le dieron bien las palabras, mejor que a cualquiera que yo conozca. No sabe vestirse, pero se ha vuelto muy rápido con los números y los artilugios mecánicos. —Aquello despertó una oleada de interés; algunos cangrejos intervinieron con pequeñas anécdotas sobre la matemática básica—. Pero eso sólo le pone furioso. —Les mostró la historia del automóvil destripado. Le habrían expulsado de no haberle defendido Louise Chumlig.

Las orejotas de la niña habían vuelto al tamaño normal. Claro está, tenía sus propias opiniones.

—Je. Estoy leyendo sobre él, sobre cómo era antes. Tenía todo un currículum en el siglo XX. «Famoso poeta», bla, bla, bla. Pero sólo le quería la gente que jamás le había conocido.

—¡Eso no es cierto! Robert nunca soportó a los tontos, pero… — Se quedó sin fuelle cuando recordó a Lena y las historias sobre la tiíta Cara. Y al recordar el incidente de Ezra Pound.

Jin hundió los dedos de los pies en la arena.

—Volvamos a lo importante. ¿Tiene amigos en el instituto?

—No. Lo han emparejado con Juan Orozco. Ese chico es como los

de su clase, un tonto.

—¿Qué hay de los amigos de antes? —dijo la niña.

Miri cabeceó. La gente a la que Robert había conocido y ayudado cuando era poeta… nadie se había puesto en contacto. ¿La amistad era así de transitoria?

—Hay otras personas mayores en la clase, pero trabajan en proyectos diferentes. Apenas se hablan.

—Prueba con un emparejamiento de personalidad. Tiene que haber cientos de personas con problemas complementarios. —La niña sonrió—. Luego, arreglas un encuentro casual. Si tu abuelo no sabe que actúas a sus espaldas, no podrá estar resentido. —Alzó la vista, como si se le ocurriese una idea—. Mejor aún… en su época tu abuelo despertó mucho el interés de los críticos. Apuesto a que todavía quedan estudiantes graduados deseando adularle. ¡Encuentra a uno y véndele un excelente tema para una tesis!

Después de aquello Miri ejecutó un buen montón de búsquedas. ¡Uno de los que iban a clase con Robert en Fairmont le conocía desde hacía años! Tendría que haberse dado cuenta antes. ¡Los dos tenían tanto en común! Si pudiese unirlos. Mmm. Qué pena que ese tonto de Orozco fuese el compañero de Robert… Pero Winston Blount se encargaba de algo fuera de la escuela, algo en lo que estaba implicada al menos otra persona que había estudiado con Robert en los años setenta. ¿Cómo montar algo para reunirlos a todos?

También buscó a graduados interesados en hablar con Robert. Sabía perfectamente que ningún abuelo de Miri Gu se rendiría ante falsas alabanzas. Si era alguien poco hábil para los datos… bien, eso también estaría bien; ella misma ayudaría, directamente.

Realizó una búsqueda mundial, de las que encuentran a pastores de yaks deseosos de aprender inglés. Pero en esa ocasión, eh… en menos de cinco minutos consiguió un resultado casi perfecto y el tal Sharif estaba en Oregón, lo suficientemente lejos como para que la mayor parte del contacto fuese virtual y modificable. A pesar de su altanería, la niña había propuesto algunas ideas muy buenas.

Miri vaciló. De hecho, todas las propuestas verdaderamente útiles habían sido de la niña. Quizás el avatar «niña pequeña» estuviese ocultando algo. Miri inició una consulta que se reprodujo a través de todo lo que pudiese ofrecer una pista de identidad. Pero incluso si la niña resultaba tener realmente diez años, eso no demostraría nada. Algunos niños de esa edad daban miedo.

La mujer era alta e iba vestida de negro.

—Tengo entendido que busca ayuda —dijo.

¿Eh? Zulfikar Sharif apartó la vista del taco de carne. No la había oído acercarse. Luego se dio cuenta de que estaba sentado solo al fondo de la cafetería de la DEO. Frunció el ceño a la aparición.

—No acepto fantasías.

Que Dios me proteja. Me han pervertido otra vez.

La mujer le miró muy seria. No tenía más de treinta años, pero no se imaginaba saliendo con ella.

—Jovencito, no soy su fantasía. Busca ayuda para un tema de tesis, ¿no es así?

—¡Oh! —Zulfi Sharif no adoraba la alta tecnología, pero ya llevaba dos años en el Departamento de Literatura de la UEO y estaba un poco desesperado. Su directora de tesis no le ayudaba; la profesora Blandings parecía más interesada en tener un ayudante de investigación permanente y al que no tuviera que pagar. Así que en enero Sharif había mandado algunas peticiones de ayuda. Le habían llegado infinidad de anuncios para plagios y escritos a medida. Annie Blandings era tan desagradable que Sharif se había sentido casi tentado por algunas de las primeras ofertas… hasta que sus amigos más tecnófilos le habían explicado hasta qué punto podía estallarle aquello en la cara.

Sharif había filtrado a los plagiarios y a los gilipollas sarcásticos. Lo que no le había dejado mucho. Vaya con la alta tecnología. Había pasado los últimos dos meses apuntalando la carrera de Blandings en Revisionismo Deconstructivo. En el tiempo libre que le quedaba, trabajaba en un puesto 411 en la Asociación Americana de Poesía y hacía lo posible por conjurar una tesis del aire. Había ido a Norteamérica buscando comprender la literatura que adoraba. Empezaba a preguntarse si no hubiese sido mejor quedarse en casa, en Calcuta.

Y, de pronto, esa mujer. *La respuesta a mis plegarias. Sí, seguro.* Le indicó que se sentase; al menos eso la avergonzaría.

Pero la aparición sabía exactamente dónde estaba situada. Se colocó sobre la silla, al otro lado de la mesa, sin apenas superponer cuerpo y mueble.

—Realmente esperaba un e-mail —dijo Sharif. La mujer de negro se encogió de hombros. Su mirada imperiosa no vaciló. Al cabo de un momento, Sharif añadió—: La verdad es que e*stoy* buscando un tema para mi tesis. Pero le advierto de que no me interesan el fraude, el plagio ni la colaboración. Si eso es lo que me vende, por favor, márchese. Simplemente quiero la dirección, *y el apoyo,* que ofrece un buen director de tesis.

La dama sonrió con crueldad y de pronto Sharif pensó que podía estar relacionada con Annie Blandings. La vieja ni siquiera vestía… pero quizá tuviese amigos que sí lo hacían.

—Nada ilegal, señor Sharif. Simplemente vi su anuncio. Le ofrezco una oportunidad estupenda.

—¡Y no tengo mucho dinero!

—Estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo. ¿Interesado?

—Bien… es posible.

La dama de negro se inclinó hacia delante. Incluso su sombra se ajustaba a la iluminación de la cafetería. Sharif ni siquiera sabía que fuese posible tanta precisión.

—¿Supongo que no sabe que Robert Gu está vivo, en buen estado y que reside en el sur de California?

—¿Eh? ¡Tonterías! Murió hace años. No ha habido… —La mirada silenciosa le obligó a callar. Tecleó brevemente en su teclado fantasma, solicitando una búsqueda estándar. Desde que había empezado a trabajar en 411 se había vuelto muy bueno con esas búsquedas ultrarrápidas. Los resultados pasaron sobre la mesa—. Vale. —Simplemente dejó de escribir—. Alzheimer… y *¡ha vuelto!*

—Efectivamente. ¿Le sugiere posibilidades?

—Mmm. —Sharif siguió con su imitación pez de acuario durante un segundo o dos. *Si hubiese mirado los datos correctos, yo mismo lo habría sabido hace un mes*—. Sugiere posibilidades. —Entrevistar a Robert Gu iría justo por detrás de charlar con William Shakespeare.

—Bien. —La dama de negro unió las puntas de los dedos—. Sin embargo, hay complicaciones.

—¿Como cuáles? —Una oportunidad tan buena debía de ser una estafa.

—Robert… —La imagen de la mujer pareció congelarse un instante, quizás un fallo de comunicación—. El profesor Gu no soporta a los tontos. Y menos ahora. Puedo darle capacidad de acceso a su enum privado. Será cosa suya conseguir que le interese el asunto.

Sin el enum, llegar hasta el gran hombre sería muy difícil.

—¿Cuánto? —dijo. Tenía veinte mil dólares en su crédito de estudiante. Quizá su hermano desde Calcuta pudiese hacerle un préstamo. —Ah, mi precio no es en dólares. Simplemente pido asistir, de vez en cuando, para hacer sugerencias o plantear preguntas.

—Pero ¿yo tendré los derechos de publicación?

—Por supuesto.

—Yo, bien… —Sharif vaciló. *¡Robert Gu!*—. Vale, trato hecho.

—Muy bien. —La dama le señaló la mano—. Deme un momento de acceso total.

Regla Número Uno de Epifanía, que recuerdan en todas las instrucciones: «El acceso total es sólo para padres y esposos… y aun así sólo si te gusta arriesgarte.» Sharif nunca supo si fue por necesidad o por el tono de la mujer, pero tendió la mano y tocó el aire vacío. Al mismo tiempo, redujo la seguridad. El cosquilleo del dedo fue pura imaginación, sin duda, pero entre ellos el aire estuvo de repente lleno de certificados vinculantes.

Y el papeleo acabó. Lo que quedó flotando fue un único enum. Con aprensión súbita, Sharif miró el identificador.

—¿Y, simplemente, le *llamo*?

Ella asintió.

—Ahora puede hacerlo. Pero recuerde lo que le he dicho… es intolerante con los tontos. ¿Conoce su obra?

—Claro que sí.

—¿La admira?

—¡Sí! La admiro sincera e inteligentemente. —Era una afirmación que había surtido efecto con todos los profesores que Sharif había conocido. Además, en aquel caso era la verdad.

La dama asintió.

—Puede que sea suficiente. Tenga en cuenta que el profesor Gu no se siente muy bien. Todavía se recupera de su enfermedad. Es posible que tenga usted que serle de utilidad práctica.

—Vaciaré su orinal si hace falta.

Una vez más, la expresión se congeló brevemente.

—¡Ah! No creo que vaya a ser necesario. Pero echa de menos cosas del pasado. Echa de menos la forma de los libros. Ya sabe, esos objetos incómodos que hay que cargar.

¿Quién es esta criatura? Pero asintió.

—Lo sé todo sobre los… libros físicos. Puedo mostrarle muchos y en persona. —Ya estaba mirando los servicios de taxi.

—Muy bien. —La aparición sonrió—. Buena suerte, señor Sharif. —Y desapareció.

Sharif se quedó casi un minuto mirando al espacio recientemente ocupado por la mujer de negro. Luego le consumió el deseo de compartir esa noticia con los demás. Por suerte, a esas horas de la noche la cafetería estaba casi desierta, y Sharif no era de los que podían enviar mensajes tan rápido como necesitaba. No, al cabo de un momento comprendió que se trataba de algo que sería mejor no decir, al menos hasta haber establecido una conexión con Roben Gu.

Además… empezaba a tener reparos. *¿Cómo he podido ser tan estúpido como para dejarla acceder a mi atuendo?* Ejecutó un par de veces la comprobación de integridad de Epifanía. Los indicadores de pureza flotaron en el aire sobre el taco. Según Epifanía estaba limpio; claro, si le habían pervertido por completo eso era exactamente lo que diría. *Maldita sea. No quiero tener que freír la ropa para limpiarla. ¡Otra vez no!*

Sobre todo en aquel caso. Miró el enum dorado: el identificador directo de Robert Gu. Si lograba la aproximación adecuada, al fin tendría su tesis. No cualquier tesis. Sharif consideraba que Roben Gu ocupaba el estante más alto de la literatura moderna, junto con Williams y Cho.

Y Annie Blandings opinaba que Gu era Dios.

11
Presentación del Proyecto Bibliotoma

Ordenadores para llevar en la ropa, qué idea. IBM PC cruzado con la marca de ropa Epifanía. De hecho, Robert hubiese dicho que su nuevo vestuario era de prendas normales. Cierto, las camisas y pantalones no eran de un estilo que le gustase. Llevaban bordados tanto dentro como fuera. Pero el bordado se apreciaba mejor al tacto que a la vista; Juan Orozco le había enseñado vistas especiales para revelar la red de microprocesadores y láseres. El principal problema habían sido las dichosas lentes de contacto. Se las tenía que poner todas las mañanas y llevarlas el día entero. Sufría en los ojos centelleos y destellos constantes. Pero, con práctica, lo controló. Sintió una absoluta alegría la primera vez que logró teclear una búsqueda en un teclado fantasma y vio la respuesta de Google flotando en el aire frente a sus ojos… Le daba cierta sensación de *poder* el ser capaz de extraer respuestas del aire.

Y luego estaba lo que Juan Orozco llamaba «codificación colectiva». Pasó una semana. Robert practicaba con su atuendo de principiante, intentando repetir los trucos de codificación que Juan le había enseñado. En general, ni siquiera los gestos más simples le salían bien a la primera. Pero él insistía e insistía… y cuando la orden funcionaba al fin, el éxito le daba una lamentable pizca de alegría y se esforzaba aún más. Como un niño con un videojuego nuevo. O una rata amaestrada.

Cuando recibió la llamada de teléfono creyó que estaba sufriendo una apoplejía. Vio destellos frente a los ojos y oyó un zumbido lejano. El zumbido se fue dividiendo en palabras:

—… me guzzzztaría mucho… entreviztarle zzzzeñor…

¡Ajá! Spam o un periodista.

—¿Por qué iba a concederte una entrevista?

—Pero zzzzería una entrevizzzzta… corta.

—Ni siquiera corta. —La respuesta de Robert era instintiva. Hacía años que no tenía ocasión de despedir a un periodista.

La luz seguía careciendo de forma, pero cuando Robert enderezó el cuello la voz se escuchó clara y perfectamente.

—Señor, me llamo Sharif, Zulfikar Sharif. La entrevista sería para mi tesis de literatura inglesa.

Robert entornó los ojos, se encogió de hombros, volvió a entornarlos y, de pronto, le salió bien: el visitante estaba de pie en medio de su dormitorio. *¡Se lo tengo que contar a Juan!* Era su primer verdadero éxito tridimensional y, además, era cierto todo lo que el

chico afirmaba sobre la proyección retinal. Robert se puso en pie y pasó por un lado del visitante, miró detrás. La imagen era tan sólida, tan completa… «Mmm». Y, sin embargo, la sombra del visitante no se correspondía con la iluminación real. ¿Quién será el responsable de ese fallo?

Su visitante de piel oscura, ¿indio?, ¿paquistaní?, la voz tenía un deje del sur de Asia, seguía hablando:

—¡Por favor, no diga que no, señor! Entrevistarle sería un gran honor. Usted es un recurso para toda la humanidad.

Robert se acercó y se alejó del visitante. Seguía boquiabierto por el medio del mensaje.

—¡Sólo una pequeña cantidad de su precioso tiempo, señor! Eso es todo lo que pido. Y… —Miró a la habitación de Robert, probablemente viendo lo que realmente contenía. Robert no había tenido ocasión de establecer fondos falsos. Juan se lo iba a enseñar a hacer el día anterior, pero se habían entretenido con la parte del acuerdo que correspondía a Robert: enseñarle inglés al chico. Al pobre Juan casi analfabeto. Sin embargo, ese Sharif: ¿cuánto talento tenían los graduados en la actualidad?

Ese graduado en concreto parecía cada vez más desesperado. Vio algo detrás de Robert.

—¡Ah, libros! Usted es uno de los que todavía valoran los de verdad.

Las «librerías» de Robert estaban hechas de planchas de plástico y cajas de cartón, pero le permitían guardar todos los libros que había rescatado del sótano. Algunos, como los de Kipling, jamás le habrían interesado en su antigua vida. Pero eran todo lo que tenía. Volvió a mirar a Sharif.

—Así es. ¿Qué quiere decir con eso, señor Sharif?

—Simplemente pensaba… Significa que compartimos los mismos valores. Ayudándome, estará usted contribuyendo a estas nobles pasiones. —Hizo una pausa… ¿escuchaba una voz interior? Desde que Juan le daba clases, Robert era suspicaz con la gente que escuchaba voces interiores—. Quizá podamos llegar a un acuerdo, señor. Yo daría casi cualquier cosa por algunas horas de sus opiniones y recuerdos. Estaría encantado de ser su agente 411 personal. Soy experto en esos servicios; así me pago la universidad. Puedo guiarle por el mundo contemporáneo.

—Ya tengo tutor. —Cuando reflexionó sobre la respuesta sintió una punzada de sorpresa. En cierto sentido, era cierto: tenía a Juan.

Otro silencio trascendente.

—Oh. Él. —Sharif… una imagen perfecta excepto por la sombra mal colocada y los zapatos hundidos un par de centímetros en el suelo… caminó alrededor de Robert. ¿Para echar un vistazo de cerca a

los libros? De pronto Robert tenía más preguntas para Juan Orozco. Pero Sharif había vuelto a hablar—: ¿Están impresos permanentemente? ¿No son panfletos impresos cuando hace falta?

—¡Por supuesto que no!

—Maravilloso. ¿Sabe? Podría enseñarle la biblioteca de la UCSD. Millones de volúmenes.

—Puedo ir cuando quiera. —Pero hasta el momento no se había atrevido. Robert contempló su reducida biblioteca. En la Edad Media, un hombre rico tenía esa cantidad de libros. La gente poseedora de libros volvía a ser algo poco habitual. Pero en la UCSD había una biblioteca física, real. Ir con aquel graduado… sería un poco como regresar a los días de antaño.

Miró a Sharif.

—¿Cuándo?

—¿Por qué no ahora?

Robert tendría que comunicar a Juan Orozco que quedaba cancelada la sesión de aquella tarde. Sintió una vergüenza instantánea impropia de él. Juan iba a enseñarle cómo hacer búsquedas de un vistazo y Robert le había prometido a Juan la métrica poética. Roben descartó el pesar.

—Entonces, vamos —dijo.

Robert tomó un coche hasta el campus. Por alguna razón, dentro del automóvil no veía una imagen clara de Sharif. Sólo oía su voz, parloteando, preguntándole a Robert su opinión de todo lo que veían, ofreciendo opiniones y datos en cuanto Robert parecía incluso remotamente confundido.

Robert ya había pasado cerca del campus; aquel día vería al fin en qué se había convertido. Saliendo de Fallbrook se encontró con las viviendas habituales, corrientes y aburridas. Pero, al norte del campus, pasó junto a interminables edificios verdes y grises, conectados entre sí aquí y allá por pasillos elevados.

—Laboratorios de ciencias biológicas —le explicó Sharif tan contento—. En su mayoría están construidos bajo tierra. —Asistió la Epifanía de Robert con punteros a imágenes y detalles.

Ah. Así que esas estructuras sin puertas ni ventanas no eran un experimento de vida comunitaria del siglo XX. Más todavía, en su interior había apenas unas cuantas decenas de personas. Los pasillos de unión servían para transportar muestras biológicas.

En esos edificios y en sus cavernas subterráneas se estarían gestando cosas monstruosas. Pero también la salvación. Robert le dedicó un breve saludo. El campo de minas celestial de Reed Weber se creaba en lugares como ése.

Eran la antesala de la UCSD. Se preparó para el futurismo incomprensible: el campus en sí. El coche recorrió Torrey Pines. Los

cruces eran casi como los recordaba, aunque sin semáforos ni paradas. El tráfico cruzado se entretejía con fantasmagórica elegancia. *Algún día debo escribir una pieza jocosa sobre la vida secreta de los automóviles*. Nunca había visto un coche detenerse más del tiempo necesario para recoger o dejar a un pasajero. Allá en el desierto, el coche se había ido casi de inmediato, dejándolo colgado. Pero cuando había vuelto a la carretera, otro había llegado para recogerle. Esas máquinas siempre estaban en movimiento. Se las imaginaba dando vueltas por el condado, maniobrando interminablemente de forma que ningún cliente tuviese que esperar más que un momento. *Pero ¿qué hacen de noche, cuando el trabajo decrece?* Ése sería el tema de su poema. ¿Había garajes ocultos, aparcamientos ocultos? Debía de haber garajes para reparaciones… o al menos para cambio de piezas. Pero a lo mejor no se detenían para nada más. Era ideal para la poesía y el futurismo: de noche, cuando se reducía la demanda y por tanto tenían que dormir en un aparcamiento sin ganar nada, conspirasen para reunirse como juguetes transformer japoneses… para convertirse en camiones de carga y llevar aquello que fuese demasiado grande para UP/Express.

En cualquier caso, los viejos aparcamientos del norte del campus habían sido reemplazados por campos de juegos y edificios de oficinas como castillos de naipes. Roben hizo que el coche le dejase donde empezaba el viejo campus, cerca de Matemáticas y Física.

—Nada tiene el mismo aspecto, ni siquiera las zonas de edificios. —De hecho, parecía haber más espacios abiertos de lo que recordaba en los setenta.

—No se preocupe, profesor. —Sharif seguía siendo sólo audio. Sonaba como si leyese un folleto—. La UCSD es un campus poco habitual, mucho menos tradicional que cualquier otro de la Universidad de California. La mayor parte de los edificios se reconstruyeron tras el terremoto de Rose Canyon. Aquí tiene la vista oficial. —De pronto los edificios fueron de cemento reforzado y sólido, muy similares a los que recordaba.

Robert eliminó la imagen falsa moviendo la mano, uno de los primeros gestos que Juan le había enseñado.

—Mantenga las manos lejos de la vista principal, señor Sharif.

—Lo siento.

Robert atravesó el campus hacia el este, empapándose de la atmósfera. En los campos de juegos había tanto movimiento como en los años setenta; se celebraban media docena de partidos independientes de rugby y fútbol. Roben nunca había participado en esas actividades, pero una de las cosas que había admirado de la UCSD era que los estudiantes *jugaban* a deportes que en otras instituciones eran espectáculos semiprofesionales públicos.

De cerca… bien, la gente parecía más que normal. Allí estaban las

mochilas de siempre, con los mangos de las raquetas de tenis sobresaliendo como fusiles de asalto.

Mucha gente hablaba sola, en ocasiones haciendo gestos o apuntando con el dedo a antagonistas invisibles. No tenía nada de nuevo; los adictos al teléfono móvil habían sido de siempre uno de los blancos preferidos del odio de Robert. Pero aquella gente llamaba más la atención que los chicos de Fairmont. Quedaba un poco ridículo que un tipo que iba caminando se parase de pronto para tocarse el cinturón y luego hablarle al aire.

El nuevo Robert no podía resistirse a contar lo que veía… y no tardó en darse cuenta de algo que se le habría pasado al viejo Robert: había muchos chicos en edad universitaria, pero también había muchos viejos. Una de cada diez personas parecía realmente anciana, tan vieja como era Robert en realidad. Una de cada tres era delgada y dinámica, el tópico «miembro activo de la tercera edad» del siglo XX. Y algunas… le llevó algún tiempo localizar a los pocos en los que la medicina moderna había dado realmente en el blanco. La piel era firme y el paso enérgico; casi parecían jóvenes.

Pero la imagen que más ánimos le daba: un par de viejos zoquetes que se le acercaban… ¡y los dos llevaban libros! Robert sintió ganas de agarrarlos de la mano libre y bailar. En lugar de eso les dedicó una sonrisa de oreja a oreja al pasar.

Sharif estuvo de acuerdo en que entrar en un edificio normal, incluso en la librería del campus, no sería la forma más efectiva de encontrar libros de verdad.

—La biblioteca de la universidad es su mejor apuesta, profesor. Robert bajó una cuesta poco empinada. Los eucaliptos estaban más crecidos de lo que recordaba. Las copas se agitaban con la brisa. Al caminar aplastaba trozos de corteza, ramitas y hojas. En algún punto por delante se oía cantar un coro.

Y luego, entre los árboles, vio la biblioteca Geisel. ¡Igual después de todos aquellos años! Bueno, los pilares estaban cubiertos de enredaderas… pero no había ninguna virtualidad. Salió de entre los árboles y la contempló.

Se oyó la voz de Sharif:

—Profesor, si va hacia la derecha, el camino llega a la entrada principal…

Era el camino que recordaba, pero vaciló cuando la otra voz desapareció.

—¿Sí?

—¡Uy!, eh. Hay que desviarse a la izquierda. Hay un grupo de cantores bloqueando la entrada principal.

—Vale. ¿De qué van todos estos cantos?

Sharif no respondió.

Robert se encogió de hombros y siguió la indicación de su guía invisible hacia la parte norte del edificio, bajando a lo que había sido un aparcamiento de nivel inferior. Desde ese punto la biblioteca se alzaba sobre él. Recordó las críticas de cuando la habían construido. «Es un elefante blanco muy caro.» «Nos han conquistado los lunáticos.» De hecho, parecía un objeto procedente del espacio: los seis pisos que se levantaban sobre el nivel del suelo formaban un octaedro inmenso apoyado sobre uno de sus vértices y en pilares de quince metros. En la época de Robert era una estructura de cemento y grandes láminas de vidrio. Las enredaderas ya llegaban al quinto piso y ocultaban el cemento. Todavía tenía aspecto de haber descendido del cielo, pero era una antigua montaña de gemas abrazada por el verde de la tierra que le daba apoyo.

Los cantores se oían más fuerte. Parecía que cantaban *La Marseillaise.* Pero también se oían consignas al estilo de la protesta estudiantil de siempre.

Ya estaba justo bajo el saliente. Debía mirar directamente hacia arriba para ver la parte inferior de los pisos cuarto, quinto y sexto, para ver el punto en el que el cemento finalmente surgía de la vegetación.

Era extraño. Los vértices de los pisos eran tan rectos como siempre, pero el cemento tenía vetas más claras e irregulares. A la luz del sol, esas líneas relucían como plata embutida en la piedra.

—¿Sharif?

No hubo respuesta. *Debería buscar la explicación.* Juan Orozco ejecutaba esas búsquedas sin pensar. Luego sonrió: las líneas plateadas eran una especie de travesura misteriosa… quizás ésa fuese la explicación. En la UCSD la tradición era tener un arte extraño y maravilloso en el campus.

Robert se dirigió hacia la corta escalera que llevaba hasta una zona de carga. Parecía la forma más directa de entrar en la biblioteca. En la pared ponía sólo personal autorizado en letras descoloridas. La puerta de carga estaba completamente bajada, pero había una segunda puerta, más pequeña, entreabierta. Al otro lado se oía lo que parecía una sierra… ¿Una carpintería? Recordó lo que Juan le había contado sobre cómo obtener vistas locales por defecto. Agitó tentativamente la mano. Nada. Otro gesto ligeramente diferente: ¡Uf! La zona de carga estaba llena de señales de prohibido el paso. Miró colina arriba; en algún punto más allá de la cresta estaría la entrada principal. Epifanía le mostraba un nimbo malva que palpitaba siguiendo el canto coral. Sobre la música flotaban palabras: *«Á bas la Biblétome!»* ¡Abajo Bibliotoma! Robert oía simultáneamente voces reales y remotas, la música resultaba casi cacofónica.

—¿Qué está pasando, Sharif?

Esta vez obtuvo respuesta:

—No es más que otra protesta estudiantil. No logrará entrar por la puerta principal.

Permaneció inmóvil un momento, sintiendo cierta curiosidad por saber contra qué protestarían en aquellos tiempos los estudiantes. *No importa.* Podría buscarlo más tarde. Se acercó a la puerta entreabierta y miró al fondo de un pasillo mal iluminado. A pesar de la tormenta fantasmal de advertencias y normas, no vio ningún obstáculo, pero el extraño sonido se oía con más intensidad que el coro. Era ronco, como gruñidos vertiginosos con silencios intercalados.

Robert cruzó la puerta.

12
Guardianes del pasado, matronas del futuro

Desde el comienzo, el Conciliábulo de Ancianos se había reunido en el sexto piso de la biblioteca Geisel. Winston Blount, pidiendo favores después de años en el Departamento de Artes y Letras, lo habla hecho posible. Durante una temporada incluso había tenido una bonita sala en la zona de empleados de allí arriba. Eso había sido después del terremoto de Rose Canyon, cuando los listísimos muchachitos del futuro habían recelado momentáneamente de sus soluciones tecnológicas y había espacio para quien estuviese dispuesto a arriesgarse con la altura.

Durante los primeros años habían sido casi treinta miembros regulares. Cambiaban de un año para otro, pero en su mayoría eran profesionales y personal de principios de siglo, casi todos jubilados o desempleados.

El tiempo pasó y el conciliábulo menguó. El propio Blount se había alejado del grupo al descubrir que no le quedaban muchos favores por cobrar. Sus planes para retomar la carrera se habían centrado en el programa de Educación de Adultos de Fairmont. Luego el chico Orozco, sin pretenderlo, le había indicado un atajo magnífico: el movimiento de protesta Bibliotoma. Y el círculo interno del conciliábulo era el lugar perfecto. Quizá fuese una suerte que el círculo interno fuese todo lo que quedase del conciliábulo.

Tom Parker estaba sentado junto a la ventana panorámica. Él y Blount miraban a los manifestantes. Parker rio.

—Bien, decano, ¿va a predicar al coro? Blount gruñó.

—No. Pero nos pueden ver aquí arriba. Salúdalos, Tommie. —Blount siguió su propio consejo, alzando los brazos como si bendijese a los cantores de la entrada principal y al grupo algo más pequeño de la terraza situada junto al camino de la serpiente. De hecho, se había ofrecido para hablarles. Antaño habría sido el orador principal. Seguía siendo una pieza importante, pero con valor publicitario nulo. Repasó algunas de las imágenes que relucían sobre la multitud.

—Vaya, este acto es multitudinario. Con muchas capas.

Pero algunas de las capas eran demostraciones en contra, fantasmas obscenos que recorrían la multitud burlándose. *Malditos sean*. Desactivó todas las capas de mejora y se dio cuenta de que Parker le sonreía.

—Todavía sigue intentando usar esas lentes de contacto, ¿verdad,

decano? —Tocó con cariño su ordenador portátil—. Sólo demuestran que no se puede ganar a la genialidad del entorno de ratón y ventanas. —Parker deslizó las manos sobre el teclado. Estaba recorriendo las capas de mejora que Blount había visto directamente con las lentillas. Puede que Tom Parker fuese el tipo más listo del conciliábulo, pero estaba irremediablemente obsesionado con los métodos antiguos—. He configurado el portátil para que muestre sólo lo verdaderamente importante. —Por la diminuta pantalla iban pasando las imágenes. Había cosas que Winston Blount no había percibido con las lentillas; alguien había situado una especie de nimbo sobre los manifestantes. Impresionante. Tommie seguía riendo—. No me aclaro con el halo púrpura. ¿Se supone que es a favor o en contra de Bibliotoma?

Al otro lado de Parker, Carlos Rivera se apartó de la ventana y se desperezó.

—En contra, según los periodistas. Dicen que el halo bendice a los guardianes del pasado.

Los tres miraron en silencio un momento. El sonido del coro atravesaba los ventanales, pero también el de las protestas en todo el mundo. El efecto de la combinación era más simbólico que hermoso, ya que las voces estaban muy desincronizadas.

Al cabo de un momento, Carlos Rivera volvió a hablar.

—¡Casi un tercio de los visitantes físicos han venido de fuera de la ciudad!

Blount le sonrió. Carlos Rivera era un joven extraño, un veterano minusválido. Apenas cumplía el requerimiento informal de edad del conciliábulo, pero en algunos aspectos estaba casi tan chapado a la antigua como Tommie Parker. Llevaba unas gafas pequeñas y gruesas, de las que habían sido populares a principios de siglo. Tenía marcas de teclear en todos los dedos. Llevaba una de las antiguas camisetas modificables. En aquel momento decía en letras blancas sobre negro: «Bibliotecarios: Guardianes del Pasado, Matronas del Futuro.» El detalle más importante acerca de Carlos Rivera era que pertenecía al personal de la biblioteca.

Parker examinaba las cifras del portátil.

—Bien, hemos llamado la atención del mundo. Hace unos momentos alcanzamos un pico de dos millones de espectadores. Y muchos más lo verán en diferido.

—¿Qué dicen los de relaciones públicas de la UCSD? Parker tecleó en el portátil.

—Vuelan bajo. Los de relaciones públicas prefieren no darle importancia. Ja. Pero la prensa popular los está machacando… —Parker se recostó para hundirse en los recuerdos—. Hubo una época en que habría ocultado mis propias cámaras en los pisos de abajo. ¡Y de haberme dejado en zona muerta, habría hackeado el sitio de

relaciones públicas y habría cubierto sus notas de prensa con fotos de libros ardiendo!

—Sí —asintió Rivera—. Pero hoy en día sería difícil.

—Sí. Peor aún, haría falta valor. —Tommie acarició el portátil—. Y ése es el problema de la gente de hoy en día. Han renunciado a la libertad a cambio de seguridad. Cuando yo era joven, no había policías en todos los aparatos ni un payaso cobrando royalties cada vez que pulsabas una tecla. Entonces no existía ningún «Entorno de Hardware Seguro» y no hacían falta diez mil transistores para crear un slip-flop. Recuerdo en 1991, cuando eché abajo el… —Y se puso a contar una de sus historias.

El pobre Tommie. La medicina moderna no le había curado de la necesidad de contar una y otra vez sus batallitas. Pero Carlos Rivera parecía disfrutar con esas historias. Asentía cada pocos segundos con embeleso. Blount se preguntaba a menudo si el entusiasmo de Rivera contaba a favor o en contra del joven.

—… por tanto, cuando se les ocurrió comprobar la fibra, habíamos copiado todos los archivos y…

Por una vez, Rivera ya no prestaba atención. Se había girado hacia los estantes con una expresión de sorpresa absoluta. Soltó algo en chino y luego, por suerte, volvió al inglés.

—Quiero decir, por favor, espere un momento.

—¿Qué? —Parker miró el portátil—. ¿Han puesto en marcha las trituradoras?

Maldición, pensó Blount. Su esperanza había sido que los manifestantes dejasen constancia de aquel terrible momento.

—Sí —dijo Rivera—, pero hace varios minutos, mientras hablaba. Esto es diferente. Alguien ha entrado en la zona de carga.

Winston se puso en pie de un salto… en la medida en que sus articulaciones rejuvenecidas a medias podían saltar, claro.

—¿No habías dicho que abajo había seguridad?

—¡Pensaba que la había! —Rivera también se levantó—. Se lo mostraré.

Las imágenes aparecieron en los ojos de Blount. Vistas de las cámaras de los laterales norte y este del edificio. Más de las que podía procesar.

Blount apartó las imágenes.

—Quiero verlo con mis propios ojos. —Se perdió entre los estantes de la biblioteca, seguido por Rivera—. Si lo hubiésemos sabido, podríamos haber enviado a los nuestros.

Ése era el problema. ¡Como la seguridad era tan buena que nunca fallaba, no había nadie cerca del fallo para aprovecharse! Una parte de la mente de Blount se maravilló de sus nuevas prioridades. En otra época el decano Winston C. Blount había sido un miembro del

establishment y hecho lo posible para garantizar que los ignorantes no se lo cargaran. Ahora… bueno, un poco de escándalo quizá fuese la única forma de mantener el establishment.

—¿Los del coro lo han visto?

—No lo sé. Las mejores vistas estaban en cuarentena. —Rivera hablaba como si le faltase el aliento.

Esquivaron los ascensores y la zona de personal, que ocupaban el centro de la planta. Se desplazaban en ángulo recto a los estantes. Muy al fondo de las estanterías cargadas de libros entrevió el cielo por las ventanas.

—Dijiste que cabía la posibilidad de que Max Huertas apareciese.

—Duì. Sí. Hay posibilidades de que venga. Hay varias bibliotecas que empiezan con el proyecto esta misma semana, pero la UCSD es la estrella. —Huertas era algo más que simplemente el dinero que financiaba Bibliotoma, también era un importante inversor de los laboratorios de biotecnología cercanos al campus. Había vuelto del revés el mundo universitario con su tontería de Bibliotoma, sobornando a una administración universitaria que debería haber peleado a muerte contra él.

Blount bajó de ritmo al acercarse a los ventanales. En las últimas décadas el campus de la UCSD había sufrido una revolución. La vibrante campaña de edificación de su época como decano la habían arrasado el terremoto de Rose Canyon y la lógica pedestre de los administradores de la moderna universidad. El campus había vuelto a un estilo de arbolado disperso con edificios que bien podrían haber sido estructuras prefabricadas. De una forma muy, muy triste, le recordaba los primeros años del campus, durante su época de estudiante graduado. «Aquí construimos un lugar tan hermoso y luego dejamos que los oportunistas, la educación a distancia y los malditos laboratorios lo dilapidasen. ¿En qué se beneficia una universidad si para matricular a quinientos mil pierde el alma?»

Llegó hasta el ventanal norte y miró abajo. El sexto piso ocupaba la zona que más sobresalía del edificio. Se podía ver casi a plomo una zona de cemento cuarteado, la zona de carga de la biblioteca. y allí había un tipo mirando furtivamente a su alrededor. Carlos Rivera se puso aliado de Blount y por un momento los dos miraron abajo. A continuación Blount se dio cuenta de que el joven en realidad miraba a través del suelo: había encontrado una cámara en los pisos subterráneos.

—No es Max Huertas —dijo Carlos—. Habría venido con una tropa de lacayos.

—Sí. —Pero era alguien capaz de persuadir a los polis de alquiler de la biblioteca para que le dejasen bajar. Blount tocó el vidrio—. ¡Mira hacia arriba, imbécil!

Era asombroso lo poco que veía directamente desde arriba. El desconocido se movía con una torpeza espástica, como si fuese un viejo con un sistema nervioso regenerado… Blount ya iba teniendo un mal presagio. y de pronto el desconocido miró hacia arriba. Era como descubrir una rata enorme entre tus pies.

—¡Oh, Dios! —Una extraña mezcla de desagrado y curiosidad le obligó a decir—: Hazle subir de inmediato.

En contraste con la soleada zona de carga, el pasillo resultaba bastante oscuro. Robert vaciló mientras se acostumbraba a la poca luz. Las paredes estaban llenas de marcas y raspaduras. El suelo era de cemento desnudo. No era una zona abierta al público. Le traía recuerdos del pasado, cuando los alumnos se colaban en las entrañas de las zonas de mantenimiento de edificios como aquél.

Epifanía colgaba diminutas etiquetas sobre las puertas y el techo, e incluso en las grietas de las paredes. No le ofrecían mucha información, sólo números de identificación e instrucciones de mantenimiento, lo que ataño se habrían limitado a pintar directamente en la pared. Pero si hubiese estado dispuesto a dedicarle tiempo podría haber buscado entre las señales y obtenido información de fondo. Y había misterios. Una enorme grieta de la pared rellena de una sustancia plateada estaba macada como «voladizo-CicloLímite‹1,2mm:2Ss». Robert estaba a punto de ponerse a buscar cuando vio una puerta con un cartel grande, uno que marcaba los segundos:

00:07:03 Equipo de Bibliotoma Activo: ¡aléjese!

Qué demonios, también estaba abierta.

Al otro lado el ruido de sierra era todavía más intenso. Dio cincuenta pasos, dejando atrás cajas de plástico. «Datos rescatados», decían las etiquetas. Al fondo, detrás de una especie de elevadora con patas, había otra puerta abierta. Se encontraba en terreno conocido: estaba al fondo de la escalera de la biblioteca. Miró hacia arriba, a la espiral de escalones. Diminutos fragmentos blancos flotaban agitándose en el interior de la columna de luz central. ¿Copos de nieve? U no le aterrizó en la mano: un fragmento de papel.

Y el estruendo de la sierra era todavía más intenso, y también se oía el sonido de una aspiradora gigantesca. Pero era el estruendo irregular de sierra el que retumbaba por la escalera y le ensordecía. Le resultaba familiar, pero no era precisamente un sonido de *interior*. Subió las escaleras, deteniéndose en cada rellano. El polvo y el ruido eran peores en el cuarto piso, etiquetado como «Sección PZ del catálogo». La puerta se abrió fácilmente. Más allá estarían los estantes. Todos los libros que pudiese desear, kilómetros de libros. La belleza de las ideas aguardando para atacarlo.

Pero no era una biblioteca como cualquier otra. El suelo estaba

cubierto de lona blanca. El aire era una neblina de restos flotantes. Respiró profundamente, olió a brea de pino y a madera quemada… y tardó un rato en dejar de toser.

El *brrap,* dolorosamente intenso, provenía de cuatro pasillos a la derecha, cuyos estantes estaban vacíos, cubiertos de trozos de papel y mucho polvo.

Brrap. Contra toda lógica, a veces reconocer algo resulta difícil. Pero finalmente Robert recordó exactamente qué tenía que producir aquel rugido abrupto. Lo había oído unas cuantas veces a lo largo de su vida. Pero la máquina que lo causaba siempre estaba en el exterior.

¡Brrrap! ¡Una trituradora!

Más adelante todo eran estanterías vacías, esqueletos. Roben llegó al final de un pasillo y se acercó al ruido. El aire era una niebla de polvo de papel. En el cuarto pasillo, el espacio entre estanterías estaba ocupado por un tubo de tela. El gusano monstruoso estaba muy iluminado interiormente. Al otro extremo, a casi seis metros de distancia, se encontraba la mandíbula del gusano… la fuente del ruido. Indefinidas entre los remolinos de neblina Robert vio dos figuras vestidas de blanco con un rótulo en la espalda: «Rescate de datos Huertas.» Llevaban mascarilla con filtro y casco protector. Podrían haber sido obreros de la construcción. Aunque lo cierto era que el propósito actual de su presencia allí era la deconstrucción: primero uno y luego el otro iban sacando libros de los estantes y los lanzaban a las fauces de la trituradora. Las etiquetas de mantenimiento contenían frases asépticas sobre el horror: la boca voraz era un «desencuadernador personalizado NaviCloud». El túnel de tela que se extendía por detrás era un «túnel cámara». Robert hizo una mueca de espanto… y Epifanía aleatoriamente recompensó el gesto con una visión interior del monstruo: los fragmentos triturados de libros y revistas flotaban por el túnel como hojas en un tornado, dando vueltas y entrechocando. El tejido estaba recubierto interiormente por miles de cámaras diminutas. Los fragmentos se fotografiaban una y otra vez, desde todos los ángulos y en todas las orientaciones, hasta que finalmente la hoja arrancada acababa en un depósito, justo delante de Robert. Datos rescatados.

¡brrrrrap! El monstruo avanzó otro metro, dejando otro metro de estante vacío. Casi vacío. Robert se adelantó y con la mano atrapó algo del estante. No era polvo. Era media página, un resto de los miles de libros que ya habían acabado en el interior del equipo de «rescate de datos». Lo agitó en dirección a los operarios vestidos de blanco y gritó palabras que se perdieron en el fragor de la trituradora y los ventiladores del gusano.

Pero los dos alzaron la vista y le gritaron.

De no haber tenido el gusano reluciente interponiéndose en su

camino, Robert se habría abalanzado contra la pareja. Todos se limitaron a hacerse gestos de impotencia, por tanto.

Luego apareció otro tipo detrás de Robert. Un individuo con sobrepeso de unos treinta y tantos años, con bermudas y una enorme camiseta negra. El joven le gritaba en… ¿qué? ¿En mandarín? Rogaba a Robert que volviese con él a la escalera, lejos de la pesadilla.

El sexto piso de la biblioteca no formaba parte de la pesadilla. De hecho, tenía básicamente el mismo aspecto que Robert recordaba de principios de los años setenta. El tipo de la camiseta grande le guió entre los estantes hasta la zona de estudio del sur del edificio. Allí se encontró con un hombre bajito armado con un antiguo portátil, sentado justo frente a la ventana, que se levantó y le miró. Luego de pronto se echó a reír y le ofreció la mano.

—Que me aspen. ¡Eres de verdad Robert Gu!

Robert aceptó la mano, momentáneamente desconcertado. Trituradoras de libros, hombres misteriosos allí arriba. Y aquel coro demencial. Al fin podía ver a los cantores en la plaza.

—Ja. No me reconoces, ¿verdad, Robert? —*No*. El tipo tenía muchísimo pelo rubio, pero su rostro era tan viejo como las montañas. Sólo su risa le resultaba familiar. Al cabo de un segundo se encogió de hombros y le indicó a Robert que se sentase—. No te lo echo en cara —siguió diciendo—. Pero reconocerte a ti es fácil. Has tenido suerte, Robert, ¿verdad? Supongo que en tu caso el tratamiento Venn-Kurasawa surtió efecto al ciento por ciento; tienes la piel mejor que a los veinticinco. —El viejo pasó una mano manchada por la edad sobre sus propios rasgos y sonrió sin alegría—. Pero ¿qué tal el resto de tu persona? Pareces un poco agitado.

—Yo… perdí la cabeza. Alzheimer. Pero…

—Eh, vale. Me hago cargo.

Lo que Robert reconoció de pronto fue la franqueza, la despreocupación. Tras el rostro del extraño Robert reconoció al estudiante de primero que había hecho que sus años en la UCSD fuesen mucho más emocionantes.

—¡Tommie Parker! —El joven mequetrefe que había sido el genio de la informática en la UCSD incluso antes de salir del instituto, incluso antes de que existiera esa titulación. El hombrecito que no podía esperar a que llegara el futuro.

Tommie asintió, riendo.

—Sí. Sí. Pero hace mucho tiempo que soy el «profesor Thomas Parker». ¿Sabes que me doctoré en el MIT? Luego volví aquí y enseñé durante casi cuarenta años. Estás viendo a un miembro del *establishment*.

Y además veía los estragos del tiempo… Por un momento Robert guardó silencio. *A estas alturas debería estar inmunizado.* Miró por la

ventana a la multitud, apartando la vista de Parker.

—Bien, ¿qué está pasando, Tommie? Estás instalado aquí arriba como si fueses el comandante en jefe.

Parker río y tecleó. Por lo que Robert veía de la pantalla, el suyo era un sistema antiquísimo, peor que su página visor… y nada comparable con lo que podía obtener de Epifanía. Pero la voz de Tom Parker era todo entusiasmo.

—Es una protesta que hemos organizado. Contra la Amenaza Bibliotoma. No hemos impedido el troceado, pero… mira eso. Es el vídeo de tu entrada. —La pantalla de Tommie mostraba lo que parecía una imagen de teleobjetivo tomada desde el norte del campus. Una figura diminuta, que podía ser Robert Gu, entraba por la zona de carga de la biblioteca—. No sé cómo te has saltado la seguridad, Robert.

—La administración también se lo pregunta —dijo el joven que había rescatado a Robert. Se sentó tras la mesa principal y se sacudió el polvo de papel del pelo y la camiseta. De pronto el eslogan de la camiseta cobró mucho sentido: «El polvo de papel es nefasto.». Se dio cuenta de que Robert lo miraba y le saludó—. Hola, profesor Gu. Soy Carlos Rivera, del personal de la biblioteca. —Su camiseta se volvió blanca, con lo que al menos logró que los trocitos de papel fuesen menos evidentes.

—¿Tomas parte en la destrucción? —De pronto se acordó de la mitad de página que había salvado de la desmenuzadora. La colocó delicadamente sobre la mesa. Contenía palabras; quizá pudiese deducir de qué libro procedía.

—No, no —dijo Parker—. Carlos nos ayuda. De hecho, todos los bibliotecarios se oponen al troceado… excepto los administradores. Y puesto que has conseguido saltarte la seguridad de la biblioteca, creo que incluso ahí tenemos aliados. Eres un tipo famoso, Robert y podríamos dar buen uso al vídeo que has captado.

—Pero yo… —Robert iba a decir que no llevaba ninguna cámara. Luego se acordó de la ropa—. Vale, pero tienes que indicarme cómo pasártelo.

—No hay problema… —dijo Rivera.

—Estás usando esa mierda de Epifanía, ¿verdad, Robert? Sí, tendrás que buscar la ayuda de alguien que vista. Los vestibles se supone que te simplifican las cosas, pero en general no son más que una excusa para que los demás controlen tu vida. Yo prefiero seguir con las soluciones efectivas. —Tocó el portátil. Por algún capricho de la memoria, Robert reconoció el modelo. Veintitantos años antes el dispositivo era lo más avanzado en potencia y miniaturización, de apenas veinte centímetros por veinticinco, con una pantalla muy brillante de unos milímetros de grosor y una buena cámara. Ahora…

incluso Robert lo consideraba de una lentitud monstruosa. *¿Cómo puede comunicarse con la magia moderna?*

La mirada de Parker se dirigió al bibliotecario. —¿Cómo ha entrado en el edificio, Carlos?

Rivera dijo:

—Wóbu zhdo.

Tommie gruñó.

—Estás hablando en chino, Carlos.

—Oh, lo lamento. —Miró a Robert—. Fui traductor del Ejército durante la guerra —dijo, como si eso lo explicara todo—. No sé cómo entró, profesor Parker. Le vi venir desde Warschawski Hall. Yo empleaba los mismos puntos de vista que el sistema de seguridad. Pero incluso después de llegar la troceadora no había nadie para detenerle. —Se volvió, mirando expectante los estantes—. Quizás el decano tenga a otras personas trabajando para descubrirlo.

Al cabo de un momento, un anciano surgió de entre los libros.

—Sabes que no es así, Carlos. —Fue hasta el ventanal sin mirar a Robert. *Ajá,* pensó Robert, *así que aquí es donde Winnie lleva perdido un par de semanas.* Blount miró hacia la plaza unos segundos. Al fin dijo —: Ya no cantan. Saben lo de la llegada de Gu, ¿no?

—Sí, señor. Aunque no hemos hecho públicos nuestros propios vídeos, hay periodistas de sobra por aquí. Al menos tres fuentes populares le han identificado. —En el exterior, la multitud vitoreaba.

Roben probó el encogimiento que, según Juan, le ofrecería las noticias locales. Sólo consiguió unos anuncios.

Y Sharif permanecía en silencio.

Un momento después Blount regresó a la cabecera de la mesa y se sentó resollando. No había mirado directamente a Robert; Winnie no parecía tan confiado como en la clase de Chumlig. *¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que practicamos nuestros jueguecitos políticos?* Robert miró directamente a Blount. Eso haría que Epifanía realizase una búsqueda sobre él. Además, antaño esa mirada le habría puesto nervioso.

—Vale —asintió Blount dirigiéndose a Tom Parker—, diles a los manifestantes que inicien la siguiente fase. Ya sabes, las entrevistas y los artículos de opinión.

—¿Qué hay del señor Nueva Situación aquí presente? —Tommie lanzó el pulgar en dirección a Robert.

Al fin, Blount miró a Robert. Y Epifanía comenzó a enviar información a su vista: *Google BioFuente: Winston C. Blount, máster en literatura inglesa por la UCSD en 1971, doctorado en literatura inglesa por UCLA en 1973, profesor adjunto de lengua inglesa en Stanford entre 1973 y 1980, profesor de literatura y luego decano de Artes y Letras en la UCSD entre 1980 y 2012. [Bibliografía, Discursos, Favoritos.]*

—Bien, Winnie —dijo—, ¿sigues haciendo contactos y relacionándote?

El otro se puso pálido, pero respondió con tranquilidad.

—Llámame Winston, o decano Blount, como prefieras. —Hubo una época en que respondía al nombre de Win. Era Robert quien le había quitado aquel mote.

Se miraron en silencio varios segundos. Al fin, Blount dijo:

—¿Tienes alguna explicación de por qué has podido entrar por la puerta de servicio?

Robert rio.

—Me he limitado a entrar. Soy el más ignorante de todos, Winston. —¿Qué había sido de Zulfi Sharif?

Tommie Parker alzó la vista.

—Hay información pública reciente sobre Robert Gu. Roben ha padecido Alzheimer avanzado durante casi cuatro años. Es una de las curaciones recientes. —Miró a Robert—. Tío, casi te mueres de viejo antes de recuperarte. Por otra parte, parece que has tenido una suerte médica increíble. Bien, de todos los días posibles, ¿qué te ha traído hoy a la UCSD?

Robert se encogió de hombros. Le resultaba sorprendente hasta qué punto era reacio a contar lo de sus problemas con Bob y Miri. —Pura coincidencia. He venido a la UCSD porque… porque quería ver los libros.

En la cara de Blount se dibujó una sonrisa poco amistosa.

—Qué propio de ti, venir el día que empezamos a quemarlos. Rivera protestó:

—Es trocear, decano. Es decir, técnicamente. Excepto por el polvo, se preserva todo el troceado.

Robert miró el papel roto que había traído de abajo; ¿un trozo que había escapado a su descanso final? Sostuvo el solitario pedazo de papel. —Sinceramente, no sé qué está pasando. ¿Qué es eso? ¿Qué locura justifica destruir los libros?

Winnie no respondió de inmediato; le hizo un gesto a Rivera para que le pasase el fragmento. Lo puso sobre la mesa y lo miró un segundo. Su sonrisa amarga se ensanchó un poco.

—Qué agradable ironía. Están empezando por la sección PZ, ¿verdad, Carlos?

—Duì —respondió el joven, vacilando.

—¡Esto —Winnie agitó el papel en el aire— ha salido de un libro de ciencia ficción! —Una risa seca—. Esos cabrones de la ciencia ficción reciben lo que se merecen. Durante treinta años secuestraron la educación en literatura… y esto es lo que han logrado con su reduccionismo. Ya era hora. —Arrugó el papel y se lo lanzó a Robert.

Tommie agarró la bolita e intentó resucitarla.

—Es un simple accidente que hayan empezado por la ciencia ficción, decano.

—En realidad —dijo Rivera—, corre el rumor de que el troceado empezó con la ciencia ficción para tener menos quejas de los gilipollas. —No importa —dijo Tommie—. Tenían previsto estar bien metidos en otras materias al final del día.

Winnie se inclinó hacia delante.

—¿Qué quieres decir con eso de que «tenían previsto»?

—¿No lo sabes? —Parker volvió a tocar el portátil; ¿estaba enamorado de ese dispositivo antiguo o qué?—. El troceado se ha topado con un pequeño problema técnico. Lo han dejado por hoy. —Sonrió—. Según la prensa popular el «pequeño problema técnico» ha sido la inesperada aparición de Robert en plena operación.

Rivera vaciló y la luz se relajó en las profundidades de sus gruesas gafas.

—Sí —dijo. Así que, después de todo, la multitud de fuera tenía algo que celebrar. Winnie se puso en pie, volvió a mirar por la ventana y se sentó—. Muy bien, ¡hemos logrado nuestra primera victoria! Transmite nuestras felicitaciones a las tropas, Tommie.

Robert alzó las manos.

—¿Alguien me explica esta locura? Puede que no los estén quemando, pero esto se parece mucho a *Fahrenheit 451*. Otra historia de ciencia ficción, Winston.

Rivera agitó la mano.

—Búsqueda por la palabra clave «Bibliotoma», profesor Gu.

Robert hizo un gesto y tocó. *¿Cómo logra hacerlo Juan sin parecer un idiota?*

—Toma, usa mi portátil. Nunca descubrirás cómo tener noticias a través de Epifanía.

Winston Blount dio un puñetazo en la mesa.

—Lo puede hacer cuando esté solo, Tommie. Aquí tenemos un trabajo serio.

—Vale, decano. Pero Robert ha cambiado las cosas. Podemos sacar un buen partido de su reputación.

Rivera asintió.

—Sí. Ganó casi todos los premios literarios existentes.

—Que se los guarde —dijo Blount—. Ya tenemos cinco Nobel.

En comparación con ellos, Gu no es especial. —La mirada de Blount recorrió rápidamente la cara de Robert. El corte dirigido a Robert había ido acompañado de una ligera vacilación, probablemente demasiado breve para que los otros la percibiesen.

El detalle más importante acerca de Winston Blount no aparecía en su biografía de Google. Erase una vez un Winnie que se había considerado poeta. Pero no lo era; era simplemente expresivo al

hablar y poseedor de un ego enorme. Cuando los dos habían llegado a Stanford como miembros novatos, Robert había perdido la paciencia con el farsante. Además, las reuniones del comité habrían sido mortalmente aburridas de no ser por su pasatiempo: picar a Winnie Blount. El tipo había sido una fuente infinita de diversión porque parecía creerse capaz de superar a Robert en ingenio. Semestre tras semestre, los duelos verbales se volvieron más acerados y los fracasos de Winnie más evidentes. No ayudaba en absoluto a su causa el hecho de que Blount careciese de talento para lo que más deseaba: crear obras literarias importantes. La campaña desenfadada de Robert había resultado devastadora. A finales de los años setenta d pobre Winnie era el hazmerreír, el hazmerreír a sus espaldas, del departamento. Lo único que quedaba de sus pretensiones de ser importante era su pomposidad. Había abandonado Stanford y Robert recordaba la sensación de satisfacción de haber hecho algo bueno por el mundo cuando Blount descubrió el lugar que le correspondía en la jerarquía de las cosas y se convirtió en administrador…

Pero probablemente fuese tan buen poeta como el nuevo Robert Gu. *¿Lo sabrá Winnie?*

Evidentemente, Tommie Parker desconocía esos tejemanejes. Respondió al comentario de Blount como si fuese la expresión de un hecho neutral.

—*Alguien* le cree importante, decano. Alguien tuvo el poder de hacerle atravesar una buena seguridad comercial. —Se volvió hacia Gu—. Piensa, Robert. Sé que para ti este mundo de información es nuevo y que Epifanía oculta muchas cosas, pero ¿hoy has notado algo extraño? Es decir, antes de entrar en la biblioteca.

—Bien… —Miró al aire. Su búsqueda web empezaba a dar resultados, textos e imágenes del «Proyecto Bibliotoma: rescatando la prehistoria para los estudiantes del presente». Desde luego era algo muy raro. Por lo demás… había luces flotantes que indicaban cosas diferentes. Intentó recordar la explicación de Juan. *Ah.* Sharif había vuelto, un icono color rubí que flotaba doblando la esquina de los estantes—. He tenido ayuda. De un graduado llamado Zulfikar Sharif.

—¿Estabas en contacto con él cuando bajaste a la biblioteca?

—Sí. Sharif pensaba que podría entrar más fácilmente si no intentaba atravesar la multitud de la entrada principal.

Rivera y Parker se miraron.

—¿No viste las cintas de seguridad? Deberían haberte guiado hasta el lado sur del edificio.

—Profesor, creo que le secuestraron.

Parker asintió.

—No te sientas mal, Robert. Sucede a menudo con los vestibles. Deberíamos localizar a ese tal «Zulfikar Sharif».

Robert señaló la luz rubí.

—Creo que sigue aquí.

Epifanía debió entender el gesto como una orden e hizo que la luz fuese visible para todos: Rivera miró hacia donde apuntaba.

—¡Sí! ¿Lo ve, profesor Parker?

Tommie miró el portátil y tocó el touchpad.

—Claro que le veo. Apuesto a que ha estado escuchando vía Robert. ¿Qué tal si le invitamos a charlar?

Blount entornaba los ojos, indefenso. Era evidente que no podía ver el destello color rubí. Sin embargo, consideró que la pregunta iba dirigida a él.

—Sí. Hazlo.

Roben tecleó un permiso. Pasó un segundo. La chispa rubí flotó hasta el borde de la mesa… y abruptamente se transformó en un ser humano a tamaño completo, de piel oscura y ojos sinceros. Sharif sonrió como disculpándose y rodeó la mesa para «sentarse» en una silla al otro lado.

—Gracias por invocarme, profesor Gu. Y sí —dijo a los otros—, he estado escuchando. Me disculpo por mis muchos problemas de comunicación.

—Yo diría que se ha aprovechado de la ignorancia de un principiante —dijo Parker.

B10unt asintió enfáticamente.

—¡Lo mismo diría yo! Yo… —Vaciló, pareció pensárselo—. Ah, a la mierda. ¿Qué más da, Tommie? Todo lo que íbamos a hacer hoy es perfectamente público.

Tommie sonrió.

—¡Cierto! Pero si he aprendido algo es a mirar *siempre* los dientes del caballo regalado. A veces resultan pertenecer a la variedad troyana —Miró la imagen del portátil—. Bien, señor Sharif, no me importa si ha estado escuchando o no. Simplemente dígame qué hacía con Robert Gu. Alguien le guió hasta la entrada de servicio y a través de la seguridad.

Sharif sonrió vacilante.

—Sinceramente, me sorprende tanto como a ustedes. El profesor Gu y yo hablábamos tranquilamente cuando él llegó al campus. Dejó de hablar mientras bajábamos la cuesta desde Warschawski Hall. Y luego, sin razón aparente, giró a la izquierda y se dirigió al lado norte de la biblioteca. Lo siguiente que vi fue que entraba por la zona de carga… y perdí el contacto. No sé qué más puedo decir. La seguridad de mi vestible es máxima, claro está. Mmm. —Vaciló un momento y luego cambió de tema—. ¿No se están tomando todo esto de la peor forma? Es decir, el Proyecto Bibliotoma haría accesible la literatura del pasado virtualmente a todos… y más rápido que cualquier otro

proyecto. ¿Qué tiene eso de malo?

Declaración que fue recibida con un silencio absoluto. Winston Blount sonrió apenas.

—Supongo que no ha visto nuestro sitio web.

—Ah, todavía no. —Hizo una pausa y pareció mirar al infinito—. Vale, veo a qué se refiere. —Sonrió—. Supongo que debería estar de su parte… ¡lo que pretenden ustedes garantizará mi trabajo en 411! Miren, adoro a los poetas antiguos, pero es difícil acceder a la literatura de antaño. Si te interesan temas posteriores al año 2000 hay fuentes por todas partes y la investigación logra *resultados*. Pero, para el resto, hay que buscar en *eso*. —Sharif agitó la mano en dirección a las filas ordenadas de libros, los estantes que ocupaban el sexto piso de la biblioteca—. Hacen falta días para descubrir incluso lo más trivial.

Vago de mierda, pensó Robert, y se cuestionó el entusiasmo inicial de Sharif por los «libros de verdad». Pero esa tendencia ya se había manifestado en su época de profesor. No eran sólo los estudiantes los que se negaban a ensuciarse las manos. Incluso los supuestos investigadores pasaban del universo de todo lo que no estaba en la red.

Winnie miró furioso al joven.

—Señor Sharif, no comprende lo que representa el fin de las estanterías de libros. No se viene aquí esperando la respuesta precisa a una pregunta. No, no es así. En las miles de ocasiones en que he ido a rebuscar en los libros, rara vez he encontrado justo lo que buscaba. ¿Sabe qué encontré? Encontré libros sobre temas relacionados. Encontré respuestas a preguntas que no me había planteado. Esas respuestas me condujeron por sendas nuevas y casi siempre resultaron más valiosas que lo que pudiese tener en mente al principio. —Miró a Rivera—. ¿No es así, Carlos?

Rivera asintió. A Robert le pareció que sin demasiado entusiasmo.

Pero Winnie tenía toda la razón, tanto que Robert también tenía que contribuir a la misma argumentación.

—Esto es una locura, Sharif. Aparentemente el Proyecto Bibliotoma consiste en fotografiar y digitalizar la biblioteca. Pero… —De pronto recordaba cosas de sus últimos años en Stanford—. ¿No lo había hecho Google ya?

—Es cierto —dijo Rivera—. De hecho, es lo primero que argumentamos y quizás el mejor argumento de todos. Pero Huertas es un gran vendedor y tiene su propio discurso. Lo que tiene en mente es rápido y muy, muy barato. Las digitalizaciones anteriores no han sido tan globales y unificadas como ésta. Y Huertas dispone de abogados y software que le permitirán obtener micropagos por todos los viejos sistemas de copyright… sin sacar nuevas licencias.

Winnie soltó una risita amarga.

—La verdadera razón para que la administración aceptase todo esto es que adoran el dinero de Huertas y quizás incluso la publicidad. Pero deje que le diga, señor Sharif, que trocear destruye los libros. Eso es lo importante. Sólo nos quedará un montón inútil.

—Oh, no, profesor Blount. Lea el resumen. Las imágenes que surgen del túnel de cámaras son analizadas y se formatean. Es una simple cuestión de software reorientar las imágenes, comparar los cortes y reconstruir el texto original en el orden correcto. Es más, aparte de su simplicidad mecánica, ésa es la razón para su violencia aparente. Las roturas son únicas. En realidad, no tiene nada de nuevo. Las reconstrucciones son un clásico de la genómica.

—¿Ah, sí? —Robert levantó la página destrozada que había rescatado de los estantes PZ. La sostuvo como si fuese la víctima fláccida de un asesinato—. ¿Qué perfección del software va a recuperar algo que fue arrancado de sus tapas pero jamás se fotografió?

Sharif iba a encogerse de hombros, pero vio la expresión en el rostro de Robert.

—Señor, realmente no es un problema. Habrá algunas pérdidas, cierto, incluso si todo se fotografiase como es debido, los programas cometerían algunos errores. Potencialmente, la tasa de error puede estar por debajo de unas cuantas palabras por millón de volúmenes. Es mucho mejor que la reedición en papel usando correctores manuales. Ésa es la razón por la que otras grandes bibliotecas participan en el proyecto, para obtener relaciones fiables.

«¿Otras grandes bibliotecas?» Robert se dio cuenta de que estaba boquiabierto. Cerró la boca; no se le ocurría nada que decir.

Tommie miró el portátil.

—De pronto está usted muy bien informado, señor Sharif.

—Pero… vamos, visto —dijo el joven.

—Ya. Y lo único que desea en realidad es proseguir con su amor a la literatura.

—¡Sí! Mi directora de tesis ha basado toda su carrera en *Secretos de las edades* de Gu. ¡Y ahora descubro que el gran poeta ha vuelto del Alzheimer! Es una oportunidad de las que se dan una vez en la vida… Miren. Si no creen mi biografía Google, comprueben los directorios 411. Tengo muchos clientes satisfechos, muchos de ellos estudiantes de literatura de la UCSD… ¡no es que los ayude de forma poco ética! En absoluto. —Ajá. Quizá pagar para que te hiciesen los deberes seguía estando mal visto en aquel maravilloso mundo del futuro—. No sé qué le ha pasado hayal profesor Gu, pero ¿no ha retrasado el Proyecto Bibliotoma? ¿No es eso lo que quieren?

Blount y Rivera asentían.

—Sí —dijo Tommie—. Eres algún tipo de troyano.

—¡Sólo soy un estudiante de literatura inglesa!

Tommie cabeceó.

—Podría usted ser casi cualquier cosa. Podría ser un comité. Cuando quieren parecer un amante de la literatura, ponen a hablar a un miembro que sabe de poesía. —Tommie se recostó en la silla—. Hay un viejo proverbio: la confianza comienza con el contacto personal. En su biografía no veo ninguna cadena fiable de confianza.

Sharif se puso en pie y atravesó a medias la mesa. Miró hacia arriba, agitando los brazos al cielo.

—¿Me quieren en persona? Los puedo satisfacer. Miren ahí abajo, al banco, junto al camino.

Tommie reclinó su silla aún más y miró por encima del hombro. Robert se acercó al ventanal y se asomó. Buena parte de la multitud ya se había dispersado, dejando atrás a algunos de los manifestantes más recalcitrantes. El sendero era una serpiente de baldosas que iba colina arriba, cuya cabeza llegaba justo al borde de la terraza de la biblioteca. Era un mosaico de verdad, arte nuevo desde los años de Robert en la UCSD.

—Vine desde Corvallis para ver al profesor Gu. Por favor, no me rechacen ahora.

Y allá abajo, junto al sendero, había un segundo Zulfi Sharif, uno que no era en absoluto virtual. Miraba hacia arriba y saludaba.

13
Nace la banda de Miri

Desde que tenía memoria, siempre había tenido el mismo problema con sus abuelos. Los padres de Alice, y también los abuelos de Alice, habían vivido en Chicago; ninguno había sobrevivido. Por parte de Bob, Robert había estado casi muerto, pero ¡luego había vuelto! Ahora Miri se temía que volvía a perderle.

Y luego estaba Lena…

Lena Gu estaba muerta en los registros. Lena había convencido a Bob para que montase esa mentira con los Amigos de la Intimidad. Lena incluso le había ordenado que ocultase los detalles a Miri. Pero Bob se lo había contado. Lo que fue inteligente, porque Miri habría acabado descubriéndolo igualmente. De esta forma Miri quedaba prisionera de sus promesas a Bob. No le había contado a Robert ni una pizca de la verdad, incluso cuando todavía se hablaban y él estaba tan desesperado.

Pero en aquellos momentos era Miri la que se iba desesperando. Hacía cinco meses que no veía a Lena. Casi había llamado a Lena tras el incidente Ezra Pound. Pero con eso sólo habría logrado confirmar la opinión que Lena tenía de Robert. Bob quería ignorar los problemas de Robert; el muy cobarde. Alice no era una cobarde, pero estaba muy enfrascada en entrenarse y no tenía tiempo. *Vale, puedo ocuparme de esto yo sola*, se dijo Miri. Había concebido un ingenioso plan de rehabilitación trabajando con Zulfi Sharif. Al principio, había sido genial. El vestible de Sharif había sido fácil de manipular; tenía acceso directo a Robert. Pero después del viaje de Robert a la UCSD, Miri se dio cuenta de que alguien más usaba a Sharif.

Definitivamente era hora de visitar a Lena.

Miri esperó al fin de semana y tomó un coche hasta Pyramid Hill. Los sábados estaba realmente atestado. Bob decía que le recordaba a los salones de videojuegos de su infancia. Tenías que viajar físicamente hasta el parque, pero una vez allí podías sensotocar los mejores juegos. Lo administraba Baja Casinos, pero era para chicos demasiado pequeños para apostar legalmente. Para Miri lo importante era que el parque disponía de muy buena seguridad. Incluso si Robert sentía curiosidad sobre su paradero, era muy poco probable que pudiese seguirla hasta llegar a Lena.

Sacó la bicicleta del colgador trasero del coche y la imaginó como un pequeño burro. Para sí misma había escogido los rasgos clásicos anime: grandes ojos, pelo de punta y boca diminuta. Eso bastaría para desalentar a cualquiera que pretendiese jugar con ella.

Miri llevó el burrito por un sendero que daba la vuelta a la colina. Rechazó el imaginario anime para ver qué era lo más popular ese día. Qué desagradable. En su mayoría eran tonterías Scooch-a-mout. Salsipuedes y baba llagas por todas partes. Un año antes nadie había oído hablar de los scoochis y ya eran más famosos que algunas grandes corporaciones. Incluso habían hecho mella en la megasalida del más reciente *Regreso al Cretácico*. Había cientos de tipos diferentes de scoochis. Algunos eran propiedad intelectual ladinamente robada. El resto pertenecía al folclore del mundo remoto. Las imágenes eran muy, muy cutres, sin la más mínima creatividad. Quizá por eso los niños pequeños eran sus mayores fans.

Cerca de la cumbre de la colina, un Pequeño Scooch-a-mout rugía. El sonido no eran vatios sacados de un sintetizador. El Scooch-a-mout viajero era como ella veía el lanzador de caída libre del parque. La cápsula de viaje surgía de las profundidades de la colina y alcanzaba cuatro ges antes de volar inercialmente por el cielo, ofreciendo a los pasajeros casi un minuto de gravedad cero antes de caer en el anexo del parque. Era el viaje más espectacular del sur de California. Los amigos de Miri lo desdeñaban: «Bien podrías ser un paquete UP/Ex.» Pero cuando Miri era pequeña se había pasado más de una tarde dando tumbos por el cielo.

Aquel día llegó a medio camino de la salida este sin escoger ningún juego en concreto. Tuvo cuidado de no tocar, y menos aún cabalgar, los robots. Evitó sobre todo los bichos monos y peludos. Excepto en las salidas, la regla de Pyramid Hill era: «Lo tocas, lo pagas.» Quizá debiera comprar un juego simplemente para reducir la presión de la mercadotecnia.

Se detuvo, miró al otro lado de la colina. Había mucho ruido y acción, pero si prestabas atención te dabas cuentas de que los chicos en los arbustos jugaban realmente en otros universos, todo coreografiado de forma que ni jugadores ni equipo se metiesen en el camino de otros. Había escogido la tapadera adecuada; para aquellos imbéciles el anime clásico era demasiado intelectual.

—¿Qué tal *Espíritu Gemelo*? Para eso sólo te hacen falta dos físicos.

—*¡Ah!* —Miri casi se cae del burrito. Se giró, situando la bicicleta delante de la voz. Una persona real, también de anime. Miri pasó a la visión real: *Juan Orozco.* Hablando de mala suerte. Nunca hubiese dicho que a él le gustase el anime clásico.

Miri encontró su voz, una voz inglesa chillona y aguda que Annette Russell le había regalado.

—Me temo que hoy no. Busco algo más espectacular.

Orozco, y el bicho pelopincho al que representaba, inclinó la cabeza inquisitivamente.

—Eres Miri Gu, ¿verdad?

Era una tremenda falta de etiqueta, pero ¿qué se podía esperar de un perdedor de catorce años?

—¿Y? Sigo sin querer jugar. —Le dio la espalda y empujó la bici por el sendero. Orozco la siguió. Tenía una bicicleta plegable que no le daba trabajo.

—¿Sabes que soy el compañero de tu abuelo en la clase de composición de la señora Chumlig?

— Lo sabía. —¡Maldición! Si Juan descubría lo que Miri tramaba, entonces Robert también podría enterarse—. ¿Me has estado siguiendo?

—¡No va en contra de la ley!

—No es muy cortés. —Se limitó a seguir avanzando rápidamente, sin mirarlo.

—No he estado siguiéndote segundo a segundo. Simplemente tenía la esperanza de encontrarme contigo y te vi entrar por la puerta oeste… —Así que quizá simplemente hubiese establecido alertas de proximidad—. ¿Sabes?, tu abuelo intenta ayudarme. Con mi escritura. Creo que estoy mejorando. y yo le enseño a vestir. Pero… siento pena por él. Parece siempre furioso.

Miri siguió caminando.

—En todo caso, pensaba yo que si pudiese reunirse con algunos de sus viejos amigos… quizá se sintiera mejor.

Miri se volvió de súbito. —¿Estás reclutando?

—¡No! Es decir, tengo una afiliación a la que le vendrían bien unos mayores, pero no se trata de eso. Tu abuelo me está ayudando y yo quiero ayudarle a él.

Bajaban, acercándose a la puerta este. Era la última oportunidad para Pyramid Hill de ganar dinero. Cuanto más te acercabas a la puerta, mayores eran los esfuerzos por venderte todas las realidades soportadas por el parque. Los peluches bailaban juguetones a tu alrededor, rogando ser recogidos. Los bichos eran mecanismos reales; si alargabas la mano y los tocabas, bajo la mano encontrabas pelaje largo y abundante, y verdadera masa en sus cuerpos. Cerca de la puerta, la administración quería venderte esos robotitos, y un adiós había convencido a miles de niños que por lo demás se resistían. Cuando Miri era más joven, compraba como una muñeca al mes. Sus favoritas todavía funcionaban en su dormitorio.

Llevó su pobre burrito entre la gente, evitando los osos parlantes y los Scooch-a-mout en miniatura, y a los niños reales. y de pronto estuvieron fuera. Miri se desconcertó momentáneamente y perdió su imagen. Era una niña gordita y normal, y su bici no era más que un artefacto estúpido. Orozco simplemente parecía delgaducho y nervioso. Tenía una flamante bicicleta nueva, pero no parecía capaz

de desplegarla.

No quiero que descubra lo de Lena.

Lanzó un dedo hacia el pecho del chico.

—Mi abuelo está bien. No necesita que le recluten en ningún plan de pago. Fuera de la escuela te mantendrás alejado de él. —Hizo aparecer las imágenes que Annette había creado para su grupo Vengadores. El chico hizo una mueca.

—Pero ¡si sólo quiero ayudar!

—Y más aún, si te pillo siguiéndome… —Pasó a un modo anónimo, un envío aplazado que Juan no vería hasta al cabo de unas horas.

Anónimo —› Juan Orozco: ‹ms› Si me haces enfadar de verdad, tus registros escolares darán la impresión de que intentaste manipular las notas.‹/ms›

Juan abrió un poco más los ojos a causa del súbito silencio. Tendría tiempo para cocerse en su salsa con lo que estaba por venir.

No era más que una amenaza huera, claro está; Miri respetaba la ley, aunque fingiese lo contrario.

Corrió con la bicicleta un par de pasos, saltó al sillín y estuvo a punto de caerse. Luego se recuperó y fue colina abajo, alejándose de Orozco.

La comunidad de jubilados Al Final del Arco Iris estaba situada en un valle, al noreste de Pyramid Hill. Era una institución antigua y famosa. La habían fundado hacía sesenta años, mucho antes de que el suburbio llegase hasta tan lejos. Había alcanzado su máxima expansión a principios del siglo XXI, con la llegada de una oleada de nuevos ricos viejos

Miri fue pedaleando por el sendero para bicicletas, haciendo lo posible por no chocar con nadie. Su pase de visitante seguía siendo válido, pero en Al Final del Arco Iris los niños eran en general ciudadanos de segunda. De pequeña, cuando iba a visitar a Lena creía que era un pueblecito mágico. Los jardines de verdad eran tan hermosos como los falsos de West Fallbrook. Había estatuas de bronce de verdad. Las columnatas y los enlosados también eran reales, de una exquisitez que sólo igualaban los centros comerciales más caros.

Desde entonces, en la escuela ya había estudiado asuntos de vejez… y no había forma de evitar ciertas conclusiones cínicas: en Al Final del Arco Iris seguía habiendo dinero de verdad, pero era dinero que gastaba gente que no podía permitirse nada mejor. La mayoría de los que quedaban vivían de las promesas caducas y la biotecnología, desafortunados tanto en las inversiones como en la medicina.

Orozco no había intentado seguirla ni ocultar su rastro; le había visto irse por el este. Finalmente había desplegado su bici y pedaleaba hacia las viviendas de Mesitas. Le miró con los ojos entornados.

¿Podría ser Juan Orozco el gamberro que había secuestrado brevemente a Sharif en la UCSD? De ninguna forma. Aquél había sido un listillo bocazas que no hacía otra cosa que presumir. Lo que era más importante, el señor Listillo era realmente competente, quizá tan listo como la propia Miri.

Vale. En aquel momento había cuestiones más importantes. La casa de Lena se encontraba al final de la segunda calle, subiendo. Era hora de imaginar y visualizar. Había pensado mucho en ese encuentro, considerando todo lo que podría decir, todas las cosas tristes que podría ver. Miri había construido una visión especial. Se basaba en elementos que llevaba refinando desde segundo curso, cuando aprendió por sí sola el significado de «osteoporosis intratable variante 12».

Primero, hizo que los árboles que bordeaban el camino fuesen más altos y más anchos, muy diferentes a las palmeras. Mientras ascendía, las hojas fueron reemplazadas por largas ramas de árboles de hoja perenne. Por supuesto, Miri no tenía apoyo *físico* para nada de eso. No llevaba franjas de juego en la camisa; no disponía de microenfriamiento. El sol todavía brillaba con fuerza, incluso si ella hacía que el cielo estuviese cubierto y que los árboles se inclinasen. Quizá debiese considerar el calor corno un hechizo. Ya se había planteado hacerlo antes, pero siempre parecían más importantes otras mejoras. Después de tantos meses de soñar despierta, esa visión estaba exenta de cualquier arte comercial. Bebía de cientos de fantasías, pero el efecto pertenecía totalmente a Miri unido a su idea de Lena. Jamás lo había hecho público. La mayoría de las visiones eran más divertidas si se compartían, pero no en este caso.

Finalmente se detuvo y bajó de la bici. Debía recorrer los últimos metros a pie. Había otras personas por los alrededores, pero en su visión no eran más que campesinos corrientes. Veía las aceras y las rampas para las sillas de ruedas como senderos del bosque y escalones mohosos gastados por el tiempo. Tropezó más de una vez por las inconsistencias, pero parecía lo justo en el caso de una humilde suplicante como ella.

Y llego hasta el bosquecillo interior. Había senderos laterales ocasionales, señales de cabañas ocultas en las profundidades del bosque. Allí sus árboles eran muy viejos, de ramas inmensas que se cernían sobre su cabeza. Miri empujó la bicicleta siguiendo el antiguo camino. La gente del bosquecillo interior tenía otro nivel… no era de la categoría de Lena, pero aun así poseía poderes respetables. Miri mantuvo la vista fija en el suelo y deseó que nadie le hablase.

Pasó la última curva y caminó otros quince metros hasta una gran cabaña de madera. Cuando alzaba la vista veía huecos en las copas, pero no el cielo, sino un verde soleado. Las ramas más altas estaban

justo sobre la cabaña. La de la más bruja de las brujas. La fuente de la sabiduría antigua. Apoyó la bicicleta contra la madera y alargó la mano para golpear la enorme aldaba de metal. El sonido resonó con fuerza. Ignoró la melodía tonta del siglo XX que sonó en realidad; era el viejo timbre que Lena se había traído de Palo Alto.

Al cabo de un momento Miri oyó pasos en el interior. ¿Pasos? La enorme puerta se abrió hacia dentro con un crujido y lo que Miri vio fue para ella una conmoción: una mujer, que no parecía mucho mayor que los profesores del instituto. *¡Qué haces aquí!* Miri la estudió un momento, sin habla. Rara vez se llevaba sorpresas de ese calibre. Se recuperó pasado un momento y asintió respetuosa.

—¿Xiu Xiang?

—Sí. Eres Miri, ¿verdad? La nieta de Lena. —Se hizo a un lado y le indicó que entrase.

—Mmm, no sabía que me reconocería. —Miri entró, conjurando imágenes a toda prisa. Xiu Xiang tenía un aspecto demasiado juvenil para ser una bruja de verdad. *¡Vale, la convertiré en aprendiz de Lena, una cómodicegoogle… una bruja novata!*

La novata Xiang le sonrió.

—Lena me ha enseñado fotos. Además, una vez te vi en la escuela.

Lena me dijo que vendrías, tarde o temprano.

—Bien… ¿me recibirá?

—Se lo preguntaré.

Miri hizo un gesto de cortesía.

—Gracias, señora.

La novata Xiang guió a Miri hasta un sillón tapizado situado cerca de una mesa llena de libros.

—Volveré dentro de un momento.

Miri se acomodó en el sillón. Vaya. Era de plástico duro. En cuanto a la mesa… bien, los libros eran de verdad, de los que algunas personas usaban para lecturas al momento. Contenían el texto que uno quería, pero las páginas eran reales. Claro, no eran los objetos gruesos y pesados que Miri imaginaba, pero sí que los había a montones. Encima había una página visor, totalmente fuera de lugar y una confesión de ineptitud. Miri la transformó rápidamente en un grimorio. Se sentó en el borde del sillón y examinó los libros. Ingeniería eléctrica y mecánica. Debían de ser de la novata Xiang; Miri había comprobado el pasado de todos los estudiantes de las clases de Robert. La caja de juguetes que había bajo la mesa debía de contener lo que había construido en taller. Miri reconoció la bandeja de transporte doblada que había visto en las noticias.

Qué coincidencia más increíble que Xiu Xiang viviese con Lena…

Ruidos a su espalda. La puerta interior se abría. Era la novata

Xiang, con una bruja mayor siguiéndola. Miri ya tenía preparadas las imágenes. La silla real de Lena disponía de seis ruedecitas dispuestas en ejes articulados, muy práctica y aburrida. Pero la silla de la matriarca Gu era de ruedas de madera altas revestidas de plata e inclinadas hacia fuera. Cuando se movía dejaba una estela de chispas azules. Miri veía a Lena vestida de negro profundo, un negro que absorbía la luz de la estancia, como era propio de la magia clásica. Un negro que impedía ver los detalles de la ropa. El sombrero de punta y ala ancha colgaba garboso del respaldo alto de la silla. Y ahí terminaban los efectos especiales de Miri. El resto se conservaba tal y como era en realidad. De hecho, sus *visiones* no tenían otro sentido que ofrecer a su abuela el marco adecuado, uno que destacase lo maravillosa que era en realidad.

La bruja mayor estudió a Miri de arriba abajo.

—¿Bob no te pidió que me dejases en paz? —No parecía enfadada, como Miri había temido que estuviera.

—Sí. Pero te echo mucho de menos.

—Oh. —Se inclinó un poco—. ¿Cómo está tu madre, Miri? ¿Está bien?

—Alice está bien. —Lena sabía demasiado sobre Alice, pero no tenía necesidad de saber tanto. Además, Lena no podía ayudar a Alice —. Quería hablarte de otras cosas.

La matriarca Gu suspiró y cerró los ojos, muy hundidos. Cuando los abrió, era posible que la expresión fuese una sonrisa.

—Bien, me alegro de verte, niña. Simplemente no quiero discutir contigo ni con Bob. Y sobre todo, no quiero que Ya-Sabes-Quién sepa que ando por aquí.

—Sólo voy a discutir un poco, Lena. —*Lo suficiente como para lograr algo ahora y, sin embargo, poder volver a visitarte*—. No te preocupes por Ya-Sabes-Quién. —Las palabras de la matriarca Gu surgían directamente de la tradición fantástica, aunque resultaba triste que Robert representase el papel del mal definitivo—. Te prometo que no se lo contaré. —*Al menos, no sin tu permiso*—. He tomado muchas precauciones para venir aquí. Además, a Ya-Sabes-Quién no se le da bien fisgonear.

Lena cabeceó.

—Eso es lo que tú crees.

La novata Xiang se sentó junto a la silla de ruedas y las observó en silencio. Quizá pudiese ayudar.

—Usted ve a Ya-Sabes-Quién todos los días, ¿no, señora? —dijo Miri.

—Sí —dijo Xiang—, en el taller y en búsqueda y análisis de Louise Chumlig.

—La clase de la señora Chumlig no está tan mal. —*Al menos para*

ser una clase para imbéciles. Miri tuvo los reflejos de suprimir el comentario, pero aun así notó que enrojecía.

La novata Xiang no pareció darse cuenta.

—La verdad es que es muy buena. Se lo he estado contando a Lena. —Miró a la bruja mayor—. Louise sabe detalles sobre cómo plantear preguntas que a mí me llevó toda una vida comprender. Y más que nadie, me ha demostrado la importancia del análisis empaquetado. —Señaló el viejo grimorio. Miri quedó un poco sorprendida. Sí, la señora Chumlig era agradable, pero no hacía más que repetir tópicos y hablaba sin parar.

Pero tampoco podía contradecir a una bruja novata, y Miri deseaba congraciarse con ella. Hundió la cabeza.

—Sí, señora. En cualquier caso, ve mucho a Ya-Sabes-Quién. ¿Es de verdad una persona tan terrible?

Xiu Xiang cabeceó.

—Es un hombre extraño. Tiene un aspecto muy juvenil. Robert… es decir Ya-Sabes-Quién… puede ser muy amable y de pronto abrirte en canal. Se lo he visto hacer a varios niños. Los mayores se alejan de él. Creo que Winston Blount le odia.

Sí. Miri había observado a Winston Blount el sábado, en la biblioteca de la UCSD. Había concentrado gran parte de su atención en la batalla por Zulfikar Sharif, pero la hostilidad de Blount no le había pasado inadvertida.

La novata Xiang miró a la frágil dama de la silla de ruedas.

—Me temo que Lena tiene razón. Manipula a la gente. Dijo que le gustaba mi proyecto de taller y luego se lo llevó.

Lena se carcajeó; algo que se le podía dar muy bien a una persona mayor. Según Miri, era el único aspecto positivo de la vejez.

—Xiu, Xiu. Me dijiste que te había encantado verle destrozar el coche.

La novata Xiang parecía avergonzada.

—Bueno, sí. Me metí en la ciencia a través de los modelos de cohetes y los controles de radiofrecuencia caseros. Nunca he sido nada sin la experiencia práctica. Hoy en día, el acceso a los objetos reales queda limitado por capas y capas de burocracia automática… y supongo que mi propio EHS tiene en parte la culpa. Así que Robert y yo queríamos romper algo y le aplaudí por *actuar*. Pero lo que yo quería no le importaba. No fui más que una herramienta conveniente.

Lena volvió a reír.

—Tienes mucha suerte. Aprendiste en unos cuantos días lo que a mí me llevó años. —Levantó una mano corno una garra para apartarse el pelo. La medicina moderna no le había fallado del todo a Lena Gu. Cinco años antes sufría Parkinson. Miri recordaba los temblores. La medicina moderna había invertido el Parkinson, había conservado su

mente, había detenido varias dolencias grandes y pequeñas. Pero su osteoporosis seguía siendo incurable. Ya en segundo curso Miri había comprendido las razones técnicas de ese hecho. La razón moral era algo que ni siquiera Alice podía explicar.

Miri estudió el rostro arrugado de la bruja mayor.

—Me alegro de que te llevase años comprender a Ya-Sabes-Quién. En caso contrario no habríais tenido a Bob y no le habríais criado para casarse con Alice… y yo no habría llegado a existir.

Lena apartó la vista.

—Sí —gruñó—. Bobby fue mi única razón para seguir con tu abuelo. Le dimos un buen hogar a Bobby. Y era casi humano con el chico, al menos hasta que quedó claro que no podía dirigir la vida adulta de Bob. Para entonces, Bob había escapado a los marines. —Su mirada regresó a Miri—. Me felicito por ello. Cometí un terrible error al casarme con tu abuelo, pero di la existencia a dos vidas adorables… y sólo me costó veinte años.

—¿Jamás le echas de menos?

La matriarca Gu entornó los párpados.

—Eso se acerca peligrosamente a discutir conmigo, jovencita.

—Lo siento. —Miri se acercó para arrodillarse junto a la silla de ruedas de Lena. Agarró la mano de la anciana, que sonrió. Sabía lo que vendría a continuación, pero no poseía ninguna defensa totalmente efectiva—. Disfrutaste de todos esos años lejos de él. Recuerdo que tú nos visitabas, mientras que Ya-Sabes-Quién estaba bien y no nos visitaba nunca. —Incluso entonces, Lena era una ancianita, una doctora ocupada que sonreía sobre todo cuando hablaba con Miri—. ¿Eras feliz?

—¡Claro que lo era! ¡Después de tantos años me había librado del monstruo!

—Pero Ya-Sabes-Quién fue perdiendo la cabeza y tú le ayudaste.

Lena hizo un gesto de exasperación y miró a la novata Xiang.

—Cuando te lo diga, echa a esta mocosa a patadas.

Xiang no parecía del todo segura.

—Eh, vale.

—Pero… todavía no. —Lena se volvió hacia Miri—. Ya lo he dicho en otras ocasiones, Miri. Bob vino a Al Final del Arco Iris y me pidió ayuda. ¿Recuerdas? Vino contigo. Bob jamás ha comprendido cómo eran las cosas entre Robert y yo. Que Dios le bendiga, pero no comprende que el afecto que veía no era más que una representación en su beneficio. Pero entre sus ruegos y tu carita, acepté ayudar al monstruo durante los años finales. Y, ¿sabes?, a veces la demencia suaviza a las personas. Hubo más o menos un año en el que Robert estaba completamente indefenso, pero todavía podía reconocer a la gente y recordar nuestros años juntos… Hubo un periodo en el que se

le podía tratar. ¡Nos llevamos bien durante un tiempo!

Miri asintió.

—Y luego descubrieron cómo curar la demencia concreta de Robert. Para entonces tu abuelo había pasado de lo dócil a una especie de estado vegetativo. Miri, yo me hubiese quedado con él hasta el final de no haberse interpuesto la cura milagrosa. Pero ya sabía lo que pasaría. El monstruo regresaría. —Lena avanzó un dedo retorcido hacia su nieta—. Ya me había engañado una vez, no iba a picar otra. Así que prefiero mantenerme alejada. ¿Comprendes?

Pero la otra mano siguió con la de Miri; la niña la apretó.

—Pero ¿no es posible que ahora sea diferente? Cuando curaron al abuelo, una parte de él ya había muerto. —Era la teoría de Jin Li, no de Miri—. Sé que ahora está furioso muchas veces, pero es porque ha perdido muchas cosas. Quizá todo lo malo que recuerdas también haya desaparecido.

Lena agitó la mano en dirección a la novata Xiang.

—¿No has oído lo que ha contado Xiu sobre su nueva nobleza de carácter?

Miri pensó son rapidez: con Alice nunca surtía efecto, pero en ocasiones un cambio rápido de tema distraía a Bob. Miró a la novata Xiang.

—Lena, vives aquí desde que el abuelo enfermó. Podrías haberte mudado a cualquier lugar, porque ya no nos visitas nunca. Pero sigues a quince kilómetros.

Lena alzó la barbilla.

—Llevo años viviendo en San Diego. No vaya renunciar a ver a mis amigos, a comprar en las tiendas de siempre, a los paseos por el campo… bueno, he renunciado a los paseos. Lo que quiero decir es que ni siquiera resucitado voy a permitir que Ya-Sabes-Quién dirija mi vida.

—Pero… —*¡En este punto el hielo es muy delgado!*—. ¿Conocías de antes a la doctora Xiang?

La bruja mayor apretó los labios.

—No. y no vas a comentar ni a dar a entender con un silencio lastimero que, dado que hay dos mil quinientos ancianos en Al Final del Arco Iris, nuestra relación no puede ser una coincidencia.

Miri guardó silencio.

Finalmente, la novata Xiang habló.

—Fue decisión mía. Me trasladé aquí este verano, más o menos cuando recibí mi ponte-en-pie-y-vuelve. Soy una de las personas más ancianas que viven en Al Final del Arco Iris, pero soy tan alegre y vivaz… que no saben qué hacer conmigo. —Una extraña sonrisa triste —. Así que me ofrecí para compartir. Ha salido bastante bien. Tu abuela es diez años más joven que yo, pero a nuestra edad eso no

importa mucho. —Tocó a Lena en el hombro.

Miri recordó que Lena Llewelyn Gu había tenido consulta psiquiátrica durante años en Al Final del Arco Iris. Si alguien podía arreglar un emparejamiento con Xiu Xiang, era ella. Abrió la boca para comentarlo… y percibió el brillo de advertencia en los ojos de Lena, tan claro como cualquier otro mensaje silencioso.

Lena se rebulló en la silla.

—¿Ves, mi niña? Pura coincidencia. Pero admito que ha resultado útil. Xiu me mantiene al día con las aventuras de Ya-Sabes-Quién en la educación moderna. —Soltó una desagradable carcajada de bruja que no precisaba ninguna contribución de los efectos especiales de Miri.

—Sí —dijo Xiang—. Le vigilamos con nuestro ojo colectivo.

—Esta vez el monstruo no va a pillarme por sorpresa.

Miri se inclinó hacia atrás.

—¡Mantenéis una entidad conjunta! —No había soñado que las dos brujas pudiesen ser verdadera y modernamente mágicas.

—¿Una qué? —dijo la novata Xiang.

—Una entidad conjunta. Compañeras con fuerzas y debilidades complementarias. En público una sola entidad representada por el compañero con movilidad. Pero lo que puede hacer y comprender es lo mejor de ambos.

Xiang la miró sin comprender.

Oh. Miri hizo un ping a las dos. Salvo por el equipamiento médico de Lena, estaban totalmente desconectadas. Las imágenes de Miri la habían confundido por completo.

—No viste, ¿verdad?

Xiu hizo un gesto hacia la mesa.

—Tengo la página visor yesos libros. Intento aprender cosas serias, Miri. No tengo tiempo para molestarme en vestir.

Miri casi olvidó su misión.

—Doctora Xiang, se confunde con los vestibles. Es decir, ¿no lo ha comentado la señora Chumlig? Algunos análisis empaquetados no ofrecen tracción a menos que los ejecutes con vídeo estático.

La novata Xiang asintió reacia.

—Me mostró BLAST9. Pero no parecía otra cosa que un diseño molecular disfrazado de juego tonto.

—Pero ¡sólo lo ha ejecutado en la página visor!

La joven bruja se hundió.

—Tengo mucho que aprender, Miri. Estoy trabajando con lo simple, con lo que puedo ejecutar en la página visor.

Lena observó a Xiang un segundo y luego pareció marchitarse en la silla. Miró a su nieta.

—Pobre Miri. No lo entiendes. Vives en una época que cree posible ignorar la condición humana. —Inclinó la cabeza—. Nunca

has leído *Secretos de las edades,* ¿verdad?

—¡Claro que lo he leído!

—Perdona, Miri, claro que lo has leído. Después de todo, es el logro más famoso de mi odioso ex marido. Y voy a concedérselo: esos poemas son obra de un genio. Su «gravedad implacable» es todo su dolor empleado para sostener grandes verdades. Pero no puedes apreciarlo, ¿no es así, Miri? Vives rodeada de promesas médicas y curas a medias. Eso te distrae del sustrato de la realidad. —Calló y cabeceó. Parecía como si los temblores de antaño hubiesen vuelto, pero quizá simplemente se tratase de indecisión al preguntarse si debía decir más—. Miri, la verdad es que, si tenemos cuidado y suerte, llegamos a vivir hasta la vejez, sintiéndonos débiles y extremadamente cansados. La agonía tiene un final.

—¡No! Mejorarás, Lena. Sólo has tenido mala suerte. Es sólo cuestión de tiempo.

Se oyó un débil estallido de la risa de bruja y Miri recordó que «es sólo cuestión de tiempo» era el verso que se repetía en el ciclo poético de Robert.

Por un momento, abuela y nieta se miraron con certidumbre. Luego Lena dijo:

—Y aquí es donde suponía que llegaría nuestra charla. Lo lamento, Miri.

Miri inclinó la cabeza. «Pero ¡si sólo quiero ayudar!» Extraño. Ese mismo había sido el patético comentario del chico, Orozco. Dirigido a Miri. Vale, quizá no fuese un imbécil integral. y quizá fuese de ayuda. Pero también había dicho otra cosa, que ahora resultaba infinitamente más importante… ¡Sí! De pronto Miri supo cómo convertir la derrota en victoria. Miró al rostro de su abuela y sonrió con inocencia:

—Lena, ¿sabías que… Ya-Sabes-Quién está aprendiendo a vestir?

14
El extraño misterioso

A pesar de que habían pasado tres semanas, Robert y Juan seguían estudiando juntos justo después de clase. Iban a las gradas y un ignorante hacía lo posible por enseñar al otro.

De vez en cuando Fred y Jerry Radner los acompañaban, tercer y cuarto ignorantes oficiosos. Los gemelos formaban grupo en la clase de composición de Chumlig, pero parecían sentir un placer inocente observando los progresos de Robert, dando consejos más vistosos que los de Juan pero rara vez más útiles.

Y quedaba la quinta ignorante. Xiu Xiang se había acobardado y había abandonado composición creativa, pero seguía asistiendo a las otras clases de Fairmont. Y al igual que Robert, aprendía a vestir; últimamente vestía una blusa de volantes y cuentas… otro tipo de prenda Epifanía de iniciación. Allí estaba la tarde en que Robert y Juan se toparon con los chilenos. Fue en la pista que bordeaba el campo de atletismo. No parecía haber nadie más por las inmediaciones; pasaría un buen rato hasta que llegasen los equipos.

Miri —› Juan: ‹ms›¡Eh! Despierta, Orozco. Aviso ‹enum!›.‹/ms›

Juan —› Miri: ‹ms› Lo siento, no los había visto.‹/ms›

Miri —› Juan: ‹ms› También te los pasaste ayer. Responde antes de que cambien a los Radner. Te dije que pueden ser una buena práctica.‹/ms›

Juan —› Miri: ‹ms› ¡Vale, vale!‹/ms›

—Eh —dijo Juan de pronto—, doctores Gu i Xiu. ¡Miren! —Envió un permiso enum a la Epifanía de Robert. Era igual que los blancos con los que habían estado trabajando en días anteriores. El chico afirmaba que, si practicabas, esa interacción resultaba tan natural como mirar a una persona que te señalaban. A Robert Gu no le resultaba tan fácil. Se detuvo y miró el icono con los ojos entornados. Era un gesto que, por defecto, concedía el acceso. Nada. Tecleó en el teclado fantasma. Se dio cuenta de que Xiang, a unos pasos de distancia, hacía lo mismo.

Y de pronto había media docena de estudiantes, todos hablando en español.

Miri —› Juan, Lena, Xiu: ‹ms› Vale, creo que Robert los ve.‹/ms›

Lena —› Juan, Miri, Xiu: ‹ms› ¡Los veo! ¿Los ves tú, Xiu?‹/ms›

Xiu —› Juan, Lena, Miri: ‹rns› Todavía no, debo… ‹/ms›

Miri —› Juan, Lena, Xiu: ‹ms› No intente responder a los mensajes, doctora Xiang. Todavía no tiene la velocidad suficiente; Robert sospechará. Simplemente hable en voz alta, como si hablase con él o

Juan.‹/ms›

Xiang guardó silencio un momento, todavía tecleando. Vestir se le daba todavía peor que a Robert. Luego dijo:

—¡Sí, los veo! —Miró de soslayo a Juan Orozco—. ¿Quiénes son?

—Amigos de Fred y Jerry. Muy del sur. De Chile.

Miri —› Juan: ‹ms› Diles que jueguen a monstruo sincronizado.‹/ms›

Juan —› Miri: ‹ms› Vale.‹/ms›

Juan habló en español a los visitantes, tan rápido que Robert no entendió casi nada. Los visitantes se echaron atrás y el espacio despejado quedó ocupado por *algo* color púrpura.

Xiang rio.

—Yo también lo veo. Pero la criatura… ni siquiera pretende ser realista.

Robert se inclinó para acercarse a la visión desigual.

—Pretende ser un animal de peluche. —Tenía las costuras toscas y el relleno se escapaba entre las puntadas. Pero medía más de dos metros de altura y, cuando Robert se acercó, se alejó de él arrastrando los pies.

Robert rio.

—He leído acerca de estas cosas.

Lena —› Juan, Miri, Xiu: ‹ms› Lo he buscado, Xiu. Tú te mueves y él se mueve. Pero cada uno de vosotros sólo controla una parte.‹/ms›

—Oh —Xiu Xiang avanzó bloqueando la retirada de la criatura. Las patas traseras se detuvieron pero las delanteras siguieron empujando, por lo que casi se cayó.

Miri —› Juan: ‹ms› Diles que el objetivo es hacer que baile con elegancia. ‹/ms› Juan dijo:

—La idea es cooperar para que se mueva. Baila a su alrededor, Xiu. Lo hizo. La música fue siguiendo sus movimientos. Las patas traseras de la criatura volvieron a ponerse en marcha y el trasero seguía los movimientos de la mujer. A los niños de Chile les pareció muy gracioso.

Cuando Robert inclinó la cabeza y se meneó, la música aumentó de volumen. Juan se puso a dar palmas y los hombros de la bestia se agitaron al ritmo de la música. Los chilenos observaban en silencio. Parecían tan sólidos como Juan y Xiu Xiang, pero no eran más expertos que la mayoría de los usuarios de San Diego. Las sombras iban en sentido contrario y sus pies sólo mantenían un precario contacto con la hierba del prado. Pero al cabo de un instante oyeron la música, también se pusieron a dar palmas, y la cola del bicho, tal vez en eso eran hábiles en aquel juego, comenzó a saltar de arriba abajo.

Robert expandió sus gestos, tomando el control de las garras blandas de la criatura. Por un momento el monstruo bailó al son de la

música manteniendo la sincronización de todos los gestos. Pero el retraso de la red era de medio segundo más o menos y, lo que era peor, variaba aleatoriamente desde una diminuta fracción de segundo hasta un segundo entero. El baile fue cada vez más caótico a medida que se compensaban y se hipercompensaban los errores, hasta que la cola golpeó las garras traseras. La criatura giró y agitó las patas en todas direcciones.

Lena —› Juan, Miri, Xiu; ‹ms›¡Ha sido divertido!‹/ms›

—¡Maldita sea! —dijo Robert.

Pero todos reían sin que hubiese ninguna víctima en concreto para las risas. Uno a uno, los niños distantes fueron desapareciendo, hasta que sólo quedó la gente real: Robert, Juan y Xiu Xiang.

—¡Podríamos haberlo hecho mejor, Juan! —dijo Robert.

Lena —› Xiu: ‹ms›¿Ves? Siempre se está quejando. Dale un minuto más y estará dando a entender sibilinamente que *tú* eres la culpable de todo lo que ha salido mal.‹/ms›

Juan seguía riendo.

—Lo sé, lo sé. Pero el enlace de red era una completa porquería. Hay empresas de juego que te dan gratis red mala porque te vuelves tan loco que pagas por mejorarla.

—Bueno, ¿por qué lo intentamos entonces?

—Eh, para practicar. Porque es divertido.

Robert recordó el inepto coro internacional de la UCSD.

—Deberíamos haber usado un metrónomo. ¿Puedes hacer que vuelvan los chicos?

—No, simplemente… ha sido una especie de saludo. Ya sabe, al pasar uno junto al otro.

Al pasar.

—Yo no los veía hasta que no me los has enseñado. ¿El éter está atestado? —Robert atravesó el aire con la mano. ¿Cuántas realidades burbujeaban inmanentes?

—Un espacio público como éste está demasiado atestado para intentar verlo todo simultáneamente. En la línea de visión de tu Epifanía probablemente habrá unos trescientos o cuatrocientos nodos. Cada uno de ellos puede soportar decenas de superposiciones. En una multitud podría haber centenares de realidades activas e incontables potenciales de…

Miri —› Juan: ‹ms› No sigas por ahí. Mi abuelo es lo suficientemente inteligente como para ir sumando pequeñas pistas y deducir la presencia de los que estamos invisibles.‹/ms›

Juan —› Miri: ‹ms› ¿En serio? Bien, tú misma le estás dando una pista. Estás mostrando a la señora Gu de forma que sea visible para Xiu, lo que le está confundiendo. Mira cómo evita el punto donde has situado a Lena.‹/ms›

El chico pareció perder el hilo de las ideas.

—Claro está, cuando sólo hay dos o tres personas, el tráfico láser es en su mayoría simplemente potencial.

Avanzaron un poco más mientras el muchacho les enseñaba cómo navegar por las vistas públicas. Robert y Xiu Xiang practicaban siguiendo sus indicaciones, logrando alguna que otra vez una vista consensuada. Xiang parecía más relajada que al comienzo del paseo; al menos ya caminaba un poco más cerca de Juan y Robert.

Pero Xiu no respondió cuando Robert bromeó.

—Yo diría que empiezas a ser realmente desastrosa.

Lena —› Xiu: ‹ms› ¿Qué te había dicho?‹/ms›

A Robert le parecía que la tal Xiang era un bicho de lo más raro.

Xiu Xiang era rara en muchas otras cosas. Aunque había dejado la clase de composición porque era demasiado tímida para representar delante de los otros, le encantaba el taller. Cada día jugaba con un elemento nuevo del inventario. Era el único momento en que se la veía feliz, sonriendo y tarareando. Para el nuevo Robert algunos de sus proyectos eran obvios, pero con otros tenía que hacer suposiciones. Ella estaba encantada de explicárselos.

—Quizá no contenga «user-serviciable parts» —dijo—, pero ¡entiendo lo que he construido!

Cada día realizaba el equivalente a un proyecto estudiantil semestral y disfrutaba de cada minuto.

Xiu no estaba completamente loca; normalmente no aparecía mientras Robert Gu enseñaba cosas a Juan. Robert jamás había enseñado a niños y no le gustaban los incompetentes. A pesar de sus buenas intenciones, Juan, el pobre, era ambas cosas. y Robert fingía enseñarle a escribir.

—Es fácil, Juan —se oyó decir Robert. *¡Además de fingir, mientes!* Bien, quizá no fuese una mentira: escribir basura era muy fácil Veinte años de dar clases en seminarios de poesía para graduados se lo habían demostrado. Escribir bien era una cosa completamente diferente. Escribir belleza sonora era algo que no se podía enseñar por mucho que uno quisiera. Los genios debían aprender por sí solos. Juan Orozco era mucho menos capaz que los antiguos alumnos de Robert. Para los parámetros del siglo XX era casi analfabeto… excepto cuando precisaba palabras para acceder a datos o interpretar resultados. Vale, no era casi analfabeto. A lo mejor existía algún otro término para describir a esos niños lisiados. ¿«Paraalfabetizados»? *Y estoy seguro de que también puedo enseñarle a escribir una porquería.*

Por tanto, se sentaban en la grada de más arriba lanzando palabras al cielo. Juan Orozco no prestaba atención a los corredores del campo ni a los partidos. Llegó un momento en que ni siquiera jugaba con los tipos de letras.

Llegó un día en que escribió algo que producía efecto y creaba una imagen. No era una absoluta porquería. Casi tenía la calidad de un tópico gastado. El chico miró al cielo durante medio minuto, boquiabierto.

—Tiene tanta… garra. Las palabras me hacen ver imágenes. —Miró a un lado, hacia Robert. Sonrió—. Tú con el vestir, yo con la escritura. ¡Estamos mejorando mucho!

—Quizás estemos a la misma altura. —Pero Robert no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Pasó una semana. La mayoría de las noches Robert se entrevistaba con Zulfi Sharif. Después de clase y a veces los fines de semana, Juan y él trabajaban juntos, casi siempre en remoto. Todavía buscaban un proyecto para el semestre. Robert estaba cada vez más intrigado por el problema de la coordinación remota. Juegos, música y deportes fluctuaban a más de algunos miles de kilómetros y un par de decenas de enrutadores. El chico tenía un plan estrafalario para usarlo todo a la vez.

—Podríamos hacer algo con música, música *manual*. Es mucho más fácil que la sincronización de juegos.

Robert pasaba horas seguidas sin pensar en su estado desquiciado e impotente. Para el nuevo Robert Gu, esos proyectos escolares eran más interesantes que la entrevistas aduladoras de Sharif… y mucho más interesantes que sus visitas ocasionales a la UCSD. Habían suspendido temporalmente el troceado de la biblioteca, aparentemente debido a la manifestación y su dramática aparición casual. Pero sin los manifestantes, la biblioteca estaba muerta. Los estudiantes modernos no la usaban demasiado. Sólo quedaba el Conciliábulo de Ancianos de Winnie, en el sexto piso, rebeldes con una causa súbitamente suspendida.

Robert y Xiu Xiang ya dominaban la mayor parte de los elementos por defecto de Epifanía. Ahora, cuando miraba «justo de esa forma» un objeto real, las explicaciones iban apareciendo. Mirando o entrecerrando los ojos de la forma adecuada a los iconos de apoyo, obtenía los detalles adicionales que deseaba. Si miraba el objeto de una forma diferente, ¡a menudo veía a través y más allá! A Xiu los visuales no se le daban tan bien como a Robert. Por otra parte, si no se ponía nerviosa, se le daban mejor las búsquedas de audio: si al oír una palabra desconocida lograbas marcarla, entonces los resultados de la búsqueda aparecían automáticamente. *Eso* explicaba el vocabulario maravilloso, y los errores igualmente maravillosos, que había oído a los niños.

Miri —› Juan: ‹ms› Deberías decirle que las avanzadas son mucho más difíciles.‹/ms›

Juan —› Miri: ‹ms› Vale.‹/ms›

—¿Sabe?, doctor Gu, a Xiu ya usted se les dan realmente bien las opciones por defecto. Pero también deberían trabajar con las avanzadas.

Xiang asintió. Aquel día también estaba en visión remota, aunque no tenía un aspecto tan realista como Juan Orozco. La imagen de la mujer era perfectamente sólida, pero sus pies se fundían con el banco que tenía justo delante y, en ocasiones, Robert entreveía… ¿el fondo? ¿Su apartamento? Bromeó con ese asunto, pero, como sucedía habitualmente cuando hacía un chiste, sólo logró que se cerrara más.

Lena —› Juan, Miri, Xiu: ‹ms› ¡Qué! ¿Qué ha visto?‹/ms›

Miri —› Juan, Lena, Xiu: ‹ms› No te preocupes. Xiu dispone de un buen filtro de fondo. Además, tú estás en la cocina y ella sentada en el cuarto de estar.‹/ms›

Robert le habló a Juan.

—Bien, ¿cuáles son las avanzadas más útiles?

—Bien, está la mensajería silenciosa. La tasa de bits es tan reducida que funciona incluso cuando falla todo lo demás.

—¡Sí! He leído acerca de la mensajería silenciosa. Es como la mensajería instantánea de antaño, pero nadie te ve comunicarte.

Juan asintió.

—Así es como lo usa la mayoría de la gente.

Lena —› Juan, Miri, Xiu: ‹ms› ¡No! ¡Que el hijo de puta aprenda mensajería silenciosa por sí solo!‹/ms›

Miri —› Juan, Lena, Xiu: ‹ms› ¡Por favor, Lena!‹/ms›

Juan —› Lena, Miri, Xiu; ‹ms› Es algo que usa todo el mundo, señora.‹/ms›

Lena —› Juan, Miri, Xiu; ‹ms› ¡Yo digo que no! Ya es lo suficientemente artero.‹/ms›

El chico vaciló.

—… pero hace falta mucha práctica para usarla con fluidez. Puede dar muchos problemas si te pillan. —Quizá recordase encontronazos con profesores.

Xiang se inclinó sobre el banco. Se estaba apoyando sobre un mueble invisible.

—Bien, ¿qué más hay?

—¡Ah! Muchas cosas. Si anulas las opciones puedes ver en cualquier dirección. Puedes acotar búsquedas por defecto… para hacer una consulta sobre algo situado en una superposición, por ejemplo. Puedes mezclar vídeos de múltiples puntos de vista, de forma que puedas «estar» donde no hay punto de vista físico. Eso se llama hacer el fantasma. Si lo haces realmente bien, eres capaz de ejecutar simulaciones en tiempo real y emplear los resultados como asesoramiento físico. Por eso a los Radner se les da tan bien el béisbol y luego está el problema de falsificar resultados si das con un punto

blando de red, o si quieres que un emisor parezca más realista… —El chico siguió hablando, pero a esas alturas Robert ya era capaz de grabar lo que decía; tendría que repasar aquella conversación.

Lena —› Juan, Miri, Xiu: ‹ms› El monstruo empieza a perder el interés. Creo que se ha distraído, Juan.‹/ms›

Xiu dijo:

—Vale, vamos a empezar con lo más fácil, Juan.

—Eso sería desplazar la atención del frente adelante. —El chico les indicó algunos ejercicios simples. Robert no tenía ni idea de lo que veía Xiu Xiang. Después de todo, ella ya estaba en vista remota. Para él, mirar directamente desde atrás era fácil, especialmente si tomaba la vista desde su propia camisa. Pero Juan no quería que usasen orientación especular; decía que los confundiría cuando pasasen a otros ángulos.

Sin las opciones por defecto, era tedioso.

—Me pasaré toda la vida tecleando órdenes, Juan.

—Quizá si usas los menús oculares… —dijo Xiang.

Robert le dedicó una mirada furibunda.

—¡Lo estoy haciendo, lo estoy haciendo!

Lena —› Xiu: ‹ms› Nunca le critiques. Te la devolverá cuando te pueda hacer más daño.‹/ms›

Xiang apartó la vista de Robert. Éste miró a Juan.

—Nunca te veo teclear con los dedos.

—Soy un niño; crecí con la codificación colectiva. Incluso mi madre casi siempre usa el teclado fantasma.

—Bien, Xiu y yo somos recauchutados, Juan. Tenemos plasticidad de aprendizaje y todo eso. Enséñanos las órdenes gestuales, los guiños o lo que sea.

—¡Vale! Pero no son como los gestos estándar que ya habéis aprendido. Lo bueno es que todo es personal entre vosotros y el vestible. Los sensores dérmicos detectan estremecimientos musculares que los demás no notan. Tú le enseñas a tu Epifanía y ésta te enseña a ti.

Robert lo había leído. Resultó ser tan extraño como parecía, ¡un cruce entre aprender a hacer malabarismos y enseñar a un animal estúpido a que te ayudase con los malabarismos! Él y Xiu Xiang tuvieron unos veinte minutos para quedar como tontos antes de que los equipos de fútbol se pusieran a jugar. Pero fue tiempo de sobra para que Robert aprendiese a mirar a su alrededor simplemente con un ligero encogimiento.

Juan sonreía.

—Se os da realmente bien, para…

—¿Para ser viejos? —dijo Xiu.

Juan sonrió aún más.

—Sí. —Miró a Robert—. Si tú puedes aprender a hacer esto, quizá yo pueda aprender a encadenar palabras… Bueno, tengo que ir a ayudar a mi madre. Esta tarde hace un tour. Nos veremos mañana, ¿vale?

—Vale —dijo Xiang—. Yo también tengo que irme. ¿Cuál es la forma más elegante de lograrlo?

—¡Ah! La más elegante exige práctica… pero yo prefiero que sea chula para cualquiera que esté mirando. —Señaló a los equipos que ocupaban el campo de fútbol—. Quiero decir, para ellos. Por tanto, ¿qué tal si la convierto en icono y la guío, doctora Xiang?

—Muy bien.

La imagen de Xiang se convirtió en un punto de luz color rubí. El chico se puso en pie y le sonrió a Robert.

—Me parece que tengo la geometría lo suficientemente bien controlada para que nadie tenga que cooperar en la recepción. —Su imagen bajó por las gradas. Su ajuste de sombras era mucho mejor de lo que Sharif solía lograr. El icono de Xiang le acompañó encima del hombro. Llegó hasta la hierba y caminó siguiendo las gradas, con la figura acortándose por el efecto de la perspectiva.

Y de pronto, letras doradas colgaron sobre la visión de Robert.

Xiang —› Gu: ‹ms›¡Hasta mañana!‹/ms›

Ja. Así que ése era el aspecto de un mensaje silencioso. Robert contempló a Juan y a Xiang hasta que desaparecieron.

Lena —› Miri, Xiu: ‹ms›¡Guau[No soy capaz de distinguir la imagen de Juan de la gente real. Ese chico es listo.‹/ ms›

Miri —› Lena, Xiu: ‹ms› No lo hace mal.‹/ms›

Roben ya no tenía más clases. También se podía ir a casa. Había muchas opciones; los coches llenaban la rotonda porque los chicos volvían a casa. Pero a Roben no le apetecía mucho regresar de inmediato a Fallbrook. Vio que Miri llegaría a casa al cabo de unos minutos. Bob estaba de guardia esa noche… no sabía lo que eso significaba. Cualquier encuentro con Miri haría que Alice actuase. Roben se asombraba de haber considerado en su época a su nuera tranquila y diplomática. De forma muy sutil, daba hasta miedo. O quizá fuese simplemente que Robert había comprendido que, si Alice tomaba la decisión, Robert acabaría exiliado en Al Final del Arco Iris. No había logrado decidir si aquel nombre era puro azar u obra de alguien que realmente entendía ese lugar.

Por tanto, a quedarse por allí a mirar. Había dinámicas que no habían cambiado desde su niñez, que posiblemente no hubiesen cambiado desde el comienzo de la historia de la humanidad. Reconstruiría su sensación de superioridad. Trepó por la esquina sur de las gradas, muy por encima de los jugadores de los equipos de fútbol e incluso lejos de los niños tímidos sentados al otro extremo

riéndose de todos.

Miri —› Lena, Xiu: ‹ms› Ahora debería volver a casa.‹/ms›

Lena —› Miri, Xiu: ‹ms› Mi monstruo no. ¿Aprecias esa mirada perdida en sus ojos? Está pensando en todo lo sucedido, buscando la forma de hacer daño a Xiu.‹/ms›

Xiu —› Lena, Miri: ‹ms› Parece bastante normal desde que se volvió loco en el taller.‹/ms›

Xiu —› Lena, Miri: ‹ms› No, Lena, por favor, usa la mensajería silenciosa. Sé que me acabo de sentar a tu lado en la mesa de la cocina. Pero quiero practicar.‹/ms›

Lena —› Miri: ‹ms› Bueeeno. Xiu es un encanto, pero llega a ser obsesiva.‹/ms›

Xiu —› Lena: ‹ms› ¡Eh, Lena! ¿Qué le estás tecleando a Miri? ‹/ms›

El sol se ponía y las sombras de las gradas se extendían a medio camino del campo de fútbol. Robert podía ver con sus propios ojos casi todos los terrenos del instituto. Los edificios parecían casetas provisionales, como lo que antes pedías por correo si te hacía falta un poco de espacio de almacenamiento en el jardín. Pero no todo eran casetas. El auditorio principal era de madera, reparado aquí y allá con plástico.

Según las etiquetas que había solicitado, ¡había sido un pabellón para exhibiciones ecuestres!

Xiu —› Lena, Miri: ‹ms› Creo que simplemente está entrenando su Epifanía.‹/ms›

Se concentró en el campo de fútbol. Parecía sacado de los años escolares de Bobby… prescindiendo del hecho de que no tenía líneas ni porterías. Robert solicitó la vista deportiva y vio la disposición habitual del campo. Los jugadores entraron. Vestían protecciones y cascos de verdad, muy diferentes a los que recordaba. Las voces agudas de los chicos le llegaban directamente sin necesidad de la magia de la tecnología moderna. Daban vueltas a campos de minas, aparentemente escuchando a alguien.

Con un grito, los equipos se abalanzaron el uno contra el otro, persiguiendo… ¿qué? ¿Un balón invisible? Robert buscó frenéticamente entre opciones, vio un desfile parpadeante de superposiciones posibles. «¡Ajá!» De repente los equipos vestían uniformes espectaculares y había árbitros. En las gradas se sentaban algunos adultos, profesores o padres, como cabía esperar en un encuentro que era más una tarea escolar que un deporte profesional.

Xiu —› Lena, Miri: ‹ms› ¿A qué juegan?‹/ms›

Miri —› Lena, Xiu: ‹ms› A fútbol Egan.‹/ms›

Xiu —› Lena, Miri: ‹ms› Robert simplemente mira el partido, Lena.‹/ms›

Lena —› Miri, Xiu: ‹ms› Quizá.‹/ms›

Xiu —› Lena, Miri: ‹ms› Creo que Juan tiene razón con respecto a Robert, Lena. Déjame hablar con él. Seguirás estando a salvo.‹/ms›

Xiu —› Lena: ‹ms› No te pongas así.‹/ms›

Robert seguía sin ver el balón de fútbol. El campo de juego estaba cubierto de una neblina dorada que en algunos puntos casi llegaba a la cintura de los jugadores. En la neblina flotaban números diminutos que cambiaban según el grosor y el brillo del resplandor. Cuando jugadores de los dos equipos se acercaban, el resplandor destellaba brevemente y los niños daban vueltas unos alrededor de otros como si intentasen prepararse para chutar. y entonces la luz estallaba por todo el campo como un arco de fuego incontrolado.

Xiu —› Lena, Miri: ‹ms› ¿Qué hay de Sharif, Miri? Lo empleas para hablar con Robert, ¿no?‹/ms›

Miri —› Lena, Xiu: ‹ms› Sí. Creía que Sharif sería el primo perfecto. Posee el pasado académico adecuado para hablar con Robert. ¡Y una higiene personal horrible! Fue fácil apoderarse de él. El problema es que también lo hizo alguien más. En general uno estorba al otro. ¡Eh!‹/ms›

Xiu —› Lena, Miri: ‹ms› He perdido todos los primeros planos de tu abuelo.‹/ms›

Miri —› Lena, Xiu: ‹ms› También hemos perdido todo el audio local. No sabía que Robert fuese tan rápido.‹/ms›

Lena —› Miri, Xiu: ‹ms› Os lo advertí.‹/ms›

Una niña se alejó de los otros y corrió siguiendo el fuego dorado, sabiendo de alguna forma dónde y cuándo volvería a saltar. La chica dio una extraña patada… y cayó de culo. Hubo un instante de luz en la portería más cercana, tan luminosa e intensa que fue como si de pronto toda la niebla hubiese formado la imagen difusa de un balón de fútbol. Todos gritaban, incluso los adultos fantasma de las gradas.

Robert gruñó. Incluso algo tan simple como un juego escolar carecía por completo de sentido. Se tiró del puño, intentando obtener una vista más clara.

—No es culpa tuya, amigo. Lo estás viendo como corresponde.

—La voz parecía provenir de su espalda. Robert miró, pero no había cuerpo que acompañara la voz—. Mira el marcador. Todo lo relativo a este deporte es impreciso, incluso el resultado. —En el enorme marcador de las gradas el gol había quedado registrado corno 0,97—. Creo que deberían redondearlo a uno. La chica chutó un excelente gol casi seguro. —En el campo, ambos equipos habían vuelto a sus posiciones. Se desarrollaba otro saque inicial fantasma.

Robert mantuvo la vista fija en la acción. No respondió a la voz.

—No reconoces el juego, ¿verdad, profesor? Es fútbol Egan. Mira… —En su visión flotó una referencia, todo lo que alguien pudiera querer saber sobre el fútbol Egan. En el campo, tres chicos se

habían caído y dos habían chocado—. Evidentemente —añadió la voz —, no es más que una aproximación.

—Ya me lo supongo —dijo Robert casi sonriendo. El tono del extraño era de confianza y afectación… y casi cada frase era una pequeña pulla. Resultaba agradable encontrarse con una persona a la que fuese capaz de comprender tan bien. Se volvió y miró el espacio vacío—. Vete de aquí. Te queda mucho para poder jugar psicológicamente conmigo.

—No juego, amigo. —Empezó iracundo, pero recuperó el buen humor paternalista—. Eres un caso interesante, Robert Gu. Estoy acostumbrado a manipular a la gente, pero normalmente lo hago por medio de intermediarios. Estoy demasiado ocupado para hablar directamente con los ocupantes de las capas más bajas. Pero tú me llamas la atención.

Robert fingió ver el partido, pero la voz siguió hablando.

—Sé lo que te reconcome. Sé hasta qué punto te molesta ser incapaz de escribir poesía.

Robert no pudo evitar el gesto de sorpresa. El extraño invisible soltó una carcajada; de algún modo había distinguido ese movimiento de los temblores naturales de Robert.

—No hay necesidad de que seas discreto. Aquí no puedes disimular tus reacciones. Los sensores médicos en terreno escolar son tan buenos que bien podrías estar enchufado a un detector de mentiras.

Debería irme de aquí. En lugar de hacerlo continuó mirando el partido de «fútbol». Cuando estuvo seguro de poder controlar adecuadamente la voz, dijo:

—Entonces, estás confesando un delito.

Otra carcajada.

—Más o menos, aunque es el delito de ser más hábil con la red. Puedes pensar que soy una especie de ser superior que obtiene su poder de todas las herramientas con las que los mortales han decidido volver inteligente el entorno que los rodea.

Debe de ser un chico. O quizá no lo fuese. Era posible que el visitante fuese invisible porque incluso su presencia virtual en los terrenos de la escuela atentara contra la ley. Robert se encogió de hombros.

—Estaré encantado de denunciar tu «habilidad con la red» a las autoridades pertinentes.

—No lo harás. Primero, porque la policía jamás podría identificarme. Segundo, porque puedo devolverte lo que has perdido. Puedo entregarte tu voz poética.

En esta ocasión, Robert se controló y logró reír de un modo convincente.

—Ah —dijo el otro—, cuánta suspicacia. Pero ¡también es el comienzo de la credulidad! Deberías leer las noticias o rebajar un poco tus filtros de anuncios. Antaño los atletas tomaban esteroides y los estudiantes anfetaminas. En gran parte eran falsas promesas. Hoy en día disponemos de sustancias que funcionan de verdad.

¡Un traficante de drogas, por Dios! Roben casi se río de verdad. Pero luego pensó en sí mismo, en su piel lisa, en su capacidad para correr y saltar sin apenas perder el aliento. *Lo que ya me ha sucedido seria magia según los parámetros de mi vida pasada.* Sí, podría tratarse de un traficante de drogas, pero ¿y qué?

—¿Qué beneficios tienen las drogas para recuperar una voz poética de gran categoría? —Robert pronunció esas palabras con el adecuado desenfado y luego se dio cuenta de lo mucho que revelaban. Quizá no Importase.

—¡Qué chapado a la antigua, profesor! —El extraño hizo una pausa—. ¿Ves esas colinas al sur? —Eran colinas cubiertas de casas—. A unos pocos kilómetros más allá se encuentra uno de los pocos lugares sobre la Tierra donde la presencia física sigue siendo importante.

—¿La UCSD?

—Casi. Me refiero a los laboratorios biotecnológicos que rodean el campus. Lo que hacen en esos laboratorios no se parece en absoluto a la investigación médica del siglo XX. Las curas modernas son asombrosas, pero a menudo específicas para cada paciente.

—Así no se puede financiar la investigación.

—No me malinterpretes. Las curas universales siguen dando mucho dinero. Pero incluso ésas emplean análisis personalizados para evitar los efectos secundarios. Sí, tú eres un caso aislado. La curación del Alzheimer a veces no es completa, pero los fracasos son idiosincrásicos. No hay otro gran poeta que tenga tu problema. *Hoy*, no hay cura. —Aquel payaso sabía combinar las pullas brutales con los halagos—. Pero vivimos en la era de las drogas mejoradoras, profesor, y muchas son aciertos únicos. Hay una posibilidad, bastante posibilidad de lograr que los laboratorios te encuentren una cura.

Magia. *Pero ¿y si puede hacerlo? Esto es El Futuro. Y yo vuelvo a vivir y quizá…* Robert sintió cómo la esperanza crecía en su interior. No podía evitarlo. *Este hijo de puta me ha pillado. Sé que me manipula, pero no importa.*

—Por tanto, ¿con quién estoy tratando, Oh, Extraño Misterioso? —Era una pregunta estúpida, pero se le escapó.

—¿Extraño Misterioso? Mmm… —Una pausa, sin duda mientras aquel paraalfabetizado buscaba la referencia—. ¡Vaya, sí, has pillado mi nombre a la primera! Extraño Misterioso. Es bueno.

Robert apretó los dientes.

—Y supongo que aceptar tu ayuda exige hacer algo peligroso o ilegal.

—Sin duda ilegal, profesor. Y quizá peligroso… para ti, claro. Lo que pueda curarte forzará los límites del territorio médico. Pero al mismo tiempo, vale mucho la pena, ¿no crees?

¡Sí!

—Quizá. —Robert evitó que su voz delatase la tensión y miró tranquilamente el espacio vacío a su lado—. ¿Cuál es el precio? ¿Qué quieres de mí?

El extraño rio.

—Oh, no te preocupes. Simplemente quiero cooperación en un proyecto en el que ya participas. Sigue viendo a tus colegas de la biblioteca de la UCSD. Participa en sus planes.

—¿Y te mantengo informado?

—Ah, no será necesario, amigo. Soy una nube omnisciente de sabiduría. No, son tus manos las que necesito. Considérate un robot que antes era poeta. Bien, profesor, ¿trato hecho?

—Me lo pensaré.

—Una vez que lo hagas, estoy seguro de que firmarás el acuerdo.

—Con sangre, supongo.

—Oh, qué chapado a la antigua eres, profesor. Nada de sangre. Todavía no.

El teniente coronel Robert Gu Jr. se había traído trabajo de la oficina. Al menos, como tallo consideraba cuando trabajaba durante los periodos de tiempo que tanto él como Alice creían que debían ser para ellos y Miri. Pero esa noche Miri tenía que estudiar por su cuenta y Alice… bueno, su última misión era la peor de todas. Vagaba por ahí con el rostro pétreo, tensa. A esas alturas cualquier otra persona en su situación habría estado muerta o loca de atar. Ella conseguía aguantar por algún método desconocido, incluso simulando en ocasiones algo parecido a su yo natural, y realizaba con éxito las tareas de su última misión. *Es por eso que el Cuerpo de Marines le exige cada vez más.*

Bob rechazó la idea. Tanto sacrificio tenía su razón de ser. De lo de Chicago había pasado casi una década. Hacía más de cinco años que no se producía un ataque nuclear con éxito sobre Estados Unidos ni cualquiera de los países de la organización del tratado. Pero la amenaza estaba siempre presente. Todavía tenía pesadillas con los lanzadores colocados bajo el orfanato de Asunción y lo que había estado a punto de hacer para eliminarlos y como siempre, la web estaba llena de rumores sobre nuevas tecnologías que harían que las armas clásicas quedasen obsoletas. A pesar de la seguridad presente en todas partes, a pesar de los esfuerzos de América, China y los indoeuropeos, los riesgos iban en aumento. Habría lugares que acabarían brillando en la oscuridad.

Bob fue repasando las últimas valoraciones de amenaza. Flotaba algo en el aire y podía estar más cerca que Paraguay. Las noticias realmente malas se encontraban dos párrafos más adelante: un grupo de analistas de la CIA creía que los indoeuropeos estaban *colaborando* con los malos. *¡Dios! Si las Grandes Potencias no pueden permanecer unidas, ¿cómo va a sobrevivir la humanidad a este siglo?*

Un movimiento a su espalda. Era su padre, de pie en la puerta.

—Papá. —Fue el reconocimiento cortés.

El anciano le miró un segundo. Bob hizo que su trabajo fuese visible.

—Vaya. Lo lamento, hijo. ¿Estás trabajando? —Miró la mesa de Bob entornando los ojos.

—Sí, trabajo de la oficina. No te preocupes si se ve borroso; no está en el menú de la casa.

—Ah. Yo… me preguntaba si podría hacerte unas consultas.

Bob esperaba no tener cara de excesiva sorpresa; aquella aproximación insegura era nueva. Le indicó a su padre que tomase asiento.

—Claro.

—Hoy en la escuela he hablado con alguien. Sólo voz. El interlocutor podría haber estado al otro lado del mundo, ¿verdad?

—Sí —dijo Bob—. Si era de muy lejos te habrías dado cuenta.

—Cierto. Fluctuación y latencia.

¿Simplemente repite la jerga? Antes de perder la cabeza, su padre había sido un ignorante en cuestiones técnicas. Bah recordaba una ocasión, en los días de los teléfonos muy estúpidos, en que su padre había insistido en que su nuevo teléfono inalámbrico no era más que un sustituto del teléfono móvil. Su madre le había demostrado que se equivocaba pidiendo a Bob que se llevase el inalámbrico calle abajo para intentar llamar al teléfono del negocio doméstico de su madre. Ella rara vez cometía un error como ése; el viejo la había tratado fatal durante semanas.

Papá asentía para sí.

—Supongo que el análisis de tiempos podría dejar claras muchas cosas.

—Sí. Al estudiante medio de instituto se le dan bien todos los aspectos de ese juego. *—Si no la hubieses tratado de esa forma, podrías estar preguntándoselo a Miri.*

El anciano apartó la vista pensativo. ¿Preocupado?

—¿Alguien te está molestando en el instituto, papá? —La idea le dejaba boquiabierto.

Robert soltó una de sus risitas malévolas.

—Alguien *intenta* molestarme.

—Vaya. Quizá deberías comentárselo a los profesores. Podrías

enseñarles tu registro Epifanía del incidente. Es un problema con el que suelen encontrarse.

No hubo fuego de respuesta; el anciano Gu se limitó a asentir gravemente.

—Sé que debería. Lo haré. Pero es difícil, ya sabes. y considerando tu trabajo, bien, tú llevas años enfrentándote a versiones de vida o muerte de estos problemas, ¿no es así? Tú tendrás una respuesta de experto.

Era la primera vez en la vida que su padre decía algo positivo sobre su carrera. *¡Debe de ser una trampa!*

Un momento de silencio mientras su padre aguardaba con paciencia aparente y el hijo intentaba pensar en qué decir. Finalmente, Bob rio.

—Vale, pero una respuesta militar sería excesiva, papá. N o porque seamos más inteligentes que mil millones de adolescentes, sino porque controlamos el Entorno de Hardware Seguro. En el fondo, controlamos todo el hardware. —*Menos a los fabricantes personales ilegales ya los corruptores de hardware.*

—El tipo con el que he hablado se ha descrito corno «una nube omnisciente de sabiduría». ¿Es una trola? ¿Cuánto puede saber sobre mí?

—Si el imbécil está dispuesto a violar un par de leyes, puede descubrir muchas cosas. Probablemente incluso tu historial médico, quizás hasta lo que hablaste con Reed Weber. En cuanto a espiarte en cada momento: puede verte en los lugares públicos, aunque eso depende de tus opciones por defecto y la densidad de la cobertura local. Si dispone de cómplices o zombis, se entera de lo que haces incluso en zonas muertas, aunque no podría recibir esa información en tiempo real.

—¿Zombis?

—Sistemas corruptos. ¿Recuerdas cómo eran las cosas cuando yo era niño? Casi todos los problemas que teníamos en los ordenadores caseros los tenernos ahora en los vestibles. Sin el EHS la situación sería absolutamente intolerable. —Su padre permanecía inexpresivo, o quizás estuviese googleando—. No te preocupes, papá. El material de Epifanía es tan seguro corno cómodo de vestir. Simplemente recuerda que los demás no son tan de fiar.

Robert parecía estar digiriendo lo que le había dicho su hijo. —Pero ¿no hay otras posibilidades? Por ejemplo, aparatitos que un chico te pueda pegar.

—¡Sí! Los gamberros de hoy no son muy diferentes a como era yo, pero tienen más formas de portarse mal. —El semestre anterior habían sido las cámaras espía que metían bajo las faldas. Durante una temporada esos cacharros habían sido una infección mecánica

molesta. Miri estuvo furiosa durante días y luego se olvidó del terna tan de repente que Bob sospechaba que había pertrechado alguna terrible venganza—. Es por eso que siempre debes entrar en casa por la puerta delantera. Allí tenemos una buena trampa comercial para bichos. Tú y yo hablando aquí tenemos tanta intimidad como se puede tener con Epifanía… Bien, ¿qué te dice exactamente ese tipo? Tú estás tan lejos del mundo escolar que no imagino que te pueda acosar con éxito.

¡Por Dios, papá parece reacio a contármelo!

—No estoy del todo seguro. Creo que es sólo la novatada al chico nuevo. —Sonrió—. Aunque el chico nuevo resulte ser un carroza. Gracias por los consejos, hijo.

—Cuando quieras.

El anciano se fue. Bob le siguió con la mirada por el pasillo y escaleras arriba hasta la intimidad de su cuarto. Estaba claro que su padre era un hombre con muchas preocupaciones. Bob miró fijamente la puerta cerrada del dormitorio, considerando las inversiones de situación que traía la vida y deseando que él y Alice fuesen corno otras personas, de las que espían a los parientes que dependen de ellas.

15
Cuando las metáforas se hacen realidad

Durante la siguiente semana Robert evitó la UCSD sólo para comprobar si el Extraño Misterioso reaccionaba de alguna forma.

Empezaba a confiar en el uso de Epifanía, aunque era posible que jamás alcanzase el grado de habilidad de los niños que habían crecido vistiendo. Xiu Xiang iba más atrasada, principalmente porque dudaba constantemente de sí misma. Se había negado a vestir durante tres días después de que un gesto erróneo la hiciese caer en… se negaba a revelar en qué, pero Robert sospechaba que en alguna vista pornográfica.

El lenguaje del proyecto Gu/Orozco, aunque no era poesía, había superado el nivel de ruido egregio. Robert se lo había pasado sorprendentemente bien trabajando con efectos de vídeo y fluctuación de red. Si aquel proyecto se hubiese presentado en la década de los noventa del siglo XX habría sido considerado la obra de un genio, tal era la potencia de las bibliotecas de tópicos y trucos visuales que tenían a su disposición. Razonablemente, Juan temía que no fuese suficiente para Chumlig.

—Necesitamos más elementos añadidos o nos machacarán. —Buscó en Google algunos institutos con programa de música manual —. Esos chicos creen que es una forma trágica de juego —dijo. Al final, Robert charló con estudiantes de música de Bastan y el sur de Chile… lo suficientemente alejados como para poner en práctica sus ideas en la red.

Sharif había vuelto a Corvallis, pero habían mantenido varias entrevistas más. Algunas de las preguntas del tipo eran mucho más inteligentes de lo que Robert había supuesto que serían en el momento de conocerse.

Navegaba mucho por la web, estudiando sobre seguridad y, a veces, para ver qué había sido de la literatura. ¿Qué se consideraba arte ahora que la perfección superficial era posible? Ah, la literatura seria seguía allí. En su mayoría no daba dinero, incluso con el sistema de micropagos. Pero había hombres y mujeres capaces de encadenar palabras casi tan bien como el viejo Robert. *¡Malditos sean!*

El Extraño seguía guardando silencio. O había perdido el interés o comprendía el poder que tenía sobre Robert. *Es fácil ganar cuando tu víctima está desesperada.* Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Robert Gu había perdido en un combate de miradas… pero un

sábado se saltó la sesión con Juan y tomó un coche a la UCSD.

Sharif se presentó de camino.

—Gracias por aceptar mi llamada, profesor Gu. —La imagen se sentó en el asiento del coche, con parte del trasero hundido en el acolchado—. Últimamente ha sido difícil contactar con usted.

—Me pareció que el jueves cubrimos mucho terreno.

Sharif puso cara de dolor.

Robert alzó una ceja.

—¿Te quejas?

—¡En absoluto, en absoluto! Pero verá, señor, es posible que quizá yo haya permitido que mi vestible se corrompiese. Es posible que esté sometido a cierto grado de… secuestro.

Robert pensó en sus lecturas recientes.

—Eso es corno estar un poquito embarazada, ¿no?

La imagen de Sharif se hundió aún más en el asiento.

—Efectivamente, señor. Comprendo lo que quiere decir. Pero, francamente, en ocasiones mis sistemas sufren un cierto grado de corrupción. Apuesto a que les pasa a la mayoría de los usuarios. Creía que se trataba de una situación que podía asumir, pero las cosas han llegado a un punto en el que… bien, verá, no le entrevisté el jueves. En absoluto.

—Ah. —Así que el Extraño Misterioso sabía nadar y guardar la ropa: le golpeaba con el silencio mientras simultáneamente interpretaba a otro personaje.

Sharif esperó un momento a que Robert dijese algo más y luego se deshizo en ruegos.

—Por favor, profesor, ¡deseo de corazón continuar con estas entrevistas! Ahora que sé que hay un problema, podemos resolverlo con facilidad. Le ruego que no me deje en la calle.

—Podrías limpiar tu sistema.

—Bien, sí. En teoría. En una ocasión lo tuve que hacer cuando estudiaba. De alguna forma acabé convertido en el zombi de una conspiración para copiar en los exámenes. No fue culpa mía, pero la Universidad de Calcuta me obligó a freír toda mi ropa. —Alzó las manos en una plegaria con las palmas abiertas—. Nunca se me han dado bien las copias de seguridad; la debacle me costó más de un semestre de estudio para lograr la licenciatura. Por favor, no me obligue a hacerlo otra vez. Ahora sería todavía peor.

Robert miró el tráfico. El coche había entrado en la Autopista 56 y se dirigía hacia la costa. Delante se encontraba el primero de los laboratorios biológicos. Quizás el Extraño Misterioso también estuviese allí. En comparación, Sharif era una magnitud conocida. Volvió a mirar al joven y dijo con amabilidad:

—Vale, señor Sharif. Sigue en tu estado ligeramente corrupto. —

Le llegó un recuerdo del pasado, de los técnicos informáticos de Stanford repitiéndole que debía mantener actualizado el antivirus—. Simplemente nos elevaremos por encima de ese vandalismo menor.

—¡Así será, señor! Muchas gracias. —Sharif hizo una pausa, tremendamente aliviado, y siento más deseos que nunca de seguir adelante. Por aquí tengo una pregunta. —Vacilación y una mirada vacía al cambiar mentalmente de marcha—. Ah, sí. ¿Ha avanzado con la revisión de *Secretos de las edades*?

—No —respondió Robert con demasiada brusquedad. Pero era el tipo de preguntas que cabía esperar del verdadero Zulfi Sharif. Robert suavizó la respuesta con algunas verdades a medias—: Todavía me encuentro en la fase de planificación. —Se lanzó a una larga disquisición explicando que, a pesar de que la poesía de Gu era escasa, su creación requería infinita planificación. Antaño ya decía cosas así, pero nunca lo había exagerado de tal forma. Sharif se lo tragó entero.

»Así que durante las próximas semanas voy a visitar a mis viejos amigos… ya sabes, en la biblioteca, lo que me permitirá entender mejor la grave situación de la, eh, era vencida. Estás invitado. Sí observas con atención, podrías aprender detalles de cómo trabajo y posteriormente estaré encantado de revisar tus conclusiones.

El joven asintió ansioso.

—Maravilloso. ¡Gracias!

Era asombrosa la emoción de tener a *alguien* que le respetase, aunque se tratase de la clase de persona sin talento de la que se había aislado durante toda la vida. *Así es como debió de hacerlo el pobre Winnie, usando palabras grandilocuentes y pomposidad para engañar a los que tenían menos talento.* Robert apartó la vista de la imagen de Sharif e intentó evitar que sus labios formasen una sonrisa de depredador. *Y cuando Sharif se vuelva más listo, sabré que es el Extraño.*

Aquel día no había manifestantes frente a la biblioteca, pero, sorpresa, había muchos estudiantes en persona. Era enternecedor, como sus recuerdos de años pasados, con la biblioteca en el centro de la vida intelectual de la universidad. ¿Qué de bueno había pasado en la última semana? Él y el Sharif virtual cruzaron las puertas de vidrio y tornaron el ascensor al sexto piso. Robert no veía el interior del edificio, a pesar de sus nuevas habilidades de acceso. *Vale, busquemos noticias recientes…* pero para entonces ya estaban en el quinto piso.

Lena —› Juan, Miri, Xiu: ‹ms› ¡Eh! ¡He perdido la vista!‹/ms›

Juan —› Lena, Miri, Xiu: ‹ms› Hoy el sexto piso está cerrado a las búsquedas públicas.‹/ms›

Miri —› Juan, Lena, Xiu: ‹ms› Quizá simplemente le pida a Robert que redireccione.‹/ms›

Sharif se transformó en una masa rojiza luminiscente.

—Ya no veo nada —dijo— Y apuesto a que sólo le oigo a usted.

Robert vaciló para luego agitar permisos en dirección a Sharif. *Veamos qué opina el conciliábulo de todo esto.*

Winnie y Carlos Rivera estaban sentados junto a la cristalera. Tommie permanecía inclinado sobre el portátil.

—¡Ni ho, profesor Gu! —dijo Rivera—. Gracias por venir.

Tommie levantó la vista.

—Pero no estoy seguro de que queramos a tu amiguito. Sharif recibió un apoyo inesperado. Winston Blount dijo: —Tommie, creo que Sharif podría sernas útil.

Tommie cabeceó.

—Ya no. Ahora que la UCSD ha sido troceada…

—¿Qué? —Los estantes seguían repletos de libros. Robert dio un paso atrás y pasó la mano por los lomos—. A mí me parecen muy reales —dijo.

—¿No has visto la propaganda en los pisos de abajo?

—No. He subido en ascensor y por ahora no se me da bien ver a través de las paredes.

Tommie se encogió de hombros.

—Nos encontramos en el último piso sin trocear. Como suponíamos, la administración simplemente esperaba a que se calmase el jaleo. Luego, una noche, llegaron con troceado ras adicionales. Habían acabado con dos pisos antes de que nos diésemos cuenta.

—¡Maldita sea! —Robert se acomodó en una silla— ¿Qué sentido tiene seguir protestando?

Winnie dijo:

—Es cierto que no podemos salvar la UCSD. De hecho, esos astutos hijos de puta han tergiversado las cosas de forma que el Proyecto Bibliotoma es más popular entre los estudiantes que antes. Pero, hasta ahora, la UCSD es la única biblioteca que ha sido troceada.

Rivera pasó al mandarín.

—Duì, dnshì tmen xyo huì dio quítde túshügun, yìnnwi… —Vaciló, aparentemente notando las miradas de incomprensión— Lo siento. Quería decir que todavía necesitan destruir otras bibliotecas. Para las comprobaciones cruzadas. La reducción de daños y el reensamblado virtual serán proyectos consecutivos, tendiendo «asintóticamente hacia la reproducción perfecta».

Robert se dio cuenta de que Tommie Parker le miraba con una ligera sonrisa en el rostro.

—¿Tienes un plan?

—No voy a decir nada mientras Sharif siga aquí.

Winnie suspiró.

—Vale, Tommie. Adelante, apágale.

El resplandor rosado de Sharif se desplazó un poco hacia los estantes.

—No hay problema. No quiero ser una moles… —El resplandor desapareció.

Tommie alzó la vista del portátil.

—Se ha ido. *Y* he convertido el sexto piso en zona muerta. —Indicó el LED del borde del portátil de aspecto antiguo.

Robert recordó lo que Bob le había dicho.

—¿Incluso para el hardware de Seguridad Interior?

—No lo vayas contando por ahí, Robert. —Tocó el ordenador—. En el interior, genuino hardware paraguayo, enviado justo antes de que cerrasen los talleres de allá abajo. —Les dedicó una sonrisa fugaz —. Ahora estamos solos, a menos que uno de vosotros lleve los calzoncillos sucios.

Blount miró directamente a Robert.

—O a menos que uno de nosotros sea un chivato.

Robert suspiró.

—No estamos en Stanford, Winston. —Pero ¿y si el Extraño Misterioso era en realidad un policía? Debería haberlo pensado antes. Descartó la idea—. Bien, ¿cuál es tu plan?

—Hemos estado leyendo *The Economist* —dijo Rivera—. Huertas Inernational se encuentra en una situación financiera muy delicada. Los retrasos en la UCSD podrían obligarle a desestimar todo el proyecto. —Miró a Robert a través de las gruesas gafas. Se veía que en las lentes aparecían y desaparecían imágenes.

—¿A pesar de que ya casi lo han troceado todo?

—Duì. —El joven se inclinó hacia delante, y en su camiseta apareció un torrente de caras preocupadas—. La cosa es así. El Proyecto Bibliotoma no consiste sólo en la captura en vídeo de libros anteriores al nuevo milenio. No es sólo la digitalización. Va más allá de Google y compañía. Huertas tiene la intención de juntar todo el conocimiento clásico en una única base de datos objetosituacional, con una estructura de pagos transparente.

¿Base de datos objetosituacional? Eso quedaba más allá del reciente encaprichamiento por la tecnología de Robert. Miró por encima de la cabeza de Rivera, intentando buscar el término adecuado. No recibía nada. La zona muerta de Tommie, claro.

Rivera interpretó la mirada como incredulidad.

—Realmente la cantidad de datos no es tan grande, doctor Gu. Unos pocos petabytes. Lo importante es que son muy heterogéneos comparados con conjuntos de datos de similar tamaño en otros campos. —Por supuesto. ¿Adónde quieres llegar? —Con el rabillo del ojo vio que en la cara de Winnie aparecía una sonrisa. Sabía que Robert estaba fingiendo saber más de lo que realmente sabía.

—Por tanto —añadió Rivera—, la colección Huertas contendría casi todo el conocimiento humano hasta hará unos veinte años. Todo

correlacionado y conectado. Ésa es la razón para que Huertas pague al estado de California por permitirle cometer esta atrocidad. Incluso la primera compilación inicial podría ser una mina de oro. Desde el comienzo del proyecto, hace seis semanas, Huertas International tiene seis meses de monopolio sobre el Bibliotoma que está creando. Eso son seis meses con acceso exclusivo a la verdadera comprensión del pasado. Un recurso así podría responder decenas de preguntas: ¿quién acabó realmente con la Intifada? ¿Quién está detrás de las falsificaciones de arte de Londres? ¿Adónde iba realmente el dinero del petróleo a finales del siglo pasado? Algunas respuestas sólo tendrán interés para sociedades históricas poco conocidas. Pero algunas valdrán mucha pasta. Y Huertas tendrá durante seis meses acceso exclusivo a ese oráculo.

—Pero primero debe combinar los datos —dijo Winnie—. Si Huertas pierde algunas semanas, habrá cientos de organizaciones que decidirán que es mejor esperar a que el monopolio acabe, momento en que podrán obtener gratuitamente una respuesta mucho más completa. Peor aún. Informágica China tiene grupos en el Museo Británico y la Biblioteca Británica que emplean un equipo mucho mejor que el de Huertas. Los británicos han demostrado tener más sentido común que la UCSD, pero está previsto que su digitalización comience en cualquier momento. Si Huertas se retrasa más, él y los chinos se encontrarán enfrascados en una batalla por el precio de dar los primeros vistazos.

—¡Una espiral mortal típica! —La diversión de Tommie no estaba exenta de malicia. Siempre se había sentido fascinado por el desmoronamiento de los sistemas. Robert recordaba que, en los incendios forestales de 1970, el Tommie adolescente se encontraba sobre el terreno, ayudando con las comunicaciones… pero también disfrutando de todos los minutos del desastre.

—Bien, eh… —*¿Por qué el Extraño me quiere enfrascado en esto?*

Blount rio.

—¿Confundido, Robert?

En Stanford, Winnie jamás se habría atrevido a lanzarle una pulla tan directa, al menos no a partir del segundo año. Pero en aquel momento las respuestas que se le ocurrían a Roben no eran más que sarcasmos de adolescente. Así que se limitó a decir:

—Sí, sigo a oscuras.

Blount vaciló, presintiendo una de las viejas trampas de Roben.

—En resumen: estamos hablando de causar un daño serio a Huertas y al Proyecto Bibliotoma. Hemos pasado el límite de los recursos legales, así que cualquier acción que tenga como intención retrasar al enemigo será criminal ¿Lo entiendes?

—Sí. En realidad estamos conspirando.

Rivera asintió.

—Lo que ya es un delito en sí mismo.

Tommie rio.

—¿Y qué? ¡Acabo de subvertir la capa del DSI! Eso es meterse con la seguridad nacional.

—¡No me importa si estamos hablando de alta traición! —dijo Robert. *Si puedo recuperar la música…* —. Es decir, ya sabéis que amo los libros.

Los otros asintieron.

—Por tanto, ¿cuál *es* el plan?

Blount le hizo un gesto a Tommie. El hombrecito dijo:

—¿Recuerdas nuestros paseos bajo tierra?

—¿En los setenta? Sí, eran divertidos. Divertidos si uno sufre daños cerebrales.

Tommie sonrió aún más.

—¿Me estás diciendo que los túneles de mantenimiento siguen usándose?

—Sí. En los años noventa esa forma de construir pasó de moda. Había muchos edificios nuevos que no estaban conectados. Pero a principios de siglo la gente quería comunicaciones de alta velocidad. y la gente de biociencias quería el transporte automatizado de muestras. Tenían mucha pasta.

—Y hoy en día tienen todavía más —dijo Carlos.

Tommie asintió.

—Nada de láseres de infrarrojo cercano para ellos. Quieren xlaser y material graser, billones de colores por camino y billones de caminos. Hoy en día, la red de «túneles de mantenimiento» no es para la electricidad y la calefacción. Ahora hay ramas que se extienden bajo Torrey Pines hasta Scripps y Salk. He oído que puedes internarte un poco bajo el océano, aunque nadie sabe qué hacen allí. Hacia el este, llegas a todos los laboratorios de biotecnología.

De pronto, Robert comprendió por qué el Extraño Misterioso estaba tan interesado en el Conciliábulo de Ancianos. En voz alta dijo:

—¿Qué tiene esto que ver con el proyecto Bibliotoma, Tommie?

—¡Ah! Bien, ya sabes que Max Huertas logró su fortuna con la biotecnología. Es propietario de algunos de los laboratorios más grandes de Norteamérica… incluido uno situado a unos cientos de metros al oeste de aquí. Para él fue fácil modificar su software genómico para dar servicio a Bibliotoma. Por tanto, almacena el troceado en cámaras bajo el lado norte del campus.

—¿Y?

—¡Y todavía no ha *acabado* de usarlo! El troceado le ha ofrecido imágenes de sobra, pero la cobertura no es completa. Tiene que escanear y volver a escanear aquello con lo que hubo problemas en la

primera pasada. Bien, si no tuviese ese límite temporal, su mejor opción sería esperar a destrozar la siguiente biblioteca desdichada y usar ese material para una comprobación cruzada, pero tiene prisa.

—El almacenamiento también forma parte de la propaganda de Huertas —dijo Winnie—. Cuando hayan terminado con los escaneados, el troceado se «conservará seguro en las bóvedas Huertas, para beneficio de los arqueólogos de generaciones futuras». ¡Algunos profesores de la universidad se lo tragaron!

—Bien —dijo Rivera—, tiene cierta parte de verdad. El papel durará mucho más en nitrógeno frío que en los estantes de una biblioteca.

Winnie agitó la mano para rechazar la idea.

—Lo importante es que Huertas ha destruido los libros y que va a destruir más bibliotecas si no le detenemos. El plan es… —Miró a su alrededor y pareció darse cuenta de que estaba al borde de pasar una temporada en prisión—. Nuestro plan es entrar por los túneles y llegar hasta donde Huertas almacena el troceado. Tommie ha pensado en una forma de hacer que sea ilegible.

—¿Qué? ¿Vais a protestar por la destrucción de la biblioteca destruyendo lo que queda?

—¡Sólo temporalmente! —dijo Tommie—. He encontrado una cola increíble en aerosol. La usamos y el troceado será como un enorme tablero prensado. Pero tras unos meses la cola se sublimará por sí sola.

Rivera asentía.

—Por tanto, no estamos empeorando la situación. Yo no estaría aquí si pensase que íbamos a destruir lo que queda de los libros. El plan de Huertas es una brutalidad innecesaria porque quiere hacer de golpe lo que sería igual de efectivo hacer despacio. Quizá podamos retrasarle lo suficiente para que los digitalizadores amigos de los libros puedan ponerse a su altura… y no se destruyan más bibliotecas. —Su camiseta hacía publicidad de la Asociación Americana de Bibliotecas.

Robert se echó atrás y fingió reflexionar sobre lo que le habían dicho.

—¿Dices que los chinos están a punto de trocear la Biblioteca Británica?

Rivera suspiró.

—Sí, y también van a cargarse el museo. Pero la UE busca una excusa para detenerlos. Si hacernos que Huertas quede mal…

—Comprendo —dijo Robert juiciosamente. Evitó los ojos de Winnie. Blount ya sospechaba lo suficiente de él—. Vale. El plan no parece muy sólido… pero supongo que es mejor que nada. Me apunto.

Una sonrisa iluminó el rostro de Tommie.

—¡Eh, Robert!

Al fin Robert miro a Winston Blount.

—Ahora la pegunta es: ¿para qué me queréis a mí?

Blount hizo una mueca.

—Otro par de manos. Algunos recados…

Tommie puso los ojos en blanco.

—El hecho es que ni siquiera habría soñado hacerlo antes de que aparecieses.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Ja. Piensa en el plan: meterse en los túneles de mantenimiento, recorrer una buena distancia para entrar en uno de los laboratorios biológicos mejor protegidos del planeta. Apuesto a que yo sería capaz de conseguir entrar. Pero ¿podría atravesar los laboratorios biológicos sin ser detectado? Ni de coña. Eso sólo pasaba en *Star Trek,* donde el «sistema de ventilación» tenía como propósito principal el desarrollo de las tramas más idiotas. Estarnos en el mundo real… y los encargados de seguridad del mundo real también saben dónde están los túneles.

—Sigo sin tener respuesta. ¿Por qué yo?

—¿Qué? Oh. ¡A eso voy! Después de que nuestra táctica de protesta fracasase, me puse a investigar. —Tommie acarició el portátil —. Grupos de noticias, chats, motores de búsqueda… Lo usé todo, incluso algo demencial que se parece más a un sistema de apuestas online que a cualquier otra cosa. Quizá lo más complicado fue hacerlo sin alertar a los federales. Eso me retrasó, pero finalmente logré una imagen bastante buena de la seguridad del laboratorio. Es lo que cabe esperar de una instalación importante para la seguridad nacional. Material bueno, pero poco eficaz. Es un sistema orientado a claves y usuarios, en su mayoría automático. El aspecto intrínseco es biométrica estándar… de ciertos oficiales del servicio de protección de los Estados Unidos. Adivina a quién conocemos que aparece en la lista de acceso.

—Mi hijo.

—No exactamente. Tu nuera.

Alice.

—Eso es ridículo. Es experta en asuntos asiáticos. —*Cuando no está loca de atar*. Luego pensó en el Extraño Misterioso—. Todo esto es demasiado fácil.

Winnie.

—¿Desde cuándo eres experto en seguridad, Robert?

Debería mantener la boca cerrada. ¡Van en la dirección que me conviene! Pero había perdido su vieja capacidad para las maniobras verbales y avanzó a trompicones:

—Información como ésa no aparece en una búsqueda de Google.

Tommie cabeceó mirándolo con tristeza.

—El mundo ha cambiado, Robert. Hoy en día, puedo obtener respuestas por métodos imposibles hace veinte años. Cientos de miles de personas de todo el mundo colaboraron en mi búsqueda, cada una centrándose en una parte pequeñita que ninguna reconoció. El mayor riesgo es que mis resultados sean falsos. Hoy en día gobierna la desinformación. Incluso cuando las mentiras no son deliberadas, ahí fuera hay varios grupos de fantasía intentando doblegar la realidad según el último juego de aventura al que estén enganchados. Pero si nos están engañando con esto, no se trata de un engaño normal. Hay detalles y corroboraciones provenientes de múltiples fuentes independientes.

—Oh. —Robert logró parecer impresionado. Lo cierto era que lo estaba. Quizás el Extraño pudiese cumplir su parte del trato.

Hablaron media hora más, pero no se dijo nada específico sobre la traición que esperaban de Robert. Tommie tenía otras tareas para ellos. Precisaban algunas claves de la universidad y falsificar algunas voces. La entrada al túnel de mantenimiento estaba tapada con cemento. No tenía la entrada en la planta baja como cincuenta años antes, cuando se estaba construyendo. Y había un problema con la «cola en aerosol» de Tommie.

—¿La cola? —Tommie parecía un poco avergonzado— Todavía no existe. Pero está casi inventada. —Tommie había presentado la idea en un foro sobre jardinería ornamental, que puso en contacto con algunos inversores. En aquellos momentos la Sociedad de Arbustos Ornamentales de Japón trabajaba con unos biólogos argentinos para crear la forma definitiva del aerosol. El producto sería una realidad al cabo de menos de dos semanas. Se presentaría por primera vez en la exposición de floral de Tokio. Tommie recibiría poco después un litro del producto por UP/Ex. Robert lo miraba incrédulo—. Eh, en eso consiste ser un hacker hoy en día.

Eran más de las tres de la tarde. La sombra de la biblioteca se había alargado y bañaba los edificios cercanos. Los cuatro conspiradores habían acabado por aquel día.

Tommie se puso en pie.

—¡Podemos hacerlo! Es incluso posible que no nos pillen. Pero, si nos pillan, ¿qué más da? Será como antaño.

Carlos Rivera se puso en pie más despacio.

—Y no es que estemos causando daño alguno.

Tommie se llevó un dedo a los labios.

—Caballeros, voy a retirar la zona muerta. —Tecleó en el portátil y el LED de la carcasa se apagó.

Guardaron silencio un momento, intentando encontrar algo seguro que decir.

—Ah, vale. —Rivera miró a Robert—. ¿Te gustaría ver lo que hemos… lo que la biblioteca ha hecho con los estantes vacíos?

—¿Te refieres a lo que Tommie definió como propaganda?

Rivera sonrió.

—Sí, pero en cierta forma es hermoso. De haberse realizado tras una digitalización benigna, me encantaría sin reservas.

Los guió, dejando atrás los ascensores.

—La entraba de la escalera es la que tiene mejor atmósfera. Winnie Blount hizo una mueca, pero Robert comprobó que los seguía.

La escalera no estaba muy bien iluminada. A simple vista las paredes eran de cemento, grabado aquí y allá con las líneas plateadas que había visto desde el exterior. Cuando cruzaron la puerta, la vista de Roben pasó a una especie de visualización estándar: la iluminación provenía de lámparas de gas empotradas en las paredes. Robert alargó la mano para tocar la pared y la apartó cuando tocó la piedra resbaladiza. ¡No era de cemento!

Rivera rio.

—Esperaba usted la decepción habitual, ¿no, doctor Gu? —Se refería a cuando el tacto contradecía la ilusión visual.

—Sí. —Robert pasó la mano sobre los bloques de piedra, deteniéndose en las zonas más blandas de líquenes.

—La administración de la universidad ha sido muy lista. Pidió ayuda a la comunidad de círculos de opinión… y los animaron a instalar pintadas sensotáctiles. Algunos de los dispositivos son impresionantes incluso sin las superposiciones visuales.

Bajaron dos tramos de escalera. Debía de ser el descansillo para la entrada del quinto piso, pero la puerta era de madera tallada, que relucía con la luz de gas. Rivera tiró del pomo de bronce y la puerta de más de dos metros se abrió; la luz al otro lado era azul actínico, un paso de lo tenebroso a lo dolorosamente brillante. Se oía el sonido de chispas. Rivera metió la cabeza y pronunció un encantamiento ininteligible. La luz mejoró y los únicos sonidos eran los de voces distantes.

—Está bien —dijo el bibliotecario—. Vamos.

Robert cruzó la puerta entreabierta y miró a su alrededor. Aquello no era el quinto piso de la biblioteca Geisel, planeta Tierra. *Había* libros, pero eran descomunales y estaban dispuestos en estantes de madera hasta el techo. Robert se inclinó hacia atrás. Las luces violeta seguían los estantes hacia arriba. Era como uno de esos bosques fractales de los gráficos de antaño. Al borde del campo de visión apreciaba más libros, diminutos debido a la distancia.

«Guau». Resbaló y sintió que Tommie lo sostenía con una mano en la base de la espalda.

—Genial, ¿no? —dijo Parker—. Casi me gustaría estar vistiendo.

—Sí. —Robert se afianzó agarrándose a un estante. La madera era real, gruesa y sólida. Miró el suelo a lo largo del pasillo. El camino entre los estantes era torcido… y no terminaba en la pared externa, que tenía que estar allí, a sólo diez o doce metros de distancia. En lugar de ventanas había escalones hundidos de madera. Era la típica carpintería a medida que tanto le gustaba de las librerías de segunda mano. Más allá de los escalones, los estantes parecían inclinarse, como si la gravedad apuntase en otra dirección.

—¿Qué *es* todo esto?

Los tres guardaron silencio un momento. Robert se dio cuenta de que vestían armaduras oscuras. El atuendo de Rivera tenía una especie de insignia muy elegante. Además, sus prendas se parecían sospechosamente a una camiseta y unas bermudas fabricadas con placas de acero ennegrecidas.

—¿No lo pilla? —dijo Rivera al fin— Ustedes son Caballeros Guardianes. Y yo soy un Bibliotecario Militante. De las historias *Conocimiento peligroso* de Jerzy Hacek.

Blount asintió.

—No las llegaste a leer, ¿verdad, Robert?

Robert recordaba vagamente a Hacek de la época de su jubilación. Tomó aire.

—Yo leía lo importante.

Recorrieron despacio el estrecho pasillo. Los senderos laterales no sólo llevaban a izquierda y derecha, sino también arriba y abajo. De algunos surgían siseos de serpientes. En otros, vio a Caballeros Guardianes inclinados sobre mesas llenas de libros y pergaminos, con el rostro bañado por la luz que emitían los libros abiertos. Eran verdaderos manuscritos iluminados. Robert se detuvo para echar un vistazo más de cerca. El texto era en inglés, impreso en una letra gótica demencial. El libro era de economía. Uno de los lectores, una joven de cejas espesas, miró brevemente al visitante y luego hizo un gesto al aire. Muy arriba sonó un golpe y una losa de un metro de anchura de cuero y pergamino cayó sobre él. Robert retrocedió de un salto y casi pisó a Tommie. Pero el libro acabó flotando al alcance de la estudiante. Las páginas se abrieron por sí solas.

Oh. Roben salió de allí con mucho cuidado.

—Ya entiendo. Esto es la digitalización de lo destruido hasta ahora.

—La primera pasada de la digitalización —dijo Blount—. Los cabrones de la administración moderna han logrado más publicidad favorable con esto que con todo lo demás. La gente lo encuentra ingenioso y mono. Y la semana próxima van a trocear la sexta planta.

Rivera los guió hacia los escalones de bajada.

—No todo el mundo está tan feliz. Los herederos de Geisel, del

doctor. Seuss, no comparten el criterio de la universidad en este punto. —¡Bien por ellos! —Blount dio una patada a los muebles de madera—. Los estudiantes bien habrían podido ir a Pyramid Hill.

Robert hizo un gesto que se suponía que debía devolver la visión a la realidad sin mejorar, pero seguía viendo luz púrpura y manuscritos encuadernados en piel. Tecleó la señal explícita de reversión. Seguía sin tener realidad.

—Estoy pillado en esta vista.

—Sí. A menos que te quites las lentillas y declares una emergencia no puedes ver lo que hay realmente aquí. Y ésa es otra razón más para no usar Epifanía. —Tommie agitó su portátil abierto como si fuese un talismán—. Yo veo la ilusión, pero sólo cuando quiero. —El hombrecito tomó por otro sendero lateral, golpeando un libro que gemía en el suelo para luego meterse en una sala y ver qué hacían los visitantes—. ¡Este lugar es fantástico!

Cuando llegó a los escalones de madera, Rivera dijo:

—Con cuidado. Son un poco complicados. —Como a medio camino, los escalones se inclinaban y la perspectiva se deformaba. Winnie iba delante, vacilante.

—Lo he hecho antes —gruñó, hablando para sí más que nada— Puedo hacerlo. —Avanzó, hizo como si diese un traspié, y luego se irguió… pero inclinado en relación a Robert y compañía.

Cuando Robert llegó al portal, cerró los ojos. Lo normal era que Epifanía abandonara todas las superposiciones cuando «los ojos se cerraban», así que brevemente fue inmune a los trucos visuales. Dio un paso… ¡y en realidad no había inclinación, sólo un simple giro!

Tommie le siguió de inmediato. Reía como un loco.

—¡Bienvenido al Ala Escher! —dijo—. A los chicos les encanta. — Al pie de la escalera había otro giro de noventa grados. Parker dijo—: Vale, ahora caminamos hacia la zona de servicio del edificio, sólo que tenemos la sensación de seguir recorriendo pasillos de libros interminables.

Libros por delante y por detrás, y también a los lados, ocultos en pasadizos. Libros por encima de ellos, corno chimeneas perdiéndose en una luz púrpura. Incluso veía libros por debajo, allí donde las escaleras desvencijadas se hundían en las profundidades. Si Robert los miraba ligeramente de reojo, los textos de tomos y portadas emitían en violeta, casi demasiado oscuro para ser visible pero muy claro, los códigos crípticos de la Biblioteca del Congreso como si fuesen runas. Los libros eran los fantasmas —o quizá los avatares— de lo que había sido destruido.

Emitían sonidos: gruñidos, susurros, siseos. Conspirando. En las profundidades de los callejones, algunos libros estaban encadenados.

—Hay que tener cuidado con *El capital* —dijo Rivera.

Robert vio uno de los volúmenes tirando de sus cadenas. Los eslabones resonaban con fuerza.

—Sí. El Conocimiento Peligroso ansía la libertad.

Algunos de los libros debían de ser reales, artículos sensotácticos. Los estudiantes de un callejón amontonaban libros. Se apartaron, y los textos se acariciaron en una orgía de páginas agitándose.

—¿Eso es la síntesis bibliográfica?

Rivera siguió su mirada.

—Eh, sí. Todo esto empezó siendo lo que comentaba el decano Blount, algo para que el público aceptase el proyecto de troceado. Representamos los libros como objetos casi vivos, criaturas para servir y hechizar a sus lectores. Terry Pratchett y luego Jerzy Hacek llevan años jugando con ese tema. Pero realmente no apreciamos todo su potencial. En este caso tenemos la ayuda de los mejores círculos de opinión de Hacek. Toda acción sobre la base de datos tiene aquí una representación física, como pasa en las historias Bibliotecario Militante de Hacek. La mayoría de nuestros usuarios creen que es mejor que el software de referencia estándar.

Winnie los miró. Se había alejado tanto que se le veía achatado, como a través de una gran distancia usando un telescopio. Agitó la mano asqueado.

—Eso es una traición, Carlos. Los bibliotecarios no estáis de acuerdo con el troceado, pero mirad lo que habéis hecho. Esos chicos le perderán el respeto al registro permanente de la herencia humana.

Tommie Parker, que iba detrás de Robert, dijo con malicia:

— Winnie, los chicos ya le han perdido el respeto.

Rivera bajó la vista.

—Lo siento, decano Blount. Es trocear lo que está mal, no la digitalización. Por primera vez en la vida, nuestros estudiantes disfrutan de un acceso moderno al conocimiento anterior al cambio de siglo. —Señaló a los estudiantes—. Y no sólo aquí. Se puede acceder a la biblioteca desde la red, sin los trucos sensotácticos. Huertas permite el acceso limitado gratuito, incluso durante el periodo de monopolio. N o es más que la primera pasada de la digitalización, y sólo de HB a HX, pero en la última semana hemos recibido más visitas a nuestros fondos anteriores al cambio de siglo que en los cuatro años anteriores. ¡Y gran parte de esas visitas son de profesores!

—Cabrones hipócritas —dijo Winnie.

Robert miró a los estudiantes. El sexo entre libros ya había concluido, pero flotaban sobre la cabeza de los estudiantes y las páginas llamaban con vocecita aguda a volúmenes todavía por consultar. «Metáfora encarnada.»

Fueron en pelotón hacia la zona de mantenimiento. Resultó estar mucho más lejos de lo que Robert recordaba. Los pasillos escalonados

debían llevarlos al centro del cuarto piso.

Por fin llegaron a las puertas de dos metros y medio. Después de todo lo visto, la madera tallada era pura realidad cotidiana. Incluso el suelo se había aplastado para formar un terreno sólido de aspecto normal. Pero, a continuación, se movió bajo sus pies.

—¿Qué…? —Robert agitó los brazos y cayó contra la pared. Los libros se movieron en los estantes y recordó que *algunos* eran tan reales y pesados como parecían.

Se disparó un rayo formando arcos pulsantes.

Rivera gritaba en mandarín algo sobre un terremoto falso.

Fuese lo que fuese, el vaivén y el cambio eran *reales*.

De abajo llegó un gruñido y los murciélagos corrieron de un lado a otro. El vaivén disminuyó, como un bailarín ejecutando una giga.

Y se terminó. Las paredes y el suelo volvían a ser tan firmes como cuando Robert estudiaba.

Tommie se incorporó y ayudó a Winston Blount a levantarse.

—¿Todos bien? —dijo.

Blount asintió atontado, demasiado agitado para recurrir al sarcasmo.

—No había pasado nunca —dijo Tommie.

Carlos asintió.

—*Ãiya, duìbùq, w gng xing qlái tmen jntin shì xn dngx* —dijo, algo sobre probar cosas nuevas.

Tommie tocó el hombro del bibliotecario.

—Chico, hablas en chino.

Rivera lo miró fijamente y luego le respondió, otra vez en mandarín, pero más rápido y más alto.

—Da igual, Carlos. No te preocupes. —Tommie guió al joven escaleras abajo.

Rivera seguía hablando, pero a ráfagas, repitiendo:

—*W zi shu yngy ma? Shì yngy ma?* —¿Hablo en inglés? ¿Hablo en inglés?

—No te pares, Carlos. Estarás bien.

Robert y Winnie formaban la retaguardia. Blount entornaba los ojos con aquel gesto suyo tan exagerado.

—¡Ja! —dijo—. Los cabrones han usado los servos de estabilidad para agitar el edificio. ¿Lo ves?

Y, maravilla de las maravillas, por una vez Robert lo vio; tanto practicar daba sus frutos.

—¡Sí! —La biblioteca Geisel era uno de los pocos edificios que no habían sido reemplazados tras el terremoto de Rose Canyon. En lugar de eso habían instalado estabilización activa en la vieja estructura.

—Nos podríamos haber matado —dijo Blount.

Se encontraban en el tercer piso. Se acercaba un grupo de

estudiantes; al menos, Robert dio por hecho que lo eran, porque se reían y la mayoría había escogido una forma monstruosa. Los dos grupos se cruzaron y los viejos guardaron silencio hasta que los estudiantes desaparecieron.

Tommie dijo:

—¿Qué ha provocado el terremoto, Carlos?

Rivera esquivó un armario empotrado. Gritó:

—¿Ya hablo en inglés?… *¡Sí!* Oh, gracias a Dios. A veces sueño que me quedo atrapado para siempre. —Dio varios pasos, casi llorando de la alegría. A continuación las palabras fluyeron en torrente—. Sí, sí. Comprendo la pregunta: no estoy seguro de qué ha provocado el falso terremoto. Asistí a la reunión en la que decidieron usar de esa forma el sistema de estabilización. Se suponía que el detonante debía ser cualquier intento de «abrir» un libro que contuviese conocimiento «que la humanidad no debe saber». Claro está, es broma… menos cuando va tan en serio que Seguridad Interior llama a tu puerta. Así que creo que, simplemente, lo hemos provocado por casualidad. —Rivera siguió hablando mientras bajaban—. La bibliotecaria jefa es completamente fiel a esta idea. Ocupa una posición muy importante en el círculo local de creencia de Hacek. Quiere imponer penalizaciones tipo Hacek a los usuarios que violen las reglas de la biblioteca.

La mirada de preocupación de Tommie quedó reemplazada por una de interés técnico.

—Vaya —dijo—. ¿Los pozos de tortura de Hacek?

En el primer piso pisaron la moqueta estándar del vestíbulo de la biblioteca. Una hora antes, Robert y Sharif habían cruzado esa zona camino de los ascensores. Entonces Robert apenas había prestado atención al espacio abierto y limpio, a la estatua de Theodor Seuss Geisel. En aquel momento era un agradable símbolo de cordura. Atravesaron las puertas de vidrio hacia la luz del atardecer.

Winnie se volvió para mirar los pisos de la biblioteca.

—Han convertido este lugar en una amenaza. El terremoto ha sido, ha sido… —De pronto bajó la mirada—. ¿Estás bien, Carlos?

El bibliotecario agitó la mano.

—Sí. A veces quedarse atrapado es un poco como un ataque de epilepsia. —Se limpió la cara; estaba sudoroso—. Vaya. Éste ha sido de los peores…

—Debería verte un médico, Carlos.

—Ya está. ¿Ves? —Indicadores médicos surgían alrededor de su cabeza—. Me he asustado en la escalera. Al menos ahora hay un doctor de verdad vigilándome. Yo… —Vaciló, escuchando—. Vale, me quieren en la clínica. Me van a hacer un escáner cerebral. Ya nos veremos. —Vio la expresión de sus caras—. Eh, nos os preocupéis,

chicos.

—Iré contigo —dijo Tommie.

—Vale, pero en silencio. Me están preparando para el escáner. —Los dos caminaron hacia la rotonda.

Robert y Winnie los miraron. Blount habló con una incertidumbre impropia de él.

—Quizá no debería haberme metido con él por lo de Hacek.

—¿Va a ponerse bien?

—Probablemente. Cada vez que un veterano se bloquea permanentemente, el VA queda en muy mal lugar. Harán todo lo que puedan.

Robert reflexionó sobre todos los aspectos extraños de Rivera. Normalmente no decía en mandarín más que monosílabos, casi por esnobismo. Pero aquella vez…

—¿Qué le pasa, Winnie?

La mirada de Blount andaba perdida. Se encogió de hombros.

—Carlos es un ESR.

—¿Qué es eso?

—¿Eh? ¡Portados los ciclos, Gu! Búscalo. —Miró la plaza—. Vale. Vale. —Le dedicó una sonrisa forzada—. Lo lamento, Robert. ESR es fácil de buscar. Encontrarás muchas discusiones de calidad sobre eso. Lo importante es que no perdamos de vista nuestro objetivo. Vamos, es lo que Carlos querría. Muchas cosas dependen de que tú hagas lo correcto.

— Pero ¿qué es? ¿Qué…?

Winnie alzó la mano.

—Trabajamos en ese asunto. Pronto te daremos detalles.

De camino a casa, en el coche, Robert buscó «ESR». Había millones de resultados en medicina, en asuntos militares, sobre drogas. Escogió el resumen de Seguridad Global en «opinión en contra respetada»:

ESR, ((entrenamiento para la situación requerida» (también «entrenado para la situación requerida» cuando se refiere a una víctima del procedimiento). Terapia combinada de adresina y exposición intensiva a datos que imbuye de extensos conocimientos en menos de cien horas. Especialmente famoso por su uso en el ‹link› Conflicto sinoamericano ‹/link›, cuando 100.000 reclutas americanos recibieron entrenamiento en mandarían, cantonés…

Seguía a continuación una lista de cosas de las que Robert no había oído hablar nunca. En menos de noventa días los americanos habían resuelto sus problemas de idiomas. Pero luego habían aparecido los problemas:

Ese talento fue decisivo sobre el terreno; sin embargo, el precio humano del procedimiento quedó claro incluso antes del final de la

guerra.

Robert Gu (y quizá todo estudiante) había soñado con los atajos. ¡Aprender ruso, latín, chino o alemán en una noche y sin esfuerzo! *Pero ten cuidado con lo que deseas…* Leyó las secciones sobre efectos secundarios: aprender idiomas o una especialidad profesional, *cambia* a la persona. Atiborra de esos conocimientos a alguien por las buenas y distorsionarás su personalidad. Un pequeño número de ESR no sufrían efectos secundarios. En algunos casos poco habituales, esas personas podían pasar otra vez por el proceso, e incluso una tercera, antes de que se manifestasen los daños. El rechazo consistía en una especie de batalla interna entre los nuevos puntos de vista y los antiguos, que se manifestaba en forma de ataques epilépticos y estados mentales alterados. A menudo, el ESR quedaba bloqueado de forma atenuada en uno de sus conjuntos de habilidades… Después de la guerra, había quedado el legado de los veteranos afectados por el ESR y del abuso continuo del mismo por parte de estudiantes estúpidos de todo el mundo.

Pobre Carlos.

¿Y eso es lo que me promete el Extraño Misterioso?

Definitivamente aquel día había sido uno de esos días de conmoción por el futuro. Robert bajó la ventanilla y disfrutó de la brisa. Iba en dirección norte por la 1–15. Le rodeaba por completo un barrio denso muy similar a las zonas más edificadas de la California del siglo XX, sólo que las casas eran un poco más sosas y los centros comerciales parecían más bien zonas de almacenes. Curiosamente, incluso en ese mundo del futuro quedaban centros comerciales reales. Había ido de compras a un par de ellos. En algunos comercios había mucha arquitectura sólida. Compras para «los que tienen el corazón en el pasado» era su lema; un lema que no habría funcionado en absoluto en el año 2000.

Robert descartó los misterios (y los miedos) y practicó con Epifanía. *Veamos los adornos mínimos.* Robert ejecutó el gesto ya familiar. *Bien, de momento.* Veía etiquetas simples. En todo, incluso en la planta de hielo situada al borde de la carretera, había pequeños rótulos alfanuméricos. Otro movimiento de los hombros y vio lo que los objetos que pasaban querían que viese, o más bien, para ser exactos, lo que los *dueños* de dichos objetos querían que viese. Publicidad. Los centros comerciales habían descubierto que era un viejo y habían adaptado los anuncios en consonancia. Pero no recibió el spam directo de algunas de sus primeras sesiones. Era posible que finalmente hubiese logrado configurar bien los filtros.

Robert se apartó de la ventanilla y buscó universos más amplios. Frente a sus ojos aparecieron mapas de colores. Había realidades geográficamente muy distantes que no se correspondían en absoluto

con San Diego. Aquello debía de ser como la porquería de ciberespacio de los ochenta y los noventa. Finalmente dio con una ventana que le prometía «únicamente realidad pública local». Ya. Sólo que había doscientas mil opciones en esa parte del condado de San Diego. Escogió al azar. En el exterior del coche, las laderas de North County se desnudaron de edificios. La carretera sólo tenía tres carriles y los coches eran modelos de los sesenta. Vio que en el parabrisas de su coche (ahora un Ford Falcon) ponía: «Sociedad Histórica de San Diego.» Poco a poco iban reconstruyendo el pasado. Las personas que ansiaban tiempos menos complicados tenían a su disposición grandes trozos del siglo XX.

Robert estuvo tentado de quedarse en esa vista. Era de una época muy cercana a sus años de estudiante universitario. Era tan… consoladora. También se le ocurrió que aquellos aficionados a la historia podían ser *partidarios* del Proyecto Bibliotoma. Usando la base de datos de Huertas podrían avanzar todavía más rápido en su reconstrucción del pasado.

Hizo surgir la ventana de control. Había algo llamado «transversales continuas de paratiempo». Quizá debiera escoger a un escritor en particular. Jerzy Hacek, por ejemplo. Pero no, por un día ya había tenido bastante de *Un poco de conocimiento.*

¿Qué tal Terry Pratchett? Vale. Los edificios eran de adobe. El coche se había convertido en una alfombra exquisita, que descendía una ladera herbosa que un momento antes había sido la carretera de Mountain Meadow. En el valle que tenía delante había tiendas de colores con carteles en cursiva, una caligrafía que daba al alfabeto latino un aspecto vagamente árabe. Se veía una franja de océano al fondo del largo valle, al oeste. ¿Y aquello eran barcos?

Robert Gu había leído una novela de Pratchett. Lo que recordaba era que la acción transcurría en una ciudad similar al Londres medieval. Aquello era diferente. Intentó ver mejor la ciudad de tiendas…

Miri —› Lena, Xiu: ‹ms› ¡Le he recuperado! ¿Veis?‹/ms›

Xiu —› Miri, Lena: ‹ms› ¿Estás conduciendo a su lado?‹/ms›

Miri —› Lena, Xiu: ‹ms› No, es una vista que combina lo que se ve desde las colinas y desde varias cámaras de coche.‹/ms›

Xiu —› Miri, Lena: ‹ms› No parece que haga otra cosa que mirar a su alrededor.‹/ms›

Miri —› Lena, Xiu: ‹ms› Tengo bloqueado a Sharif. Tenemos a Robert para nosotras solas.‹/ms›

Lena —› Miri, Xiu: ‹ms› Esto es ridículo.‹/ms›

Miri —› Lena, Xiu: ‹ms› Bien, ahora soy Sharif y estoy sentada junto a Robert… Oh, *¡maldita sea!*‹/ms›

Alguien tosió educadamente para llamar su atención. Robert se

giró.

Era Sharif, sentado en el asiento del pasajero.

—No pretendía darle un susto, profesor. —La visión sonrió disculpándose—. He intentado reaparecer antes, pero había dificultades técnicas.

—No pasa nada —dijo Robert, preguntándose vagamente si Tommie seguiría interfiriendo.

Sharif señaló el paisaje.

—Bien, ¿qué le parece?

Era San Diego con un poco más de agua. Y gente diferente, una civilización diferente.

—Creía haber entrado en una de las historias de Terry Pratchett.

Sharif se encogió de hombros.

—Ha entrado en el círculo de opinión principal de Pratchett. Al menos en San Diego.

—Sí, pero… —Robert señaló la hierba—. ¿Dónde está Ankh-Morpork? ¿Dónde están los barrios bajos, los antros y la guardia de la ciudad?

Sharif sonrió.

—En Londres y en Beijing, profesor. Es mejor adaptar las fantasías para que se correspondan un mínimo con la geografía subyacente. Pratchett escribe sobre todo un mundo. Esto de aquí es lo que se ajusta a San Diego. —Sharif lo miró un momento—. Sí, esto es Abu Dajeeb. Ya sabe, el sultanato situado al sur de Sumarbad en *El cuervo en llamas.*

—Oh— *¿El cuervo en llamas?*

—Fue escrita después de que usted, ah…

Después de que perdiese la cabeza, sí.

—Es… es enorme. Puedo imaginarme a alguien escribiendo *sobre* un lugar como éste, pero ningún hombre ni ningún estudio cinematográfico sería capaz de reunir todo lo que… —Robert se apartó rápidamente de la ventanilla cuando pasó volando una mujer montada en una iguana alada. (Pasó a vista real y vio un coche de la policía de tráfico adelantándolo.)

Sharif rio.

—No es obra de un solo hombre. Probablemente sea el resultado de las contribuciones de millones de admiradores. Como pasa con muchas de las mejores realidades, fue también una empresa comercial, el cine externo de más éxito en 2019. Con los años ha ido mejorando. Una demostración de amor de los fans.

—Ya. —A Robert siempre le había parecido fatal que se dedicaran tantos millones a la industria cinematográfica y que los escritores se hicieran ricos con las películas—. Apuesto a que Pratchett se llevó un buen pellizco.

Sharif sonrió con satisfacción.

—Más que Hacek. No tanto como Rowling. Pero los micropagos acaban acumulándose. Pratchett es propietario de una buena parte de Escocia.

Robert abandonó la imagen Pratchett. Había otras: vistas de Tolkien y cosas que no podía reconocer ni siquiera leyendo las etiquetas. ¿Qué era SCA? Oh, en la visión SCA los suburbios se convertían en aldeas extramuros y había castillos en la cima de las colinas más altas. Las zonas verdes tenían un aspecto salvaje de bosque tupido.

Por lo visto, Sharif lo seguía en su paseo virtual. Señaló el parque del valle de Los Pumas, a la derecha.

—Debería ver las ferias renacentistas. Ocupan todo el parque, a veces se representan batallas entre los barones de las colinas. Es estupendo, amigo mío, verdaderamente maravilloso.

Ah. Robert se volvió y miró atentamente a Sharif. Era exactamente igual que sus apariciones anteriores, excepto por la sonrisa de listillo que tenía en la cara.

—y tú no eres Sharif.

La sonrisa se ensanchó.

—Me preguntaba si *llegarías* a darte cuenta. La verdad es que deberías aprender a ser más paranoico con las identidades, profesor. Lo sé, has visto a Zulfi Sharif en persona. Ése es el estudiante graduado que crees que es, y el pelota que aparenta ser. Pero no tiene demasiado control. Puedo aparecerme como Sharif siempre que me dé la gana.

—No es lo que has dicho hace un momento.

Sharif frunció el ceño.

—Eso ha sido por otra cosa. Tienes más admiradores. Uno de ellos no es totalmente incompetente.

¿Eh? Robert pensó un segundo y luego forzó una sonrisa.

—Entonces será mejor que acordemos una clave, no vaya a ser que le suelte tus secretos al Sharif equivocado, ¿verdad?

El Extraño Misterioso no parecía contento.

—Muy bien. Cuando diga «amigo mío» por primera vez se iniciará un intercambio de certificados. No tendrás que hacer nada. —El rostro de Sharif estaba verdoso y sus ojos poco tenían que ver con los asiáticos. Sonrió—. Verás a tu geniecillo de la lámpara y sabrás que soy yo de verdad. ¿Qué te parece el plan de Parker?

—Ah…

Sharif, el Sharif-Extraño, se inclinó hacia él, pero no hubo ninguna sensación de movimiento en el asiento de cuero falso.

—Estoy en todas partes y aparezco donde me da la gana para obtener el resultado que deseo. A pesar del ingenio de Tommie, yo

estaba allí. —Miró fijamente a los ojos a Roben—. Eh. Te has quedado sin habla, ¿verdad, profesor? y ése es precisamente el problema, ¿no? Quiero ayudarte en ese asunto, pero antes tendrás que ayudarme a mí.

Robert se obligó a sonreír tranquilamente. No daba con una buena respuesta. Lo mejor que se le ocurrió decir fue:

—Me prometes un milagro sin mostrarme ninguna prueba. Y si me ofreces ESR, no me apetece. Eso no es creatividad.

Sharif se inclinó hacia atrás con una carcajada franca y agradable. —Muy cierto. El ESR es un milagro terrible. Pero hoy en día es posible lograr milagros felices. Y *yo* puedo hacerlos.

El coche había abandonado la autopista. Se encontraban a pocos minutos de West Fallbrook y la casa de Bob. El Extraño Misterioso pareció admirar el paisaje un rato. Luego dijo:

—La verdad es que quería avanzar hoy mismo, pero si insistes en tener pruebas sólidas… —Hizo un gesto y entre ellos saltó un destello. Normalmente eso indicaba el traspaso de datos—. Echa un vistazo a estas referencias. y aquí tienes la prueba de que fui yo el principal responsable del descubrimiento.

—Le echaré un vistazo y volveremos a hablar.

—Por favor, no tardes mucho, profesor. Lo que tus alegres camaradas están planeando será imposible sin tu ayuda. Y yo lo necesito para ayudarte.

El coche entró en Honor Court y se detuvo un poco más allá, frente a la casa de Bob. Todavía no eran las cuatro y media de la tarde, pero la neblina oceánica ya se había levantado y empezaba a oscurecer. Aquí y allá jugaban grupos de niños, a lo largo de la calle. Sólo Dios sabía lo que estarían viendo. Roben salió al aire frío y… allí estaba Miri pedaleando hacia él en bicicleta. Se miraron incómodos. Al menos Robert se sintió incomodo. Normalmente no se veían, a no ser en compañía de Bob y Alice. *Antes no habría sentido ni un instante de malestar por haber machacado a esta niña*. Pero, por alguna razón, la furia simultánea de Bob y Alice y la rígida cortesía de Miri le hacían sentirse incómodo. *No puedo quedarme aquí, debiéndole algo a una niña que tendría que debérmelo a mí.*

Miri se apeó de la bici y se quedó a su lado. Observaba el coche. Robert miró alejarse el vehículo. Veía a Sharif todavía sentado en el asiento trasero; quizá ella también le viese.

—Es Zulfikar Sharif —dijo Robert, apresurándose a dar una explicación, como el alma culpable que era—. Me entrevista sobre el pasado.

—Oh. —Perdió el interés.

—Eh, Miri, no sabía que tuvieras bici.

Miri pasó a su lado empujando la bici.

—Sí —respondió muy seria—. No es buena como medio de

transporte, pero Alice dice que el ejercicio me sienta bien. Me gusta recorrer Fallbrook y probar las últimas realidades.

Gracias al milagro de Epifanía, Robert suponía a qué se refería

—De hecho, en realidad no es mi bici. Es la de Bob, de cuando era más pequeño que yo.

Las llantas parecían nuevas, pero… sus ojos recorrieron el cuadro de aluminio, la pintura verde y amarilla que empezaba a desconcharse. *Dios.* Lena había insistido en que le comprasen la bicicleta. Le asaltaron los recuerdos del pequeño Bobby, de cuando intentaba con todas sus fuerzas aprender a montar. Había sido un verdadero incordio.

El resto del camino hasta la puerta lo hicieron en silencio. Robert caminaba un paso por detrás de su nieta.

16
El incidente del baño

Durante los siguientes días, Winston Blount llamó un par de veces. Estaba ansioso por saber algo más sobre «eso de lo que hablamos». Robert le dio largas y se negó a hablar en privado. Casi podía oír los dientes de Winnie rechinando por la frustración… pero le dio otra semana.

Robert mantuvo varias entrevistas más con el verdadero (bueno, esperaba que lo fuera) Sharif. Eran recordatorios enternecedores de los Buenos Tiempos, completamente diferentes de sus encuentros con el Extraño Misterioso. El joven graduado tenía un entusiasmo casi inteligente, excepto cuando parecía gustarle la ciencia ficción. A veces. Cuando Robert lo comentaba, Sharif ponía cara de pena. *Ah.* El Extraño Misterioso atacaba de nuevo. O quizás hubiese tres… entidades… animando la imagen de Zulfikar Sharif. Robert estaba decidido a prestar atención a cada palabra, a cada matiz.

Las composiciones de Juan Orozco habían florecido. Podía escribir frases enteras intencionadamente. Por lo visto el chico creía por ello que Robert Gu era un profesor genial. *Sí, y pronto incluso me admirarán los chimpancés.* Pero esa idea no pasó de los labios de Robert… Juan Orozco se esforzaba hasta el límite. Estaba condenado a la mediocridad, como Robert, a quien ya no apetecía difundirlo.

El Extraño Misterioso se mantuvo alejado. Quizá pensaba que la necesidad de Robert era el mejor acicate. Menudo cabrón. Robert volvía una y otra vez a los informes que el Extraño le había facilitado. Describían tres milagros médicos ocurridos en los últimos diez meses. Uno era un tratamiento efectivo contra la malaria. No era nada del otro mundo porque curas más baratas existían desde hacía años. Pero los otros dos avances estaban relacionados con trastornos del ánimo y del intelecto. No eran ejemplos del «campo de minas celestial» aleatorio del que le había hablado Reed Weber. Los dos remedios habían sido *encargados* por los pacientes a los que habían curado.

¿Y qué? En aquella nueva época se producían milagros. ¿Qué prueba había de que el Extraño pudiese hacerlos? Cargó los documentos que el Extraño le había entregado. Visualmente parecían cartas medievales, con los sobres sellados con cera. Más allá de la representación metafórica era fácil ver las capas subyacentes, algunos megabytes de cifrado. Tonterías inútiles. Pero, si seguía con la metáfora, entonces daba con punteros a herramientas mágicas para usar los certificados y con otros punteros para las explicaciones técnicas acerca de lo que esas herramientas hacían con los datos

subyacentes.

Robert llevaba tres días hurgando en aquellos artículos. El viejo Robert no habría sido capaz. Dios le había robado su único y verdadero talento y, de manera perversa, le había entregado a cambio aquel talento analítico. Jugar con los protocolos era divertido. Un par de días más y lo tendría… y descubriría las verdaderas intenciones del Extraño.

Mientras tanto, se iba retrasando en su trabajo con Juan para la clase de composición de Chumlig.

—¿Tendrás tiempo para mirarte mis sugerencias gráficas? —Le preguntó Juan una tarde— Quiero decir, antes de mañana. —Al día siguiente debían entregar el proyecto *semanal*.

—Sí, claro. —El chico se había portado estupendamente y hecho todo lo que Robert le decía. Se sintió un poco mal por no corresponderle—. Es decir, lo intentaré. Tengo un problema con otra cosa…

—Oh, ¿qué? ¿Puedo ayudarte?

Dios.

—Se trata de unos documentos de seguridad. Se supone que demuestran que un… bueno, un amigo mío realmente está implicado en la resolución de un… problema de juego. —Hizo que uno de ellos fuese visible para Juan.

El chico miró la cera, el color dorado y el pergamino.

—¡Oh! Un creditado. He visto certificados como éste. No hay más que… Oh, el tuyo tiene sobre, así que sólo tú puedes ejecutar todos los pasos, pero veamos… —Agarró el certificado y señaló lo que Robert debía hacer—. Primero pones tu propio sello y luego rasgas por la línea de servidor y verás un informe como éste. —Las transformaciones fantasmagóricas se extendieron a su alrededor— y si ese amigo tuyo no está echándose un farol, esto de aquí estará en verde y habrá una descripción textual de su contribución, respaldada por Microsoft, el Banco de América o algo similar.

Luego Juan se tuvo que ir a ayudar a su madre. Cuando ya se desvanecía, Robert repasó el ejemplo. Reconoció algunos de los pasos por las descripciones de los protocolos, pero:

—¿Cómo sabes todo eso?

Una pregunta tonta. El muchacho puso cara de sorpresa.

—Es… es intuitivo, ¿sabes? Creo que la interfaz está diseñada de esa forma. —y desapareció por completo.

En aquel momento no había nadie en casa, así que Robert bajó y se preparó un tentempié. Luego repasó los pasos que le había indicado el chico. No tenía ninguna excusa para posponerlo. Dudó un momento… luego siguió los pasos con cada uno de los «creditados»

Verde brillante. Verde brillante. Verde brillante.

Al Extraño Misterioso no le gustaba visitar a Robert cuando estaba en casa. Quizás el Cuerpo de Marines no fuese tan incompetente como afirmaba el Extraño. Robert comenzó a temer por anticipado los momentos que pasaba fuera de casa. Pronto tendría que decidirse. ¿Era la traición un precio que estaba dispuesto a pagar por recuperar su viejo yo?

Pasaron los días. Seguía sin haber contacto. *El Extraño me quiere bien maduro antes de cosecharme.*

Cuando al fin sucedió, Robert caminaba por el vecindario, dedicado a otra entrevista con Zulfikar Sharif. El joven vaciló en medio de una pregunta y le miró.

Miri —› Juan: ‹ms› ¡Estoy fuera!‹/ms›

Juan —› Miri: ‹ms› ¿Otra vez?‹/ms›

Miri —› Juan: ‹ms› ¡Sí, otra vez!‹/ms›

Los rasgos sinceros de Sharif adquirieron el aspecto macilento y ladino del Extraño Misterioso.

—¿Cómo va la cosa, amigo mío?

Roben logró responder con tranquilidad.

—Muy bien.

El Extraño sonrió.

—Pareces un poco nervioso, profesor. Quizás estés más cómodo si te sientas. —Un coche se detuvo junto a ellos. La portezuela se abrió y, cortésmente, el fantasma le indicó a Robert que entrase.

—¿Esto es más seguro? —dijo Robert cuando se alejaron de la acera.

—*Este* coche es más seguro. Recuerda que tengo poderes que superan los de tus amiguitos. —Se acomodó en el asiento orientado hacia la parte posterior del vehículo— Bien. ¿Estás convencido de que puedo ayudarte?

—Quizá puedas —dijo Robert, un poco orgulloso de lo tranquilo que parecía— He comprobado tus creditados. No pareces saber nada sobre nada, pero tienes la habilidad de reunir a la gente adecuada y estar presente cuando esa gente resuelve problemas importantes.

El Extraño agitó la mano con desdén.

—¿No sé nada sobre nada? Eres un ingenuo, profesor. Nuestro mundo está plagado de posibilidades técnicas. El conocimiento se amontona hasta alturas metafóricas de años luz. Dada esa situación, el auténtico don es el que yo poseo: saber reunir el conocimiento y las habilidades necesarios para obtener soluciones. Tu señora Chumlig lo comprende. Los alumnos lo entienden perfectamente. Incluso Tommie Parker lo comprende, aunque él ha entendido al revés un detalle importante. —Hizo otro gesto exagerado, con la mano apoyada en el cuello de la camisa—. En mí tienes la encarnación de ese don. Soy el mejor del mundo en el campo de «reúnelos y obtén respuestas».

Y con un ego a juego. ¿Cómo se sale con la suya cuando trata con los Einsteins y Hawkings de esta época? No es posible que tenga a todo el mundo pillado por sus partes.

El Extraño se inclinó hacia delante.

—Pero dejemos de hablar de mí. Winnie Blount y su Conciliábulo de Ancianos se empiezan a desesperar. No es que yo esté desesperado, pero, si lo retrasas más de unos cuantos días, no podré garantizar un resultado aceptable. Bien. ¿Te apuntas o no?

—Yo… Sí, me apunto. —Veinte años antes, traicionar a Bob no le habría incomodado en absoluto. Después de todo, el muy idiota era un ingrato. No buscó ninguna excusa tonta para justificarse, pero… *Haría lo que fuese para recuperar lo que he perdido*— ¿Qué información biométrica quieres de Alice?

—Algunas ecografías que no podemos hacerle. Un microgramo de sangre. —El Extraño Misterioso indicó una cajita colocada entre los dos—. Echa un vistazo.

Robert alargó la mano… y sus dedos tocaron algo duro y frío, una caja de verdad. Era la primera vez en el caso del Extraño Misterioso. La examinó más de cerca. Era de plástico gris, sin tapa para abrirla ni etiquetas virtuales. Ahí estaba como siempre: «El usuario no debe manipular el interior.»

—¿Y?

—Esta noche la dejarás en el baño. La caja se ocupará de lo demás.

—No haré nada que le cause daño a Alice.

El Extraño rio.

—Cuánta paranoia. La idea es pasar desapercibidos. Alice Gu se encuentra en lugares públicos varias veces por semana. Si le deseásemos algún mal, ésas serían las oportunidades que habría que aprovechar. Pero a ti y al conciliábulo sólo os hacen falta datos biométricos… ¿Alguna otra pregunta?

—De momento no. —Robert se metió la cajita gris en el bolsillo —. Simplemente, no me cabe en la cabeza que a la seguridad militar del siglo XXI se la pueda engañar con algo tan simple como una gota de sangre y algunas ecografías.

El Extraño rio de nuevo.

—Oh, hay muchos elementos más. Tommie Parker cree estar cubriendo todas las posibilidades, pero sin mi ayuda los cuatro no llegaríais ni a los túneles de mantenimiento. —Observó la expresión rígida de Robert y volvió a reír—. Considera que tu papel es hacer de interfaz de usuario. —Hizo una reverencia—. Y yo soy el usuario.

Robert se aseguró de entrar el dispositivo por la puerta delantera, donde estaba la trampa para bichos. No se disparó ninguna alarma, que él pudiese ver. Así que perpetrar la traición sería tan simple como

entrar en el baño de la planta baja y dejar la caja entre las bolsas, los aerosoles y los tubos que ya estaban allí guardados. Los productos modernos para el baño eran un bastión de la publicidad a la vieja usanza. Al fin y al cabo, incluso la persona más moderna tenía que acabar por quitarse la ropa y las lentillas. Pero Alice y Bob no tenían estilo. Compraban los productos genéricos más baratos que podían encontrar. La caja maligna pasaba perfectamente desapercibida.

Robert se dio una larga ducha. Sería agradable sentirse limpio. No oyó ningún sonido extraño, no vio nada extraño a través del vidrio esmerilado. Pero cuando salió de la ducha se dio cuenta de que no había ninguna misteriosa cajita gris. Incluso cuando revolvió en el estante, tocándolo todo, no encontró señal alguna de la intrusión. La puerta del baño no se había abierto en ningún momento.

Alguien llamó en aquel momento, sin contravenir, por suerte, la norma de la familia, que prohibía mirar a través de la puerta del baño.

—Robert, ¿estás bien? —Era Miri—. Alice dice que es hora de cenar.

La cena fue una pesadilla.

Siempre era un momento tenso cuando los cuatro estaban juntos. Habitualmente, Roben evitaba tales reuniones, pero Alice estaba decidida a verle con toda la familia al menos una vez por semana. Robert sabía lo que pretendía su nuera. Estaba recalibrando, decidiendo si podía hacer caer el trueno sobre su suegro.

Esa noche estaba siendo más dura que nunca y no ayudaba nada que Robert escondiera secretos terribles. Quizás Alice tuviese alguna razón concreta para ser suspicaz. Roben se dio cuenta de que Bob y Miri eran los encargados de ir a la cocina y volver. Habitualmente Alice los ayudaba. Esa noche se sentó en la silla de siempre e interrogó a Robert de forma implacable y desalmada: cómo le iba en el instituto, qué tal el proyecto con Juan. ¡Incluso le preguntó por sus «viejos amigos», por amor del cielo! y Robert se explicó, sonrió y rezó por estar pasando la prueba. *¡El viejo Robert nunca ha tenido problemas para embaucar a la gente!*

Luego Bob y Miri se sentaron a comer. Alice dejó de prestar atención al villano de su suegro. Charló con Miri empleando el mismo tono amistoso e interesado que con Robert. Miri respondió con precisión, dando un resumen detallado de quién y qué era bueno y malo en el colegio. Robert estuvo a punto de relajarse. Al fin y al cabo, estaban allí para comer. No podía descubrirse.

Pero algo estaba pasando y no era sólo en su imaginación. Bob y Alice se pusieron a discutir de política, por un asunto de un bono escolar, pero había una motivación oculta; algunas parejas *realmente* discuten de política, pero ésa era la primera que Robert oía a esos dos hacerlo. Y, de vez en cuando, la ropa de Alice *parpadeaba.* En el

mundo real, para estar en casa, Alice Gu llevaba una bata de faena que no habría desentonado en los años cincuenta. Cuando parpadeó, se convirtió en algo completamente diferente a la camiseta inteligente pasada de moda de Carlos. La primera vez Robert casi no se dio cuenta… en parte porque ni Bah ni Miri reaccionaron. Medio minuto más tarde, mientras Alice gesticulaba por un detalle absolutamente trivial de las elecciones, se produjo otro parpadeo. Por un instante se la vio vestida con uniforme naval. Llevaba en el cuello una insignia con las letras «PHS». «¿PHS?» Había muchas posibles traducciones en Google para esas siglas. Pasados unos minutos y brevemente llevó uniforme de coronel del Cuerpo de Marines. Robert ya había visto aquel uniforme porque correspondía a su auténtica graduación.

Bob dijo amablemente:

—No estás siendo razonable, cariño.

—No importa —dijo Alice cortante—. Lo sabes. Lo importante es que… —y siguió con el tema del bono escolar. Pero su mirada recorría la habitación y se posaba de vez en cuando en Robert. No era una mirada amistosa y, aunque lo que decía no tenía nada que ver con Robert Gu, había tensión en su voz. Luego, durante casi dos segundos, se la vio vestida de paisano con una identificación de las antiguas en el cuello. La identificación llevaba un sello conocido y las siglas «DSI». Robert sabía lo que significaba. Hizo cuanto pudo para no acobardarse. *¡No puede saberlo todo!* Se preguntó si Alice y Bah estarían coordinando silenciosamente todos aquellos indicios escalofriantes, conspirando para obligarlo a confesar. Lo cierto era que no le parecía que Bob fuese tan sagaz.

Así que Robert se limitó a asentir y a mirar como si nada. Miri estaba más callada de lo habitual. Miraba fijamente un punto distante y parecía tan aburrida como puede estarlo una chica de trece años atrapada en casa con sus padres parloteando sobre Cosas Sin Importancia. Pero se trataba de Miri Gu y no estaban en el siglo XX. Lo más probable era que estuviese navegando, aunque sentada a la mesa solía disimular esas ausencias.

Alice descargó un puñetazo, y Robert la miró sobresaltado. Lo estaba observando atentamente.

—¿No estás de acuerdo, Robert?

Ni Louise Chumlig podía mirar con más agresividad.

—Lo siento. Pensaba en otra cosa, Alice.

Un gesto rápido de la mano.

—No importa.

Y a continuación, letras doradas se movieron en silencio en el aire.

Miri —› Robert: ‹ms› No te preocupes. No está enfadada contigo.‹/ ms›

Miri seguía con la mirada perdida. Sus manos estaban a la vista, inmóviles. Era buena con la ropa. *Vale, pero ¿qué coño pasa aquí?* Ése era el mensaje que quería enviar, pero sin poder usar los dedos lo más que podía hacer era mirarla inquisitivo.

Alice seguía hablando, y Bob intervenía de vez en cuando, pero Robert ya no estaba completamente aterrorizado. Esperó tres o cuatro minutos y se disculpó.

Bob parecía un poco aliviado.

—No vamos a hablar más del bono, Robert. Hay otros…

—No, da igual. Tengo muchos deberes. —Robert forzó una sonrisa y se escapó. Notaba la mirada penetrante de Alice siguiéndole. De no ser por el mensaje silencioso de Miri, hubiese subido las escaleras corriendo.

De momento, Alice ni siquiera se había acercado al baño.

Tenía deberes. Juan se presentó y le distrajo media hora con sus explicaciones sobre perfiles de inmersión. Se suponía que Robert debía tener preparado uno de esos perfiles para la clase del día siguiente. Juan se fue encantado. También lo estaba Robert; había compensado varios días de falta de atención. Jugueteó con los esquemas de Juan hasta que fue capaz de llevarlo a cabo todo. *Por Dios, deberían darnos matrícula en apoyo mutuo.* La prosa del chico se había vuelto casi utilizable… y el perfil de inmersión que había construido era hermoso. Fue consciente de que Miri ayudaba a limpiar después de la cena y luego subía a su cuarto. Bob y Alice estaban sentados en el salón. Estableció una alarma de actividad para el primer piso y luego se dedicó a mejorar cada vez más los gráficos.

¡Dios! ¡Había pasado una hora! Echó un vistazo rápido. Nadie había ido al baño de abajo. Tenía un mensaje pendiente de Tommie Parker. El conciliábulo quería saber si iba a cumplir con su parte. Volvió a mirar escaleras abajo. Extraño. Ya no podía ver en el salón. Normalmente aparecía en el menú de la casa, pero en aquel momento era una zona tan privada como los dormitorios. Se puso en pie, se acercó a la puerta y la abrió silenciosamente unos centímetros, fisgando a la antigua.

¡Discutían! y Bob estaba lívido de furia. Alzaba cada vez más la voz, hasta gritar.

—¡Me importa una mierda si te necesitan! Siempre es una vez más. Pero esta vez tú…

Bob vaciló en medio de la invectiva. Robert se inclinó, con la oreja pegada a la puerta. Nada. Ni siquiera los murmullos de las palabras prudentes. Su hijo y su nuera se habían llevado la discusión a regiones más etéreas. Pero Robert siguió escuchando. Los oía moverse. En cierto momento se oyó el golpe de una mano. ¿Alice dándole un puñetazo a la mesa del comedor? Hubo medio minuto de silencio y un

portazo.

La visión regresó un segundo después. Bob estaba a solas en el salón, mirando fijamente la puerta del despacho de la planta baja. Así permaneció unos minutos, luego dio la vuelta al salón y se sentó en su sillón favorito. Tomó un libro de la mesita. Era uno de los tres libros físicos del piso de abajo… y no era más que una imitación para lectura instantánea.

Robert Gu cerró silenciosamente la puerta del dormitorio y volvió a la silla. Reflexionó un momento y luego escribió:

Robert —› Miri: ‹ms›¿Qué ha sido eso?‹/ms›

Miri estaba a unos metros pasillo abajo. Por tanto, ¿por qué no dar unos pasos y llamar a su puerta o presentarse virtualmente? Quizá fuese por la costumbre de mantenerse alejado de ella. Tal vez era más fácil ocultarse tras las palabras.

A lo mejor él no era el único que se ocultaba. Pasó casi un minuto antes de que le llegase la respuesta.

Miri —› Robert: ‹ms› No están enfadados contigo.‹/ms›

Robert —› Miri: ‹ms› Vale. Pero ¿qué pasa?‹/ms›

Miri —› Robert: ‹ms› No pasa nada.‹/ms›

Eso fue todo, pero luego Miri envió otro mensaje.

Miri —› Roben: ‹ms› Alice se prepara para un trabajo. Para ella es siempre duro. Y Bob se pone furioso.‹/ms›

Otra pausa.

Miri —› Robert: ‹ms› Es un asunto del Cuerpo de Marines, Robert. Se supone que yo no sé nada, y que tú debes saber menos todavía. Lo siento. EOF.‹/ms›

EOF. Eso, en argot, significaba «sanseacabó». Robert esperó; no le llegó nada más. Pero era la conversación más larga que mantenía con Miri en dos meses. ¿Qué hacía la niña con sus secretos? Estaba claro que eran mucho más importantes de lo que él había supuesto. Miri disponía de mejores medios de comunicación que nadie del siglo XX, pero sus remilgos le impedían compartir el dolor. *¿O será que tiene amigos con los que hablar?*

Robert Gu padre no tenía amigos, pero no le hacían falta; esa noche tenía crisis y suspense de sobra para entretenerse. Siguió vigilando el baño de abajo y la puerta del despacho. Bob continuaba leyendo y mirando de vez en cuando hacia el despacho.

—¿Es buen momento para que hablemos, profesor? —La voz provenía de su espalda.

La sorpresa le hizo dar un respingo. Se volvió.

—¡Jesús!

Era Zulfikar Sharif, que retrocedió, sorprendido.

—Podrías haber llamado —dijo Robert.

—Lo hice, profesor. —Sharif parecía un poco dolido.

—Sí, sí. —Robert todavía no había conseguido descifrar todos los detalles del «círculo de amigos» de Epifanía. Le hizo un gesto a Sharif para que se quedase—. ¿Qué tienes en mente?

Sharif lo hizo bastante bien sentándose en una silla sin hundirse hasta la mitad.

—Bien, esperaba que pudiésemos hablar. —Reflexionó un momento—. Es decir, podríamos continuar con mis preguntas sobre *Secretos de las edades.*

Abajo seguía sin pasar nada.

—Muy bien. Pregunta —*¿Quién ha venido?* ¿Era el Sharif verdadero? ¿El Sharif Extraño? ¿El Sharif Ciencia Ficción? ¿Alguna malvada combinación de lo anterior? Fuera quien fuese, era demasiada coincidencia que se hubiese presentado justo en aquel momento. Robert se apoyó en el respaldo y le escuchó.

—Veamos… no sé —¿Tan olvidadizo era? Pero de repente Sharif despertó—. ¡Ah! Algo que me gustaría incluir en mi tesis es el equilibro entre la belleza de la forma y la belleza de la verdad subyacente. ¿Son cosas independientes?

Una pregunta que debo responder con profundidad críptica. Robert hizo una pausa enfática y se lanzó a soltar vacuidades.

—Ya deberías saber, Zulfi, aunque no puedas crear poesía, que son inseparables. La belleza refleja la verdad. Lee mi ensayo en *Carolingian… —Bla, bla, bla.*

Sharif asintió con sinceridad.

—Entonces, ¿espera que alguna vez se acabe una y por tanto la otra? Me refiero a la belleza ya la verdad.

¿Eh? Vaya, era una pregunta tan extraña como para desconcertarlo. Robert reformuló y volvió a reformular la estupidez. *«¿Se le acabará la belleza?» y la respuesta en mi caso es que sí; ya no puedo crear belleza*. Quizá no fuese más que Sharif Extraño dándole caña mientras esperaban a que la cajita gris actuase.

—Supongo… que podría haber un final —Luego reflexionó acerca de la otra parte de la pregunta— Demonios, Sharif, la verdad… la verdad nueva… se acabó hace mucho tiempo. Los artistas nos sentamos sobre un montón de restos que tiene diez mil años de espesor. Buscamos y rebuscamos, y algunos lo hacemos brillantemente, pero no es más que un refrito deslumbrante. —*¿Acabo de decir lo que he dicho?*

—Y si están relacionadas, entonces, ¿la belleza también ha desaparecido? —Sharif se había inclinado hacia delante, con los codos sobre los muslos, la barbilla apoyada en las manos. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión seria.

Robert apartó la vista. Finalmente habló.

—Todavía hay belleza. Yo la *traeré. —La recuperaré*.

Sharif sonrió, tal vez porque interpretó la afirmación de Robert como fe en el futuro de la humanidad.

—Es maravilloso, profesor. Esto supera su ensayo en *Carolingian.*

—Efectivamente. —Robert se arrellanó, preguntándose qué estaba pasando.

Sharif vaciló un momento, como si no estuviese seguro de cómo continuar.

—Y la biblioteca de la UCSD, ¿cómo va su proyecto allí?

Seguía sin pasar nada abajo. Robert dijo:

—¿Ves alguna relación entre mi obra y… Bibliotoma?

—Bueno, sí. No quiero entrometerme, pero últimamente lo que hace usted en la UCSD parece una declaración de principios sobre la situación del arte y la literatura en el mundo moderno.

Quizá se tratase de Sharif Ciencia Ficción, intentando descubrir lo que tramaba Sharif Extraño. *Si pudiese enfrentarlos entre sí*. Dedicó al visitante un asentimiento juicioso.

—Lo comentaré con mis amigos. Quizá podamos reunirnos.

Lo que pareció bastar a quien fuese. Acordaron otro momento para reunirse y Sharif se fue.

Robert desactivó el acceso al círculo de amigos. No quería ninguna visita sorpresa más esa noche.

Y abajo *seguía* sin pasar nada. Miró a través de la pared durante casi quince minutos. Vaya un uso más productivo del tiempo. *Piensa en otra cosa, mierda.*

Levantó la cubierta de la casa y miró West Fallbrook. Sin mejoras, era un lugar muy oscuro, más parecía un pueblo abandonado que un barrio habitado. El San Diego real estaba menos iluminado que en 1970, por lo que recordaba. Pero aparte de la vista real había interminables alternativas, toda la diversión del ciberespacio imaginada por la generación de Bob. Ahí fuera, esa noche, había cientos de millones jugando. Robert percibía (Epifanía se lo hacía percibir) el pulso de la actividad, llamándole. Usó una orden que Chumlig había mencionado; aquí y allá, por todo North County, se encendieron lucecitas. Ésos eran los alumnos de su clase, al menos los que estaban estudiando esa noche y sentían algún interés por lo que hacían los demás. Veinte pequeñas luces. Más de dos tercios de sus compañeros, un tipo especial de círculo de opinión, uno dedicado a hacer avanzar todo lo posible sus puntuaciones de cooperación. Nunca se había dado cuenta de lo mucho que trabajaban esas personitas de tercera categoría.

Robert flotó como un fantasma sobre los suburbios hacia la luz más cercana. Nunca había usado las opciones «extracorporales» de Epifanía. No tenía ninguna sensación de que el aire fluyese a su alrededor, ni tampoco de movimiento. N o era más que un punto de

vista sintético desplazándose sobre el paisaje. Todavía notaba el trasero pegado a la silla de su dormitorio. Y, sin embargo, comprendía por qué las instrucciones precisaban que la actividad debía realizarse estando sentado. El punto de vista recorría el valle a una velocidad que mareaba.

Se deslizó hacia una ventana amistosa. Juan Orozco, Mahmoud Kwon y un par más estaban reunidos en el cuarto de estar, conjurando posibilidades para el intercambio del día siguiente con Ciudad del Cabo. Alzaron la vista y dijeron «hola», pero Robert sabía bien que no veían mucho más que su icono flotando en la habitación. Podría estar presente virtualmente, quizás incluso parecer tan «real» como Sharif solía ser. Pero Robert se limitó a flotar y escuchar lo que decían y…

¡Aviso de alarma!

Cortó la conexión y regresó al cuarto.

Abajo, Bob había salido del salón. Se acercó a la puerta de Alice y llamó con suavidad. Por lo que Robert pudo ver, no hubo respuesta. Al cabo de un momento, Bob bajó la barbilla y se giró. Robert le siguió escaleras arriba. Oyó los pasos por el pasillo. Bob llamó a la puerta de Miri, como hacía casi todas las noches. Se oyó una conversación apagada y la voz de Miri diciendo:

—Buenas noches, papá. —Era la primera vez que Robert la oía llamar así a Bob.

Los pasos de Bob se acercaron; se detuvo frente a la puerta de Robert, pero no dijo nada. Robert le vio a través de la pared: Bob se volvió y se lo tragó la intimidad del dormitorio principal.

Robert se apoyó en la mesa y miró abajo. Alice casi nunca se quedaba levantada hasta mucho más tarde que Bob. Evidentemente, ésa no era una noche habitual. Qué desastre. Uno hace acopio de valor para traicionar a la familia… y luego el destino no hace más que apilar problemas sobre esas intenciones tan deshonrosas. Pero, incluso en el caso de que Alice se quedara a dormir en el despacho, tendría que acabar yendo al baño, ¿no?

Pasaron veinte minutos.

Alice abrió la puerta. Salió, fue hacia las escaleras. *Maldita sea, usa el baño de abajo.* Se dio la vuelta y cruzó furiosa el salón. Cada movimiento era preciso y potente, como los de una bailarina o una fanática de las artes marciales. No se movía como la Alice Gong Gu del vestido, la de la tranquila cara redondeada y las batas informes. Y, sin embargo, era la vista real. Era su rostro real, aunque estuviera tenso de dolor y sudoroso. ¿Eh? Robert trató de examinar de cerca su danza deslizante. Estaba empapada de sudor. Tenía el vestido tan mojado como si acabase de terminar una carrera larga y frenética.

Igual que Carlos Rivera.

No podía ser. Alice nunca se quedaba atrapada en una lengua

extranjera o en una especialidad concreta. En *una* especialidad concreta. Pero recordó lo que había leído sobre ESR. ¿Qué había de esas personas extrañas a las que podían «entrenar» más de una vez, que adquirían múltiples talentos hasta que los efectos secundarios acaban destrozándolas? ¿En qué se quedarían «pillados» esos desgraciados si había decenas de posibilidades entre las que elegir?

Alice acabó por detenerse. Se quedó inmóvil un momento con la cabeza gacha, los hombros subiendo y bajando. Luego se volvió y entró en el baño.

Al fin, al fin. Ahora debería sentirme muy aliviado. Pero en cambio la revelación lo tenía en vilo. Explicaba muchos pequeños detalles. Contradecía varias cosas de las que estaba seguro. Quizás Alice no fuese por él. Quizá nadie en la casa fuese su enemigo.

A veces las cosas no son lo que parecen.

Todo estaba en silencio. En la vieja casa de Palo Alto se oían crujidos y golpes, y de vez en cuando el PC de Bob reproduciendo música robada. Aquella noche… sí, había sonidos esporádicos, de la casa haciéndose al fresco de la noche. *Espera.* En la vista de mantenimiento podía comprobar que uno de los calentadores de agua se había encendido. Oía el agua corriendo.

Y por primera vez se preguntó qué tipo de magia contendría la cajita gris. N o había alertado a los guardianes de la casa. Quizá no fuese electrónica, sino de engranajes del siglo XIX movidos por resortes. Y además había *desaparecido* de la vista de Robert. Era algo nuevo, no un truco visual. Quizá la cajita hubiese criado patitas y hubiese salido corriendo. Pero, fuese lo que fuese, *¿qué haría?* Quizás el Extraño no quería un poco de sangre. Quizá le convenía más un montón de sangre. Robert se quedó sentado completamente inmóvil un segundo y luego se puso en pie de un salto… y volvió a quedarse inmóvil. Estaba desesperado. La credibilidad no es excesivamente importante si la víctima ansía creer que la verdad tiene que ser exactamente lo que el mentiroso afirma. Así que el Extraño se había burlado de la idea de que para hacer daño a Alice no valían la pena tantos preparativos. *Y yo, desesperado, sonreí y quedé convencido.*

Robert había salido de su cuarto y volaba escaleras abajo. Cruzó corriendo el salón y golpeó la puerta del baño.

—¡Alice! ¡Al!

La puerta se abrió. Alice le miraba con los ojos como platos. Robert la agarró del brazo y la obligó a salir al pasillo. Alice no era una mujer muy corpulenta; salió con facilidad. Pero luego se giró, lo que desequilibró a Robert. Robert tropezó y se golpeó contra la jamba.

—¿Qué pasa? —dijo. Parecía irritada.

—Yo… —Robert miró por encima del hombro el baño muy iluminado, y luego a Alice otra vez. Llevaba una bata y parecía que se

había lavado el pelo corto. *Y todo el mundo sigue de una pieza. No hay sangre… excepto allí donde me he dado un golpe en la cabeza.*

—¿Estás bien, Robert? —La preocupación parecía ganar al enfado.

Robert se palpó la parte posterior de la cabeza.

—Sí, sí. Ahora soy más resistente. —Pensó en cómo había bajado las escaleras. Ni siquiera a los diecisiete años bajaba los escalones de cuatro en cuatro.

—Pero… —Estaba claro que a Alice sobre todo le preocupaba el estado mental de Robert.

No pasa nada, nuera mía. Creía que iba a evitar tu asesinato y ahora descubro que ha sido una falsa alarma. Ésa no sería una explicación convincente. Por tanto, ¿qué hacía allí abajo en plena noche aporreando la puerta? Volvió a mirar el baño.

—Yo, eh, necesitaba usar el baño.

Alice se envaró.

—No seré yo quien te lo impida, Robert. —Se volvió y subió las escaleras.

—¿Estás bien, Alice? —dijo la voz de Bob desde lo alto de la escalera.

Robert no tuvo el valor de mirar, pero se imaginaba la carita de Miri asomada. Cuando hubo entrado en el baño y cerrado la puerta oyó la voz agotada de su nuera.

—No te preocupes. Sólo era Robert.

Robert estuvo sentado en el váter unos minutos hasta que dejó de temblar. Quizá todavía hubiese una bomba allí dentro, pero si explotaba sólo heriría al culpable.

Además, no tenía la cajita en cuestión. Cuando se presentase en la biblioteca, lo haría con las manos vacías. ¿Y? Al cabo de un momento Robert se puso en pie y se miró al espejo real de vidrio. Saludó a su reflejo con una sonrisa torcida. Quizá debiese llevarles una falsificación; ¿Tommie se daría cuenta? Y en cuanto al Extraño Misterioso, quizá su hechizo se hubiese esfumado… junto con todas las esperanzas.

Sus ojos se posaron en el estante. Allí, apartada de lo demás, había una cajita gris. No estaba ahí cuando había salido Alice. Alargó la mano. Tocó el plástico cálido. No era una ilusión. Era mucho más misteriosa que todos los trucos brillantes a los que empezaba a acostumbrarse.

Se metió la caja en el bolsillo y, en silencio, volvió a su cuarto.

17
Los voluntarios de Alfred

Günberk Braun y Keiko Mitsuri eran oficiales de alto rango de sus respectivas agencias. Vaz había seguido su trayectoria desde la universidad. Sabía más sobre ellos de lo que ellos hubiesen podido suponer: una de las ventajas de ser muy viejo y estar muy bien relacionado. En cierto sentido, él había guiado sus carreras en la inteligencia, aunque ni ellos ni sus organizaciones lo sospechaban. No eran traidores a la UE ni a Japón, pero Alfred los conocía tan bien que podía guiarlos sutilmente.

Eso había creído y seguía teniendo esa esperanza. Y, sin embargo, los denodados esfuerzos de aquellos dos jóvenes para ayudar se habían convertido en la mayor amenaza para sus planes. Como aquel día.

—Sí; sí. Hay riesgos —decía Vaz—. Eso 10 sabíamos desde un principio. Pero permitir que un proyecto TQC con posibilidades de éxito no fuese detectado sería mucho más peligroso. *Debemos* descubrir lo que pasa en los laboratorios de San Diego. Con el Plan Conejo podemos lograrlo.

Keiko Mitsuri negó con la cabeza.

—Alfred, tengo contactos en el espionaje americano desde hace muchos años. No son mis agentes, pero jamás tolerarían un proyecto armamentístico de renegados. En ese punto les confiaría mi vida. Yo digo que hablemos con ellos, muy extraoficialmente, y veamos lo que podemos descubrir sobre los laboratorios de San Diego.

Alfred se inclinó hacia delante.

—¿Les confiarías la supervivencia de tu país? Porque de eso estamos hablando. En el peor de los casos, en San Diego no sólo se está desarrollando un proyecto TQC, sino que se desarrolla con el apoyo de las más altas instancias del Gobierno de Estados Unidos. En tal caso los esfuerzos de tus amigos sólo conseguirían alarmar a sus superiores. Las pruebas desaparecerían. Cuando se trata de investigar una amenaza tan importante, *debemos hacerlo nosotros.*

De una forma u otra, era una discusión que se remontaba a la reunión de Barcelona. La entrega de aquel día podía ser decisiva.

Keiko se arrellanó con un encogimiento de frustración. Se presentaba más o menos con su aspecto y en su situación reales: una mujer de treinta años sentada en su despacho de Tokio. Había transformado un extremo del despacho de Vaz con su mobiliario minimalista y una vista panorámica de Tokio.

Günberk Braun era menos atractivo. Su imagen simplemente ocupaba uno de los sillones de la oficina de Alfred. Seguramente

Günberk pensaba que la UE tenía tanto poder que podía permitirse un aspecto normal. Tal vez acabara siendo un verdadero problema aquel día, pero de momento se limitaba a escuchar.

Vale. Alfred abrió los brazos.

—Sinceramente opino que el rumbo que elegimos en Barcelona es el más prudente. ¿Podéis negar lo mucho que hemos avanzado? —Señaló los informes biográficos dispersos sobre la mesa—. Tenemos manos y cerebros trabajando sobre el terreno… Podemos negarlo todo sin que sepan que los manipulamos. Es más, tienen una idea muy equivocada sobre la importancia de la operación. ¿Lo dudáis? ¿Creéis que los americanos sospechan de nuestra investigación?

Los dos jóvenes negaron con la cabeza. Keiko incluso se permitió una sonrisa de arrepentimiento.

—No. Tu compartimentalización basada en EHS es ciertamente una revolución en asuntos militares.

—Efectivamente, y que hayamos compartido esos métodos, incluso con agencias hermanas de la Alianza, demuestra con qué seriedad se toma la EIA las necesidades actuales. Por tanto, por favor, si lo retrasamos más de cien horas bien podríamos empezar de nuevo. ¿Qué pega tenéis para dar el visto bueno definitivo?

Günberk miró a su homóloga japonesa. Ella hizo un gesto de impaciencia para indicarle que hablase.

—Doy por supuesto que la pregunta es retórica, Alfred. La pega del Plan Conejo es Conejo. Todo depende de él y no sabemos casi nada de él.

—Ni tampoco lo sabrán los americanos. La idea es poder negarlo todo. Conejo es precisamente lo que queremos.

—Es más que eso, Alfred. —La mirada de Günberk era firme. A pesar de su juventud, Braun tenía el aspecto imperturbable de un alemán del siglo XX. Pasaba de un punto a otro lenta, inexorablemente —. Montando esta operación Conejo ha obrado milagros para nosotros. Esa habilidad demuestra que él mismo es una amenaza.

Vaz miró a los resultados de la investigación más reciente de Günberk.

—Pero tú has descubierto debilidades importantes en Conejo. Por mucho que intente ocultarlo, has descubierto que toda su autoridad certificada procede de una única autoridad certificadora de alto nivel. —Tener una única AC de alto nivel no tenía nada de raro; que Günberk hubiese logrado descubrir la de Conejo era un triunfo. Para Alfred, considerando su delicada relación con Conejo, era una buena noticia milagrosa.

Günberk asintió.

—La Crédit Suisse. ¿Y qué?

—Si Conejo resulta ser una pesadilla, no tendrás más que

desconectar la Crédit Suisse y dejarle en la calle.

—¿Desconectar la AC Crédit Suisse? ¿Tienes alguna idea del efecto de algo así sobre la economía europea? Estoy orgulloso de mi gente por haber logrado desenterrar este secreto… pero no es un arma efectiva.

—Deberíamos habernos olvidado de Conejo tras el primer encuentro en Barcelona —dijo Keiko—. Es demasiado listo.

Vaz alzó una mano.

—Quizá, pero ¿cómo íbamos a saberlo?

—*Ja?* Discúlpame, Alfred, pero nos preguntamos si no sabrás más sobre Conejo que nosotros.

¡Maldición!

—En absoluto. En serio. —Alfred se arrellanó en el sillón y examinó las posturas nerviosas de sus colegas—. Habéis estado hablando a mis espaldas, ¿no es cierto? —Les dedicó una sonrisa amable—. ¿Creéis que Conejo pertenece en realidad al espionaje americano? ¿Al chino? —Habían invertido mucho tiempo en investigar esas posibilidades, pero Keiko negó con la cabeza—. Entonces, ¿cuál es vuestra teoría, amigos?

—Bien —dijo Günberk, algo avergonzado—. Quizás el señor Conejo ni siquiera sea humano. Quizá sea una Inteligencia Artificial.

Vaz río. Miró a Keiko Mitsuri.

—¿Y tú?

—Creo que la IA es una posibilidad que deberíamos tener en cuenta. Los talentos de Conejo son tan amplios, su trabajo tan efectivo y su personalidad tan juvenil… Esto último es una de las características que la DARPA de Estados Unidos les atribuía. —Vio la incredulidad en el rostro de Vaz—. No toda amenaza proviene de una secta o es una conspiración.

—Claro que no. Pero ¿monstruos de IA? Eso es un temor del siglo XX. ¿Quién se lo toma en serio en la comunidad del espionaje? ¡Ah! Es el tema favorito de Pascal Heriot, ¿no? —El tono de Alfred se volvió grave y serio—. ¿Habéis estado hablando con Pascal sobre este proyecto?

—Claro que no. Pero la IA es una amenaza a la que nadie ha prestado atención en los últimos años.

—Cierto, porque nunca se ha hecho realidad. Antes de la guerra sinoamericana, sabemos que la DARPA invirtió miles de millones en el proyecto Pequeño Ayudante. Fue un fracaso casi tan grande como su iniciativa Negar el Acceso al Espacio.

—Negar el Acceso al Espacio *funcionó*.

Vaz río de nuevo.

—Funcionó contra todos, Keiko, sobre todo contra los propios americanos. Pero tienes razón, la NAE no es la comparación adecuada.

Lo que quiero decir es que algunos de los individuos más inteligentes del mundo intentaron crear una IA y fracasaron.

—La investigación fue un fracaso, pero seguro que se salvó código ejecutable. Internet no es el juguetito que fue en su día. Quizá por ahí fuera queden piezas del Pequeño Ayudante de la DARPA, creciendo para convertirse en algo que era imposible en el pasado de baja tecnología.

—¡Eso es ciencia ficción! Incluso hicieron una película…

—En realidad, más de una —dijo Günberk—. Alfred, no estoy de acuerdo con Keiko en eso de que programas de hace años pudiesen autoorganizarse simplemente porque los recursos actuales sean decentes. Creo que Pascal Heriot tiene parte de razón. El simple hecho de que la mayoría de la gente haya rechazado la posibilidad no quiere decir que no sea real. Desde luego ya hemos superado el límite en lo que a hardware informático se refiere. Pascal cree que cuando suceda finalmente no habrá precedentes institucionales. Será como muchos avances de investigación pero bastante más catastrófico. —Otra forma en que la humanidad podía no sobrevivir al siglo.

—Independientemente de la explicación que tenga —dijo Keiko —, Conejo es demasiado competente, demasiado anónimo… Lo siento, Alfred, creemos que habría que detener la operación. Hablemos con nuestros amigos americanos.

—Pero el equipo está en su sitio. Nuestra gente está preparada. Keiko se encogió de hombros.

—¿Con Conejo controlándolo todo? Eso podría dejar a Conejo con lo que se descubriese en San Diego. Incluso si nosotros estuviésemos de acuerdo contigo, nuestros jefes jamás lo aceptarían.

Lo decía en serio. Alfred miró a Braun. Él también. Mal asunto. — Keiko, Günberk, por favor. Valorad los riesgos.

—Lo estamos haciendo —dijo Keiko—. ¡Conejo con las manos libres dentro de este plan grandioso es un peligro de proporciones cósmicas! —La mujer se expresaba con toda la moderna franqueza japonesa.

Vaz dijo:

—Podríamos arreglarlo de forma que Conejo recibiera la información de la operación sólo a medida que se desarrollaran los acontecimientos.

Por suerte, Günberk descartó esa idea de inmediato.

—No. Una microadministración remota así garantiza el desastre.

Vaz vaciló un buen rato, intentando aparentar que estaba muy concentrado, que tomaba una decisión difícil.

—Quizás haya una forma de que podamos tener el… eh, «plan grandioso» y un riesgo mínimo en lo concerniente a Conejo. Supongamos que no le damos de antemano los últimos detalles.

Supongamos que ponemos a uno de los nuestros en el sur de California la noche de la intrusión.

Mitsuri y Braun le miraron un segundo.

—Pero ¿qué hay de la necesidad de negarlo todo? —dijo Keiko—. Si uno de nuestros agentes participa…

—Piénsalo, Keiko. Mí propuesta tal vez alerte a los americanos, cosa que sucederá sin duda si hacemos lo que tú propones. y podemos minimizar los riesgos. Simplemente situamos al agente cerca, en una posición bien estudiada. Lo que los americanos llaman un Cabecilla Local.

Günberk sonrió.

—¡Como Alice Gong en Ciudad General Ortiz!

—Sí. Exacto. —No había pensado en Alice, pero Günberk tenía razón. Alice Gong había estado sobre el terreno en Ortiz, para descubrir y desmantelar prácticamente sola el Frente del Agua Libre. Quizás el Frente hubiese fracasado igualmente. Después de todo, nadie jamás había intentado convertir una bomba corriente en una de trescientos megatones. Pero, si la bomba hubiese detonado, su «declaración de principios» habría envenenado la industria minera de agua dulce de Antártica Occidental. Gong seguía siendo una desconocida para el mundo, pero era una leyenda en la comunidad de inteligencia. Era una de los buenos.

Gracias al cielo, ni Braun ni Mitsuri parecieron notar la incomodidad de Alfred al oír el nombre.

—Sería difícil infiltrar un cabecilla ahora —dijo Keiko—. ¿Hablamos de un turista o de una ruleta de transporte de carga? —Una infiltración realmente indetectable se parecía al tráfico de armas de destrucción masiva; eran operaciones que ponían de los nervios a todos los implicados—. Ninguno de mis agentes sobre el terreno está capacitado para llevar a cabo esta operación. Haría falta una persona especial, con un talento especial y un permiso especial.

—Tengo buenos agentes en California —dijo Günberk—, pero ninguno de tanto nivel.

—No importa —dijo Vaz, con una voz que era todo resolución—. Estoy dispuesto a ir yo mismo.

Ya los había sorprendido antes, pero aquello fue una bomba. Braun se quedó boquiabierto.

—¡Alfred!

—Es tan importante como eso —dijo Vaz. A los dos les dedicó su mirada más directa y sincera.

—Pero ¡eres un hombre de despacho, como nosotros!

Alfred negó con la cabeza. Tendría que dar a conocer parte de su pasado. Tenía la esperanza de que la situación no se desmadrase por completo. Alfred había pasado años intentando encajar como

burócrata de nivel medio en la Agencia de Inteligencia Exterior. Si le desenmascaraban, entonces en el mejor de los casos acabaría como primer ministro, obligado a dedicarse de nuevo a los chanchullos políticos de altos vuelos. En el peor… en el peor de los casos, Günberk y Keiko deducirían qué pasaba realmente en San Diego.

Vaz —› Oficina Interna AIE: ‹ms› Liberar Paquete Biográfico 3 para visión conjunta confidencial.‹/ms›

En voz alta dijo:

—Tengo experiencia de campo. De hecho en Estados Unidos, en mí juventud.

Braun y Mitsuri miraban sin ver. Estaban muy ocupados leyendo. El Paquete Biográfico 3 les ponía al corriente de las operaciones. Todo era consistente con lo que sabían de antes, pero revelaba aspectos nuevos del amigo indio. Günberk fue el primero en recuperarse.

—Ya… veo. —Guardó silencio un momento, leyendo más—. Lo hiciste bien. Pero eso fue hace años, Alfred. Ésta será una misión muy técnica y muy dependiente de la red.

Alfred aceptó la crítica con un asentimiento.

—Cierto. Ya no soy joven. —Mitsuri y Braun creían que tenía cincuenta y pocos años—. Por otra parte, mi especialidad en la AIE son los asuntos de red, por lo que no estoy desfasado.

Una sonrisa de sorpresa destelló en el rostro de Keiko.

—Y conoces esta operación mejor que nadie. Por lo que estando sobre el terreno puedes facilitar elementos importantes sin entregárselos a Conejo…

—Exacto.

Günberk seguía sin estar satisfecho.

—Sin embargo, se trata de una operación extremadamente peligrosa. Las Grandes Potencias competimos, es cierto. Pero cuando se trata de la amenaza de las Armas, debemos mantenernos unidas. Es la primera vez en mi carrera que se rompe el pacto.

Alfred asintió con solemnidad.

—Debemos descubrir la verdad, Günberk. Podríamos estar equivocados con respecto a San Diego. Si es así, nos retiraremos aliviados y en silencio. Pero sea cual sea la fuente de esa arma, debemos descubrirla. Y si resulta ser San Diego, lo más probable es que los americanos nos den las gracias.

Mitsuri y Braun se miraron largamente. Al final asintieron y Keiko dijo:

—Apoyaremos la infiltración del Cabecilla Local, presumiblemente la tuya. Haré que nuestros planificadores preparen las estrategias por si quedas expuesto. Ofreceremos apoyo de red y análisis. Será cosa tuya administrar los datos críticos sobre el terreno…

—¡Y evitar que el señor Conejo se quede con todo! —dijo Günberk.

Cuando sus amigos se hubieron marchado, Alfred se quedó varios minutos sentado en su despacho. Había estado cerca.

Cuanto más estaba en juego, mayores eran las amenazas. El Plan Conejo era la operación más delicada en la que el Gobierno indio hubiese participado nunca (sabiéndolo); no había sido fácil lograr el apoyo del primer ministro. Keiko y Günberk habían estado a punto de desmantelarlo con tanta contundencia como podría haberlo hecho el primer ministro. En cuanto a Conejo, bueno, una IA podía ser una fantasía, pero Conejo era una amenaza tan grande como temían Günberk y Keiko.

Alfred se relajó un poco, permitiéndose sonreír. Sí, las amenazas se habían multiplicado como, bueno, como conejos. Pero aquel día se había enfrentado a algunas y las había neutralizado. Llevaba semanas planeando su papel de Cabecilla Local. Al final, Günberk y Keiko le habían ofrecido la excusa lógica para presentarse sobre el terreno en San Diego.

18
La Sociedad Espeleológica Miasténica

El conciliábulo seguía reuniéndose en el sexto piso de la biblioteca, pero ahora se había convertido en un lugar muy diferente. Robert subió en ascensor, evitando a los hacekeanos y sus Bibliotecarios Militantes. Aun así, ceñirse a la realidad resultaba difícil Theodor Geisel seguía controlando el vestíbulo, pero la administración iba cediendo espacio táctil y mental por todas partes. Los personajes Scooch-a-mout habían infestado el sótano. Se decía que los de H. P. Lovecraft acechaban más abajo, en almacenamiento permanente.

Y el sexto piso… estaba vacío, con los estantes totalmente desnudos. Desde la puerta del ascensor, en el centro del piso, Roben veía entre los estantes esqueléticos las ventanas. Las troceadoras de libros habían estado allí y se habían ido. En la esquina sureste, los conspiradores estaban agazapados como el bloque socialista del siglo XX, maquinando en medio de su evidente decadencia.

—Pues bien, ¿qué impide la invasión de Bibliotecarios Militantes? —dijo Robert mientras señalaba la realidad desolada de los estantes vacíos.

Carlos le respondió:

—La explicación oficial es un retraso en la instalación de los nuevos sistemas hápticos. En realidad, es pura política. Los defensores de Scoochi quieren este piso para su universo. Los Bibliotecarios Militantes se resisten. Puede que la administración los decepcione a todos y haga que este piso sea una simulación del aspecto que tenían antaño las bibliotecas.

—Pero con imágenes falsas de los libros, ¿no?

—Sí. —Tommie sonreía—. ¿Qué esperabas? Mientras tanto, tenemos el piso para nosotros solos.

—No nos han derrotado, caballero. —El rostro de Winnie era todo seriedad—. Hace semanas que sabemos que esto era inevitable. Hemos perdido una batalla importante. Pero no es más que la primera batalla de la guerra. —Miró a Tommie.

Parker señaló un LED del ordenador.

—La zona muerta está en marcha. Es hora de continuar en serio nuestra conspiración criminal. —Sonreía, pero fue mirándolos a los ojos uno a uno—. Vale. Yo he terminado mi investigación. Conseguiré que entremos en los túneles de mantenimiento. Incluso he preparado celebraciones que sacarán de nuestro camino al personal de laboratorio. Sé llegar hasta los contenedores de troceado y tengo la cola en aerosol. Podemos causar mucho daño al Proyecto Bibliotoma y

a Huertas en concreto. Claro está, no evitará que estas situaciones sigan dándose en otras bibliotecas, pero…

Winnie gruñó.

—Ya hemos acordado que una parada permanente es imposible.

Pero si podemos conseguir parar los pies a los imbéciles que usan los métodos más destructivos… bien, tendremos que conformarnos con eso.

—Vale, decano. Eso es exactamente lo que haremos. Todo está listo, a falta de un elemento muy importante. —Miró a Robert.

Tal es el poder del sentido común que Robert vaciló casi un tercio de segundo antes de meterse la mano en el bolsillo y sacar la caja de plástico que el Extraño le había entregado.

—Compruébala, Tommie.

Parker arqueó las cejas.

—Eh, estoy impresionado. Esperaba una servilleta de papel o algo similar. —Miró la pantalla del portátil y luego tomó la caja—. Parece un kit de biomuestras. —De hecho, en aquel momento la caja tenía etiquetas de colores que anunciaban precisamente esa función—. ¿Cómo lo has hecho?

Sí, ¿cómo? A Robert no se le ocurrió ninguna verdad ni mentira que tuviese sentido.

Tommie tomó el silencio por lo que no era.

—No, no me lo digas. Debería ser capaz de deducirlo por mi cuenta. —Tommie sonrió mirando la caja y, a continuación, se la guardó en el bolsillo.

—Vale. Estamos listos. Ahora tenemos que decidir el momento de actuar.

Rivera se inclinó.

—Pronto. Entre cuatrimestres hay mucha construcción en el laboratorio.

—Sí. Y hay otros inconvenientes. No creeríais los preparativos que he tenido que hacer. Estoy hundido en consultores hasta arriba. No te preocupes, decano, ninguno de ellos ve más que una minúscula parte de lo que hago. Empiezo a ser un verdadero experto en la afiliación. —Tommie se lo estaba pasando de fábula—. ¡Conseguiré que salga bien, chicos! Eh, será como en los grandes días de antaño… bien, quizá para ti no, Carlos; tú ni siquiera habías nacido. —Sonrió a Winnie y a Robert. Robert había participado a menudo en aquellos paseos por el subsuelo. Era impresionante recorrer cientos de metros de túnel para desembocar en edificios oscuros, vacíos y sin terminar. A veces había escalones en los pozos, y a veces no.

Winnie Blount también sonreía un poquito.

—Sí, la Sociedad Espeleológica Miasténica. —Frunció el ceño, recordando más—. Tuvimos suerte de no partirnos el cuello. —Ese

comentario provenía del lado de la mesa donde Winnie había pasado gran parte de su vida: del administrador que sufría pesadillas sobre responsabilidades y demandas.

—Sí. Era mucho más divertido que jugar y mucho más peligroso.

En cualquier caso, eso fue antes de los ordenadores… al menos tal y como los entendemos hoy en día. Hoy las cosas son muy diferentes, pero con mi investigación y este bioperfil obtenido por Robert, puedo saltarme a los perros guardines automáticos. Al menos, si lo hacemos en el momento preciso. —Tecleó algo en el portátil—. Vale, aquí tenemos lo último. A lo largo de las próximas seis semanas habrá tres breves periodos de tiempo en los que todos los agujeros de seguridad estarán alineados.

—¿Cuándo será el primero? —dijo Winnie.

—Muy pronto. En una semana a partir del próximo lunes. —Giró el portátil para que los demás pudiesen mirar— Iremos por Pilchner Hall. —Se lanzó a una extensa exposición sobre cómo lograrían llevar a cabo la aventura—. Y aquí es donde el túnel se divide para salir del campus. Una vez pasado ese punto, caminaremos unos ochocientos metros por debajo de la vieja instalación de General Genomics.

—El laboratorio de Huertas está justo al norte —dijo Rivera.

—Sí, y diez a uno a que podremos entrar y hacer lo que queramos… ¡e incluso a lo mejor salir!

Ni Rivera ni Blount parecían incómodos por esa predicción. Al cabo de un momento, Winnie dijo:

—La verdad es que no podemos retrasarlo. Voto por hacerlo en una semana a partir del lunes.

—Sí, yo también —dijo Robert.

— *W tóngyì.* Sí.

—¡Muy bien! —Tommie volvió a girar el portátil e hizo una anotación—. Venid vistiendo, pero yo os suministraré ropa nueva y toda la electrónica necesaria. Yo…

Winston Blount le interrumpió. —Hay una cosa más, Tommie.

—Eh, oh.

—No es gran cosa, pero podría darnos mucha publicidad.

—Mmm.

—Propongo que traigamos una presencia remota, a ese tipo, Sharif.

—¡Eso es una locura! —Tommie se puso de pie de un salto y volvió a sentarse con la misma rapidez—. ¿Quieres una presencia remota? ¿No lo comprendes? Allá abajo ni siquiera vestiréis.

Winnie sonrió, engatusándole.

—Pero tú llevarás electrónica encima, Tommie. ¿No podríamos sostener la presencia por ese medio?

Parker se tragó la indignación.

—¿Cómo crees que se ejecuta una presencia remota, decano?

—Eh, es una especie de superposición.

—En lo que se refiere a la representación, eso es cierto. Pero no es local. Tras las imágenes bonitas, tenemos comunicaciones de alta velocidad y reenvío a través de microláseres del entorno. En esos túneles no hay redes aleatorias. Todo lo que he planeado depende de que pasemos en silencio y, sobre todo, de que no usemos nodos de laboratorio. Lo que quieres es… —Cabeceó, incrédulo.

Robert miró a Blount.

—Yo tampoco lo comprendo. Hace dos semanas cerraste las puertas a Sharif porque lo considerabas una amenaza para la seguridad.

La cara de Winnie enrojeció, como en el pasado, cuando Roben le ponía en evidencia durante una reunión de la facultad.

Robert alzó una mano.

—Es sólo una duda, Winston. En serio.

Un segundo después, Winnie asintió.

—Vale. Mirad, nunca me ha caído mal. Le hemos conocido en persona, aquí mismo, en la biblioteca. Parece un estudiante sincero. Te está entrevistando en serio, ¿no?

Sí, cuando no es el Extraño o el señor Ciencia Ficción. Robert comprendió que bastaba que dijera una palabra para que abandonasen el plan. Nunca había imaginado que la traición fuese un trabajo a tiempo completo.

—Sí. Sus preguntas suelen ser estúpidas, pero son muy académicas.

—¡Ahí lo tienes! Lo que digo es que, si logramos nuestros objetivos al ciento por ciento, nos convendría tener a alguien de fuera que pudiese dar a conocer nuestro punto de vista, preferentemente alguien que sepa exactamente qué estamos haciendo. Podría significar la diferencia entre acabar en la cárcel con la boca cerrada… y exponer un alegato moral convincente.

—Sí —dijo Rivera—. Usted es el genio de la seguridad, profesor Parker. Pero incluso los mejores planes pueden salir mal. Si incluye a Sharif, sería… una especie de red de seguridad.

Tommie se golpeó delicadamente la cabeza contra la mesa.

—No sabéis lo que me estáis pidiendo.

Pero no eran más que gestos histriónicos. Tommie no había dicho que no. Al cabo de un momento, el hombrecito se sentó erguido y los miró.

—Me estáis pidiendo un milagro. Quizá pueda lograrlo, quizá no. Dadme un día para pensar.

—Claro, profesor.

—Desde luego. —Blount sonreía de alivio.

Tommie cabeceó y se inclinó sobre el portátil. Parecía más que contento cuando los otros miembros de la banda dieron por concluida la reunión y se fueron a los ascensores.

Habitualmente cuando llegaban allí ya había un ascensor esperando. Por lo visto, la zona muerta de Tommie había cegado incluso el software de los ascensores. Tras un momento mirando las puertas cerradas, Carlos pulsó el botón de la planta baja.

—La ventaja de conservar controles anticuados —dijo con una sonrisa poco convincente.

Winnie sonreía de oreja a oreja, pero no por nada relacionado con el ascensor.

—No te preocupes. A Tommie se le ocurrirá algo.

Robert asintió.

—Siempre lo consigue, ¿no?

—SÍ —dijo Winnie, y todos rieron, y de pronto Robert comprendió por qué Winnie y Carlos querían a Sharif con ellos.

Mientras las puertas se abrían y Rivera y Blount entraban, Robert dijo:

—Ya nos veremos. Quizá debería volver a ver a los Bibliotecarios Militantes.

Winnie hizo un gesto de exasperación.

—Como quieras. —Y se fueron.

Robert se quedó allí un momento, escuchando el sonido del ascensor que se iba. Por la puerta que daba a la escalera situada a su izquierda se bajaba a la biblioteca virtual. No se habían producido más terremotos falsos, pero los Bibliotecarios Militantes todavía jugaban con amplificadores potentes. Oía el sonido de piedra en movimiento, más fuerte que el del ascensor. El suelo bajo sus pies se agitaba siguiendo el ritmo de las fantasías de Jerzy Hacek.

Esperó un poco más, y luego, en lugar de bajar las escaleras, volvió sobre sus pasos para encontrarse con Tommie Parker.

Tommie estaba inclinado hacia delante, con la cara hundida en el ordenador. El LED de zona muerta seguía encendido. Tenía el aspecto de un mago inclinado sobre un grimorio. Allí no hacía falta la realidad virtual. Robert se sentó en una silla y le miró. Era más que posible que ni siquiera se hubiese percatado de su llegada. Tenía una enorme capacidad para concentrarse en juegos, rompecabezas y planes.

«Estoy en todas partes y aparezco donde me da la gana para obtener el resultado que deseo.» De eso se había jactado el Extraño Misterioso. Después de la pasada noche, después del milagro en el baño, Robert estaba dispuesto a creer que, fuese quien fuese el Extraño, bien podía ser tan poderoso como afirmaba. *¿Qué tendrá para controlar a Winnie y a Carlos?*

Al fin, Robert rompió el silencio.

—Bien, Tommie, ¿en qué medida la hemos jodido?

Unos ojos azules se asomaron por encima de la pantalla del portátil La expresión de Tommie era de *¿qué haces aquí?* Volvió a mirar el ordenador.

—No sé. Me gustaría que tomaseis una decisión definitiva. —Una mirada rápida a Robert—. Pero tú no has insistido en este cambio, ¿verdad?

—Tengo… tengo ideas contrapuestas. —El Extraño estaría con ellos al lunes siguiente, lo que demostraría su ubicuidad—. Siempre he creído que los genios de la tecnología deberíais trabajar como os pareciese más conveniente.

Tommie asintió.

—Sí.

En realidad, al antiguo Robert la tecnología no le había importado en absoluto. En el presente las cosas eran muy diferentes.

—Pero recuerdo que siempre se te dio bien sacarte milagros del sombrero. ¿Esta vez estamos pidiendo demasiado, Tommie?

Parker se sentó bien y le dedicó a Robert toda su atención.

—Yo… no lo sé, Robert. Antaño, no había forma de lograr algo así. Podía diseñar supercircuitos integrados de aplicaciones específicas. Podía hackear protocolos. Podía hacer docenas de cosas que escapaban a las estrecheces de mi especialidad académica. Pero ahora eso no vale de mucho. Es que…

—Es que estás trabajando en un problema más amplio que cualquier conjunto de especialidades.

—¡Sí! ¿Cómo sabes eso?

La señora Chumlig me lo dijo. En voz alta, Robert dijo:

—Hoy en día, te enfrentas a especialidades sin ninguna relación entre sí.

—Exacto. Algunas de mis capacidades fundamentales siguen siendo importantes. En ellas soy tan efectivo como siempre. Pero… cuando me jubilé ya casi era una vergüenza para mi departamento. Se me daban bien ciertas clases, pero cuando intenté enseñar las nuevas técnicas integrativas… bien, toda mi vida he estado muy por delante de los alumnos, incluso en las nuevas clases. Pero hacia el final ya vacilaba. Superé mi último semestre asignando proyectos semanales y luego haciendo que los chicos se criticasen unos a otros. —Parecía tremendamente avergonzado. Nada parecido le había pasado al antiguo Robert… *Pero yo siempre pude definir qué eran la calidad y el rendimiento.*

»En cualquier caso, tras jubilarme volví a la universidad… al menos mentalmente. Hay una forma completamente diferente de encarar la resolución de problemas si lo que quieres es resolver *rápidamente* problemas grandes. Es como aprender a usar herramientas

potentes, sólo que hoy en día tus herramientas no se limitan a Google y a los paquetes matemáticos, también están los foros de ideas y las especulaciones sobre el futuro y…

—¿Y tratar con gente?

—Sí. La gente nunca formó parte de mis ecuaciones… pero eso ya no importa. Hay oficinas de diseño especializadas en tratar con las personas normales. —Tommie se inclinó hacia delante, hablando en confianza—. Desde que empecé a trabajar en este proyecto, ¡todo ha ido encajando! Entrar en los túneles no serviría de nada si el personal estuviese en los laboratorios. Así que he convertido la lucha política entre los hacekeanos y los scoochis en la distracción mediática más espectacular… el choque de los círculos de opinión. ¡Será genial! He encontrado un coordinador de diseño que comprende lo que busco. Yo establezco la idea general y él la va distribuyendo por todo el planeta para su resolución. ¡Los planes detallados simplemente van creciendo! —Tommie volvió a sentarse, su frustración sustituida por esa visión de sus nuevos poderes—. ¡Y mira mi ordenador! —Pasó amorosamente la mano sobre el aparato. La carcasa estaba mellada y rayada. Daba la impresión de que había servido a generaciones. Los LED de la parte superior estaban encajados en pequeñas hendiduras del metal. El viejo Tommie no creía en eso de que «el usuario no debe manipular el interior»—. A lo largo de los años he reemplazado todos los componentes internos. Demasiado a menudo los cambios han sido para cumplir estándares nuevos del maldito EHS. Pero en los últimos dos meses he metido una revolución ahí dentro. Subvierte aspectos nada triviales del Entorno de Hardware Seguro. Te lo juro, Roben, tengo más potencia de cálculo de la que nunca tuvieron la DARPA y la CIA en el siglo XX.

Roben guardó silencio un momento. Luego dijo:

—Apuesto a que encontrarás una forma de llevar a Sharif.

—Ja. Eso sería la guinda del pastel. El truco más obvio es del siglo XX: tender nuestro propio cable. Eso nos permitiría obtener una tasa de datos decente, al menos la suficiente para Sharif, y seguir pasando desapercibidos. —Miró a Robert y aparentemente tomó su silencio por incredulidad—. Lo sé, el paseo es largo y la seguridad del túnel estará casi toda activa. Pero hay un tipo de fibra óptica aislada… o la habrá en cuanto acabe con mi coordinador de diseño.

—Sí. Tu coordinador de diseño.

«Estoy en todas partes y aparezco donde me da la gana, para obtener el resultado que deseo.» El nuevo mundo era un lugar mágico, pero los milagros tenían su jerarquía. Estaban las cosas que Juan y Robert podían hacer. Luego estaba lo que Louise Chumlig intentaba enseñar. Estaba lo que Tommie había aprendido por su cuenta. Y en algún lugar por encima de todo eso, se encontraba lo que el Extraño

Misterioso era capaz de obrar.

19
El fracaso es una opción

En Fairmont, los exámenes finales duraban varios días. Se parecía un poco a lo que recordaba de su infancia. Los niños estaban distraídos por las vacaciones que llegaban. Peor aún, la temporada de películas navideñas empezaba a invadir los distintos mundos compartidos en los que vivían.

Pero los exámenes finales eran profundamente diferentes de los que había hecho en el instituto. Para Robert Gu, los nuevos exámenes eran *difíciles*. No tenía la seguridad de que sacaría la máxima nota y superaría a todos los demás. En el pasado había pasado por una situación parecida siendo estudiante universitario, cuando le habían obligado a asistir a clases de ciencias una temporada. En dichas clases había conocido al fin a estudiantes que no eran por definición inferiores a él… y también se había encontrado con profesores a los que no impresionaba con su genio. Una vez superadas las clases obligatorias de ciencias, Robert había evitado humillaciones similares.

Hasta aquel momento.

Matemáticas y sentido común formal. Estadística y mecánica de datos. Búsqueda y análisis. Ni siquiera en el examen de B y A podía uno consultar la red y servirse de la inteligencia de otros. A pesar de que Chumlig enseñaba las virtudes de colaboración, siempre insistía en la importancia de las competencias personales. Ahora todas las obviedades que predicaba se habían unido para conformar una semana infernal de exámenes.

Justo después del examen de sentido común, el Extraño Misterioso se manifestó. No era más que una voz y un resplandor verdoso.

—¿Tienes problemas con los exámenes, amigo mío?

—Los superaré. —Lo cierto era que las matemáticas le habían resultado interesantes.

Miri —› Juan, Xiu: ‹ms› Vuelve a hablar con alguien.‹/sm›

Xiu —› Juan, Miri: ‹ms› ¿Qué dice?‹/ms›

Miri —› Juan, Xiu: ‹ms› No lo sé. El audio local ha pasado a privado. ¡Juan! Ve ahí.‹/ms›

Juan —› Miri, Xiu: ‹ms› Tú no me das órdenes. De todas formas, ahora iba a hablar con Robert.‹/ms›

El Extraño rio.

—En Fairmont no conceden matrícula de forma automática, ni tampoco se aprueba automáticamente. El fracaso es una opción, pero ni tú…

Refuerzos a la vista. Vio a Juan Orozco que salía del aulario y se le acercaba. El Extraño siguió hablando:

—… ni Juan Orozco tenéis el suspenso garantizado. Los dos cursáis asignaturas adaptadas. Deberías ver los exámenes que planean para tu nieta.

—¿Qué pasa con mi nieta? —Si aquel montón de mierda la metía en eso…

Pero la voz no respondió.

Juan miró a su alrededor, inquisitivo.

—¿Hablas con alguien, Robert?

—No sobre cosas del instituto.

—Porque no he visto a nadie. —Vaciló y las letras pasaron por delante de la vista de Robert. Juan —› Robert: ‹ms› Es muy importante no colaborar saltándose las reglas.‹/ms›

—Comprendo —respondió Robert en voz alta.

—Vale. —Estaba claro que Juan no creía que Robert pudiese aprobar todos los exámenes. A veces daba la impresión de que el pobre chico intentaba protegerle—. Verás –añadió Juan—, el instituto tiene un servicio de control bueno de verdad. Quizás haya chicos capaces de engañarlo, pero los superan en número los que sólo creen ser capaces de hacerlo.

Y luego tenemos al Extraño Misterioso, que no parece tener ninguna dificultad con la seguridad. El Extraño era muy poderoso, pero aun así se entretenía mofándose de Robert. ¿Podría tratarse de algún viejo enemigo… muchísimo más inteligente que Winnie Blount?

—En cualquier caso, creo que tenemos posibilidades de sacar buena nota con nuestra presentación del semestre, Robert. —El chico se puso a comentar sus últimos planes para combinar sus textos con música manual y el algoritmo de red de Robert. Era un caso de un ciego guiando a otro ciego, pero al cabo de un rato Robert ya estaba absorto en la explicación.

En casa las cosas estaban tensas, y no tenía nada que ver con los exámenes finales. Más todavía, el encontronazo de medianoche de Robert en el cuarto de baño constituía una agresión física. No importaba que su intención hubiese sido proteger a Alice… porque no era algo que pudiese contar. No hubo amenazas ni enfrentamientos. Pero Robert veía en los ojos de Bob una incomodidad que antes no percibía. Era la mirada de un hombre que empieza a preguntarse si la serpiente que tiene en casa no será una mamba negra. Si llegaba a esa conclusión Robert acabaría en Al Final del Arco Iris más rápido que si cometía cualquier estupidez.

Miri le dio una pista de por qué no había llegado a esa conclusión. Le encontró una tarde mientras él deambulaba por West Fallbrook con la esperanza de establecer contacto con alguna versión

amistosa de Sharif.

Miri se colocó a su lado en bicicleta, procurando ir a la misma velocidad que él y tambaleándose. Al final se apeó y caminó con la bici. Como era habitual, la niña miraba al frente. Por un momento le miró de reojo.

—¿Cómo van los exámenes finales, Robert?

—Hola, Miri. ¿Cómo te van los exámenes finales?

—¡Yo he preguntado primero! Además, sabes que mis finales no empiezan hasta después de las vacaciones. —Su tendencia a mandar era incompatible con la diplomacia—. Por tanto, ¿cómo te van?

—Da la impresión de que voy a sacar un bien en matemáticas.

Ella abrió los ojos como platos.

—¡Oh! Lo siento.

Roben se echó a reír.

—No. Ésas son las buenas noticias. Antes del Alzheimer ni siquiera habría sido capaz de comprender los problemas.

Ella le dedicó una sonrisa forzada.

—Vale, entonces estupendo.

—Mmm. Un… amigo… me contó que a los chicos de vuestras asignaturas se les dan muy bien esas cosas.

—Conocemos las herramientas.

—Creo que se me podrían dar mucho mejor las matemáticas —dijo Robert, casi hablando consigo mismo—. Incluso podría ser divertido aprender. —Claro estaba que, si sus planes para los próximos días salían como esperaba, recuperaría la poesía y nada de aquello tendría importancia.

En esta ocasión Miri sonrió más contenta.

—¡Seguro que podrías! Ya sabes… yo podría ayudarte. La verdad es que me gustan las matemáticas y tengo todo tipo de heurísticas personalizadas. Entre semestres podría enseñarte a usarlas. —Su tono cambió a la modalidad líder cuando se puso a planificarle las vacaciones.

Es la Alice que lleva dentro, pensó Robert. Casi sonrió.

—Alto, todavía quedan exámenes finales que aprobar. —Pensó en los últimos planes de Juan para la presentación. Al chico le iba bien. Era Robert el que tenía problemas con lo suyo, con los gráficos y la interfaz—. En eso es en lo que verdaderamente necesito ayuda.

Miri apartó la vista de pronto.

—¡No te ayudaré a hacer trampas, Robert!

Los dos se detuvieron y se miraron.

—¡No me refiero a eso, Miri! —Luego pensó en lo que le había dicho a la niña. *Dios, antaño insultaba a todo el mundo continuamente, pero sabía que lo estaba haciendo*—. En serio. Simplemente quería decir que los exámenes finales son un problema, ¿vale?

Lena —› Miri, Xiu: ‹ms› Tranquilidad, niña. Ni siquiera yo creo que Robert esté tramando nada.‹/ms›

Xiu —› Lena, Miri: ‹ms› Entonces, es la primera vez.‹/ms›

Miri le miró un segundo más. Luego emitió un extraño sonido que debía de ser una risita.

—Vale. Debería haber sabido que un Gu no haría trampas. Es simplemente que me pongo *furiosa* con algunos chicos del grupo de estudio. Les digo lo que hay que hacer. Les digo que no hagan trampas. Y, sin embargo, siempre están forzando los protocolos de colaboración. —Echó a andar otra vez, y Robert la imitó—. En realidad —dijo—, simplemente estoy charlando. Vengo en una misión. Hay algo que debo decirte.

—¿Sí?

—Sí. Bob quiere mandarte fuera del estado. Cree que intentaste pegar a Alice. —Una pausa, como si esperase la defensa.

Pero Robert se limitó a asentir, recordando la mirada de Bob. Así que Al Final del Arco Iris estaba demasiado cerca.

—¿Cuánto tiempo me queda?

—Eso es lo que vengo a decirte, que no te preocupes. Verás… —Resultaba que había salido en su defensa la persona más improbable, a saber, la propia coronel Alice en persona. Aparentemente, no se había sentido amenazada en lo más mínimo—. Alice sabía que simplemente estabas desesperado, es decir… —Miri usó eufemismos para evitar el insulto y el lenguaje soez: en resumen, Alice creía que era un viejo loco. Los viejos locos tienen que ir continuamente al baño; se concentran excesivamente en ese problema. Más aún, cuando la había agarrado, Alice no había creído que la estuviese atacando. Robert recordó el golpe que se había dado contra la jamba después de tropezar con los pies de Alice. Cinturón negro de algo debía formar parte del abanico de ESR de Alice. Ella era la peligrosa. Pobre Alice, pobre Bob. Pobre Miri.

»En cualquier caso, le dijo a Bob que estaba reaccionando exageradamente y que te hace falta ir al instituto. Alice dice que te puedes quedar siempre que tu comportamiento… —Enmudeció y le miró. No sabía cómo transmitir diplomáticamente el resto: *siempre que no vuelvas a machacar a mi hija.*

—Te comprendo, Miri. Seré bueno.

—Bien. Vale. —La niña miró a su alrededor—. Yo, bueno… supongo que es todo lo que tenía que decirte. Te dejaré con… con lo que sea que estés haciendo. Buena suerte con los exámenes finales.

Volvió a subirse a la bicicleta e industriosamente se alejó pedaleando. La vieja bicicleta sólo tenía tres velocidades. Robert cabeceó, pero no pudo evitar sonreír.

20
El oficial de guardia

Los exámenes finales de Roben ya habían terminado. Había sacado un bien de media y un notable en búsqueda y análisis. Había trabajado más que en toda su vida. De no ser por la irrelevancia inminente de todo aquel esfuerzo se habría sentido orgulloso de sí mismo.

Era lunes por la tarde y Robert contaba las horas, casi los minutos. El Extraño Misterioso no había aparecido mucho recientemente. El conciliábulo se había reunido en un par de ocasiones, y Tommie les había dado exclusivamente la información que necesitaban tener. Tommie había leído demasiadas novelas de espías. De momento, Robert sólo sabía que a las cinco y media se reunirían en la biblioteca.

Mientras tanto, en algún punto bajo el campamento Pendleton… En teoría, ser el oficial de guardia para el suroeste del territorio continental de Estados Unidos no era muy diferente a cualquier operación de fisgar-y-abalanzarse en cualquier parte del mundo. En teoría, allí mismo podría estar tramándose una conspiración para acabar con el mundo. En realidad, era el hogar, con algunos de los terrenos mejor relacionados del mundo. Las posibilidades de que tuviesen que abalanzarse eran casi nulas. Aun así, durante las cuatro horas siguientes, el teniente coronel Robert Gu Jr. sería el responsable de proteger de la destrucción masiva a unos cien millones de sus vecinos.

Gu llegó con veinte minutos de antelación, habló con el oficial que estaba de guardia en ese momento y luego comprobó los fallos del DSI.

Eso solía ser lo peor de esas guardias. Por un milagro de la burocracia virtual, el grupo expedicionario de marines de Gu formaba esa noche parte del Departamento de Seguridad Interior. Era así como el DSI mantenía su prepuesto tan, ejem, a raya. «Como las corporaciones modernas, el DSI se integra con facilidad en la organización donde hace falta en cada momento.» Eso decían. Y aquella noche, gloria divina, no había a la vista ni un solo fallo de autorización.

Bob recorrió el búnker transformando las paredes de plástico verde en ventanas que daban a la noche del sur de California. El aire se llenó de abstracciones: la situación de sus hombres y el equipo, la reorganización de su parte del grupo de análisis. Se sirvió un poco de café en la máquina situada junto a la puerta y se sentó a una mesa

muy corriente, a poca distancia de la zona de lanzamiento.

—¿Patrick?

Su segundo al mando se colocó al otro lado de la mesa.

—¿Señor?

—¿Qué tenemos esta noche? —Una pregunta innecesaria, pero Patrick Westin le enseñó la lista oficial. El grupo expedicionario de marines estaba compuesto por cuatro equipos de maniobra de doce hombres cada uno. Se los podía llamar pelotones; todo el mundo lo hacía. En el siglo XX, el «puesto» de Bob lo habría ocupado un teniente. Por otra parte, el grupo controlaba miles de vehículos (aunque casi todos tan pequeños como un avión de aeromodelismo) y suficiente potencia de fuego como para acabar con cualquier guerra de la historia. Lo que a Bob Gu le parecía más importante: todos los miembros de su grupo habían superado un entrenamiento de combate tan duro como el de otros tiempos. Eran marines. Patrick los llamó a todos para celebrar una breve reunión. La habitación se amplió alrededor de la mesa de Bob y durante unos momentos tuvo aspecto de auditorio. Todos parecían tranquilos; había pasado mucho tiempo desde la última vez que algo había Salido Mal en el suroeste del territorio continental de Estados Unidos. «Y nosotros somos en buena parte la razón de que no haya pasado.»

—Vamos a estar aquí cuatro horas —dijo Bob—. Con suerte, pasaremos una noche de fisgoneo muy aburrida. Y mientras sea así, sois libres de permanecer en la zona de personal adyacente a vuestros vehículos. Pero la mayoría de vosotros ya habéis estado en mis guardias. Sabéis que quiero que mantengáis los ojos abiertos. Seguid con los análisis. —Señaló al grupo de análisis, que para una guardia del suroeste del territorio continental de Estados Unidos eran unos mil quinientos especialistas dedicados, pero con conexiones a cientos de miles de servicios y millones de procesadores integrados. Esa noche Alice se ocupaba del conjunto, y los cambios ya eran evidentes: el nido de ratas tradicional se transformaba con una claridad que habitualmente sólo se veía en los sueños de los administradores. Aparte de su maravillosa reorganización, la representación era totalmente convencional. Entre los humanos con permiso de seguridad y que se podían comunicar directamente había cientos de líneas de asociación codificadas por color. La masa de niveles inferiores mutaba continuamente, a medida que pesos, valoraciones y conexiones cambiaban de un segundo a otro.

Bob señaló los rojos de las amenazas que siempre formaban parte de la mezcla.

—¿De qué tenemos que preocuparnos durante las próximas cuatro horas? —Los analistas que había tras los nodos rojos escupieron su lista consensuada y los punteros de apoyo.

Aunque esa noche ni siquiera los paranoicos tenían mucho que decir.

Acciones
Posible protesta contra Bibliotoma en la UCSD
Casi seguro que una revuelta de círculos de opinión
Posibles participantes organizados
Círculo de opinión de Jerzy Hacek.
Valoración de la CIA de conexiones indoeuropeas
Círculo de opinión Scooch-a-mout
Valoración de la CIA de conexión con África central
Valoración de la CIA de conexión subsahariana
Valoración de la CIA de conexión con Paraguay
Informe de la RIAA al Congreso
Entidades comerciales
Posible daño a la infraestructura
Proximidad a puntos importantes para la seguridad nacional
General Genomics
Huertas International
Incremento de la importación de computación ilegal
Condado de Orange
Condado de Los Ángeles
Probabilidad por debajo de la escala relacionando los puntos anteriores
Asuntos policiales
Es casi seguro un asalto del FBI a Splendor Farm en Las Vegas
Posible petición de información sobre espionaje
Asalto por drogas mejoradoras de la DEA en el condado de Kern
Posible petición de información sobre espionaje
Posible actividad fuera de zona
Asentamientos en Alberta de isleños del Pacífico
Personas de interés
Arizona
California
Condado de San Diego
Incremento de visitantes asiáticos en viajes cortos Otros
Nevada
Consideración de recusaciones

Bob la dejó un momento.

—Ja —dijo uno de los artilleros—. Al menos los policías no causarán problemas. —Aquella noche sería fácil rechazar las

peticiones policiales, lo que no era tan fácil en caso de secuestro o para evitar un asesinato.

Una sargento técnico remarcó lo de la UCSD.

—Eso nos mantendrá ocupados. —Una pausa, expandiendo las definiciones—. ¿Qué? ¿Es una lucha entre círculos de opinión? Nunca había oído nada parecido.

Uno de los marines más jóvenes rio.

—Te haces vieja, Nancy. Las luchas entre creencias son trágicamente recientes.

Bob no se molestó en intentar entenderlo, pero sabía lo suficiente por su padre y Miri para comprender de qué iba. Expandió la descripción del disturbio esperado.

—Parece una mezcla de protesta del siglo XX con juegos modernos. Debería ser tan seguro como la mayoría de los acontecimientos públicos. El problema es el lugar. —Se realizaban tantas investigaciones biológicas cerca de la UCSD que cualquier inestabilidad resultaba preocupante—. Esto merece buena parte de vuestra atención. Tened en cuenta la información sobre intereses extranjeros. —Fue a los enlaces sobre Personas de Interés. Como era habitual, la expansión produjo decenas de miles de nombres. En un momento u otro, casi todo el mundo, a menos que estuviese muerto, en cuyo caso todavía contaba para la paranoia bioterrorista, acababa siendo examinado—. No os voy a pedir que repaséis la lista de PDI o esta guardia duraría lo que queda de año. —Esto último era sabiduría clásica, con efectividad demostrada en decena de desastres y en desastres evitados en lo que iba de siglo. Los analistas siempre tenían un millón de sospechosos, pero cuando llegaban al mundo duro y frío del tiempo real, el éxito dependía de que los encargados de la operación hubiesen prestado atención.

Y luego estaba el último punto, consideración de recusaciones, es decir, recusar a los miembros del equipo que por alguna razón podían comprometer la guardia. Normalmente era la lista más paranoica de todas… pero su gente no veía la nube de detalles sobre ese punto, ni siquiera enlaces. Las recomendaciones eran sólo para él y su sustituto. En la práctica, de haber habido algún problema importante se habría ocupado de él antes de la reunión.

—¿Preguntas?

Miró a su alrededor. Hubo un momento de silencio. Los marines asimilaban los detalles, respondiendo ellos mismos a muchas preguntas. Un joven habló.

—Señor, ¿el equipo es el mismo que para las misiones de amenazas técnicas en ultramar?

Bob miró a los jóvenes ojos.

—El equipo de lanzamiento es más ligero de lo habitual… Es la

única diferencia, cabo. Aquí estamos para proteger, pero el fin último es proteger a todo el país. —*A todo el mundo, dirían algunos*—. Por tanto, sí, vamos con la carga estratégica completa. —Se apoyó en el respaldo y miró a todos—. No espero problemas. Si prestamos atención y hacemos nuestro trabajo, esta noche la gente de California pasará otra velada agradable.

Terminó la reunión y la habitación recuperó sus dimensiones reales. Patrick Westin tenía algunas preguntas más sobre el despliegue de los pelotones, y luego también se fue. Bob Gu desactivó las mejoras y durante un breve instante sólo vio su mesa y su silla, junto a la máquina de café. A la derecha había una puerta que llevaba a hardware real. Con suerte, esa noche no lo vería.

Bob —› Alice: ‹ms› ¿Estás tranquila?‹/ms›

Alice —› Bob: ‹ms› Tranquila y despejada. Lo de la UCSD será una buena práctica para mi auditoría del laboratorio. Lo hablamos luego. ‹/ms›

Es decir, después de terminar la guardia. Esa noche Alice era la jefa de analistas; si no hubiese estado entrenando para la auditoría, podría haber sido la jefa de toda la operación. Era una de las pocas personas capacitadas para ocupar ambos puestos. En cualquiera de ellos era una delicia trabajar con ella… siempre que Bob no pensara en los sacrificios necesarios para lograr el rendimiento de Alice.

Se terminó el café e hizo que la visual regresase, ahora completamente personalizada. Volvió a hablar con Cheryl Grant. Estaba lista. *Vale, que conste.*

Gu —› Grant: ‹ms› Me hago cargo de la guardia, señora.‹/ms›

Él y Grant intercambiaron saludos. El reloj se puso en marcha. Sus pelotones pasaron a alerta máxima. Tendrían que estar así cuatro horas… no era mucho tiempo, pero sí lo más que podía alguien permanecer en guardia sin tomar drogas.

El trabajo de Bob era diferente. Él era como un perro ovejero que corría alrededor del rebaño, pasando de un tema a otro. Comprobaba a qué dedicaban el tiempo los marines y los analistas: en parte para adelantarse a los puntos calientes, en parte para detectar lagunas de atención. Miró por un punto de vista de la prensa popular la UCSD. En aquel… acto iban a reunirse muchos manifestantes, la mayoría presentes físicamente. Y según las estadísticas de la red una multitud espontánea era posible. Se preguntó si Miri estaría viendo aquello.

La idea lo devolvió a la realidad. Repasó las consideraciones de recusación. La mitad de sus marines tenían algún familiar matriculado en la UCSD. Ése era el gran problema de una operación local. Tres de ellos eran alumnos a tiempo parcial de la UCSD. Uno era aficionado a la decoración scoochi en la que participaban varios fans de Bangalore. Si no hubiese estado de servicio aquella noche, el chico habría estado

en el campus. Pero los analistas habían comprobado minuto a minuto del chico durante los últimos catorce meses. Había hecho algunas cosas ilegales, abusos de drogas mejoradoras, pero nada que pudiese perjudicar la misión.

Bob ya había repasado todo el árbol de recusaciones y fue a los punteros, profundizando. Su padre no aparecía. *Y yo que estaba seguro de su implicación en lo de Bibliotoma.* Eso sí que habría sido un buen motivo de recusación. Estaba echando un vistazo muy por encima, un problema habitual de los comandantes con muchas obligaciones…

¿Xiu Xiang? El nombre le sonaba, pero no le habría llamado la atención si su propio apellido no lo hubiese acompañado. Xiang era una de las trescientas mil personas del suroeste del territorio continental de Estados Unidos a las que se consideraba interesantes porque manipulaban hardware. Muchas de esas situaciones eran ilegales, claro; esa gente se podía denunciar al FBI. Pero resultaba más productivo limitarse a seguirlas. La mayoría eran aficionados inofensivos o tramposos de la propiedad intelectual. Algunos eran las manos de sectas terroristas. Y algunos eran la inteligencia analítica que se ocultaba tras esas sectas. Xiang poseía la inteligencia y el entrenamiento para encajar en esa última categoría, pero lo más llamativo que había hecho de momento eran unos juguetes que había construido, un museo de electrónica extraña. Y asistía a una de las clases de su padre. La relación estaba calificada como «superficial».

También había una referencia al asilo Al Final del Arco Iris… ¡Esa mujer era la compañera de su madre! y durante todo aquel tiempo se había estado preocupando de lo aburrida que debía de ser la vida para su madre. Vaya equipo: la científica loca y su madre, la loquera y… *¿Qué es esto?* Semanas de espionaje amateur de Miri, su madre y esa Xiang a su padre. Se le ocurrieron una docena de conjeturas y… *La misión, la misión, concéntrate en la misión.* Descartó con decisión todos los asuntos personales. Lo único que demostraba aquello era la estupidez de realizar guardias con personal local.

Bob se sirvió otro café y se sentó a contemplar las vistas de la UCSD y los otros puntos conflictivos de la noche. En el Ejército moderno, perder la concentración era el mismo pecado que quedarse dormido en el puesto. Era hora de entrar en la rutina.

Y aun así, una vocecita interna hacía lo posible por distraerle: *Por todos los cielos, ¿a qué se habrán estado dedicando Miri y mamá?*

Lunes, cinco de la tarde. *Por fin.*

El crepúsculo seguía teñido de colores sobre La Jolla cuando Robert entró en el bucle de tráfico al norte de Warschawski Hall. Fue al este a pie, camino de la biblioteca Geisel.

—¿Preparado para la gran noche, amigo mío? —Era Sharif Extraño el que caminaba a su lado. Los peatones no parecían ver a su

compañero de cara verdosa.

Robert dirigió una mirada agria al Extraño.

—Estoy preparado para verte cumplir tu parte.

—No te preocupes. Si esta noche sale bien, recuperarás todo tu genio. Tienes mi palabra.

Robert gruñó. No por primera vez, reflexionó sobre la locura de los desesperados terminales.

—Y no pongas esa cara de desánimo, profesor. Ya has hecho la tarea más dura. Esta noche es Tommie Parker el principal responsable de que las cosas funcionen.

—¿Tommie? Me extraña.

—¿Te extraña? —El Extraño sonrió—. Así que has logrado identificar el tablero de diseño de milagros de Tommie. Pobre Tommie. Es el único de vosotros que cree que va por libre. Es más, cree que yo sólo soy uno de sus mejores colaboradores. Ya ves, puedo ser agradable cuando resulta absolutamente necesario.

Había más gente de la que Robert hubiese visto nunca en una noche de campus durante sus días de universidad. Delante, hacia la biblioteca, una luz colgaba del cielo, más brillante que el crepúsculo que tenían detrás. Mirando hacia abajo desde las copas de los eucaliptos, Robert veía una multitud en las explanadas sur y este de la biblioteca. Parecía que había varios grupos que no se mezclaban.

—¿Qué está pasando? —Debía de ser la maniobra de distracción que Tommie había prometido; era una manifestación mucho más numerosa que la de Bibliotoma de Winnie.

—Je. Para esta noche he planeado grandes celebraciones alrededor de la biblioteca; casi todo el mundo está invitado, sobre todo el personal de los laboratorios General Genomics. Pero tú no. Te sugiero que demos un rodeo.

—Pero ése era el punto de encuentro…

—Hay demasiada gente. Iremos directamente a Pilchner Hall. Por aquí, por favor. —El Extraño señaló hacia la derecha, hacia los tenebrosos eucaliptos.

Mientras tanto, en los laboratorios GenGen…

Sheila Hanson se presentó media hora después del comienzo del turno de noche.

—¿Estás listo, Tim?

Tim Huynh se apartó de la mesa e hizo un gesto a sus pequeños ayudantes.

—Estamos listos, jefa. —En el pasillo siguió las flechas que Sheila marcaba sobre el suelo. Ella y el resto del personal del laboratorio ya estaban reunidos alrededor de la entrada superficial. Cuatro o cinco recién graduados, y el resto, como el propio Timothy Huynh, estudiantes que trabajaban—. ¿Estás segura de que no vamos a perder

el trabajo? —Los juegos de círculos de opinión estaban muy bien fuera del trabajo, pero a Huynh jamás se le habría ocurrido aquella aventura si su propia supervisora no la hubiese sugerido.

Hanson rio.

—Ya te lo dije. GenGen considera esta batalla un servicio público. Además, será una vergüenza para Huertas International. —La mirada de la mujer los incluía a todos, a todo el equipo nocturno de GenGen excepto los de regulómica. A Tim le bastaba con la explicación de Sheila. En otra época había ansiado trabajar en GenGen. ¿Cuánta gente lograba ver con sus propios ojos el equipo de laboratorio sobre el que se sustentaba su carrera universitaria? Sin embargo, lo habitual era que su trabajo se redujese a desbloquear robots de limpieza demasiado entusiastas y a transportar carga. Sí, a veces había problemas y había que hablar con los usuarios y ayudarlos a seguir las especificaciones para su montaje experimental. Pero a continuación se pasaba días inventando sistemas automáticos para evitar que precisamente eso volviese a pasar. Todos los miembros del equipo, incluso los que no eran unos fanáticos de los Scooch-a-mollt, parecían encantados de tener una distracción esa noche.

—Vale, todo el mundo —dijo Sheila—, vamos a formar como es debido. —Todos adoptaron sus formas de scoochis. Había pofu-longs y dewlbs y un enorme shima-ping. El shima-ping era Sheila. Dio una ojeada a Huynh—. Tú no puedes ser Grandioso Scooch-a-mollt, Tim. Está reservado.

—Pero los bichos están a mi mando. —Indicó los robots ayudantes que le habían seguido escaleras arriba.

—Tú los guías, Tim. Puedes ser Pequeño Scooch-a-out.

—Vale. —Cambió de forma. Eran todos diseños de primera nunca vistos. Dudaba mucho de que alguno siguiese siendo privado durante mucho tiempo, pero, si Sheila quería jugar a creencias estrictas, él no iba a romper el círculo.

Salieron en tropel por la puerta hacia la noche. Todavía había cierto color por encima de los eucaliptos. Al sur, al otro lado de los barrancos, la meta era una enorme pirámide doble, con la parte superior de vidrio y oscura y cubierta de enredaderas por abajo. ¡Y era así a simple vista! La biblioteca Geisel. Mientras avanzaban, Sheila y los otros fueron superponiendo su visión al mundo. No lo habían practicado. Tenía que ser una sorpresa para los hacekeanos, pero aún más para el mundo que pronto acudiría a mirar. Uno a uno, los eucaliptos, en pequeños estallidos, se transformaron en dondiegos de noche con las hojas fluorescentes a la luz del crepúsculo.

—Nos han detectado —dijo alguien.

—Claro que sí. Estamos por todas partes. Hay s'nices y got-a-runs viniendo desde el edificio de literatura.

—¡Hay fweks y liba-loos que salen volando del sótano de la biblioteca!

Y cada aparición enviaba una diminuta fracción de penique que subía por el árbol de creación de Scoochi. Por una vez, a Tim no le importó el gasto excesivo. La afiliación Scooch-a-mout era de las grandes. Incluso el hardware ilegal del fin del mundo se beneficiaría de las regalías.

Hanson —› Turno de noche: ‹ms› Ocultad el material tanto como podáis.‹/ms›

La imagen real de las cámaras locales revelaría que algunos de los scoochis ocultaban bichos de verdad. Así que por el momento Sheila quería toda la intimidad posible. Que los hacekeanos se enterasen sólo de lo que provenía de los puntos de vista públicos y de sus ojos. Huynh dejó que Rick Smale y los demás se encargasen de eso. Se concentró en controlar los bichos: todos los robots con autonomía y flexibilidad suficientes para ir hasta la biblioteca. Aquellos aparatos se ocupaban de la limpieza rutinaria y el recambio de módulos. No estaban diseñados para correr alocadamente por el exterior.

Pero GenGen había dado permiso para que saliesen y Timothy Huynh se lo estaba pasando de fábula. Primero, decidió la apariencia de los robots. Había queeps y chirps, echando chispas y disparando en todas direcciones. En realidad, se trataba de sus cuatrocientos manipuladores móviles… que en el negocio se conocían como «robots prensiles». Apenas eran lo suficientemente rápidos para mantenerse a la altura de los humanos. También había megamunches, xoroshows y salsipueds… en este caso robots limpiadores y portadores de muestras. Detrás acechaban los robots más grandes del laboratorio de Huynh, combinaciones de elevadores e instaladores de equipo pesado, que de momento iban disfrazados de ionipods azules de asta gris. Él mismo había suministrado las especificaciones físicas dos semanas antes, cuando la posibilidad de que esa aventura se materializara había empezado a difundirse por el laboratorio. Los diseños resultantes eran espectaculares y se ajustaban a la realidad física de los robots y los dispositivos sensotáctiles que Huynh había instalado en las carcasas. Si acariciabas el xoroshow en los cuartos traseros, notabas los músculos moviéndose bajo el pelaje suave, justo lo que tus ojos te decían. Siempre que sólo tuviesen que responder a un solo par de manos humanas, los sistemas hápticos tenían la capacidad de mantener la ilusión. Eran mejor que cualquier cosa que hubiese tocado en Pyramid Hill. Claro está, el público remoto no se beneficiaría demasiado de aquello, pero daría moral a los scoochis presentes y desanimaría a los hacekeanos.

El enemigo ya estaba formando. En la terraza este de la biblioteca había cinco Caballeros Guardianes y un Bibliotecario acechaba en el

camino de la serpiente.

—¿Eso es todo lo que tienen?

—Por ahora —dijo Sheila, el shima-ping—. Sólo espero que no estemos demasiado fragmentados.

—Sí. —Ésa era la virtud y la debilidad de la visión del mundo scoochi. Scooch-a-mout se distribuía en fragmentos, a trocitos. Se adaptaba a los deseos de los niños, no sólo en las Grandes Potencias, sino también en los estados fracasados del fin del mundo. Los scoochis tenían *innumerables* creaciones diferentes. Los hacekeanos abrazaban la creencia del conocimiento extendiéndose hacia el exterior, una visión que exigía la consistencia de todas las cosas. y en aquel momento lo consistente era su control casi absoluto de la biblioteca.

El shima-ping dio saltos sobre sus tres patas. Sheila le gritaba al enemigo con lo que debía de ser un altavoz externo, ya que Huynh notaba la potencia del sonido a su alrededor.

—¡Apartaos de nuestro camino!

—¡Queremos nuestro espacio!

—¡Queremos nuestra biblioteca!

—¡Y sobre todo, queremos libros de verdad! —Esa última exigencia era un buen eslogan, aunque no se correspondía muy bien con el trasfondo fin-del-mundo scoochi.

La banda de Sheila se lanzó al ataque gritando, pero decenas de hacekeanos se unieron a los cinco Caballeros Guardianes. Por supuesto, la mayoría eran virtuales, pero el ajuste a la realidad era perfecto. No era ninguna sorpresa: ambos bandos sabían que aquella situación se produciría. Era un combate de círculos de opinión. Se trataba de convencer a todo el mundo por medio de imágenes de que Scooch-a-mout era una visión más importante.

Ambos bandos *creían* saber lo que se avecinaba. La verdad era que Tim había preparado algo especial.

Los hacckeanos aullaron sus amenazas al ejército scoochi, a los chirps y queeps ya las moles apenas visibles que venían detrás. Creían que sólo eran jugadores humanos e imágenes ingeniosas. Luego el primero de los ionipods de asta gris aplastó el asfalto y la gente de Hacek comprendió que el sonido que emitía era real. Al mismo tiempo, uno de los salsipueds, un transporte de muestras, salió corriendo y le mordió el tobillo a un Caballero. En realidad no fue más que una pequeña descarga eléctrica, pero los hacekeanos se echaron atrás, aullando:

—¡Tramposos! ¡Tramposos!

Y, cierto, era trampa, pero Huynh veía en las estadísticas de red que el apoyo a su bando se había duplicado. Además*, es por una buena causa.* Timothy Huynh tampoco usaba demasiado la biblioteca física, pero lo que allí había pasado le dolía.

La terraza quedó momentáneamente despejada, pero Sheila vaciló.

Hanson —› Turno de noche: ‹ms› No me gusta que sea tan fácil. Creo que nos tienen preparado algo.‹/ms›

—¡Sí! ¡Mirad! —gritó Smale a todo pulmón, y señaló a las vistas por encima de la entrada de la biblioteca. Esas cámaras mostraban seres como arañas que protegían el último tramo hasta la puerta de la biblioteca. Eran criaturas tan gruesas que casi tapaban el mosaico. Luego las vistas se desactivaron.

—Vaya, ¿estas criaturas son reales?

—Creo que algunas lo son —dijo Sheila.

—No puede ser. Ni siquiera ingeniería eléctrica dispone de tantos robots. En esta contienda, ¡*nosotros* tenemos superioridad numérica!

Pero ¿y si el enemigo se había traído muchísimos robots construidos por aficionados? Si sólo la mitad de esos mecanismos eran reales…

Sheila se detuvo, atendiendo a los consejos que podían estar llegando desde todos los puntos del globo. Rugió.

—¡A los árboles!

Emitieron un grito cacofónico. Lo que surgió de los sintéticos fue un rugido de respuesta, potente, barroco y totalmente scoochi. Fueron hacia los arbustos, al sureste de la biblioteca. Las imágenes virtuales se convirtieron en artísticos difuminados para ocultar el hecho de que la cobertura de red no era del todo completa.

Los robots más pequeños, limpiadores, transportes de muestras y prensiles, no tuvieron demasiados problemas para avanzar sobre el terreno cubierto de materia orgánica. Los elevadores sí. Se hundieron en la tierra blanda. Los monstruos avanzaron lentamente. Aquello se parecía bastante a algunas de las tareas que tenían que realizar en el laboratorio. Pero era el momento de quejarse un poco.

Huynh —› Hanson: ‹ms› Esto no servirá de nada, Sheila. Los robots araña se limitarán a seguirnos hasta aquí.‹/ms›

Hanson —› Huynh: ‹ms› Ten fe en mí. Esto saldrá bien. Mira lo que… ‹/ms›

Sheila soltó un chillido de sorpresa y la frase quedó incompleta. Los scoochis virtuales avanzaron un par de pasos más, dependiendo de las distintas latencias, pero al final el turno de noche de GenGen al completo se detuvo. Todos se congregaron y las imágenes mejoraron y salieron de la espesura.

Pero ésa no era la razón de la parada súbita. Todos miraban a… un hombre y un conejo. El primero era real, el segundo virtual. No se ocultaban precisamente; estaban de pie en el claro, pero completamente rodeados de maleza. Hasta que los scoochis no habían llegado allí no tenían ningún punto de vista en aquella zona.

El conejo no tenía nada de particular, un dibujo animado. La mirada descarada estaba muy lograda, había que admitirlo.

Sheila el shima-ping vaciló un segundo para luego dar un par de pasos amenazadores hacia el conejo.

—Estás fuera de lugar.

El bicho le dio un mordisco a la zanahoria y movió las orejas.

—¿Qué te importa a ti, doctora?

—No soy doctora… todavía —dijo el shima-ping.

El conejo rio.

—Entonces, sueñas que lo eres. Estoy aquí para recordaros que esta noche no sólo combatís vosotros y los de Hacek. También actúan otros poderes superiores. —Gritó la última palabra y levantó la pata blanca con la zanahoria.

Huynh —› Turno de noche: ‹ms› Vamos, Sheila, siempre hay mirones.‹/ms›

Smale —› Turno de noche: ‹ms› Con pararnos aquí sólo conseguimos que se resienta nuestra reputación.‹/ms›

Pero Sheila hizo caso omiso de las objeciones. Esquivó diestramente al conejo descarado y se acercó al humano presente físicamente. Aquel tipo… era descaradamente normal: de unos cincuenta años, quizás hispano, vestido con gruesas prendas de faena. Era la imagen perfecta de un profesor de la UCSD, aunque excesivamente abrigado. Vestía, pero hasta cotas muy bajas: ni siquiera enseñaba información de cortesía. Sus ojos siguieron con tranquilidad al shima-ping, lo que, Huynh se dio entonces cuenta, resultaba un poco desconcertante.

Luego Huynh vio lo que Sheila veía. El extraño proyectaba una imagen. Era muy sutil, de un tono lavanda que casi no se veía. Una neblina surgía de los zapatos del extraño y se volvía brillante a medida que fluía hacia los árboles.

Hanson —› Turno de noche: ‹ms› Pasad a la vista de mantenimiento.‹/ms›

Los diagnósticos de mantenimiento de GenGen eran difíciles de usar fuera del laboratorio, pero mucho más sofisticados que los que venían con las prendas Epifanía. En la vista de mantenimiento… el tipo estaba muy bien equipado. El color lavanda lo daba a entender, pero ahora Huynh podía ver el centelleo del enlace láser de alta capacidad que surgía de la ropa de aquel individuo.

Sin la pista del lavanda, tal vez jamás se hubiesen dado cuenta. La máxima expresión de teatralidad consistía en fingir haber fingido sin éxito ser inocuo.

Smale —› Turno de noche: ‹ms›¡Eh! Este tipo… está conectado a la gente de BolIywood desde aquí mismo, en el campus.‹/ms›

Se miraron con alegría. Tenía que ser un verdadero magnate de

Bollywood. Los círculos de opinión eran el combustible que mantenía en funcionamiento la industria del cine.

Hanson —› Turno de noche: ‹ms› Os lo había dicho, enfrentándonos a los hacekeanos nos haremos famosos.‹/ms›

Echar a los hacekeanos de la biblioteca era más importante que nunca.

—¡Adelante! —gritó Hanson, en voz alta y para todo el mundo—. ¡Abajo Hacek! ¡Abajo la Amenaza Bibliotoma!

Los virtuales y casi todo el turno de noche siguieron avanzando por el bosque. Huynh se retrasó unos segundos, asegurándose de que ningún queep o chirp se quedara atrapado en las hojas y de que los elevadores tuvieran espacio suficiente para pasar entre los árboles. Y luego todos avanzaron.

—¡Queremos nuestro espacio!

—¡Queremos nuestra biblioteca!

—Y, sobre todo, ¡queremos libros de verdad!

Huynh no esperaba sorprender a los robots araña. ¿Qué se guardaba Sheila en la manga de shima-ping?

21
Cuando los círculos de opinión chocan

Alfred Vaz contempló cómo se iban los trastornados.

A su lado, Conejo se agitaba siguiendo el ritmo de sus gritos de batalla. Por una vez, el bicho parecía impresionado por alguien que no fuera él.

—Je —dijo, saludando con la zanahoria—. Me muero por ver sus caras cuando descubran quién lucha en el otro bando.

Vaz miró las orejas peludas.

—Desactiva tu presencia pública. —El objetivo era no llamar la atención.

—Te preocupas demasiado. —Pero el conejo dio un último bocado y tiró las hojas, que se evaporaron antes de llegar al suelo.

—Vale, viejo. Soy sólo para tus ojos. ¿Ahora qué?

Vaz gruñó y se puso a caminar hacia el sur. En realidad el descaro de Conejo le irritaba más que le preocupaba. Si esa noche las cosas salían como debían, los americanos no relacionarían la operación con Conejo y menos aún con la Alianza Indoeuropea. Si los americanos se ponían a mirar de verdad, rápidamente descubrirían el papel de Alfred en todo aquello… le viesen con Conejo o no. La gente de Keiko había desarrollado un complejo programa de decisión, un «árbol de contingencias» que indicaba lo que podría seguir negando y lo que podría lograr dependiendo de ciertos fallos. Veinte años antes, Alfred se habría reído de semejante planificación automatizada, pero ya no. Sus equipos secretos de analistas habían desarrollado su propio árbol de contingencias. Crecía a partir del de Keiko hasta los desastres peores… como el desenmascaramiento de su proyecto TQC.

Alfred salió de la zona más densa de la arboleda de eucaliptos. A su alrededor, sus diminutos robots se mantenían discretamente a su altura. Cada uno de ellos violaba las leyes locales, puesto que no contenían ni un solo chip controlado por Seguridad Interior. Mientras Vaz seguía interpretando en la red pública el papel de ejecutivo de Bollywood, esos dispositivos le ofrecían su propia red y contramedidas. Había puntos en el árbol de contingencia en los que podrían serie de mucha utilidad.

Mientras tanto, un pequeño aerobot invisible le seguía, aceptando su tráfico local de red y dispersándolo en un millar de puntos hacia el cielo occidental. La energía de cada uno de los pulsos sería indetectable excepto para alguien que estuviese sobre aviso y muy cerca, pero el conjunto, con la adecuada sincronización temporal, sería visible para las antenas de Keiko en el Pacífico. Era su propia red

militar, su milnet. En teoría. En realidad, Alfred llevaba desconectado casi tres minutos. Sabía que Alice Gong estaba de guardia aquella noche, probablemente como analista. Había lanzado el ataque contra ella justo antes de perder el acceso milnet. Muy pronto, sus labores de vigilancia la llevarían a un archivo de laboratorio que contenía un patrón inocuo… sólo que para ella el patrón no sería tan inocuo. *¿Ya ha pasado?* Quizá le conviniera fisgonear en la red pública.

—Vamos, viejo, vamos, viejo. —Conejo bailó un poco. Hablaba en un tono burlón y cantarín que Alfred había oído por primera vez ochenta años antes—. ¿Hay algún problema?

—Ningún problema. —dijo Vaz—. ¿Tus agentes están situados?

—Desde luego. Todos menos Rivera y Gu están en el punto de partida. Mientras hablamos los voy guiando para que eviten los disturbios. Pero, si quieres fisgar en la fibra, será mejor que te des prisa.

El terreno era firme y llano. Había un camino. No podían correr más allá del alcance de los mecanismos silenciosos.

Había varios grupos numerosos, pero casi todo el mundo caminaba hacia la biblioteca. Vio a Rivera ya Gu. Y, brevemente, vio a dos niños en bicicleta. ¿Dónde encajaban con los hacekeanos y los scoochis? Habría mandado la pregunta a su grupo de análisis… de haber tenido acceso al enlace milnet.

El Extraño Misterioso sacó a Robert del sendero y bajaron junto a los antiguos edificios de administración. Robert mantuvo una luz virtual sobre el accidentado terreno. La vista estaba totalmente actualizada y era más clara que la que da la luz de una linterna, pero mantenerse al ritmo del Extraño no le dejaba tiempo para mirar en la biblioteca.

—Eso de ahí son luces de verdad —dijo—. Todavía hay más que antes. ¿Que…?.

—La gente de Hacek se ha pasado con el entusiasmo. Han destruido algunas infraestructuras de cámaras. *Necesitan* luz de verdad. —Reía—. No te preocupes. Nadie se hará daño y es una distracción que resultará… útil.

El Extraño redujo el paso. Robert apartó un momento la vista del suelo. En la colina miró, por encima de las copas de los árboles, a la gente del suelo. En la vista real había estudiantes gritándose, algunos enzarzados en refriegas serias. Pero, si te alejabas un poco de la realidad estricta, las imágenes eran lo que un grupo u otro querían que vieses. Había Caballeros y Libreros Hacek luchando contra bichos peludos de colores que hubiesen podido ser mamíferos de grandes ojos o…

—¡Ah! Entonces, ¿los fans de Scooch-a-mout van por los hacekeanos?

—La mayoría. —El Extraño parecía estar prestando atención a algo. Alguien bajaba de la colina para interceptarlos. Un Bibliotecario Militante. Carlos Rivera. El bibliotecario regordete hizo un gesto a Sharif-Extraño y a Robert.

—Qué desastre.

—Pero qué desastre tan conveniente —dijo el Extraño.

—Sí. —Carlos renunció al disfraz: el sombrero de Bibliotecario se volvió a convertir en gorra de béisbol y la armadura en las bermudas y la camiseta habituales de Rivera—. Espero que esta batalla no inaugure una tradición.

El Extraño Misterioso les hizo un gesto para que se moviesen por los arbustos.

—¿Una tradición? —dijo—. Eso sería estupendo. Como lo de robar bragas y poner automóviles en el terrado de los edificios de administración. Una de esas cosas que hacen que las universidades americanas sean tan geniales.

Rivera resopló tras ellos.

—Quizás. Hemos tenido mucha más actividad desde que la biblioteca pasó a ser virtual, pero…

Robert seguía mirando la multitud que había al otro lado de la colina.

—Pensaba que lo bueno de los círculos de opinión era la coexistencia en el mismo espacio.

—En principio —dijo Rivera. Dieron un gran rodeo para evitar una zona oscura incluso en la vista virtual. La imagen de Sharif parpadeó y tembló. Tan poca gente caminaba por esa zona que la red aleatoria era escasa y los vestibles tenían que hacer demasiadas inferencias.

»Pero —siguió diciendo Rivera— en la biblioteca hay poco espacio. En principio podemos modificarla para dar cabida a múltiples creencias, como pasa en Pyramid Hill En realidad, nuestro entorno a menudo está demasiado cerca del conflicto háptico. Así que la administración intentó contentar a los scoochis dándoles algo de espacio en el sótano. —Rivera se detuvo y Robert estuvo a punto de chocar con él—. Sabías que no funcionaría, ¿verdad? —Carlos miraba a Sharif-Extraño, o a lo que Robert veía como Sharif-Extraño.

El Extraño se volvió y sonrió.

—Te di el mejor consejo que podía darte, querido.

—Sí. —Rivera parecía amargado. Miró a Robert por encima del hombro—. ¿Qué poder tiene sobre usted, profesor?

—Yo…

—¡Ah, ah, ah! —Le interrumpió el Extraño—. Creo que estaremos todos más cómodos sin esas revelaciones.

—Vale —dijeron ambas víctimas.

—En cualquier caso —dijo el Extraño—, estoy muy orgulloso de cómo he transformado la controversia Bibliotoma en un conflicto entre círculos de opinión. Este disturbio distraerá a gente que estaría prestando atención a otras cosas… como las que hacemos nosotros.

Se encontraban muy al sur de la biblioteca, al descubierto y bajando una cuesta empinada. Justo delante estaba Gilman Drive. Carlos se incorporó sin mirar a la carretera. Los coches aceleraban, reducían la velocidad o cambiaban de carril de tal forma que a su alrededor siempre había una amplia burbuja de espacio vacío. Robert vaciló, buscando un paso de peatones. *Maldición.* Luego siguió a Carlos entre el tráfico.

Miri se detuvo en la cara norte de Gilman Drive.

—¿Adónde van? —dijo Juan.

—Vienen a Gilman Drive. —Los puntos de vista desde los eucaliptos mostraban a Robert y al bibliotecario, Carlos Rivera, atravesando un espeso follaje. Las imágenes eran fragmentarias, porque no había muchas cámaras, pero Miri estaba segura de que nadie la engañaba. Los dos llegarían a la carretera en un par de minutos.

—Pero eso lo hace cualquiera que venga del sur.

Miri detuvo la bici, apoyando un pie en el suelo.

—¡Vale! Quieres que diga que no sé adónde van, ¿es eso?

Orozco detuvo la wikiBay a su lado.

—No era más que una pregunta, de veras.

Xiu Xiang apareció y, un momento más tarde, también una versión joven de Lena Gu. Sus imágenes eran rígidas como muñecas Barbie, pero iban mejorando día a día. Por ejemplo, Lena había dominado las expresiones faciales… y parecía seria.

—Juan no es el único que se lo pregunta, damisela. Si no lo sabes, deberías admitirlo.

A Xiu la ansiedad se le notaba sólo en la voz.

—Lena y yo vamos en coche hacia el norte del campus. Quizá las conclusiones de mi investigación fuesen erróneas por completo. ¿Cómo podemos ayudar si la acción se produce en el sur?

Miri se esforzó por hablar con serenidad.

—Creo que acertó usted, doctora Xiang. Juan y yo hemos estado siguiendo a Robert de cerca, pero ahora… supongo que no sé adónde va. Así que todavía es más importante que nos dispersemos. Por favor, doctora Xiang, sería mejor si usted y Lena permanecen en el lado norte. —Durante los últimos días, Xiu había sido muy buena detective; era muy inteligente cuando no dudaba de sí misma. Sabían que Huertas conservaba el troceado de Bibliotoma en sus laboratorios del norte. Si los amigos de Robert planeaban una «protesta directa», sería lógico que entrasen allí. *Por tanto, ¿por qué Robert y los demás vienen*

hacia aquí? Se iban formando grandes masas de incertidumbre.

Pero la doctora Xiang asintió, y ni siquiera Juan Orozco planteó las preguntas vergonzosas más evidentes. Aquello seguía siendo la Banda de Miri. Para bien o para mal.

Las cámaras de los árboles habían perdido a Robert y al señor Rivera. Miri dejó esos puntos de vista y miró la ladera, casi a simple vista. Seguía sin verlos. Podían salir a Gilman Drive en casi cualquier punto.

Miri se humedeció los labios.

—Lo que importa es evitar que…

—…esos idiotas descerebrados —dijo Lena.

— …cometan cualquier acto excesivamente destructivo.

—Sí —asintió Juan—. ¿Quién creéis que es el tipo remoto, el que camina con ellos?

—¿Qué? —Juan no solía enterarse de nada, pero esporádicamente demostraba tener inteligencia. Miri repitió las últimas imágenes de Robert y el señor Rivera. Eran imágenes fragmentarias, pero Juan tenía razón. Los dos miraban un punto consistente que se movía con ellos… y le dejaban cierto espacio. Por tanto, era una presencia privada.

Juan dijo:

—Apuesto a que ven a Zulfi Sharif.

—Apuesto a que tienes razón. —No por primera vez esa noche, intentó controlar a Sharif. Seguía sin haber respuesta. *¡Haz algo!*— Vamos, Juan. —Llevó la bicicleta a Gilman Drive, cruzando los carriles despacio para que no la multasen.

Xiu y Lena fueron con ellos.

—El tráfico es denso —dijo Lena.

—Es por el choque de círculos de opinión. La gente viene en persona. —La llamada había surgido de la nada, pero a Miri le costaba imaginar que fuese una coincidencia. Montarlo todo exigía mucha coordinación. A pesar de que el choque por el momento seguía siendo un rumor, llegaba mucha gente. Los coches que los rodeaban dejaban pasajeros. La gente reía, gritaba, hablaba y caminaba hacia la biblioteca. La acera, al otro lado de Gilman Drive, estaba casi desierta.

Miri llegó al bordillo y miró atrás.

—¡Vamos, Juan!

El cielo sobre la biblioteca era de un violeta retorcido, un bonito efecto fractal de alguna cooperativa china. Comprobó el estado de red. No sólo era denso el tráfico de automóviles. Veía ramas de red iluminándose por toda California. El campus de la UCSD estaba exportando millones de puntos de vista. Había cientos de miles de participantes virtuales. Cuando Juan la alcanzó, le dijo:

—Es un remolino. Como el primer día de un juego importante. El

chico asintió, pero no prestaba atención.

—Mira lo que he encontrado en la calle.

El aparato estaba medio aplastado. De un lado colgaban fibras metálicas.

Miri le hizo un gesto para que lo tirase.

—Un cacharro aplastado, ¿y? —Si un nodo perdía conectividad y luego se metía en la calle… bien, aplastaban algo tan pequeño.

—Creo que sigue conectado, pero no lo encuentro en el catálogo. Miri lo examinó de cerca. Había picos de parpadeo, pero no daba ninguna respuesta.

—Es un resto que no responde, Juan.

Juan se encogió de hombros para luego dejar caer el cacharro en la bolsa de la bici. Tenía una expresión impenetrable. Seguía buscando.

—Parece un Cisco 33, pero…

Por suerte, Orozco no había logrado distraerlos a todos. Lena dijo:

—Miri. He encontrado a Robert y al tal Rivera. —Una pausa mientras Lena identificaba la cámara. ¡Ya! Robert y Rivera cruzaban la carretera a cuatrocientos metros, al oeste.

—¡Los tenemos, Lena!

En la época de Robert, aquel lado de Gilman Drive había estado lleno de casas prefabricadas. Años después, los edificios de cemento de la Universidad de California habían albergado la Facultad de Medicina. Lo actual era Pilchner Hall, que como casi todo lo que había en el campus aparentaba ser tan temporal como las viejas casas prefabricadas.

El Extraño Misterioso guió a Robert y a Carlos al interior del edificio. La luz real los siguió en forma de cono concentrado, mientras que al fondo del vestíbulo la vista era virtual. Era posible que hubiera otras personas en el edificio, pero el Extraño las evitó. Bajó unas escaleras para llegar a una conejera de pequeñas habitaciones. En algunos puntos el suelo estaba polvoriento. En otros estaba completamente limpio o lleno de señales de haber movido cosas.

—Eh —dijo el Extraño, señalando las marcas—, Tommie ha estado trabajando. Toda esta planta ha sido reorganizada para esta noche. Y hay algunas zonas que ni siquiera aparecerán en los planos de seguridad de la universidad.

Tuvieron que abrirse paso por el laberinto. Finalmente, el Extraño Misterioso se detuvo frente a una puerta cerrada. Hizo una pausa y habló muy serio.

—Como sabéis, el profesor Parker no es consciente de todo lo que está pasando. Si deseáis lograr vuestras metas respectivas, os sugiero que tengáis cuidado con lo que le decís.

Robert y Carlos asintieron.

El Extraño Misterioso se volvió e imitó el gesto de llamar a la puerta de plástico. Su mano sonó como un martillo golpeando madera dura. Al cabo de un momento, la puerta se abrió y Winston Blount los miró.

—Hola, Carlos. —Su mirada recorrió menos amigablemente a Robert y al Extraño. Les hizo un gesto para que entrasen.

La habitación era una cuña triangular atrapada entre paredes inclinadas. Un reborde de cemento ocupaba la mayor parte del suelo. Tommie Parker estaba sentado en el suelo junto a un carrito lleno de bolsas de plástico y mochilas.

—Hola, tíos. Habéis llegado a tiempo. —Echó un vistazo al portátil—. Os alegrará saber que ni la policía ni la prensa se han enterado de vuestra llegada. En este momento nos encontramos en una habitación que ni siquiera existe. Esto… —Tocó el borde del pozo —. Esto sigue siendo visible para la universidad, pero estará encantado de mentir sobre lo que hacemos.

Robert dio unos pasos alrededor de la estructura.

—Lo recuerdo. —En los años setenta el pozo había estado en el exterior, cubierto por una tapa de madera. Se asomó al borde. Sí, igual que antes: escalones de hierro descendían hacia la oscuridad.

Tommie se puso en pie. Llevaba el portátil en cabestrillo, de modo que tenía a su alcance el teclado y la pantalla, pero podía moverse cómodamente. En cierta forma, Tommie Parker había reinventado la computación vestible.

Tommie metió la mano en el carrito y sacó dos bolsas de plástico.

—Es hora de dejar atrás vuestra Epifanía. Tengo ropa nueva para vosotros.

—Lo dices en serio —dijo Rivera.

—Sí. Vuestra ropa me permitirá mentir acerca de vuestra posición. Mientras tanto, vosotros vendréis conmigo usando un equipo mucho mejor.

—Espero que no sean portátiles —dijo Winnie, mirando dubitativo el cabestrillo de Parker. Pero él y los otros se quitaron camisa, pantalones y zapatos. Todavía llevaban las lentillas, pero ya nada las hacía funcionar. La luz real era suficiente, pero, sin sonidos ni visión externa, la habitación parecía un ataúd.

Tommie parecía sinceramente avergonzado de ver tanta carne flácida. Enseguida abrió una de las bolsas de plástico y pasó pantalones y camisas. Parecían de tela gris, ropa de trabajo. Carlos sostuvo la camisa a contraluz y examinó de cerca el tejido. Lo dobló y lo frotó con las manos.

—Esta ropa es tonta.

—Sí. Nada de microláseres de infrarrojos, ni de nodos de procesadores. Sólo algodón de calidad, como Dios quería que

vistiésemos.

—Pero…

—No te preocupes, tengo procesadores.

—Bromeaba con lo de los portátiles, Tommie.

Tommie negó con la cabeza.

—No, nada de portátiles. Tengo cajas Hurd.

¿Eh? Sin vestir, Roben estaba paralizado.

Carlos parecía igual de perdido, pero luego debió de llegarle algún recuerdo de modo natural.

—¡Oh! ¡Hurd OS! Pero ¿no están obsoletas?

Tommie rebuscaba en la segunda bolsa de plástico. No alzó la vista.

—Obsoletas no. Son simplemente ilegales… Ah, aquí están. Genuinas *Made in Paraguay*. —Pasó una caja de plástico negro del tamaño de un libro de bolsillo a cada uno de los conspiradores. A un lado había un teclado real y un clip metálico al otro—. No tenéis más que colgároslas de la cintura. Tenéis que aseguraros de que la lengüeta metálica toque la piel.

Los nuevos pantalones de Robert eran demasiado cortos y la camisa le quedaba enorme. Se colocó el ordenador ilegal en la cintura y sintió el frío del metal sobre la piel. Podía ver una superposición tenue. Era la imagen de un teclado y, cuando colocó la mano sobre la caja, vio marcadores correspondientes a las yemas. Era una interfaz penosa.

—No la tapes con la camisa, Carlos. Lleva todos los puertos de comunicaciones.

Intervino Winnie:

—¿Quieres decir que es preciso orientarla adecuadamente para establecer la conexión?

—Sí. Mientras estemos abajo, nuestra única conexión externa sería a través de mi portátil. Y la única conexión de mi portátil pasará por aquí. —Tommie levantó algo que parecía una rueda de oración. La hizo girar. Hubo un destello en el aire, que se deslizó por un cable demasiado fino para verlo hasta un conector que sostenía en la otra mano. Se volvió y lo conectó a una caja del carro—. Probadlo.

Robert se levantó los faldones de la camisa y giró hasta que la caja estuvo directamente encarada al portátil de Tommie. Nada. Entró una orden simple, ¡Y podía volver a ver a través de las paredes! Al norte de Gilman Drive había todavía más gente dirigiéndose a la biblioteca. Dentro… recorrió el pasillo. Seguía desierto. *¡No!* Un tipo se acercaba muy decidido a la habitación «secreta». Luego perdió el punto de vista.

—Eh, Tommie…

—¿Qué?

La voz del Extraño sonó en el oído de Robert. El audio era tan malo como en su vieja página visor, pero lo entendió sin dificultad.

—No has visto nada, amigo mío.

—Yo… —Robert tragó—. El enlace de fibra funciona bien, Tommie.

—Bien, bien. —Parker caminó entre ellos, asegurándose de que todos pudieran recibir y transmitir—. Vale. Estamos todos equipados. Esto ha sido lo divertido. Ahora viene lo de ser mulas de carga. —Señaló las mochilas del carrito.

La mochila de Robert pesaba como unos veinte kilos. La de Carlos no parecía menos pesada. Las de Tommie y Winnie eran más pequeñas, a pesar de lo cual Blount tenía dificultades para soportar la carga. *Winnie es como un viejo*. Sí, el campo de minas celestial de Reed Weber. Robert apartó la vista antes de que Winnie se ofendiese. Se colocó la mochila para que le resultase más cómodo llevarla y se quejó:

—Pensaba que estábamos en el futuro, Tommie. ¿Dónde está la miniaturización o, al menos, los porteadores automáticos?

—En el lugar al que vamos, Robert, la infraestructura no es muy amistosa. —Tommie miró la pantalla del portátil—. Hola, señor Sharif, parece que estamos listos para partir. —Indicó el agujero oscuro en medio de la habitación—. Ustedes primero, caballeros.

22
El ataque de la bicicleta

Alfred esperó un tiempo prudencial antes de entrar en la habitación. No tenía sentido hacer ruidos que las víctimas de Conejo pudiesen oír.

—¿Qué te había dicho, viejo? ¡Hemos entrado! ¡Hemos entrado! —Conejo bailó alegremente alrededor del pozo. La fibra óptica que tanto alegraba a Conejo era invisible de tan delgada excepto cuando la luz incidía sobre ella en cierto ángulo.

Vaz asintió. Él podía celebrar un éxito de comunicación diferente; había reestablecido su enlace milnet a través del Pacífico.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Seguridad Interior de Estados Unidos parece tranquila, Alfred.‹/ms›

Alfred estudió las estadísticas que entraban. Provenían de los centros de escucha de la Alianza. El panorama nacional estaba efectivamente tranquilo, incluso a pesar de que el altercado en la biblioteca había atraído multitudes al campus de la UCSD. Conejo había creado la distracción paradójica perfecta. *Casi* perfecta; la situación empezaba a descontrolarse.

Vaz se agachó junto a la caja que marcaba el punto donde acababa el enlace de fibra de Thomas Parker. La caja era un puente. Por un lado entraba el flujo de datos sin certificar proveniente de los ordenadores ilegales de Parker. Por el otro lado, parecía que «buen ciudadano» ejecutaba el Entorno de Hardware Seguro exigido por el gobierno. Ocultaba los datos de Parker en paquetes inocentes recubiertos de todas las licencias y permisos requeridos para sobrevivir en el EHS. No era más seguro que la milnet de Vaz, pero bastaría en muchos de los puntos del árbol de contingencias.

Alfred trasteó con la caja y enseguida captó en directo el vídeo de Parker. Al fin era realmente un Cabecilla Local.

El vídeo proveniente del portátil de Parker saltaba bastante, pero Vaz reconoció el equipo de las paredes y algunas de las señales físicas. Los tontos de Conejo habían violado la seguridad del biolaboratorio y, lo que resultaba todavía más impresionante, el juego delicado de mantener engañado el sistema automático de seguridad del laboratorio era un éxito.

—¿A cuánto están del Objetivo A? —le preguntó Alfred a Conejo. En realidad, era la sede de su programa privado de investigación. Fingiría examinarlo con los demás.

—Ya casi han llegado. —Conejo se agitó ligero—. Dentro de menos de diez minutos empezarán a soltar equipo. No te preocupes.

Alfred miró por sus puntos de vista de la superficie.

—La mayoría de mis móviles están atrapados al norte de Gilman Drive. —Durante un combate convencional, esos robots se hubiesen limitado a tomar el control de la infraestructura local y hubieran cruzado todos juntos. En lugar de eso, los retenía el tráfico de coches y humanos de la carretera. Al menos uno había chocado con un vehículo.

Conejo abrió las patas fingiendo lástima. Al menos no sacó otra zanahoria.

—No se puede tener todo. Los fans de Hacek y Scoochi han hecho todo lo que queríamos: el personal humano ha salido de los laboratorios. El altercado se está tragando los recursos locales de comunicación. Para cuando llegue al máximo, esto será un agujero negro. *Y todo parece totalmente inocente.* No me digas que tú podrías haber organizado una operación mejoro

Vaz no respondió. Había comprendido que la irritación era la emoción más positiva que podía sentir por Conejo. Se sentó dando la espalda al pozo de cemento y siguió la situación. Podía ver que la gente del Departamento de Seguridad Interior vigilaba de cerca, pero vigilaba lo que debía. El consenso de los analistas era que Conejo lo había orquestado todo para ajustarse a la perfección a la paranoia del DSI. ¿Podría ser que hubiesen retirado a Alice Gong pero los monitores de la Alianza no lo hubiesen detectado? En el subsuelo, los tontos de Conejo casi habían llegado al Objetivo A. La «investigación» del lugar comenzaría al cabo de diez minutos. Media hora más tarde, él empezaría a ofrecer sus resultados manipulados… y después de eso sólo sería cuestión de escapar y dejar que atrapasen a los tontos. Las cosas iban sobre ruedas. Podría haberse quedado en Mumbai. Pero ¡no se quejaba!

Bandera roja de análisis. Alguien repasando vídeos anteriores había captado algo. Alfred pidió el informe. Eran diez segundos de uno de los móviles situados al norte de Gilman Drive: dos niños en bicicleta. Estaban junto a la carretera y miraban algo que podía ser un mecanismo aplastado. *Son los dos que he visto antes.* Planteó las preguntas: ¿quiénes eran esos niños? ¿El móvil era de Alfred?

Llegaron las desagradables respuestas.

Conejo no tenía acceso a los analistas indoeuropeos, pero de pronto la criatura se puso en pie y soltó un silbido de admiración.

—Bien, ¡que me aspen! Tenemos compañía, viejo.

Miri dejó su bici en la reja exterior de Pilchner Hall. Juan insistió en entrar con su avanzada bici plegable. Cuando Miri le comentó lo absurdo que era eso, se encogió de hombros.

—Mi bici es especial.

Lena y Xiu ya no eran visibles, pero la voz de Lena los siguió

cuando cruzaron las puertas abiertas de par en par.

—Debería haber más seguridad, Miri. Esto no me gusta.

—Es el comportamiento de sobrecarga del sistema, Lena. Las habitaciones en las que no hay nadie siguen cerradas. Las otras están abiertas.

Lena dijo:

—Y ya no os vemos.

La súbita caída de datos resultaba muy extraña, pero Miri no estaba dispuesta a decirlo. Repuso en cambio:

—Apuesto a que el redireccionamiento de alta transferencia no tiene alimentación más que alrededor de la biblioteca.

Xiu dijo:

—Sí, de allí todavía tenemos unas vistas espectaculares.

Los pasillos principales de Pilchner Hall tenían puntos de vista que se podían examinar. Se vislumbraba el reciente paso de Robert. Era suficiente para guiarlos escaleras abajo. Pero en algunos puntos Juan y Miri sólo podían hablar entre sí.

—Es como una casa encantada. —Juan hablaba en voz baja. Agarró la mano de Miri; ella no se soltó. Necesitaba a Juan para seguir tranquila. Perder la conectividad en un edificio de oficinas era siniestro.

Doblaron una esquina y hubo un destello de conectividad, suficiente para la mensajería silenciosa.

Miri —› Banda de Miri: ‹ms› Creo que nos acercamos.‹/ms›

Lena —› Banda de Miri: ‹ms› Primero hemos perdido el vídeo. Ahora apenas podemos hablar. Salid de ahí.‹/ms›

Miri —› Banda de Miri: ‹ms› Es temporal Estoy segura de que wikiBell está redirigiendo cobertura extra a esta zona.‹/ms›

Un disturbio por entretenimiento no podía llegar muy lejos, ¿no?

Miri supuso que Lena mantenía una discusión similar con la doctora Xiang, en cierto coche que se movía por la zona norte del campus. La abuela parecía ansiosa.

Xiu —› Banda de Miri: ‹ms› Estoy de acuerdo con Miri. Pero enviad a Lena informes regulares.‹/ms›

Lena —› Banda de Miri: ‹ms› ¡Sí! Incluso si eso significa tener que retroceder. ¿Dónde está ahora Robert?‹/ms›

Miri —› Banda de Miri: ‹ms› Muy cerca. Puedo hacerle un ping directo.‹/ms›

El pasillo sinuoso estaba muy iluminado, justo lo que cabía esperar durante un apagón parcial de red. La bici de Juan se desplazaba casi en silencio, plegada en la configuración de portabilidad. No tenía más que darle un empujón de vez en cuando. Los únicos sonidos eran sus pisadas y el débil susurro de las ruedas. Doblaron otra esquina. El pasillo se estrechaba y se cruzaba con otros

frecuentemente. Era una de esas remodelaciones temporales que tanto gustaban a los arquitectos aficionados lunáticos.

A lo largo de algunos metros dispusieron de conectividad de alta capacidad. En las paredes aparecieron anuncios y notificaciones; a la izquierda, un proyecto de investigación médica se alzaba como un monstruo. Miri ofreció a Lena y Xiu vídeo continuo mientras doblaban otra esquina… y perdieron toda conectividad externa.

Juan redujo el paso, y Miri se detuvo.

—Esto está realmente muerto.

—Sí —dijo Miri.

Avanzaron algunos pasos más. Exceptuando el enlace con Juan, bien podrían haber estado en la otra cara de la Luna. Y delante tenían otra esquina. Miri obligó a Juan a avanzar.

Más allá de aquella esquina el pasillo acababa en una puerta cerrada. —Ya no puedo hacer ping a tu abuelo, Miri.

Miri estudió el mapa que había guardado.

—Tienen que estar aquí, Juan. Si no podemos pasar, nos limitaremos a llamar a la puerta. —De pronto, ya no le importaba nada avergonzar a Robert y sus amigos. Todo aquello era muy extraño.

Pero la puerta se abrió y de ella salió un hombre vestido con ropa oscura. Podía ser un conserje o un profesor. En cualquier caso, no parecía muy amistoso.

—¿Puedo ayudaros? —dijo.

—¿Cómo nos han encontrado?

Conejo hizo un gesto de advertencia.

—No grites, viejo —susurró—. Es posible que puedan oírnos. —Conejo miró por encima del hombro de Alfred—. Yo diría que siguen al abuelo de la chica.

Vaz se fijó en los motones de ropa que había junto al pozo. Envió un mensaje silencioso en formato de voz:

—Esa ropa sigue transmitiendo.

—Sí, claro. Para el exterior, da la impresión de que los viejos están por aquí sentados, quizá jugando a las cartas. Yo lo estoy falseando todo, incluso sus constantes médicas.

Alfred se dio cuenta de que le rechinaban los dientes.

—Esa niña Gu es un incordio —añadió Conejo—. A veces creo que…

Alfred agitó una mano y la criatura desapareció… junto con todas las comunicaciones de la red pública. Había un completo silencio local, era una zona completamente muerta.

Pero su milnet seguía activa, una cadena frágil que pasaba por sus móviles, llegaba al aerobot invisible y, de ahí, atravesaba el Pacífico. El grupo de analistas de Alfred en Mumbai estimaba que faltaban

sesenta segundos hasta que la zona muerta llamase la atención de la policía del campus y los bomberos.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Esto no se puede mantener, Alfred.‹/ms›

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› Retiraré la zona muerta dentro de unos segundos.‹/ms›

Ésa era la razón por la que las misiones con éxito tenían un Cabecilla Local. Comprobó los móviles que habían entrado en el edificio: los niños estaban a unos diez metros dentro de la zona muerta, y seguían avanzando. Podía oírlos a través de la pared de plástico. Miró la puerta; estaba atrancada. Quizá pudiese fingir que la habitación estaba vacía mientras ellos llamaban. No, simplemente volverían atrás y llamarían a la policía.

Vale, es hora de actuar directamente. Alfred puso en movimiento los dos móviles más cercanos. Eran robots de superioridad de red sin capacidad para actuar contra las personas, pero servirían como distracción. Luego abrió la puerta y salió al pasillo para enfrentarse a dos niños y una bicicleta plegada.

—¿Puedo ayudaros?

Miri intentó mirar al viejo con furia. Cuesta fingir indignación petulante cuando has entrado sin permiso e intentas que se te ocurra una buena mentira. Y su conexión con el mundo exterior seguía totalmente muerta.

Juan avanzó y se limitó a soltar la verdad.

—Buscamos al abuelo de Miri. Le hacemos ping en un punto detrás de usted.

El conserje/profesor›/lo-que-fuese se encogió de hombros.

—Aquí sólo estoy yo. Como sabéis, esta noche la conexión de red no es muy buena. El edificio no debería haberos permitido bajar. Tengo que pediros que volváis a la zona pública. —Había de repente una señal en la puerta, uno de los símbolos de peligro biológico que adornaban muchas de las aulas y los laboratorios de Pilchner Hall. Se hubiese dicho que la red pública volvía a… sólo que Miri seguía sin ver más allá de lo que tenía delante.

Juan asintió, como si lo que decía el viejo fuese perfectamente razonable. Avanzó unos pasos más, enviando simultáneamente a Miri lo que veía. Al otro lado de la puerta la habitación estaba muy iluminada. Había una especie de agujero en el suelo y se veía la parte superior de una escalera metálica.

—Vale —dijo Juan, conforme. Jugueteaba con algo de la bici. Pero, punto a punto, sus palabras eran un torrente.

Juan —› Miri: ‹ms› ¡Mira la ropa! ‹/ms›

Estaba apilada en el suelo, junto al pozo.

Miri —› Juan: ‹ms› Es hora de irse.‹/ms›

Salir, llegar hasta donde pudiesen llamar a la policía. Se encogió de hombros todo lo despreocupadamente que pudo y dijo:

—Entonces nos iremos.

El extraño se opuso.

—No, ya es demasiado tarde. —Avanzó hacia ellos. Miri oyó a su espalda algo duro que crujía contra el suelo y vio formas oscuras acercándose. No podía retroceder ni avanzar.

Y entonces Juan avanzó. Lanzó la bici contra el extraño. Se oyó el chirrido de la goma. Las ruedas giraron a toda potencia y la bici cruzó la habitación y derribó al extraño contra el equipo que tenía detrás. Miri corrió hacia el pozo.

—¡Vamos, Juan! —Sabía dónde estaría Robert y cómo enviar el aviso de la alarma.

Pasó por encima del borde y vio los travesaños de metal.

—¡Juan!

El señor Conserje/Profesor volvía a estar en pie y avanzaba. Empuñaba un objeto puntiagudo. Miri se quedó petrificada un instante, viendo cómo el objeto puntiagudo se le acercaba.

Orozco era tan tonto… No podía detener a alguien así, pero lo intentó. El tipo malo retrocedió y la cosa que llevaba en la mano emitió un destello violeta. Miri sintió un pinchazo paralizador en un costado. Cayó al pozo y logró agarrar un travesaño con la mano que todavía le funcionaba, pero los pies le colgaban en el vacío. Intentó sujetarse con la mano entumecida, fracasó y cayó sobre el cemento duro.

Había perdido todas las imágenes; quizá su Epifanía estuviese frita. Pero veía el círculo de luz de arriba y podía oír.

—¡Corre, Miri! Corre… —Un golpe sordo cortó el grito de Juan. Miri corrió.

23
En la catedral

El disturbio de la biblioteca de la UCSD era la noticia de la noche. Sin duda, durante las próximas semanas la repetirían una y otra vez por todo el mundo, la última novedad del entretenimiento público. Era también un punto brillante en el tablero de situación de Bob Gu. Demasiado brillante. Bob observó que los analistas, incluso personas de especialidades tan poco conocidas como la virología forense, se agrupaban alrededor de ese único punto del sur de California.

Esta noche están pasando otras cosas, chicos. El asalto de la DEA en Kern había desatado violencia real en el norte canadiense. Eso quedaba fuera de la zona de vigilancia de Bob… pero podía indicar que se trataba de algo más que de un asunto de drogas mejoradoras. De no ser por el disturbio de la biblioteca, habría estado viendo flotar decenas de teorías: quizás el asunto de Kern County fuese una tapadera para atacar a inmigrantes. Quizás hubiese de por medio algo más letal que drogas mejoradoras. A los analistas se les daban estupendamente esas conjeturas tan exageradas, y se les daba igualmente bien alimentarse de ellas hasta dejarlas reducidas a nada… o hasta encontrar pruebas sólidas y dirigir la potencia de fuego bajo el control de Bob Gu.

Pero esa noche… bueno, el altercado de la UCSD tenía la apariencia de una distracción típica para tapar algo grande, muy malo y que sucedía en algún otro punto del suroeste del territorio continental de Estados Unidos. Alice había duplicado el tamaño del grupo de análisis. Ya formaban parte de él especialistas del Centro de Control de Enfermedades, incluso gente de otras guardias. Normalmente, Alice hubiese controlado su revoltoso enjambre de especialistas; poseía la capacidad, la profundidad y el carisma para mantener a raya incluso a académicos civiles. Pero aquella noche Alice era parte del problema. Cada vez que Bob dirigía al grupo para explorar otras situaciones, Alice lo volvía a concentrar en lo mismo. Era ella la que había desviado a los virólogos. Había un grupo muy compacto de biocientíficos que iba adquiriendo brillo y se iba acercando más, consumiendo cada vez más ancho de banda. Alice no estudiaba el disturbio en sí, sino si tenía que ver con los laboratorios biológicos que rodeaban la universidad. Excepto por la distracción del personal de noche, los laboratorios estaban en verde. y cuando más golpeaba Alice la red de seguridad del laboratorio, más limpia parecía.

Es el maldito ESR. Alice acababa de terminar su entrenamiento para la auditoría del biolaboratorio. Había sido el ESR más extenso

por el que hubiese pasado nunca. Bob suponía que en aquel momento no había nadie en todo el mundo que supiese más sobre automatización de laboratorios e investigación. *Debería hablar con ella directamente, nada de redirecciones corteses… ¡Demonios, si no se echa atrás debería cesarla!* y esas ideas se parecían en exceso a las recientes peleas en casa.

Así que fue Bob el que se echó atrás. Se quedó sentado y contempló las correlaciones, los picos estadísticos. Desplazó a los miembros de su grupo lejos de los asuntos de San Diego. Ellos darían la voz de alarma si lo de la UCSD resultaba ser una distracción.

El brillo del equipo de ciencias biológicas aumentó. Alice había requisado la división genómica del Centro de Control de Enfermedades. Bob tendría que enfrentarse a las consecuencias en la reunión posterior. Tuvo un mal presentimiento. Ésa sería la noche. Sucedería lo que más miedo le daba, se haría realidad la posibilidad que Alice siempre negaba. *¿Estás empezando a hundirte, Alice?* ¿Cómo sería un colapso ESR completo de alguien que se había entrenado una decena de veces más que el peor caso de ESR de un hospital de veteranos?

—¿Habéis oído algo?

—¿Como qué, Tommie?

—Ya sabes, un golpe lejano.

Se detuvieron y miraron atrás. Winnie resopló. Era igual que antaño, cuando Tommie hacía lo posible por incrementar el suspense de sus expediciones ilícitas.

Tommie vaciló. Iba detrás para que los demás no se enredasen en la fibra. Prestó atención un momento más y luego se volvió para alcanzarlos.

—Quizá no haya sido nada… pero la fibra también ha estado muerta un momento. —Miró el portátil— Ahora parece que va bien. —Hizo un gesto hacia el túnel, hacia la oscuridad situada más allá del pequeño charco de luz—. Seguid adelante.

La primera parte del túnel les había resultado muy familiar, un paseo siniestro por la avenida de los recuerdos. Hada más de cincuenta años que todos ellos, menos Carlos, habían explorado los túneles. Tommie había sido un estudiante listillo de primero que se pavoneaba ante dos graduados que se preguntaban más de una vez cómo habían acabado metidos en esas expediciones demenciales.

Al seguir avanzando, ya no estaban en terreno conocido. Las paredes estaban llenas de tubos de vidrio. Robert vio señales pintadas, crípticos apoyos físicos para nodos que no respondían a su caja computerizada. *Zas.* Algo blanco del tamaño de una pelota de balonvolea corrió por uno de los tubos. *Zas, zas*. Tráfico similar en dirección opuesta. Tubos neumáticos, que en su época habían sido

futuristas. Siendo niño, Robert los había visto en centros comerciales moribundos.

—¿Por qué tubos neumáticos, Tommie?

—Bien, ahí es donde la teoría choca con la realidad. Proteómica, genómica, regulómica… nombra una «ómica» y aquí la tienen. Estos laboratorios son enormes. El tráfico local de datos es un millón de veces superior al de una rama pública, con la latencia de una red doméstica. Pero aun así necesitan mirar muestras biológicas reales y a veces tienen que transportarlas. Usan bandejas de transporte para los desplazamientos conos, tubos neumáticos para los largos. GenGen posee incluso su propio lanzador UP/Express para enviar paquetes a otros laboratorios de todo el mundo.

Robert oía sonidos que provenían de la oscuridad, voces que no pronunciaban palabras reconocibles, chasquidos parecidos a los de máquinas de escribir antiguas. *Esto es ciencia?*

Carlos dijo:

—Cuando intento sondear la red local sólo veo las paredes desnudas.

—Ya os lo he dicho. Hablar con la red del laboratorio complicaría demasiado esta operación.

—El túnel debe saber que estamos aquí. —Llegaron a una pequeña zona iluminada. Detrás y por delante el túnel estaba oscuro.

—Sí. Sabe que estamos aquí. Pero podríamos decir que sólo a nivel inconsciente.

Robert iba a la cabeza y señaló hacia la pared, justo delante de la luz. —¿Qué hay de estas indicaciones? —Las letras estaban realmente pintadas en el muro:

5PBps:Prot‹—›Geno.10PBps:Multi

Tommie se adelantó.

—¡Quizá sea el ramal principal de General Genomics! —Levantó mucho la rueda de oración, alejando la fibra de los otros. El Extraño era visible detrás de Tommie, pero ahí abajo el monstruo no podía situarse con precisión. Sus pies flotaban sobre el suelo y su mirada se desviaba noventa grados.

Tommie situó el portátil de forma que la cámara enfocase las letras.

—Debo admitir que este enlace de fibra va bien. Puede enviar vídeo a mi consultor. —Sin que Tommie le viese, el Extraño Misterioso se señaló con el pulgar y sonrió. Tommie examinó brevemente la pantalla del portátil—. ¡Sí! Hemos llegado al ramal óptico de GenGen —señaló el túnel lateral—. Aquí es donde se complica.

A los cinco metros, el túnel lateral se abría a una zona mucho más grande… cavernosa. En las sombras, algo se inclinaba hacia las alturas.

—¿Veis esa torre? —dijo Tommie—. Es el lanzador privado de GenGen. Estos tipos no se molestan en recurrir a los lanzadores de East County.

Los chasquidos los rodeaban por completo. Provenían de la parte superior de los armarios de equipo; seguían un patrón, como poesía tecleada simplemente para aliviar el estrés. Al final de una estrofa, las cosas se movieron. La luz destelló desde lo más profundo de cristales enmarañados. Algunos de los armarios tenían etiqueta física: «Mus MCog».

El Extraño bailó entre ellos, una fantasía producida por el portátil de Tommie y la fibra que arrastraba. Pero la fantasía los observaba a través de la cámara del portátil y hablaba… al menos le hablaba a Robert. El Extraño señaló más o menos hacia los cristales.

—Las maravillas de los nanofluidos. Una década de la antigua ciencia biológica completada con cada cambio de luces. ¿Cómo representas un billón de muestras y mil millones de billones de análisis? ¿Cómo puede representarlo el arte? —Vaciló, como si realmente esperase ansiosamente la respuesta, y luego volvió a desaparecer. Pero dejó atrás sus propias etiquetas y explicaciones.

Robert miró las filas de máquinas, la torre que casi se perdía en la distante oscuridad. Aquel lugar era una catedral mecánica. Pero ¿cómo representarlo cuando a él le llevaría años comprenderlo siquiera mínimamente? La maraña de cristal no estaba demasiado coloreada; buena parte de los carriles de fluidos eran microscópicos y estaban ocultos en aparatos que hubiesen podido ser refrigeradores enormes. Las etiquetas del Extraño flotaban aleatoriamente, subtítulos fantasmales para un proceso trascendente. Y, sin embargo, le recordaba lo que había perdido; las palabras burbujeaban en su imaginación, palabras con las que intentaba capturar el asombro que sentía.

Recorrieron estrechos corredores, girando sólo cuando Tommie les decía que girasen. Más o menos cada minuto se detenía y sacaba algunos aparatos más de la mochila.

—Hay que instalarlos correctamente, chicos. Permanecer invisibles aquí es mucho más difícil que en el túnel. —Tommie quería que situasen los dispositivos cerca de los nodos de comunicación, que resultaron estar detrás de los cristales de fluidos, muy al fondo. Robert realizó la mayoría de las «instalaciones». Carlos lo subía a un armaría. Robert se retorcía, acercándose tanto al cristal que oía chasquidos apagados y el fluido susurrando tan débilmente como una filtración. Repetido millones de veces, aquel sonido formaba la atmósfera de la sala.

En un caso, Robert esperó y se dio cuenta de que el propio aparato se ocupaba de la instalación final, alejándose de él para

sumergirse entre el vidrio… *como si debajo tuviese una bandeja de transporte en miniatura.*

—¿De qué te ríes, Gu? —dijo desde abajo la voz de Blount.

—¡De nada! —Robert se arrastró por el armario y bajó—. Acabo de entender un pequeño misterio.

Siguieron avanzando. En la mayor parte de los armarios decía «Dros MCog». Avanzaban más rápidamente, más que nada porque Carlos y Robert le habían pillado el truco a la gimnasia de la operación.

—¡Ése ha sido el último, chicos! —Tommie apartó la vista del portátil y miró los cristales de fluidos—. ¿Sabéis?, es realmente curioso que todos esos nodos estén situados detrás del equipo de laboratorio, tan al fondo —dijo.

El Extraño Misterioso se situó delante de Tommie y agitó los dedos verdosos en dirección a Robert, Carlos y Winnie Blount.

—No es un misterio que importe. ¿Por qué no sugiere alguien seguir con el gran plan de Tommie?

Por un momento nadie dijo nada, pero Robert dedujo dos cosas sobre lo que acababan de hacer: era realmente a eso a lo que habían ido allí. Era así como el Extraño podría cumplir su promesa. Quizá Carlos y Winnie hubiesen llegado a la misma conclusión, porque de pronto todos hablaban. Blount hizo un gesto para que los otros se callasen y se volvió hacia Parker.

—¡Quién sabe, Tommie! Dijiste que este lugar estaba lleno de sutilezas. Podría llevarnos semanas comprender cómo encaja todo.

—Sí, sí. —Tommie asintió, sin ver la expresión de satisfacción del Extraño—. ¡Más tarde habrá tiempo para el análisis! —Miró el portátil —. En cualquier caso, esto ha sido lo difícil. Ahora tenemos vía libre hasta donde Huertas almacena el troceado.

No instalaron más aparatos. El portátil de Tommie aconsejó darse prisa y Tommie se apresuró. Lo que fuese que el Extraño Misterioso estuviese planeando para GenGen, ellos ya no le hacían falta. Robert miró atrás. Winnie estaba sin aliento, iba casi trotando. El Extraño debía de haberle dado ánimos especiales, y detrás de Carlos, Tommie giraba su rueda de oraciones, tejiendo el hilo de araña.

De pronto el suelo de cemento dio paso a algo blando y el sonido de sus pasos fue como los golpes de las baquetas sobre un enorme tambor.

—¿Cuándo vuela un túnel? —dijo Tommie—. ¡Cuando es realmente un túnel en el cielo!

De pronto Robert comprendió dónde se encontraban. En uno de los pasos cerrados que surgían de un lado de Rose Canyon, al norte del campus. En aquel momento estaban de pie en un túnel situado veinte metros por encima de la ladera cubierta de maleza y gayubas.

Luego pisaron de nuevo cemento. Delante tenían otra caverna, casi vacía. Territorio Huertas.

Miri corrió, pero un punto de luz la siguió. No, era la iluminación normal del túnel. Redujo el paso, se detuvo, se apoyó contra la pared… y miró atrás. No la seguía ningún humano. El agujero de entrada era la única otra luz y estaba a cierta distancia. *¡Juan!*

Lo miró y prestó atención. Nadie iba tras ella, lo que podía significar que allí abajo seguía funcionando la seguridad de la UCSD.

Intentó sondear las paredes. Llamó al número de emergencia. Otra vez. Nada. Quizás el Tipomalo hubiese freído permanentemente su Epifanía. Hizo un gesto para activar algunas rutinas de comprobación. No, no estaba muerta. Podía consultar sus propios archivos pero los nodos locales pasaban de ella. Luego se dio cuenta del chispazo rosa en el límite del diagnóstico, una respuesta inalámbrica que su Epifanía normalmente habría rechazado por demasiado remota, demasiado errática. Pasó un segundo, Dios sabe cuántos reintentos, y obtuvo una identificación. Era Juan, su vestible.

Miri —› Juan: ‹ms›¡Por favor, responde!‹/ms›

No tuvo respuesta y no podía comprobar el estado de salud de Juan sin tener más derechos de acceso. Abruptamente la luz de Juan aumentó de brillo y murió. Miri contuvo el aliento. El señor Conserje/Profesor seguía allá arriba. Había vuelto a pegar al pobre Juan. No, para ser precisos: había vuelto a pegar al hardware de Juan, quizá para impedir que Miri lo usara para comunicarse. Por un momento, Miri dudó de sí misma. No era muy buen resultado que toda su planificación y su liderazgo hubiesen acabado así. Alice no tenía jamás esos problemas. Siempre sabía qué hacer a continuación. Bob… a veces Bob cometía errores. A él era a quien siempre parecía faltarle seguridad. *¿Qué pensaría Bob de todo esto? Me pregunto qué haría Juan.*

Miri encaró el túnel que se alejaba de la entrada. Estaba oscuro, pero el silencio no era absoluto. Le pareció oír voces charlando, sin llegar a entender las palabras. Robert y sus amigos de la biblioteca estaban allí abajo, seguro que perseguidos por el señor Conserje/Profesor. *¿Cómo puedo detener los planes del malo?* Miri corrió con cuidado por el túnel, todavía atrapada en su propio cono de luz. No había ni rastro de Robert y ninguna de las voces apagadas sonaba bien. Pasó por algunos cruces. Cosas diminutas corrían a toda velocidad por los tubos transparentes.

Algunos minutos más tarde seguía sin ver ni rastro de Robert. Miri leía mientras corría; había guardado mucho material sobre la UCSD y los laboratorios de biotecnología: material de seguridad y privado que ella no podía tener, pero… Los túneles laterales llevaban a laboratorios concretos. ¡Un millón doscientos mil metros cuadrados repartidos en diecisiete cámaras distintas!

Miri dejó de correr y se puso a caminar hasta detenerse, rendida.

Robert podía estar en cualquier parte. ¿Cuánto control tenía el Tipomalo allí abajo? *Quizá debería ponerme a gritar.*

Muy lejano, a su espalda, oyó un sonido diferente. Martillos blandos golpeando un tambor de metal. Pero la cadencia era como de pasos. Y de pronto tuvo una idea bastante clara de dónde estaban los otros. Sólo tenía que saber dónde estaba ella. Miri volvió sobre sus pasos.

24
La biblioteca escoge

El turno de noche de Sheila Hanson salió del bosquecillo siguiendo el camino de la gran serpiente del conocimiento, al este de la biblioteca. Las arañas Hacek ya estaban allí y ocupaban el terreno elevado. Tim Huynh se movió e hizo avanzar su ejército robótico directamente hasta las fuerzas enemigas.

Huynh —› Turno de noche: ‹ms› Vaya. ¡Son de verdad!‹/ms›

Es decir, las arañas. La mayoría de los humanos también eran de verdad. Los Caballeros y Bibliotecarios hacekeanos ocupaban mucho espacio detrás de sus robots.

Del lado norte de la biblioteca llegaban más refuerzos scoochis, desde la biblioteca oceanográfica y el instituto Scripps. Pero los hacekeanos disponían también de refuerzos. Por las cámaras que volaban sobre la biblioteca, Huynh veía a unos recién llegados persiguiendo a los de Scripps. De momento no se habían producido demasiados daños a la propiedad. Los mecas tenían un aspecto muy siniestro, y los humanos, sobre todo, se dedicaban a juntarse ya gritar. A Sheila le iba muy bien con su «¡Queremos libros de verdad!».

Algo enorme y virtual surgió en tromba del bando hacckeano y llegó a la tierra de nadie robótica. Medía casi cuatro metros de altura y era el mejor Conocimiento Peligroso que Timothy Huynh hubiese visto nunca. Medio Bibliotecario, medio Caballero Guardián, la criatura representaba la paradoja central de Hacek. Se aproximó casi hasta el límite de las líneas scoochis y adoptó una expresión grotesca, con una lengua larga y en punta como la de un demonio maorí. Y cuando gritó, todos los scoochis le oyeron, pero el mensaje iba adaptado al receptor.

—Eh, Timothy Huynh, te crees Pequeño Scooch-a-mout. ¡Pues pequeño sí que eres! ¡Vuestras marionetas scoochis sólo son basura infantil, superficiales e indignas en comparación con nuestra profundidad! —Conocimiento Peligroso saludó a las criaturas Hacek.

Ése era el insulto habitual contra la mitología Scooch-a-mout, y siempre enfurecía a los scoochis porque la afirmación podía engañar al público ingenuo. Los scoochis lanzaron su desafío en respuesta.

—¡Hacek no es más que un Pratchett de imitación! —Eso puso furiosos a los Hacek, ya que evidentemente era la pura verdad.

Huynh dejó atrás a Sheila, a Smale y al resto del turno de noche para situarse al frente de todos. De cerca, aquel Conocimiento Peligroso era todavía más espectacularmente detallado. Sus botas con talones se hundían artísticamente en el lodo junto al sendero de la

serpiente. Los robots araña zumbaban y saltaban alrededor de su patrón.

Los robots araña eran reales. ¿De dónde habían sacado los hacekeanos objetos tan ingeniosos y en tan poco tiempo? Les hizo un ping; no se sorprendió al no tener respuesta. Poseían casi una agilidad vital en su forma de moverse, lanzándose y retrocediendo. Los dispositivos parecían fusiones personalizadas de los últimos modelos de lntel y Legend. La regulómica de GenGen se actualizaba a algo parecido. Volvió a hacer un ping, en esta ocasión con la autoridad de técnico de GenGen.

¡Por lo más sagrado!

—¡Eh! —gritó Huynh—. ¡Los cabrones de Hacek han robado equipo de GenGen! —Ahora que prestaba atención al otro bando, ¡reconoció a compañeros de trabajo! Allí estaba Katie Rosenbaum. La mujer blandió el hacha de batalla y le miró burlona.

Rosenbaum —› Huynh: ‹ms›¡Sólo lo he tomado prestado, cariño!‹/ ms›

El día anterior había almorzado con Katie y sus amigos. Sabía que en regulómica había simpatizantes Hacek, así que él se había callado sus planes. Y claro, ¡los traidores hacekeanos habían hecho lo mismo!

Conocimiento Peligroso seguía bailando alegremente entre el enjambre de arañas, burlándose de la sorpresa que se habían llevado los scoochis. Gritó:

—¿Indignados os sentís, Huynh? ¿Posible será que hicieseis trampa sin usar demasiada imaginación? ¡Lo que habéis traído es antiguo y lento, perfecto para la mezquindad de vuestras imágenes!

El arte empleado en Conocimiento Peligroso era asombrosamente bueno, sin precursores. Pero quien fuese que estaba manejando los hilos era todavía más impresionante, un actor de los mejores del mundo, sin duda. Por un momento los scoochis vacilaron y su multitud de apoyo virtual comenzó a evaporarse. En la vista desde arriba, Huynh vio todavía a más hacekeanos congregándose en los otros lados de la biblioteca. Si el equilibro se desplazaba demasiado, los scoochis acabarían humillados y derrotados.

Entonces la voz de Sheila Hanson sonó clara y potente en el espacio público, audible en todo el mundo participativo.

—¡Contemplad! ¡Grandioso Scooch-a-mout!

Detrás de Huynh, uno de los elevadores cobró vida. Tendría que habérsele ocurrido a él. ¡Ah! Gracias al cielo, Sheila estaba al quite.

El elevador avanzó con toda la delicadeza que se le podía atribuir a una máquina de tres metros y medio de altura con el centro de gravedad a casi dos. Desde luego no se movía autónomamente, pero no se le había ocurrido que Sheila pudiese conducirla tan bien.

Sus grandes patas descendieron despacio, dando a humanos,

chirps y salsipueds tiempo de sobra para ahuecar el ala. Impresionante, pero no era más que un elevador. Entonces Huynh se dio cuenta de que seguía viéndolo con su vista de conductor. Al mezclarse con la vista del círculo de opinión, era…

Sheila había transformado el ioniped azul en algo todavía más espectacular que Conocimiento Peligroso. Ahora era Grandioso Scooch-a-mout, el más popular de los scoochis. En su corta carrera, Grandioso Scooch había sido objeto de renovaciones, derivaciones, amplificaciones, fusiones e intentos gubernamentales de tomar el control. Para millones de escolares era el héroe máximo, en las tierras más pobres de África y Suramérica, el campeón de los desamparados que intentan mejorar su posición en el mundo. y su aparición esa noche lo superaba todo.

Más todavía, su aparición esa noche disponía de cuatro toneladas de verdad háptica entrechocando en su interior.

Grandioso Scooch-a-mout llegó al final de las líneas scoochis y se adentró en territorio de las arañas. Se movía *rápido*, tan rápido como podían sus motores y estabilizadores. *Guau, ¿quién lo está conduciendo?* Bailó entre los robots Hacek y aulló insultos a Conocimiento Peligroso.

Caballeros y Bibliotecarios, pofu-longs, dewlbs y baba llagas… en ambos bandos todos se volvieron locos. En el aire, sobre sus cabezas, fueron estallando los efectos especiales. Y luego los gritos ganaron en intensidad. Los robots se lanzaron al combate. Huynh contempló el tumulto de efectos especiales robóticos. De los arbustos surgían megamunches y xoroshows; Sheila lanzaba las reservas al corazón de la batalla.

¡Esa batalla mecánica era real! Cuando Grandioso Scooch-a-mout pisoteaba los lomos de los robots araña, fragmentos de caparazón y patas volaban por el aire. En la vista técnica podía consultar los informes de daños. En la lista en tiempo real del laboratorio, veinte arañas de regulómica aparecían como «no responde». Habían destrozado decenas de robots prensiles. Tres de los transportes de muestras habían perdido la movilidad.

Huynh —› Hanson: ‹ms› Tomar robots prestados es una cosa, Sheila. Pero muchos van a volver en forma de chatarra.‹/ms›

Sheila estaba al otro lado del frente. Daba la impresión de que intentaba lograr que los robots avanzasen contra los Caballeros y Bibliotecarios. Al lado de Tim, Grandioso Scooch-a-mout ya había salvado parte de la distancia bailando hacia la línea de humanos reales.

Hanson —› Huynh: ‹ms› ¡No te preocupes! ¡Los de administración están encantados! Echa un vistazo a la publicidad lograda, Tim.‹/ms›

Sus compañeros de trabajo y miles de virtuales avanzaron. En la vista de red… vaya, GenGen estaba recibiendo una atención que no se

podía comprar con dinero, más que la posible en el siglo XX cuando millones de personas estaban obligadas a ver lo que unos pocos habían considerado importante. ¡Había enrutadores enormes en la zona de la UCSD que habían agotado la capacidad! La situación no duraría demasiado, ya que había interminables enrutadores y fibra oscura ad hoc por todas partes. Pero esta noche el mundo entero estaba allí.

Paso a paso, los scoochis avanzaron.

—¡Queremos nuestro espacio!

—¡Queremos nuestra biblioteca!

—Y sobre todo, ¡queremos libros de verdad!

Normalmente los círculos de opinión competían internamente por su propia popularidad. Aquella noche, era una excepción: los círculos de opinión luchaban entre sí por la atención y el respeto. En unos minutos serían capaces de quemar meses de creatividad y tener un público más nutrido de lo que jamás hubiesen podido soñar.

Y quien fuese que guiaba a Grandioso Scooch-a-mout habló con Huynh directamente.

Grandioso Scooch-a-mout —› Pequeño Scooch-a-mout: ‹ms› ¡Tus mecas son decisivos, amigo mío! ¡Que avancen!‹/ms›

¡Vale! Huynh activó el otro elevador. A menudo soñaba con patear culos con uno de esos monstruos. Cruzó con precaución las líneas amigas, llevando consigo los robots pequeños. Desde algún lugar del mundo, los artistas scoochis vistieron el elevador tan espectacularmente como Grandioso Scooch-a-mout. Pero la visión resultaba tan mercurial como el humo: el elevador de Huynh era Mind Sum, el espíritu ambiguo que en ocasiones ayudaba a Scooch-a-mout cuando los enemigos se mostraban más astutos. Sus vapores quedaban atrás y se adelantaban al dispositivo real. Decenas de ayudantes y programas de asistencia se aseguraron de que los efectos siempre estuviesen donde debían. La carrocería del elevador era de un plástico oscuro. A menos que uno mirase con mucha atención la vista real, no sabía con certeza dónde estaba el robot.

Tim Huynh se aprovechó de eso, pisoteando como una neblina de acero la zona de batalla robótica, alabando a Grandioso Scooch-a-mout… y avanzando ambiguo contra los Caballeros y Bibliotecarios. El cántico de los scoochis era ensordecedor en los altavoces del elevador.

—¡Queremos nuestro espacio!

—¡Queremos nuestra biblioteca!

—Y sobre todo, ¡queremos libros de verdad!

El avance fue una combinación de belleza, sorpresa e intimidación física. Las fuerzas Hacek se retiraron y los chirps y salsipueds de Huynh avanzaron para reclamar nuevos territorios. Pero los bichos de Katie Rosenbaum todavía los superaban en número y

eran mucho más ágiles. Los robots araña retrocedieron, manteniendo una zona de batalla entre las fuerzas humanas enfrentadas.

Smale —› Turno de noche: ‹ms›¡Vamos por ellos!‹/ms›

Mientras Huynh avanzaba tras su elevador Mind Sum, también miraba desde arriba y seguía los comentarios externos. Había más de cien millones de personas mirando lo que los dos círculos de opinión habían creado. No era exactamente un juego, ni exactamente una obra de arte, era un enfrentamiento en el que se ganaba a fuerza de imaginación, cálculo e insolencia. De momento, el mundo creía que los dos bandos estaban igualados en imaginación, pero los scoochis iban muy por delante en cálculo e insolencia. Habían creado destrucción física real… ¡a todo su alrededor y entre humanos reales!

Metro a metro, la batalla se desplazó alrededor de la biblioteca. Los scoochis ocupaban ya parte de la explanada sur, el eje principal del campus. Los coches traían por carretera al campus gente de toda la ciudad, la contrapartida física al número mucho mayor de virtuales. Un cuarenta por ciento de los enrutadores principales estaban saturados. Se habían superado los doscientos millones de espectadores. Cientos de miles eran participantes transformados con imágenes sacadas de las profundidades del diseño de Hacek y Scoochi. Los participantes, reales y virtuales, se desparramaban a partir del centro, que era la biblioteca universitaria. Visto desde el punto de vista de un periodista, a cientos de metros de altura, el conflicto tenía el aspecto de una extraña galaxia en espiral, con brazos que relucían con más intensidad allí donde la batalla era más cruenta.

Había otros participantes, invisibles excepto para los periodistas dedicados a la industria del entretenimiento: la gente del cine y los juegos, quizás unos cien mil profesionales. Algunos miraban a los mirones, muestreando y encuestando. Otros la batalla robótica, recopilando diseños. Vio el rastro de Spielberg-Rowling, Game-Happening, Rio Magic y los grandes estudios de Bollywood.

Tim Huynh veía más que eso. Después de todo, llevaba equipo de GenGen. Veía redes fundidas con el trasfondo, recopilando y recopilando… para luego actuar con sutileza. Debían de pertenecer al Gremio de Fantasistas, la más rica de las cooperativas artísticas del mundo. Su lema: «¡No nos hace falta ningún maldito intermediario!»

Y por supuesto, también estaba presente la policía, una media docena de cuerpos que iban desde la policía del campus hasta el FBI.

Grandioso Scooch-a-mout —› Pequeño Scooch-a-mout: ‹ms›¡Eh, amigo mío! Nos quedan diez minutos para ganar opinión y resolución. Luego empezarán a bloquearnos.‹/ms›

Alfred lo veía todo desde el sótano de Pilchner Hall. El disturbio de Conejo había vaciado los laboratorios biológicos. El equipo de inspección indoeuropeo estaba colocado y ya enviaba resultados

(resultados falsos, pero eso era obra de Alfred). Los tontos que habían instalado el equipo ya estaban muy lejos de la zona GenGen y habían llegado allí donde su arresto provocaría sospechas que desviarían la atención. Pero…

—Nos hacen falta al menos quince minutos más —dijo Alfred. El flujo de datos falsos de la investigación se completaría mucho antes, pero limpiar y salir llevaría su tiempo.

Conejo se encogió de hombros.

—No te preocupes, viejo amigo. Le dije diez minutos a Huynh para mantenerle en tensión. Incluso después de que la policía del campus ataque, todavía pasará media hora antes de que el personal de GenGen vuelva a los sótanos.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Creo que Conejo tiene razón con el tiempo que nos queda. Su operación en la biblioteca es una obra maestra. Nosotros habríamos sido incapaces de montar una distracción semejante sin pulsar simultáneamente todos los botones del aparato de seguridad americano.‹/ms›

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› El disturbio ha crecido en exceso.‹/ms›

El tráfico seguía bloqueando sus robots móviles. Como no tenían disponibles los mecanismos suficientes, no habían logrado tomar por completo el control de Pilchner Hall… y dos niños indeseados habían creado el primer verdadero problema de la velada. En aquellos momentos uno de esos niños estaba tendido, inconsciente, junto al pozo, justo donde Alfred le había derribado.

Vaz echó un vistazo a Conejo, sentado en el borde del pozo con los pies peludos colgando en la oscuridad.

—¿Qué hay de la chica, Conejo? Está dando vueltas por los túneles, sin control.

Conejo sonrió de oreja a oreja.

—Así que llámame gran dios de las consecuencias inesperadas. Cuando las cosas se complican, siempre hay consecuencias y Miri Gu es simplemente una de ellas. *Tú eres* el Cabecilla Local. ¿Por qué no vas tras ella?

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› No. Eso te situaría fuera de cualquiera de nuestros planes de contingencia.‹/ms›

En realidad, Alfred se sentía tentado, pero mandó un móvil a buscar a la chica. Tal vez fuese suficiente para mantenerla ocupada. Y si la niña daba con los tontos… bien, entonces tendría otra opción a su alcance que pillaría a Conejo por sorpresa. En voz alta, Vaz dijo:

—No creo. ¿Tienes alguna otra propuesta?

—Lo evidente, viejo amigo: debes ser flexible, como yo. ¿Quién sabe qué posibilidades irán presentándose? No puedes localizar a Miri Gu, pero qué más da. Eso significa que la chica no está en ningún

punto de los que te interesan, ¿no? —Agitó las orejas inquisitivamente.

Braun —› Mitsuri, Van: ‹ms› Quiero al señor Conejo fuera de esto. Está intentando controlarnos, mientras nos distrae con su insolencia.‹/ ms›

Insolencia que podía ser muy molesta. Conejo se había puesto a comer otra zanahoria. La criatura sonreía enseñando sus grandes incisivos mientras mordisqueaba, como diciendo: «¡No os preocupéis por mí; dedicaos a los mensajes silenciosos todo lo que queráis!»

Mucho más allá de las paredes, Alfred podía oír los ruidos de la maniobra de distracción de Conejo. Los analistas de control nuclear informaban de que Seguridad Interior estaba siguiendo con mucho interés lo que pasaba en la UCSD, pero que por lo demás todo estaba tranquilo. Günberk y Keiko se lo tomaron como una buena noticia. *Pero ¿significa eso que Alice Gong sigue trabajando?* Para Alfred, ésa era la pregunta más importante, mucho más que el encuentro con los dos niños.

En cualquier caso, era hora de echar de allí al conejo inquisitivo. Había que hacerlo sin que Günberk y Keiko sospechasen. Por suerte, Günberk ya estaba trabajando en la dirección conveniente. Braun hizo flotar en la vista una matriz de necesidades y metas en colores distintos dependiendo de su grado de probabilidad, pero era asombrosamente clara: en el caso del disturbio de la biblioteca, los términos relacionados con Conejo relucían de un rojo vivo, había un centenar de tareas que sólo él podía ejecutar si se mantenía la distracción. En el caso de los laboratorios subterráneos, había una docena de elementos dependientes de Conejo, en general relacionados con hacer que los tontos bajasen, guiarlos y sacarlos de la zona de operaciones, todos ellos en verde.

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› Buen apunte, Günberk.‹/ms›

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Vale. Suelta a Conejo, pero con cortesía. Propongo que eches la culpa a tus molestos colegas remotos ‹grin/›. ‹/ms›

Alfred sonrió a Conejo.

—Tienes razón, señor Conejo. Algunos somos muy inflexibles.

—Eh, no pasa nada. —Conejo hizo un gesto magnánimo.

—De hecho, has logrado que aquí abajo las cosas sean tan seguras que mis jefes quieren que te concentres en la operación de la superficie.

—¿Qué haces…? ¡Eh!

Vaz alargó la mano y soltó la línea de fibra óptica del puente.

Por un momento la imagen de Conejo quedó congelada, como un gráfico que hubiese perdido la fuente remota. Claro está, Conejo todavía tenía conexión de Internet hasta allí; la pausa no fue más que

un momento de asombro. Cuando pasó, la criatura se puso en pie de un salto.

—¿Por qué lo has hecho? —Su voz y su expresión facial carecían casi por completo de vida. Aparentemente, Conejo jamás había tenido en cuenta la posibilidad de tener que enfrentarse a sorpresas y vergüenzas *reales*.

El conector de fibra óptica colgaba de la mano de Alfred. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme de voluntad para no sonreírle jactándose. Enchufó la línea a un transceptor que llevaba en el cinturón. Lo que entraba y salía por la fibra pasaría desde aquel momento por su milnet privada.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› ¡Bravo, Alfred!‹/ms›

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› ¡Sé amable! Todavía le necesitamos para el disturbio.‹/ms›

Conejo caminó por el borde del agujero agitando las patas como puños.

—Estás faltando a nuestro acuerdo. —La voz seguía sin inflexión.

Alfred sonrió amablemente y le habló sin el más mínimo rastro de triunfalismo.

—Por favor, señor Conejo, repasa nuestro acuerdo. Los dos nos necesitamos mutuamente para beneficiarnos… y cada uno es experto en su propio campo. El equipo ya está insertado en el laboratorio. Si mantienes el disturbio unos minutos más, tendrás todo lo que te prometimos.

Conejo le miró sin expresión.

—Me necesitas en los laboratorios. Seguro que…

¡No es omnisciente!

—Es posible. Te mantendré informado de la situación. ¿Qué me dices?

Por el rostro de Conejo cruzó una súbita oleada de expresiones: furia, luego una mirada de suficiencia tapada de inmediato como si el operador no hubiese querido que fuese visible y, por último, un suspiro muy exagerado de paciencia extrema. Sí, cómo sufría el pobre Conejo.

—Ah, triunfa la paranoia. Muy bien, me doblegaré a tus deseos… —Lo que hizo con aparatosidad, bailando alrededor del pozo—. Me iré a protegerte de las amenazas de la superficie. —Enseñó brevemente unos dientes muy poco de herbívoros—. Pero espero todos los pagos acordados. Ya conoces mis capacidades.

—Las conozco. Y comprendo que es posible que todavía haya complicaciones. —*E intentos por tu parte de crear complicaciones*—. Alguien de mi personal se pondrá en contacto contigo en la superficie.

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› ¿Keiko?‹/ms›

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› En marcha.‹/ms›

Conejo le dedicó un último saludo frívolo, y de pronto en la pequeña habitación, con sus paredes de plástico y el suelo de cemento, no hubo rastro de Conejo. Alfred desactivó las restantes conexiones a Internet. Ya sólo quedaban el montón de ropa vieja, el carrito, el agujero en el suelo… y la baja humana.

Los ruidos reconfortantes del jaleo siguieron filtrándose desde la biblioteca.

Vaz —› Braun: ‹ms›¿Qué tal los datos del laboratorio?‹/ms› El equipo de inspección llevaba varios minutos transmitiendo. ¿Se creían las mentiras? ¿Podría Günberk renunciar a su preciosa teoría?

Braun —› Vaz: ‹ms› Están completos al setenta por ciento. Tendremos que realizar muchos análisis posteriores, pero a primera vista parece que los laboratorios son inocentes.‹/ms›

¡Sí! Grandioso Scooch-a-mout —› Pequeño Scooch-a-mout: ‹ms› ¡Avanza ahora, amigo mío! ¡Los cabrones Hacek están cediendo! ‹/ms›

Y efectivamente los hacekeanos se retiraban, al menos en la zona situada directamente por delante de Timothy Huynh. Llevó el elevador hasta ese hueco, aplastando a todos los robots araña que se le cruzaron por delante. El frente de batalla se había desplazado hasta casi el sur de la entrada principal de la biblioteca. Allí el enemigo se retiraba.

Los scoochis tenían más personas reales sobre el terreno yeso implicaba más apoyo para los efectos visuales. Pero los hacekeanos tenían a unos doscientos mil individuos remotos, que en el caso de los scoochis virtuales eran la mitad. Al otro lado de la biblioteca, en la colina, junto a la zona de carga, no había espacio para una multitud de humanos reales. Allí, Hacek, la opinión mundial, crecía. Conocimiento Peligroso estaba allí, más espectacular que nunca, orquestando un espectáculo celeste que resonaba sobre el valle. Sus refuerzos descendían cabalgando sobre lanzas de luz.

Tim hacía lo posible por seguir la acción global, aunque en aquellos momentos estaba muy ocupado aplastando todos los robots araña que podía pillar. Esa noche había presenciado maravillas de ambos bandos, cosas con las que su círculo de opinión se podría deleitar durante al menos un año. Y, sin embargo, seguía habiendo margen para una victoria clara. Esa noche, Scooch-a-mout podría trascender lo que había sido un mercado marginal y alcanzar la misma extensión mundial que Hacek, Pratchett y los imperios de Bollywood. Les hacía falta algo asombroso, algo que abriese los cielos entre ellos y los hacekeanos. Hizo avanzar su Mind Sum, su ser de niebla y acero, de un lado a otro del frente, aplastando los robots araña que quedaban. No se le ocurría nada más espectacular. *Maldición.*

Pero ahí fuera había un mundo de scoochis e inteligencia a raudales. Grandioso Scooch-a-mout —› Pequeño Scooch-a-mout: ‹ms›

Libera los controles automáticos de mi elevador.‹/ms›

Huynh lo hizo.

La figura de Grandioso Scooch-a-mout permaneció inmóvil un momento, pero, en la vista de técnico, Huynh veía que células de energía cargaban los condensadores hasta la zona crítica.

Y luego Grandioso Scooch-a-mout corrió como un atleta humano y… por Dios, saltó nueve metros hasta el césped que había junto al camino de la serpiente. Miró hacia el valle y le gritó a Conocimiento Peligroso con una voz simultáneamente virtual y real. Y la real era una mezcla de ruido y dolor.

—¡Oye, pequeño conocimiento molesto! Estamos igualados, ¿no te parece?

Desde el valle, junto a la zona de carga, Conocimiento Peligroso agitó el puño hacia el elevador tambaleante.

—¡Demasiado igualados!

—Pero uno de nosotros debería ganar claramente, ¿no?

—¡Claro! Y seré yo, como sabe todo el mundo. —Conocimiento Peligroso saludó a sus seguidores… ¡millones! Pero Tim veía claramente que en buena parte eran imágenes falsas.

—Quizá. —Grandioso Scooch-a-mollt volvió a dar un salto, en esta ocasión hasta el borde del desnivel situado sobre la zona de carga. La maniobra resultaba impresionante, sobre todo sabiendo que detrás había una máquina real—. Pero ¿de qué va todo este conflicto? —Agitó los brazos, un dios animándolos, y los scoochis gritaron con toda la amplificación disponible.

—¡Queremos nuestro espacio!

—¡Queremos nuestra biblioteca!

—Y sobre todo, ¡queremos libros de verdad!

—¡Sí! —dijo Grandioso Scooch-a-mout—. Todos luchamos por la biblioteca. ¡La biblioteca debería decidir!

Tras esa declaración, todos los efectos de sonido de los scoochis se apagaron. Un silencio de duda recorrió a los scoochis. Huynh miró de un lado a otro, valorando la reacción provocada por Grandioso Scooch-a-mout. Sonaba bien aquello de recurrir a la biblioteca en sí, pero ¿qué *implicaba*?

En el valle se oyeron risas. El enemigo había llegado a la misma conclusión. *Estamos jodidos,* pensó Huynh. Pero luego se dio cuenta de que Conocimiento Peligroso no se reía. La criatura subió la mitad de la cuesta mirando a Grandioso Scooch-a-mout a los ojos. Y el silencio se volvió irreal —en ambos bandos.

De alguna forma, Conocimiento Peligroso sabía a qué se refería Scooch-a-mout.

—Bien —dijo al fin el diosecillo Hacek, y su voz tenía una tonalidad sedosa a pesar de reflejarse en la biblioteca y penetrar

profundamente en la mente de todos los que miraban—. ¿Queréis que la biblioteca misma decida quién se ocupará de ella y morará en sus espacios?

—Y hasta qué punto deben ser reales los libros —dijo Grandioso Scooch-a-mout, con una sonrisa casi amistosa—. Propongo que consultemos a la biblioteca… y que ella elija quién será el ungido.

—¡Ah! —Conocimiento Peligroso también sonreía, pero la sonrisa era una ranura feroz en su cara. La criatura retrocedió, pero crecía a cada paso que daba para seguir manteniendo los ojos al mismo nivel que los de Scooch-a-mout. Habitualmente, un truco visual tan tonto no le hubiese valido ningún respeto, pero el movimiento parecía ajustarse bien a la situación. Además, quien fuese responsable del diseño de la criatura se había reservado una maravillosa armadura fractal precisamente para esa extensión de altura.

Conocimiento Peligroso se volvió para enfrentarse a los millones virtuales que tenía detrás.

—El desafío es justo. Os digo a todos, Seguidores del Conocimiento: uníos a mí en un combate final contra el enemigo. Demostremos a la biblioteca que somos su futuro y sus mejores defensores. ¡Y dejemos que la biblioteca comunique su elección al mundo!

El silencio concluyó tan pronto como los millones encontraron nuevos amplificadores en el campus… o alguien recuperó y reutilizó aquellos de los que el Scooch-a-mout se había apropiado.

La galaxia de participantes —robots y humanos, reales y virtuales — cobró vida en un conflicto renovado. Caballeros y Bibliotecarios arrojaron fuego sobre el bando scoochi. El Mind Sum de Huynh volvía a aplastar y patalear. Volvió a ponerse en movimiento la espiral alrededor de la biblioteca universitaria, y los brazos del frente de batalla se iluminaron todavía más que antes. Pero los gritos iban dirigidos a la propia biblioteca. Y la biblioteca relucía con una luz que parecía provenir de una altura infinita. La luz era puramente virtual, pero se observaba en todas las vistas.

Mientras Huynh aplastaba con la multitud aullante, quedó casi totalmente inmerso en el momento. Casi. Había llegado más lejos y más alto de lo que podía imaginar. Parte del éxito era debido al público, una parte importante del mundo despierto. En parte se debía a la aquiescencia inesperada de GenGen y los administradores de la UCSD y a la asombrosa posibilidad de futuros ingresos que podrían llegar en torrente desde los distintos productores de entretenimiento que acechaban en los alrededores. y nada de eso habría pasado de no ser por el contenido que había aparecido súbitamente al entrar en batalla. Contenido de ambos bandos, contenido simultáneamente artístico y de novedoso diseño y tan físico como podía lograrse con sus

legiones robóticas.

Pero ahora las esperanzas de todos, de hacekeanos y scoochis, eran prisioneras de una quimera. Si la biblioteca no «respondía», o si la respuesta se limitaba a más imágenes, entonces en unos treinta segundos el impulso comenzaría a decaer y gran cantidad de gente, Timothy Huynh incluido, empezaría a sentirse muy tonta. Ése era el destino de muchas multitudes espontáneas, sobre todo de las que al principio parecen tener éxito. Las grandes promesas se ganan grandes apegos, hasta el momento de cumplirlas.

¿Qué tendría en mente Grandioso Scooch-a-mout? Huynh empleó sus vistas de técnico y artista. Miró desde cámaras scoochis, desde los aerobots, incluso desde el mantenimiento de GenGen. Lo mejor que él podía concebir era una sorpresa desvaída, algo para distraerlos de las promesas que no se podían cumplir.

A medida que el frente de batalla se cerraba alrededor de la biblioteca, los ejércitos enfrentados tejían un contrapunto. Los gritos se mezclaron con música. Al cabo de unos momentos, todas las voces locales estaban sincronizadas con el sonido y todos se agitaban siguiendo el ritmo. Era cada vez más alto y Huynh se dio cuenta de que entre los amplificadores había equipo de la policía y los bomberos. Alguien había cometido vandalismo en serio para lograr que fuese más real.

No serviría de nada a menos que obtuviesen resultados definitivos. De hecho, el cántico se sostuvo sólo unos segundos. Luego se apagó y no sucedió nada más, y nadie imaginaba que pudiese pasar nada más. Pero… había otro sonido, una vibración estremecedora que provenía del suelo. Diez años antes, Timothy Huynh había sentido algo similar. El terremoto de Rose Canyon.

Huynh se asustó y dejó caer todas las superposiciones fantásticas. Miró aterrorizado con sus propios ojos desnudos. Luces reales se movían de un lado a otro, parpadeando sobre los rostros de miles de manifestantes reales, haciendo resaltar los cuerpos angulosos de los grandes robots. Había una columna de luz del cielo. La biblioteca quedaba iluminada de vez en cuando, pero era sobre todo una silueta recortada contra la luz que había al otro lado.

El temblor de la tierra aumentó de intensidad. Las paredes y los pisos salientes de la biblioteca se estremecían. La espléndida pirámide doble que había sobrevivido durante décadas, que había sobrevivido al terremoto de Rose Canyon… agitaba sus miles de toneladas de cemento real.

Al ritmo de la música.

Hubo gritos. Mucha gente recordaba Rose Canyon. Pero muchos otros estaban hipnotizados por el espectáculo… y el cántico se reinició, lo repitió la visión de la noche y se extendió por el mundo.

La biblioteca se balanceaba. Unas partes bajaron; otras se alejaron. Más que temblar, bailaba. No era un baile a saltos. El edificio bailaba como un hombre que tuviese los pies firmemente plantados en el suelo. y Huynh se dio cuenta de que no era debido a un terremoto; alguien había tomado el control del sistema de estabilización del edificio. En una ocasión había leído que un edificio con energía podía sobrevivir casi a cualquier terremoto, a menos que se abriese una grieta justo debajo. Pero en aquel caso la energía eléctrica se volvía contra el propio edificio.

El balanceo rítmico se hizo más pronunciado, cuatro metros a la izquierda ya la derecha, y arriba y abajo, con algunas partes del edificio alejándose y otras acercándose. El baile lento y rítmico de los pisos salientes se trasladó a los pilares exteriores. Se oía un sonido que podía ser real o una ingeniosa invención. Podía ser ambas cosas. Era el sonido de montañas arrancadas de raíz.

Los pilares se movieron y la biblioteca… caminó. No era tan espectacular como podían serlo las imágenes falsas, pero Huynh lo veía a simple vista. Con una cadencia entrecortada, primero uno de los cincuenta y dos pilares y luego otros se alzaron claramente del suelo, se desplazaron varios metros hacia Grandioso Scooch-a-mout y descendieron con el estruendo de la piedra penetrando en la piedra. El resto del edificio se movió con ellos, girando sobre la zona de mantenimiento que constituía el eje central de la biblioteca.

Grandioso Scooch-a-mout avanzó y abrazó una esquina del pilar más cercano. La música se volvió triunfal. Todos estallaron en vítores, sorprendidos y todavía un poco asustados.

Hanson —› Turno de noche: ‹ms› ¿Esto es todo un acontecimiento o es todo un acontecimiento?‹/ms›

La biblioteca había escogido.

25
Ya no puedes preguntárselo a Alice

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› ¡Maldición! Seguridad Interior responderá a esto. ¿El señor Conejo se ha vuelto loco?‹/ms›

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Afirma que el «baile de la biblioteca» sólo provocará la intervención del FBI Y que eso nos dará más tiempo. ‹/ms›

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Vale. Tengo un volcado completo proveniente del equipo de inspección. Con ayuda de Dios, contendrá todo lo que nos hace falta para demostrar lo que pasa en esos laboratorios.‹/ms›

Alfred ya estaba recorriendo la lista de tareas de salida. Había engañado a sus amigos, pero… ¿qué pasaba con su ataque a Alice Gong? Si ella seguía funcionando, tal vez no importara lo que él hiciese.

—El FBI pide permiso para ocuparse de la zona del disturbio.

—¿En qué se basan? —Bob Gu habló sin apartar la vista de la biblioteca. Incluso el vídeo sin modificar era asombroso. Era un coloso de cemento del siglo XX, en principio tan estúpido como un coco. Y aun así se había movido sin desmoronarse.

—Nos basamos es una evidente violación de la ley federal, a saber… —Un flujo de referencias legales pasó por la visión de Bob—. El FBI argumenta que a todos los efectos ha sido un ataque contra un edificio federal.

Bob vaciló. Se habían producido actos criminales, cierto, aunque la UCSD no había presentado formalmente ninguna queja. En aquel momento no había ningún servicio de vigilancia que el FBI pudiese ofrecer; simplemente se limitarían a hacer cumplir la ley. La prioridad de la vigilancia, la de Bob, era fisgar-y-abalanzarse. Fisgar, luego abalanzarse. ¿Qué estaría tapando aquel desorden? Echó un vistazo a las estadísticas de los laboratorios biológicos. Todavía verdes. Finalmente respondió:

—Petición denegada. Está en marcha una investigación de Seguridad Interior. Sin embargo, entregad la primera capa de nuestro análisis a Policía y Rescate de San Diego y también a la policía de la UCSD. Estad preparados para dar apoyo a conexiones de emergencia.

—Primera capa a la policía de San Diego y la del campus. Sí, señor. Los ojos de Bob regresaron a la biblioteca. Seguía en pie, pero era una estupidez muy peligrosa.

Su equipo de analistas desde luego lo creía. En los últimos treinta segundos, la estructura de nodos había estado a punto de volverse del

revés. Por el momento, Alice dejaba que los ingenieros dominasen. Las nubes de texto estaban llenas de comentarios ininteligibles sobre cómo sé había logrado el «paseo» de la biblioteca y los peligros que representaba para la gente que había a su alrededor. Los nodos del Cuerpo de Marines estaban profundamente implicados en la discusión, porque su propia gente se había entusiasmado. No era un comportamiento aceptable.

Bob se inclinó hacia delante y habló.

—¡Todos los pelotones! ¡Pasad a alerta de lanzamiento!

Las posibilidades de un lanzamiento real seguían siendo prácticamente nulas, pero eso obligaría a los suyos a meterse en las naves de asalto. Más importante aún, acapararía su atención. Los nodos de los marines se alejaron de las elucubraciones y se pusieron a coordinar la preparación de lanzamiento. Bob miró un momento más al conjunto de analistas distraídos. Alice ya los estaba apartando de la biblioteca. Los ingenieros de estructura ya no eran el centro de la masa. La biblioteca había caminado. Por tanto, ¿qué se estaba tapando? El deber de sus marines era proteger de las grandes sorpresas más temibles. Por ejemplo: ¿los laboratorios biológicos seguían siendo seguros? ¿Qué sucedía en el resto del suroeste del territorio continental de Estados Unidos?

Se volvió y salió corriendo del búnker hacia el estrecho túnel que le llevaba a su propio lanzador. La representación de análisis le siguió, colgando a la derecha. Alice había pillado a otros mil quinientos analistas, más personas dedicadas a las ciencias biológicas y la investigación farmacéutica.

Al final del túnel, el techo se curvaba hacia abajo. La nave de asalto era un vehículo diminuto, con un diseño resultado de un compromiso entre el tiempo de recorrido hasta el blanco y el deseo de hacer que el coordinador local de combate fuese invisible. Desde el túnel de acceso sólo eran visibles la escotilla abierta y parte del fuselaje negro oscuro. Ocupó su puesto, pero no cerró.

¿Qué hace Alice? Vio que el equipo de analistas iba creciendo. Ya era más grande que para la mayoría de las operaciones de ámbito mundial. Pero concentraba toda su atención en los laboratorios biológicos que había alrededor de la UCSD. Cierto, la situación era muy extraña. Aunque la seguridad de los laboratorios estaba en verde, el personal formaba parte del disturbio. Eso de por sí justificaba prestar atención, pero también hacía que la vigilancia de los laboratorios fuese todavía más fácil. *¡Maldición!* Alice estaba quedándose con analistas encargados del seguimiento de cargas por todo el suroeste del territorio continental de Estados Unidos.

Que alguien fisgara a su principal analista era una mancha para cualquiera, pero no había forma de evitarlo. Incluso en combate,

semejante monomanía habría resultado ridícula.

Alice actuó primero, sin embargo. En todas las vistas saltaron las banderas de emergencia. La escotilla de la nave de asalto se cerró y su protección de aceleración se abrochó por sí sola. lanzamiento lanzamiento lanzamiento pasó frente a sus ojos y apareció un reloj que marcaba una cuenta atrás de treinta segundos. Se trataba de una toma de control por parte de la analista, la situación dramática que se produce cuando los analistas deciden que sus propias fuerzas van a sufrir un ataque atómico en el búnker. Todo sucedería a la vez y se resolvería en pleno vuelo.

Pero el equipo de análisis no indicaba tal amenaza.

El blanco del lanzamiento era la UCSD.

La protección de aceleración se inflaba a su alrededor. El reloj estaba en veinticinco segundos. Invocó una vista de la analista jefe.

—¡Alice! Explica la razón para el lanzamiento.

Los ojos de Alice estaban abiertos como platos.

—Es muy simple. Al principio ha sido lento, pero ahora las ideas se han saturado. Éste está sufriendo una integración alarmante. Los senderos neuromoduladores Gat77 han sido subvertidos. La cascada de señales tiene demasiados puntos de control para el análisis MCog, pero la referencia (un puntero a arXiv) demuestra la progresión. —Frunció el ceño y de pronto se puso a gritar—. ¿No lo comprendes? ¡Éste está fallando! ¡Los cambios conformacionales están impidiendo la respuesta adaptativa! Éste…

Diez segundos para el lanzamiento. Las constantes vitales de Alice Gu se salían de las gráficas.

Ocho segundos para el lanzamiento. Bob contraordenó el lanzamiento y relevó a la analista jefe: alto alto alto. La protección de aceleración se relajó a su alrededor. Apenas se dio cuenta. Alice había agachado la cabeza pero seguía hablando, desesperada. La baba le caía sobre la blusa. Y él tampoco se dio cuenta de eso. Ascendió a la segunda al mando, una espía de la CIA que esa noche había estado demasiado pasiva. Pero, claro está, ¿qué podía haber hecho cuando una estrella como Alice se desmoronaba?

La espía hacía lo posible.

—Estaremos preparados dentro de dos minutos, señor.

Mientras tanto, Bob Gu quedó cegado y la guardia no fue más que un grupo reluciente de gente contemplando un millón de fuentes de datos. Una de esas fuentes era médica: Alice habría sufrido un ataque de ESR, el más violento y súbito de su carrera. A pesar de toda su desesperación por comunicarse, estaba atrapada en la biología molecular.

La analista de la CIA volvió a hablar.

—Señor, ¿está bien?

—Yo… estoy bien. —Bob contempló la representación del análisis. La espía había separado la operación del resto de guardias del territorio continental de Estados Unidos. Buscaban respaldos. Grandes fragmentos de la red de Alice no estaban conectados adecuadamente, pero la espía lo iba corrigiendo, forzando conexiones y posibles correlaciones. Quizás estuviese todavía demasiado centrada en la UCSD. Parecía creer que las últimas palabras de Alice indicaban una acción enemiga en la universidad. Vale, después de todo lo sucedido aquella noche, habría que investigarlo—. Estoy bien.

Durante las últimas doce semanas, Conejo había aprendido un montón; había crecido, podía decirse. Esa noche, todo había encajado. En la superficie, el disturbio estaba en su apogeo… mejor que el mejor sexo, de eso Conejo estaba seguro. *¡Soy el brazo de realidad del círculo de opinión scoochi, sí!* También se había llevado sorpresas. El acontecimiento había dado vida, al menos era la primera vez que notaba su presencia, a una criatura que podía ser su igual. Alguien muy creativo controlaba a Conocimiento Peligroso, alguien que esa noche se divertía tanto como el propio Conejo. Así que tenía millones de nuevos afiliados, algunos todo lo capaces que podía ser un humano. Y encima había encontrado a un nuevo amiguito especial.

Su disturbio era muchísimo más elegante que la operación tonta de espionaje que debía proteger. Resultaba divertido que, a pesar de las hojas de zanahoria y todas las demás pistas generosas ofrecidas por Conejo, Alfred y compañía no hubiesen comprendido el origen de sus poderes o lo vastos que eran. Pero algo le decía a Conejo que lo que sucedía en el subsuelo también sería importante a la larga. Alfred jugaba allá abajo a su juego misterioso. Aquél era el momento que Conejo había planeado para descubrir qué pretendía Alfred… eh… y quizá sacar tajada.

Aquél era el momento, pero Conejo estaba desterrado. *Maldito Alfred.* El enlace de fibra estaba justo detrás de la milnet de Alfred. A menos que llamase al Departamento de Seguridad Interior, y destruyera la maravillosa broma que había planificado tan cuidadosamente, Conejo tenía las manos atadas. ¡Je! Pero ¿a qué hablaba la milnet de Alfred? ¡Pues a unos cuantos miles de inteligentísimos analistas indoeuropeos! y no se volvían tan listos ocultándose en agujeros gubernamentales. Cada uno de ellos tenía su propia vida creativa. Conejo saltó de Bruselas a Niza, de Mumbai a Tokio y, naturalmente, escuchó su propio yo interior. Obligado a reflexionar acerca de ello, comprendió cómo usar los trucos que había empleado contra la seguridad americana. Conejo modificó mil afiliaciones y escuchó más de un millón de conversaciones que no tenía intención de repasar conscientemente. Una última pieza de magia EHS y *voila*: ¡Conejo había entrado en la milnet! Descendió a

través del aerobot invisible de Alfred y… una vez más se encontraba en el glorioso centro de control de Vaz en Pilchner Hall. Conejo echó un vistazo a las constantes vitales de Orozco. Seguía vivo. El viejo Alfred no era un monstruo, excepto cuando lo exigían los principios. ¿Qué buscaba? *¿Puedo pillar una parte?*

Conejo entró de puntillas en las conexiones de Alfred con los laboratorios. No había sorpresas. Alfred Vaz estaba dando un buen uso a los dispositivos que los amiguitos de Conejo habían plantado en la zona GenGen, enviando montones de datos a sus colegas en Japón y la UE. Conejo observó en silencio; no haces preguntas cuando intentas ser invisible. Capturó el cifrado en bruto y miró quién hablaba con quién dentro del dominio GenGen de Alfred.

A pesar de todo… no tenía sentido. Los datos exportados no se correspondían con los datos locales observados. y de pronto en la mente de Conejo se encendió una enorme bombilla. ¡Alfred no buscaba nada! ¡Se estaba asegurando que sus amigos de la Alianza no viesen lo que ya había allí! *Alfred, diablillo, ejecutando tu propio programa con equipo americano y guardando el secreto al mundo.* ¿Y qué podía compensar tanto secreto y tanto encubrimiento desesperado? Descubrirlo formaba parte del juego de las adivinanzas… pero Conejo era el gran maestro de las adivinanzas, mejor que cualquier grupo de analistas indoeuropeos, mejor incluso que Alice Gu y todos *sus* analistas.

¡Uy! Algo le decía que Alice tenía muchos problemas. Conejo había sido el mensajero fiel en el misterioso espionaje de Alfred sobre Alice. Eso debía de haber sido la preparación para la caída de Alice. Pero ¿cómo lo había hecho? De pronto, el mundo subterráneo resultaba más intrigante que nunca.

El corazón del imperio de investigación de Alfred estaba en una esquina de la zona de Biología Molecular de la Cognición. Los datos de todos los demás lugares informaban sinceramente sobre investigaciones más que inocentes. Conejo prestó más atención a las mentiras que surgían de la zona MCog. La frase «modelo animal» se filtró por los huecos del cifrado. *Modelo animal, modelo animal*. Normalmente se refería a animales que poseían el equivalente de alguna afección humana… habitualmente una enfermedad que se pretendía curar. Por alguna razón, Conejo sospechaba que Alfred no intentaba curar nada. Y había un buen montón de animales en la zona MCog. Claro estaba que la mayoría eran insectos. Kilos de moscas de la fruta y hasta la última de ellas etiquetada y sondeada. Conejo se sumergió en las bases de datos locales. Daba la impresión de que Alfred trasteaba con TQC, pero no era fácil comprenderlo detalladamente. Conejo no *siempre* era rápido. Para los problemas difíciles, era como los seres inferiores: tenía que dormirse con las

preguntas. Luego, por la mañana, la vieja intuición le entregaba respuestas asombrosas.

En aquel caso, al día siguiente sería demasiado tarde. Tal vez al cabo de cinco minutos ya fuese demasiado tarde. El espectáculo de Alfred casi había concluido y con él acabaría también el acceso a los nodos espía; demonios, los cacharros probablemente se autodestruyeran. Conejo vaciló y prestó atención a su yo interior. Tenía una corazonada. Los servicios de inteligencia modernos existían para evitar el terrorismo. Pero Alfred… con lo que podía estar fabricándose allí sería capaz de ir *más allá* del Gran Terror y penetrar en territorios supuestamente vedados al hombre.

Así que quizá debería limitarme a llamar al DSI. Incluso sin Alice Gu, podrían acabar con Alfred en cinco minutos. Conejo sopesó la posibilidad con la seriedad que merecía… unos dos segundos. Y luego una enorme sonrisa cruzó su concepto de cara.

Conejo estaba repleto de ideas. y había una que le aguijoneaba desde que se había introducido en la milnet de Alfred. *¡Además de poseer un intelecto superior, ahora tengo la ventaja física!* Alfred estaba allí mismo, con muy poca latencia, con una tasa de datos muy alta y más datos concretos. Sin embargo, estaba atrapado en su pequeña habitación y todos sus robots menos uno se encontraban en la superficie. Pero el Conciliábulo de Ancianos seguía en los laboratorios. No estaban en la zona GenGen, cierto, pero seguían estando al final del enlace de fibra. *Y vaya, ¿qué es esto?* La princesa ninja china gordita. Definitivamente no formaba parte del plan original, pero, bendita fuera, allí estaba. Qué niña tan extraña y maravillosa.

De vuelta a la acción. Ya estaba preparando planes de contingencia, documentos de contingencia. *Y si tengo mucho cuidadito y voy en completo silencio, podría deslizarme por la fibra y contarles a Robert, Winnie, Carlos y Tommie las historias convenientes. Y así tendré mis propias manos físicas.*

Tal vez lo que Alfred estaba planeando superase el Gran Terror. *Pero ese mismo poder en mis manos… bueno, ¡podríamos divertirnos como nunca!*

26
Cómo-sobrevivir-a-los-próximos-teinta-minutos.pdf

—¡OS dije que mi plan daría resultado! ¿No os lo dije? —Tommie Parker estaba de pie, hundido hasta las rodillas en los restos de la colección de libros de la biblioteca. El troceado se alzaba detrás de él como nieve sucia, de copos tan grandes como una mano. Habían encontrado el almacén de Bibliotoma al fondo de la caverna de Max Huertas, justo donde Tommie había dicho que estaría. Estaba almacenado en hileras de resistentes contenedores de carga etiquetados como «datos rescatados». Los contenedores no se habían resistido al cortador de Tommie. Había llenado el suelo con el contenido de «A-BX». Buena parte de lo que habían sido los estantes del quinto piso. *Despedazado parece mucho menos*, pensó Robert.

Tommie hizo un gesto hacia los montones de papel rasgado.

—¿Estáis listos para aplicar la cola? Eso interrumpirá los planes de Huertas de raíz. ¿Y dónde está el testigo? Hace rato que no veo a Sharif. —Fue uno a uno, entregándoles latas de pulverizador.

Al fin, pareció notar el silencio de sus colegas.

—En realidad no necesitamos a Sharif, ¿verdad? Es decir, tenemos nuestros propios registros. —Levantó el portátil.

Robert miró a Carlos y a Winston. Winnie cabeceó. Así que ninguno sabía nada del Extraño Misterioso.

—Claro, Tommie —dijo Robert—. Eso es…

—Eso estará bien, profesor Parker —dijo la voz de Sharif desde el portátil de Tommie—. Quizás el profesor Gu quiera hacer de cámara.

Sacaron el portátil del cabestrillo y la voz pidió a Robert que se colocara a un lado. La voz era muy precisa sobre adónde quería que apuntara el portátil, siguiendo el borde del troceado, prácticamente alineado con su camino por el pasillo vacío.

Luego Roben vio letras moviéndose en silencio por su campo de visión. Era mensajería silenciosa… y las letras eran verdes.

Extraño Misterioso —› Robert: ‹ms›¡Hola, amigo mío!‹/ms›

—Yo…

Extraño Misterioso —› Roben: ‹ms›¡Ah, ah, ah! Seamos discretos. No queremos que Alfred sepa que he venido a ayudaros.‹/ms›

¿Alfred?, pensó Robert, pero guardó silencio.

Nadie más pareció notar la llegada del extraño. Tommie volvió a los montones de papel, lanzándolos al aire, rociándolos con el pulverizador.

—¿Lo estás grabando, Roben?

Robert miró la pantalla.

—Sí.

En cualquier otro momento, el efecto de la cola en aerosol de Tommie habría sido un espectáculo de primera. Aventó otro buen montón de troceado y pulverizó una neblina de cola. Allí donde coincidían neblina y papel, los fragmentos se unían entre sí y caían. La mayoría de los fragmentos no llegaban a tocar el suelo, sino que colgaban permanentemente en el aire. Tommie rio y empujó la masa neblinosa. Los papeles se movieron de un lado a otro, como trocitos de fruta en gelatina invisible.

Tommie gritó de alegría.

—Probad. Pero no os rociéis los unos a los otros. —Aventó otro montón y otro más. A su alrededor crecieron arcos de papel y neblina.

Roben se limitó a hacer de cámara.

Extraño Misterioso —› Roben: ‹ms› Mira hacia donde te hace enfocar Alfred la cámara. ¿Ves la luz? ¿Que surge de la oscuridad?‹/ ms›

Había una pequeña zona iluminada. Alguien bajaba los escalones hacia la caverna Huertas.

Era Miri. La chica corrió a toda prisa, gritando:

—¡Robert! ¡Robert!

Tommie y los demás se volvieron a mirar, con la boca abierta.

Miri llegó hasta el troceado. Estaba sin aliento.

Winston la miró de arriba abajo y luego miró a Robert.

—Otra Gu, ¿no?

—Mi nieta.

—¡Creía que habíamos acordado que sería un secreto! —La mirada de Winnie era tan efectiva como un mensaje de alta tecnología: *Tú solito vas a arruinar la operación.*

Pero Tommie era el más asombrado.

—¿Cómo ha podido burlar la seguridad? Debería haber policías por todas partes.

—No, no. —Miri logro hablar entre resuellos—. ¡Hay que *llamar* a la policía!

El portátil también tenía su opinión.

—No prestéis atención a la niña. Recordad para qué estáis aquí. Robert le pasó el portátil a Winnie y se acercó a Miri.

—¿Cómo has dado con nosotros, cariño?

Miri se había abrazado a su cintura.

—Hemos sido Juan y yo, y… —Vaciló, le miró con los ojos muy abiertos. Su aplomo habitual había desaparecido. Lo miraba aterrorizada—. Alguien te está utilizando, Robert. Creo que quizás, ¡quizás hayan matado a Juan!

—No es así. —dijo el portátil—. Eh… —La voz vaciló.

Extraño Misterioso —› Robert: ‹ms› Je. Alfred puso gas Olvídalo en vuestras cajas del cinturón y ahora se pregunta por qué seguís en pie.‹/ms›

—Caballeros —dijo la voz—, les aconsejo que recuerden por qué están *realmente* aquí.

Tommie había salido de los montones de papel. La lata le colgaba, olvidada, entre los dedos. Miró a Carlos, Winston y Robert.

—Sí. ¿Qué se supone que debemos recordar? ¿Por qué estamos *realmente* aquí?

Carlos y Winnie no le miraban a los ojos. Carlos murmuró algo en mandarín.

—Hemos hecho lo que creíamos correcto —dijo Winston.

Sí, cada uno tenía su propia idea de lo que era correcto, pero… ¿Juan asesinado? Miró a Tommie.

—Te engañamos, Tommie. Hay alguien más detrás de todo esto. Tommie regresó al montón. Dio una patada sin ganas a su obra maestra.

—Pero… creía haber recuperado el talento. —Se fijó en Miri y ató cabos. Hundió los hombros—. Vale. He sido un viejo tonto. ¿Quién me maneja, Robert?

—No lo sé.

Extraño Misterioso —› Robert: ‹ms› Podría decírtelo. Quizá lo haga algún día.‹/ms›

Aparentemente, Winnie y Carlos no veían los mensajes silenciosos.

Miri levantó la barbilla.

—Hay que contarlo.

Y el portátil dijo:

—Moverse no es seguro. Quedaos donde estáis.

Extraño Misterioso —› Robert: ‹ms› La verdad es que yo haría la misma recomendación. Pero ahora mismo estoy muy enfadado con Alfred. Haz lo que quieras, amigo mío.‹/ms›

Tommie Parker miró al vacío de la caverna de Huertas. Agitaba la lata de cola casi sin ganas.

—Los dispositivos que plantamos en GenGen, creía que yo los había creado. Yo, el gran genio. Podrían ser cualquier cosa… Bombas, veneno, algún tipo de hardware de control. Pero nos encontramos en el extremo norte del complejo. —Indicó la pared que se alzaba en la oscuridad, más allá de los contenedores de troceado—. Ésa da a Sorrento Valley. Hay una antigua entrada. Podríamos haberla usado, pero basándome en mis datos creí que sería más difícil desactivar las alarmas… ¡Ya no me importa si pasar por ella dispara todas las alarmas!

—Quedaos donde estáis —dijo el portátil—. ¡Estáis rodeados por armas mortales!

Algo pequeño y negro salió de la oscuridad.

—Vi uno en Gilman Drive. —Miri dio un paso hacia el móvil.

El robot se volvió hacia ella. Emitió un chasquido metálico que se parecía mucho al sonido de cargar un arma.

—Miri… —Robert la agarró del brazo, pero Tommie se acercaba por el otro lado y el robot se volvió hacia él.

Parker se detuvo a unos dos metros. Había recuperado parte de su petulancia.

—Apuesto a que no es más que un robot para tener superioridad de red. Gran parte de su carga son mecanismos de comunicaciones y antinodos. En sí mismo no vale nada.

—Los haya cientos por aquí —dijo el portátil—. No nos obliguéis a actuar.

Miri se soltó de Robert.

—No he visto ninguno más —dijo, acercándose al robot.

Extraño Misterioso —› Robert: ‹ms› Sólo hay uno, pero… ‹/ms›

Y a continuación pasaron varias cosas simultáneamente: Robert protegió con su cuerpo a Miri; Tommie avanzó con una postura de espadachín y situó la lata de cola a treinta centímetros del robot; éste dio un salto como una rata atrapada; Tommie gritó y cayó de bruces.

Robert corrió hacia el robot y atrapó… aire duro. La espuma endurecida era apenas visible, pero retenía al robot lejos de su alcance. La rodeó, buscando algún punto más cercano al enemigo. ¡Ahí! Golpeó el caparazón contra el suelo de cemento. Otra vez. No quedaron de él más que pedazos, todavía encajados en la neblina. Se oían sonidos de motores diminutos, luchando por liberarse. A continuación fueron Miri y Carlos los que pisotearon los restos. De la neblina saltaron chispas y Robert sintió un hormigueo que le erizó el vello de los brazos.

El robot no tardó en ser otra cosa que piezas que colgaban inmóviles en bloques de pelusa invisible.

Sólo se oía el jadeo de Tommie. Winnie había colocado al hombrecito de lado. El rostro de Tommie estaba azulado, contraído en un rictus de dolor.

—¿Qué pasa, Tommie? Parker arqueó la espalda.

—El cabrón… ha freído… mi marcapasos.

Carlos estaba de rodillas. Tocó a Tommie en el hombro.

—*Wmen shs le ngè jqìrén.* Hemos matado al robot, doctor Parker.

Tommie gruñó en respuesta mientras seguía retorciéndose.

—Te sacaremos de aquí, Tommie —dijo Blount. Miró a Robert—. Basta de juegos.

Extraño Misterioso —› Robert: ‹ms› Oh, maldita sea. Parker era un

aspirante muy interesante. Vale, os ayudaré a sacarle de aquí. Y si me ayudas después, todavía podré cumplir con mi parte del acuerdo. ¿Qué te parece?‹/ms›

Robert miró más allá de las letras verdosas y asintió en dirección a Winston Blount.

—Basta de juegos.

Tommie seguía tendido. Habló entre espasmos de dolor.

—La tarjeta llave… en el bolsillo.

Extraño Misterioso —› Robert: ‹ms› Je. Mi truco de magia, esa antigua tarjeta llave todavía funciona. Mi regalito sorpresa para Alfred.‹/ms›

La voz del portátil (¿era Alfred?) guardaba silencio.

Carlos miró el portátil colocado en el suelo de cemento.

—Deberíamos romperlo. Es el ojo del enemigo.

Miri se acercó al antiguo ordenador.

—Creo que, si tiramos de la fibra, los malos se irán.

—¡Sí… tira!

Extraño Misterioso —› Roben: ‹ms› Eh, un momentito. ¡De dónde crees que *salgo yo*! ¿Qué más da si Alfred puede seguir fisgando? Me necesitáis. Si me cortáis entonces no tendré más remedio que… ‹/ms›

Miri giró el portátil. Examinó los conectores físicos que le resultaban tan desconocidos, agarró uno con la mano…

Extraño Misterioso —› Robert: ‹ms› Odio a Miri.‹/ms›

… y desconectó la fibra óptica.

Se sonrieron unos a otros como idiotas. Tommie logró reír débilmente.

—Nos hemos… soltado de la correa. —Luchó unos segundos por respirar—. Tenéis que llevarme, chicos… Lo siento. Os… mostraré la salida.

Winnie miró a Tommie.

—Te sacaremos de aquí, Tommie. Te recuperarás. —Levantó a Parker pasándole un brazo por debajo de los hombros y luego intentó agarrarlo por las rodillas. Parker no pesaba mucho, pero Blount se tambaleaba.

Roben avanzó.

—Yo puedo llevarle, Winnie.

Blount le miró furioso, y Robert cerró el pico. A continuación las manos de Winnie fallaron y Tommie estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Le tengo, le tengo!

Miri corrió alrededor de Blount y pasó las manos debajo del brazo izquierdo de Tommie. Winnie no puso objeción; quizá porque ella no había preguntado. Robert agarró las dos piernas y avanzaron a lo largo de la pared. Carlos los seguía, cargado con el cortador y el resto del material que podía serles útil.

No los seguía nada más, nada que pudiesen ver. La cajita tonta que Robert llevaba en la cintura sólo mostraba destellos de mantenimiento en la caverna vacía.

La respiración de Tommie era un resuello ronco. Se retorcía cada pocos pasos.

—A unos cien metros más… —Se estremeció y quedó flácido.

—¿Tommie? —Winston vaciló, haciendo que casi se detuviesen.

—Seguid… seguid. —y al cabo de un momento—. Así que nuestra protesta por Bibliotoma era… un fraude desde el principio, ¿eh? —No lo sé, Tommie. Yo sabía que era una tontería, pero parecía que valía la pena. —Blount miró a Robert—. Pensé que nos conduciría a algo que deseaba de veras.

—Yo también —dijo Carlos con voz apagada—. Al final, Sharif alguien nos atrapó a todos, ¿no?

—A todos menos a Tommie.

Miri escuchaba en silencio la conversación, pero tenía los ojos muy abiertos. Bueno, se había ganado el derecho a escuchar.

Robert dijo:

—¿ Qué te prometió a ti, Winston?

Winnie enseñó los dientes.

—Como que te lo voy a decir a ti. —Vaciló, y el gruñido se convirtió en una sonrisa retorcida—. Pero apuesto a qué sé cuál era tu trato con el diablo. —Viendo que Robert no respondía, Blount sonrió aún más y siguió hablando—. Intentabas ocultarlo, Gu. Durante todos los ratos que pasaste en la biblioteca, ni una vez hiciste uno de tus trucos de antaño. Al principio pensaba que te preparabas para una de tus trampas. Cuando me enteré de lo de Sharif, pensé que quizá *tú* le controlabas a *él*. —Winnie río—. Pero luego comencé a sospechar la verdad. Has perdido tu instinto sádico, tu capacidad para ver en el interior de la gente y descubrir lo que podría dolerle más y luego hacerlo. Lo has perdido, ¿no es cierto, Robert?

Robert agachó la cabeza.

—Sí. —La voz sonó muy baja, sin furia, casi como un suspiro.

—Y apuesto a que tampoco puedes escribir poesía.

—Lo que quiero recuperar es la poesía, Winnie.

—Oh.

Tommie se retorció intentando respirar.

—Callaos… La puerta norte debería estar a… treinta metros.

Caminaron en silencio, buscando desesperadamente alguna señal en la pared desnuda.

Y puesto que Robert miraba, vio algo más. No eran letras verdes, sino el icono parpadeante que indicaba que tenía correo pendiente. Un último mensaje antes de que Miri cortase el enlace de fibra. Casi sin pensar, movió la mano que sostenía la pierna de Tommie y tecleó un

adelante en la caja de la cintura.

Un pdf, por Dios. No veía uno desde sus días de profesor. El Índice flotó en el aire frente a él. El crítico que llevaba dentro no pudo evitar repasarlo. Estaba impecablemente formateado, con una ortografía perfecta (al menos si se ignoraba el contexto). Los puntos eran un batiburrillo desigual de mala gramática. Parecía que una panda de paraalfabetizados lo hubiese redactado a toda prisa.

Pero lo que decía era… importante.

Mientras Estamos Desconectados
o
Cómo Sobrevivir y Prosperar durante los Próximos Treinta Minutos De Tu Amigo, el Extraño Misterioso

Dedicado a;
Los idiotas que cortaron el enlace de fibra. Ahora Alfred no os puede ver, pero a mí también me habéis expulsado. Por tanto, vaya hacer saltar mi invisibilidad y enviar este bolo de bits antes de que Miri tire del conector.

Resumen

[no hay]

Contenido

Introducción…página IV
• Cómo emplear este documento
Capítulo 1. Salvar a Tommie Parker…página 1
• La puerta trasera de Huertas
• La tarjeta llave que no debería funcionar, pero ¡funciona!
Capítulo 2. Vuestros tenebrosos vestibles…página 3
• Realmente no son *made in Paraguay*, desgraciadamente para vosotros
• El gas para olvidar… ah, pero eso ya os lo he contado
• En qué confiar y en qué no confiar de esos cacharros
Capítulo 3. Qué trama Alfred… página 5
• Por qué, *en serio*, no queréis que Alfred tenga éxito
El modelo animal… o el dominio del mundo surge de las pequeñas moscas de la fruta
• Por qué llamar a seguridad no es lo suficientemente rápido

• Si no me crees, ¡muéstrale el archivo a Miri!
Capítulo 4. Qué podéis hacer para ayudar…página 13
• Mapa del territorio Huertas
• Mapa de las matrices MCog en GenGen. Alfred controla ese territorio, en lo que a red se refiere… pero yo también estoy allí
• Cómo regresar a las matrices MCog
• Qué podéis hacer para derrotar a Alfred
• ¡Sed mis manos en esta lucha gloriosa!
Capítulo 5. ¿Qué ganáis vosotros?…página 21
• Promesas hechas y promesas cumplidas
• Con vuestra ayuda, todavía puedo cumplir
Apéndice A…página 23
• Buen material para impresionar al departamento de Seguridad Interior y que podría facilitaros la vida tras vuestro arresto
Apéndice B página 117
• Por qué Scooch-a-mout debería ser señor y mascota de la biblioteca

Robert miró de reojo a Miri. Estaba concentrada en sostener el hombro de Tommie. En aquel momento no pensaba en ninguno de sus intereses idiotas. *Pero necesitamos a esa idiota más que nunca.*

Tommie hizo lo posible por contar los pasos de Winnie. Pero había distracciones. En el pecho de Tommie estaban interpretando un concierto de rock y cada variación del ritmo lanzaba fuego por sus hombros y brazos. No era un verdadero ataque al corazón. Era simplemente el marcapasos, que había caído en el caos. En los últimos años, Tommie no había envidiado demasiado los falsos milagros médicos de los demás. ¿Qué más daba que su sistema vascular se estuviese desmoronando? El marcapasos le mantendría en marcha hasta que llegase la inmortalidad clásica de la ciencia ficción. Pero en aquel momento tenía un buen problema con sus planes de vivir para siempre. *¡Cuenta los pasos, cuenta los pasos!*

Había instantes en los que el dolor remitía y su corazón era una mariposa agitando las alas en su pecho. Durante unos segundos se le aclaraban las ideas y luego se desmayaba… Seguían cargando con él, aunque el paseo era un poco accidentado. El viejo Robert se movía como si tuviese asuntos pendientes con la caja de su cinturón.

—Vale. Alto —susurró. Habría querido gritar, pero no le quedaban fuerzas.

Le oyeron. y enseguida estuvo tendido sobre el frío y duro cemento.

La voz de Winston le llegó de arriba. —Bien, ¿dónde está la

puerta? ¡Ya veo!

El ruido de Winston trasteando con la tarjeta llave. Algo grande se apartó y apareció un muro de luz tenue, quizás el cielo nocturno. Sintió la brisa fría en la cara. El sonido de la autopista era como las olas lejanas. —No hay alarmas —dijo Winston.

—Quizá… sean silenciosas —logró decir. Aquella salida había sido en el plan original una vía de escape de emergencia.

Winston era una sombra recortada contra el cielo. Tecleaba.

—¡Tengo a la policía, Tommie! —Hablaba con alguien a quien Tommie no oía, contándole que un hombre había tenido un ataque al corazón.

—¡Están de camino, Tommie! Quieren tus registros médicos.

El concierto de rock había empezado una nueva canción en su pecho.

—Apuesto a que… el registro médico… está frito. —Se esforzó para apoyarse en los codos. Había cosas más importantes—. ¡Cuéntales lo del laboratorio, Win!

—Se lo he contado. Yo misma he llamado a la policía. —Era la nieta de Robert. Tenía los pies junto a su cabeza. Se alejó, se convirtió en una segunda sombra, junto a Winston. Se volvió de un lado a otro, como hacen los chicos cuando juegan con sus vestibles—. Esto no me gusta —dijo al cabo de un momento.

—Ya has oído a la policía de autopistas, niña. —La voz de Winston era tensa, como si estuviese profundamente preocupado— Envían un coche. No tenemos más que esperar unos momentos.

El marcapasos de Tommie se dirigía al siguiente *crescendo*. Vale, unos segundos más y el dolor remitiría… o se le pararía el corazón.

Oía intermitentemente las palabras de la niña.

—… es una emergencia. Deberían llevárselo por aire. Y la red funciona mal. N puedo llegar hasta mis… amigos, ni siquiera con mensajería silenciosa. Creo que alguien se ha hecho con el control de los nodos locales y…

Tommie se echó de lado y el dolor le impidió escuchar el resto de la frase.

Alguien le sostenía por los hombros. ¿Carlos?

—Todo irá bien, profesor Parker. —La voz se apartó de él—. Yo también tengo problemas de acceso. Pero los mensajes de error tienen sentido. Creo que el disturbio de la biblioteca está consumiendo demasiados recursos.

La niña le preguntó con desdén:

—¿Tantos que ni siquiera puedo enviar un mensaje silencioso?

—¿Qué tal un enlace láser directo a la autopista? —Ése era Robert.

La sombra de la niña repitió el extraño baile.

—No la alcanzo bien desde aquí. —Guardó silencio un momento —. Estamos haciendo lo que los malos quieren. Tomad. Mirad este pdf.

Winston insistió:

—¡Vendrá *un* coche! Si no aparece dentro de cinco minutos, nosotros… nosotros llevaremos a Tommie colina abajo.

El corazón de Tommie se había detenido. No, volvía a estar en modo mariposa. Tendría unos segundos de claridad. Probablemente la niña tuviese razón, pero de ninguna forma lograría bajar esa colina. Los otros debían irse, ver si podían alejarse lo suficiente para disparar alguna alarma de verdad. O quizá debieran volver a los laboratorios y sorprender al enemigo. En el interior de su cuerpo se elevaba la oscuridad. Pronto ya no sería problema suyo. Y sus amigos eran demasiado estúpidos para abandonarle allí. Quizá pudiese liberar a algunos de ellos.

¡Escuchadme! Pero la voz de Tommie apenas superó el suspiro.

—Chicos… tenernos que separarnos. —Y la oscuridad le anegó.

27
El ataque de revocación

Xiu Xiang miró las colinas oscuras.

—Me siento muy inútil, Lena.

—¿*Tú* te sientes inútil? —Lena Gu se rebulló irritada en la silla de ruedas.

El plan consistía en ser la presencia móvil en cualquier lugar donde pudiera aparecer Robert. Esa noche estarían *sobre el terreno* y nadie podría impedírselo. Pero la acción estaba en otra parte. Ni siquiera el transporte cooperaba, porque obedecía las «reglas de situaciones especiales» en todas las zonas cercanas a la UCSD. El coche se movía tan despacio como podían hacerlo ir, pero faltaban sólo treinta segundos para que alcanzara el extremo sur de aquel antiguo pedazo de asfalto, momento en el que, por mucho que protestasen, giraría a la izquierda en el cruce en T alejándose de la colina para llevarlas de vuelta a la autopista. Luego, si ellas lo deseaban, iría al norte hacia la autopista Ted Williams, giraría y volvería de nuevo al mismo punto.

Xiu miró las laderas oscuras. Y no vio nada.

—Tanto como he practicado y no consigo que las lentillas funcionen bien.

Lena dijo:

—La verdad es que no hay mucho que ver. Esas laderas deben de ser el terreno público menos inteligente cercano al campus.

Había algunas luces de verdad. Perfilaban las colinas e iluminaban las nubes bajas; todavía reinaba la locura alrededor de la biblioteca.

Unos minutos antes, Lena había guiado a Xiu por algunas de las vistas. Celebración o disturbio, fuese lo que fuese, las estadísticas de red eran impresionantes. Xiu ya no podía ver nada.

Vale, admito la derrota. Metió la mano en la mochila que tenía junto a los pies. Contenía sus proyectos de taller. Se había dicho que esa noche podrían serle de utilidad. Lo cierto era que no imaginaba de qué modo, pero esos cacharros eran la prueba de que Xiu Xiang todavía podía crear. En la mochila había algo útil, aunque no fuese uno de sus cacharros. Sacó la página visor y disfrutó de la aparatosa comodidad de la interfaz antigua. Recurrir a ella era como haber perdido el favor de los dioses… pero en aquel momento estaba demasiado nerviosa para usar Epifanía.

De pronto Lena dijo:

—¡Tenernos más audio de Juan!

La voz del chico era casi un susurro.

—Seguimos en Pilchner Hall. Estamos esperando a que el abuelo de Miri vuelva del sótano.

La voz de Miri llegó lejana al micrófono.

—No hacen *nada*.

—Déjame hablar con Miri —dijo Lena.

Xiu prestó atención un momento. No podía recibir vídeo y la Epifanía de Miri había sufrido un error 3030. (Xiu lo había consultado; el «3030» era un código genérico para un punto muerto del sistema producido por un conflicto de licencias.) Así que de momento sólo recibían mensajes de voz muy breves de Juan.

—Tengo que irme —susurró Juan, y la sesión terminó.

Lena guardó silencio, limitándose a mirar el ya familiar paisaje oscuro que pasaba.

—Quiero ver a los chicos. Les hace falta un buen interrogatorio… ¿Hay alguna probabilidad de que el enlace fuese falso?

—Juan es un chico cuidadoso. Sería casi imposible falsificar su certificado de Epifanía…

Lena se aclaró la garganta.

—Me parece que eran sus voces, pero hablaban en susurros y no decían mucho aparte de que todo es aburridamente seguro.

Era raro que si los niños necesitaban pasar desapercibidos y usar una tasa de transferencia baja no utilizaran la mensajería silenciosa. A lo mejor alguien creía que podía engañar a un par de ancianas. Más todavía, *teniendo el vestible de Juan, ¡yo podría falsificar sesiones como ésta!*, pensó Xiu. Miró a Lena.

—Quizá deberías llamar a los marines. —Se refería a Bob ya Alice.

—Sí, pero, si se trata de un pequeño contratiempo, ellos no pueden hacer más que tú o que yo. Y si se trata de una verdadera emergencia… bueno, podrían verse obligados a hacer algo terrible. —Lena tarareó nerviosa algunas notas de una melodía—. Y Miri ha dicho que todo iba bien. Verdaderamente bien.

—Quizá deberíamos llamar a la policía.

—¡Ja! Hoy en día no hace falta llamar a la policía; la policía te cae encima. —Lena miraba las laderas con los dedos temblorosos sobre los labios.

Durante los últimos meses, Lena Gu había sido una fuente constante de seguridad. *¿Y si las dos nos acobardamos?,* pensó Xiu. Eso sí que era una idea aterradora. Intentó pensar en algo contundente que decir.

—Tu ex lleva «sin hacer nada» casi media hora. ¿No te parece que es demasiado tiempo?

Lena agachó la cabeza y habló en voz muy baja, casi como para sí

misma.

—Oh, Robert. Estás tramando algo tremendamente estúpido, ¿no es así? —Miró hacia la oscuridad—. Vamos a darle cinco minutos más a Miri. Luego llamaremos al servicio de emergencia.

—Vale.

Recorrieron el valle, tan despacio que podían bajar las ventanillas. Penetró el olor resinoso de la gayuba. A la izquierda tenían la Autopista 5 dirección sur, un torrente oscuro de vehículos rápidos, bordeado por el resplandor de los carriles manuales. A la derecha tenían colinas oscuras, en cuyas cumbres parpadeaba la luz violeta. Xiang invocó una vista local de red, mirando alternativamente la vista y el mundo real.

El pequeño automóvil volvía a acelerar. Una agradable voz masculina les habló.

—Esta zona de autopista funciona mal. Pueden regresar a partir de las diez de mañana.

—¿Qué? ¡Ahora ni siquiera podernos volver en círculo! Tiene que haber alguna forma de anular esto, Xiu.

Xiang negó con la cabeza. Ésa sería la última vez que pasarían por allí esa noche. Xiu había ayudado a diseñar la capa de seguridad de hardware. Resolvía muchos problemas. Convertía Internet en un sistema seguro y productivo. Y ella se había convertido en su víctima… Pensó nuevamente en la bolsa de trucos colocada entre sus pies. Había invertido todo el semestre en construir aquellos dispositivos, sus sueños mecánicos. Quizá…

—¡Xiu! ¡Tráfico! —Lena señalaba la ladera.

Xiu se inclinó y miró por el lado de Lena. Vio dos rayos de luz que se apartaban de ellas.

—Parece un coche en modo manual. —Quizás estuviese en automático, pero sobre una carretera sin mejorar.

—Debe de estar en una vía de servicio. —Lena hizo una pausa yen la página visor de Xiu apareció un mapa con la carretera a la que no habían podido ir, la que llevaba a la vieja entrada trasera de Huertas.

Las luces volvieron hacia ellas para desaparecer tras un saliente. En la página visor de Xiu ni siquiera salía un marcador de navegación para el otro vehículo.

—¿Qué pretenden? —dijo Lena.

Su coche ya casi había llegado al cruce.

—¡Coche! —exclamó Lena—. Gira a la derecha.

—Lo siento. Esa carretera no existe. El único giro legal es a la izquierda.

—¡Gira a la derecha! ¡Gira a la derecha!

—Lo siento. Las llevaré al tráfico seguro en menos de cinco

minutos. Por favor, ¿pueden darme un destino final? —Xiu apostó a que la empresa había decidido por lógica que se trataba de un cliente borracho. Si no se les ocurría nada razonable, el vehículo las llevaría de vuelta a Al Final del Arco Iris.

Lena tomó aliento.

—Estamos tan cerca… Espero. Tengo una respuesta al pingo Es del traje de Thomas Parker. ¡Están ahí! —Luego dijo, en voz mucho más alta—: Eh, coche, quiero hablar con tu supervisor… ¡y me refiero a un ser humano!

—Por supuesto, espere veinte segundos, por favor. —Al cabo de veinte segundos ya habrían pasado el cruce.

Lena Gu pareció hundirse en la silla de ruedas. Sus ojos iban alternativamente de las laderas al cruce que se aproximaba.

—Debemos detenerlos, Xiu. Apuesto a que podrían decirnos qué está pasando.

—¿Te descubrirás? ¿Dejarás que Ya-Sabes-Quién te vea?

—Me quedaré en segundo plano.

Pero la pregunta era retórica. El cruce estaba a cincuenta metros. En unos segundos girarían a la izquierda y el coche se las llevaría lejos ignominiosamente.

O… quizá no. Xiu levantó la mochila para colocarla en el asiento, a su lado. Tomó el tubo curvo y la lata de copos de diamante; había mejorado tanto su primer proyecto de taller que ya no se parecía nada a la bandeja de transporte original. El nuevo modelo estaba diseñado explícitamente para la destrucción; a veces una tenía que llamar la atención de las máquinas. Se arrodilló en el asiento encarado hacia la parte posterior del vehículo y apoyó el extremo del cortador en el salpicadero. Gracias al ejemplo de Robert Gu, se hacía una idea bastante acertada de qué cabía esperar.

—Lena, ¡agáchate!

Lena miró el tubo que Xiu tenía en las manos.

—¡Sí! —Se reía mientras intentaba aplastarse para quitarse de en medio.

Xiu le dio al botón (¡un botón físico de verdad!) y un rugido atravesó la cabina. Su bandeja de transporte, ahora un excelente acelerador, lanzó tres mil motas de diamante por segundo contra el salpicadero. El retroceso no era más que un ligero empujón continuo. Era fácil mantener la puntería. Algunos diamantes rebotaron y se clavaron en el techo, pero la mayoría penetraron directamente en el salpicadero. Movió el extremo del tubo y el agujero se ensanchó. Ya destruía los elementos internos.

El coche frenó poco a poco hasta detenerse, aparcando casi en el cruce.

—Fallo de sistema —dijo—. Activado sistema de emergencia. Por

favor, salgan del vehículo y esperen la ayuda de emergencia.

Todas las puertas se abrieron.

—¡Ja! —dijo Lena—. Tenía la esperanza de que chocásemos y tuviésemos que cortar las puertas. —Pero ya salía del coche.

Xiu se había quedado sin habla.

¿De verdad lo he hecho yo? ¿La timidita X. Xiang?

Lena empujó la silla para ponerse delante del coche. —Tenemos que subir —dijo.

Para Alfred Vaz, varias noticias eran buenas. Había terminado la investigación falsa de los laboratorios GenGen y suministrado a los inteligentes analistas de Günberk pruebas que con el tiempo los desviarían mucho. *Y al fin* Alice Gu se había desmoronado, muy tarde, pero de un modo más espectacular de lo que Alfred había esperado; la gente de Keiko afirmaba que la vigilancia del DSI estaba cegada, en un caos. Dicho caos era un golpe de suerte inesperado para ella y Günberk. Para Alfred, significaba el triunfo completo. Unos minutos más y su programa privado de investigación estaría a salvo no sólo de Günberk y Keiko, sino también de la inevitable investigación norteamericana.

Y entonces las cosas se torcieron.

Miri Gu había encontrado a los tontos. Él había perdido a su único robot en el laboratorio y también la conexión de fibra con los tontos. Y ahora…

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› El señor Conejo ha entrado en nuestra milnet.‹/ms›

Era una afirmación fantástica… y cierta. Durante los últimos diez minutos se habían producido pequeños fallos de comunicación, reintentos de enviar paquetes debido a errores que se sucedían un poco demasiado a menudo. Las estadísticas estaban muy por debajo del nivel para despertar sospechas cuando, en un gesto grandilocuente de típica megalomanía, Conejo había enviado un jumbograma de dos megabytes directamente por la milnet al extremo de la fibra.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Justo antes de que cortasen la fibra por lo visto los tontos locales pretendían escapar. ¿Cuánto tiempo nos queda?‹/ms›

Aparecieron cifras estimadas para «Tiempo para que los tontos puedan llamar a la policía» y «Tiempo para que responda el DSI». Pero la gente de Keiko tuvo una idea.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Por ahora, el DSI está ocupado con otra cosa. Puedo ser todo lo burda que quiera. Puedo engañar a los tontos para que crean que *yo soy* la policía local.‹/ms›

Semejante mascarada implicaría secuestrar una buena parte de la red local. Teniendo en cuenta la naturaleza altamente regulada de las redes del mundo moderno, esa acción era tan sutil corno un asalto de

infantería. El DSI estaba realmente sumido en el caos.

Durante varios minutos no hubo tráfico administrativo. Alfred era consciente de que Keiko se hacía pasar por la patrulla de autopistas de California. Él prestaba atención a varias tareas que no se había atrevido a ejecutar mientras Alice Gong estuviese por allí. Los analistas de Günberk valoraban hasta dónde llegaba el entrometimiento de Conejo. Sus conclusiones venían marcadas con un verde tranquilizador.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› ¿Qué estaría haciendo Conejo?‹/ms› Había formas más fáciles de sabotear la operación. Por lo que podían determinar los analistas de red, Conejo había logrado poco más que sacudir el pomo metafórico de su milnet. Los psicólogos tenían una explicación: Conejo era famoso por su ego infantil. Simplemente no podía dejar pasar la oportunidad de demostrar de lo que era capaz… de ahí el jumbograma. Algo así no se podía considerar realmente como un acto de traición. Después de todo, Conejo seguía haciendo una magnífica labor con el disturbio de la biblioteca.

Algunos analistas proponían teorías más paranoicas. La favorita era que Conejo era China; de ser cierto esa noche sería la perfecta comedia de los Keystone Kops, con todas las Grandes Potencias persiguiéndose mutuamente. Pero también hacían elucubraciones de pesadilla: quizá Conejo hubiese engañado a los analistas de red y a los menos paranoicos. Después de todo, el jumbograma se había enviado justo antes de que se interrumpiese el enlace de fibra. Quizá Conejo fuese un Gran Terrorista que había manipulado a la Alianza para que fueran sus tontos e introducido a los suyos en el laboratorio para convertir rápidamente el establecimiento en una fábrica de muerte. Y quedaba el lanzador UP/Express en la zona de GenGen, que a todos los efectos era un sistema para lanzar cualquier arma.

Alfred suspiró. A la larga, temía a Conejo tanto corno le temían los paranoicos más extremos, pero esa noche… Bueno, si prestaban demasiada atención verían la operación de Alfred acechando en la sombra. Era mejor calmar las cosas.

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› Estoy con los verdes. Sí, Conejo ha superado nuestras estimaciones más pesimistas. Ha entrado en la milnet de la operación, pero tenemos límites estrictos en el ancho de banda y mi gente todavía controla los cambios. No tenéis más que mirar las comprobaciones de consistencia. Aparte de no tener tropas físicas sobre el terreno, nosotros *controlamos* la zona MCog.‹/ms›

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› También tenemos un buen control de la operación en la superficie. No hay ni rastro de nada raro por parte de Conejo. Lo importante‹/rns› ‹wait-on-message-pause/›

En el equipo de analistas había una hemorragia roja que partía del grupo de análisis estadístico en Moscú—Ciudad del Cabo. Eran los

mismos que habían tenido razón sobre la trama del mercado de futuros de soja. Tenían credibilidad… y afirmaban que las vistas del lado none de la zona GenGen habían sido manipuladas. No eran las vistas que Alfred había manipulado. Para bien o para mal, sus colegas habían descubierto otro engaño.

Tenían prioridad los encargados de señales y estadística de todos los equipos de analistas. Un millar de especialistas, que un segundo antes podrían haber estado examinando una docena de problemas diferentes, analizaban de pronto los mismos datos. Una enorme cantidad de tareas monótonas fueron abandonadas para correlacionar datos procedentes de los sensores accesibles de los laboratorios. Era corno si la inteligencia indoeuropea fuese un gato inmenso en alerta, escuchando y observando para atrapar una presa.

Sólo una de las cámaras de la zona estaba desactivada, pero las otras estaban sutilmente mal registradas. Las inconsistencias estaban dispersas por toda la zona que la Alianza controlaba, pero el análisis hacía que la suposición de Moscú—Ciudad del Cabo fuese cada vez más un hecho. Una masa de engaño se movía por la zona Gen Gen a toda prisa.

¡Ahí! Una visión rápida de Miri Gu. Los analistas atacaron esa posición, extrayendo dos conjuntos de pasos del silencio fraudulento. Así que Conejo sí que tenía tropas sobre el terreno.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Maldito conejo. No podemos detenerle. No hace más que volver, volver y *volver*.‹/ms›

Un silencio. Luego:

Braull —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Yo puedo detenerle. Puedo cerrar la Crédit Suisse.‹/ms›

Otra larga pausa. Sí. Günberk había descubierto que Conejo dependía de una única autoridad certificadora de alto nivel. Todo en el mundo moderno, desde pilotar un avión grande hasta mover bytes entre componentes de un mismo procesador, se reducía en el fondo al intercambio de los marcadores de confianza adecuados, como exigía el Entorno de Hardware Seguro. Y muy por encima de las operaciones de Conejo, por medio de miles de millones de caminos diferentes, había una única fuente, la Crédit Suisse AC. Revocar esa autoridad desarmaría a Conejo. Probablemente destruiría el acceso del tipo a sus archivos más personales, dejándole sólo lo que la criatura pudiese almacenar en su cerebro natural (a menos que Conejo fuese realmente una IA, en cuyo caso no quedaría nada). Pero los daños colaterales serían enormes. Cerrar una entidad certificadora de alto nivel era un arma metafórica de destrucción masiva. Y en aquel momento era la única opción que les quedaba.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Hay que detener al señor Conejo… he iniciado el procedimiento. Dentro de quince segundos la Crédit Suisse

comenzará a emitir revocaciones.‹/ms›

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Lo siento, Günberk.‹/ms›

Durante la media hora siguiente el diez por ciento del aparato de confianza de Europa se sumiría en el caos. Las repercusiones sacudirían el mundo. Independientemente del resultado final de la misión, para Günberk Braun era un fracaso que acabaría con su carrera.

A Alfred Vaz le amenazaba otro tipo de fracaso. Acabar con Conejo había sido una de sus mayores esperanzas, pero *¡no en aquel mismo momento!* Alfred regresó a los puntos de vista de GenGen. Ahogar a Conejo había consumido todo el margen de tiempo. *Y me hacía falta ese tiempo para cubrirme.* Estaba limitado a las medidas de emergencia: Alfred puso online a otros dos equipos secretos. Uno emplearía el truco de la mosca de la fruta para distraer a lo que quedase de Conejo. El otro destruiría el laboratorio dentro del laboratorio, destruiría el trabajo de años de Alfred. Pero también enviaría el gran premio del laboratorio a través del lanzador UP/Ex de GenGen.

Para Alfred Vaz, todavía era posible lograr algunos éxitos.

Gu el Mayor y Gu la Más Joven salieron de la caverna de Huertas en dirección sur. Tras ellos, la oscuridad se tragaba la entrada norte y los contenedores de troceado. La luz que viajaba sobre ellos brillaba unos pocos metros en todas direcciones.

—¿Cuánto falta para entrar en territorio enemigo? —preguntó Robert.

Miri se llevó un dedo a los labios. Hizo un gesto y un mensaje silencioso corrió por la visión de Robert.

Miri —› Robert: ‹ms› Tu pdf dice que los malos sólo controlan una pequeña parte de GenGen. Pero apuesto a que pueden oírnos. Ciñámonos a los mensajes silenciosos.‹/ms›

Robert jugueteó con la caja del cinturón. La visualización del teclado ayudaba, pero teclear resultaba tedioso. Sin Epifanía, casi todos los trucos que le había enseñado Juan eran prácticamente inútiles.

Robert —› Miri: ‹ms› Ok.‹/ms›

Miri caminaba en casi absoluto silencio y Robert intentó imitarla. De hecho, sin Winston y los otros, en el territorio de Huertas todo estaba muy silencioso. Quizás estuviesen tan solos como había afirmado el Extraño Misterioso, aislados tanto de los amigos como de los enemigos.

Miri leía mientras caminaban. Aparecieron más mensajes silenciosos.

Miri —› Robert: ‹ms› No sabía nada de «Alfred».‹/ms›

Era curioso que no preguntase por el Extraño Misterioso.

Robert tecleó algunas palabras comprimidas.

Robert —› Miri: ‹ms›¿ Ke pdms hcr?‹/ms›

Miri —› Robert: ‹ms› Bien, tenernos la lista del señor Listillo.‹/ms›

Agitó una mano en el aire y apareció flotando una página del pdf del Extraño.

Página 17

Qué hacer para derrotar a Alfred

Primero, incluso yo, vuestro misterioso amigo, no estoy exactamente seguro de qué trama Alfred (pero me consume la curiosidad). Éstas son algunas posibilidades:

(1) Volar los laboratorios biológicos, el terrorismo clásico de toda la vida. Pero ¿no os parece que se ha tomado muchas molestias si eso era lo único que pretendía? Sería una forma bastante tonta de malgastar nuestros talentos.

Si ésa es la situación, vosotros seréis los héroes de la velada, mis manos para desactivar esas cajitas que instalasteis… pero lo más probable es que vuestra fama sea póstuma. ¡Mis condolencias!

(2) Sabotear algún componente del laboratorio, quizá de una forma que no se hará evidente hasta que se produzcan desastres muy posteriormente. Un plan casi tan estúpido como el (1).

(3) Instalar (o enmascarar) algún diabólico software Intermediario que a Alfred propietario de hecho de la investigación realizada en la zona del laboratorio que tú, Robert, infestaste para él. Sería fantástico y es personalmente mi teoría favorita (ved mi proposición sobre las moscas de la fruta en el capítulo 3). Por desgracia para Alfred, esta broma se ha desmadrado de tal forma que dudo de que sobreviva a las auditorías que, con toda seguridad, le lloverán encima. En ese caso, los dos podéis ayudar pillando lo que Alfred no haya ocultado todavía.

(4) En caso de fallo del plan (3), o quizá sea éste el plan original, Alfred podría aprovecharse de los esfuerzos de vuestro conciliábulo para *enviar fuera* del laboratorio material biológicamente interesante.

[Diagrama del sistema de tubos de transporte neumático]

[Imagen del lanzador UP/Ex de GenGen]

¿Con qué fin? Oh, el habitual de los ataques terroristas… o, lo más probable, puede que se trate de algo extraño e interesante. Me creo capaz de identificar esa actividad. Vosotros, mis leales manos, podréis evitar físicamente la carga y el envío.

De momento, no sabemos mucho. Pero una vez que entréis en la zona Gen Gen alterada yo debería poder recuperar el contacto. Tened cuidado, guardad silencio y ¡buscadme en el cielo!

Las palabras de Miri sobrescribían el texto incluso antes de que Robert hubiese terminado de leerlo.

Miri —› Robert: ‹ms› Este tipo es siempre muy modesto.‹/ms›

Robert sonrió. Luego leyó el mensaje por segunda vez. Y pensó en todas sus conversaciones con Sharif, en el misterio de Sharif Real, Sharif Extraño y… Sharif Ciencia ficción. *Oh, Dios mío*.

Robert —› Miri: ‹ms›¿Cuánto de Sharif eres tú?‹/ms›

Ella le miró de reojo y por un instante su seriedad se transformó en una sonrisa deslumbrante.

Miri —› Robert: ‹ms› No estoy segura. En ocasiones estábamos todos mezclados con el verdadero Zulk Resultaba divertido oír lo que preguntaban los otros y lo que tú respondías. Pero lo más habitual es que yo estuviese congelada y sólo fuese el señor Listillo.‹/ms›

Robert —› Miri: ‹ms› El Extraño Misterioso.‹/ms›

Miri —› Roben: ‹ms› ¿En serio le llamas así? ¿Por qué?‹/ms›

Robert —› Miri: ‹ms› Sí.‹/ms›

Por la magia que me prometió. Pero eso no lo tecleó.

Miri —› Roben: ‹ms› Bien, creo que no es nada sin nosotros.‹/ms›

Más allá del pequeño charco de luz todo seguía oscuro, pero las paredes estaban más cerca. Casi estaban ya en el túnel elevado.

Robert —› Miri: ‹ms› ¿Cúando llegarán pp y mm?‹/ms›

Niños espiando a sus familiares e informando al Gobierno… Aquel aspecto de la tiranía era francamente mucho menos complicado si casi toda la familia estaba formada por agentes gubernamentales.

Miri —› Robert: ‹ms› No lo sé. No les he dicho nada.‹/ms›

¿Dónde está la tiranía cuando hace falta? Por un momento a Robert no se le ocurrió nada que decir.

Robert —› Miri: ‹ms› Pero ¿por qué?‹/ms›

Miri se detuvo un segundo, le miró con su terquedad patentada.

Miri —› Robert: ‹ms› Porque eres mi abuelo. Sabía que no habías tenido intención de hacerme daño. Sabía que sufrías interiormente. Sabía que Bob se equivocaba contigo. Pensé que si podía ayudarte en otras cosas mejorarías. Y has mejorado, ¿no?‹/ms›

Robert logró asentir. Miri se volvió y siguió avanzando.

Miri —› Robert: ‹ms› Pero la he fastidiado. Creía que sólo tenía que preocuparme de Listillo. Allí donde entrases ilegalmente, seguro que las alarmas saltarían al instante… y la presencia de Juan y mía

mejorarían la situación para ti. Ahora Juan está…‹/ms›

Miri vaciló y luego le agarró la mano.

Miri —› Roben: ‹ms› Juan está malherido. ‹/ms›

Le tenía los dedos atrapados. No importaba. Robert no podía responder más que apretándole la mano.

Miri —› Robert: ‹ms› Pero la doctora Xiang anda por ahí fuera. Pedirá ayuda. Y a estas alturas el señor Blount estará hablando con la policía de verdad. Mientras tanto, todo depende de nosotros dos aquí abajo.‹/ms›

Casi cada una de las frases de Miri era una sorpresa, y si hubiese podido hablar o teclear libremente le habría planteado mil preguntas. ¿Juan? ¿Xiu Xiang? ¿Miri? ¿Tantos amigos haciendo lo posible por ayudar a un viejo tonto y a sus compañeros estúpidos?

El suelo respondía elásticamente bajo los pies. Estaban atravesando el túnel elevado hacia territorio GenGen.

28
¿El modelo animal?

Incluso en un día tranquilo se revocaban miles de certificados cada hora. Se trataba de un proceso desagradable, pero una consecuencia necesaria de la detección de fraudes, la ejecución de resoluciones judiciales y la denegación de créditos. Todas excepto un puñado de revocaciones eran cascadas cortas de transacciones denegadas relacionadas con un único individuo y su autoridad certificadora inmediata, o una pequeña empresa y su AC. Quizás una vez al año se producía una cascada importante, habitualmente cuando una gran empresa topaba con deudores inflexibles y una orden judicial se enviaba a una AC de nivel medio. Aún menos habitual era que una revocación formara parte de una intervención militar, como en el caso de la caída de Osetia del Sur. En teoría, los protocolos de revocación servían igual para autoridades certificadoras tremendamente grandes… pero hasta esa noche ninguna autoridad certificadora principal había emitido revocaciones globales. Y la Crédit Suisse era una de las diez autoridades certificadoras más grandes del mundo. Hacía negocios sobre todo en Europa, pero sus certificados tejían redes tremendamente complejas por todo el planeta y afectaban a interacciones de personas que no hablaban ninguna lengua europea.

Esa noche, todos aquellos clientes ignorantes descubrirían sus interconexiones.

La quiebra se extendió dando por caducados los certificados de autoridades certificadoras de nivel intermedio y, si el tiempo era un factor de confianza importante, mediante notificaciones directas. En Europa, los aviones y trenes se detuvieron lentamente, sin provocar ni un solo accidente. Se registraron mil millones de fallos y los servicios de emergencia entraron, con distinto éxito, en acción.

El Departamento de Seguridad Interior notó los fallos y los crecientes daños colaterales. Los equipos de analistas de Estados Unidos se comunicaron con las otras Grandes Potencias y conferenciaron siguiendo los protocolos para emergencias establecidos años antes. Seguridad Pública China, los servicios de inteligencia indoeuropeos, el DSI de Estados Unidos… todos estaban de acuerdo en que se estaba produciendo un desastre de primera categoría, que había un fallo de software realmente *fatal* o un ataque terrorista original.

En ciertos círculos de la inteligencia indoeuropea, la visión de la situación era más precisa. Considerablemente más precisa.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Ya lo he hecho. ¿Ha causado efecto

en Conejo?‹/ms›

Por el momento sólo se producían pequeños fallos en la UCSD con algunos certificados. Bastaba para realizar algunas proyecciones: la multitud no había notado conscientemente el cambio, pero el disturbio de la biblioteca estaba destinado a un final abrupto e ignominioso. Conejo había estado detrás de todo lo que habían visto esa noche, mucho más de lo que habían supuesto los analistas, y el apoyo se iba desmoronando.

Abajo, en los laboratorios, Conejo había sido un intruso casi invisible. No era fácil confirmar la *ausencia* de una intrusión, pero los analistas de Alfred habían llegado a un consenso:

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› Han aumentado los fallos de comunicación, pero no en el núcleo de nuestra operación. Conejo sigue aquí, pero ha perdido flexibilidad.‹/ms›

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› ¿Perdido flexibilidad? Maldita sea, necesitamos más que eso. ¿Qué hay de sus dos agentes? ¿Qué hacen?‹/ms›

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› Han salido de nuestra zona.‹/ms›

No era del todo cierto, pero los Gu y lo que quedaba de Conejo habían sido adecuadamente distraídos. *Ahora sólo necesito algunos minutos.*

Conejo estaba bajo presión. Siempre se decía que actuaba mejor bajo presión… aunque habitualmente la presión no era tan inmediata, ni sus oponentes tan poderosos y con tan poco sentido del humor. Exceptuando a algunos analistas de bajo nivel, Conejo no conocía a nadie en todo el bando indoeuropeo capaz de apreciar una broma.

Conejo miró a través de decenas de cámaras todo lo que Alfred había sobornado en la zona MCog. Sus «manos» habían entrado en la zona unos momentos antes; quizá fuese eso lo que había provocado el pánico de sus enemigos y por eso habían iniciado el ataque de revocación. Prestó una parte pequeña y decreciente de su atención al espléndido disturbio que proseguía alrededor de la biblioteca. Lástima. Alfred y compañía no habían sospechado que tuviera algo que ver con Scoocha-mout, y, sin embargo… ¿Cómo se le iba a ocurrir que detectarían su relación con la AC Crédit Suisse o que la UE tenía tanto poder sobre la autoridad certificadora de un país soberano? O que su propia dependencia era tanta como estaba descubriendo.

Conejo disponía de otras autoridades certificadoras de alto nivel, pero ninguna tan útil como la Crédit Suisse. Le bastarían durante unos minutos más. Cuando no le sirviesen, tenía programas legales presentando apelaciones contra las revocaciones más destructivas.

Mientras tanto, concentrémonos en la diversión: ¿qué intentaba hacer Alfred? ¿Destrucción pura? ¿Robo intelectual? Conejo empezaba a sentir rencor. Había estado dispuesto a conformarse con una puerta

secreta a las operaciones de Alfred. Bueno, pues, ahora tenía intención de quedársela entera. Empezando por las moscas de la fruta.

Conejo se puso en contacto con sus manos.

Robert recordaba esa zona. Volvían a estar en el corazón de GenGen, entre interminables filas de armarios grises, en el bosque de cristal que los conectaba, junto a los tubos neumáticos. Pero más adelante se oía un ruido como de aplastar cajas de cartón.

El pdf del Extraño contenía explicaciones de las abreviaturas de los laterales de los armarios.

Dros MCog.

Robert —› Miri: ‹ms›¿Moscas de la fruta?‹/ms›

Allí había instalado corno un tercio de las cajitas, subiéndose a los armarios y encajándose entre ellos.

Miri —› Robert: ‹ms› Sí. ¿Has leído lo que afirma Listillo? No me lo creo.‹/ms›

—¡Eh, eh, amigo mío! —Allí estaba el Extraño Misterioso, el señor Listillo de Miri. Su piel prácticamente relucía de tan verde, incluso en la oscuridad. Tenía la cara de Sharif, pero la sonrisa era inhumanamente ancha—. Hablad cuanto queráis. Alfred nos ha descubierto hace unos minutos. —El Extraño miró a su alrededor como si esperase un enemigo visible—. Así que ya no me importa si os oye. ¡Ni si me oye a mí! ¿Qué puedes hacer, Alfred? Me estás desconectando, pero apuesto a que duraré un par de minutos más. Oh, supongo que también podrías dar por cerrada tu propia operación. Entonces yo desaparecería al instante. —Observó a Miri y a Robert, y siguió hablando en voz baja—. Si lo hace, es que está realmente desesperado y ya no le servirá absolutamente de nada que todavía tengáis mi pdf. *Todavía* estaréis aquí para acabar con sus planes malvados.

El Extraño Misterioso les indicó que le siguiesen.

—¿Habéis comprendido esta parte de la explicación? —Señaló los armarios— Biología molecular de la cognición. MCog. y la gente de Alfred ha creado el modelo animal ideal para su investigación.

—¿Moscas de la fruta? —dijo Robert.

—No me lo creo —dijo Miri—. Las moscas de la fruta no piensan. ¿Qué podría hacer tu «Alfred», o que podrías hacer tú con ellas?

El Extraño soltó una risita burlona y Robert vio que el rostro de Miri se contraía. Tal vez a ella le fuese mejor con aquel manipulador que a Robert. Al fin y al cabo, Miri no deseaba desesperadamente su ayuda.

—Ah, Miri, lees pero no comprendes. Si ahora mismo tuvieses acceso a la red global, y dispusieses de algunos cientos de horas para investigar, quizá comprendieses que la biología molecular depende más de los datos y el análisis que del tipo concreto de organismo. En

su *Drosophila melanogaster alfredii*, ¿la llamas así, Alfred?, tenemos los senderos metabólicos que constituyen la base de la cognición humana.

Aparte de los comentarios editoriales, eso mismo decía el pdf.

Doblaron una esquina y vieron la fuente del sonido.

— *Voil*. Las trescientas mil moscas de la fruta de Alfred estaban siendo guardadas en cartuchos adecuados para su envío. —A cada momento el cuerpo y el rostro del Extraño se parecían menos al Sharif original—. Pero debo confesar una cosa: sé qué son esos bichos, pero la verdad es que no sé qué tiene planeado Alfred para ellos. Seguramente hay enfermedades maravillosas, ¿enfermedades cognitivas?, que pueden haber salido de esta investigación. O quizá quiera adelantarse a todos los productores de drogas mejoradoras. O quizá se dedique al TQC. Pero no lo sé…

Empaquetaban las moscas de la fruta en una gran mesa de transporte, mucho más grande que cualquiera de las que había en el taller de Ron Williams. Los cilindros de envío rodaban por la mesa, atravesando el cuerpo del Extraño. La criatura se dio cuenta medio segundo demasiado tarde, pero dio un convincente salto para alejarse.

—Lo que sé es que está intentando sacarlas de aquí —concluyó el Extraño.

—Eso afirmas.

—Eh, confía en mí, señorita Miri. Has *conocido* a Alfred. Es el tipo que intentó matar a Juan Orozco. Es un loco malvado. Si no me crees, haz ping en las etiquetas de estos paquetes.

Sí. Etiquetas UP/Ex con destino cifrado. El primero de los cilindros caía de la mesa camino del tubo neumático más cercano.

El Extraño daba saltos cambiando de un pie al otro.

—¡Sólo vosotros podéis salvar a la humanidad! Simplemente, echad los cilindros en la bandeja inferior. ¡No dejéis que Alfred gane!

Por lo visto eso convenció a Miri. Corrió a la mesa, sacó el paquete de la entrada del tubo neumático y se lo lanzó a Robert, que lo atrapó. Lo mismo hizo con el siguiente, y el siguiente, y el siguiente, hasta tener los brazos llenos. Los cilindros blancos eran tan ligeros como la espuma.

La imagen del Extraño se quedó congelada un segundo. La animación regresó abruptamente.

—¡Je! Excelente. —Hizo un gesto más o menos hacia las paredes —. ¿Ves, Alfred? ¡No compensa traicionar a Conejo! —*¿Conejo?* La criatura volvió a mirar más o menos hacia ellos; por Dios, sí que se parecía un poco a un conejo—. Por los pelos, pero ¡he ganado! Quiero decir, hemos salvado a la humanidad. —Se envaró, pero todo su cuerpo estaba ladeado—. Maldito Alfred. Me está cerrando poco a poco. Debería irme haciendo mi mejor imitación de la Malvada Bruja del Oeste. Quiero decir, muriendo.

La criatura se dio la vuelta entre gemidos melodramáticos mientras su cuerpo se disolvía. Vaciló y le dijo despreocupadamente a Robert:

—Oh, no dejéis sin tratar los cilindros. Dejadlos en la bandeja de abajo.

Robert no se movió.

—¡Lo digo en serio! —dijo el Extraño, con la voz teñida de algo que parecía seriedad. Se sacudió… ¿más dramatismo o buscaba una explicación?—. Si los bichos son vectores de una enfermedad, ¡estáis en la zona cero! La bandeja de abajo los enviará al incinerador. Todo estará seguro y en orden.

Miri negó con la cabeza.

—No. Se trata de un camino alternativo al lanzador UP/Ex.

—Mira mi pdf, tonta. El plano.

—He mirado *mi* plano, el que he guardado esta tarde en el caché. —La sonrisa de Miri era triunfal.

Hubo un retraso de dos segundos. Luego la criatura se volvió y miró casi directamente a Miri.

—Te odio, Miri Gu. Bicho malvado. Todo iba perfectamente hasta que te entrometiste. Te pillaré por esto. —Luego gritó—: ¡De momento, vaya pillarte a *ti*, Alfred! ¡Si yo no puedo hacer nada, tú tampoco! Voy a chivarme de ti. Yo soy…

La figura dejó de moverse. Un silencio; luego Robert oyó una única palabra, débil y lejana:

—…ayuda.

Y la criatura se desvaneció. Miri y Robert se miraron. Sólo quedaban ellos dos, y las filas de armarios.

—¿Crees que se ha ido de *verdad*, Miri?

—No… no sé.

Miri —› Robert ‹ms› Pero, si Listillo no nos mentía totalmente, entonces ese *Alfred* sigue por aquí.‹/ms›

Las palabras que pronunció fueron tímidas.

—A lo mejor deberíamos quedarnos aquí y esperar a la policía.

—Vale.

Miri se dejó caer en el suelo. Permaneció en silencio un momento, tanto pública como privadamente. Robert dejó los paquetes y miró hacia la oscuridad. Aparentemente no había más robots enemigos. ¿Qué podría hacer «Alfred» con las moscas de la fruta? ¿Qué podría hacerles a Miri y a Robert?

Miri —› Robert: ‹ms› Algo suena diferente.‹/ms›

Robert la miró inquisitivo. Miri dibujó una flecha dorada en ángulo recto al pasillo por el que habían venido.

Miri —› Robert: ‹ms› He registrado todo cuanto oía mientras os seguía. Hay algo nuevo en funcionamiento, muy probablemente en las

colecciones de ratones. ¿Hicisteis algo por esa zona?‹/ms›

Se puso silenciosamente en pie.

Robert tecleó:

Robert —› Miri: ‹ms› Ahí pusms la mayoría del eqpo.‹/ms›

Miri levantó la barbilla.

Miri —› Robert: ‹ms› Son sonidos como los que oíamos *aquí*. Alguien prepara otro envío.‹/ms›

29
La doctora Xiang toma el mando

Günberk, Keiko y Alfred disponían de sus propios equipos de analistas. Diez segundos antes, esos analistas se habían puesto de acuerdo: como amenaza activa, Conejo había desaparecido, tanto en la superficie como en la milnet. Alrededor de esa opinión flotaban cúmulos contrarios a ella, pero estaban relacionados con la predicción de daños colaterales.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Gracias a Dios, hemos detenido al monstruo.‹/ms›

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Y tenemos los datos de inspección que buscábamos. ¡Es hora de salir pitando!‹/ms›

Mostró una imagen ampliada del árbol de contingencia. Estaban casi al final de una rama que conducía a una pérdida total de la posibilidad de negar la operación. Y, sin embargo, hasta que conociesen con seguridad el resultado de la investigación, necesitaban que los norteamericanos siguiesen ignorándolo todo.

Alfred presentó su más reciente estimación de extracción, con el tiempo ajustado para ocultar sus envíos desde el laboratorio.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms›¡Ocho minutos! ¿Tanto?‹/ms›

Keiko todavía lo tenía todo cubierto en el lado norte del laboratorio y las vistas del disturbio seguían enseñando al equipo de Bollywood en la biblioteca… pero el disturbio se estaba convirtiendo en algarada de las que provocan una respuesta directa de la policía. Volver a integrar a Alfred en el grupo de Bollywood todavía era fácil; pero no tardaría en resultar imposible.

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› Recortaré todos los segundos que pueda, Keiko.‹/ms›

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms›¡Será mejor que lo hagas! Lo máximo que puedo garantizar son cinco minutos.‹/ms›

Alfred sonrió al ver el pánico desatado de Keiko. Ella y Günberk lo darían todo. Y en cierta forma, aquel caos le ayudaba. Engañar a Keiko y Günberk siempre había sido el mayor problema de Alfred. El envío habría sido imposible de no estar aquellos dos tan distraídos con otras cosas.

Pasaron dos minutos. Tres. Su equipo secreto había hecho la mayor parte de las falsificaciones. Habían actualizado los registros para satisfacer tanto a la Alianza corno a futuros investigadores de Estados Unidos. Estaban trabajando con una pequeña parte de la selección de *Mus musculus,* su verdadero modelo animal. Alfred saltaba de un punto de vista a otro, pasando sobre armarios que parecían

bloques de oficinas de una ciudad aburrida y utilitaria. No podía llevarse más que unos cuantos ratones, sólo unos pocos de los concebidos desde la última actualización. Su equipo ya había abortado los experimentos en curso e iniciado la destrucción de las operaciones. Estaban retirando los especímenes seleccionados y preparándolos para el lanzamiento. Otros miembros del equipo ya mandaban cartuchos de envío al puerto neumático de encima del armario. Podía encajar un módulo de veinte por treinta, seiscientos ratones, en cada cartucho.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms›¡Alfred! La red pública está fallando.‹/ms›

Vaz soltó un juramento y miró en análisis de la superficie. Ni siquiera estaban todavía cerca de la hora límite de Keiko.

Braun —› Mitsuri, Vaz: ‹ms› Es un fallo completo del sistema. El señor Conejo nos ha jodido.‹/ms›

Los analistas eran un hervidero de opiniones contrarias. En algún lugar de mundo se producían fallos corno aquél un par de veces al año: era el precio que la civilización pagaba por la complejidad. Pero sospechaban algo más siniestro: que *aquel* fallo era un daño colateral de la revocación. Quizá la magia del disturbio de Conejo dependiese de su control de los sistemas informáticos empotrados en el entorno público. Ahora que sus certificados estaban revocados, una cascada de fallos lo recorría todo a medida que los certificados iban fallando en cadena.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› ¡Alfred! ¡Recoge y sal de ahí!‹/ms›

En un momento estarían preparados los cartuchos dos y tres. Alfred miró el estado del UP/Express. El lanzador estaba cerca de la zona MCog. El control era local, por lo que no le afectaba el fallo exterior. Entró una dirección de Guatemala… y seleccionó un vehículo de lanzamiento que había situado unas semanas antes. Era lo suficientemente invisible como para salir del espacio aéreo de Estados Unidos.

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› Un minuto. ¿Me lo puedes dar?‹/ms›

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Lo intentaré.‹/ms›

Los analistas de la superficie estaban enfrascados en la planificación de contingencias y la estimación de probabilidades. Un millar de pequeños cambios se producían en el paisaje de la UCSD, allí donde la operación indoeuropea tenía influencia. La asistencia de Bollywood duraría más que ninguna.

Alfred se obligó a prestar atención a los laboratorios. El segundo cartucho se estaba cargando. El primero recorría los tubos neumáticos, llevando a los pequeños pasajeros hasta el lanzador.

Alfred se quedó helado. Los Gu habían abandonado la zona de la mosca de la fruta. Había movimiento en otra ventana, cerca de los ratones. Una niña y un hombre corrían hacia la cámara. Las moscas de

la fruta no los habían engañado.

Alfred se inclinó hacia delante. Un minuto. ¿Qué podían hacer en ese tiempo?

La silla de ruedas de Lena no era una máquina para ir por el campo. Funcionaba bastante bien sobre el asfalto, incluso cuesta arriba; Xiu tenía que apretar el paso para no quedar rezagada. Pero si el asfalto estaba lleno de grietas la silla tenía que ir despacio. El avance se frenaba mucho.

—¿Al menos puedes ver la carretera, Lena? —La página visor de Xiu estaba tan oscura como la vista natural.

—No. Creo que alguien ha apagado las laderas. Supongo que es un efecto secundario del disturbio. —Se colocó en el centro de la carretera—. ¡Silencio! Todavía se acercan. —Le hizo un gesto a Xiu para que se acercase—. ¿Cómo podemos detenerlos? De una forma u otra debemos descubrir qué pasa.

—Roben te verá.

—¡Maldita sea! —Lena dudaba, atrapada en un dilema.

—Ponte a un lado de la carretera. La verdad es que yo puedo detenerlos mejor.

Lena refunfuñó, pero se apartó.

Xiu se quedó inmóvil un momento. Se oía el ruido distante de la autopista. Al otro lado de las colinas sonaba lo que podían ser cánticos. Pero cerca sólo se oían los insectos, se tenía la sensación del aire enfriándose en la noche, se veía la estrecha carretera llena de baches. Vio la luz que recorría los salientes.

—Puedo oírlos, Xiu.

Xiu también podía. Escuchó el crujido de las ruedas y el gemido distante de los motores eléctricos. El coche misterioso apareció al fin, saliendo de la última curva, y Xiu se tensó para apartarse de un salto.

Pero en esa carretera los coches no podían acelerar. Los faros la iluminaron lentamente.

—Apártese, apártese. —Las palabras sonaban con fuerza y la página visor se iluminó con advertencias sobre las consecuencias de entorpecer la labor de la policía de carreteras de California.

Xiu se disponía a apartarse cuando pensó; *Pero si quiero hablar con la policía.*

Hizo un gesto para detener el coche. El vehículo redujo todavía más la velocidad, para luego desplazarse e intentar pasar por su izquierda.

—Apártese, apártese.

—¡No! —gritó, y saltó para ponerse frente al coche—. ¡Para!

El coche se movió todavía más despacio.

—Apártese, apártese. —Intentó pasar por el otro lado. Xiu volvió a situarse delante, en esa ocasión blandiendo la mochila como un

arma.

El auto retrocedió un par de metros y se dio la vuelta furtivamente, como si se estuviese preparando para salir disparado. Xiu se preguntó si realmente quería saltar delante de lo que sucedió a continuación.

Con cada latido, el dolor recorría a Tommie. Después de un momento comprendió que era una *buena* noticia. Levantó la cabeza, vio que estaba tendido en el asiento trasero de un coche de pasajeros. En los asientos delanteros iban Winston y Carlos.

—¿Dónde están Robert y la niña?

Winston Blount hizo un gesto con la cabeza.

—Se han quedado allí.

—Nos hemos separado, profesor Parker.

Los recuerdos horribles volvían.

—Oh… sí. ¿Dónde está mi portátil? Debemos llamar a la policía.

—Ya la hemos llamado, Tommie. Todo va bien, esto es un vehículo de la policía de carreteras.

Estaba un poco mareado, pero aquello no tenía sentido.

—La verdad es que no lo parece.

—Lleva todas las insignias, Tommie. —Pero había un poco de incertidumbre en la voz de Winston.

Tommie bajó las piernas del asiento y se sentó. El dolor le aferraba el pecho, recorriéndole también los brazos. Estuvo a punto de volver a desmayarse, y se habría caído hacia delante de no haber sido por Carlos.

—¡Sostenme… sostenme! —Tommie miró al frente. El coche tenía los faros encendidos. De la carretera, empinada y estrecha, sobresalían restos dispersos de asfalto; era una de esas carreteras tan comunes en East County o en tramos cortos de la costa: restos desconectados de asfalto. Redujeron la marcha. Los arbustos pasaban cerca. Y al frente vio a alguien de pie en medio de la carretera. El coche se arrastró a cinco metros de… una joven.

—Apártese, apártese —dijo el coche una y otra vez, intentando pasarle por un lado y luego por el otro.

La mujer saltó de derecha a izquierda, bloqueándoles el paso. Gritaba y agitaba una mochila de buen tamaño.

El coche retrocedió un poco y Tommie oyó el gemido de un capacitor preparándose para una acción drástica. Las ruedas giraron unos grados… y la mujer volvió a saltar delante del vehículo. Su rostro quedó bien iluminado por los faros. Era un bonito rostro asiático… El de la última persona que hubiese esperado ver jugando a «bloquear los tanques en la plaza de Tiananmen».

Los faros se apagaron. El coche dio una sacudida. Luego los frenos se activaron y se encajó en la cuneta. Se oyó una explosión apagada,

que podría haber sido el capacitar quemándose. Las puertas de ambos lados se abrieron y el cuerpo de Tommie se deslizó a medias hacia la fría noche.

—¿Estás bien, profesor Parker? —Era la voz de Carlos, cerca.

—Todavía no estoy muerto. —Oyó pisadas en la carretera. Una luz destelló en una mano pequeña y la mujer dijo en voz alta:

—Son Winston Blount y Carlos Rivera… —luego, añadió en tono coloquial—: y Thomas Parker. Usted probablemente no me conozca, doctor Parker, pero admiro su trabajo.

Tommie no supo qué decir.

—Déjanos pasar —dijo Winston—. Es una emergencia.

Le interrumpió el sonido de ruedas… pero no eran de un coche. Una voz habló desde la oscuridad.

—¿Dónde está Miri? ¿Dónde está Robert?

Carlos dijo:

—Siguen dentro. Intentan detener el… Nos temernos que alguien intenta hacerse con el control de los laboratorios.

Gimieron los motores. Era una silla de ruedas. El cuerpo de su ocupante estaba encorvado, pero hablaba fuerte, con irritación.

—Maldita sea. La seguridad del laboratorio lo impediría.

—Quizá no. —Parecía que Winnie estuviese masticando vidrios rotos—. Creemos que alguien ha… burlado la seguridad. Hemos llamado a la policía. Es en eso en lo que estáis interfiriendo. —Señaló al coche aparcado en la cuneta.

Tommie miró el espacio oscurecido para pasajeros.

—No —dijo—. Es un engaño. Por favor. Llama a la policía.

La silla de ruedas se les acercó.

—¡Lo intento! Pero estamos en una especie de zona muerta. Deberíamos bajar la colina y encontrar algo a lo que aferrarnos.

—*Duì!* —dijo Carlos. Miraba hacia todos lados, como hacen los chicos cuando les fallan las lentillas.

La temible doctora Xiang agitó la linternita, moviendo luz y sombra a su alrededor. Era extraño. La mujer vacilaba continuamente. X. Xiang era una de las grandes Malvadas de la era moderna, al menos una de las personas que habían hecho posibles los regímenes de los Malos. Nadie lo hubiese dicho viéndola. Apagó la luz y permaneció en silencio un momento.

—No creo que estemos en una zona muerta local.

—¡Claro que sí! —dijo Winnie—. Yo visto y no veo más que la vista real. Tenemos que llegar a la autopista o al menos donde podamos verla. y entonces Tommie recordó lo que había dicho la nieta de Gu. Quizás hubiesen tomado todos los nodos locales. Xiang tenía otra hipótesis. —Quiero decir que la zona muerta no es sólo ésta. Escuchad.

—No oigo nada… oh.

Había algunos sonidos débiles, quizá de insectos. Al otro lado de las colinas se oían gritos. Seguramente era la distracción del círculo de opinión. ¿Qué más? El ruido de la autopista era… extraño: no era el palpitar constante de ruedas sobre el asfalto. Sólo se oía un sonido muy débil, un último suspiro. Tommie nunca había oído nada parecido, pero sabía cómo funcionaban las cosas.

—Cierre por fallo —dijo.

—¿Todo? *¿Detenido?* —Carlos estaba aterrorizado.

—¡Sí! —El dolor del pecho de Tommie iba en aumento. *Tranquilo, ¡me gustaría vivir lo suficiente para descubrir qué está pasando!*

La voz de la silla de ruedas dijo:

—Incluso si no podernos llamar, alguien se dará cuenta.

—Quizá no. —Tommie se esforzó por respirar. Si el apagón era extenso y desigual, con la apariencia de un desastre natural… bien, podría estar ocultando algo realmente importante que sucedía bajo tierra.

—Y no podemos hacer nada —dijo Winston.

—Quizá no. —Xiang repetía las palabras de Tommie, pero su voz era pensativa, distante. Iluminó la mochila—. Me lo he pasado muy bien en la clase de taller. Hoy en día se pueden fabricar cosas muy interesantes.

Tommie logró decir:

—Sí. Y todas cumplen la ley.

X. Xiang soltó una risita.

—Hecho que puede volverse en su contra, sobre todo si las partes desconocen la situación del todo.

Muchos de los viejos amigos de Tommie decían lo mismo; sólo solía ser hablar por hablar. Pero lo estaba diciendo X. Xiang.

Sacó un aparato de aspecto tosco. Parecía una lata de café de antaño, abierta por un lado. Sostuvo la lata de café encarada a la página visor. —Muchos dispositivos siguen funcionando, pero no encuentran nodos suficientes para seguir una ruta. Sin embargo, hay una enorme base militar justo al norte de aquí.

Desde la silla de ruedas, Lena intervino:

—El campamento Pendleton está a unos cincuenta kilómetros de distancia en esa dirección. —Quizás había hecho un gesto, pero Tommie no pudo verlo.

Xiang pasó la lata de café por el cielo sin estrellas.

—Esto es una locura —dijo Winston—. ¿Cómo puedes saber que hay nodos en tu línea de visión?

—No lo sé. Vaya lanzar una señal contra la neblina del cielo. Estoy llamando a los marines. —Luego le habló a su página visor.

Bob Gu y sus marines pasaban más tiempo entrenándose que en

combate o de guardia. Los directores de entrenamiento eran famosos por idear emergencias imposibles… para luego superarlas con algo todavía más increíble.

Esa noche, el mundo real era el entrenador más loco.

Alice había pasado a cuidados intensivos. Bob podría haber ido con ella… pero fuera lo que fuese que la había afectado era una acción enemiga, y no sería la última.

La pantalla de análisis había producido nodos nuevos y una docena de asociaciones lejanas: la Crédit Suisse AC acababa de colapsarse, un importante desastre para Europa. Las revocaciones de certificados incluso tendrían consecuencias en California. Bob prestó más atención. El colapso de la Crédit Suisse había sido tan repentino que tenía que tratarse de un ataque sofisticado. *Bien, ¿de qué se suponía que nos distraía?*

La guardia terrestre combinada del DDD/DSI había entrado en acción. La acción de esa noche podría ser algo nuevo, un Gran Terror que recorría simultáneamente Estados Unidos y la Alianza Indoeuropea, aprovechando los huecos creados por las soberanías nacionales. Mirando el análisis, Bob sólo veía los perfiles más claros, pero era evidente que las agencias de inteligencia de Estados Unidos, la Alianza y China colaboraban para cazar la fuente de la amenaza.

En el suroeste del territorio continental de Estados Unidos, su nueva jefa de analistas hacía lo que podía. Su equipo de analistas seguía cojo, pero los chicos hablaban mucho. Las estructuras de conjeturas y conclusiones crecían. La nueva jefa habló.

—Coronel, la tormenta de revocación es muy intensa en la UCSD. La pantalla de tráfico mostraba que la manifestación alrededor de la biblioteca se había detenido por completo. Los nuevos fallos no se debían a la saturación de la ruta troncal. Los participantes perdían la certificación a millares. Millones de programas de soporte habían sido obstaculizados. Aunque sólo fuese por aquel hecho, quedaba demostrado que la masiva implicación extranjera en la fiesta de aquella noche no había sido un espejismo de los analistas. Lo que fuera que hubiese golpeado Europa tenía mucho que ver con lo que sucedía en el campus.

Pero los laboratorios biológicos todavía aparecían en verde. Incluso la participación del turno de noche en la manifestación de la biblioteca había sido para mejor. Quizá la productividad y el rendimiento bajasen durante aquel turno, pero eso no era más que un asunto comercial. Lo cierto era que la salida del personal humano había simplificado la situación del laboratorio. Allí sólo quedaban sistemas automáticos… y todo funcionaba bien.

—El FBI vuelve a solicitar permiso para ocuparse de la situación.

Bob cabeceó, irritado.

—Denegado. Como antes.

Mmm. Cada vez más participantes en el disturbio perdían la certificación. Tres analistas del servicio de mantenimiento del sur de California informaban de fallos de infraestructura en la zona del campus. ¿Por qué iba la infraestructura local a depender de certificados de la Crédit Suisse?

—La correlación de los fallos de sistemas con la tormenta de revocación es del noventa y cinco por ciento, coronel.

No me digas. Incluso si los laboratorios estaban limpios, allí se estaba produciendo una interferencia mortal. Bob tecleó la orden que llevaba sopesando desde hacía varios minutos.

alerta de lanzamiento.

—Que los analistas actualicen la contingencia nueve y que me den un punto de lanzamiento —dijo.

Hubo una pausa mientras la guardia mundial combinada DDD/DSI revisaba su petición. Desde el desmoronamiento de Alice, su guardia estaba siendo vigilada muy de cerca.

Pero cinco segundos después tenía el permiso.

Bob apenas se dio cuenta de que la protección antiaceleración se inflaba. Él sería el último en salir, así que tendría mucho que mirar.

lanzamiento lanzamiento lanzamiento.

—Lanzados los vehículos sin tripulación.

Su visión mostraba treinta cargadores de munición de red disparados hacia el cielo nocturno del sur de California. Los vehículos sin tripular habían salido del lado norte de la base, a veinte kilómetros de distancia. Más al norte, desde MCAS Edwards, armas más primitivas se alzaron al cielo. Un catálogo de posibilidades extremas: lanzas de rescate (500), neblinas de supresión de daños (100), láseres IRAE (10), dardos térmicos/variantes de aislamiento (100)… y las tres últimas, las pesadillas: dispensadores de neblina esterilizadora (10 por 10), munición de área RFAE (20 por 20 por 4), munición nuclear estratégica (10 por 10 por 2). *A los analistas se les paga para que piensen lo peor… pero Dios…* Los laboratorios biológicos eran la única excusa para todo aquello.

Pero lo cierto, al margen de no tener equipo de seguimiento, era que se trataba de una carga razonablemente convencional para una fuerza expedicionaria moderna. Durante la carrera de Bob, en tres ocasiones esos lanzamientos habían acabado en combate real. Pero esos combates se habían producido a medio mundo de distancia, en Almaty, en Ciudad General Ortiz y en Asunción. Las armas más terribles no se habían usado nunca, aunque en Asunción habían estado muy cerca de hacerlo.

Esa noche apuntaba con todo a su propio vecindario, a sólo cincuenta kilómetros al sur del campamento Pendleton. La fuerza total

usada en una zona urbana era corno cazar las ratas de la cocina usando una ametralladora. *Mantén la cabeza gacha, Miri.*

—El FBI vuelve a pedir permiso para tomar el control.

—Denegado. La situación ha empeorado. —De momento, si tenían suerte sólo de momento. Si la policía y los servicios de rescate lograban controlar la situación, entonces todo el material que Bob había lanzado sobre el sur de California sería simplemente parte de un ejercicio caro. Pero el aspecto positivo de entrar en acción era que podía solicitar muchos más recursos: Gu requisó equipos de analistas de todos los turnos nacionales y les mandó los datos que tenían hasta el momento. Las preguntas prioritarias: ¿los laboratorios de San Diego están seguros? ¿Cuál es la predicción para los fallos actuales del sistema?

Mientras tanto, los lanzamientos de Bob habían alcanzado el punto de inflexión de sus trayectorias. Modificó las de las municiones de Edwards para que fuesen más altas y quedaran rezagadas, con respecto al material de Pendleton. Si no se resolvía nada pronto, tendría que encender los motores de los vehículos sin tripular. *¡Necesito respuestas, chicos!*

Pero los analistas seguían muy ocupada conectando miles de millones de puntos, buscando patrones y conspiraciones. Luego, una sola observación lo cambió todo. Una experta en clima que cumplía con sus obligaciones mensuales con la reserva emitió una prioridad muy alta.

—Hace veinte segundos. Veo una señal improvisada en la retrodispersión sobre este punto. —Trazó una elipse sobre el North County de San Diego, cubriendo gran parte del campamento Pendleton. Alguien se estaba montando su propio sistema de comunicación, ¡simplemente iluminando el cielo nocturno! El eje largo de la elipse de dispersión apuntaba a la UCSD. Las palabras del mensaje interceptado pasaron por la vista de Bob.

Xiu Xiang —› A alguien con la inteligencia suficiente para detectarme en la retrodispersión: ‹ms› Los sistemas automáticos de GenGen han sido manipulados. El sistema ataca a cualquiera que se le oponga. Esto no es un juego. No es una broma. ¿Qué? Sí, se lo diré. Todavía hay dos personas en los laboratorios. ¡Son de los buenos! Intentan ayudar.‹/ms›

La analista meteorológica habló.

—El mensaje es un pulso de un segundo, retransmitido doce veces. Lo que ve es la versión reconstruida y depurada.

Estaba más que claro. Los dedos de Bob Gu teclearon en los guantes, lanzando a sus marines.

A continuación la protección de aceleración se tensó y…

… y Bob Gu dejó de prestar atención. Momentáneamente, *no pudo*

prestar atención. Siguiendo el orden de batalla, el comandante de la operación quedaba situado en medio de la contienda. En aquel caso, el lanzamiento sacó su lanzadera de aterrizaje de Pendleton. *Quizás esto no sea una buena idea,* pensó embotado. Pero siempre pensaba lo mismo después de salir disparado por el extremo de un lanzador de 20 g.

Tenía que volver a pensar con claridad. Sus hombres y el equipo iban según lo previsto. Los impensables Últimos Recursos seguían en las alturas, disponibles hasta el final. Las municiones de red ya estaban en la UCSD. Y los laboratorios biológicos *seguían* en verde, seguros y tranquilos.

Su propio dardo de aterrizaje se encontraba a pocos segundos de la UCSD.

Había otro detalle importante, algo que había sucedido en los últimos segundos. ¿Xiu Xiang? Bob logró recordarlo justo cuando los analistas del DSI exponían sus propias ideas: Xiu Xiang. No era un nombre poco común. Pero en todo el sur de California probablemente no hubiese más de tres o cuatro personas con ese nombre. y una vivía en Al Final del Arco Iris con Lena Gu.

De pronto tuvo una idea muy precisa de quién estaba en el punto de mira de todas las armas que comandaba.

30
Cuando las redes paran

La Biblioteca había escogido.

Timothy Huynh y todo el turno de noche guardaron un instante de silencio. La multitud de humanos reales callaba e incluso los millones de virtuales participaban en una quietud coordinada.

La Biblioteca había escogido… y había escogido a los scoochis.

En el bando Hacek se notaba que la derrota se iba extendiendo. Era un verdadero triunfo. ¿Cómo se lo tomarían los hacekeanos? En la segunda década del siglo se habían producido algunas debacles porque los círculos más importantes habían producido arte de muy mala calidad. Tan malo en algunos casos que los propios círculos habían desaparecido. ¿Quién se acordaba de los Tines o de las Zonas de Pensamiento? Pero esa noche los hacekeanos habían perdido a manos de los otros; debían hacer *algo*… incluso un gesto de cortesía.

La quietud silenciosa de la multitud continuó un poco más. Luego Conocimiento Peligroso se apartó de pronto de la biblioteca. Su mirada recorrió a los presentes. Después de todo, representar al perdedor no formaba parte de su papel. Pero quien estuviese detrás de su considerable creatividad era más que adaptable, pasado un momento, Peligroso sonrió cortés y se volvió hacia la biblioteca, diciendo condescendiente:

—Nos inclinamos ante los deseos de la Biblioteca. Has ganado, oh, Scooch-a-mout.

Los gemidos surgieron del bando Hacek, pero Peligroso alzó una mano y siguió hablando.

—Renunciamos a nuestros derechos en este lugar. Estaremos aquí sólo como invitados.

Sheila —› Turno de noche: ‹ms› Los Hacek mantienen conversaciones con la administración de la universidad. Están pidiendo cualquier migaja que puedan lograr.‹/ms›

Y el Grandioso Scooch-a-mout se mostró conciliador en la victoria, aunque no dejó de abrazar la biblioteca.

—Sois bienvenidos como invitados a una biblioteca con libros *de verdad.*

Hanson —› Turno de noche: ‹ms› La administración se resiste a ese acuerdo, pero la publicidad compensará el espacio extra. ¡Hemos ganado, pandilla!‹/ ms›

Durante unos minutos, todo fue genial. Que terminara un disturbio sin un enfrentamiento con la policía o una pelea física era un poco soso, pero los diseñadores del disturbio tenían todavía más

efectos especiales para ponerle la guinda. Katie Rosenbaum reunió a todos los robots araña y luego los envió hacia los robots de Huynh para que ejecutaran una extraña «danza de la paz» que, además, sirvió para limpiar gran parte de la basura de la noche. Tim presenció las negociaciones entre los dos bandos, los intercambios, las promesas. Conocimiento Peligroso se retiró y ambos bandos jugaron con efectos especiales nuevos.

Pero, precisamente cuando las cosas debían ir con más fluidez, había problemas de red. Aquí y allá, el servicio resultaba lento y fluctuante hasta el punto de ser inutilizable. Hacía que todos tuviesen mal aspecto. Scooch-a-mout todavía seguía junto a la biblioteca, abrazado al pilar que había «caminado». Si mantienes una postura heroica tanto tiempo acabas pareciendo un idiota. Huynh comprobó la situación del robot. Hacía casi siete segundos que no se producía una actualización Scoochi. Ésa no era forma de conducir un robot.

Huynh —› Hanson: ‹ms› Eh, Sheila. ¿Quién conduce a Grandioso Scooch-a-mout?‹/ms›

Hanson —› Huynh: ‹ms› Ni idea. Lo ha hecho muy bien, pero ahora ha perdido el norte. Da igual, ya estamos acabando. Simplemente toma el control y llévatelo. No hace falta que tenga un aspecto estupendo.‹/ms›

Luego se puso a mandar mensajes a todo el turno de noche, intentando recoger y llevar a la gente y las cosas a su sitio.

Huynh llevó su elevador hasta el robot de Grandioso Scooch-a-mout. Se colocó detrás e intentó pensar en alguna buena forma de sacarlo de allí. Las neblinas de su robot Mind Sum ya no se ajustaban; quedaban fatal. Bueno. Tomaría el control de Grandioso Scooch-a-mout y haría que los dos robots se saludasen y luego se irían. Quedaría bien, aunque no fuese perfecto.

Quizá no importase. Los problemas de red estaban empeorando *mucho*. Se producían latencias extrañas, incluso quizá particiones reales. Partes de la audiencia virtual se ejecutaban en caché. Los saltos unitarios seguían funcionando en su mayoría, pero para la comunicación enrutada había problemas. Huynh se desplazó un metro a un lado y logró encontrar una buena fuente diagnóstica. Se producían fallos de certificado al más bajo nivel. *Nunca* había visto algo parecido.

Incluso la red de localizadores está fallando.

Como agujeros en una alfombra raída, a su alrededor crecieron los agujeros de realidad normal, comiéndose los efectos y la multitud, dejando al descubierto los ejércitos patéticos de robots de laboratorio. Donde había habido cientos de miles de jugadores había zonas de hierba oscura y humanos reales, de pie y conmocionados.

—¡Tim! ¡Tu elevador! —El grito era un sonido real de Sheila

Hanson, que estaba a muy poca distancia de él.

Huynh volvió a mirar la biblioteca. ¡Había perdido el contacto con el Mind Sum! Corrió hacia el robot. El elevador había seguido avanzando autónomamente un par de pasos. Pero no estaba sobre el suelo plano del laboratorio y la red de localizadores fallaba. El robot había derribado una de las piedras ornamentales que rodeaban la terraza. Desequilibrado, enviaba peticiones de localización en todas direcciones. Pero la red había caído y el elevador tenía problemas. Sus sistemas de a bordo estaban diseñados para compensar las inestabilidades: el modo de fallo consistía en dejarse caer bajando el centro de gravedad y proyectar miembros estabilizadores. Eso habría sido efectivo en el entorno diáfano de los laboratorios. Pero, ahí fuera, su arremetida le llevó al borde norte… y no había red de localizadores para advertirle del desnivel. Los miembros estabilizadores quedaron al aire y el elevador se despeñó por el borde.

Hubo gritos.

Huynh corrió al campo de batalla robótica. Todas las imágenes épicas desaparecieron, pero los robots todavía tenían coordinación local. Se apartaron de su camino. Él apenas se dio cuenta. Sólo prestaba atención al elevador. En aquel momento disponía de contacto directo. Repasó las cámaras del elevador… y se mareó. Había alguien atrapado debajo. Descendió y se arrodilló al lado. La mujer estaba atrapada, gritando. El elevador le había aplastado la pierna hasta la rodilla.

Alguien se le situó al lado. Sheila. Se metió bajo las palas del elevador y agarró la mano de la mujer.

—Te sacaremos de aquí. No te preocupes. Te sacaremos.

—¡Sí! —dijo Tim. Ya tenía todo el control. Entre su propia visión y la de las cámaras veía cómo había caído y dónde estaba atrapada la mujer. *Mantén la calma y todo saldrá bien.* El elevador apoyó el peso sobre rodillas que no tocaban a la mujer. Eran soportes sólidos, ninguna sorpresa. Desde debajo de las palas oía a Sheila consolando a la mujer.

Vale, simplemente desplaza el peso, haz que se siente. Fácil…

Se oían otros gritos y el sonido de gente corriendo.

Smile —› Huynh: ‹ms› ¡Ayúdanos, Tim! ‹/ms›

Huynh miró por una cámara situada al otro lado del elevador: el robot que había sido Grandioso Scoochi-a-mout seguía de pie junto a la biblioteca, pero su centro de gravedad estaba absurdamente alto y alguien había deshabilitado todos los mecanismos de seguridad para hacerle *empujar* el pilar más cercano. Las patas del robot chirriaban contra el cemento de la terraza. Se oía el sonido de motores en modo de emergencia, pero siguiendo un ritmo de apagado y encendido que resultaba hasta musical. El robot parecía un niño intentando mantener

derecha una estantería.

Huynh giró la cámara para mirar mucho más arriba… al saliente del sexto piso, casi directamente por encima de su cabeza. Había huecos en el cemento y puntos donde los pisos se ladeaban y vibraban. Era un edificio con capacidad para autoestabilizarse, incluso para moverse un poco. Pero esa capacidad no disponía de información de localización. Al igual que el elevador de Timothy Huynh, la biblioteca hacía lo posible por seguir en pie… y, en su enorme escala, estaba cayendo.

31
Bob estudia un ataque nuclear masivo

Bob voló sobre el campus de la UCSD. Su dardo de aterrizaje iba tan despacio y tan en silencio como las municiones de red que llovían del cielo. Se trataba de un asalto clásico de superioridad de red, sin ninguna defensa significativa. Había muchas cosas que hacer y sólo segundos para hacerlas, pero durante esos momentos disfrutó de un paradójico sentido de la seguridad. Había muy pocos lugares en el mundo moderno donde un humano pudiese sentirse tan autosuficiente, aunque fuese temporalmente, como al mando de un asalto como ése. El grupo de Bob disponía de su propia red, de sus propias fuentes energéticas, de sus propios sensores. Aunque desaparecieran los analistas remotos, sus marines seguirían pudiendo actuar.

Por el momento, miles de nodos de asalto anidaban en árboles y arbustos, se fijaban a vehículos y se empotraban en los edificios. Incluso antes de aterrizar ya habían declarado su primacía sobre todo el hardware civil que todavía seguía en funcionamiento. La toma de control era casi completa. Bob ya tenía acceso a casi todos los controladores integrados de la zona. En combate, a menudo esos sistemas locales eran irrecuperables. Allí hubo unos cuantos segundos de intenso interrogatorio, la autoridad del DSI se validó y él tuvo el control. Los coches y los vestibles, los sistemas médicos, los puntos de vista y sistemas financieros y policiales respondían todos. La policía y los servicios de rescate se reconectaban a través de la red de combate. Ya podía oír sus voces retomando las operaciones. Con un poco de suerte, no se perderían vidas y todo quedaría en un muy extraño y calamitoso apagón de red. Dejarían la red de combate en el lugar, igual que en una operación en el extranjero. A lo largo de los días siguientes la irían reemplazando… no por medio de órdenes administrativas sino por reafirmación gradual del sistema civil.

Nada de eso importaba en realidad.

—Los laboratorios. ¿Han respondido?

—Sí, señor. —Fue la respuesta de Patrick Westin. Estaba sobre el terreno con el primer pelotón, cerca de la entrada principal de GenGen—. Tenemos acceso a la seguridad secundaria de los laboratorios. Está de acuerdo con la principal en afirmar que el subsuelo está protegido, que no hay rastro de alterac…

Alarma civil: *Fallo de edificio.* Las letras pasaron por un borde de la visión de Bob. La biblioteca de la universidad caía. Durante el combate pasan muchas cosas negativas, pero esa noche la causa

parecía ser la estupidez combinaba con la mala suerte. Primero los manifestantes haciendo que la biblioteca «bailase», luego el apagón de red que había destruido la inteligencia del edificio. Independientemente de la razón, la gente acabaría muerta igual.

Bob comunicó el problema a su pelotón de reserva, que estaba a cuatrocientos metros de altura y descendiendo con hardware variado… incluidas las lanzas de rescate. Fue vagamente consciente de los contenedores de lancetas abriendo sus aletas, girando para apuntar hacia la biblioteca. Se produjo el destello de cien cohetes diminutos y otros tantos nodos se empotraron en el cemento y el acero del viejo edificio. Dentro, la acción sería más rápida que la capacidad de percepción humana. Las flechas se autoguiarían entre las paredes, haciendo lo posible por minimizar los daños a instalaciones antiguas. Una vez situadas, anularían los códigos de control del sistema muerto del edificio e intentarían contactar con los servomecanismos de estabilización. Oleadas de computación y recomputación parpadearon en el indicador de situación del pelotón. El éxito dependía de lo que hubiese sobrevivido y de a qué velocidad podía acoplarse a la red de localizadores de los marines.

Pero el rescate no era la misión. Se concentró en Patrick Westin…

—Comprendido —dijo Gu—. Déjaselo claro a los sistemas automáticos y de administración: deben retirarse y sellar los laboratorios. No entra ni sale nada.

—Advertencia y embargo. Sí, señor.

Quizá el mensaje Xiang no fuese más que un fraude desagradable. Quizás, sí. Le asignó otro pelotón a Westin y pidió apoyo policial. En unos treinta minutos llegarían desde Denver los inspectores del Centro de Control de Enfermedades y luego podría plantearse entrar en los laboratorios.

Bob se deslizó en un arco silencioso alrededor del lateral sur del campus. Era hora de aterrizar junto con el tercer pelotón. ¿Dónde?

Si se trataba de una acción enemiga, habría Cabecillas Locales en su bando. Pidió una lista de sospechosos. Se encontró con la población habitual de estudiantes extranjeros. Al final de la noche interrogarían a los más interesantes. Las festividades de la biblioteca habían sido una sorpresa casi total para la prensa… por tanto, ¿por qué daba la casualidad de que había un contingente de Bollywood en la ciudad y en este punto? Claro está, la Alianza Indoeuropea no intentaría nada realmente destructivo. Pero el colapso de la certificación europea parecía encontrarse en el centro de la destrucción aquí en San Diego. Los analistas y la intuición de Bob situaban al equipo de Bollywood en lo alto de la lista de interés.

Él clavó su dardo en un claro entre los eucaliptos, y pisó una cama de ramas y hojas muertas. El tercer pelotón cayó a intervalos de

veinte metros al este y el oeste de su posición. Hubo gritos y luces de lo alto en dirección a la biblioteca. El edificio seguía desviado, pero los servos de estabilidad se habían activado y —si no fallaba nada más debía mantenerse en pie. Los vehículos policiales habían recuperado la vida; los altavoces directos emitían anuncios de tranquilidad. Si las cosas salían bien, era incluso posible que pudiesen ocultar el hecho de que se hubiese producido una intervención militar. Las fuerzas de seguridad pública podrían darse palmaditas en la espalda por haber superado uno de esos poco habituales pero inevitables fallos del sistema… Justo delante tenía al grupo de gente de juegos y películas de Bollywood. Ya habían recibido una notificación de alto. Ninguno de ellos intentaba irse. *Sólo unas palabras con ustedes, damas y caballeros, es todo lo que queremos.*

GenGen decía que los laboratorios estaban totalmente sellados, listos para las autoridades adecuadas… ¿cuándo? ¡Ja! Los inspectores del Centro de Control de Enfermedades iban adelantados; de algún sitio habían sacado un transporte superbalístico. Llegarían al cabo de diez minutos. Bob tenía el apoyo de los superiores de la cadena de mando. Y también de abajo. Algunos grupos muy grandes y muy competentes recalculaban las probabilidades de que los laboratorios hubiesen sido convertidos en factorías de la muerte. Estaba de acuerdo en que la probabilidad era inferior al uno por ciento… es decir, ciencia ficción.

Ahora su equipo de analistas era más numeroso que cualquiera que Bob Gu hubiese visto, quizás agrupaba un quince por ciento de la potencia de análisis de toda la comunidad de inteligencia de Estados Unidos. Todo ese apoyo debería haberle dado ánimos, pero seguía habiendo puntos en los que la conectividad era más bien escasa. Quizá fuese así como fluían las asociaciones cuando la crisis era totalmente grotesca.

Otros también lo consideraron extraño. Veía montones de colores paranoicos. Finalmente, alguien manifestó su desesperación.

‹point-of-order› Tengo una comprobación de integridad. Hemos perdido la comunicación con un cinco por ciento de nuestros analistas de riesgo originales desde que se inició el ataque de revocación. Tal cosa debería ser imposible.‹/point-of-order›

Todos los analistas pertenecían a la comunidad de inteligencia de Estados Unidos. Si los certificados de la Crédit Suisse eran necesarios para que cualquiera de esos participantes mantuviese su conectividad, entonces como mínimo había un fallo de diseño… y quizás el enemigo hubiese formado parte del propio equipo de apoyo de Bob.

De inmediato llegó un argumento en contra.

‹point-of-order› Estás confundiendo pérdida de conectividad con pérdida de fiabilidad.‹/point-of-order›

A continuación, partes del conjunto de analistas se enzarzaron en el debate. Era el típico punto muerto que sólo alguien capaz de ejecutar milagros podía desenredar… *y Alice está en la cama de un hospital.*

En la parte inferior de su visión apareció otra alarma. Su red de combate ya estaba repartida por todo el campus y hacía algo más que ocuparse de las comunicaciones. En conjunto, era una fisgona de dos mil metros de anchura y decía: *El lanzador UP/Ex de GenGen acaba de iniciarse*. Un contador mostraba que faltaban sesenta segundos para que la carga abandonase el laboratorio.

Incluso mientras los marines detectaban la carga del lanzador, la propia red de GenGen seguía garantizando al mundo que los laboratorios estaban completamente sellados.

Algo intentaba escapar de GenGen.

Esto se parece demasiado a lo de Asunción.

Bob echó una hojeada a las armas nucleares. Dispensadores de neblina mortal, RFAE e IRAE que descendían flotando desde 10.000 metros de altura. A los periodistas, las armas les parecerían aerobots comunes… pero al teniente coronel Robert Gu Jr. le darían la capacidad física de aniquilar *cualquier* amenaza en aquel lugar de Estados Unidos.

Por tanto, ¿cuál era la Respuesta Mínima Suficiente?

Treinta segundos hasta el lanzamiento de UP/Ex. En el mundo de los analistas seguía reinando el caos.

Se había perdido el contacto seguro con DDD/DSI.

A veces las decisiones recaían en el pobre diablo que estaba sobre el terreno.

32
La respuesta mínima suficiente

Mus MCog.

El pdf del Extraño decía que «Mus» era por *Mus musculus*. ¡Ratones! Las matrices de ratones se extendían adentrándose en la oscuridad. En cualquier caso, aquel lugar parecía todavía más grande que la primera vez que Robert lo había visto. Por tanto, ¿adónde ir?

Miri sólo vaciló un segundo antes de correr hacia el ruido más fuerte. Recorrieron dos pasillos y entraron en otro. ¡Sí! Había un armario abierto. Los sistemas neumáticos enviaban cilindros blancos al bosque de cristal que tenían encima.

Miri se detuvo de golpe delante de las puertas abiertas. Dentro del armario había estantes de vidrio; era como una especie de expendedor de comida de antaño. Tras el vidrio había un panal plateado, cientos de celdillas hexagonales. Desde el armario los miraban cientos de diminutos rostros. Rostros diminutos de ojos rosados y cabecita blanca. Sus chillidos agudos se oían a través del vidrio.

—No se pueden mover, apenas caben —dijo Miri—. Deben de tener la parte posterior conectada a pequeños… —Hizo una pausa, quizá buscando datos en su caché local—. A pequeños pañales de absorción. —Para tratarse de una niña sin ningún interés por las mascotas, su voz traicionó una tristeza extraña—. En realidad, es lo habitual.

Miri apartó la mirada de las caritas chillonas.

—Cada uno de esos armarios contiene celdillas de ratones dispuestas en módulos de veinte por treinta por diez. Así que hay más detrás del que estamos mirando. ¿Oyes ese ruido? Los amigos de Listillo están preparando algunos para su envío.

—Pero ¿adónde? —Ningún módulo de ratones se movía.

—Eso ha sido allí detrás…

Se había oído un sonido parecido al de una copa al romperse. Una neblina de color salió flotando del bosque de cristal. Apenas le mojó la cara. Pero Miri estaba de pie justo al lado del armario. Robert la agarró y la apartó. Sobre ellos, el resto de la ampolla se hizo trizas. Olía un poco a calcetines sucios. Robert obligó a Miri a retroceder más, pisando cristales rotos.

—Miri, eso podría ser gas nervioso.

Miri guardó silencio un segundo y luego habló con confianza.

—Intentan asustarnos. Esta zona del laboratorio no está diseñada para venenos simples. —Pero Robert recordó los cartuchos de envío que llegaban allí. *Nos han engañado para que nos detuviésemos delante*

de este armario.

Miri salió de detrás de Robert y corrió alrededor del armario.

—¡Ja! Aquí detrás *hay* una bandeja de transporte. —Cuando Robert llegó, Miri ya estaba cubriendo la bandeja con la cola en aerosol. Los pequeños motores gimieron incapaces de salir del armario. Miri tocó el borde casi invisible del gel. Al cabo de un momento, el estruendo del interior del armario se detuvo—. ¡De ahí no va a salir nada más!

Se quedaron quietos, prestando atención… El sonido familiar de la preparación de carga venía de toda la caverna.

—¿Cuántos módulos de ratones hay, Miri?

—Había ochocientos diecisiete cuando guardé la descripción del laboratorio. —Le miró—. Pero es imposible que los amigos de Listillo estuviesen usando más que unos cuantos. Aquí abajo hay demasiada seguridad y demasiados proyectos. —El ruido del empaquetado aumentó. Decenas de armarios jugaban a «ven a pararme». Miri retrocedió para tener una perspectiva mejor. El laboratorio era una ciudad en miniatura, con calles dispuestas en una rejilla rectangular que se adentraba en la oscuridad más allá de la única lámpara que los iluminaba—. Tengo un buen mapa, pero… ¿qué podemos hacer, Robert?

Robert consultó el plano de Miri.

—Pasé por aquí con Tommie. Colocamos aparatos junto a armarios concretos.

—¡Sí! ¿Cuáles?

Robert volvió a mirar el plano que flotaba, frente a su cara. Era un laberinto y el conciliábulo había llegado allí procedente de otra dirección.

—Yo, eh… —En 2010, Robert se había perdido en al aparcamiento de un centro comercial. Al cabo de una hora seguía sin haber encontrado el coche; al final había tenido que acudir al servicio de seguridad del centro comercial. Había sido el primer encuentro incuestionable con el declive mental. *Pero ¡mi nuevo yo no debería tener problemas para recordar!*

—El más cercano está a dos filas en esa dirección, luego a la derecha.

Corrieron por dos pasillos, luego a la derecha. Casi todos los armarios tenían las puertas abiertas y las bandejas de transporte preparando las cargas. Miri indicó los tubos neumáticos que se dividían sobre los armarios.

—Pero, mira, de aquí no sale nada. ¿Cuál es el siguiente?

Y volvieron a correr hacia la mejor suposición de Robert.

Por delante, algo se alzaba hasta el techo. El lanzador de GenGen. Miri se detuvo en seco y agitó la lata.

—¿Cuál, Robert? —Aquí todos los armarios son sospechosos.

—Dos filas más adelante, luego cinco armarios más al fondo.

—Pero creía que habías dicho… no importa —Miri recorrió dos filas más.

Roben la siguió. Ella le miró.

—Yo… no estoy seguro. —Miró sobre los armarios, intentando orientarse con respecto al lanzador, forzar la memoria.

Miri vaciló y luego le tocó el brazo.

—No te preocupes, Robert. A veces es imposible recordar algo. Pero mejorarás.

—Espera —dijo—. Estoy seguro de que éste es uno.

El tubo neumático que había detrás del armario más cercano acababa de recibir un cartucho de envío. Las cajas de ratones subían a bordo.

—Por tanto, eso significa… —La mano de Miri le soltó el brazo. Miró a su alrededor y luego a Roben—. ¿Dónde estamos?

Quizá no fuese gas nervioso. Quizá fuese algo peor. *Y Miri había recibido la mayor dosis.* Encima del armario, la entrada del tubo ya se había cerrado. Se oyó un golpe amortiguado y el cartucho salió disparado.

Otro cartucho ocupó su lugar. Salió otro grupo de ratones. No podía alcanzarlo. *Pero sigo comprendiendo lo que hay que hacer.* Robert miró a su nieta e hizo lo posible por sonreír y mentir.

—Oh, estamos de visita, Miri. ¿Te gustaría subirte al armario? Ella ni le miró.

—No soy una niña pequeña, Robert. No me subo a las cosas de los demás.

Robert asintió e intentó no perder la sonrisa.

—Pero, Miri, esto… no es más que un juego. Y… y, si podemos detener el objeto blanco con tu pistola de juguete, ganamos. Quieres ganar, ¿no?

Lo que provocó una sonrisa rebosante de inteligencia pizpireta.

—Claro que sí. Deberías haberme dicho que era un juego. Eh. Parece un laboratorio biológico. ¡Estupendo! —Miró el punto por donde el transporte introducía las cajas de ratones—. ¿Qué quieres que haga?

Una vez que suba lo volverá a olvidar todo.

—Te lo diré cuando subas. —La sujetó por debajo de los brazos— ¡Arriba! Agárrate al borde y te empujo.

Miri rio, pero estiró los brazos y Robert empujó. Se deslizó en el hueco bajo la vía muerta. Tenía la lata a pocos centímetros de la bandeja de transporte.

—¿Ahora qué? —Le llegó su voz.

Sí, ¿ahora qué? Te tomas las molestias de hacer algo y luego

olvidas el propósito. Sólo que en aquella ocasión sabía que el propósito era muy importante. Robert se debatió, empezando a sentir miedo.

—Cara, no lo sé…

—Eh, no me llamo Cara. ¡Me llamo Miri!

No es mi hermana, es mi nieta. Robert se alejó del armario e intentó comprender.

—Dispara con la lata a las piezas móviles, Miri.

—¡Vale! Eso está hecho.

Un sonido que era dolor saltó en su cabeza. Sobre el armario, entrevió el extraño agujero que abría el lateral del lanzador UP/Ex. *¡No tiene nada que ver con Miri!* Apenas lo había pensado cuando cayó de espaldas.

¡El primer módulo ya estaba en el lanzador GenGen! El vehículo de lanzamiento invisible tenía muchas opciones de salir del cordón de Estados Unidos. ¿El segundo módulo? Las cámaras de Alfred mostraban que su estrategia con los Gu estaba surtiendo efecto. De alguna forma habían encontrado el armario Mus que importaba de verdad, pero su ataque improvisado con gas estaba surtiendo efecto. Se movían con una especie de incertidumbre sin sentido.

Había tenido tiempo de preparar la segunda carga; ¡podría sacar las dos!

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms›¡ El Cuerpo de Marines ha detectado la activación del lanzador de los laboratorios para un envío balístico! ¿Qué puede ser, Alfred?‹/ms›

Malditos marines. A los analistas de Alfred no se les había ocurrido que la electrónica norteamericana fuese tan sensible.

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› Es sólo mala suerte. El lanzador GenGen está ejecutando su calibración nocturna.‹/ms›

Una mentira, pero Alfred la tenía preparada de antemano. Lanzó una ráfaga de análisis falsos, anegando los equipos de Keiko y Günberk con conclusiones. Más adelante achacaría el lanzamiento a un Conejo resucitado.

Mitsuri —› Braun, Vaz: ‹ms› Pero ¿se lo creerán los americanos? ‹/ms›

Keiko abrió algunas ventanas, su mejor estimación de cuándo y cómo responderían los marines.

No había tiempo para un tercer cartucho. El lanzador GenGen estaba cargado, el condensador a cuarenta y cinco segundos del lanzamiento. Eso si los norteamericanos vacilaban un poco.

Vaz —› Braun, Mitsuri: ‹ms› He terminado con la limpieza. Me dirijo al punto de encuentro.‹/ms›

Alfred dio un último vistazo a su alrededor. De hecho, todas las comprobaciones estaban finalmente en verde. Al otro lado de la

habitación, Orozco dormía plácidamente. No recordaría nada de aquella noche y su archivo personal habría sido modificado con habilidad.

Alfred salió y recorrió el pasillo. Había mucha iluminación de zonas, lo que cabía esperar durante un fallo importante del sistema. *¡Ah!* Los marines finalmente habían detectado su red. Habían matado su aerobot invisible. Todavía mantenía contacto con media docena de robots móviles dispersos por el norte. Estaban ocultos, sobre todo intentando permanecer en silencio pero seguir formando una red. La rejilla de asalto de los norteamericanos recorría la zona, destrozándolos uno a uno. Los robots de los marines caían como nieve negra sin que la multitud se diese cuenta y visibles para sus robots sólo en los últimos instantes antes de su destrucción.

Dejó la escalera en la planta baja. Enfrente tenía la puerta principal. ¡Cinco segundos hasta el lanzamiento UP/Ex! Podía imaginarse el caos en el bando norteamericano por haber perdido a su analista más importante en plena crisis. Era guerra de francotiradores, actualizada al mundo moderno. Tres segundos más de dilación y…

Sus lentillas milnet perdieron transparencia y sintió una vaharada de calor en la cara. Alfred se echó al suelo. Cuando llegó la onda de choque, el edificio se estremeció, apenas estable en su configuración no comunicativa. Se quedó inmóvil un momento, prestando atención.

Aquello había sido un láser Infrarrojo de Alta Energía atravesando directamente el techo del laboratorio GenGen desde dos mil metros de distancia. Sólo disponía de una vista directa, siluetas de árboles contra el resplandor perlado, una nube alta de vapor y niebla. Parte de la neblina estaba formada por vegetación vaporizada. La mayoría era neblina de supresión de daños, diseñada para reducir considerablemente la efectividad de la muerte reflejaba. Los norteamericanos habían disparado treinta veces en menos de un segundo. Destellos de esos disparos se habrían dispersado kilómetros en todas direcciones, invisibles alojo desnudo, pero potencialmente capaces de cegar y quemar esos mismos ojos.

Se activó un segundo punto de vista. La ladera que había sido el blanco parecía un Mauna Loa en miniatura, un río de roca fundida en descenso. Destellos de luz marcaban el trabajo continuo de los dardos térmicos. Se oía el trueno.

Así que la respuesta norteamericana había sido rápida y decisiva: cauterizar y sellar la zona de lanzamiento con los mínimos daños colaterales. *Después de todo, mis sueños se han convertido en ceniza.*

Sus lentillas volvían a ser transparentes. Alfred se puso en pie y salió corriendo de Pilchner Hall.

Fuera la gente daba vueltas aterrorizada, conmocionada por el fallo de red y deslumbrada por los destellos del láser IRAE. *Confúndete*

entre la multitud. A pesar de que por primera vez aquella noche se encontraba rodeado de gente, Alfred se sentía muy solo. Algunas persianas miraban al cielo; algunas habían quedado ciegas temporalmente. La gente lloraba. Había quienes aconsejaban lo razonable: protegerse, mantener la vista fija en el suelo y apartada de los reflejos. Debido al fallo de red, aquella gente sólo podía mandar información de boca en boca. Pero la información se extendía. Cada vez más gente comprendía que, por tercera o cuarta vez en la historia reciente, su propio país estaba sufriendo un ataque militar. De momento nadie se había percatado de que habían sido sus propios militares los atacantes.

Alfred mantuvo la cabeza gacha para esconder la cara. No era una postura sospechosa; cientos de personas hacían lo mismo. Redujo sus comunicaciones a una estática difuminada que sólo enviaba algunos bits por segundo y los redirigía caóticamente a través de sus robots. Sus prendas de operaciones estaban muy protegidas; las sondas de los marines sólo las verían como otra unidad Epifanía intentado sobreponerse al fallo súbito de las redes públicas.

De aquel modo esperaba obtener unos diez minutos más. Mucho antes, el equipo de analistas del DSI se habría recuperado del colapso de Alice y haría un análisis *retrospectivo* de las fuentes de datos locales. Los analistas obsesionados ante un pequeño conjunto de datos eran mortalmente eficientes. Se imaginaba su alegre persecución: «¿Ves? Los robots enemigos están situados alrededor de Pilchner Hall. Retrocede hasta primera hora de la noche; ¿quién se ha acercado al edificio? Vaya, ahora entra la hija de Gu y, unos minutos antes, un tipo de aspecto indio ha hecho lo mismo. Avanza; no ha pasado nada hasta hace un minuto, cuando el mismo tipo de aspecto indio sale corriendo. Vamos a seguirle hasta el presente… y, vaya, vaya, ahí está, haciendo lo posible por parecer un espectador inocente.»

En cualquier caso, era absolutamente imposible negar la operación indoeuropea de aquella noche. Durante unos segundos, Alfred Vaz se dejó llevar por una desesperación muy poco habitual en él. *¿Qué hay de mis años de preparación? ¿Qué hay de salvar al mundo?* Había oído lo suficiente para saber que las acusaciones de Conejo estaban en el pdf del portátil de Parker. Alfred jamás terminaría su programa de investigación. Más todavía, Conejo había sido el Siguiente Gran Desastre. Las hojas de zanahoria en Mumbai lo habían dejado claro, pero… *Yo deliberadamente ignoré las pruebas, de tantas ganas que tenía de llevar a cabo mi plan.*

Y, sin embargo, ¿qué quedaba de Conejo? Muy posiblemente la prueba *sustantiva* de su existencia no fuese más que basura indescifrable. Era concebible que las mentes que había tras Conejo hubiesen quedado condenadas a la ignorancia. *Si es así quizá, quizá*

con toda mi influencia en Inteligencia Externa, pueda sobrevivir para intentarlo de nuevo.

Alfred se desplazó hasta el borde de la multitud y cautelosamente contactó con su red. Había perdido el enlace con los laboratorios. Durante medio minuto no obtuvo nada excepto un ritmo mortal que sólo sonaba para sus oídos, señalando el inevitable exterminio de su pequeño ejército.

Ahí. Una ruta a través de sus dispositivos supervivientes, de nuevo a Pilchner Hall. Aparecieron ventanitas… y encontró un punto de vista, una única cámara de laboratorio que había sobrevivido al ataque IRAE y enfocaba el armario de *Mus*. La cámara había sufrido daños, tenía franjas sin píxeles, pero captaba lo suficiente.

Los daños colaterales podían ser beneficiosos. ¡Quizá no quedase nada para demostrar las acusaciones de Conejo! El impacto del ataque norteamericano contra el lanzador había derribado su armario más especial. El último grupo de ratones había caído con él. Lo mejor de todo, las bombas térmicas de los yanquis habían inundado la zona del lanzador con roca fundida. La lava había cerrado el agujero creado por el ataque, como se suponía que debía ser, pero no se había detenido ahí. La brillante marea espesa se abría paso por los pasillos y alcanzaba en algunos puntos los dos metros de profundidad. Lamía el armario caído y le faltaba por cubrir sólo una esquina del último grupo de cajas de ratones.

No había ni rastro de los Gu. Antes del ataque láser, estaban de pie fuera de la zona de destrucción. Con más puntos de vista podría encontrarlos… pero ¿qué más daba? Sus recuerdos fragmentarios seguían siendo una amenaza, pero eso no lo podía controlar. De pronto, Alfred se dio cuenta de que sonreía. Resultaba curioso que, en medio del desastre, pudiese alegrarse de que sus dos antagonistas más persistentes probablemente hubiesen sobrevivido. *Eso sin contar a Conejo, que ojala que arda en el infierno.*

Ya estaba más cerca de la biblioteca. Veía a miembros civiles de los equipos de rescate, aunque probablemente fuesen los marines quienes daban apoyo de red. Los equipos de interrogatorio todavía no hacían nada. jY había encontrado un aerobot de reserva con el que transmitir! Recibió un mensaje nuevo antes de perderlo:

Mitsuri —› Vaz: ‹ms› El análisis de Günberk está casi completo. Por favor, danos algunos minutos más de cobertura, Alfred. Los marines siguen concentrados en los laboratorios. Tienes vía libre para llegar hasta el equipo de Bollywood.‹/ms›

Indicó en un mapa la posición del equipo cinematográfico, al norte de la multitud, entre los eucaliptos. El equipo de Bollywood y sus sistemas automáticos estaban bien preparados para la operación de aquella noche, aunque la gente presente no sabía que participara

en ella.

Alfred realizó una última comprobación a su alrededor. Caminó unos pasos entre los árboles… y se encontró en medio del grupo de Bollywood.

—¡Señor Ramachandran! Hemos perdido toda la conectividad. —La técnico de vídeo tenía los ojos abiertos como platos—. Todo iba bien, pero ¡ahora es horrible! —Los técnicos eran expertos en lo espectacular, pero no en lo real.

Alfred adoptó el papel de ejecutivo cinematográfico durante una crisis.

—Tienes el vídeo en caché, ¿no? Has enviado a casa los primeros, ¿no?

—Sí, pero…

Querían salir de entre los árboles para ayudar a los heridos de la biblioteca. Era para mejor; enseguida Vaz volvería a ser uno más del grupo. Quizá los analistas del DSI siguiesen sumidos en el caos. Sería divertido (y también asombroso) que su tapadera le permitiese superar el cordón del Cuerpo de Marines y salir de California. Mientras seguía al equipo a campo abierto mantenía un único enlace con la milnet. Era hora de deshacerse de esa última prueba incriminatoria.

Pero todavía le llegaba información. Palabras terribles y escalofriantes con las que Alfred jamás habría tenido que cargar de no haber seguido conectado.

—Por favor. Por favor, no le hagas esto. No es más que una niña pequeña.

Gu. Alfred buscó a toda prisa en la vista que le quedaba. Su persona física tropezó.

La técnico de vídeo le agarró por el hombro, estabilizándole.

—¡Señor Ramachandran! ¿Está bien? ¿Le ha cegado el ataque? Alfred tuvo la presencia de ánimo de no despreciar su ayuda.

—Lo siento, es por toda esta destrucción. Debemos ayudar a esta pobre gente.

—¡Sí! Pero usted debe permanecer a salvo. —La técnico le guió hasta donde el resto del equipo de Bollywood ya estaba ayudando. El apoyo de la mujer le dio la oportunidad de echar una ojeada a la vista subterránea. El daño de la cámara se había resuelto parcialmente; algunos de los píxeles dañados parpadeaban y ya podía ver un poco más allá del armario caído… Gu, el anciano, estaba atrapado. Dios, ¿dónde estaba la niña?

No pretendía que esto pasase. No tendría que haber dicho nada, pero su cuerpo le traicionó.

Anónimo —› Robert Gu: ‹ms› ¿Dónde está la niña?‹/ms›

—¿Quién es? —gritó la voz en su oído, para luego hablar en voz más baja, con más desesperación—. Está aquí. Inconsciente. *Y no*

puedo apartarla.

Anónimo —› Robert Gu: ‹ms› Lo siento.‹/ms›

A Alfred no se le ocurría nada más que decir. Muertos, aquellos dos podrían mejorar sus posibilidades de escapar. Furioso, se apartó del punto de vista. Maldito sea mi nombre. Esa noche no había logrado nada más que destruir a buenas personas. Pero ¿cómo salvarlos sin ponerse en peligro?

—Por favor, sólo dígaselo a la policía. No deje que se queme.

Más punzadas de presión, el sonido de mil objetos frágiles rompiéndose, del plástico duro rasgándose, de los huesos aplastados. En realidad Robert no lo oía todo. Lo de los huesos aplastados le mantenía distraído. Ni siquiera prestó demasiada atención a las explosiones posteriores y al calor.

Robert surgió de una introspección que bien podría haber sido inconsciencia, sólo que dolía mucho más. Miri estaba apoyada sobre manos y rodillas. Gritaba:

—¡Abuelo! ¡Abuelo! Di algo, *por favor*. ¡Abuelo! Él agitó la mano y ella se la agarró.

—Lo siento mucho —dijo Miri—. No pretendía tirar nada. ¿Estás herido?

Era una de esas preguntas de respuesta fácil. Una agonía del tamaño de un elefante se sentaba sobre su pierna derecha.

—Sí. —Pero el dolor borró el resto de la respuesta ingeniosa.

Miri lloraba sin aliento. Era un comportamiento impropio de la niña. Se volvió y empujó el armario que le tenía atrapado.

Robert respiró hondo, pero sólo consiguió marearse.

—El armario es demasiado pesado, Miri. Aléjate de él. —¿Por qué el aire estaba tan caliente? La luz normal se había ido. Algo parecido a un horno abierto relucía más allá del equipo derribado, donde sólo se oían estallidos y susurros.

—Cara… *¡Miri*, no vayas ahí!

La niña vaciló. Bajo el armario estaban los restos aplastados del cartucho de ratones que había estado a punto de partir. Ya no iría a ninguna parte. Miri metió la mano entre los cristales. Robert movió el cuello todo lo posible y vio una diminuta carita mirándole, un ratón que se había soltado de la trampa de succión del panel.

—Oh. —La voz de Miri era un gemido—. Hola, chiquitín. —Una risa mezclada con sollozos—. Y a ti también. Ahora sois libres. —Robert vio más caras diminutas a medida que Miri liberaba ratones. Movían la cabeza de izquierda a derecha. No parecían verle y, al cabo de un momento, encontraron algo mucho más importante en la escala ratonil de las cosas: la libertad. Dejaron atrás las manos de la niña y se alejaron del calor.

Robert veía ya la causa de aquel calor. Una reluciente masa

blanca goteó sobre los restos, pasando al rojo al caer por un lado del armario.

Cara gritó de pánico y se le acercó.

—¿Qué es eso?

Un silbido y salpicaduras. Si podía superar la barrera de armarios tenía bastante profundidad.

—No lo sé, pero tienes que irte.

—¡Sí! ¡Vamos! —La chica le tiró de los hombros. Él empujó con ella, ignorando el dolor horrible de la pierna. Consiguió moverse unos centímetros y quedar más firmemente atrapado que antes. El calor ya era más insoportable que la pierna aplastada. La mente de Robert saltó de un horror a otro, intentando conservar la cordura.

Miró a su hermana, que lloraba.

—Siento haberte hecho llorar, Cara. —La niña se puso a llorar todavía más—. Ahora tienes que salir corriendo.

No respondió, pero dejó de llorar. Le miró sin comprender, para luego alejarse un poco más del calor. *¡Vete! ¡Vete!* Pero ella dijo:

—No me encuentro bien. —Se tendió donde él no podía llegar. Robert miró la roca fundida. Había cubierto el fondo del armario.

Unos centímetros más y cubriría a su hermanita. Estiró el brazo, agarró un trozo grande, quizá de cerámica, y lo usó contra la marea reluciente.

Se produjeron más explosiones, pero no tan intensas. De cerca sólo se percibían el olor y el sonido de cosas cocinándose. Intentó recordar cómo había llegado allí. Alguien les había hecho aquello a él y a Cara, y seguro que estaba escuchando.

—Por favor —le dijo a la oscuridad reluciente—. Por favor, no le hagas esto. No es más que una niña pequeña.

No hubo respuesta, sólo los sonidos horribles y el dolor. Y luego algo muy extraño, letras pasando frente a su mirada:

Anónimo —› Robert Gu; ‹ms›¿Dónde está la niña?‹/ms›

—¿Quién es? Está aquí. Inconsciente. *Y no puedo apartarla*.

Anónimo —› Robert Gu: ‹ms› Lo siento.‹/ms›

Esperó, pero no vio nada más.

—Por favor. Simplemente dígaselo a la policía. No deje que se queme.

Pero el observador silencioso se había ido. Cara no se movía. *¿No nota el calor?* Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para mantener el trozo de cerámica en su sitio.

Luego escuchó;

—¿Profesor Gu? ¿Es usted?

¡Era uno de aquellos estudiantes incordiosos! Había tantas imágenes persistentes que no podía estar seguro, pero allí había alguien, parcialmente sumergido en la masa fundida.

—Soy yo, Zulfi Sharif, señor.

El nombre le *resultaba* familiar, era un estudiante arrogante y cobarde. Pero no tenía la piel verde. Eso era importante, ¿no?

—Llevo horas intentando llamarle, señor. Nunca me había costado tanto. Me temo… Me temo que me han secuestrado definitivamente. Lo siento. —Estaba prácticamente sumergido en la roca. Un fantasma—. ¡Está herido! —dijo el fantasma.

—Llama a la policía —dijo Robert.

—¡Sí, señor! Pero ¿dónde está? No importa, ¡ya veo! Conseguiré ayuda de inme…

La roca reluciente saltó sobre la presa improvisada de Robert y le llegó al brazo. Descendió a un pozo de dolor absoluto.

33
Libertad con una correa bien larga

El nuevo anexo de la clínica Crick tenía menos de cinco años, pero parecía sacado directamente del siglo anterior, cuando los hospitales eran enormes edificios imponentes donde ir a buscar una posibilidad de supervivencia. Todavía había cierta necesidad de lugares así: las unidades de cuidados intensivos más extremos no eran algo que se pudiese empaquetar en una caja de primeros auxilios y vender a los usuarios domésticos. Y, claro, siempre quedaban los casos trágicos de enfermedades incurables y debilitantes; era posible que una pequeña porción de la humanidad siempre acabase en alguna instalación de cuidados a largo plazo.

El nuevo anexo satisfacía algunas otras necesidades. En ellas pensaba el teniente coronel Robert Gu Jr. cada día cuando llegaba al hospital. Diariamente desde la debacle en la UCSD entraba en la rotonda de tráfico de la clínica Crick, se apeaba, y contemplaba los acantilados y la playa hasta La Jolla. La clínica se encontraba a poca distancia cuesta arriba desde algunas de las propiedades más lujosas del mundo. A unos kilómetros se encontraban los laboratorios de biotecnología que rodeaban la UCSD, quizá la fuente más prestigiosa mundialmente de medicina mágica. Claro estaba que los laboratorios podrían haber estado al otro lado del mundo en opinión de quienes no daban importancia a dónde estuvieran. Pero psicológica y tradicionalmente, la combinación de viviendas de lujo y curas mágicas era un buen cebo para los muy ricos de los muy enfermos.

La mujer de Bob, su hija y su padre no estaban encerrados allí porque fueran ricos. Una vez cruzada la imponente, y totalmente real, entrada principal, uno disfrutaba de intimidad. En aquel caso, la privacidad se debía tanto al diseño básico de la clínica como al hecho de que el Tío Sam se interesaba especialmente por ciertos pacientes.

¿Qué mejor lugar para mantener casos delicados bien apartados que un hospital de lujo? La prensa revoloteaba más allá de sus paredes y elucubraba… sin tener ninguna base para hacer una denuncia por violación de las libertades civiles. Era una tapadera muy buena.

Bob vaciló justo antes de cruzar la entrada principal.

¡Oh, Alice! Llevaba años temiendo que el ESR se la llevase. Durante años los dos habían discutido sobre los límites del deber y el honor, y el sentido de Chicago. El peor desenlace imaginado se había producido… y descubría que no estaba preparado. La visitaba todos los días. Los doctores no eran muy optimistas. Alice Gu estaba pillada bajo más capas de ESR que cualquier paciente que hubiesen visto. Por

tanto, ¿qué sabían ellos? Alice estaba consciente. Le hablaba en una jerga ininteligible. Él la abrazaba y le rogaba que regresase. Porque al contrario que su padre y que Miri, Alice no era una prisionera federal: era prisionera de su propia mente.

Aquel día Bob tenía una misión oficial que cumplir en Crick. El último de los interrogatorios a los detenidos, es decir, la última de las «entrevistas», había terminado. Estaba previsto que su padre se despertase al mediodía, Miri una hora más tarde. Bob podría pasar un poco de tiempo con ellos en compañía virtual de Eve Mallory, una oficial del DSI que era la cara visible de los equipos de investigación.

A las doce en punto Bob se encontraba delante de una puerta de madera de estilo muy antiguo. A esas alturas ya había aprendido que en Crick tales cosas no eran falsas. y que tendría que girar la manilla si quería entrar.

Eve —› Bob: ‹ms› Sentimos un interés muy especial por esta entrevista, coronel. Pero que sea breve. Cíñase a los asuntos descritos en el memorando.‹/ms›

Bob asintió. Todavía no sabía contra quién estaba más furioso, si contra su padre o contra los imbéciles del DSI. Se contentó con abrir la puerta sin llamar y entrar de pronto en la habitación de hospital.

Robert Gu padre caminaba de un lado a otro por la habitación sin ventanas como un adolescente enjaulado. Nadie hubiese dicho que hacía poco tenía una pierna aplastada y la otra rota; a los médicos se les daban muy bien esas cosas. Y en cuanto al resto, bien, un pijama médico ocultaba las quemaduras.

La mirada del viejo se centró en él en cuanto Bob entró, pero las palabras eran más de desesperación que de furia.

—¡Hijo! ¿Miri está bien?

Eve —› Bob: ‹ms› Hable, coronel. Puede contarle lo que quiera sobre su hija.‹/ms›

—Miri está bien, papá. —Señaló los asientos blandos que había junto a una mesa, en un extremo de la *suite*.

Pero el viejo siguió dando saltos por la habitación.

—Gracias a Dios, gracias a Dios. Lo último que recuerdo es el calor y la lava avanzando hacia ella. —Se miró el pijama y de pronto pareció muy distraído por lo que veía.

—Estás en la clínica Crick de La Jolla, papá. Miri no sufrió ningún daño en el fuego. Tu brazo izquierdo quedó destrozado. —En algunos puntos la carne se había quemado hasta el hueso. El antebrazo se había quemado por completo.

Robert padre se tocó la manga suelta.

—Sí, los médicos me lo han dicho. —Se volvió y se dejó caer en uno de los asientos—. Eso es prácticamente todo lo que me han contado. ¿Estás seguro de que Miri está bien? ¿La has visto?

El viejo jamás se portaba así. Había tensión alrededor de sus ojos. *O simplemente reacciona a mi expresión*. Bob se sentó frente a su padre.

—La he visto. Esta tarde hablaré con ella. Su peor problema es cierta confusión mental sobre lo sucedido en los laboratorios.

—Oh. —Luego repitió en voz más baja—: Oh. —Procesó la noticia y regresó al estado de agitación—. ¿Cuánto tiempo llevo fuera? ¡Hay tantas cosas que debes saber, Bob! Quizá deberías llamar a algunos de tus amigos de la policía.

Eve —› Bob: ‹ms›¿No recuerda las entrevistas? No sabía que fuéramos tan buenos.‹/ms›

—No hace falta, papá. Puede que más tarde te planteen algunas preguntas sobre puntos concretos, pero hemos extraído todos los secretos sucios. Se te interroga desde hace varios días.

Su padre abrió los ojos un poco más. Al cabo de un momento, asintió.

—Sí, esos sueños extraños. ¿Significa eso que saben… que sabes lo de mi problema?

—Sí.

Robert apartó la vista.

—Hay malos muy extraños ahí fuera, Bob. El Extraño Misterioso, el que secuestró a Zulfi Sharif, estaba continuamente encima de mí. Nunca he conocido a nadie que pudiese manipularme como lo hacía él. ¿Te imaginas tener a alguien subido en tu hombro, diciéndote continuamente lo que debes hacer?

Eve —› Bob: ‹ms› Será mejor no hablar de Conejo.‹/ms›

Bob asintió. Conejo, el nombre que les habían sacado a los indoeuropeos, podía ser algo nuevo bajo el sol. Conejo había comprometido el EHS. La creación de escenarios por parte del DSI y el Cuerpo de Marines en realidad había dado apoyo a Conejo. Los indios, europeos y japoneses tendrían que responder de muchas cosas, pero era posible que los planes de Conejo jamás hubiesen sido detectados si ellos no hubiesen lanzado el ataque de revocación contra la criatura. Pero ¿cómo había hecho Conejo sus trucos? ¿Qué más podía hacer?

Eran preguntas candentes, pero no preguntas que pudiese comentar con el traidor de su padre.

—Nos estamos ocupando de los cabos sueltos, papá. Mientras tanto, hay resultados y consecuencias sobre los que tienes que ponerte al día.

—Sí. Consecuencias. —La mano derecha de Robert jugó nerviosamente con el exquisito tapizado del asiento—. ¿Cárcel? —Pronunció la palabra con muy poca fuerza, casi como una petición.

Eve —› Bob: ‹ms› Ni soñarlo. Queremos que esté libre.‹/ms›

—Nada de cárcel, papá. Oficialmente, tú y tus amigos formabais parte de una protesta en el campus que se desmadró en exceso.

Extraoficialmente… bien, estamos difundiendo el rumor de que ayudasteis a impedir el sabotaje de los laboratorios por parte de terroristas. —Otro trabajo más para los siempre útiles Amigos de la Intimidad.

Robert cabeceó.

—Detener a los malos fue idea de Miri.

—Sí, lo fue. —Miró a su padre con expresión pétrea—. Esa noche yo era el oficial de guardia.

Eve —› Bob: ‹ms› Con cuidado, coronel.‹/ms›

Pero era una advertencia huera. Los estrategas de interrogatorio habían estado de acuerdo en que Robert debía conocer esos detalles. El único problema era decírselo a su padre sin estamparle el puño en la cara.

—¿Aquí? ¿En San Diego? Bob asintió.

—En todo el suroeste del territorio continental de Estados Unidos, pero la acción tuvo lugar exclusivamente aquí. Esa noche Alice era mi jefa de analistas. —Vaciló, intentando contener la furia—. ¿Llegaste a enterarte de que fue Alice la que me impidió echarte de casa?

—Yo… —Se pasó la mano por el pelo rebelde—. Siempre parece muy distante.

—¿Sabes lo que es quedar pillado por ESR, papá?

Un asentimiento rápido.

—Sí. Calas Rivera queda pillado en chino. ¿Carlos está bien? —El viejo alzó la vista y su rostro se puso gris—. *¿Alice?*

—Alice se derrumbó durante vuestra aventura. Tenemos pruebas sólidas de que…

Eve —› Bob: ‹ms› Sin detalles, por favor.‹/ms›

Bob siguió hablando sin apenas vacilar:

—Sigue pillada.

—Bob… no pretendía hacerle daño. Simplemente estaba desesperado. Pero quizá, quizá yo le tendí la trampa. —Miró a los ojos a Bob y luego apartó la vista.

—Lo sabemos, papá. Salió en tus entrevistas. Y sí, *tú* la comprometiste. —El DSI había investigado el hogar de los Gu y sus archivos personales con tanto cuidado como había estudiado todo lo de la UCSD; incluso tenían imágenes del robot que su padre había usado en el baño delantero. *Pero seguimos sin saber qué hacía exactamente ese cacharro.* India, Japón y Europa echaban la culpa a Conejo, y Conejo había quedado reducido a rumores y fragmentos ilegibles de cachés atrasados.

Eve —› Bob: ‹ms› Je. Ya lo descubriremos. Un ataque de red sobre una víctima biopreparada… es una tecnología *excesivamente* interesante para ignorarla.‹/ms›

Su padre tenía la cabeza gacha.

—Lo siento. Lo siento.

Bob se puso en pie abruptamente. Fue todo un logro que su voz surgiese tranquila y firme.

—Saldrás hoya última hora. Hasta entonces, busca algo que vestir y ponte al día con el mundo exterior. Seguirás viviendo una temporada con nosotros en Fallbrook. Queremos que lo retomes… justo donde lo dejaste. Se lo contaré a Miri y a Alice…

—Bob, no saldrá bien. Miri jamás me perdonaría…

—Probablemente sea cierto. Pero ella oirá una versión resumida. Después de todo, tu participación en el ataque a Alice es circunstancial. Y está oculta tras capas de seguridad que no es probable que Miri Gu logre atravesar. Yo… te recomiendo encarecidamente que no le des detalles.

Y de este modo el teniente coronel Robert Gu Jr. cumplió con las obligaciones que le habían encomendado. Ya podía irse. Atravesó la habitación, alargó la mano hacia la puerta. Algo le hizo volverse y mirar atrás.

Robert Gu padre lo miraba con la angustia reflejada en los ojos. Era una mirada que Bob había visto en otras caras. A lo largo de los años, en ocasiones, los jóvenes a su mando habían metido la pata hasta el fondo. Los jóvenes se desesperan. Los jóvenes hacen cosas horribles, tontas y egoístas… en ocasiones con consecuencias terribles.

Pero *¡hablamos de mi padre!* Ni la desesperación ni la inexperiencia le servían de excusa.

Y, sin embargo, Bob había visto el vídeo del equipo del Centro de Control de Enfermedades mientras seguía las indicaciones de Sharif para entrar en los laboratorios. Había visto a su padre y a su hija tendidos en el suelo, cerca del empaquetador del UP/Ex. Había visto cómo Robert tenía el brazo extendido, cómo retenía la piedra cuajada a pocos centímetros de la cara de Miri. Y, por tanto, a pesar de la monstruosa pifia del viejo, todavía tenía que decir una cosa:

—Gracias por salvarla, papá.

Retomarlo justo donde lo había dejado, le había dicho Bob. En Fairmont casi era posible. Juan y Robert ya habían aprobado los exámenes finales escritos y habían tenido vacaciones de Navidad y Año Nuevo. Estaban de vuelta justo a tiempo para pasar por lo que la mayoría de los estudiantes consideraban la parte más aterradora del semestre: la presentación de sus proyectos durante la Noche para Padres. Los problemas sobre la vida, la muerte y la espantosa culpa se redujeron a la preocupación por no quedar como un tonto delante de algunos niños y sus padres.

Asombrosamente, Juan Orozco todavía le hablaba. Juan no sabía exactamente qué había pasado en la UCSD. Sus recuerdos habían sido eliminados todavía más sistemáticamente que los de Miri. Se dedicaba

a reunir fragmentos de las noticias intentando distinguir la verdad de las mentiras propaladas por los Amigos de la Intimidad.

—No recuerdo nada de lo sucedido desde que Miri y yo llegamos al campus. Y la policía todavía retiene mí atuendo. ¡Ni siquiera puedo ver los últimos minutos de mi diario! —El chico agitó los brazos con la misma desesperación que el primer día que Robert le había visto.

Robert le tocó el hombro.

—También se han quedado con el de Miri.

—¡Lo *sé*! Se lo pregunté. —Los ojos del chico se llenaron de lágrimas—. Ella tampoco lo recuerda. Empezábamos a ser amigos, Robert. No te hubiésemos seguido juntos si ella no hubiera confiado en mí.

—Claro.

—Bien, ahora me trata como cuando nos conocimos… me aparta. Cree que me entró miedo y que por eso tuvo que ir a buscarte ella sola. y quizá sí que me acobardé. ¡No lo *recuerdo*!

Lena —› Juan, Xiu: ‹ms› Dale tiempo, Juan. Miri está distraída por lo sucedido, especialmente por lo de su madre. Creo que se culpa, y quizá nos culpa a todos nosotros. Yo sé que no eres un cobarde.‹/ ms›

Lena —› Xiu: ‹ms› Pero me resulta incomprensible que esté buscando consuelo en el hijo de puta.‹/ms›

Juan apartó la vista de Robert un momento, recuperándose gradualmente.

Robert le dio una palmada algo torpe en la espalda. Consolar a los demás definitivamente no formaba parte de sus habilidades.

—Acabará comprendiéndolo, Juan. No te llamó cobarde cuando estábamos allá abajo. Le preocupabas mucho. Dale tiempo. —Buscó alguna distracción—. ¿Quieres que malgastemos todo el trabajo del semestre? ¿Qué hay de los chicos de Bastan y el sur? Tenemos que hacer preparativos.

Lena —› Xiu: ‹ms›¿No te fastidia el imbécil? Sólo quiere que el chico le ayude un poco más.‹/ms›

El intento de bromear de Robert no había sido muy bueno, pero Juan le sonrió sinceramente.

—Sí. ¡Hay que dedicarse a las cosas importantes!

Bob y Miri no acudieron a Fairmont para las presentaciones del ciclo formativo. Al menos no eran visibles físicamente… y Roben veía que Juan Orozco buscaba a fondo.

—Esta noche Miri está en la clínica Crick. Su madre sale del hospital. —Bob se había alegrado mucho de saber que Robert tenía otro compromiso para la velada.

El chico se alegró.

—Pero quizás eche una miradita, ¿no?

A decir verdad era un acto muy importante para Fairmont, pero

no por buenas razones. La prensa popular había acumulado un montón de elucubraciones sobre los acontecimientos de la UCSD, y las mentiras de los Amigos de la Intimidad rodeaban y hundían esas elucubraciones en interminables conspiraciones. Los rumores contaminaban todo ya todos los relacionados con esa noche. Robert había consultado los archivos públicos… primero para intentar descubrir qué le había pasado a él esa noche, en el sótano de la UCSD, y luego para ver qué *pensaba* la gente que había sucedido. Robert y el conciliábulo formaban parte de la mayoría de las teorías, a menudo como los héroes picarescos que Bob le había comentado. Pero había otras teorías. Robert nunca había oído hablar de Timothy Huynh; sin embargo, algunos periodistas afirmaban que Huynh y Robert habían planeado todo lo sucedido en el disturbio y en el subsuelo.

Robert se había convertido en un experto en el arte de bloquear el correo de periodistas, pero la fama iba menguando; los índices tenían una vida media de unos cinco días. Fuera como fuese, pasaba mucho tiempo en Fairmont, y el instituto prohibía los visibles más molestos.

Esa noche, durante las presentaciones, la prohibición estaba vigente. Las gradas estaban atestadas de visitantes con entrada: familias de los estudiantes y sus invitados, incluidas presencias virtuales. La mayoría de la gente no sentía interés por Robert Gu. Pero, si uno consultaba las estadísticas de red, había *muchísima* gente observando de modo invisible.

El programa formativo no era la joya de Fairmont. La mayoría de los chicos no dominaban las aplicaciones más modernas y avanzadas (y la mayoría de los estudiantes recauchutados eran todavía menos competentes). Por otra parte, Chumlig había afirmado en un momento de debilidad que los padres preferían las demostraciones formativas, sobre todo porque para ellos tenían más sentido que las cosas que hacían los otros chicos.

Los equipos eran de dos o tres, pero se les permitía emplear soluciones tomadas de todo el mundo. La noche de las presentaciones no empezaba hasta después de la puesta de sol, por lo que combinar las superposiciones con la realidad era relativamente fácil. Chumlig no habría ofrecido semejante muleta a los estudiantes normales. Las presentaciones normales duraban dos días… y no empezarían hasta una semana después de que los alumnos de ciclo formativo lo hubiesen hecho lo mejor posible. Era un intervalo de cortesía, una semana para que los alumnos del ciclo formativo disfrutaran de sus logros.

Esa noche el público estaba sentado en el lado oeste del campo de fútbol y quedaba el opuesto libre para las grandiosas imágenes que pudiesen crearse.

Robert estaba sentado con Juan Orozco en la línea de banda con

los demás alumnos. Todos conocían el orden de ejecución… eh, de representación. Sus vistas privadas incluían pequeñas indicaciones superpuestas al campo que indicaban el tiempo restante para la presentación en curso y la que venía a continuación. El orden de representación no se había escogido democráticamente. Louise Chumlig y los otros profesores tenían ideas propias, y ellos mandaban. Robert sonrió para sí. En aquel caso su viejo conocimiento de la gente no le había abandonado. Incluso sin conocer los detalles de cada proyecto sabía quién tenía uno bueno y quién no. Sabía quién temía más presentarse ante el público y en persona… Y también lo sabía Chumlig. El orden estaba orquestado para llevar a cada chico hasta su límite.

Asombrosamente, ese orden también dio como resultado un espectáculo bastante bueno.

Empezaron los Radner. Para esos dos, el lado este del campus no era suficiente. Presentaron una especie de demencial puente colgante, parecido al del ferrocarril de Firth of Forth, pero a mayor escala, que clavaba soportes de acero a ambos lado de las gradas y luego se iba elevando cada vez más al noreste hasta perderse en el crepúsculo. Pasaron los segundos y la construcción reapareció por el *suroeste*: su obra maestra del siglo XIX había descrito una órbita virtual alrededor de la Tierra. El punto culminante fue el paso atronador de enormes trenes a vapor atravesando el cielo. Las gradas se estremecieron con la potencia aparente de las locomotoras.

—¡Eh! —dijo Juan, y le dio un codazo a Robert—. Eso es nuevo. Deben de haber descifrado algunos de los protocolos de mantenimiento del edificio. —Si hasta entonces los Radner no habían sido blanco de la fábrica de rumores sobre el Disturbio de la Biblioteca, lo serían. Robert supuso que los gemelos estarían encantados.

La mayoría de las presentaciones eran representaciones artísticas y visuales. Pero también había alumnos que habían construido cacharros. Doris Schley y Mahmoud K won habían construido un vehículo de efecto suelo que podía subir los escalones de las gradas. Lo hicieron caer en la más alta, hubo una explosión de sonido y llegó abajo sin romperse nada. Juan se puso de pie para girarse y mirar con sus propios ojos. Vitoreó a Schley y Kwon antes de sentarse.

—Vaya, un paracaídas de efecto suelo. Pero apuesto a que la señora Chumlig no le da más de un notable. —Imitó a Louise Chumlig —: Lo que habéis hecho apenas supera lo que se puede comprar por ahí. —Pero sonreía. Lo dos sabían que notable era más de lo que la mayoría de las demostraciones iban a conseguir.

Incluso hubo chicos que se atrevieron con algo más avanzado, en proyectos que se parecían más a lo que Miri decía que hacían sus

amigos. Hubo dos presentaciones de nuevos materiales: una cinta elástica extrema y una especie de filtro de agua. El elástico no era muy espectacular… hasta que uno se daba cuenta de que no contenía ni una sola imagen sintética. La demostración fue obra de dos chicos que Robert apenas conocía. Se mantenían a cuatro metros de distancia, pasándose un muñeco grande. El maniquí estaba suspendido por una fibra de su material mágico. La fibra no era simplemente un material fuerte. Los chicos podían cambiar sus características físicas apretando de formas diferentes los extremos. En ocasiones se comportaba como un resorte gigantesco que devolvía el muñeco al centro. En otras ocasiones se extendía como caramelo y el muñeco trazaba grandes arcos. La demostración obtuvo una ovación cerrada.

Por su parte, la presentación del filtro de agua consistió en una imagen amplificada de una manguera de jardín echando agua al filtro. Encima, las alumnas hacían flotar un enorme gráfico que mostraba cómo su filtro programable podía buscar impurezas especificadas por el usuario. No había efectos sonoros y los gráficos eran lentos y toscos. Robert miró al cielo y luego a las chicas.

—Van a sacar sobresaliente, ¿no?

Juan se rebullía apoyado en los codos. Sonreía, pero con envidia.

—Sí. Es de las cosas que le gustan a Chumlig. —Luego su honradez le obligó a añadir—: Lisa y Sandi jamás se molestan en pulir sus gráficos, pero he oído que tienen un *comprador* para el filtro de agua. Apuesto a que serán las únicas alumnas de formación que ganarán dinero con esta demostración.

—Nos toca, chico —dijo Robert.

La única indicación de que Juan le había entendido era que tenía la vista clavada en el reloj privado.

Xiu —› Juan: ‹ms› Estarás perfecto, Juan.‹/ms›

Juan —› Xiu: ‹ms› ¿Miri está viéndolo?‹/ms›

Juan y Robert eran los últimos, la única parte del plan que Chumlig no había podido controlar. No se debía a ninguna argucia de Juan y Robert. Había sido una consecuencia del hecho de que en su presentación participaban grupos exteriores que tenían sus propios problemas de horario.

Juan vaciló un segundo más. A continuación se puso a correr por el campo de fútbol, conjurando un escenario fantasma paralelo a las gradas y orientado hacia ellas. Los intérpretes subieron por ambos lados del escenario. La imagen era normal, sin imposibilidades. Se trataba de personas reales y de instrumentos musicales de verdad, explicó al público la voz amplificada de Juan.

—¡Hola, hola, *hola*! —Juan hablaba con el entusiasmo de un vendedor de feria y, a los oídos de Robert, claramente se moría de miedo. Robert podría haber hecho de maestro de ceremonias, o Juan

podría haber grabado su voz y luego ponerla en playback… pero habrían perdido puntos con Chumlig. Así que Juan tenía que hacerlo en vivo, con una voz rota y con palabras separadas por pausas torpes y baladronadas forzadas—. ¡Damas y caballeros! ¡Les presento la Orquesta de las Américas, creada para ustedes esta noche a partir de la orquesta y el coro del instituto Charles River, en directo por red barata desde Boston —hizo un gesto hacia la izquierda— y del Gimnasio Clásico de Magallanes, también en directo por red barata desde Punta Arenas, Chile!

Ambos lados del escenario ya estaban llenos: doscientos adolescentes con uniforme escolar, rojo al norte y de cuadros verdes al sur; estudiantes que tenían que cumplir con sus propios requerimientos de «cooperación lejana». El conjunto comprendía parte de dos coros y dos orquestas, separadas entre sí por más de once mil kilómetros, con sólo una red barata de unión. Convencerlos para intentar algo así ya había sido un milagro. El éxito parecería normal a los espectadores exteriores, pero el fracaso era una posibilidad muy real. *Bien, las cosas no salieron muy mal en los ensayos.*

—Y ahora… —Juan habló con entusiasmo para dar énfasis—. Ahora, damas y caballeros, la Orquesta de las Américas interpretará su adaptación del himno de la Unión Europea de Beethoven, con letra de Orozco y Gu, ¡Y sincronización de red de Gu y Orozco! —Hizo un saludo teatral y corrió a la línea de banda para sentarse con Robert. El sudor le corría por la cara y estaba pálido.

—Lo has hecho bien, chico —dijo Robert.

Juan se limitó a asentir, temblando.

La orquesta híbrida se puso a tocar. Todo estaba en manos de aquellos chicos y del algoritmo de fluctuación de Robert. Los sonidos de violonchelos y bajos surgieron de los jóvenes músicos de Boston y del otro extremo del mundo. El ritmo de la adaptación era más rápido que el habitual del himno de la Unión Europea. Y cada nota llegada después de cientos de saltos sobre redes que cambiaban aleatoriamente, con retrasos que podían fluctuar varios cientos de milisegundos.

Era el mismo problema de sincronización que había hecho que el coro de Winnie de la biblioteca fuese tan cacofónico.

La letra de Juan comenzó. El coro del norte cantaba en inglés y el coro del sur en español. Sus estudiantes colaboradores habían creado una obra flexible con su propia interfaz de dirección; lo que ayudaba un poco. Además, eran músicos y cantantes sorprendentemente buenos. Pero la interpretación seguía exigiendo la magia de los retrasos adaptativos que el algoritmo de Robert inyectaba en las transmisiones. Bueno, de acuerdo, y también quizá de la magia todavía más profunda de Beethoven.

Robert prestó atención. Su contribución no era perfecta. Iba peor que en los ensayos. Había demasiadas personas mirando y *demasiado de golpe*. Temía lo que pudiese pasar. El problema no era el ancho de banda. Miró la gráfica de varianza que tenía en la vista privada. Mostraba la presencia de varios millones de personas que de pronto observaban, consumiendo recursos a tal velocidad que confundían a su pobre programita de predicción… y cambiaban la naturaleza de lo que se observaba.

Y aun así, la sincronización se mantuvo. El híbrido no se fragmentó.

Quedaban diez segundos. La interpretación llegó a un *crescendo* un tanto dislocado y luego, por efecto de algún milagro, todo fue perfecto en los últimos dos segundos. La letra de Juan terminó y la melodía central pasó al silencio.

El coro/orquesta conjunto miró al público. Sonreían, algunos posiblemente se sintiesen avergonzados… pero ¡lo habían logrado!

Hubo aplausos, muy entusiastas desde algunas zonas.

El pobre Juan parecía completamente agotado. Por suerte, no tenía que volver al campo para cerrar la actuación. Los intérpretes saludaban y salían por el norte y el sur… de regreso a sus respectivos rincones del mundo. La sonrisa de Juan era un poco forzada mientras saludaba al público local. A Robert su voz le llegó de refilón.

—Eh, no me importa la nota que nos pongan. ¡Lo hemos hecho y ya hemos terminado!

34
El museo británico y la biblioteca británica

Los chicos abandonaron las gradas a toda prisa, un poco por el hecho de que Chumlig y compañía repasarían la noche y determinarían quién había sido inaceptablemente ruidoso. Juan y Robert salieron más despacio, con los otros alumnos que habían hecho demostraciones, intercambiando felicitaciones. Las notas de las presentaciones no saldrían hasta al cabo de veinte horas más o menos. Tendrían tiempo de sobra para sufrir por los fallos. Aun así, Louise Chumlig parecía bastante contenta. Felicitaba a todos los alumnos… y rechazaba cualquier pregunta sobre si uno u otro defecto sería muy importante para la nota.

Seguía sin haber rastro de Miri ni de Bob. La atención de Robert estaba centrada en los chicos, en Chumlig y en Juan Orozco… este último alternaba entre la histeria del alivio y el convencimiento del fracaso.

Así que fue sin previo aviso que Roben se encontró cara a cara, casi nariz contra nariz, con Winston Blount. Detrás del antiguo decano, Tommie Parker daba la mano a Xiu Xiang. Vaya, ¡era la pareja más extraña que podría haber surgido de aquella aventura! El hombrecito sonreía de oreja a oreja. A Roben le hizo un gesto con el pulgar.

Pero, por el momento, Blount acaparaba toda su atención. Robert había visto poco a Tommie y Winnie desde la noche en la UCSD. Ellos y Carlos habían pasado varios días en la clínica Crick. Por lo que Robert podía ver, habían llegado a acuerdos, más o menos como en su caso. Y estaban libres. La historia oficial era la que le había dicho Bob: las actividades del conciliábulo habían sido una protesta, pero jamás habían tenido intención de dañar el equipo del laboratorio y lo lamentaban profundamente. La historia extraoficial de sacrificio heroico ayudaba a explicar que la universidad y los laboratorios biológicos estuviesen encantados de no presentar cargos. Si el Conciliábulo de Ancianos mantenía la boca cerrada, no habría consecuencias.

En aquel momento Winnie sonreía de un modo extraño. Saludó a Juan y estiró el brazo para tomar la mano de Robert.

—Aunque he dejado Fairmont, todavía tengo familia aquí. Doris Schley es mi tatarasobrina.

—¡Oh! ¡Lo ha hecho muy bien, Winston!

—Gracias, gracias. Y tú… —Winston vaciló. En el pasado, los halagos para Robert Gu llegaban de todas partes y a menudo se habían empleado como maza para hundir a Winston Blount—. Has escrito algo maravilloso, Robert. Esa letra. Nunca hubiese imaginado algo así para Beethoven, y en inglés y español. Ha sido… arte. —Se encogió de hombros, como si esperara la pulla sarcástica.

—No fue obra mía, Winston. —*Y quizá sea una pulla, pero no lo pretendo*—. Juan se encargó de la letra. Colaboramos durante todo el semestre, pero en ese aspecto le dejé hacer, criticando sólo el resultado final. Sinceramente… y Chumlig es la demoledora de las mentiras… sinceramente, Juan es el responsable.

—¿Oh? —Winnie se apartó y sólo entonces pareció ver a Juan. Tendió la mano al joven—. Ha sido una belleza, hijo. —Lanzó una mirada de soslayo, todavía incrédulo, a Robert—. ¿Sabes, Roben, que, a su modo, ha sido tan bueno como lo que tú hacías antaño?

Robert meditó un segundo, escuchando mentalmente la letra de Juan como solía escuchar su propia poesía. *No, ha sido aún mejor*. Mucho mejor. Pero no mejor en un mundo diferente. Si el antiguo Robert hubiese podido ver esa letra… bien, el antiguo Robert no aguantaba a los segundones. Con la mínima excusa habría abortado la carrera artística de Juan.

—Tienes razón. Juan creó algo hermoso. —Vaciló—. No sé qué… efecto han tenido los años, Winston.

Juan miraba alternativamente a uno y al otro. En su rostro empezaba a verse el orgullo, aunque parecía darse cuenta que Robert y Winnie se decían cosas que no articulaban con palabras.

Winnie asintió.

—Sí. Han cambiado muchas cosas. —La multitud iba reduciéndose, pero eso sólo hacía que algunos chicos creyesen que podían correr todavía más rápido. Los empujaba el flujo de cuerpos y los gritos y las risas todavía más intensos—. Bien, si no te has ocupado de la letra, ¿cuál ha sido tu contribución, Robert?

—¡Ajá! Me he ocupado de la sincronización. —*En la medida en que ha sido posible.*

—¿En serio? —Winnie intentaba ser amable, pero, incluso después de su experiencia con el coro, no parecía especialmente impresionado. Bien, había sido un poco desigual.

Xiu —› Lena: ‹ms› ¡Por amor de Dios, dile algo, Lena!‹//ms›

Lena —› Xiu: ‹ms› ¡Déjame en paz!‹/ms›

Xiu —› Lena: ‹ms› Entonces yo hablaré por ti.‹/ms›

Después de intercambiar algunas cortesías más, Winnie se acercó a la familia Schley, llevándose a Tommie y a Xiu Xiang. Pero Robert vio una línea de texto dorado que se extendía detrás de Xiang.

Xiu —› Robert; ‹ms› Ha sido genial, Robert.‹/ms›

Juan era completamente ajeno al mensaje silencioso de Xiang.

—El decano Blount no ha comprendido en qué consistía tu parte del proyecto, ¿verdad?

—No. Pero le ha gustado la parte que ha entendido. No importa. Tú y yo lo hemos hecho mejor de lo que creíamos.

—SÍ, así es.

Juan le acompañó por las gradas. Aunque Bob y Miri no estuviesen, los padres de Juan sí que estaban presentes. Saludos y felicitaciones para todos, aunque los Orozco seguían sin saber qué pensar de Robert Gu.

Un grupo de familiares y amigos permaneció más tiempo en el campo de fútbol. Más que otra cosa, los padres parecían un poco sorprendidos de sus hijos. Amaban a los muy torpes, pero creían conocer sus límites. De alguna forma, Chumlig los había transformado convirtiéndolos en… no en superhombres, sino en criaturas capaces de hacer cosas que sus padres jamás habían dominado. Era hora de sentirse orgullosos y un poco incómodos.

Miri seguía sin aparecer. Pobre Juan. *Y yo espero que Alice vuelva hoy a casa.* Con un solo brazo no se le daba igual de bien comprobarlo.

Robert penetró en la zona más densa de la multitud, la gente que daba vueltas alrededor de Louise Chumlig. La mujer parecía feliz y cansada, y negaba toda responsabilidad.

—Simplemente les he enseñado a mis alumnos a usar lo que tienen dentro y lo que el mundo puede ofrecer.

Robert se le acercó y le apretó la mano.

—Gracias.

Chumlig le miró con una sonrisa torcida en la cara. La mujer retuvo su mano un momento.

—¡Tú! Mi niño más extraño. Tú eres casi el problema opuesto que tenía con los demás.

—¿Cómo es eso?

—En el caso de los demás, tenía que hacerles salir para descubrir lo que son. Pero tú… primero debías renunciar a lo que habías sido. —Su sonrisa fue triste durante un instante—. Lamenta lo que perdiste, Robert, pero alégrate de lo que eres.

¡Ella lo ha sabido siempre! Pero alguien requirió la atención de Chumlig, que se apresuró a garantizar que el resto del año académico sería todavía más emocionante.

Robert dejó a Juan ya los demás con sus elucubraciones sobre cómo serían las presentaciones normales. Después de una noche como aquella, los chicos no querían creer que alguien fuese a superarlos.

Robert vio dos siluetas familiares de camino a la rotonda de tráfico.

—Creía que estabais con Winston —dijo.

—Lo estábamos —dijo Tommie—, pero hemos vuelto. Quería felicitarte por ese truco de la sincronización musical.

Xiu Xiang asintió manifestando su acuerdo. De los dos, sólo ella vestía. A su alrededor flotaban logotipos de felicitación. El pobre Tommie seguía cargando con su portátil, aunque lo que quedase dentro probablemente pertenecía a la policía secreta.

—Gracias. Estoy orgulloso, pero hay que remarcar la palabra «truco». En realidad, nadie necesita sincronizar música a lo largo de miles de kilómetros de red barata. Y me aproveché de la previsibilidad del enrutamiento y de que sabía la música que iban a interpretar.

—Además de usar algunos análisis de tiempo de los intérpretes por separado. Cierto, ¿no? —dijo Tommie.

—Sí.

—Además te serviste de algunas contrafluctuaciones que insertaste tú —dijo Xiu.

Robert vaciló.

—La verdad es que ha sido *divertido.*

Tommie rio.

—Se han dado cuenta de tu truco. En mi juventud podrías haberlo patentado. Hoy en día…

Xiu tocó a Tommie en el hombro.

—Hoy en día, vale para obtener una nota decente en una clase de instituto. Tú y yo… tenemos cosas que aprender, Thomas.

Tommie refunfuñó.

—Lo que quiere decir es que debo aprender a vestir. —Miró a la mujer de aspecto juvenil—. Nunca soñé con que X. Xiang acabaría salvándome la vida. Pero ¡claro está, lo logró haciendo que nos arrestasen a todos!

Lena —› Xiu: ‹ms› Parker teme probar cosas nuevas, a pesar de lo mucho que habla del futuro.‹/ms›

Recorrieron unos pasos en silencio. Más palabras doradas de Xiang; lo de la mensajería silenciosa cada vez se le daba mejor.

Xiu —› Robert: ‹ms›‹sigh/› Tommie es viejo y la medicina no le ha ayudado tanto. Tiene miedo de probar cosas nuevas.‹/ms›

Robert evitó que la mujer notara su sorpresa. ¿Desde cuándo la tecnóloga se había convertido en psiquiatra de salón? Sin embargo, tal vez tuviera razón respecto a Tommie.

Tommie hacía caso omiso del paso de mensajes, pero la sonrisa pícara de siempre se iba extendiendo por su rostro.

—¿Qué? —dijo Robert al fin.

—Sólo pensaba. Nuestra operación en la UCSD fue la mayor y la más peligrosa en la que haya participado. Nos utilizaron, sí. Pero, ¿sabes?, se parecía mucho a esas cosas modernas… esas afiliaciones. Hicimos nuestra contribución y, en cierto modo, obtuvimos lo que

pretendíamos.

Robert pensó en la promesa del Extraño.

—¿Cómo es eso?

—Le dimos de lleno en las narices al Proyecto Bibliotoma de Huertas.

—Pero los libros de la biblioteca han desaparecido.

Tommie se encogió de hombros.

—La verdad es que me gusta la visión de los Bibliotecarios Militantes. Lo importante es que hemos puesto a Huertas totalmente en evidencia.

—¿Eso es un triunfo?

Ya caminaban por la rotonda, seguidos de un automóvil esperanzado.

—Sí. No se puede parar el progreso, pero detuvimos a Huertas lo justo para que otros hechos nos salvaran. —Miró a Robert—. ¿No lo has oído? Vistes todo ese equipo moderno y ni siquiera sabes mantenerte al tanto de las noticias. —Tommie no esperó la respuesta —. Verás, Huertas se estaba dando prisa por una razón. Resulta que los chinos se estaban comiendo el Museo Británico y la Biblioteca Británica mucho más rápido de lo que creíamos. Y los chinos tienen años de experiencia en digitalización semi-no-destructiva. Sus métodos son muy benignos comparados con la operación de triturado de Huertas. Hicieron que lo sucedido en San Diego pareciese una tontería e incluso obtuvieron datos hápticos de objetos que no eran libros. Hay todo un mundo de diferencia entre ellos y todos los demás, incluidos los archivos de Google. En cualquier caso, retrasamos a Huertas unos días, lo suficiente para que no pueda reclamar prioridad. Y el tiempo suficiente para que los chinos le pusiesen la guinda al pastel.

Tommie metió la mano en la chaqueta y sacó un trozo de plástico de unos veinte centímetros cuadrados.

—Toma. Un regalo que me ha costado 19,99 dólares.

Robert sostuvo el plástico negro. Se parecía mucho a los discos flexibles que había usado muchas veces en los ordenadores del cambio de siglo. Le hizo una consulta. Las etiquetas flotaron en el aire: *Tarjeta de datos. Capacidad de 128 PB. Usada al 97%.* Había más, pero Robert se limitó a mirar a Tommie.

—¿La gente sigue usando este tipo de cosas?

—Sólo los viejos paranoicos y defensores de la propiedad como yo.

Es un incordio para llevarlo por ahí, pero tengo un lector en el portátil. —*Claro*—. Los datos están todos en línea, junto con los análisis cruzados por los que los chinos te cobran un extra. Pero, incluso aunque no tengas lector de tarjetas, me ha parecido que estarías intensado en sostenerlo en tus manitas.

—Ah. —Robert echó un vistazo al directorio superior. Era como alzarse sobre una montaña muy alta—. Entonces, esto es…

—El Museo Británico y la Biblioteca Británica, digitalizado e insertado en una base de datos por Coalición Informágica China. Los datos hápticos y de artefactos son de baja resolución, para que quepan en una sola tarjeta. Pero la sección de la biblioteca es veinte veces superior a lo que Max Huertas chupó de la UCSD. Dejando aparte cosas que jamás llegaron a la biblioteca, se trata esencialmente de un registro de la humanidad hasta el año 2000. Todo el mundo premoderno.

Robert sopesó la tarjeta de plástico.

—No parece gran cosa.

Tommie rio.

—Bueno, ¡no lo es!

Robert fue a devolvérsela, pero Tommie la rechazó.

—Como he dicho, es un regalo. Ponlo en la pared, para que recuerdes que eso es todo lo que un día fue. Pero, si realmente quieres verlo, mira en la red. Los chinos lo han ensartado todo muy bien. Y sus servidores especiales son muy ingeniosos.

Tommie se echó atrás y le hizo un gesto al coche que los seguía. La puerta trasera se abrió y le indicó a Xiu que entrase primero. Durante un instante chocante, Tommie pareció un viejo verde acompañado de una jovencita guapa. No era más que otra imagen del pasado que no tenía nada que ver con la verdad.

—Así que Huertas ha salido del mercado del troceo y los chinos prometen que a partir de ahora lo harán todavía más sutilmente que en la Biblioteca Británica. No tienes más que pensar en delicadas manos robóticas sonrosadas recorriendo pacientemente todas las bibliotecas y museos del mundo. Harán comprobaciones cruzadas, buscarán anotaciones… lo que ofrecerá a toda una generación de académicos como Zulfi Sharif algo sobre lo que escribir sus tesis. —Saludó a Robert—. ¡Ya nos veremos!

Era casi medianoche cuando Xiu Xiang regresó a Al Final del Arco Iris. Lena seguía levantada. Estaba en la cocina, preparándose un tentempié. La osteoporosis la obligaba a inclinarse tanto que tenía la cara a sólo unos centímetros de la mesa. Quedaba muy raro, pero la silla de ruedas y el diseño de la cocina le daban mucha libertad de maniobra.

Xiu entró, completamente avergonzada.

—Siento haberte cortado, Lena…

La otra se volvió para mirarla directamente. Tenía una sonrisa torcida en la cara.

—Eh, no pasa nada. Los jóvenes necesitáis intimidad. —Le indicó a Xiu que se sentase y tomase algo.

—Sí. Bien, Tommie no es tan joven. —Notó que enrojecía—. Yo, eh, no me refiero a físicamente. Quiere mantenerse al día del progreso, pero no puede con todo lo que eso implica.

Lena se encogió de hombros.

—La mente de Tommie es mejor que la de algunos. —Dio un mordisco a un bocadillo.

—¿Crees que algún día recuperará su talento?

—Podría ser. La ciencia sigue avanzando. Y aunque eso no sirva de nada en el caso de Parker, podemos empujarle en la dirección adecuada. Gran parte de su problema se debe a que para él la vida era demasiado fácil cuando era joven. Es demasiado irascible para atreverse con nada que le resulte realmente difícil. —Señaló a Xiu—. Come.

Xiu asintió y tomó un bocadillo. Ya lo habían hablado antes. De hecho, esas discusiones eran las que habían ayudado a cierta doctora X. Xiang. Pero quizá para ella fuese más complicado que para Tommie. Su principal problema en el futuro cercano podía ser evitar las «ofertas de trabajo» del Gobierno.

Xiu mordió el bocadillo. Mantequilla de cacahuete y confitura. No estaba malo.

—¿Has tenido la oportunidad de aplicar tus habilidades a las personas que hemos visto hoy?

—¿Te refieres a jugar a psiquiatra? Sí, repasé tu archivo de Epifanía; he realizado algunas consultas anónimas. El consejo que le dimos a Carlos Rivera estaba bien. Tiene un problema crónico, pero así es la vida. Y en cuanto a Juan, hemos hecho todo lo posible, al menos por ahora.

Xiu sonrió a pesar de tener la boca llena de mantequilla de cacahuete y mermelada. Había tardado en comprender que Lena era un genio. Después de todo, la psiquiatría no era una especialidad dura. Lena decía que a la pequeña Miri le encantaba considerar a su abuela como una especie de bruja con poderes. Afirmaba saberlo a pesar de que la chica nunca lo había comentado. Xiu había llegado a comprender que Lena era todo lo que Miri imaginaba, al menos metafóricamente. *Nunca he comprendido a los demás, pero, con Lena viendo por mis ojos y hablándome al oído, estoy aprendiendo.*

Quedaban misterios.

—No comprendo por qué tu nieta mantiene a raya a Juan. Cierto, los chicos no recuerdan lo que sucedió realmente en Pilchner Hall, pero sabemos que estaban haciéndose amigos. Si pudiésemos conseguir los registros de Miri… —Que el Gobierno todavía retenía.

Lena no respondió directamente.

—¿Sabes que Alice ha salido del hospital?

—¡Sí! Me he enterado por ti, sin detalles.

—No habrá detalles. «Alice estuvo enferma y ya está mejor.» De hecho, hace tiempo que sé que Alice juega a los dados con su propia alma. En esta ocasión ha estado a punto de perderla y de alguna forma eso guarda relación con la tremenda pifia de mi marido en la UCSD. Creo que Alice se recuperará. Lo que debería ayudar a Juan con Miri. —Lena se acomodó en la silla. O, más bien, dejó que la silla adoptase otra postura. Por sí misma, Lena no podía enderezarse—. Ya hemos hablado de eso antes. Miri puede ser testaruda hasta el punto de volverse gilipollas. Lo heredó del hijo de puta, un rasgo que se saltó a Bob. y ahora esa testarudez se ha aliado con una culpa muy profunda: inconscientemente, Miri siente que ella y Juan fallaron y le causaron ese problema espantoso a Alice.

—No parece muy científico, Lena.

—Te estoy ahorrando los tecnicismos.

Xiu asintió.

—Obtienes resultados. Hay personas en Fairmont que creen que soy un genio de las relaciones humanas. ¡Yol

Lena movió una mano algunos centímetros sobre la mesa, todo lo que podían esforzarse sus huesos deformados. Xiu se la tomó con suavidad.

—Hemos formado un buen equipo, ¿no? —dijo Lena.

—Sí. —No sólo por la facilidad de Lena con la gente. No sólo por haber salvado a Tommie y a sus amigos. También por esos días tenebrosos al comienzo de su periodo en Fairmont, cuando estaba segura de que no lograría regresar… y tampoco era que Lena estuviese muy contenta. Juntas habían salido a la luz. Xiu miró a la ancianita que era diez años más joven que ella. *Juntas, Lena y yo nos hemos convertido en algo asombroso.* ¿Separadas…?

—Lena, ¿crees que algún día se me dará tan bien como a ti comprender a la gente?

Lena se encogió de hombros y sonrió.

—Oh, no sé.

Xiu inclinó la cabeza, recordando pequeños incidentes ocurridos a lo largo de los últimos meses. Lena Gu nunca mentía directamente. Parecía comprender que eso le restaba credibilidad. Pero Lena podía engañar, incluso respondiendo a una pregunta directa.

—¿Sabes, Lena, que cuando dices «oh, no sé» y te encoges de hombros… eso significa «ni en un millón de años»?

Lena abrió mucho los ojos. Apretó la mano de Xiu.

—Vaya, ahí lo tienes. ¡Quizás en tu caso no haga falta un millón de años!

—Bien. Porque quiero decirte, Lena… que no creo que Robert sea el hijo de puta que recuerdas. Creo que ha cambiado de veras.

Lena apartó la mano.

—Retiro lo dicho. En tu caso, un millón de años no será suficiente. Xiu le tendió la mano, pero Lena ocultó la suya en el regazo. No importaba. Eran cosas que había que decir.

—Robert fue brutal al principio, pero mira cómo ayudó a Juan. Tengo una hipótesis. —Lanzó la referencia de *Nature* al otro lado de la mesa, hacia Lena. En realidad no era la hipótesis de Xiu—. Robert sufrió el equivalente a un gran trauma, de los que reconstruyen la visión del mundo de una personalidad.

—Lees demasiada ciencia basura, Xiu. Déjasela a los profesionales.

—Es como si hubiese retrocedido. Conserva todos sus recuerdos, pero físicamente es un hombre joven. Tiene una segunda oportunidad para hacer las cosas bien. ¿No lo ves, Lena?

Lena hizo una mueca al oír las palabras, para luego inclinarse aún más hacia delante. Guardó silencio un buen rato, mirando su cuerpo retorcido, cabeceando. Finalmente miró a Xiu. En sus ojos relucía algo que podían ser lágrimas.

—Te queda mucho por aprender, niña mía. —y dicho esto, Lena se alejó de la mesa. La silla ejecutó una elevación y unos giros ágiles —. Me temo que ya hemos acabado por esta noche. —Se marchó al dormitorio.

Xiu se ocupó de los platos. Habitualmente Lena insistía en hacer todo lo de la cocina.

«Es algo que todavía puedo hacer con mis dos manos», decía siempre. Esa noche no. *Y si supiese un poco más sobre la gente, sabría por qué,* se dijo Xiu.

35
El apóstrofo perdido

Zulfikar Sharif ya no formaba parte del programa de doctorado de la Universidad Estatal de Oregón. Robert se topó con un mensaje de error de los de antes: «Ya no es estudiante registrado, ya no pertenece a la USO.» Incluso el enum de Sharif no era más que un punto muerto etiquetado como «abandonado». Daba un poco de miedo. Robert se dedicó a buscar. En todo el mundo había mil coincidencias para «Z* Sharif». Ninguna de las accesibles era la correcta. El resto eran personas que, con distintos grados de competencia, intentaban conservar su intimidad.

Pero el Zulfi Sharif que Robert buscaba seguía siendo un tecnopaleto. Al cabo de una hora o dos, Robert le localizó en la Universidad de Calcuta.

Sharif se mostró muy tranquilo.

—La profesora Blandings me echó.

—¿Del programa de doctorado de la UEO? En mi época, los profesores no tenían tanto poder.

—La profesora Blandings contó con la ayuda de las autoridades.

Pasé varias semanas intentando explicarme a varios agentes gubernamentales muy insistentes. No podían creer que yo sólo fuese un inocente que había logrado dejarse secuestrar varias veces.

—Ah. —Robert apartó la vista de Zulfi Sharif para mirar la ciudad que los rodeaba. El día parecía caliente y bochornoso. Más allá de la mesita bullía una multitud, los jóvenes reían. Destacaban en el perfil de la ciudad varias torres altas de marfil. Era la Calcuta de la moderna visión india. Por un momento se sintió tentado de abrir un segundo canal, negativo, para intentar distinguir la realidad de la ficción. *No, concéntrate en qué parte de Zulfi Sharif es real y cuál es pura fachada.*

—Supongo que la mejor prueba de que los polis te creen inocente es que te dejaron volver a la India.

—Efectivamente, pero a veces me pregunto si no seré un cebo al final de un sedal muy largo. —Le sonrió brevemente—. La verdad es que quería escribir mi tesis sobre usted, profesor Gu. Al principio fue por desesperación académica. Usted era el trofeo que podía venderle a Annie Blandings. Pero cuanto más hablábamos, cuanto más…

—¿En qué medida eras tú, Sharif? ¿Cuántos…?

—¡Yo también me lo preguntaba! Había al menos dos, aparte de mí mismo. Fue una experiencia muy frustrante, sobre todo al principio. Yo estaba hablando, planteando las preguntas que sabía que impresionarían a la profesora Blandings… ¡Y de pronto no era más

que un simple observador!

—¿Seguías pudiendo ver y oír?

—Sí, ¡a menudo era así! Tan a menudo que en mi opinión los otros me usaban para generar preguntas que les inspirasen para luego emplearlas para sus propósitos. Al final… y confesárselo a su policía fue mi mayor error… al final, acabé valorando esas intervenciones grotescas. Mis queridos secuestradores planteaban preguntas que a mí no se me hubiesen ocurrido nunca. Así que me quedé durante la conspiración Bibliotoma y al final quedé como el perfecto provocador extranjero.

—Y si no hubieses estado allí la noche del disturbio, mi Miri habría muerto. ¿Qué viste, Zulfi?

—¿Qué? Bien, he repasado esa noche con todo detalle. Los otros ocupantes de mi persona tenían planes que no incluían hablar de literatura. Pero yo intentaba comunicarme continuamente. La policía afirma que jamás lo habría logrado de no haber tenido ayuda terrorista. En cualquier caso, durante unos segundos le vi tendido en el suelo. Me pidió ayuda. La lava se le acercaba al brazo… —Se estremeció—. La verdad, no pude ver mucho más.

Robert recordaba la conversación. Era uno de los fragmentos más claros entre la confusión.

Los dos, separados por más de doce mil kilómetros, permanecieron en silencio un momento. Luego Sharif inclinó la cabeza en un gesto inquisitivo.

—Ahora he dejado la peligrosa investigación literaria. Y, sin embargo, no puedo resistirme a preguntarle si está usted al comienzo de una nueva vida, profesor. ¿Podemos esperar algo nuevo bajo el sol? Por primera vez en la historia humana, ¿un nuevo *Secretos de las edades*?

Ah.

—Tienes razón, hay espacio para algo más. Pero ¿sabes?, algunos secretos quedan más allá de las posibilidades expresivas de aquellos que los experimentan.

—¡No más allá de las suyas, señor!

Robert se descubrió sonriéndole. Sharif merecía la verdad.

—Podría escribir algo, pero no sería poesía. Tengo una nueva vida, pero la cura para el Alzheimer… destruyó mi talento.

—¡Oh, no! He oído de fallos con el Alzheimer, pero la verdad es que jamás sospeché que fuese su caso. Pensar que podría surgir otro canto para los *Secretos* era lo único bueno que todavía esperaba que saliese de esta aventura. Lo siento mucho.

—No lo sienta. Yo no era… una persona muy agradable.

Sharif bajó la vista y luego volvió a mirar a Robert.

—Ya lo había oído. Cuando no podía hablar con usted

entrevistaba a sus antiguos colegas de Stanford, incluso a Winston Blount, cuando no se dedicaba a conspirar.

—Pero…

—No importa, señor. Con el tiempo comprendí que había usted perdido la tendencia sádica.

—¡Entonces deberías haber supuesto el resto!

—¿Eso cree? ¿Cree que su talento y su malevolencia iban juntos? —Sharif se inclinó hacia delante, involucrado como Robert no le había visto desde las entrevistas—. Yo… lo dudo. Pero investigarlo sería muy interesante. Siguiendo con lo mismo, hace tiempo que me preguntaba, y tenía miedo de preguntar, algo. ¿Qué ha cambiado realmente en usted? ¿Se convirtió usted en un tipo decente desde la cura para la demencia o fue un cambio al estilo de *Cuento de Navidad* de Dickens y cada experiencia le hacía más amable? —Se echó hacia atrás—. ¡Con eso podría escribir una tesis espléndida! —Volvió a mirar a Roben, inquisitivo.

—¡Ni lo sueñes!

—Sí, sí —dijo Sharif, asintiendo—. Es una oportunidad tan increíble que casi he olvidado mis decisiones. Y la primera de ellas era no realizar más actividades que me relacionen con las autoridades. —Alzó la vista, como si mirase a observadores invisibles—. ¿Lo oís? Estoy limpio, ¡limpio en cuerpo y alma e incluso con ropa recién frita! —Luego, dirigiéndose a Robert otra vez añadió—: De hecho, tengo una carrera académica nueva.

—¿Sí?

—Sí. Me harán falta varios semestres para cumplir los requisitos, pero valdrá la pena. Verá, la Universidad de Calcuta va a montar un departamento nuevo con nuevos profesores, trepas de verdad. Nos queda mucho camino por recorrer considerando la competencia de las universidades de Mumbai… pero los de aquí tienen recursos y están dispuestos a aceptar caras nuevas como la mía. —Sonrió con entusiasmo al ver la mirada confusa de Robert—. ¡Es nuestro nuevo Instituto de Estudios de Bollywood! Una combinación de cine y literatura. Yo estudiaré la influencia de la literatura del siglo XX en las artes indias modernas. Por mucho que lamente nuestra oportunidad perdida, profesor Gu, ¡estoy encantado de tener una carrera que me mantendrá alejado de las autoridades!

Robert estuvo ocupado en el periodo entre semestres. Su truco de sincronía le había elevado al nivel más inferior del mundo de los gurús. Una pequeña compañía, llamada Comms-R-Us se puso en contacto con él. En cierta forma se trataba de una empresa tradicional. Era antigua (tenía cinco años ya) y daba trabajo a tres empleados a tiempo completo. Así que no era tan ágil como otras, pero había logrado realizar varias innovaciones en comunicaciones concurrentes.

Comms-R-Us había pagado a Robert para que les asesorase durante tres semanas. Y aunque quedaba claro que la «asesoría» servía para que Comms-R-Us decidiese si Robert Gu valía la pena, Robert se entregó a ello con entusiasmo.

Por primera vez desde que había perdido la sesera creaba algo que los otros valoraban.

Por lo demás, las cosas no iban del todo bien. Juan Orozco se había ido; sus padres se lo habían llevado de vacaciones a Puebla, para visitar al abuelo de su madre. Juan aparecía ocasionalmente, pero Miri no le hablaba.

—Intento que no me importe, Robert. Quizá si dejo de molestarla Miri me deje empezar de nuevo. —Robert tenía la sensación de que el chico habría acampado en el jardín de la casa si sus padres no se lo hubiesen llevado lejos.

—Hablaré con ella, Juan. Te lo prometo.

Juan le miró dubitativo.

—Pero ¡que no crea que yo te lo he pedido!

—Tendré cuidado. Escogeré el momento con mucho cuidado.

Robert poseía décadas de experiencia en el arte de escoger el mejor momento para atacar. Debería haberle sido fácil. Miri había logrado un Incompleto en su proyecto de demostración. Lo que significaba que, cuando finalmente lo presentase, al final del siguiente semestre, tendría que satisfacer expectativas todavía más altas. De momento estaba atareada en casa, principalmente ocupándose de su madre. Alice Gu era una mera sombra de su antiguo yo. Le habían arrancado el acero de las últimas quince semanas de relación. El resultado era… encantador. La mayor parte de las noches, Alice y Miri estaban en la cocina, intentando sacarle todo el jugo al menaje moderno. Su nuera se mostraba distante, pero su sonrisa no era el reflejo sin sentido que a menudo le había parecido.

Luego Bob se fue otra vez de viaje y Miri estuvo más ocupada que nunca. Cada día le daba noticias nuevas sobre sus búsquedas de rehabilitación de quemaduras y miembros. Muy pronto Robert emplearía esas búsquedas como excusa para hablarle sinceramente sobre Juan… y sobre sí mismo.

Quizás aquella noche fuese la adecuada. Bob seguía fuera. Alice se había marchado al despacho de la planta baja justo después de la cena. Esa noche no habría uno de los «juegos de tablero» de Miri. Eran divertidos y uno de los detalles agradables de la vida desde aquella fatídica noche en la UCSD. Aquella noche había resuelto algunos de sus problemas con Comms-R-Us. Había perdido la noción del tiempo mientras trabajaba. Cuando salió a tomar aire, tenía algunos resultados, quizás incluso cosas que valía la pena mostrar a sus jefes. ¡Qué noche tan buena!

Abajo, una puerta se cerró de golpe. Todavía tenía los ojos fijos en el trabajo, pero oyó a Miri subir apresuradamente las escaleras. Corrió por el pasillo y entró en su habitación.

Salió unos minutos después. Llamaron a la puerta de su dormitorio.

—Hola, Robert, ¿puedo enseñarte algo que he descubierto hoy?

—Claro.

Entró de un salto y se sentó.

—He encontrado otros tres proyectos que podrían ayudarte en lo del brazo.

Lo cierto era que el estado del brazo izquierdo de Robert Gu se podía describir mejor como ausente. El antebrazo había desaparecido por completo. En dos puntos cerca del hombro sólo le quedaba una franja de carne. Su «prótesis» parecía más bien una escayola de antaño. Curiosamente, los médicos habían descartado cortarle lo que quedaba y ponerle algún milagro moderno. Reed Weber, el ayudante médico que había reaparecido porque los médicos necesitaban un intermediario, le había explicado la situación, aunque probablemente no de la forma que los médicos hubiesen preferido.

—Eres víctima de un campo nuevo: la medicina prospectiva. Verás, Robert, disponemos de prótesis con control en los cinco dedos, y que duran casi tanto como un brazo natural. Pero son un poco pesadas y el sistema de sensores está muy lejos del que crea la naturaleza. Por otra parte, hay tendencias muy claras en tecnología de regeneración de nervios y huesos. Aunque nadie sabe exactamente cómo sucederá, o si sucederá, hay bastantes *probabilidades* de que dentro de dieciocho meses puedan hacer crecer lo que tienes ahora para convertirlo en un brazo natural a todos los efectos. Y los médicos temen que cortar lo que te queda del brazo para encajar una prótesis encarezca la aplicación de la otra solución. Así que por ahora estás condenado a una solución que no hubiese impresionado ni a tu abuelo.

Y Robert se había limitado a asentir, sin quejarse. Cada día con ese peso muerto en el hombro era una pequeña penitencia, un recuerdo de lo cerca que su estupidez había estado de destruir otras vidas.

Miri ignoraba todo eso. Más todavía, consideraba la medicina prospectiva una estupidez. Miri creía en encontrar soluciones médicas uno mismo.

—Aquí tienes los tres equipos, Robert. Uno ha hecho crecer una pata de mono completa, otro se dedica a las prótesis muy ligeras de miembros completos y el tercero ha realizado avances en neurocodificación. Apuesto a que tus amigos de Comms-R-Us te pondrían en la vía rápida para ser conejillo de indias. ¿Qué te parece?

Robert tocó la cáscara de plástico, que era todo lo que quedaba de su brazo.

—Ah, la verdad es que me parece que cualquier acuerdo para que me crezca una pata de mono es demasiado arriesgado para mí.

—No, no, *tú* no acabarías con una pata de mono. La pata de mono no fue más que… —Luego adoptó la expresión de googlear—. ¡Robert! No hablo de ningún cuento. Intento ayudarte. Quiero ayudarte más que nunca. Te lo debo.

Sí, definitivamente ésa era la noche para sincerarse.

—No me debes nada.

—Bueno, yo no lo recuerdo, pero Bob me contó lo que vio. Pusiste el brazo para evitar el avance de la roca fundida. Lo sostuviste en esa posición. —Hizo una mueca de dolor imaginario—. Me salvaste, Robert. —Te salvé, niña. Sí. Pero yo creé el problema. Jugué con algo malvado… o con algo muy extraño.

—Estabas desesperado. Yo lo sabía. Simplemente no sabía hasta dónde llegarían las cosas. Así que los dos nos equivocamos.

Había llegado el momento de pedir perdón de rodillas. Pero antes tenía que hacerle saber por qué era imperdonable. Le costó pronunciar las palabras.

—Miri, tú te equivocaste intentando corregir la situación. Pero yo… yo soy el tipo que puso la trampa a tu madre que casi la mata. —Ya estaba. Ya lo había dicho.

Miri permaneció completamente inmóvil. Al cabo de un momento, bajó la mirada. Dijo en voz baja:

—Lo sé.

Ahora los dos se quedaron inmóviles.

—¿Bob te lo contó?

—No. Alice. —Alzó la vista—. Y también me contó que todavía no han conseguido descubrir cómo lo que hiciste logró hundirla. No pasa nada, Robert.

Y de pronto Miri se echó a llorar. Y Robert se arrodilló. Su nieta le pasó los brazos por el cuello. Lloraba a lágrima viva, estremeciéndose. Le golpeó la espalda con los puños.

—Lo siento mucho, Miri. Yo…

El gemido de Miri se intensificó, pero dejó de pegarle. Al cabo de medio minuto su llanto se convirtió en sollozos y luego en silencio. Pero todavía le agarraba. Habló entrecortadamente.

—Acabo de descubrir que… que Alice… Alice vuelve a *entrenar*.

Oh.

—¡Ni siquiera se ha recuperado! —Miri volvía a sollozar.

—¿Qué dice tu padre?

—Bob está desconectado esta noche.

—¿Desconectado? —«¿ En esta época?»

Miri se alejó de él. Se puso a limpiarse la cara con la manga para luego agarrar la cajita de pañuelos que Robert le había tendido.

—Desconectado de veras. Apagón táctico. ¿N o sigues las noticias, Robert?

—Ajá.

—Lee entre líneas. Bob está en alguna parte haciendo que las cosas brillen en la oscuridad. —Se frotó enérgicamente la cara y su voz recuperó cierta normalidad—. Vale, quizá no literalmente. Bob habla de esa forma cuando tiene que hacer algo que realmente no quiere hacer. Pero sigo de cerca los rumores y observo a Bob y a Alice. Con esos dos, se me da bien hacer suposiciones. A veces Bob está desconectado y yo leo sobre algo maravilloso o terrible que sucede en algún otro país. A veces Alice va a entrenarse y yo sé que alguien precisa ayuda o de lo contrario sucederá algo fatal. Ahora mismo, Bob está lejos y Alice se está entrenando. —Se tapó la cara con las manos un momento y luego siguió limpiándose la cara—. Mi suposición es que los rumores son ciertos. Algo terrible sucedió en el Disturbio de la Biblioteca, algo peor que lo de GenGen. Ahora las superpotencias están asustadas. Creen que alguien ha descubierto la forma de romper sus sistemas de seguridad. Alice casi lo ha admitido esta noche. ¡Ésa era su *excusa*!

Robert volvió a sentarse, pero en el borde de la mesa. Su gran confesión se había hundido en el abismo.

—Deberías hablar con Bob cuando regrese.

—Lo haré. Y él discutirá con ella. Ya lo has visto otras veces. Pero Bob no podrá impedirlo.

—Quizás esta vez Bob pueda recurrir a sus superiores o lograr que los médicos le apoyen.

Miri vaciló, aparentemente relajándose un poco.

—Sí. Esta vez *es* diferente… Me alegro de que podamos hablar, Robert.

—Cuando quieras, niña.

Pero Miri guardó silencio.

Al fin Robert dijo:

—¿Estás conspirando o googleando?

Miri cabeceó.

—Ninguna de las dos cosas. Intentaba llamar a alguien… pero no responden.

¡Ah!

—Miri, Juan está en Puebla visitando a su bisabuelo. Puede que no vista continuamente.

—¿Juan? No le llamaría. No es demasiado listo y cuando me hizo falta en Pilchner Hall resultó un inútil.

—¡Eso no puedes saberlo!

—Sé que bajé sola a los túneles.

—Miri, he hablado con Juan casi todos los días desde que empecé en Fairmont. No te dejaría colgada. Piensa en lo que *realmente* recuerdas. Los dos debisteis de conspirar para seguirme. Estoy seguro de que él cumplió. Juan podría ser un nuevo amigo, otra persona con la que hablar.

Por una vez, Miri se echó atrás.

—Sabes que no puedo hablar con él de esas cosas. No podría hablar de ellas contigo tampoco, pero tú ya las sabes.

—Eso es cierto. Hay cosas que no puedes decirle. Pero… pero creo que no se merece esto de ti.

Miri alzó los ojos para mirarle, pero no habló.

—¿Recuerdas que te dije que me recordabas a tu tía abuela Cara?

Miri asintió.

—Te encantó saberlo. Pero creo que sabes cómo traté a Cara. Fue como el incidente Ezra Pound, una y otra vez, durante años. Nunca tuve la oportunidad de compensarla; murió cuando no era mucho mayor que Alice ahora.

A Miri se le llenaron los ojos de lágrimas, pero sostuvo los pañuelos en el regazo.

—Así fui durante toda mi vida, Miri. Me casé con una dama maravillosa que me amaba profundamente. Lena aguantó todavía mucho más que Cara y durante muchos años más. Incluso después de alejarla de mí ya sabes cómo me ayudó en Al Final del Arco Iris. Y ahora también ha muerto. —Robert agachó la vista y por un momento sólo pudo pensar en las oportunidades perdidas. *¿Por dónde iba? Oh*—. Por tanto… creo que se lo debes a Juan. Tomarla con él no está a la altura de mis pifias. Pero *todavía tienes* la oportunidad de hacerlo bien.

Miró a su nieta. Tenía los hombros hundidos. Destrozaba los pañuelos que tenía en las manos.

—Piénsalo, ¿vale, Miri? No pretendía dejarme llevar.

Al fin Miri habló.

—¿Alguna vez has roto una promesa solemne, Robert?

¿A qué viene eso? Pero antes de poder hablar, Miri añadió:

—¡Bien, *yo* acabo de hacerlo! —Tras decirlo, agarró la cajita y salió corriendo del cuarto.

—¡Miri! —Cuando llegó al pasillo la niña ya se había encerrado en su cuarto.

Robert vaciló un momento. Podía aporrear la puerta o quizás era mejor enviarle un mensaje.

Entró en su cuarto, se giró… y vio una luz dorada sobre la mesa, donde Miri había estado sentada. Era un enum que le concedía opciones limitadas de mensajería. Pero él ya tenía esa opción, y muchas más, con Miri. Abrió el enum dorado y miró en su interior.

Era para Lena Llewelyn Gu.

Robert se quedó sentado junto al enum casi media hora. Lo examinó. Examinó la documentación. Era exactamente lo que parecía. *Lena está viva.*

No había dirección física, pero podía enviarle un mensaje simple. Sólo le llevó dos horas redactarlo. Menos de doscientas palabras. Eran las palabras más importantes que Robert Gu hubiese escrito nunca.

Esa noche Robert no pudo dormir. Se hizo de día, luego llegó la tarde.

No hubo respuesta.

Epílogo

Pasaron seis semanas.

Robert prestaba más atención a las noticias; había descubierto que el mundo podía volverse contra uno. Él y Miri comparaban notas sobre lo que veían. Supuestamente las acciones en el fin del mundo ya habían terminado. Los rumores decían que se había encontrado muy poco. Los rumores, y algunas noticias auténticas, hablaban de escándalos en los servicios de inteligencia de la UE, India y Japón. Todas las Grandes Potencias seguían muy nerviosas a propósito de «pon aquí tu teoría demencial favorita».

En lo que se refería al hogar, ¡Bob había vuelto! Robert y Miri consideraban por tanto que algunas de las teorías de desastres eran menos probables. Otras seguían siendo aterradoramente viables. Efectivamente, Bob se puso como un loco al descubrir lo de Alice. Durante un tiempo la situación en casa fue muy tensa. Tanto Robert como Miri presentían batallas descorazonadoras ocultas tras las miradas y los silencios. Miri había tenido años para descifrar las señales. Suponía que Bob había apelado a los médicos, que se había quejado muy alto en la cadena de mando. No había servido de nada. Alice seguía entrenándose.

En algún momento, Juan regresó de Puebla. Miri no tenía mucho que decir, pero se hablaban. El chico volvía a sonreír.

De Lena… sólo había silencio. Estaba viva. Sus mensajes no rebotaban y el enum seguía siendo accesible. Era como hablar a un vacío infinito. Y Robert seguía hablando, un mensaje cada día… mientras se preguntaba qué más debía hacer.

Xiu Xiang había abandonado Al Final del Arco Iris.

—Lena me pidió que me fuese —le dijo Xiu—. Supongo que la incordié demasiado.

Pero ¡ahora sé dónde vive! Podría ir allí. Podría hacerle comprender lo mucho que he cambiado. Y quizá sólo demostrase que había cambiado en todo menos en lo importante. Por tanto, Robert no fue hasta Al Final del Arco Iris; tampoco fisgó por las cámaras públicas de ese lugar. Pero siguió escribiéndole. Y cuando estaba fuera, a menudo imaginaba que además de la vigilancia habitual de veinticuatro horas al día y siete días a la semana, había alguien más vigilándole, alguien que quizá llegase a perdonarle algún día.

Mientras tanto, se dedicó al trabajo del instituto. Le quedaba mucho por aprender. Y el resto del tiempo lo pasaba con Comms-R-Us. Les gustaba su trabajo.

Dos meses después del Gran Disturbio de la Biblioteca, Robert regresó a la UCSD. Había perdido el contacto con Winston y Carlos.

Pensándolo bien le resultaba curioso. Durante unos días el conciliábulo había sido un grupo unido de conspiradores, pero ya apenas hablaban. La explicación más simple era la vergüenza mutua. Los habían utilizado y sus fines respectivos habían estado a punto de matar a mucha gente. Eso era cierto, pero para Robert había otra explicación, mucho más extraña e igualmente inquietante: el conciliábulo era como una pandilla de niños y su intimidad se habían evaporado en cuanto los niños habían prestado atención a otras cosas. En ocasiones la desesperación del semestre de otoño resultaba casi tan remota como su vida en el siglo XX. Había muchas cosas que quería aprender, hacer y ser, y tenían muy poco que ver con lo que le había consumido anteriormente.

Al final, fue su proyecto con Comms-R-Us lo que le hizo volver al campus. Las fluctuaciones y la latencia eran un problema considerable en los protocolos de vídeo, peores para el sonido y completamente destructivos en las interfaces sensotáctiles. Los robots hápticos mejoraban cada vez más… pero eran casi inútiles cuando se las controlaba por red. Comms-R-Us quería que probase en robots sus alocados planes de sincronización.

Tras Bibliotoma y el disturbio, la administración de la UCSD había invertido en la biblioteca toneladas de dinero. En algunos aspectos, su experiencia sensotáctil era mejor que la de parques comerciales como Pyramid Hill. La pregunta era cómo se podía exportar a la red. Había leído mucho, había estudiado el diseño de los robots sensotáctiles, pero, hasta que resolviese el problema, la experiencia de primera mano era vital. Fue en coche a la UCSD.

Dos meses. Tampoco era tanto tiempo. Los cuartos de servidores en el lado norte de Warschawski Hall se habían fundido. Había un campo de fútbol donde había estado el Departamento de Ingeniería de Software. Roben comprendía que no era una destrucción relacionada con el Disturbio de la Biblioteca ni con el asalto de los marines; era uno de los cambios habituales en cualquier institución moderna.

Siguió el camino entre eucaliptos. Como siempre, al salir de entre los árboles aparecía la súbita panorámica de kilómetros de meseta, hasta las montañas. Y allí, de pie frente a todo, seguía la biblioteca Geisel.

Era con diferencia el edificio más antiguo de la UCSD, parte del veinte por ciento de edificios reconstruidos tras el terremoto de Rose Canyon. Pero los daños sufridos entonces no habían sido nada en comparación con lo sucedido durante el disturbio, cuando los patrocinadores del conciliábulo habían arrancado el lado oriental de sus cimientos. Cualquier otro edificio del campus lo hubiesen derribado después de algo así, quizá lo hubiesen restaurado en caso de poseer el suficiente valor histórico. Pero nada de eso había pasado con

la biblioteca Geisel.

Robert fue por el norte de la biblioteca, dejando atrás la zona de carga. Había visto imágenes de la estructura inmediatamente después del disturbio, los pisos inclinados y caídos, los soportes improvisados que el Departamento de Bomberos había instalado cuando se habían quemado los servos internos, los trozos de cemento del siglo XX esparcidos por la explanada.

Esas señales de destrucción habían desaparecido. Los pisos salientes volvían a estar rectos.

La universidad no había realizado una simple restauración. La cara oeste casi no había sufrido cambios, aparte de una distorsión perceptible sobre la zona de carga, y en la este se apreciaba una torsión de los grandes pilares del edificio. Los pilares que se habían movido, sobre los que la biblioteca había «caminado», estaban bien sujetos. En la base había hierba y cemento liso, el sendero de baldosas que era la serpiente del conocimiento. Mirando hacia arriba, se veía una espléndida enredadera que seguía la torsión del cemento. Donde terminaba la trepadora había hileras de piedrecitas de colores encajadas en los pilares, que dibujaban franjas, como líneas de tensión sobre cristal iluminado. Y encima de todo, el rectángulo de cada piso se apartaba ligeramente del que había debajo.

Por las especificaciones del edificio, Robert supo que algunos de los pilares eran de fibra de carbono insertada en un material compuesto ligero. Sin embargo, el edificio era tan real y sólido como aparecía alojo desnudo; más que cualquier otro edificio del campus, era auténtico. Aquel edificio estaba vivo.

Subió las escaleras, deteniéndose en cada piso para echar un vistazo. Reconoció el dominio Hacek. Todavía había Bibliotecarios Militantes. *Pero ¿no los habían echado?* En otros puntos reinaba la locura scoochi. El mito scoochi era una tontería ecléctica que no había logrado entender. Le resultaba incomprensible cómo encajaba con las metáforas de la biblioteca. Pero los scoochis habían «ganado» el disturbio y se habían quedado la biblioteca.

En otros puntos, *ambos* círculos de opinión corrían en paralelo. Uno podía escoger el que quería, o ninguno de los dos.

Robert se concentró en las vistas de administración y lo que captaba a simple vista. Después de todo, había ido allí a estudiar el soporte sensotáctil. Por todas partes había robots hápticos… no tantos como en Pyramid Hill, pero la universidad había logrado encajar casi tanta variedad en unos cuantos pisos de un único edificio. La UCSD había gastado montones de dinero en esos cacharros. Había algunos modelos libres, pero la mayoría estaban fijos a una superficie. Eran rápidos. Tan pronto como un Bibliotecario Militante tendía la mano para recoger la visión de un libro, un robot se desplazaba a esa

posición y alteraba su superficie allí donde fuese a encontrarse con la mano de la persona.

Robert se quedó allí unos momentos, observando la acción. La visión a simple vista no se parecía a nada que hubiese experimentado. Cuando la estudiante, 10 que era en realidad sin la imagen de Bibliotecaria Militante, sostenía el libro entre las manos, los hápticos se modificaban coordinadamente, sin perder nunca el contacto o desplazándose de una forma diferente a la visión creada. Cuando lo dejaba sobre la mesa, los hápticos se desplazaban instantáneamente a otra tarea… en este caso dar soporte a algún cliente scoochi en una maniobra todavía más ininteligible.

Se dio cuenta de que la chica le miraba.

—¡Lo siento, lo siento! Es que no había visto nada de esto.

—Fantástico, ¿no? —Le sonrió.

—Sí, eh, fantástico.

En algún punto de la capa alta de protocolo, todo aquello implicaba libros y contenido de libros. En la capa física, era todavía más… fascinante. Siguió vagando, con la mente muy lejos, intentando imaginar cómo el baile complejo de los hápticos se podría reproducir en robots que estuvieran a cierta distancia en la red. Si en ambos lados se incluían actores humanos, sería infernalmente difícil. Pero si se trataba de un servicio asimétrico, quizás…

—¡Eh, profesor Gu! Mire arriba.

Robert se volvió hacia la voz. El techo se había vuelto transparente, así como el del siguiente piso. Su vista atravesaba el sexto. Carlos Rivera le miraba desde arriba, con una sonrisa de felicidad en la cara.

—Hace tiempo que no le veía, profesor. Suba, ¿quiere?

—Claro. —Robert encontró el camino a las escaleras. En las escaleras no había distracciones hápticas… como tampoco las había en el sexto piso. Pero tampoco había libros. Alguien había montado despachos.

Rivera le enseñó las instalaciones. Parecía ser el único ocupante del piso.

—Ahora el equipo está muy disperso. Algunos trabajan en las nuevas extensiones para el sótano.

—Entonces, ¿a qué te dedicas? Supongo que sigues siendo bibliotecario.

Carlos vaciló.

—Bien, ahora ocupo varios puestos. Es una larga historia. Eh, venga a mi despacho.

Tenía el despacho en la esquina sureste, con ventanas que daban al camino de la serpiente y las explanadas. De hecho, allí era donde había celebrado las reuniones el conciliábulo. Carlos le hizo un gesto

para que se sentase y él se acomodó tras una enorme mesa. Carlos, que seguía con sobrepeso, todavía llevaba gafas de culo de botella y una camiseta pasada de moda. Pero había una diferencia. Parecía más relajado, más enérgico… feliz con lo que fuese que hacía.

—Tenía la esperanza de que pudiésemos hablar, pero he estado tan atareado desde… ya sabe, desde que casi lo jodimos todo por completo.

—Sí, sé a qué te refieres. Tuviste… mucha suerte, Carlos. —Miró el despacho. En aquellos días era difícil deducir la posición jerárquica guiándose por los objetos visibles, pero gran parte del mobiliario y las plantas era realmente lo que parecía—. Ibas a hablarme de tu trabajo.

—¡Sí! Me da un poco de vergüenza. Soy el nuevo director de soporte bibliotecario. Es el título reconocido por la universidad. En algunos círculos, ése no es el título importante. Abajo y para el resto del mundo descubrirá que soy otras cosas… por ejemplo, Conocimiento Peligroso y Grandioso Pequeño Scooch-a-mout.

—Pero son de dos círculos de opinión diferentes. Pensaba…

—Leyó que los scoochis lo habían ganado todo, ¿no? No es del todo cierto. Tras la tormenta, se llegó a un extraño… bien, la palabra «compromiso» no es exacta. «Alianza» o «fusión distanciada» serían términos más adecuados para describirlo. —Se arrellanó en el asiento —. Da miedo pensar en lo cerca que estuvimos de volar esta parte de San Diego. Pero nos detuvimos justo a tiempo. Y ese disturbio demencial dio más dinero que una nueva producción cinematográfica. Lo que es más importante, sacó dinero y creatividad de todas partes, y la administración de la universidad tuvo la inteligencia de aprovecharse. —Vaciló, y dijo con un poco de tristeza—: Por tanto, fracasamos en todo lo que dijimos que pretendíamos hacer. Los libros han desaparecido. Han desaparecido físicamente. Pero la biblioteca Geisel vive, y esos dos demenciales círculos de opinión dispersan su contenido por todo el mundo. Pero eso ya lo sabe, ¿no? ¿Por eso ha venido?

—En realidad, he venido a estudiar vuestros hápticos. —Robert le explicó que estaba interesado en la interacción táctil a distancia. —¡Eh, es genial! Los dos grupos me presionan para que extienda el alcance. Pero, en otro orden de cosas, ¿qué le pareció lo que hacíamos con la experiencia bibliotecaria?

—Mmm, Los Bibliotecarios Militantes parecen los mismos de siempre, supongo. Es una interfaz divertida, si te gustan esas cosas. Los scoochis… He intentado entender qué hacían, pero no tiene ni pies ni cabeza. Es tan inconexo que parece casi como si cada libro ocupase su propia realidad consensuada.

—Casi. Los scoochis siempre han sido eclécticos. Ahora que pueden, están construyendo consenso interactivo hasta el nivel

mínimo de tema, incluso en ocasiones de párrafo. Es mucho más sutil que lo de Hacek, aunque los niños lo entienden de inmediato. Su verdadero poder es que los scoochis pueden *fusionar* realidades. Eso es lo que les pasó con los hacekeanos. Los scoochis vienen de todas partes, incluso de estados fracasados. Ahora están enviando la digitalización al exterior. Donde conviene, la gente de Hacek dirige el catarro. Otros lugares, otras visiones… pero con acceso al fondo completo de la biblioteca. Si resuelve usted el problema de la interacción táctil remota, el atractivo sería mucho mayor. —Carlos miró el despacho donde el conciliábulo había maquinado para lograr fines muy diferentes—. Muchas cosas han cambiado en dos meses.

—¿Qué crees que pasó esa noche, Carlos? ¿Se suponía que el disturbio cubriría lo que hacíamos nosotros cuatro… o era al revés?

—Lo he pensado bastante. Creo que el disturbio era la distracción, pero una distracción que se desmadró y acabó provocando tremendos… ¿qué es lo contrario de daños colaterales? ¿Beneficios colaterales? Sharif-alguien, a menudo a mí se me presentaba como un conejo, era un loco alegre.

Conejo. Así era como sus interrogadores habían llamado al Extraño Misterioso. También era como el Extraño se había llamado al final.

—Bien, nuestra participación en ese asunto fue más tenebrosa. Conejo nos manipuló, a cada uno según su debilidad.

Carlos asintió.

—Sí.

—Conejo prometió a cada uno hacer realidad su deseo secreto, con intención de largarse en cuanto cometiésemos la traición necesaria. —Aunque, para ser sinceros, Robert estaba bastante seguro de que el bicho había muerto. Quizá las cosas habrían sido diferentes de haber sobrevivido. La ardiente esperanza de la promesa del Extraño era lo que había alimentado la traición de Robert. La esperanza sólo era ya cenizas frías. Gracias a Dios.

Carlos se inclinó hacia delante. Tras los gruesos cristales tenía una mirada de escepticismo.

—Vale —dijo Robert—, quizá Conejo no nos prometiese algo a todos. Creo que para Tommie lo de conspirar a gran escala era su propia recompensa.

—Probablemente fuese así. —Pero el bibliotecario no parecía convencido.

—Mira, nos quedaría claro si alguna promesa se cumpliese. Sería espectacular. Apuesto a que Winston quería… ¿dónde se *mete* Winnie? —Se puso a buscar la respuesta, pero Carlos ya la tenía.

—El mes pasado la universidad contrató al decano Blount, en la División de Artes y Letras.

Los ojos de Robert recorrieron los resultados de la búsqueda. —Pero ¡como ayudante de nivel más bajo!

—Sí, es estrambótico. La actual decana de Artes y Letras es Jessica Laskowicz. Otra recauchutada médica. Pero a principios de siglo era secretaria de la división. Hoy en día, las posibilidades de promoción de los ayudantes no tienen techo, pero Winston empieza desde terriblemente abajo y, según se rumorea, él y Laskowicz nunca se llevaron bien.

Oh, Dios.

—Supongo que Winston finalmente hizo las paces con sus sueños. —*Como yo.* En cualquier caso, significaba que el Extraño Misterioso se había ido de veras y que con él habían muerto sus extravagantes promesas. Miró a Carlos Rivera e intuyó que le esperaba una gran sorpresa. A Robert le quedaba muy poco de su antiguo talento para las personas; lo evidente tenía que morderle en el tobillo—. ¿Qué… qué hay de *ti*?

—¿Nota algo diferente en mí, profesor?

Robert le prestó atención para luego volver a mirar el lujoso despacho. A Carlos le había ido bien, pero Roben nunca había pensado que el éxito material fuese lo que había pedido al Extraño.

—Pareces más feliz, más confiado, más expresivo. —*Bingo*—. No has dicho ni una palabra en mandarín. ¡Ni un solo fallo ESR! La respuesta de Carlos fue una sonrisa de pura alegría. —¿Has olvidado el mandarín?

—No. *Qí shí w hái ky shu zhngwén, búguò búxing yqián nme liúlìle.* ¡Y hace casi seis semanas que no sufro un ataque! El ESR no me controla. Ahora puedo disfrutar del idioma, lo que me ha sido de gran ayuda a la hora de trabajar con la gente de Informática China. Vamos a fusionar su captura de la Biblioteca Británica con lo que salió de Huertas.

Robert guardó silencio un buen rato. Luego dijo:

—Tu cura podría ser una coincidencia.

—Me… me lo he preguntado. Se trata de un avance médico surgido de grupos de Turquía e Indonesia. No tiene nada que ver con la administración de veteranos ni con los programas institucionales de investigación. Pero así son la gran mayoría de los avances médicos modernos y no he recibido ningún mensaje jactancioso de Conejo. Todo es abierto, aunque la noticia no se haya difundido mucho. Verá, este tratamiento para el síndrome ESR no es efectivo en la mayoría de las víctimas. Se pusieron en contacto conmigo a través de Yellow Ribbons porque caigo justo en medio de los genotipos más probables. —Se encogió de hombros—. Supongo que podría ser una coincidencia.

—Sí. —El campo de minas celestial.

—Pero es una coincidencia enorme —añadió Rivera—. Recibí lo

que había pedido unas pocas semanas después de haber cumplido con mi parte. Y algunos de los avances con los scoochis han sido extraños. En semanas he logrado acuerdos que deberían haber llevado un año. Alguien me está ayudando. Creo que se equivoca con respecto a Conejo. Quizá simplemente mantiene un perfil bajo. Quizá no pueda ejecutar todos los milagros simultáneamente… ¿Profesor? ¿Está bien?

Robert se había levantado y presionaba la frente contra el frío cristal de la ventana. *No lo necesito. ¡Soy feliz con mi nuevo yo!* Abrió los ojos y miró a través de las lágrimas. Abajo se veía el camino familiar, la serpiente del conocimiento serpenteando colina arriba hacia la biblioteca. Quizás el Extraño Misterioso fuese realmente Dios o hubiese crecido hasta serlo. Un dios travieso.

—¿Profesor?

—Estoy bien, Carlos. Quizá tengas razón.

Charlaron unos minutos más. Robert no estaba del todo seguro de qué dijeron, aunque recordaba que Carlos parecía un poco preocupado por él, quizá tomando la completa confusión de Robert por una emergencia médica.

Bajó en el ascensor y llegó a la plazoleta soleada. Y flotando inmanentes a su alrededor tenía los mundos de arte y ciencia que la humanidad estaba construyendo tan atareadamente. *¿Y sí pudiese tenerlo todo?*

notes

Notas

1

Instrucción utilizada por el protocolo ICMP para verificar la conexión de hardware.